




NO LO
LLAMES
AMOR

Noelia Amarillo

 esencia

Índice

Sinopsis

Dedicatoria

Vecinos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo
Nota de la autora
Biografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La convivencia no es fácil en una comunidad de vecinos. En la mía hay malentendidos, vecinos cotillas, niños ruidosos, ancianas de rígidas tradiciones, mujeres de disipadas costumbres (por lo visto, una de esas soy yo), divorciadas rompepelotas, apuestos metrosexuales y, aunque te cueste creerlo, hasta un par de personas que están en sus cabales. Bueno, más o menos...

En medio de esa fauna urbana habito yo. Y vivo, mejor dicho, vivía, muy tranquila, hasta que me he vuelto loca por un nuevo vecino... Es un hombre solitario, de mirada taciturna y labios golosos que se ha instalado en el edificio hace un par de meses con su abuela, que, por cierto, es mi enemiga acérrima. ¡Estoy pensando en liarme con él solo para molestarla!

Aunque claro, el que cada vez que lo veo me muera por besarlo es un plus. Y si esto no fuera suficiente para alterar mi (escasa) paz mental, ahora también tenemos a un macabro bromista que se dedica a dejarnos regalitos en los descansillos de la escalera. ¡Espera a que lo pille!

*Para José Luis y María Paz.
Os quiero*

VECINOS

| TERCERO INTERIOR | | | TERCERO EXTERIOR | |
|------------------------------|----------------------------------|---|--|--|
| IZQUIERDA | CENTRO | DERECHA | IZQUIERDA | DERECHA |
| Vicenta García (la Chata) | Estudiantes | Eva Borrego | Félix Lara Mercedes Robles | Dolores Carrión Adán Vega- Sombria |
| SEGUNDO INTERIOR | | | SEGUNDO EXTERIOR | |
| IZQUIERDA | CENTRO | DERECHA | IZQUIERDA | DERECHA |
| Familia hindú | Pedro Pablo Pérez (el Cubano) | Gala Aráoz Gadea y Jimena Aguilar | Óscar Fuentes Charo López (la Morosa) Los trillizos | Vacío |
| PRIMERO INTERIOR | | | PRIMERO EXTERIOR | |
| IZQUIERDA | CENTRO | DERECHA | IZQUIERDA | DERECHA |
| Cruz Santos Bruno Cortes | Familia Galán | Calisto Ramos (Calix) | Rodrigo Castro (el Estirado) | Federico Rivera Encarna Gómez |
| BAJO INTERIOR | | | BAJO EXTERIOR | |
| IZQUIERDA | CENTRO | DERECHA | IZQUIERDA | DERECHA |
| Familia asiática | Familia asiática | Manuel Gómez (el Inspector) | Juan Contreras (el Mudo) | Salvador Martín (el Ogro) |

Prólogo

«Fui sobre agua edificada, mis muros de fuego son.» Miles de personas pasan cada día ante esta frase, escrita en la fachada de un edificio del Madrid más castizo. Muchos se identifican con ella, algunos se emocionan y otros ni siquiera la ven. Y luego, hay unos pocos que sabemos lo que significa y nos llenamos de orgullo cada vez que la leemos. Yo, cuando la leo, miró al cielo y le brindo una sonrisa a mi abuela. Ella me enseñó a amar esta ciudad, a soñar y a no tener miedo de ser libre. Y eso hago. O, al menos, lo intento.

Por cierto, en caso de que sintáis curiosidad, deciros que la frase es un lema de Madrid, tan antiguo que ya casi nadie lo recuerda, sólo unos pocos gatos afortunados que tuvimos abuelas tan gatas como nosotros. «Fui sobre agua edificada» hace referencia a los acuíferos sobre los que está construida Madrid, y «mis muros de fuego son» habla de las murallas que la protegían, pues, al estar hechas de pedernal, cuando las flechas se estrellaban contra ellas, saltaban chispas y de noche parecían arder.

¿A que es chulo?

Pues así es mi ciudad, chula como ninguna.

Permitidme que me presente: me llamo Eva y estoy a punto de cumplir treinta y siete años, algo que, la verdad sea dicha, me revienta bastante porque, de un tiempo a esta parte, siento el puñetero tictac de mi reloj biológico como una espada de Damocles sobre mí.

Soy alta, casi metro setenta y cinco con tacones de aguja de diez centímetros. Pero, claro, con ellos no salgo más que al cine o, cuando me puedo permitir el lujo, al teatro, y siempre en taxi, para no tener que andar

mucho. Soy incapaz de dar más de tres pasos sin torcerme un tobillo o, peor aún, caerme, y mejor no hablar del dolor de pies. Un verdadero suplicio. Así que mi estatura habitual en la calle es un metro setenta. Y dando gracias, porque cuando estoy en casa no supero el metro sesenta y cinco, pero ¿y lo a gustito que voy descalza?

Tengo las piernas largas y moldeadas, y un culo duro y respingón con el que mis amantes esporádicos se lo pasan pipa. No soy un bellezón, pero tampoco estoy nada mal. Soy delgada con curvas (con bastantes y muy marcadas curvas, de hecho), de piel dorada (sobre todo en verano; en invierno, mi dorado se asemeja más al pálido vampírico), y tengo los ojos azules. Ahora. Antes los tenía marrones, pero empecé a ver fatal de lejos, fui a la óptica y, ¡sorpresa!, tenía miopía. Fue la excusa perfecta para comprarme unas lentillas azules. Ya que iba a llevarlas, ¿por qué no usar unas que dieran a mis ojos el color que siempre he deseado?

Aparte de unos bellos ojos postizos, tengo una larga y ondulada melena rubia, aunque hace unos meses era pelirroja, y antes de eso fue negra, morada e incluso verde, pero ese color me lo quité a la semana; era demasiado cantoso y no le pegaba nada a mi piel. ¿Mi pelo original? Pues creo que castaño, pero no estoy segura, llevo tanto tiempo cambiándomelo que no me acuerdo. Qué le voy a hacer, odio la monotonía y adoro la aventura.

Ah, la aventura, eso sí que me va. La escalada, el surf, el parapente, el esquí. Conocer nuevos países y perderme en sus calles, meterme en la profundidad de la selva, investigar cuevas, hacer submarinismo. La aventura me mola mogollón. Eso sí, siempre y cuando la viva sentada cómodamente en el sillón de mi casa, que eso de recorrer medio mundo con una mochila a la espalda me parece de lo más cansado. Creedme, sé de lo que hablo. Y mejor no hablemos de hacer algún tipo de ejercicio físico más costoso que subir la Cuesta de la Vega, que, por cierto, es empinada y sinuosa como ella sola, la puñetera.

No, el deporte no va conmigo. Lo mío es el *sillón ball* y el levantamiento de vidrios en el bar, que, además, es uno de mis dos trabajos. El otro es llevar al colegio a los demonios que Gala tiene por hijas y mantener su casa habitable. Pero estas dos ocupaciones son temporales, mi verdadero trabajo

es, o, mejor dicho, será de bedel, ujier u ordenanza en el ayuntamiento, la Comunidad de Madrid o cualquier otro puesto en el que pague el gobierno. Sí, quiero ser funcionaria, ¿quién no querría? Llevo años preparando las oposiciones y presiento que las voy a aprobar. Y cuando tenga mi trabajo fijo, haré lo necesario para que la dichosa espada de Damocles deje de oscilar sobre mi cabeza.

¿Qué más os puedo contar de mí?

Soy gata madrileña, estatus que sólo se obtiene cuando al menos tus padres y tus abuelos han nacido en Madrid. En mi caso, mi familia ha nacido aquí desde que se llamaba Mayrit, allá por el siglo X, o eso es lo que decía mi abuela. Vivo en su casa, que ahora es mía, en uno de los barrios más bonitos y antiguos de Madrid: La Latina.

Adoro mi barrio. Tan castizo y vibrante, con su trazado medieval de calles estrechas y enrevesadas, sus plazas llenas de vida, sus jardines escondidos y sus antiguos edificios en los que modernos cafés se dan la mano con restaurantes centenarios. No hay un rincón sin encanto, sin misterio, sin romanticismo. Y yo recorro sus calles, respiro su esencia y me pierdo en sus recovecos cada día.

Vivo en la plaza de la Paja. ¡Eh, ni se os ocurra pensar lo que estáis pensando! ¡El nombre de la plaza no tiene nada que ver con eso! Aquí nadie se mata a pajas, al menos, no en público, porque cada uno en su casa puede hacer lo que le dé la gana. Para saciar vuestra curiosidad, os diré que el nombre le viene dado porque aquí se subastaba la paja destinada al capellán de la capilla del Obispo, que forma parte de la iglesia de San Andrés.

La capilla del Obispo preside la plaza desde lo alto de sus dos tramos de escaleras enfrentadas. A la izquierda de ésta, el palacio de los Vargas, ahora convertido en centro de enseñanza secundaria, y a la derecha, uno de los colegios más famosos de España, sobre todo en Navidad: el colegio de San Ildefonso. Al fondo, el jardín del Príncipe de Anglona.

Y aquí vivo yo, rodeada de historia, a un tiro de piedra del Rastro, del mercado de San Miguel, de la plaza Mayor, de Las Vistillas, del palacio Real, de la Cava Baja. En el Madrid más castizo y bonito, el de los Austrias. ¿Se puede ser más afortunada?

Pues, aunque no lo creáis, sí, se puede ser más afortunada.

¿Cómo?

Eliminando a algunos de mis vecinos. No a todos, por supuesto, pero sí a muchos. A casi todos los que viven en los pisos exteriores de mi portal. ¡Son insoportables!

Mi edificio es uno de los más antiguos de Madrid, no quiero exagerar, pero rondará el siglo, año arriba, año abajo. Y está llenito de vecinos que también rondan el siglo de vida. Año arriba, año abajo. Y algunos son un pelín intransigentes. Y anticuados. Y prepotentes. Estas desagradables cualidades, aunque parezca mentira, vienen dadas por dos factores importantes: el tiempo que lleva el vecino en el edificio y la zona en la que reside, interior o exterior.

Los pisos exteriores son mucho más grandes y tienen altos ventanales y estrechos balcones, por los que la luz del sol entra a raudales, mientras que los pisos interiores son eso: interiores. Son pequeños, no les llegan los rayos del sol ni tienen balcones, sólo ventanas que dan a un patio de luces bastante umbroso.

En resumen, los exteriores están al aire libre y los interiores están metidos en un agujero. Y, aunque esto no debería revestir mayor importancia, en realidad es motivo de considerable inquina, profusa envidia y mucha mala baba en general. Mala baba que las dos facciones en las que se dividen los vecinos se encargan de azuzar día sí y día también.

Mi comunidad tiene el regusto de ese odio clásico que los literatos y los cineastas llevan años retratando en sus obras. Somos los Capuletos y los Montescos[1] del Madrid castizo, los Sharks y los Jets[2] del siglo XXI. Sólo que en nuestro caso hay más mala leche que drama; por algo somos madrileños y el sarcasmo y la chulería nos sale por los poros.

En mi edificio se enfrentan la intransigencia, la afectación y la rigidez de la familia Vega-Sombría, líder de los pisos exteriores, contra la tolerancia, el pasotismo y la rebeldía de la familia Borrego, cabecilla de los interiores. Las matriarcas de esas dos familias son enemigas acérrimas, y la mayoría de los vecinos, sobre todo los más antiguos, se han posicionado del lado de una u otra. La única excepción son los nuevos residentes, que, dando muestras de lúcida inteligencia, prefieren ignorar las rencillas en beneficio de su salud

mental y del bienestar de sus buzones, pues la *paladina* de la familia Borrego tiene cierta tendencia a las travesuras.

De todas maneras, mejor dejo de hablar de las disputas de mi comunidad, no es cuestión de que penséis que vivo en una casa de locos, aunque sea cierto.

¿Veis ese elegante portal con puertas de hierro forjado y tirador de latón? Es el mío.

Acompañadme.

¿Qué os parece el vestíbulo? No diréis que no tiene clase: suelos y frisos de mármol, puertas de nogal y, en el hueco de la escalera, el ascensor, que, por cierto, sólo tiene diez añitos. Sí, lo digo en serio, no va de coña. En la época en la que se construyó el inmueble, el ascensor era una comodidad prescindible, así que no fue hasta hace una década que los residentes, instigados por la familia Vega-Sombría, y con la firme oposición de los Borrego, votaron a favor de instalar uno. Desde ese momento, las hostilidades se enconaron más todavía, porque los partidarios de los Borrego se negaron a abonar su parte de la derrama, algunos por economía ajustada, otros porque, al residir en los pisos inferiores, lo veían innecesario, y la matriarca de la familia porque iba en contra de sus principios darles la razón a los Vega-Sombría.

Hubo agrias contiendas, debates que ríete tú de los que hacen los políticos en campaña, y hasta un amago de golpe de Estado por parte del residente del primero exterior izquierda. Pasamos unos meses complicados en los que los más precavidos acudían a las reuniones vecinales pertrechados con armadura antisartenazos y kilos de ibuprofeno para hacer frente al dolor de cabeza producido por los bramidos de los vecinos más irascibles. Tras muchas reuniones infernales, el asunto se solucionó con una decisión salomónica: sólo los residentes que pagaran la derrama tendrían derecho al ascensor. Y, para impedir que los no pagadores lo usaran, la capitana de los Vega-Sombría propuso un astuto remedio que dio al traste con la intención de usar el ascensor de balde que tenían en mente los discípulos menos honorables de la familia Borrego. Y ¿cuál fue el remedio? Fácil: en cada botón hay una hendidura para una llave. Sin ésta, el ascensor no se mueve. Y, como los dos

bandos se siguen llevando igual de mal —o peor— que hace diez años, cada propietario de una llave la guarda celosamente y no la comparte. Por tanto, sólo pueden subir en el ascensor los que hace diez años fueron listos y apoyaron a Dolores Carrión, viuda de Alonso Vega-Sombría.

Y no es que sean muchos pisos, sólo tres. Pero ¿os habéis fijado en la distribución de los descansillos y en la escalera? ¿No? Seguidme. ¿Lo entendéis ahora? Exacto. No son casas actuales, sino antiguas. De techos altos. Muy pero que muy altos. Algo más de cuatro metros a ojo de buen cubero. Lo que significa que un tercero está más o menos a la altura de un quinto de los actuales. De hecho, yo vivo en el tercero y tengo por delante seis tramos de catorce escalones bien altos. ¿Por qué pensáis que tengo el culo firme y las piernas moldeadas? De subir la puñetera escalera varias veces al día. Pero, como diría mi abuela, no hay mal que por bien no venga, y con esto me ahorro una pasta en gimnasios, aunque tampoco pensaba apuntarme a ninguno, la verdad. Es lo que tiene ser una perezosa insigne.

Bueno, basta ya de charla; si no nos ponemos en marcha, no llegaré nunca a casa.

¡Ay, que se me olvidaba! Esperad un segundo, por favor. Tengo un regalito para la inquilina del tercero exterior derecha, una cosita de nada. Ya está. Guardadito en su buzón para que lo recoja cuando baje. Veréis qué sorpresa se lleva.

Ahora ya podemos seguir con la visita guiada por esta casa de chiflados.

Fijaos si mi edificio es antiguo y de alta alcurnia que hasta tiene mazmorras. O algo parecido: el bajo interior. El inframundo, que lo llamo yo. Hay que bajar una estrecha escalera y recorrer un corto pasillo para llegar a él. Dos de los tres bajos interiores están ocupados por una gran familia asiática, en total, dos matrimonios, cinco niños y tres abuelos. Dado el tamaño de los pisos, no cabe duda de que deben de estar muy unidos. El bajo interior restante es propiedad de Manuel, un señor a punto de jubilarse al que la mayoría de los vecinos trata con un más que prudente respeto. La verdad es que a mí me da un poco de grima porque no es que sea callado, que lo es, sino por cómo te mira. Como si te estuviera juzgando. Y condenando. Más aún, como si deseara ejecutar la condena él mismo y ésta fuera la peor tortura que

te puedes imaginar. Y, joder, yo tengo mucha imaginación. Así que procuro comportarme como una señorita cuando me cruzo con él.

El bajo exterior está al nivel del portal, y en él viven el Mudo y el Ogro, cada uno en su casa, por supuesto. Fue mi abuela quien les puso los mote, y no pudo estar más acertada. El Mudo ronda los cincuenta, es un hombre agradable que trabaja en una charcutería, lo que significa que, si le caes bien, te trae jamón, queso y fiambre de estraperlo, tirado de precio. Y, por eso, a pesar de su ofensiva neutralidad, no sufre las travesuras de la familia Borrego ni la maledicencia de los Vega-Sombría. El Ogro vive en el otro bajo exterior. Profesor jubilado con más de ocho décadas en sus huesos, es un cascarrabias que se molesta democráticamente, o, lo que es lo mismo, lo exasperamos todos por igual. Tanto da que seas neutral, Borreguero o Vega-Sombriero, siempre tendrá un gruñido para ti.

Una vez visto el bajo, vamos a por los primeros.

Voy a intentar explicar bien la estructura del edificio, pero reconozco que es algo complicado. Tenemos una escalera general en la que el primer tramo es la planta y el siguiente es la entreplanta. En las plantas se ubican los pisos exteriores, con dos viviendas. Y del descansillo de las entreplantas sale un estrecho pasillo que se adentra en las tripas del edificio y acaba en otra escalera, mucho más estrecha, que nos lleva a los pisos interiores, en los que en un espacio diminuto caben tres pisos.

Si subimos el primer tramo de escalera hasta la entreplanta y ahí nos desviamos por el pasillo para subir la escalera interior, llegamos al primero interior con sus tres puertas. En la de la izquierda viven Cruz y Bruno; cuando era niña, Cruz era mi mejor amigo, y eso no ha cambiado con los años, lo adoro.

En la puerta del centro vive la familia Galán al completo: un matrimonio de abuelos, un matrimonio de jóvenes y dos churumbeles. Todos juntos y revueltos. Cosas de la crisis.

Y, por último, en la puerta de la derecha vive un segoviano guapísimo llamado Calisto, pero como él se presenta como Calix —algo que no me extraña en absoluto—, todos lo llamamos así. Es el vecino más reciente de la finca, pues lleva un poco más de dos meses con nosotros. Es un hombre joven,

rondará los veinticinco —si es que llega—, y sale todas las noches —imagino que de parranda— para regresar al amanecer oliendo a dulces bizcochitos. Viste como un modelo y huele a pastelitos comestibles y deliciosos, de esos que no te cansas de morder, lamer y saborear. Es rubio —creo que tan natural como yo— y posee una cuidada melena lisa que le llega por los hombros y que toda mujer que lo ve se muere por acariciar. Ojos verdes, labios jugosos y un cuerpo de infarto en el que cada músculo está moldeado al detalle.

Hace un par de meses, Gala, mi mejor amiga, me retó a conseguir que saliera al rellano, y yo, que soy incapaz de resistirme a un desafío, no me arredré y lo hice. Llamé a su puerta con la excusa de pedirle un poco de azúcar y, cuando me abrió, llevaba puestos unos pantalones cortos. Nada más. Empapé las bragas al verlo, lo juro. Pedazo de tío. Qué abdominales, qué pectorales, qué bíceps, qué tríceps, qué... ¡todo! Y esa voz ronca que parece que te esté susurrando sólo a ti. Uf... Tardé un buen rato en darme cuenta de que lo estaba mirando como una idiota mientras él me preguntaba si me pasaba algo. ¡Claro que me pasaba! Todas mis neuronas estaban alborotadas disfrutando del espectáculo. Al final conseguí componer una frase coherente y, cuando cerró la puerta, yo tenía un kilo de azúcar en la mano, un desafío ganado, un calentón de narices y una imagen suya grabada en la retina que, lo reconozco, he usado alguna que otra vez para aderezar mis fantasías sexuales más lúbricas.

En fin, mejor seguimos con la visita guiada. Desandamos el camino, regresamos al descansillo general de la entreplanta y subimos los escalones que nos separan del primero exterior. Un rollo, ¿verdad? Pues es lo que me toca hacer todos los días varias veces. Oh, un momento, ya que estamos aquí, espero que no os moleste que taconeé un poco a la vez que doy palmas. No, no es que me haya salido la vena flamenca; es que en este piso todos son adeptos a la familia Vega-Sombría y les molesta un montón el escándalo.

A buen entendedor, pocas palabras bastan.

Rodrigo, el insigne propietario del primero exterior izquierda, es un estirado insoportable, hijo único de antiguos propietarios y dueño de una camisería del viejo oficio que hace las prendas a medida. Nos odiamos desde que yo era una niña con una madre ausente y él, un adolescente cabronazo y

prepotente.

Los residentes del primero exterior derecha son Encarna y Federico, pelotas confesos de Dolores Carrión, viuda de Alonso Vega-Sombria, así que no voy a perder un instante más hablando de ellos; necesito la boca para desgañitarme a cantar y romperles sus muy exquisitos tímpanos.

«¡Quinto levanta, tira de la manta! ¡Quinto levanta, tira del mantón!»

Sí, lo sé. El *Quinto levanta* no pega ni con cola con las palmas y el taconeo flamenco, y eso mismo es lo que lo hace tan adecuado. Se forma tal cacofonía que deben de pitarles los oídos y rechinarles los dientes. No os asustéis, esto sólo va a durar lo que tarde en subir la escalera hasta el segundo interior.

Inspirad con fuerza. ¿No lo notáis? Después del insoportable tufo a petulancia del primero exterior, aquí se respira libertad y buen rollo. Y también especias a tutiplén. Está claro que a la familia hindú que vive en el interior izquierda le encantan. Son unos vecinos estupendos, además de ser los dueños de la tienda de al lado del portal. En el interior centro vive Pedro Pablo, un cubano, operador de cámara. No es guapo, pero tiene algo..., que no es otra cosa que ese acento seductor y susurrante que te hace pensar en sábanas de seda, dedos ágiles y lengua incansable. Pero, una cosa os digo, no es oro todo lo que reluce. Y la lengua de Pedro Pablo no merece en absoluto la pena, creedme, lo sé por experiencia.

Por último, en el segundo interior derecha, justo debajo de mi casa, vive Gala. Mi mejor amiga. Nos conocimos hace seis años, cuando ella se mudó aquí tras un divorcio desastroso que a punto estuvo de erradicar la alegría de su vida. Ella necesitaba a alguien que cuidara de sus hijas mientras trabajaba y yo necesitaba un trabajo, así que congeniamos de inmediato a pesar de ser diametralmente opuestas. En menos de un año éramos inseparables.

¡Ánimo! Ya queda poco, catorce escalones de nada y habremos subido otro tramo más de escalera. Jode, ¿verdad? Parece que no es tanto, pero cuando llevas cuatro tramos estás con la lengua fuera y los pulmones en la garganta.

En el segundo exterior viven los Morosos y sus trillizos. No pagan la comunidad, no pagan la luz y tienen el contador trucado; eso sí, sus hijos van a un colegio privado que imagino sí pagarán. Un asco.

La otra vivienda de la planta está a la espera de ser alquilada.

Si seguimos subiendo llegamos al tercero interior, mi planta. En la puerta izquierda vive Vicenta, la mejor amiga de mi abuela: ochenta y un años, moderna y marchosa como ninguna. Fue y es un pilar para mí. En la central viven de alquiler tres estudiantes la mar de simpáticas con las que coincido a veces en el ConSumo Placer, el lugar en el que trabajo las noches de los fines de semana. Y, por último, en la puerta derecha vivo yo. Pero, antes de entrar en mi casa, dejad que os muestre la entrada al infierno: el tercero exterior.

En la puerta de la izquierda viven Félix y Mercedes, señores de Lara y fieles devotos de los Vega-Sombría. Y en el exterior derecha reside el origen de todo mal: Dolores Carrión, viuda de Alonso Vega-Sombría. Una bruja de lengua viperina con la que mi familia y yo estamos enemistados desde tiempos inmemoriales, o, lo que es lo mismo, desde que mi abuela y ella discutieron por alguna gilipollez al poco de mudarse aquí, hace ya más de sesenta años. Viuda desde hace una década, Dolores ha vivido sola desde entonces, hasta que hace dos meses su nieto, Adán Vega-Sombría, se mudó con ella. O, al menos, eso me contó el Mudo cuando fui a recoger el jamón que le tenía encargado, porque yo no he visto al nieto pródigo por ningún lado.

Al parecer, Adán está recluido en casa y apenas sale, pero, ¿qué queréis que os diga? yo no me lo creo; el Mudo, a pesar de lo que nos quiere hacer creer, no es omnisciente, por tanto, no puede saberlo todo. Estoy segura de que Dolores y su nieto salen a pasear por las mañanas, cuando todos estamos en nuestros trabajos y no podemos vigilarlos.

La realidad es que a Dolores le encantaba bajar a la plaza con Mercedes y poner a caer de un burro a todo el mundo, sobre todo a mí. Pero, de repente, dejó de salir de casa. Poco después llegó Adán y empezó el secretismo. Quién sabe, tal vez la abuela tenga secuestrado al nieto, o al contrario. Cosas más raras se han visto.

Si os soy sincera, todos los vecinos estamos muy intrigados con este asunto del «nieto pródigo», pues llevábamos años sin ver tan a menudo al insigne heredero de los Vega-Sombría, desde que un buen día se echó una novia que no le gustó nada a su padre y a su abuelo y que provocó no pocas broncas entre ellos. Al poco, se casó con ella, muchos pensamos que más por

fastidiar a su familia que por amor, y se largó a otra ciudad, para gran disgusto de su abuela, a quien apenó perder a su único nieto.

Nunca tuve mucho roce con Adán. Es cinco años mayor que yo, lo que significa que teníamos pandillas distintas. Recuerdo que, cuando él era un adolescente y yo una cría, me dedicaba al espionaje infantil para fastidiarlo cuando estaba con sus novietas, lo que provocaba no pocas peleas y discusiones. Pero, ah, era tan divertido hacerle rabiar. Luego él se fue del barrio y yo de España, así que no se puede decir que hayamos tenido mucho trato. Cuando Dolores se quedó viuda, Adán volvió a la ciudad y empezó a visitarla un par de veces al mes, pero como él sí tiene llave del ascensor, no necesita subir por la escalera y, por tanto, es imposible que coincidamos en los rellanos y así poder saber si sigue siendo el moreno patilargo de nariz aguileña y ojos tristes.

Bueno, dejémonos de chismes. Permitidme enseñaros mi casa. No es muy grande, pero es especial. En este piso pasé con mi abuela todos los inviernos de mi niñez mientras mi madre recorría el mundo. Los veranos, sin embargo, los pasaba viajando con Lluvia y sus amigos. Culo inquieto como mi progenitora, al cumplir los dieciocho volé del nido, pero, eso sí, regresé a menudo. A veces para lamerme las heridas, otras para sentir de nuevo suelo firme bajo mis pies, y siempre para estar con la mujer a la que más he querido en el mundo: mi abuela. Hace diez años me cansé de deambular y regresé al único lugar al que siempre he llamado *casa*, con mi abuela. Hace cinco, ella enfermó. Y hace dos, me dejó. Desde entonces vivo sola, en su casa, que ahora es mía, esforzándome por honrar su memoria y mantener bien alto el pabellón familiar.

No sé si os lo he comentado: soy Eva Borrego García, heredera de la familia Borrego y adalid de la lucha contra los desalmados Vega-Sombría. Y ese alarido que acaba de sonar en el portal es el grito indignado de Dolores al encontrar mi regalito en su buzón.



«No hay más que salir a la Gran Vía madrileña para darte cuenta de que, si el fin del

mundo no se produce hoy, ocurrirá mañana.»[3]

Taconeos, palmas, canciones y gritos un domingo a las cuatro de la tarde. ¿Dónde piensan que viven? ¿En una feria?

Esto es inconcebible. Ya ni siquiera voy a poder dormir tranquilo en fin de semana. ¿Cuánto tiempo voy a tener que soportar esto?

¿Acaso no saben que trabajo mucho y muy duro y que necesito descansar? Oh, sí, por supuesto que lo saben. Pero a nadie le importa. Egoístas rastreros y ruidosos que hacen imposible la convivencia entre personas decentes. Claro que no hay en este edificio otra persona decente que no sea yo. Está habitado por groseros irresponsables que no controlan a sus hijos ni se preocupan de mantener el orden cuando los sueltan en la calle como si fueran animales salvajes. ¿Cuántas veces he tenido que esquivar a esos impertinentes zagales y sus balones al cruzar la plaza sin que ningún padre pusiera orden o me pidiera perdón! Y ¿me he quejado? No. Nunca lo hago. Porque sé que cuando empiece no podré parar. Así que callo, aguanto y espero. Ya llegará mi venganza.

Estoy tan harto... Tan cansado de soportar lo insoportable mientras finjo que no me molestan... ¿Por qué no pueden desaparecer todos y dejarme en paz? Son la peor calaña de la sociedad. Mezquinos ingratos que no se dan cuenta de lo bien que me porto con ellos cuando sólo merecen mi desprecio y mi condena.

¡Ojalá se mueran todos!

1

¿A quién se le ocurre empezar el curso escolar un jueves? A los iluminados de nuestro (des)gobierno, por supuesto. Hay que tener mucha mala leche para empezar el cole dos míseros días antes del fin de semana. ¿O no pensáis como yo? ¡Es que es la leche! No podía empezar un lunes, no. Tenía que ser un jueves. Así, con dos cojones. Que, oye, seguro que hay un motivo maravilloso para empezar un jueves, pero ahora mismo no lo veo, la verdad. Desde luego, los del Ministerio de Cultura ya no saben cómo joder la marrana...



Jueves, 8 de septiembre de 2016

—Mira que te sienta mal madrugar —comentó Jimena, observando a la adulta supuestamente responsable que tenía que llevarlas, a ella y a su hermana pequeña, al colegio.

—No me sienta mal madrugar, todos los días me despierto a las siete para estar aquí antes de que vuestra madre se vaya a trabajar —protestó Eva ofendida, ahogando un bostezo.

—Sí, pero en cuanto mamá se va, te tumbas en el sillón y te pones a roncar —objetó Gadea, observando con ojo clínico su mochila, no fuera a faltar algún libro. No era cuestión de empezar el cole con mal pie.

—Yo no ronco, mocosa. Y os aconsejo que dejéis el tema si no queréis que

os ponga bocatas de cebolla para el almuerzo —amenazó Eva cuando la niña mayor fue a replicar.

Jimena y Gadea bufaron molestas, pero conociendo el mal talante que Eva gastaba de buena mañana, decidieron guardar silencio. Al menos, por un rato. Lo justo para acabar de desayunar, meter los bocadillos en la mochila y marcharse de casa.

No habían acabado de salir cuando se abrió la puerta del piso de enfrente y tres niños de tez y pelo oscuros, de entre siete y doce años, invadieron el descansillo del segundo interior acompañados por un hombre tan moreno como ellos. Eva y el papá hindú se saludaron con el consabido «buenos días» mientras los niños estallaban en una alegre algarabía en la que el tema principal era el principio del curso. Bajaron al rellano general y allí se encontraron con la Morosa del segundo exterior y sus trillizos. Los adultos se saludaron con educación no exenta de tensión, al fin y al cabo, la Morosa debía dos años de comunidad, y los niños, ajenos a esas cuitas, se adelantaron en la escalera, formando mayor alboroto aún con la incorporación de los tres chiquillos. Alboroto que llegó a extremos insospechados cuando los trillizos y las niñas se enzarzaron en una pelea de dimensiones apoteósicas en el descansillo del primero exterior por defender sus posturas. A saber: Bob Esponja era un genio o Bob Esponja era un asco.

Eva echó a correr y llegó a tiempo de apartar a Jimena de la pelea en tanto que la Morosa detenía a su hijo por los pelos, literalmente. Y, en medio de esa locura, la puerta del primero exterior izquierda se abrió y de ella salió un hombre unos diez años mayor que Eva, de porte rígido y vestido con un elegante traje de dos piezas. En el bolsillo de la chaqueta asomaba un pañuelo burdeos que hacía juego con la corbata. Les dedicó a todos tal mirada de desprecio que silenció a los niños e inmovilizó a la madre de los trillizos, pero no así a Eva, que llevaba años sufriendo sus miraditas y se había vuelto inmune a ellas.

—Hombre, Rodrigo, malditos los ojos que te ven —dijo a modo de saludo, aferrando con mano firme a Jimena por si se le pasaba la parálisis e intentaba morder al trillizo.

—Ya veo que sigues tan encantadora como siempre, Eva —replicó él

arrugando la nariz como si le molestara su olor. Ella no pudo evitar gruñir—. Si no saben educar a sus hijos, al menos tengan la decencia de llevarlos con bozal para que no ladren —exigió mirando con desdén al grupo antes de tomar el ascensor con gesto indignado.

En cuanto el exasperante vecino desapareció, los adultos estallaron en una ofendida protesta y los niños continuaron discutiendo, aunque más tranquilos.

—¿Ya se ha vuelto a enfadar el Estirado? —comentó mordaz Cruz al salir de casa y encontrarse con los ánimos soliviantados por culpa de Rodrigo. Cerró la puerta con cuidado para no despertar a su novio, un periodista que había pasado la noche en la discoteca de moda tras el famoso de turno—. Ay, Mari, no te imaginas quién se lió ayer con quiénes, sí, *quiénes*, en plural. Te vas a quedar muerta —soltó intrigante.

Eva les dedicó a las niñas una mirada que les dejó bien claro que, si volvían a montar gresca, las consecuencias serían terribles, y se volvió hacia Cruz con los ojos brillantes por la emoción.

—Cuenta.

Cruz la tomó del brazo y se inclinó para detallarle al oído el escándalo del año.

—¿Sabes ese modelo tan guapísimo que estaba liado con...?

Mientras Cruz desgranaba el jugoso cotilleo, los chiquillos del primero interior y su madre se unieron al enjambre de personas y personitas que ocupaba la escalera. Bajaron entre charlas, risas y algún que otro exabrupto. En el portal se les unieron los niños asiáticos del bajo interior, y las agudas voces de la infantil turba pronto se convirtieron en una espeluznante cacofonía que les imposibilitaba entenderse. Aunque no por eso dejaron de gritar; al contrario, hablaron más alto a pesar de las protestas de los adultos, que, en lugar de calmar el alboroto, lo que hacían era soliviantarlo.

—¡Silencio! —exclamó de repente el dueño del bajo exterior derecha saliendo de casa vestido con un batín y un elegante pijama—. ¡Todos en fila! Vamos a ver, ¿qué son ustedes?, ¿personas o bestias? —preguntó a los niños a la vez que cruzaba las manos a la espalda con apostura militar—. Piense bien lo que va a decir, señorita Gadea —advirtió a la pequeña cuando ésta abrió la boca. Por supuesto, volvió a cerrarla.

Los niños se miraron entre sí antes de desviar la mirada hacia los adultos, quienes se apresuraron a disimular que la cosa no iba con ellos. Al fin y al cabo, el Ogro había sido profesor durante más de cinco décadas, lo que significaba que también les había dado clases a algunos de ellos, y era muy difícil resistirse al influjo de su voz.

—Muy bien, ¿falta alguno de sus compañeros? —preguntó el severo anciano. Todos, adultos incluidos, negaron con la cabeza—. Entonces, váyanse y líbrennos del sufrimiento de tener que oírlos —ordenó antes de entrar de nuevo en su casa.

La madre de los trillizos bufó ofendida, mientras que el resto de los adultos se miraron con expresión divertida. No había semana que el Ogro no les echara la bronca por escandalosos.

Sin esperar un instante más, niños y adultos salieron a la calle y emprendieron la subida por la costanilla de San Andrés para ir al colegio Nuestra Señora de la Paloma.



El vecino dio un paso atrás, apartándose de la puerta a la vez que abría los puños. Los dedos, doloridos por la fuerza con la que los había apretado, crujieron al estirarse.

Todos los días, la misma historia. Los mismos gritos. Las mismas voces infantiles interrumpiendo su descanso. Y en septiembre todavía era peor, porque empezaban el curso y los pequeños monstruitos estaban más alterados de lo normal. Ya debería estar acostumbrado. Pero no lo estaba. Al contrario. Cada año le costaba más contener su furia y no arremeter contra los maleducados mocosos y sus impasibles madres. A veces incluso soñaba con sumergir sus pequeñas cabezas en cubos llenos de agua para silenciarlos. Pero se contenía. Le gustaba su casa y su barrio, las vistas que había desde su ventana y estar a un paseo de su trabajo. Definitivamente, no le apetecía cambiar de domicilio. Y eso sería lo que sucedería en caso de que se tomara la justicia por su mano y les diera su merecida lección a esos malcriados. Así que tocaba armarse de paciencia y aguantarse. Pero eso no significaba que

fuera a quedarse de brazos cruzados.

De hecho, tenía pensada una pequeña travesura de lo más divertida.

Se dirigió a la habitación reconvertida en despacho y encendió el ordenador. Una sonrisa soñadora asomó a sus labios mientras pensaba en lo mucho que habían cambiado los tiempos. Cuando era pequeño acudía al mismo colegio que los niños del edificio y hacía una travesura similar. Sólo que en su época se tenía que juntar con los críos infestados de piojos y después, tras encerrarse en su cuarto y lejos de la mirada indiscreta de su madre, buscar las liendres y los piojos que habitaban en su propio pelo y guardarlos en cajitas. Luego, cuando bajaba al patio a jugar con los vecinos, repartía los bichitos en sus cabezas. Lo divertía ver a las madres volverse locas con el vinagre, tratando de erradicar la epidemia mientras él se entretenía en extenderla. Incluso, con el paso del tiempo, algunas familias cortaban el pelo a sus hijas en un vano intento por acabar con el contagio.

Era maravilloso ver a las niñas llorar desconsoladas por sus arruinadas melenas.

Y eso era más o menos lo que iba a hacer ahora. Sólo que ya no tendría que buscar a niños infestados de piojos para contagiarse. Ahora todo era mucho más fácil. Todo se podía comprar por internet. Incluso los piojos. Luego sólo sería cuestión de extenderlos y esperar a que se propagaran. Y sus vecinos eran tan estúpidos que supondrían que se trataba de otra epidemia de tantas. No verían que tenían el foco en su propia casa. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios; sí, iba a ser muy entretenido verlos rascarse la cabeza hasta quedarse sin uñas.

No veía el momento de poner en marcha su venganza.

Abrió Tor para acceder a la *deep web*. Esperó un instante a que se cargara la página que tanto tiempo y trabajo le había costado hallar, e hizo su encargo.

★ ★ ★

Eva y Cruz caminaban tras los niños cuando se encontraron frente al mejor espectáculo del mundo mundial: Calix, el buenorro del primero interior, corriendo. En pantalón corto. Con una ajustada camiseta que marcaba cada

músculo de su magnífica anatomía.

—Ten cuidado, reina, no vayas a pisar los ojos, que se me acaban de caer al suelo tras salirseme de las órbitas. ¡Qué hombre! —Cruz lo miró embelesado.

—No pretenderás que aparte la vista del Buenorro para buscar tus ojos y no pisarlos, ¿verdad? Lo siento, guapa, pero por mí te puedes quedar ciega —replicó Eva.

—Y tanto que me voy quedar ciega, ¡pero de tanto mirarlo! —Cruz se abanicó con la mano como si estuviera sofocado—. Te lo tienes que tirar, reina, no podemos pasar un día más sin saber cómo es en la cama.

—Me niego a hacer de conejillo de Indias. Lo tíos como ése están tan preocupados por su imagen que no se mueven mientras follan por temor a despeinarse o a que se les arrugue la cara. —Eva chasqueó la lengua, desaprobadora—. Tíratelo tú si tanta curiosidad tienes.

—Te recuerdo, bonita, que yo tengo novio, mientras que tú estás soltera y sola en la vida —protestó él con un dejé burlón—. Y, de todas maneras, me da que es asquerosamente hetero. Una lástima. Así que te toca sacrificarte para sacarnos de dudas.

—Pues ya puedes esperar sentada, guapa. Prefiero dejarlo tranquilo, no vaya a ser que me lleve un chasco y no pueda volver a imaginarlo en el papel de semental en mis fantasías sexuales —bromeó en voz baja para que las niñas no pudieran oír la conversación.

—Ya, como si no nos conociéramos, bonita. —Cruz la miró burlón—. Ese tío te da grima. No tiene los dientes torcidos ni la nariz grande ni barriga cervecera ni verrugas en el pene...

—¡Jamás me he liado con nadie que tenga verrugas ahí! —Eva estalló en carcajadas.

¡Era increíble lo bien que la conocía Cruz! Porque, efectivamente, había dado en el clavo. El tipo estaba para mojar pan, sí. Tenía un cuerpo de infarto, también. Pero no la atraía en absoluto como pareja sexual. Era demasiado perfecto. Eran los defectos los que hacían interesantes a las personas, y ese hombre no tenía ni uno solo. Le daba hasta repelús tanta hermosura. Ni siquiera empapado en sudor, como ahora, perdía apostura. Al contrario, estaba

aún más guapo si cabía.

Lo siguió con la mirada cuando pasó por su lado. ¡Hasta sus zancadas eran perfectas!

—Además, no sé si te has dado cuenta de que ni siquiera me mira —dijo Eva, girando la cabeza para mirar el trasero del adonis—. Follármelo no me lo follaba, pero un bocadito en el culo sí que le daba —susurró lamiéndose los labios.

Y ése fue el momento elegido por Calix para volverse y mirarla como si acabara de darse cuenta de algo muy importante. Entornó los ojos pensativo antes de acercarse a ellos. Cruz y Eva, al creerse descubiertos, hicieron lo que haría cualquier adulto pillado in fraganti: mirar de nuevo al frente, disimular y seguir andando como si nadie los hubiera visto volver la cabeza para deleitarse con un culo duro y jugosón.

—Perdonad. —Calix los paró—. Esas niñas son las hijas de tu amiga la morena, ¿verdad? —Señaló a Jimena y a Gadea. Eva asintió con un gesto—. ¿Adónde las llevas?

—Al colegio —replicó ella. Él la miró confundido—. Hoy es el primer día de clase.

—Ah, claro. No lo había pensado —masculló él para sí—. ¿Cuándo salen?

—A las cuatro.

—¿Las recogerá su madre?

—Puede que sí o puede que no —contestó Eva, reacia a darle más información.

Estaba haciendo unas preguntas muy raras. Sobre todo, porque él nunca, jamás, se había interesado por nadie ni nada del edificio. ¡Si ni siquiera bajaba a las reuniones comunitarias, con lo entretenidas que eran!

El atractivo hombre frunció el ceño disgustado por su esquiva respuesta. Pareció a punto de preguntarles algo más, pero lo pensó mejor y sacudió la cabeza a modo de despedida antes de dar media vuelta y echar a correr de nuevo.

—Y ¿eso a qué ha venido? —murmuró Cruz, atónito por la escena.

—Ni idea. ¿Ves como yo estaba en lo cierto? Tanta perfección no es buena;

el pobre será muy guapo, pero está tocado del ala —afirmó Eva, acelerando el paso para alcanzar a las niñas.

Llegaron al colegio, esperaron a que entraran y después se separaron, Cruz para ir a su tienda de enmarcado cerca de Sol y Eva, de vuelta a la casa de Gala.

Nada más entrar en el portal, llamó al piso del Mudo para encargarle el fiambre que necesitaba para pasar la semana. Luego fue a los buzones y, sin ningún disimulo, dejó en el de la familia Vega-Sombría el regalito que había preparado la noche anterior en el ConSumo Placer. Sonrió maliciosa y subió al segundo interior para poner en orden el hogar de Gala. Al fin y al cabo, ése era su trabajo: llevar y recoger a las niñas del cole y limpiar la casa. Cinco horas diarias que le reportaban un sueldo que le daba para comer. Con el del ConSumo Placer pagaba facturas y ahorraba todo lo que podía, pues, si sus planes se cumplían, necesitaría bastante dinero para hacer su sueño realidad. Claro que para cumplirlo también tenía que aprobar las oposiciones, a pesar de lo mucho que le disgustaba trabajar encerrada en una oficina, así que tocaba hincar los codos a base de bien, y eso era justo lo que iba a hacer al cabo de un par de horas.

★ ★ ★

—¿Por qué no bajas a mirar el buzón?

Adán Vega-Sombría apartó la vista del ordenador y la centró en su abuela. Era la tercera vez esa mañana que se lo pedía.

—Porque aún no son las cuatro y el cartero jamás llega antes de esa hora —replicó obligándose a recordar que su abuela era una persona mayor y no podía mandarla a la porra.

—Está bien, no hace falta que bajas si no quieres, puedo hacerlo yo perfectamente.

Dolores apoyó las manos en los reposabrazos del sillón para impulsarse.

—¡Abuela, por favor! —Adán saltó de la silla para sujetarla cuando sus viejas rodillas fallaron por el esfuerzo—. Si ni siquiera consigues levantarte sola, ¿cómo pretendes sostenerte hasta el portal y bajar los seis escalones que

separan los buzones del ascensor? —la reprendió con severidad—. Sabes de sobra que tardas un par de días en recuperar las fuerzas tras las sesiones, y todavía no ha pasado ni uno. Espera a mañana para hacerte la dura y moverte.

—Apártate de en medio, soy muy capaz de manejarme sin tu ayuda —masculló la anciana intentando alcanzar el bastón.

—Está bien, ya veo que hoy tienes uno de esos días —rezongó Adán enfilando hacia la puerta—. Espero que haya algo en el buzón, porque si no es así...

—A mí no me amenaces, mocoso, te he cambiado los pañales las veces suficientes como para...

Adán salió de la casa antes de oír el final de la frase, aunque sabía cómo terminaba. Con ella de mártir y él de malvado. ¡Había que joderse cómo habían cambiado las cosas! ¡Dolores Carrión, mártir! ¡Ja! Le pegaba más el papel de malvada.

Frunció el ceño al pensar que, en cambio, a él le iba mejor el de mártir. Sacudió la cabeza para librarse de tan amargos pensamientos y entró en el ascensor. Insertó la llave en el botón del bajo con gesto huraño, pero cuando las puertas se abrieron en el vestíbulo del portal, su enfado se había diluido al reflexionar acerca de lo mal que debía de estar pasándolo su abuela. Siempre había sido una mujer fuerte e independiente y ahora no tenía más remedio que aceptar su ayuda para hacer casi cualquier cosa. Debía de ser horrible verse obligado a depender de alguien.

Fue a los buzones y sonrió al ver que en el suyo asomaba el papel rojo que usaba la Borrego para sus sorpresas. A veces le daba la impresión de que esos regalitos que su abuela recibía dos veces al mes eran los que mantenían vivo su carácter fiero y luchador. Los que impedían que se dejara vencer por la desesperanza y el agotamiento.

Lo obligaba a mirar el buzón cada mañana. Era su obsesión. Los días que se encontraba fuerte y sin náuseas, bajaba ella misma, aunque éstos eran los menos. La mayoría de las veces se lo pedía a él, y Dios lo librara de estar ocupado haciendo otra cosa, como, por ejemplo, leer, porque si se negaba le montaba una escena, como acababa de hacer. En ocasiones se sentía tentado de tirar el regalo al contenedor y acabar con esa absurda obsesión, pero luego

recordaba su reacción cuando los recibía: sus labios se estiraban en una ladina sonrisa, tan extraña en su rostro de perpetuo gesto severo que toda su cara parecía iluminarse, y sus ojos, en los últimos meses tan apagados, brillaban con algo parecido a la ilusión.

Adán sonrió burlón: si la Borrego supiera lo mucho que disfrutaba su enemiga con ese juego, no se molestaría en dejar nada en el buzón.

Cogió el sobre y lo palpó para asegurarse de que no contenía un saltamontes como en la ocasión anterior, cuando Dolores se encontraba mejor y bajó al buzón sin esperarlo. Su alarido pudo oírse en todo el edificio. Puede que incluso en todo el barrio de La Latina.

Una vez comprobado que no guardaba nada vivo, regresó a casa. Nada más entrar en el salón oyó la voz impaciente de su abuela:

—¿Es de la Borrego? Dámelo, vamos, no te quedes parado como un tentetieso.

No bien lo tuvo en las manos, hizo intención de abrirlo, pero él la paró con un gesto.

—¿No deberías comprobar antes que no contenga nada vivo? —dijo socarrón, antes de seguir leyendo en el ordenador el informe sobre las novatadas en las universidades.

Si estuviera trabajando, investigaría ese asunto. Pero no lo estaba, de hecho, tenía una excedencia por un año. No obstante, le gustaba mantenerse informado, y si tras leerlo mandaba un e-mail a sus compañeros con sus apreciaciones, tampoco pasaba nada.

—No digas tonterías: la Borrego es una mujer muy lista, más que su abuela, que Dios la tenga en su gloria. Sabe que, si me manda un bicho, tiene que esperar varios meses para que me vuelva a pillar de sorpresa. —Abrió el sobre—. ¡Ay, Dios mío! —Lanzó escandalizada el contenido lejos de sí.

—¿Qué pasa? —Adán saltó de la silla para ver qué era lo que había tirado.

Frunció el ceño al comprobar que era un manojo de hierbas secas y miró a su abuela sin entender por qué se había alterado tanto. El atado ni siquiera olía mal, al contrario, tenía un aroma muy agradable. Estiró la mano para cogerlo.

—¡No lo toques! Ve a por la escoba, recógelo y tíralo a la basura.

Adán la miró asombrado antes de volver los ojos de nuevo hacia las hierbas. Parecían inofensivas, pero su abuela las trataba como si fuera un veneno mortal ultrapotente.

—¿Por qué no puedo tocarlas?

—Porque lo digo yo —replicó la anciana con terquedad.

Él arqueó una ceja. Su abuela no tenía por costumbre dar explicaciones, pero él ya no era el niño que adoraba el suelo que ella pisaba y obedecía presuroso para ganarse su aprobación. Hacía más de veinte años que no le interesaba ganarse nada de ella, ni siquiera su cariño.

Agarró el ramillete con decisión.

—¡Suéltalo ahora mismo! —exclamó la anciana, indignada por su insubordinación.

—Sólo son hierbas secas —repuso él ignorando su requerimiento. Se las acercó a la nariz para gran disgusto de ella—. Creo que una es hinojo, el resto no las reconozco.

—Suéltalas ahora mismo, Adán, lo digo por tu bien. Si las tocas, el deseo carnal se apoderará de ti. Son cosa del diablo —lo urgió Dolores, persignándose.

Adán la miró asombrado; ¿estaba hablando en serio?

—No digas tonterías, abuela, ese tipo de plantas no existen, son sólo un bulo. Y, aunque existieran, ¿cómo las iba a conseguir la Borrego? No creo que un afrodisíaco tan potente se compre en cualquier herbolario —comentó burlón.

—No seas ingenuo, las saca de ese antro de perdición en el que trabaja.

Adán levantó la cabeza al oírla.

—Yo creía que trabajaba cuidando a las niñas del segundo —comentó pensativo. ¿La del segundo cultivaba drogas en ese agujero sin luz que llamaba *casa*? ¡Imposible!

—Sí, cuida a esos demonios de niñas y, según parece, les limpia la casa, aunque dudo que esa bruja sepa utilizar una escoba como Dios manda.

—Seguro que sólo la usa para volar —dijo Adán con sorna—. Y, en vez de hacerles la comida, prepara pócimas con hierbas raras que consigue en sus viajes con la escoba.

—No seas insolente —lo reprendió su abuela—. Las hierbas las consigue en su otro trabajo. Los fines de semana es camarera en un antro de perdición al que las personas van a hacer perversiones. —Arqueó las cejas para dar énfasis a sus palabras—. Llevamos años enviando cartas al ayuntamiento para que lo cierren, pero lo único que hemos logrado es que les manden un par de inspecciones, de las que han salido sin problemas. Seguro que los han comprado.

—¿Lleváis años mandando cartas? ¿Quiénes? —inquirió aturdido. No conocía esa faceta de su abuela.

—Rodrigo y el matrimonio del primero exterior derecha, mis amigos Félix y Mercedes, y yo. Por supuesto, todas las cartas van firmadas por mí, que soy quien ha dado la voz de alarma sobre el inconveniente de tener un lugar así en el barrio. Enviamos al menos una carta al mes, y en cuanto me ponga bien y me vea con fuerzas para atender a la tele, escribiremos a Telemadrid para que hagan un reportaje sobre lo que se cuece en ese antro.

—No me extraña que te odie —musitó Adán atónito—. ¿No te das cuenta de que estás jugando con su trabajo? No voy a permitir que vuestras estúpidas rencillas pongan en jaque su medio de ganarse la vida.

—¡No se te ocurra ponerte de su parte! No sabes cómo es ese lugar. Hay alcohol y...

—En todos los bares hay alcohol —resopló él, interrumpiéndola.

—¡Y drogas!

—Si hubiera drogas, les habrían cerrado el local en las inspecciones —objetó.

—No lo entiendes. No son drogas de las que salen en la tele, sino plantas como esas que tienes en la mano. Las mezclan para conseguir bebedizos que les enajenan la mente y les hacen arder de deseo —explicó Dolores, harta de que su obtuso nieto no entendiera nada.

Adán puso los ojos en blanco al oír tal sarta de estupideces.

—Vaya antro de perdición más peculiar, con pócimas y encantamientos; más bien parece un aquelarre de brujas. Y si tenemos en cuenta lo de la escoba...

—¡No te burles de mí! ¡Es exactamente como te digo! No es la primera vez

que me echa esas hierbas en el buzón, y la única ocasión en la que las toqué, pasé la noche enfebrecida como no lo he estado desde que vivía tu abuelo. ¡Y lleva muerto diez años, que en paz descanse!

—Sí, que descanse y así descansamos nosotros —musitó Adán con un resoplido.

Dolores dio un respingo, aunque prefirió fingir que no lo había oído. Comprendía a su nieto más de lo que él creía y sabía que había temas con los que no se podía discutir con él. Su difunto abuelo era uno de esos temas. Sus padres, el otro.

Adán sacudió la cabeza, arrepentido por lo que acababa de soltar. Esa discusión era tan disparatada que lo estaba alterando hasta el punto de no medir lo que decía.

—Vamos a intentar ser racionales. —Se pasó las manos por el pelo—: ¿No puede ser que la Borrego te dijera que ibas a sentir deseo y tú te obsesionaras hasta el punto de soñar con ello?

Dolores frunció el ceño al darse cuenta de que tal vez su nieto no estuviera desencaminado. La maldita bruja le había asegurado que las hierbas que acababa de tocar le harían sufrir un horrible deseo. ¡Pero desde luego no iba a reconocer eso ante Adán! Ella siempre llevaba razón, y no pensaba darle pie a que pensara lo contrario.

—Está bien. No me creas. Al fin y al cabo, nunca lo haces —suspiró cual mártir—. Deja que siga mandándome hierbas que me envenenen la mente y me atonten los sentidos. Cuando me muera en extrañas circunstancias y te quedes solo en este mundo, te darás cuenta de la razón que tenía tu abuela y te arrepentirás de no haberle hecho caso —murmuró lastimera.

—Está bien. —Adán dio media vuelta con brusquedad y abandonó el salón.

—¿Adónde vas?

—A pedirle que deje de maldecirte —bufó él antes de salir del piso dando un portazo.

Llevaba dos meses allí y debía reconocer que convivir con su abuela, tras tantos años sin apenas tratarla, no era fácil. A veces le daban ganas de estrangularla, sobre todo cuando se negaba a dar su brazo a torcer, algo que

hacía a menudo. Y mejor no hablar de los malos recuerdos que despertaba esa casa en él. La soledad, la frustración, la rabia, el dolor por la falta de su madre. Así que bajar a hablar con la bruja del tercero interior era una excusa tan buena como cualquier otra para alejarse un rato de ese ambiente opresivo y deprimente en el que había vivido toda su infancia. No obstante... Se paró antes de pisar el primer escalón, consciente de que sólo había pasado un día desde la última sesión y su abuela estaba muy debilitada. No era buena idea dejarla sola. Giró sobre sus talones y abrió la puerta de la casa, dejándola entornada. De esa manera, si ella lo necesitara, la oiría al primer grito.



Dolores suspiró enternecida al intuir el motivo por el que su nieto dejaba la puerta abierta. Era un hombre extraordinario, como había pocos en el mundo. Y nadie lo sabía. Ni su padre ni su abuelo habían sabido ver lo especial y maravilloso que era. Tan maravilloso que había sido capaz de dejar su apartamento y su trabajo, temporalmente, para ir a cuidarla a la casa que tanto aborrecía. Debía de resultarle agotador estar todo el día allí, con una vieja achacosa como ella, rodeado de recuerdos que odiaba. Pero era casi imposible hacerle salir. Era demasiado responsable para dejarla sola ahora que estaba tan débil. No se engañaba, sabía que era la responsabilidad y no el cariño lo que lo mantenía atado a ella.

Ojalá pudiera cambiar el pasado, pero era imposible, así que tendría que conformarse con intentar cambiar su percepción de ella en el presente, durara éste lo que durase.

Se levantó renqueante y se dirigió al balcón para contemplar su amada plaza. Hacía fresco, pero no tenía fuerzas para ir a la habitación a por una rebeca. Además, sólo pensaba estar fuera un ratito. Se apoyó en la baranda y deseó que su nieto tardara un buen rato en regresar; a pesar de lo mucho que lo quería, necesitaba un respiro. Ambos lo necesitaban. Diez minutos en los que disfrutar de la soledad serían maravillosos. Ojalá los tuviera. Tal vez sí. Lo más probable era que Eva lo sacara de quicio, haciéndole perder los estribos y entreteniéndolo un buen rato. Sonrió ladina. Sería un choque de voluntades

en el que la Borrego saldría perdedora. ¡Menudo era su nieto cuando se trataba de defenderla! Ya era hora de que esa mujer se enterara de que Adán estaba a su lado y la protegía de sus travesuras.

Aunque lo cierto era que no necesitaba que nadie la protegiera. De hecho, ella sola se sobraba para vengarse de Eva y darle todas las lecciones que hicieran falta. Cerró los ojos y empezó a buscar una venganza digna. Una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios mientras daba forma a su terrible plan.



Eva levantó la cabeza del temario al oír el timbre. Miró el reloj y arrugó la nariz, ¿quién sería a esas horas? Desde luego, uno de los vendedores a domicilio que le enviaba Dolores como venganza, no. Sólo hacía cuatro horas que le había mandado el regalito, no le habría dado tiempo a montar una entrevista para venderle algo. Y, además, la viuda lo habría enviado a una hora que pudiera molestarla, no a la una del mediodía. Se quitó las gafas, dejó el grueso libro en la mesa y fue a la puerta. Se asomó a la mirilla y sus ojos se abrieron como platos. ¡Menudo morenazo había en el descansillo! Esbelto pero fibroso, con esa delgadez atlética de los corredores de fondo, de caderas estrechas que hacían que los vaqueros le quedaran de muerte y unos hombros anchos que tensaban la camiseta negra que vestía. No muy alto, más o menos uno ochenta. Perfecto para acompañarla cuando se pusiera los tacones de aguja de diez centímetros. Lucía una descuidada barba de varios días que le daba aspecto de bandido y tenía el pelo corto y alborotado, como si no se hubiera molestado en peinarse. Sus penetrantes ojos, tan negros como su cabello, miraban al frente con exasperación mientras sus labios, el inferior más grueso que el superior, se apretaban en una mueca de impaciencia. Las arrugas que le surcaban la frente y la nariz aguileña imprimían carácter a su rostro.

Un rostro cuyas imperfecciones sedujeron a Eva. No podía decirse que fuera un tipo guapo, pero tenía un magnetismo animal que la subyugaba. Se atusó el pelo y se lamentó en silencio de que no le diera tiempo a ponerse las lentillas azules. Luego, tras comprobar que la camiseta que vestía no era tan

corta como para que se le vieran las bragas, esbozó su sonrisa más seductora y abrió.

—Hola —saludó a la vez que se apoyaba en la jamba de la puerta en actitud sensual—. ¿En qué puedo ayudarte?

Adán parpadeó aturdido por la visión que se presentaba ante él. ¿Quién era esa preciosa mujer y dónde estaba la bruja horrenda que amargaba a su abuela? ¿Ésa era la cría traviesa y deslenguada que se había pasado toda la infancia fastidiándolo? ¿Cómo se llamaba? Y ¿de dónde había sacado esa camiseta?, se preguntó al leer la frase escrita en ella: MI FANTASÍA TEXTUAL ES QUE ME COMAS Y PUNTO. ¡Con mucho gusto la comería, joder!

—¿Eva? —musitó, recordando al fin su nombre—. ¿Eva Borrego?

—La misma que viste y calza.

Ella esbozó una sonrisa torcida que fue directa a su entrepierna. Joder, jamás había visto una sonrisa tan sexi. La observó fascinado, desde el alto moño al más puro estilo Marge Simpson con el que se recogía el pelo rubio y que la hacía parecer mucho más alta de lo que era, hasta sus estrechos pies descalzos con las uñas pintadas de rojo. Su cara, de rasgos afilados, almendrados ojos castaños y nariz respingona era una mezcla irresistible de dulzura y picardía. Vestía una camiseta de manga corta varias tallas grande que terminaba al ras de sus muslos, lo cual era una suerte porque, si fuera un poco más corta y enseñara sólo una pizca más, él estaría irremisiblemente perdido. Sin poder evitarlo, fijó la mirada en su pecho; aunque la camiseta no era ceñida podía ver que no llevaba sujetador, pues se le marcaban los pezones contra el suave algodón. Se lamió los labios sediento, aunque no de agua.

—¿Hola? ¿Te ha dado un pasmo? —le llamó la atención Eva al ver que no decía nada.

—No, sólo estaba... —«Observándote atontado.» Sacudió la cabeza y le enseñó las hierbas que había cogido del buzón.

Eva ladeó el cuello y a él se le asemejó a un duende travieso, más aún cuando esbozó una revoltosa sonrisa que lo dejó tan fascinado que casi podía decirse que, en esta ocasión, sí le había dado el mencionado pasmo.

—¿De dónde las has sacado? —inquirió ella, mirándolo intrigada.

—Del buzón de mi abuela.

—¿Tu abuela? ¿Eres el nieto pródigo?

—¿Perdona?

—Ya sabes, el nieto perdido que de repente ha vuelto al redil —apuntó son sorna.

Adán resopló molesto al oírla.

—No estaba perdido, y no he vuelto al redil —replicó con voz severa—. ¿Has metido estas hierbas en mi buzón? —demandó, irguiéndose amenazador.

Eva lo miró de arriba abajo, imitó su postura e intentó poner cara de mala malísima, pero no le salió. Una risita pícara escapó de sus labios antes de conseguir fruncir el ceño como hacía él.

—Relájate, tío, o te dará algo —lo exhortó a la vez que cruzaba los tobillos con perezosa sensualidad.

Adán no pudo evitar centrar la mirada en las largas y esbeltas piernas. Se moría por acariciarlas y comprobar si eran tan suaves como parecía. Sacudió la cabeza al darse cuenta de que había vuelto a quedarse pasmado. ¡Esa mujer era peligrosa para su paz mental!

—¿Las has dejado tú en el buzón o no? —la increpó, sus ojos negros sobre los castaños de ella. Era el sitio menos peligroso en el que podía fijarlos.

—Claro. Siempre soy yo quien le deja los regalitos. ¿No te lo ha dicho Lola?

—Dolores —la corrigió él. Su abuela no soportaba que usaran su diminutivo.

Ella sonrió revoltosa. Así que a él también le molestaba que la llamara Lola. Bueno era saberlo.

Adán esperó a que Eva dijera algo, pero, en lugar de eso, ella se dedicó a mirarlo como si quisiera comérselo a bocaditos. Unos bocaditos húmedos y lentos que parecían recorrer cada lugar de su cuerpo en el que posaba esos increíbles ojos almendrados.

Carraspeó alterado. ¿Qué mosca le había picado para que su imaginación estuviera tan revolucionada?

—No quiero que vuelvas a dejar nada en el buzón —exigió cruzándose de brazos.

—¿En serio? Vale. —Eva se encogió de hombros—. ¿Desea algo más el

caballero?

Adán la miró desconfiado. ¿Vale? ¿Y ya estaba? ¿Tan fácil? ¿Tantos años de rencillas y regalos en el buzón y sólo hacía falta hablar como personas cabales para acabar con la guerra? Increíble. Tanto, que no se lo tragaba. Pero ya bajaría a quejarse si rompía la tregua. De hecho, ojalá no tardara mucho en romperla. Era fascinante hablar con ella. Aunque no tanto como mirarla.

—Con que la dejes tranquila es suficiente. Gracias. —Se dio la vuelta para marcharse.

—No pienso dejar tranquila a Lola.

La voz de Eva lo hizo girar con brusquedad.

—¿Perdona? Acabas de decir que no ibas a hacerlo más.

—No. Lo que yo he dicho ha sido: «Vale», nada más.

—Exacto. —La miró como si estuviera loca—. Y eso significa que estás de acuerdo en...

—No —lo interrumpió ella—. «Vale» sólo significa «Vale, propuesta recibida». No que haya aceptado dejar de mandarle paquetitos. Además, me parece muy mal por tu parte privar a Lola de sus regalos. ¿Te has planteado lo mucho que se va a aburrir si no tiene ningún motivo para ponerme a parir? ¿De qué hablará con sus secuaces del tercero exterior izquierda? ¿De qué se quejará en las reuniones de vecinos? La vida sin mis obsequios será un verdadero coñazo —afirmó—. Reconócelo, Adancito, le doy aliciente a su vida.

Él la miró asombrado. No podía estar hablando en serio. ¿O sí? Joder, sí hablaba en serio. Y, aunque él estaba básicamente de acuerdo en casi todas sus afirmaciones, eso no significaba que fuera a darle la razón. ¡Era de locos, además de infantil, comportarse como lo hacía ella!

—Mira, bonita...

—Gracias —lo interrumpió Eva de nuevo.

—¿Gracias por qué? —inquirió confundido. ¿A qué venía eso ahora?

—Por llamarme *bonita*. Mi abuela me enseñó que es de bien nacido ser agradecido.

Adán parpadeó desconcertado.

—No era un piropo —musitó perdido. Era muy difícil seguirle la

conversación.

—¿No? Vaya, qué chasco, me había hecho la idea de que te parecía guapa.

—Eva hizo un puchero.

—Y me lo pareces —replicó aturdido.

—Gracias. —Ella esbozó una radiante sonrisa que lo dejó obnubilado.

Adán la miró atolondrado antes de comprender que se la había jugado otra vez.

—¡Joder! ¡Deja de dar la vuelta a todo lo que digo! —exclamó frustrado

—. No, ni se te ocurra abrir la boca —exigió al ver que se proponía replicarle.

Eva ladeó un poco la cabeza y se encogió de hombros en una postura tan sensual que, muy a su pesar, Adán sintió un ramalazo de lujuria recorriéndole el cuerpo que acabó golpeándole sin compasión la entrepierna.

—Está bien, vamos a comportarnos como personas racionales durante un rato, ¿vale? —siseó intentando no pensar en la rapidez con la que latía su corazón. Hacía años que no se excitaba sólo por hablar con una mujer. Desde la adolescencia, de hecho—. No sé de dónde viene esta rencilla ancestral entre nuestras familias, y estoy seguro de que tú tampoco.

Eva coincidió con un gesto.

—De hecho, no creo que nuestras abuelas recuerden por qué se peleaban —continuó él—. Lo que significa que es una estupidez seguir con la guerra. —Guardó silencio, esperando que ella lo contradijera, pero no abrió la boca—. Somos adultos, no puede ser que dejes en el buzón saltamontes, hierbas, harina... Es infantil. Y para lo único que sirve es para cabrear a una anciana que no te ha hecho nada.

Eva arqueó las cejas a la vez que abría la boca del todo, escenificando sorpresa e indignación.

—Tal vez se queje un poco de ti en las reuniones —reculó Adán, porque lo cierto era que su abuela también le hacía trastadas a la mujer que tenía ante él.

Eva bajó las cejas y apretó los labios en un innegable gesto de irritación.

—Bueno, quizá se queje algo más que un poco.

Eva sacudió la cabeza; él se estaba quedando muy corto en sus apreciaciones.

—Está bien, te hace mil jugarretas, vale, pero debes entender que es una persona mayor con sus manías y rarezas, y tienes que disculparla y, sobre todo, no entrar al trapo.

Eva separó los labios asombrada y se señaló el pecho en un gesto universal que significaba: «¿Yo? ¿Estás loco?».

Adán entrecerró los ojos al percatarse de que ella llevaba varios minutos sin decir nada, hablándole sólo con gestos.

—¿No vas a dirigirme la palabra? —inquirió observándola con detenimiento.

Eva negó con la cabeza.

—Y ¿puedo saber por qué?

Ella entró en la casa y salió un instante después con un cuaderno en el que escribió: «Me has dicho que ni se me ocurriera abrir la boca, y yo soy una chica muy obediente».

Adán leyó la frase y casi pudo ver en su cerebro los delgados labios femeninos frunciéndose en un erótico puchero. Su entrepierna se tensó más aún.

Sacudió la cabeza, sintiéndose burlado.

—Está bien, puedes abrir la boca —masculló desafiante.

Y Eva hizo exactamente eso. Abrió la boca y se lamió los labios muy despacio, con lúbrica alevosía.

Adán tragó saliva, la garganta de repente seca.

—Me estoy cansando de esta discusión disparatada. —Apretó los dientes al sentir de nuevo el latido del deseo—. Mira, boni... —Se interrumpió antes de darle un arma con la que pudiera volver a confundirlo—. Mira, Eva, este juego se acaba aquí y ahora. No vas a volver a meternos nada en el buzón —exigió con voz firme. Le había tocado las narices y pensaba dejarle bien claro quién mandaba allí—. Si vuelvo a encontrar un solo regalito tuyo que pueda considerar ofensivo o de mal gusto, te denunciaré a la policía —la amenazó implacable.

Eva, en respuesta, lo recorrió con la mirada, se detuvo en su torso un instante y luego bajó a su paquete, que, para qué negarlo, estaba un poco hinchado. Fijó los ojos en él y volvió a lamerse los labios.

Adán tuvo que recordarse que, por mucho que en la camiseta pusiera que su fantasía textual era que «la comiera y punto», no era correcto abalanzarse sobre ella en el rellano, besarla, desnudarla y lamerle todo el cuerpo hasta que gritara exigiéndole que la follara.

—Si vuelves a invadir mi buzón, no dudaré en denunciarte —reiteró, más por distraerla y distraerse él que porque pensara que no le había quedado clara su primera amenaza.

Eva apartó por fin la mirada de su entrepierna para fijarla en sus ojos negros.

—¿Sigues metiéndote calcetines en los calzoncillos para que parezca que estás más dotado? —le preguntó a bocajarro.

Adán la miró aturdido y completamente bloqueado.

—No deberías hacerlo; das falsas ilusiones a las chicas como yo, que rechazan el dicho de que el tamaño no importa. Porque sí importa. Y mucho —apuntó—. Ten cuidado con ese ramillete —señaló las hierbas que él aún sujetaba en la mano—, contiene maca, que tiene propiedades vigorizantes y aumenta la testosterona. Lávate las manos antes de machacártela o te pasarás horas empalmado —le advirtió antes de cerrarle la puerta en las narices.

Adán miró las hierbas, luego la puerta cerrada, después su abultada entrepierna y de nuevo las hierbas. Abrió la mano y permitió que cayeran sobre el felpudo de Eva antes de dirigirse a la escalera. Regresó a casa. Atravesó el pasillo para ir a su habitación, pero al pasar frente al salón, la voz de su abuela lo detuvo:

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada —dijo él con voz neutra desde el pasillo, su mirada fija en ningún lugar.

—¿Nada? ¿Cómo que nada? ¿No le has cantado las cuarenta a esa pelandusca?

—Sí. Y las cincuenta —replicó distraído.

—¿Te estás riendo de mí? —inquirió Dolores, confundida por su falta de interés.

—No, en absoluto. —Adán se volvió hacia ella, pero no pareció verla. Dolores parpadeó sorprendida al ver su expresión absorta; no había ni rastro

de su habitual impaciencia—. He bajado, le he echado la bronca, me ha ignorado, así que la he amenazado con denunciarla y ella... —Una animada sonrisa curvó sus labios—. No creo que deje de mandarte regalitos —finalizó antes de encaminarse de nuevo a su dormitorio.

Dolores sacudió la cabeza anonadada; ¿qué narices le había hecho la Borrego a su nieto? Sólo había pasado un cuarto de hora con ella y había subido totalmente cambiado. Estaba como ido, como si su mente se encontrara a kilómetros de esa casa. O, mejor dicho, a dos tramos de escalera. Algo le había pasado y no era bueno. Estaba a punto de levantarse del sillón e ir con él para intentar sonsacarle cuando una risa grave recorrió el pasillo.

Se quedó petrificada.

¿Era Adán quien se reía? No. Eso era imposible, habían pasado décadas desde que había oído su risa por última vez. Pero esas carcajadas masculinas y espontáneas provenían de la habitación del fondo... y allí sólo estaba él. De hecho, era el único hombre en toda la casa.

Su niño se estaba riendo.

Se relajó, sus labios curvándose contagiados por las carcajadas masculinas. Fuera lo que fuese lo que le había hecho la nieta de Pilar, no podía ser malo. No, si le hacía reír de esa manera.

Se secó con disimulo la lágrima traidora que le resbalaba por la mejilla.

2

¿Os he comentado que Vicenta, además de ser mi vecina de rellano, era la mejor amiga de mi abuela? Es como una segunda yaya para mí. También para Gala y Cruz. No sé qué haríamos sin ella, además de vernos obligados a alimentarnos a base de comida rápida los sábados, claro.

Vicenta fue en su juventud musa y amante de un famoso pintor, y también una de las bailaoras más famosas del Corral de la Morería cuando se inauguró en 1956. Era guapa, moderna, osada e irreflexiva. También una paria para la sociedad de aquella época por su desenfadado estilo de vida. Algo de lo que se siente orgullosa, porque, como siempre dice, mejor sola que mal acompañada. Hoy, con ochenta y un años a sus espaldas, sigue igual: dispuesta a comerse el mundo. De mayor quiero ser como ella, pero con el pelo rubio, porque el azul radiactivo que lleva ella le sienta fatal a mi cutis.

Vicenta es, junto con Gala y Cruz, el eje de mi vida. Ellas son mis mejores amigas. Las cuatro formamos un grupo de lo más heterogéneo. Bueno, en realidad, debería decir *los* cuatro, porque Cruz es un hombre, pero para nosotras él es *ella*, y para él también es *ella*. Así que todas contentas.

A Cruz lo conozco desde hace la tira de años, de cuando era niño y venía a visitar a sus abuelos, que eran los dueños originales del primero interior izquierda. Cuando era pequeña pensaba que era un poco raro porque movía mucho las manos y gesticulaba de forma exagerada al hablar; hoy sé que a eso se lo llama *tener pluma*. Era un niño triste que no tenía amigos y siempre estaba sólo en la plaza. Todos los críos del barrio se metían con él y yo no entendía por qué, así que un día le propuse jugar conmigo. Aceptó. Se

arrodilló en el suelo y se puso a hacer comiditas con el barro junto a mí. Yo tenía siete años, él trece. Desde entonces somos inseparables. Cruz tiene ese punto descarado y chispeante que hace que todo el mundo lo adore, aunque sólo quienes lo conocemos bien sabemos que en realidad es muy inseguro, sobre todo en lo que respecta a Bruno, su pareja. Porque, como seguro que habéis imaginado, a Cruz le gustan los hombres. Igual que a mí. A las dos nos encanta sentarnos en la plaza y ver pasar a los deportistas corriendo sus con mallas y camisetas ajustadas. Es todo un espectáculo. A Gala, en cambio, eso la pone de los nervios. Dice que le damos vergüenza ajena, pero lo que en realidad le pasa es que le tiene ojeriza a la facción masculina de nuestra especie.

Gala es la más nueva de nuestro grupo; se mudó al barrio hace seis años, después de que el capullo de su marido se la pegara con otras. Sí, en plural. Un buen día recibió una llamada telefónica de una tal Mari Sol, quien le echó la bronca por no aceptar que su marido ya no la quería porque la quería a ella, a Mari Sol. Y, no contenta con soltarle eso a bocajarro, pasó a exigirle que parara de amenazarlo con no dejarlo ver a sus hijas si le pedía el divorcio. Gala se quedó a cuadros; ella ni le había amenazado ni sabía que le había pedido el divorcio, ni mucho menos que ya no la quería y estaba liado con otra. Así que, con una frialdad surgida de la más pura desilusión, le pidió a la tal Mari Sol que la pusiera en antecedentes. Cuando su marido regresó del trabajo esa noche, Gala le echó en cara lo de su amante. Él se defendió diciéndole que Ana Belén estaba loca. Así fue como mi amiga se enteró de que no había otra más, sino otras. Y que todas las veces que se quedaba hasta tarde en reuniones de empresa en realidad las pasaba follando con la amante de turno. Así que Gala puso en marcha los trámites del divorcio, abandonó con sus hijas de dos y cuatro años el domicilio conyugal, que no era otra cosa que un ático de alquiler en Móstoles, y se compró un pisito tan sombrío como su ánimo en el Madrid de los Austrias, donde comenzó una nueva vida. Y aquí se encontró con nosotras.

No hizo un mal cambio. En absoluto.



Sábado, 10 de septiembre de 2016

Eva ahogó un bostezo, se colgó de la muñeca izquierda la bolsa con el pan y sostuvo en la palma de esa mano la tarta de zanahoria que acababa de comprar. Buscó con la mano que le quedaba libre las llaves en el bolso y, cuando las encontró, intentó insertar la del portal en la cerradura. Como siempre, se encasquilló. Lo intentó otra vez, pero un nuevo bostezo la atacó, amenazándola con desencajarle la mandíbula. Maldita fuera Dolores y su sentido de la oportunidad. Esa tarde tenía comida con Gala, Cruz y Vicenta, e iba a estar medio dormida por su culpa.

La noche había sido movidita en el ConSumo Placer y no habían cerrado hasta pasadas las cinco, por lo que, entre hacer caja, recoger y llegar a casa, no se había acostado hasta las siete. Y aunque esa circunstancia no solía molestarle mucho —era fin de semana, ergo no había que madrugar—, ese sábado había sido el elegido por Dolores para vengarse de ella. ¡Había sido rápida, la condenada! Normalmente tardaba una semana en devolverle la pelota tras encontrar el regalito en el buzón, pero desde hacía algo más de un mes sus réplicas eran casi instantáneas. Metió de nuevo la llave en la cerradura y, mientras intentaba girarla, se percató de que esa inusitada rapidez en las revanchas coincidía con la aparición del nieto pródigo.

¿Tendría él algo que ver? Porque, además de más rápida, también era más creativa.

Entrecerró los ojos pensativa.

No, imposible. La Viuda Sombria jamás delegaría el planteamiento y la ejecución de sus venganzas en nadie. Descartó esa ridícula sospecha y, tras golpear la puerta con la cadera, la llave giró y entró en el vestíbulo. Lo atravesó y, tras soltar un afligido suspiro, enfiló la escalera. Estuvo a punto de desmayarse agotada al llegar al descansillo del segundo, y si consiguió reunir los ánimos para continuar subiendo fue gracias al maravilloso olor que le llegaba desde el piso superior. Inspiró con fuerza y continuó, un peldaño tras otro, hasta llegar al tercero interior izquierda, donde el olor a cocido

madrileño era embriagador. Tragó saliva y llamó al timbre con el codo, pues aún sostenía con ambas manos la tarta.

—¡Madre mía, Vicenta, qué bien huele! ¡Llevo desde el primero babeando! —exclamó cuando la anciana abrió. Le dio dos besos y fue directa a la cocina para meter la dichosa tarta en la nevera—. ¿No ha venido Gala aún?

—La habrán entretenido sus suegros, hoy les llevaba a las niñas —comentó Vicenta. Ese fin de semana, Jimena y Gadea lo pasarían en casa de sus abuelos paternos, con su padre.

—Ya está aquí —exclamó Eva al oír abrirse la puerta. No había necesitado llamar, pues todas tenían las llaves de las casas de todas—. ¿Qué tal ha ido, Gala?

—De maravilla —replicó ella con tono seco—. ¿Cruz no ha llegado todavía?

—Ha llamado hace diez minutos; por lo visto, ha tenido jaleo en la tienda y ha salido un poco más tarde —explicó Vicenta—. Debe de estar al caer.

Gala asintió con un gesto, guardó en la nevera una de las botellas de rioja que había comprado y llevó la otra a la mesa del comedor, que ya estaba puesta. La abrió, llenó tres copas y dio un trago a la suya.

—Tienes unas ojeras que te llegan al suelo, Evuchi. —Vicenta tomó su copa—. ¿Has tenido una noche movidita? —indagó con una sonrisa pícaro.

—Ya quisiera yo —replicó Eva, pensando en cierto morenazo. Agarró su copa y, tras chocarla con la de sus amigas, dio un trago—. No he dormido ni tres horas —masculló enfadada—. A las diez de la mañana tenía un predicador llamando a la puerta.

—Vaya, la Viuda Sombría ha sido muy rápida esta vez —comentó Vicenta.

—Pues sí, muy rápida. Y muy puñetera. El predicador me ha dicho que me había elegido a mí para salvarme porque mi amable vecina Dolores Carrión se preocupaba por la salud de mi alma, la cual creía en peligro por mis abyectas costumbres.

—¿Te ha soltado eso? —Gala arqueó una ceja sorprendida.

—Sí, cada vez se los busca más tarados —masculló Eva.

—Mujer, al menos son más entretenidos que los comerciales de la luz y del gas. —Vicenta se encogió de hombros.

—No sé si habrá sido más entretenido, pero más pesado te aseguro que sí. Me ha costado un cuarto de hora quitármelo de encima, parecía decidido a salvar mi alma tenebrosa. Y lo peor es que, por su culpa, me he desvelado y no he sido capaz de volver a dormirme.

—La próxima vez que un hombre llame a tu puerta, ábrele con un cuchillo en la mano y amenázalo con caparlo si no te deja tranquila —apuntó Gala antes de dar otro trago a su copa—. Mejor aún, no lo amenaces, cápalo. Así habrá un cabrón menos en el mundo que pueda tener hijos para luego dejarlos tirados.

Vicenta y Eva se miraron la una a la otra.

—¿Estaba el Indeseable cuando has ido a llevar a las niñas con tus suegros? —preguntó con tiento Eva. Su amiga no solía ser tan visceral, a no ser que su ex, por acción u omisión, le tocara las narices. Algo que sucedía de vez en cuando.

—No. Por supuesto que no. Por lo visto, le ha surgido un asunto muy importante en Barcelona y ha tenido que ir, lo que significa que tiene una nueva amante con la que follar, y eso es más importante que estar con sus hijas un jodido fin de semana al mes. —Dejó la copa en la mesa con tanta fuerza que a punto estuvo de hacerla pedazos.

—Menudo hijo de puta. Deberíamos contratar a un sicario para que provocara un accidente, no sé..., que le estropeará los frenos del coche antes de uno de sus viajes o algo así —gruñó la anciana, que adoraba las películas truculentas de serie B.

—Por Dios, no le des ideas, Vicenta —espetó Eva mirando a Gala.

—No me tientes, Chata, no me tientes —masculló Gala.

—¿Sobre qué no debe tentarte? —inquirió Cruz, que acababa de entrar en la casa.

—Sobre contratar a un sicario que ponga fin al gran error de mi vida —explicó Gala.

—Ah, vaya. Así que el Indeseable ha vuelto a faltar a su cita —dijo Cruz comprendiendo—. No sé por qué te sorprendes, reina, si nunca está.

—Había prometido que estaría. Es más, se lo había prometido a Gadea. Ojalá estuviera muerto —siseó ella entre dientes.

—No digas eso ni en broma. Imagínate que se cumpliera tu deseo, tendrías cargo de conciencia para toda la vida —la exhortó Cruz. Gala fijó una dura mirada en él—. Bueno, tal vez tú no tuvieras cargo de conciencia —reculó. Se volvió hacia Eva buscando un tema más seguro del que hablar, al menos hasta que a Gala se le pasara el cabreo, y entonces se percató de las ojeras de aquélla—. ¿Qué ha pasado, mi niña? ¿Ya ha llegado la venganza de Dolores?

Ella asintió con la cabeza.

—Le ha mandado a un predicador —intervino Vicenta, llevando a la mesa una elegante sopera de porcelana llena de cocido madrileño.

—¿Un predicador? ¿Todavía existe eso? —inquirió Cruz alucinado.

—Por lo visto, sí. —Eva ahogó un bostezo—. Aunque, si te soy sincera, lo prefiero al vendedor de enciclopedias de la última vez, ha sido más ameno. ¿De dónde coño sacará los especímenes que me manda?

Cruz se encogió de hombros en tanto que Gala se servía otra copa de vino y la apuraba de un trago.

—Parece que habéis tenido un mal día hoy. Menos mal que estoy yo aquí para animaros. ¡Sorpresa! —exclamó Cruz, sacando una enorme caja de bombones de chocolate rellenos de licor—. ¡Emborrachémonos con estilo!

Gala, Eva y Vicenta se miraron preocupadas. Cruz no bebía. Nunca. Le sentaba mal el alcohol, y siempre que lo tomaba, aunque sólo fuera una copa, le daba llorera. Tampoco comía chocolate, ya que hacía que se le llenara la cara de granos. Por tanto, si sumaban licor y chocolate, el resultado era...

—Ay, querida, ¿qué te ha hecho Bruno? —murmuró Eva acercándose a él.

Cruz hizo un puchero a la vez que volvía la cabeza, zafándose de su mirada. Lo oyeron inspirar profundamente antes de volverse para enfrentarse de nuevo a ellas.

—¿No hay un poco de vino para mí? —Alzó su copa.

Se miraron de nuevo entre ellas antes de que Gala cogiera la botella decidida.

—Tal vez deberíamos contratar a un sicario para Bruno también —comentó sirviéndole—. Puede que nos hiciera una oferta, algo así como un dos por uno.

—¿Has visto la que has liado con tu comentario? —le susurró Eva a

Vicenta, observando aterrada cómo Cruz se tomaba la copa entera de un trago.

—No, por Dios, yo no quiero que le pase nada a Bruno —exclamó él con los ojos llorosos—. Si acaso, que le dé un cólico o algo por el estilo, algo muy doloroso pero que no sea mortal. ¿No tendrás alguna hierbecita que pueda conseguir eso? —le preguntó a Eva.

—No seas tonta; mejor compra laxante para caballos y échaselo en el café, seguro que eso lo mantiene encerrado en el baño un par de días —apuntó Vicenta.

—¡Vicenta! —exclamó Eva.

—No es mala idea, pero prefiero la mía de caparlos. El único hombre bueno es el castrado —afirmó Gala.

Cruz la miró espantado a la vez que se llevaba las manos al paquete.

—No lo digo por ti, cariño, tú eres el único hombre decente que conozco. Mereces ser salvada para perpetuar la especie —sentenció ella.

—Pues lo íbamos a llevar crudo —masculló Eva.

—A ver, niñas, sosiego —intervino Vicenta quitándoles las copas de las manos—. Es hora de comer; luego, cuando lleguemos al postre, los cafés y la copa, podremos emborracharnos a conciencia. Sentaos antes de que se enfríe la sopa.

Los tres obedecieron, Gala recuperó su copa, pero Eva se ocupó de mantener la de Cruz fuera de su alcance. Vicenta sacó la fuente con los gabrieles,^[4] los sacramentos^[5] y la verdura y se sentó a la mesa.

—¿Recordáis que os comenté que estaba organizando una velada especial para el cumpleaños de Bruno? —dijo Cruz cuando hubo terminado su sopa. Ellas asintieron—. Incluso conseguí, gracias a la inestimable ayuda de la Chata, aquí presente —agradeció con un gesto de cabeza a Vicenta, alias *la Chata* en sus tiempos de bailaora—, reservar mesa en el Corral de la Morería. Toda una hazaña, porque tienen una lista de espera de un par de meses. Lo tenía todo organizado: la cena, el espectáculo flamenco que tanto le gusta a Bruno y la reserva de una suite con jacuzzi en el Meliá. Iba a ser la sorpresa de su vida —suspiró.

—¿Iba? —señaló Eva a la vez que se servía los sacramentos.

—Se va a Málaga para celebrarlo con su familia —comentó él lloroso.

—Qué cabrón —siseó Gala, clavando con saña el cuchillo en el morcillo. Se sentía identificada con él, pues su ex también había viajado a menudo, dejándola sola.

—No me lo puedo creer —musitó Eva—. ¿Se va, sin más? Bruno no es así, no lo veo capaz de dejarte tirado de esa manera, sin haberlo hablado antes contigo.

—En realidad, él no sabe que me deja tirado —comentó Cruz—. Me lo ha dicho esta mañana; resulta que su madre le ha pedido que los visite para celebrar en familia su cumpleaños. Van a estar todos sus hermanos y sus sobrinos. Y a él le hace ilusión ir. Me ha preguntado si no me importaba que nosotros lo celebráramos otro día, y ¿qué le podía contestar? ¿Que me había hecho la ilusión de sorprenderlo con un sábado romántico y ñoño los dos solos porque soy un viejo sensiblero? Pues no. He puesto mi mejor sonrisa y le he asegurado que no me importaba en absoluto, que ya lo celebraríamos. Así que él se ha puesto feliz como unas castañuelas y ha llamado a su madre para decirle que pasará el fin de semana con ellos —finalizó con un sollozante suspiro.

—Siempre puedes retrasar las reservas para otra fecha. —Eva lo miró apenada.

—Sí, claro. Ése no es el problema —murmuró Cruz mientras jugaba con los garbanzos que no se había comido—. El problema es que ya estoy harta. Harta de quedarme sola en Navidades, en vacaciones, en su cumpleaños, en los puentes y los fines de semana que él se va a Málaga. Harta de no existir para su familia. Harta de que sea dos personas, una en Madrid, conmigo, en mi casa y en mi cama, y otra en Málaga. En definitiva, estoy harta de que no salga del armario y no le diga a su madre que es gay y está enamorado de mí —estalló machacando los garbanzos con saña hasta convertirlos en puré—. ¡Estoy harta de que me ningunee! Llevamos cuatro años de pareja, tres de los cuales viviendo juntos. En contubernio, según me trata. Creo que ya es hora de que deje de esconderme y me presente a su familia —afirmó poniéndose en pie furioso, para, al instante siguiente, sentarse abatido en la silla—. Pero, claro, cómo va a presentarme a nadie si sólo soy una maricona viejuna, feúcha y con mucha pluma que hace cuadros, mientras que él es un periodista

guapísimo y jovencísimo al que no se le nota nada que es maricón. Lo raro es que esté conmigo —murmuró afligido.

—No digas tonterías, Cruz —lo increpó Vicenta, acercándose para abrazarlo—. Eres una de las mejores personas que conozco, por no decir la mejor. Atenta, cariñosa, leal, divertida, amable. Si ese imbécil no sabe lo maravillosa que eres y lo que se pierde al dejarte sola en Madrid es porque es un idiota que no te merece.

—El problema no es que no sepa lo maravillosa que eres, que lo sabe, porque tonto no es, y bien que se apresuró a cazarte cuando te conoció —apuntó Gala llenando las copas de vino—. No. El problema es que tú eres demasiado buena —acusó a Cruz—. Y las almas buenas y generosas nos llevamos todas las hostias. —Alzó la copa a modo de brindis—. Aceptas todo lo que él dice, no le pones trabas a nada y siempre lo recibes con una sonrisa en la boca y el culo preparado. Eres un chollo —exclamó furiosa—. Piénsalo: ¿para qué va a molestarse en cambiar algo? No le hace falta. Vive de puta madre. Te tiene a su entera disposición para follar, para que le des todo tu cariño y para que lo adores cual dios, y como nunca le demuestras lo mucho que te importa que no te tome en consideración, no tiene por qué dejar de fingir ante su familia que es muy macho. Para qué va a cambiar, si lo tiene todo sin renunciar a nada.

El silencio se hizo en el salón cuando Gala terminó con su cínica diatriba.

—Razón no te falta —murmuró Vicenta—. Pero el verdadero problema aquí es que esta tonta —señaló a Cruz— está locamente enamorada. Y eso es un error colosal. Lo mejor es dejarse de amoríos y tener amantes a los que no quieras. Son más excitantes y no te destrozan la vida. —Sabía bien de lo que hablaba—. Pero el ser humano, además de patético, es idiota y siempre acaba enamorándose. Así que, a sufrir toca. ¿Habéis terminado de comer?

Entre todas recogieron la mesa y, después, llevaron una cafetera recién hecha, la tarta de Eva y los bombones de Cruz.

—Estoy dándole vueltas a lo que has dicho —comentó él mirando a Vicenta—. Eso de que es mejor tener amantes. Creo que tienes razón. Tal vez el fin de semana que viene, cuando Bruno esté en Málaga celebrando su cumpleaños sin mí, me acerque al ConSumo Placer para echar una canita al

aire. ¿Qué tal son los hombres que lo frecuentan, Eva?

—Pues los hay de todas las clases: guapos, muy guapos y menos guapos. Todos tienen su encanto —contestó frunciendo el ceño. No veía al tímido Cruz ligando en el ConSumo Placer—. Pero no creo que el ambiente sea de tu estilo...

—¿Todos los clientes son heteros? —murmuró él desilusionado.

—Eh..., no. Hay de todo, pero no sé. No te veo allí. Eres muy normal y estás demasiado cuerdo —afirmó Eva.

Cruz la miró confundido. Él era una loca. Era la primera vez que lo acusaban de ser demasiado normal. ¿Qué tipo de gente frecuentaba el ConSumo Placer?

—Ni te plantees tener una aventura por venganza, Cruz, acabarás escaldada. —Gala se sentó a su lado—. Las personas como tú no valen para follar y olvidar. Eres demasiado buena, y para poner cuernos hay que ser un hijo de puta sin sentimientos —afirmó—. Te sentirás culpable y acabarás peor que ahora. Lo que tienes que hacer es sincerarte con Bruno. Dile que estás harta de ser ninguneada y dale un ultimátum. Si te quiere, dejará de ocultarte a su familia.

—¿Y si no lo hace y me abandona?

—Entonces es que no te quiere. Y, si eso sucede, lo castramos. —Gala mordió un bombón, de manera que lo partió por la mitad y el licor resbaló cual sangre por su garganta.

Eva alzó ambas cejas al oírla, Cruz abrió unos ojos como platos y Vicenta estalló en carcajadas.

—¡Así se habla! —La mujer sacó una botella de licor de whisky y lo sirvió en cuatro copas—. ¡Por que castren a todos los hombres!

—¡A todos menos a mí! —exclamó Cruz alzando su copa. La chocó contra las de sus amigas, pero antes de beber entrecerró los ojos pensativo—. Y tampoco al segoviano del primero, es demasiado joven y guapo como para desgraciarlo —apuntó.

—¡No seas blanda! —lo regañó Gala.

—No soy blanda; si le cortamos sus atributos, Eva no podrá disfrutar de él —apuntó Cruz con evidente guasa.

—Por mí no hay problema, no estoy interesada. —Eva miró pensativa su copa a la vez que se lamía los labios—. Hay otro candidato al que preferiría salvar de la castración.

Gala, Cruz y Vicenta la observaron pasmadas por la revelación.

—¿Eso significa que tienes a otro en mente? —indagó Cruz.

—Podría ser —replicó Eva misteriosa.

—¡Cuéntanoslo! —exigió Cruz, dejando su copa en la mesa. Que Eva estuviera interesada por un tío era tan inusual que no pensaba tomar ninguna sustancia que le atontara los sentidos y le impidiera enterarse de todo—. «¿Cómo es él? ¿De dónde es? ¿A qué dedica el tiempo libre?» —canturreó.

—Bueno, es... No es guapo —reconoció ella—, pero tiene un magnetismo animal que me pone a mil. Nada más verlo se me hizo la boca agua.

—¿La boca o el coño? —apuntó Gala con su acostumbrado cinismo.

—Ambos. —Eva rio. No cabía duda de que su amiga la conocía bien—. Me revolucioné de tal manera que me puse a coquetear con él descaradamente.

—¿Hay otra forma de hacerlo? —apuntó Vicenta.

—Callad y dejad de interrumpirla —protestó Cruz—. ¿Es alto? ¿Rubio? ¿Musculoso?

—Tiene la altura justa, sólo unos pocos centímetros más que yo cuando me pongo los tacones —indicó Eva. Sus amigas asintieron, eso era muy importante para ella, pues odiaba sentirse bajita—. Es moreno de piel y cabello. Nariz aguileña, ojos penetrantes, labios gruesos, gesto imponente. Es delgado, sin musculitos apreciables, pero con un cuerpo duro y bien formado.

—Sí que te ha tenido que gustar para que te fijes tanto —murmuró Vicenta asombrada.

—¿Cómo lo conociste? —curioseó Cruz.

—Llamó a mi puerta el jueves.

—¿Es un comercial? —Su amigo la miró con envidia—. Qué suerte tienes, reina, a mí sólo vienen a venderme cosas los feos.

—En realidad, es un vecino —comentó Eva como si eso no fuera importante.

Gala, Vicenta y Cruz se miraron entre ellas.

—¿Hay algún inquilino nuevo? —preguntó Gala enarcando una ceja.

—No, que yo sepa —replicó Cruz—. Vicenta, ¿han alquilado el segundo exterior derecha?

La anciana negó, y las tres se sumieron en un pensativo silencio mientras Eva curvaba los labios en una sonrisa traviesa.

—Suéltalo de una vez —exigió Gala—. ¿Quién narices es?

—El heredero perdido.

Gala, Cruz y Vicenta fruncieron el ceño mientras intentaban deducir a quién se refería. De repente, Gala abrió unos ojos como platos y estalló en carcajadas.

—¡No lo puedes decir en serio! —exclamó casi sin aliento de tanto reírse.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó de repente Vicenta, mirándola pasmada—. No puede ser verdad. Eso sería... ¡una herejía!

—Lo sé, pero me atrae como la mierda a las moscas. No puedo dejar de imaginármelo en pelotas, de espaldas en la cama y con la polla bien dura mientras lo monto —masculló Eva.

—¡Queréis decirme quién es! —chilló Cruz, desesperado al no saber de quién hablaban.

—El nieto de la Viuda Sombría —le aclaró Vicenta.

Cruz miró a Eva y ésta asintió con la cabeza.

—Me va a dar un infarto —dijo él, llevándose las manos al pecho con dramatismo—. Parece el argumento de un culebrón: la reina de los residentes de las cuevas se enamora del heredero perdido de los residentes de la luz.

—En realidad, se parece más a Romeo y Julieta —intervino Gala—. Ya sabéis: las familias Capuleto y Montesco se odian, pero, a pesar de eso, Julieta y Romeo se enamoran. Al final muere hasta el apuntador —terminó sonriente.

Cruz miró a Gala con mala cara. Ese día estaba de lo más sanguinaria.

—Pero yo no me voy a enamorar de nadie, sólo me lo quiero follar —apuntó Eva—. Así que no hay peligro.

—¿Segura? Creo recordar que estaba casado... —Cruz entornó los ojos pensativo.

—A ningún hombre le importa estar casado. Si puede follar con otra, lo hace. Son todos unos cabrones —masculló Gala, llevándose la copa a los

labios.

—Se divorció hace años, ¿no? —Eva miró a Vicenta, ignorando a Gala.

—Así es, y no veas la que se armó —señaló la anciana—. Los Vega-Sombría montaron en cólera con el muchacho, porque eso es lo que era él por aquel entonces. No creo que tuviera los veintitrés. Su abuelo y su padre lo amenazaron con todo tipo de represalias si se divorciaba, pero él lo hizo. Hay que reconocerle el coraje. Pocos hombres tenían, y tienen, cojones para enfrentarse al comisario de policía Alonso Vega-Sombría y a su yerno y primo, el inspector Gonzalo Vega-Sombría.

—¿Su primo era su yerno? —masculló Gala pasmada. Al llevar sólo seis años en el edificio no sabía la historia de las sagas familiares del mismo.

—Sí. Los Vega-Sombría casaron a su única hija, Almudena, con un primo lejano de Alonso —explicó Vicenta—. Era una niña cuando se casaron, y se montó un buen escándalo en el barrio, porque poco menos de siete meses después de la boda nació Adán. Y fue un bebé bien gordito, no sé si entiendes lo que quiero decir. —Enarcó ambas cejas enfática.

—¿Se casó de penalti? —musitó Eva sorprendida. ¡Vaya revelación!

—El abuelo de Adán promovió el romance entre su primo y Almudena, y se le fue de las manos. Antes ocurrían accidentes igual que ahora, y con un novio tan mayor, casi cuarenta años, siendo ella tan joven, apenas veinte, era previsible que intentara seducirla y que lo consiguiera. Así que tocó montar una boda rápida. De todas maneras, no creo que a Alonso le molestara que su hija se casara de penalti, siempre y cuando lo hiciera con su primo. Estaba obsesionado con su apellido —apuntó Vicenta—, y como Almudena era su única hija, que se casara con Gonzalo era la única manera de perpetuarlo.

—¿Cómo sabes todo eso? —murmuró Gala asombrada.

—Porque el matrimonio se mudó a vivir aquí —señaló Cruz, recordando al niño que había sido Adán: independiente y rebelde, con mucho genio y madera de líder—. Los pisos exteriores son muy grandes, y los Vega-Sombría no eran una familia numerosa. Gonzalo y Almudena sólo tuvieron un hijo, Adán, con quien el abuelo jamás se llevó muy bien. Y no me extraña. El viejo era insoportable —afirmó fingiendo un escalofrío.

—Y se volvió aún más huraño y déspota cuando Almudena murió —apuntó

Vicenta.

—Murió joven, ¿verdad? —musitó Eva. Los recuerdos que tenía de ella eran de una mujer joven, en la plaza, sentada en el suelo y jugando con su hijo a hacer comiditas de barro.

—A los treinta y dos, cuando Adán sólo tenía doce años. Fue un duro golpe para toda la familia, pero sobre todo para él. Las discusiones con su padre y su abuelo se tornaron más amargas, y seis años después se casó y se fue de casa, aunque venía a visitar a Dolores de Pascuas a Ramos. Luego llegó el asunto del divorcio y desapareció del barrio. Tardó años en regresar —dijo Vicenta—. De hecho, sólo lo hizo cuando su abuelo murió y su padre llevaba ya años viviendo fuera de la casa, pues, tras la marcha de su hijo, Gonzalo se mudó.

—Si lo pensáis un poco, Adán se ha pasado más tiempo lejos de su familia que cerca de ella —comentó Cruz.

—Y ahora ha regresado a casa. ¿Por qué lo habrá hecho? —masculló Vicenta—. Sea como sea, Lola se va a poner hecha una fiera si se entera de tus intenciones de seducirlo y disfrutar de su cuerpo. —Miró a Eva esbozando una malévola sonrisa.

—Entonces tendré que ocuparme de que se entere —replicó ésta con una sonrisa aún más malvada que la de la anciana.

—No os reconozco —exclamó Cruz—. Vosotras no sois mis dulces y cariñosas amigas.

—Claro que no. Tú no tienes amigas dulces y cariñosas, sino arpías cabronas y vengativas —afirmó Gala—. Así que lo conociste el jueves, y hoy es sábado. Qué guardadito te lo tenías, Evuchi... —La miró con gesto acusador.

—Ya me conoces, Galita, me gusta tener bombas que soltar en nuestras comidas sabatinas. Ya sabes, para darles más aliciente.

—Como si les hiciera falta —se burló Cruz.

Pasaron el resto de la tarde charlando sobre la inesperada atracción sexual de Eva, luego retomaron el asunto de Bruno y su homosexualidad de quita y pon, y por último se despacharon con el ex de Gala, aunque pasaron enseguida de tema, pues la morena se mostraba especialmente cruenta esa tarde y no

querían avivar más su sed de sangre. Al final, cuando el reloj dio las ocho, Eva cogió su bolso y salió de la casa, un poco achispada, eso sí, para ir a trabajar. Al fin y al cabo, era sábado y el ConSumo Placer abriría al cabo de un rato.

Gala, Cruz y Vicenta la despidieron y continuaron charlando, pues ninguna tenía nada mejor que hacer en otro lado. O, al menos, eso pensaron las más jóvenes porque, pasados diez minutos, tiempo que Vicenta estimó que era más que suficiente para que Eva bajara los tres pisos y saliera del portal, la anciana se levantó, se atusó el pelo, vació el azucarero en un plato y, con él en la mano, enfiló el pasillo.

—¿Adónde vas? —Cruz la siguió. Gala, por supuesto, no se quedó atrás.

—A ver a ese heredero con mis propios ojos. —Salió de la casa.

—¿Qué vas a hacer, loca?! —exclamó Cruz alarmado.

—Voy a pedirle un poco de azúcar. —Levantó el azucarero para dar énfasis a sus palabras—. Eso siempre da buen resultado —dijo guiñándole un ojo a Gala.

—Pero ¡puede abrir la Sombría! —señaló Cruz, a quien Dolores le daba pavor.

—Quien no se arriesga no gana —apostilló Vicenta.

—Haz algo —le reclamó Cruz a Gala, que solía ser la más cabal de todas.

—No te preocupes, llevo tacones de aguja con tapas de hierro —dijo caminando tambaleante tras Vicenta.

—Y ¿eso qué tiene que ver? —¿Sus amigas se habían vuelto locas!

—Si el heredero se pasa un pelo, me los quito y se los clavo en los cojones —afirmó Gala indiferente, como si eso fuera lo más normal del mundo para ella.

—Madre mía, guapa, deberías hacerte veterinaria y dedicarte a capar animales, a ver si así se te quitaban las ganas de dejarnos a todas sin pelotas —murmuró Cruz.

—¡A callar, niñas! —las regañó Vicenta al llegar al descansillo.

Cuando se quedaron en silencio, llamó al timbre del tercero exterior derecha.



Adán apartó la mirada de la pantalla al oír el timbre.

—¿Esperas a alguien, abuela?

—No.

Bloqueó el ordenador y se dirigió a la puerta, intrigado.

—Ni se te ocurra dejar entrar a nadie —le ordenó Dolores.

—Tranquila, abuela, los muros seguirán alzados —resopló él.

Enfiló el pasillo sin dejar de pensar en quién podría ser. Mercedes y Félix, los vecinos de planta, y también los mejores y únicos amigos de su abuela, habían salido al teatro y era imposible que regresaran tan pronto. Y no se le ocurría nadie más que tuviera interés en visitarlos. Dolores se llevaba mal con casi todo el edificio, y los pocos con los que se relacionaba no tenían las ganas ni la confianza para ir a verla. Amén de que ella tampoco los recibiría en su estado. Sólo él, Mercedes y Félix tenían permitida la entrada a la casa.

Se asomó a la mirilla y el peculiar grupo que vio en el rellano le hizo arrugar el ceño. Al frente del trío, una mujer mayor que tenía el pelo azul eléctrico y vestía una túnica larga hasta los pies del mismo color con el cuello y las mangas adornados con dibujos étnicos. Debía de haber sido una beldad de joven porque, a pesar del pelo y las arrugas, su rostro conservaba el recuerdo de la belleza en sus rasgos. Tras ella había un hombre tan anodino que resaltaba la singularidad de ella. Alto, pero no mucho, pelo castaño, ojos del mismo tono, vestido con vaqueros y camiseta negra. Parecía nervioso. Mucho. O eso, o tenía la vejiga llena, porque no dejaba de dar saltitos y moverse. Y, por último, una de las mujeres más hermosas que había visto en su vida. Alta y esbelta, de piernas kilométricas y manos de pianista. Tenía el pelo negro, largo hasta media espalda, y lo llevaba suelto y alborotado. Los ojos, rasgados y grises, parecían decididos a matar a aquel que tuviera la mala idea de ponerse en su camino. Mantenía la boca, carnosa y de líneas definidas, apretada en un rictus de exasperación. Desde luego, no aparentaba ser alguien con quien se pudiera bromear.

Adán los observó intrigado a través de la mirilla. ¿Qué demonios querían? Como si le hubiera leído el pensamiento, la anciana volvió a tocar

al timbre. De hecho, dejó el dedo puesto sobre éste, haciendo que sonara sin parar. Así que Adán hizo lo único que podía hacer.

—¡Quieres apartar el dedo del timbre! Nos va a tomar por unas locas acosadoras —le decía el hombre nervioso a la mujer del pelo azul cuando por fin se abrió la puerta.

Adán arqueó una ceja; ¿eran imaginaciones tuyas o ese tío acababa de referirse en femenino a sí mismo?

—Hola, venimos a por azúcar. —La anciana le empotró el azucarero en el pecho. Luego lo miró de arriba abajo, como si lo estuviera inspeccionando.

—En realidad, mi amiga ha querido decir: «Buenas tardes, sentimos molestar, pero nos hemos quedado sin azúcar y lo necesitamos para el café. ¿Serías tan amable de darnos un poco, por favor?» —se apresuró a decir el mariquita. Porque, dado su amaneramiento, no cabía duda de que lo era.

—¿Para el café? ¿A estas horas? —Adán los miró con una ceja enarcada.

—¿Tienes algún problema con eso? —lo increpó la morena con voz amenazadora y pastosa. Era evidente que estaba un poco ebria.

—¡No! Seguro que no lo tiene —intervino el afeminado—. Era sólo un comentario, Gala, ponte el zapato, te lo ruego —dijo con voz suplicante antes de volverse hacia él, mostrándole todos sus dientes en una forzada sonrisa—. ¿Te das prisa en darnos el azúcar, por favor?

—Claro —aceptó Adán sin saber bien por qué.

Lo normal habría sido que los echara con cajas destempladas, pero tenía curiosidad por saber qué querían, porque lo que tenía claro era que no estaban allí por el azúcar. No cuando los tres lo estaban mirando como si fuera la atracción principal del circo.

Se dio la vuelta para ir a la cocina y enfiló pasillo adelante.

—No está mal el chaval, algo plano de culo —oyó comentar a la vieja.

—Pero tiene un buen paquete, y eso cuenta más que el culo —replicó el mariquita.

Adán arqueó la ceja al oírlo. Vaya, desde luego, tenía las cosas claras. Entró en la cocina y cogió el azúcar mientras mantenía el oído atento a la conversación del trío, que apenas se molestaba en susurrar.

—Es un hombre, no merece la pena —sentenció la morena.

—Para ti ninguno la merece —protestó el mariquita—, pero tienes que reconocer que tiene un atractivo animal...

—Porque es un animal —replicó ella.

—La verdad es que yo tampoco le veo ese magnetismo que dice Eva que le hace mojar las bragas cuando lo ve.

Adán tropezó al oír eso. «¿Alguien moja las bragas cuando me ve? No. Alguien no. Eva. ¡La Borrego!» Esbozó una sonrisa torcida, era bueno saber que no era el único que se había excitado cuando se conocieron.

—No seas ciega, Chata, es justo el tipo de hombre que vuelve loca a Evuchi —apuntó el sarasa—. No es demasiado alto ni tiene musculitos ni es un adonis ni tiene la cara de un modelo. Es imperfecto, lo que quiere decir que es perfecto para ella.

«Hay que joderse con el maricón, me ha dado un buen repaso», pensó Adán, arrugando el ceño disgustado.

—Pero tiene unos ojos bonitos, un cuerpo pasable y un paquete aceptable...

«Más que aceptable, cabrón», masculló Adán para sí.

—Es perfecto para Eva, veo buenas perspectivas en el futuro —finalizó el hombre en el mismo momento en que él salía de la cocina.

El trío se mantuvo callado mientras Adán recorría el corto pasillo que los separaba de él.

—Hala, majete, gracias por el azúcar —se despidió Vicenta agarrando el azucarero—. Si tu abuela te lo pregunta, dile que soy Vicenta —le indicó antes de enfilear escaleras abajo. La morena y el mariquita la siguieron como soldados bien entrenados.

—Ah, mierda —susurró Adán.

Acababa de darle azúcar a la enemiga acérrima de su abuela. En su defensa sólo podía decir que hacía dos décadas que no la veía y que por entonces no llevaba el pelo azul, que era lo que lo había despistado. Entró en casa y se dirigió al comedor.

—¿Quién era?

—Vicenta. Me ha pedido un poco de azúcar y luego me ha dado recuerdos para ti —explicó como si tal cosa antes de sentarse frente al portátil para

seguir con su investigación.

—¿Vicenta? ¿La loca del pelo azul? —Adán asintió—. Y ¿le has dado azúcar?

—Es lo que hacen los buenos vecinos.

—¡Mi propio nieto me ha traicionado! —Dolores puso la mirada (y el grito) en el cielo.

—Abuela, por favor, no exageres.

—Has dejado entrar al enemigo en casa. Pero no ha sido por tu culpa — reflexionó—, ha sido esa mala pécora, que te ha confundido con su pelo azul. Es tan horrible que elimina el raciocinio de quien lo ve. Estoy segura de que se lo tiñó a propósito para molestarme. Debes estar atento, Adán, el demonio toma muchas formas para despistarnos...

Él se colocó los auriculares y puso música para no oírla.

Dolores observó a su nieto y detuvo su perorata. No era nada divertido quejarse con él, no le seguía el juego como hacía Mercedes ni se indignaba como hacía Félix. Y era una pena. Suspiró; tendría que esperar a que volvieran del teatro para poder disfrutar del momento.

3

¿Os he hablado del Lector de la plaza de la Paja? ¿No? Es un tipo que se pasa la vida en el banco que está junto al palacio de los Vargas, muy cerca de mi portal. Siempre tiene la misma postura: sentado, la pierna derecha sobre la izquierda, un brazo extendido y el otro descansando sobre la rodilla. Hay un periódico abierto en el banco y sigue las letras del titular con el dedo mientras lee. Siempre viste igual, ya sea verano o invierno. Pantalones, mocasines, camisa y un jersey a los hombros. Es el callado testigo del pasado, presente y futuro de la plaza, pues lleva en ese banco desde 1998, viendo pasar el tiempo, igual que hace la Puerta de Alcalá en la famosa canción.

Le tengo muchísimo cariño. Mi relación con él es especial. Todas las tardes recojo a las niñas del colegio y las suelto en la plaza para que se desfoguen antes de ir a sus clases particulares. Mientras ellas corren, yo me siento junto al Lector y le susurro todo aquello que me preocupa. Y él me escucha silente, sin juzgar ni acusar. Es casi como confesarse, sólo que cuando acabo ningún cura me manda rezar tres padrenuestros y cuatro avemarías.

Por cierto, no sé si os he dicho que el Lector es de bronce.



Martes, 13 de septiembre de 2016

Su mirada se clavó en la puerta mientras aguardaba a la cartera a la que

cada tarde le permitía el paso al portal. No sabía si lo hacía a propósito o era producto de la casualidad, pero en cuanto él cerraba los ojos para descansar un rato antes de volver al trabajo, ella llamaba al telefonillo. Todos los días menos el domingo. Sin fallar uno. Daba igual que esperara un rato a acostarse para que así no lo pillara dormido, porque entonces ella se retrasaba.

Llevaba toda la vida sufriendola.

¿Qué tenían todos contra él, que nunca lo dejaban descansar?

Esperó impaciente a que se dignara entregarle el paquete y, llegado el momento, lo recibió con su mejor sonrisa, que ella ni siquiera vio, pues le entregó el pedido y se fue sin decirle ni una sola palabra, ni siquiera adiós. No lo sorprendió su falta de educación; al fin y al cabo, tampoco le daba nunca las gracias por abrirle el portal.

¿Qué demonios les pasaba a las mujeres? ¿Por qué todas lo ignoraban?

Sacudió la cabeza frustrado y entró en casa. Abrió el paquete con nerviosismo, ahí tenía lo necesario para su merecida venganza; ahora sólo tenía que esparcirlo entre los niños. Y eso no sería complicado. Al fin y al cabo, las liendres eran muy fáciles de pegar al pelo, sólo tenía que resignarse y tocarles la cabeza.



Miércoles, 14 de septiembre de 2016

—¡Por Dios! ¡Esto es insoportable! —protestó Rodrigo, alias *el Estirado* y residente del primero exterior izquierda al salir de casa—. Aún no han dado las nueve de la mañana y el alboroto es inaguantable. ¿No os han enseñado vuestros padres que hablar no es lo mismo que gritar? Seguro que no, porque de educación vais bastante escasos —siseó con desdén mientras atravesaba el descansillo. Apartó con las manos a los niños, ocho en ese momento, que colapsaban el estrecho espacio.

—Tú sí que eres insoportable, Blanquito —lo increpó Eva, apartándolo enfadada, cuando fue a poner la mano en la coronilla de Gadea para moverla

del sitio y así poder pasar—. Deberías dar gracias porque estemos bien educados y no nos tiremos sobre ti para darte la paliza que mereces —lo amenazó enseñándole el puño.

Rodrigo la miró de arriba abajo mientras sus labios temblaban en un furioso tic. Odiaba que lo llamara así. Tomó aire para calmarse y estiró el brazo para meter la llave del ascensor y llamarlo. En ese momento, al alboroto se sumó el de los dos críos del primero interior central, quienes llamaban a gritos a sus amigos para que bajaran. Como no podía ser de otro modo, se produjo una estampida infantil que a punto estuvo de tirarlo al suelo.

—¡Esto parece el metro en hora punta! —exclamó indignado.

—¿Por qué estás tan obsesionado con el metro? —inquirió Eva con sorna, pues el arrogante hombre mencionaba ese transporte cada vez que se encontraba con los niños en la escalera—. Además, ¿tienes la más mínima idea de cómo es el metro, en hora punta o en hora normal? —Lo miró despectiva de arriba abajo. Vestía un traje hecho a medida, y la cartera de piel que llevaba debía de costar una millonada—. Reconócelo, no has pisado un metro en tu vida. Es de muy baja estofa para tu gusto —resopló desdeñosa.

Rodrigo la miró altanero y, sin molestarse en responder, entró en el ascensor.

—Mira que llegas a ser relamido. No debe de haber mucha gente que te soporte, ¿verdad? Seguro que andas bastante escaso de amigos —masculló Eva antes de que se cerraran las puertas.

El hombre dio un respingo al oírla, y algo parecido a la angustia asomó a sus ojos, pero nadie lo vio, pues los niños y los adultos estaban atentos a sus propios asuntos.

Los pequeños se reunieron en el piso inferior con sus amigos, entre risas y chillidos de regocijo. Y, como si la alegre algarabía lo hubiera alertado, Calix salió entonces de su casa vestido con ropa deportiva. Miró a Eva y esbozó una seductora sonrisa para darle los buenos días con una voz ronca que prometía placeres inimaginables. Luego, como si fuera lo más normal del mundo, revolvió el pelo de Jimena y Gadea en un saludo que los dejó a todos boquiabiertos, pues el adonis del primero no tenía costumbre de relacionarse con nadie. Menos aún con niños.

Eva parpadeó aturdida: ¿qué mosca le había picado?

Él frunció el ceño al ver las miradas de perplejidad que le dedicaban, hasta que se percató de lo extraño que había sido su comportamiento. Entornó los ojos pensativo y, de repente, comenzó a saludar al resto de los niños de la misma manera: revolviéndoles el pelo. Los mayores, al verle la intención, se zafaron de él, pero a los pequeños, menos avisados, no les dio tiempo a esquivarlo.

—Luego nos vemos en el parque, bonitos —apuntó sonriente antes de marcharse.

Eva y el resto de los adultos se miraron entre sí estupefactos.

—¿Me engañan mis ojos o es verdad que el segoviano cañón se ha vuelto sociable y ha toqueteado a los niños? —preguntó Cruz, quien había presenciado toda la escena desde el descansillo del piso superior—. ¡Que alguien le tome la temperatura y llame a una ambulancia! Seguro que está enfermo y a punto de palmarla.

Eva iba a contestar cuando le llegó la estentórea voz del profesor jubilado. Por lo visto, los chinitos del bajo se habían encontrado con sus amigos y lo estaban celebrando a voz en grito, como tenían por costumbre.

—¿Acaso no saben lo que significa la palabra *silencio*? No es tan difícil, el silencio es la falta de ruido, y en este portal eso es una quimera. ¿Alguien sabe decirme qué es una quimera? —exclamó el Ogro con su voz grave y severa, silenciando a los niños.

Gadea levantó la manita entusiasmada.

—Adelante, señorita Aguilar.

—Una quimera es una fantasía que se propone como posible pero no lo es —explicó contenta. Esa palabra había salido en el texto de clase de la tarde anterior y por eso la conocía.

—Muy bien. —El hombre le revolvió el pelo con cariño antes de recuperar su tono severo—. Formen fila —ordenó como cada día. Y los niños, que habían crecido conociendo sus manías, se colocaron en una ordenada fila—. Señorita Anuja, ¿sigue teniendo problemas con la conjugación de los verbos irregulares? —Miró a la mayor de los hindús. Ésta asintió—. Los revisaremos esta tarde —afirmó antes de peinarle un mechón travieso al

pequeño del primero.

Continuó revisando el aspecto, peinado y acicalado de cada niño y, cuando todo estuvo tan correcto como él exigía, se despidió de ellos y entró en su casa.

—No sé por qué le permitimos que trate así a los niños —siseó la madre de los trillizos—, no tiene ningún derecho a retener a nuestros hijos e inspeccionarlos.

—Menos derecho tienes tú a encender la luz del portal o a disfrutar de la limpieza del edificio, ya que llevas años sin pagar la comunidad —replicó Eva con brusquedad—. Además, sus manías no te molestan tanto cuando tus hijos catean y él les da clases gratis.

La mujer alzó la barbilla crispada antes de enfilarse hacia la salida, muy digna ella.

—Como siempre, haciendo amigos —dijo divertido Cruz.

Eva iba a responder cuando vio aparecer en el portal al vecino del bajo interior derecha. Y no parecía muy contento. Más o menos como siempre.

—Permiso. Por favor, permiso —amonestó a los niños, apartándolos con cuidado—. Si me permiten llegar a la puerta... Gracias —dijo mordaz cuando los críos se apartaron—. Señorita Borrego, señor Santos —los saludó con gesto severo antes de salir apresurado del portal.

—Al menos, no nos ha fulminado con la mirada. —Cruz fingió un escalofrío.

Eva asintió y se dirigió a la puerta. Como siguieran perdiendo el tiempo, no llegarían a tiempo al colegio. No obstante, cuando salió a la calle y vio que el último vecino no se había alejado demasiado, decidió que tampoco importaba tanto llegar unos minutos tarde. Ralentizó sus pasos para aumentar la distancia entre ellos.

Aunque el hombre no alzaba jamás la voz y era en extremo educado, todos intentaban no llamar su atención, pues tenía una mirada intransigente que daba verdadero pavor. Como si fuera el juez y jurado de sus pecados y pretendiera castigarlos por todos aquellos que habían cometido... y que cometerían. Que fuera inspector de Hacienda sólo conseguía incrementar ese halo de despiadada intolerancia que lo rodeaba. Y, además, ¿quién no había

defraudado, aunque fuera sólo un poquito, a Hacienda? Joder, nadie quería incomodarlo y ganarse una inspección que de buen seguro acabaría en una costosa multa.



Rodrigo sosegó sus furiosos pasos al llegar a la plaza de la Cebada y se detuvo frente al mercado. Observó sus seis cúpulas de distintos colores: rosa, naranja, amarillo, rojo, azul y verde, y leyó el colorido mural que ocupaba toda su fachada: LLENA LA VIDA DE COLOR.

Negó silente; en su vida sólo había un color: el negro.

O, mejor dicho, dos colores: el negro y el aborrecible blanco que tan diferente lo hacía de los demás.

Aferró con fuerza su cartera y continuó andando mientras recordaba la enésima humillación a la que lo había sometido la nieta de Pilar. Maldita mujer. Lo fastidiaba de niña y lo amargaba de adulta. ¿Qué sabría nadie, y mucho menos ella, de él? ¿De lo que sentía? ¿De los amigos que no tenía? ¿De las veces que montaba o no en metro?

Dejó atrás el teatro de La Latina y se dirigió a la estación de metro. Bajó la escalera y pasó el abono de transporte por el lector, como hacía todos los días desde hacía cinco años, para ir a su trabajo en Alonso Martínez. Esperó paciente en el andén abarrotado de personas de distintas edades, nacionalidades y grados de limpieza, ignorando a fuerza de costumbre las miradas extrañadas que algunos le dedicaban. La mezcla de colonia barata, perfume de marca, tabaco impregnado en la ropa y sudor añejo lo envolvió en el momento en que entró en el vagón y las puertas se cerraron, confinándolo con los miles de personas que tomaban el transporte público a esa hora. Apretó contra sí la vieja cartera de piel que había heredado de su padre; dentro estaban el termo que mantenía el café caliente y la manzana que tomaría para almorzar. Ya ni siquiera se podía permitir desayunar en el bar de la esquina de su camisería. Sonrió desdeñoso; la crisis le había robado casi todos sus clientes y los chinos le estaban arrebatando los pocos que le quedaban. Muy pocas personas podían permitirse en esos tiempos gastar su

escaso dinero en hacerse una camisa a medida o, en su defecto, comprar una de buena calidad. Menos aún cuando en los chinos las vendían por cuatro duros. Cerró los ojos, humillado por la impotencia y el miedo que sentía. Si su padre lo viera se avergonzaría de él. Menos mal que estaba muerto y jamás sabría lo cerca que estaba de perder el negocio que tanto le había costado crear.



—¡Jo! ¡Queremos ir a Las Vistillas, Eva, *porfa!* —insistieron Jimena y Gadea al llegar a la plaza de la Paja tras salir del colegio.

—¡No! Hoy no hay Vistillas. A las seis tenéis clases particulares y no voy a perder el culo escalando esa maldita colina para estar media hora y volver corriendo aquí.

—Si le digo a mamá que dices *perder el culo*, te despedirá —la amenazó Gadea.

—¿Tú crees? —Eva fingió preocupación; Gala sabía cómo hablaba y no le molestaba.

La niña frunció los labios y asintió con la cabeza.

—Y ¿tú quieres que me despida y no verme nunca más? —Eva hizo un puchero.

Gadea torció la boca y la miró enfurruñada. O, al menos, lo intentó, porque de pronto una gran sonrisa se dibujó en sus labios. Un instante después saltaba a los brazos de Eva y ésta comenzaba a girar de forma vertiginosa sobre sus talones. Hasta que se detuvo mareada en mitad de la plaza, la soltó, dio tres pasos atrás y acabó cayéndose de culo.

—Jo, Eva, ¿es que no te puedes comportar como una adulta aunque sea una sola vez? —la regañó Jimena, que con doce años estaba entrando en la edad del pavo a pasos acelerados.

—Ay, Mari, es que es tan aburrido, o sea..., ¿como una adulta? ¿En serio? Qué rollo. —Eva abrió mucho la boca al finalizar cada palabra, al más puro estilo niña pija.

Jimena la miró enojada, aunque enseguida esbozó una torcida sonrisa. Era

muy difícil enfadarse con ella cuando hacía el payaso. Soltó un sufrido resoplido y se dio la vuelta para ir con sus amigas. De repente, alguien la agarró por la cintura, levantándola en el aire. Todo empezó a dar vueltas, o, mejor dicho, ella empezó a dar vueltas hasta que su captora la soltó.

Eva dio un par de traspiés mareada y aterrizó de nuevo sobre su culo.

Jimena se balanceó inestable, le lanzó una mirada ofendida y, cuando se estabilizó, echó a correr con sus amigas. Mientras corría, esbozaba una sonrisa ilusionada.



Adán, asomado en el estrecho balcón del tercero exterior derecha, sonrió divertido al ver el juego que se llevaba la Borrego con las niñas. Se notaba a la legua que se le daban bien los críos. Apoyó los brazos en la barandilla mientras la contemplaba. En esa ocasión, en lugar del moño se había hecho una coleta alta que semejaba un géiser de pelo rubio y que la hacía parecer más alta de lo que era. Llevaba unos vaqueros holgados y una camiseta dos tallas grande. Y, extrañamente, ese desaliño descuidado que mostraba lo fascinaba. Adán se apartó de la barandilla y entró en la casa. Su abuela estaba sentada en el sillón orejero, mirando sin ver la tele. Aburrída.

—¿Y vendedores de seguros de decesos? ¿Puedes conseguirme los teléfonos de varios por internet? —dijo Dolores al percatarse de que había entrado en el salón.

—No vas a hacerte un seguro de éstos, no lo necesitas —afirmó él con voz grave. No le gustaba nada que su abuela pensara en la muerte, menos aún en esa etapa de su vida.

—Claro que no lo necesito, tengo uno muy bueno —lo sorprendió ella con su afirmación.

—Entonces ¿para qué quieres saber los teléfonos de las compañías de decesos?

—Nunca está mal tener ese tipo de información, alguna vecina puede necesitar una visita, y es de buen samaritano ayudar al prójimo —dijo ella con aire misterioso.

Adán observó a su abuela pasmado. Si no fuera porque el resto del tiempo se mostraba afiladamente cuerda, sospecharía que se estaba volviendo loca. Hacía poco más de un mes le había hecho buscar vendedores de enciclopedias a domicilio, y no había sido nada fácil encontrar uno; luego se empeñó en que le consiguiera los teléfonos de agencias de seguridad, ¡como si tuviera algo de valor que pudiera interesar a los ladrones! Y la semana pasada le había exigido ¡un predicador a domicilio! Era de locos. ¿Para qué demonios querría todos esos teléfonos? Y lo malo era que, por mucho que se lo preguntaba, ella siempre respondía lo mismo: por si alguna vecina necesitaba de sus servicios.

—Ya que te pones a buscar en ese cacharro —señaló el portátil—, mira a ver si también encuentras algún acupuntor a domicilio.

—¿Para qué quieres un acupuntor? —La miró asustado.

—Mujer prevenida vale por dos. —Dolores sonrió artera al pensar en la cara de la Borrego al encontrarse en su puerta con un hombre dispuesto a clavarle un millar de agujas.

—No vas a dejar tu tratamiento para probar ninguna medicina alternativa —declaró Adán con voz severa.

—Desde luego que no, ¡no estoy loca! —La anciana se llevó una mano al pecho ofendida. Adán cabeceó satisfecho—. No obstante, búscamelo, puede venirle bien a alguna vecina.

—¡Se acabó! —estalló él—. Vístete, nos vamos a la calle.

Si seguían un minuto más encerrados en esa casa, se volverían locos de verdad.

—No pienso ir a la calle —replicó ella.

—Por supuesto que sí. Vas a arreglarte y vamos a bajar a la plaza.

—No puedo bajar así —gimió acongojada, palpándose la cabeza.

—Claro que sí, te pondremos la...

—No me la puedo poner, tengo la cabeza llena de granitos que me duelen.

—Entonces, un pañuelo —señaló él, intentando parecer animado—. Los arboles dan buena sombra en toda la plaza. Puedes salir sin miedo al sol.

—No tengo miedo, pero...

—Perfecto. Nos vestimos y bajamos —insistió esperanzado—. Por favor, yaya.

Dolores miró a su nieto sorprendida. Hacía años que no la llamaba *yaya*, de hecho, desde que era un niño. Antes de que muriera su madre, luego todo había cambiado entre ellos.

—No puede ser bueno para tu salud estar encerrada todo el día —continuó diciendo él. Y, por primera vez en esos meses, su voz era amable. No apática ni ácida ni impaciente, sino genuinamente amable—. La misa no empieza hasta las siete y media; ahora mismo, la capilla del Obispo estará desierta. ¿Por qué no nos acercamos allí? Seguro que te encuentras con alguna monjita con la que hablar un rato.

—Las Hermanitas del Cordero son una congregación dedicada a la oración y el silencio, desde luego que no se van a poner a parlotear en la capilla —afirmó ella escandalizada.

—Entonces puedes rezar con ellas. ¿No tienes ganas de verlas?

Dolores suspiró indecisa.

—Baja tú, yo estoy bien aquí —lo instó. No le extrañaba que quisiera salir, llevaba dos meses encerrado con ella, saliendo sólo para hacer compras rápidas y llevarla a sus sesiones.

—No me gusta dejarte sola. Lo sabes.

—Llama a Mercedes y dile que pase un rato, nos entretendremos jugando a las cartas.

—Quiero que te dé el aire, así que ponte guapa porque nos vamos a la calle —dijo él severo, sin darle opción a rechazarlo.

Dolores abrió unos ojos como platos. En ese momento, su nieto se había convertido en su difunto marido. La misma apostura, la misma mirada decidida, el mismo tono feroz. Tomó la mano que él le ofrecía y se levantó del sillón.



—No he vuelto a ver al heredero pródigo —le susurró Eva al Lector Eterno.

Estaba sentada en la esquinita que quedaba libre en el banco, mientras las niñas jugaban en la plaza con sus amigas.

—¿Se te ocurre algo que lo haga salir de su cueva? —Se abrazó indolente a su espalda de bronce—. Estoy tan desesperada por volver a verlo que me estoy planteando llamar a su puerta y arriesgarme a que su abuela abra y me eche mal de ojo. Ay, no, que la bruja soy yo... —Esbozó una malévolamente sonrisa—. Ya lo sé, soy un pelín exagerada, pero tengo una incertidumbre con respecto a él que no me deja vivir. Es superimportante. Cuestión de vida o muerte. En serio.

—Y ¿qué es eso tan importante que tienes que saber sí o sí? —indagó Cruz, quien cada tarde, antes de ir a abrir la tienda, se paraba a charlar un ratito con ella.

—Si carga a la izquierda o a la derecha —replicó Eva con total seriedad.

—¿Interrumpo? —murmuró el Mudo antes de que Cruz pudiera responder—. Me lo encargó Gala ayer —comentó tendiéndole una bolsa de embutido a Eva.

Ésta le dio las gracias. El Mudo asintió y, tras sacar unas cañitas de fuet de otra bolsa, llamó a los niños.

—Caducan la semana que viene y el jefe las iba a tirar —explicó cuando Eva lo miró sorprendida por el inesperado presente.

—¿Qué se dice? —instó a Jimena y a Gadea.

Las niñas se apresuraron a dar las gracias, al igual que hicieron todos los críos que se reunieron en torno al charcutero, quien repartía las cañitas al tiempo que les revolvía el pelo sonriente.

—Uy, Juan, qué salchichones más pequeñitos. —Una de las estudiantes que vivían de alquiler en el tercero se acercó a él—. Qué monada, ¿me das uno? —le pidió poniendo morritos.

—Eso, eso, danos tu salchichón, no seas malo —dijo otra con evidente doble sentido.

Él bajó la mirada retraído y, murmurando que llegaba tarde al trabajo, enfiló la costanilla de San Andrés.

—Mira que sois malvadas —las regañó Cruz.

—Es muy aburrido ser buenas —replicó la tercera estudiante, sacándole la lengua.

—¡Oh, Dios mío! Mira quién viene por ahí —exclamó de repente una de

ellas.

Cruz, como buen curioso que era, se volvió intrigado.

—Cierra la boca, que se te caen las babas —le advirtió Eva burlona.

—Lo que se me ha caído han sido las bragas. —Cruz observó de arriba abajo al segoviano, que acababa de salir del portal.

—¿De encaje o de algodón? —preguntó Eva con sorna.

—De encaje, por supuesto; ¿cómo voy a llevarlas de algodón? ¿Me tomas por una viejuna como tú?

—¡Eso es un golpe bajo! —exclamó ella, pues en verdad las llevaba de algodón. Y, a veces, hasta de cuello vuelto.

Calisto, ajeno a las miradas devoradoras de las estudiantes, caminó hacia la pareja con elegancia felina, miró ceñudo el banco ocupado por la estatua y continuó hasta el siguiente.

—¿Ha vuelto a sentarse en el banco de al lado? —preguntó Cruz lo evidente.

—Y ya es el cuarto día que lo hace —murmuró Eva, tan pasmada como su amigo.

—Pasa frente a nosotros, nos mira y se sienta en el banco de al lado...

—Y no nos dirige la palabra, sólo se queda ahí sentado, y cuando me subo a casa, nos acompaña. Me da la impresión de que espera ver a Gala —susurró Eva en tono conspirador.

—No sé por qué, pero esto me huele a atracción fatal. —Cruz arqueó ambas cejas.

—Y tan fatal —gimió Eva mirando al guapísimo rubio, que en ese momento se había puesto los auriculares y seguía el ritmo de la canción con los pies—. Como quiera algo con Gala, acabará castrado.

—Y sería una verdadera pena —musitó Cruz, mirándole el paquete—. No está mal surtido. En fin, mantenme informada de sus avances —pidió antes de irse para abrir su tienda.

Eva miró al guapo rubio sintiendo pena por él. Estaba tan mono ahí sentado, esperando a Gala, que casi le daban ganas de decirle que no se molestara. Su amor platónico sólo salía pronto los viernes, pues el resto de los días no llegaba antes de las seis ni de coña, y a esas horas Jimena y Gadea no

estaban en el parque, sino en casa del Ogro, asistiendo a clases de apoyo. Además, aunque consiguiera coincidir con ella, no le serviría de nada. Gala odiaba a todos los hombres por igual. Pero si le advertía de lo infructuoso de su empeño, el asunto perdería toda su gracia, pues él dejaría de bajar y, qué narices, era de lo más entretenido ver cómo las mujeres que transitaban por la plaza tropezaban con los árboles mientras se lo comían con los ojos.

Estaba ensimismada observándolo cuando alguien pasó ante ella, privándola de la panorámica. Levantó la mirada y se encontró con los ojos furiosos del heredero perdido. Acompañaba a su abuela, que, apoyándose en el bastón, caminaba tan rápido como un caracol.

—Buenas tardes —los saludó Eva, guiñándole un ojo.

Dolores alzó mucho la barbilla y gruñó algo parecido a un saludo. ¡¿Cómo se atrevía la Borrego a guiñarle un ojo a su nieto?!

—Buenas tardes —replicó Adán, molesto por haberla pillado mirando al vecino del primero interior.

Su abuela lo había informado de ese hecho nada más salir del portal, instándolo a abrir los ojos y ver la depravación de la Borrego y su falta de decoro al devorar con la mirada a un hombre en plena calle. Y, por extraño que fuera, le había escocido el comentario. No le gustaba que la rubia se comiera con la vista a nadie, porque eso significaba que tenía un competidor. Y, joder, eso no le hacía ni pizca de gracia.

—¿Qué?, ¿a misa a confesar pecados, Lola? —inquirió Eva, imaginando por el pañuelo que cubría la cabeza de la anciana que ésta se dirigía a la capilla a rezar, como tenía por costumbre hacer antes de que su nieto se mudara.

Dolores se irguió altiva y, esbozando una sonrisa malvada, se volvió para replicar como era debido.

No obstante, alguien se le adelantó, chafándole la diversión.

—A lo mejor eres tú quien tiene que confesarse —gruñó Adán con gesto fiero. Nadie se metía con su abuela estando él presente.

—Pues va a ser que no, me confesé el sábado con el predicador que vino a mi casa a las diez de la mañana —rebatió Eva con altanería—. No sé cómo agradecerte, Lola, que lo mandaras para salvar mi pútrida alma. Me fue de

mucha ayuda, y, además, gracias a él hice la penitencia de no dormir nada ese día.

Adán la miró con unos ojos como platos y luego observó a su abuela. ¿El predicador que lo había obligado a buscar era para Eva? Pero ¿a qué jugaban esas dos?! ¿Estaban locas o qué?

—Es de buen samaritano ayudar al prójimo —afirmó la anciana—. Me alegro de que mi gestión te fuera de utilidad. Si quieres, le digo que vuelva el sábado que viene.

—No es necesario, me dejó limpia de pecados, así que hasta que vuelva a cometer unos cuantos no merece la pena que te molestes. No obstante, prometo esforzarme en portarme muy mal para que me lo puedas mandar en breve —apuntó Eva con una artera sonrisa.

—Esperaré impaciente tus tropelías. Buenas tardes —se despidió Dolores dando por finalizada la tertulia.

Eva sacudió la cabeza en un gesto de respetuosa despedida.

Adán miró a su abuela, luego a su vecina y por último al cielo, pidiendo paciencia y sabiduría para comprender lo incomprensible.

Eva se olvidó por completo del hermoso hombre que la observaba desde el banco contiguo y siguió con la mirada a la desigual pareja que se dirigía a la capilla del Obispo. Frunció el ceño. Dolores caminaba mucho más despacio de lo que tenía por costumbre, se notaba que precisaba del apoyo y la fuerza de su nieto para llegar hasta la escalera que conducía a la capilla. Era raro verla tan débil; era una mujer grande, de cuerpo robusto, pelo blanco extracardado y gesto severo. La observó preocupada durante todo el trayecto y, cuando vio que se tambaleaba al subir el primer escalón, saltó del banco para correr hasta ella y ayudarla. Se detuvo en seco al ver que Adán la tomaba en brazos y subía con ella la escalera para luego acompañarla al interior del recinto sagrado.



—¡Bájame ahora mismo! —siseó Dolores al ver que la entraba en brazos—. ¡Hace siglos que no vienes aquí, las monjitas no saben que eres mi nieto!

¿Qué van a pensar si me ven en brazos de un hombre?!

—Que te has liado la manta a la cabeza y te has echado un amante joven y guapo —ironizó Adán a la vez que la dejaba en el suelo.

—No digas eso ni en broma. —Se apoyó en el bastón y caminó muy digna hacia la capilla—. ¿No vas a acompañarme? —le requirió al ver que se quedaba en el claustro.

—Ya sabes que no me llevo muy bien con tu Dios. —Se metió las manos en los bolsillos.

Dolores suspiró apenada. Sí, sabía que su nieto no conseguía encontrar en el Señor el consuelo que ella hallaba. Pero no siempre había sido así. Hubo un tiempo en que adoraba acompañarlas a ella y a su hija a la capilla para observarlas rezar. Se arrodillaba al lado de Almudena y juntaba las manitas frente a los labios, imitando la postura de su madre.

—¿Quieres que entre y te ayude a sentarte? —La voz de su nieto la devolvió al presente.

—No es necesario, gracias. Sólo estaba recordando lo mucho que disfrutaba tu madre aquí. —Dolores cruzó las altas puertas de nogal con relieves bíblicos, consciente de que él no se marcharía hasta verla acomodada en uno de los bancos de madera.

—Sí, venía tan a menudo que al final su Dios pensó que estaría mejor con él que conmigo y se la llevó al paraíso —masculló Adán entre dientes, repentinamente enfadado—. Te esperaré en la plaza.

Se apartó de la puerta cuando vio que una afable monjita se acercaba a Dolores y la acompañaba con cuidadoso cariño hasta un banco. Cuando comprobó que estaba sentada, hizo ademán de irse. El dibujo del sol pasando a través de los arcos de medio punto del pequeño claustro lo retuvo. Fijó la vista en el diminuto jardín que había frente a él. Su madre adoraba ese insignificante jardín. Era su paraíso privado. Al acabar la misa, le daba la mano y entraban juntos en él. Le gustaba pararse entre las columnas y dejar que el sol de media tarde les acariciara el rostro. Se suponía que no podían pasar, pues el acceso estaba prohibido, pero las monjitas siempre hacían la vista gorda.

Sacudió la cabeza. Eso formaba parte del pasado, mejor no recordarlo.

Salió del recinto y se dirigió al banco en el que un lector de bronce estaba ligando con una rubia descarada. O, en vista de cómo se abrazaba ella a él, tal vez era la rubia descarada la que estaba seduciendo al Lector de bronce.

Sonrió. Sí, eso pegaba más con el carácter de esa endemoniada mujer.

—Hola de nuevo —saludó parándose ante ella.

Eva alzó la vista y sus extraordinarios ojos azules lo recorrieron de arriba abajo con perezosa lascivia, como si estuviera planteándose devorarlo. A lametazos.

Adán hizo caso omiso del ramalazo de deseo que lo recorrió y centró la atención en sus ojos. Había algo distinto en ellos.

—¿No los tenías marrones? —murmuró pensativo.

Eva esbozó una taimada sonrisa que despertó todas sus alarmas. También todo su apetito. Un apetito que no tenía nada que ver con la comida. O, al menos, no con la que acababa en el estómago, sino con el néctar que manaría de esa mujer bajo las caricias de su lengua.

—Qué va —mintió ella a la vez que pestañeaba coqueta—. Siempre han sido azules. Los heredé de mi madre...

—Qué raro —musitó Adán confundido—, habría jurado que... Da igual. —Descartó la idea con una sacudida de cabeza—. Pareces muy encariñada con tu amigo. ¿Da buena conversación? —comentó burlón, señalando la estatua a la que se abrazaba.

—Es el mejor compañero que se puede tener: me deja hablar todo el tiempo que quiero, jamás me interrumpe, nunca me lleva la contraria y siempre me escucha con atención.

—Y sus respuestas deben de ser de lo más acertadas y ocurrentes —replicó él, quedándose de pie frente a ella, ya que en el banco no había sitio para nadie más.

—Ni te lo imaginas. Ahora mismo me estaba diciendo que no deje para mañana lo que pueda agarrar hoy.

—¿Agarrar? ¿No será *hacer*? —rebatía él divertido por su equivocación con el verbo del conocido refrán.

—No. Tengo más interés en agarrar. —Eva se lamió los labios; sus ojos se deslizaron con lenta pereza por el cuerpo masculino hasta quedar clavados en

el paquete—. Además, si hago lo que tengo ganas de hacer, casi seguro que me detendrían por escándalo público.

Adán la miró sorprendido; ¿estaba insinuando lo que parecía? No. Era imposible. Ninguna mujer era tan directa. Al menos, ninguna que él hubiera tenido la suerte de conocer. No obstante, su polla saltó entusiasmada, haciendo caso omiso de su razonamiento.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tienes un bicho en los pantalones! —Eva abrió los ojos espantada.

—¿Dónde? —Adán miró sus piernas, allí no había nada.

—Justo en la entrepierna. Lo he visto saltar, abultándote el pantalón — señaló ella.

Él alzó la mirada, comprendiendo al fin a qué se refería.

—No tengo ningún bicho en los vaqueros —afirmó enarcando una ceja.

—Oh, vaya. Entonces es... —Eva abrió la boca del todo, asombrada.

Él asintió orgulloso. Lo cierto era que no estaba mal dotado.

—Claro, por eso no llevas calcetines..., los has usado todos para metértelos en el paquete y aparentar tener más. Mal, muy mal.

—Pero ¿qué...? Mira, bonita, no...

—Ya sé que soy una beldad, así que deja de repetirlo —lo interrumpió ella jocosa—. Hazme caso, tienes que quitarte esa manía de rellenarte los calzoncillos. Es antihigiénico. —Fingió una mueca de asco—. No pasa nada por tenerla pequeña. De verdad. El tamaño no importa demasiado si se tiene una buena lengua —afirmó—. E imagino que la tuya será muy ágil, ¿verdad?

Adán tomó una gran bocanada de aire, decidido a ponerle los puntos sobre las íes a esa mujer. ¡Se iba a enterar de lo que valía un peine! O, mejor dicho, ¡de lo que medía una polla!

—¡Claro que el tamaño importa! —oyó que decía una vocecita infantil junto a él.

Adán cerró la boca y bajó la mirada. A su izquierda había una morenita de unos diez años que lo miraba enfurruñada.

—No es lo mismo un churro que una porra —afirmó la niña, dando un pisotón al suelo.

Adán abrió unos ojos como platos. Era imposible que esa cría supiera de

lo que estaban hablando. Pero, joder, no había podido estar más acertada en el ejemplo. Arqueó una ceja, instando a Eva a decir algo.

—Por supuesto que no es lo mismo, cielo. Un churro dura mucho menos que una porra. Yo, desde luego, prefiero llevarme a la boca una buena porra antes que un churro enano —argumentó Eva, su pícaro mirada fija en Adán, que sacudía la cabeza frustrado.

—¡Exacto! —exclamó la niña—. Con un churro sólo aguantas una hora, pero si te comes una buena porra, puedes resistir toda la mañana.

Adán jadeó al oírla, atragantándose con su propia saliva. Comenzó a toser de tal manera que Eva se levantó presurosa para golpearle la espalda.

—Respira, hombre —susurró en su oído—. Gadea se refería al colegio. Con un churro se queda con hambre y sólo aguanta una clase sin que le ruja el estómago —explicó.

—¿Estás adiestrando a tus niñas para que vuelvan locos a los hombres? —dijo él enfadado.

—No son mis niñas —apuntó Eva—, sólo las vigilo hasta que venga su madre. Pero algún día tendré hijos propios, no lo dudes. ¿Te apetece ser el donante de esperma? —susurró socarrona.

Adán iba a decir, de manera explícita, la poca gracia que le hacía que bromeara con esos temas. De hecho, la mejor manera de agriar su humor era hablarle de formar una familia, ser padre o cualquier cosa que se le pareciera. Pero Eva no le dio oportunidad de decir nada, pues se volvió hacia la plaza, ignorándolo, y comenzó a llamar a gritos a su otra pupila. Por lo visto, era la hora de la clase con el Ogro, fuera ése quien fuese. ¡Esa mujer lo volvía loco!

—Un placer charlar contigo, machote, espero que volvamos a vernos pronto. —Eva esbozó una peligrosa sonrisa y se acercó hasta tocarle la oreja con los labios—. Pronto, y en circunstancias más desenfrenadas —susurró con voz sedosa antes de enfilarse hacia el portal con las dos niñas tras ella.

Adán sintió que toda la sangre de su cuerpo se acumulaba en un solo lugar, uno que estaba tan duro y rígido que parecía a punto de reventarle la bragueta. Se recolocó la erección con disimulo y luego observó al Lector de bronce.

—Menuda mujer, amigo. —Se sentó tras él, en el único trozo libre del banco—. Parece que os lleváis bastante bien, tal vez puedas echarme un cable

—comentó, sintiéndose loco, pero no idiota. Por algún motivo que no llegaba a entender, le apetecía contarle a esa estatua sus pensamientos—. Es tan descarada y directa que no sé si me está tomando el pelo o si me está tirando los tejos. Pero, joder, se me hace la boca agua cada vez que la veo.



Dolores se despidió de la monjita que la había acompañado mientras rezaba y abandonó con pasos inestables la capilla. La artrosis que arrastraba desde hacía años le había destrozado las rodillas y, por si eso no fuera suficiente para convertir un paseo en una tortura, el tratamiento que recibía cada veintiún días hacía que, además de otros desagradables efectos secundarios, tuviera los dedos de los pies y las manos permanentemente dormidos, lo que complicaba mucho andar, pues tropezaba con facilidad. A eso debía sumarle la insoportable debilidad que le lastraba las fuerzas y que parecía aumentar con cada sesión. «Una maravilla», pensó irónica. Uno de los pocos placeres de su vida había sido pasear por el barrio que tanto amaba, y hasta eso lo había perdido. No había tenido suerte con aquello que más quería. Primero había perdido a su hija. Luego a su marido. Después, sus piernas. Y ahora era su propia vida la que se le escapaba de entre los dedos.

Salió a la escalinata y, tras mirar furiosa los altos escalones que no se atrevía a bajar, escudriñó la plaza en busca de su nieto. Dio un respingo al verlo acomodado detrás del Lector de bronce. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué hacía sentado en el ridículo hueco que quedaba tras la estatua con la cantidad de bancos vacíos que había en la plaza? Debía de tener medio culo fuera del asiento. ¡¿En qué estaría pensando?!

De repente, lo vio claro.

Ése era el banco de la Borrego. De hecho, ése era el banco donde ella estaba cuando habían bajado a la plaza. Y ahora Adán estaba en él. Con un brazo sobre el hombro de la estatua, como si fueran grandes amigos. Seguro que había ido allí tras dejarla en la capilla para estar con esa descarada mujer. Peor aún, para coquetear con ella.

Y sucumbir a sus ardides.

¿Por qué se comportaba así? La respuesta a esa pregunta le llegó un segundo después: porque era un hombre y siempre tiraban más dos tetas que dos carretas. Resopló enfadada y se inclinó sobre la baranda para llamarlo y que acudiera en su ayuda. Y en ese momento se percató de algo inusitado. Adán se reía mientras le acariciaba la calva al Lector. Era la segunda vez que lo veía reírse en dos décadas, y ambas ocasiones habían sucedido en menos de dos semanas. Justo después de relacionarse con la Borrego. No había duda de que ésta tenía mucho que ver en su repentina alegría. Lo estaba seduciendo. Al fin y al cabo, Adán era un hombre. Y la nieta de Pilar era una mujer muy guapa. Y muy directa. Y muy liberal.

Demasiado, de hecho. Le haría daño.

No era la mujer adecuada para su nieto. Él necesitaba estabilidad y ella no sabía siquiera el significado de esa palabra. La habían criado entre el caos y la anarquía. Había mamado el libertinaje de su madre y la rebelde independencia de su abuela. Jamás sentaría la cabeza y formaría una familia. Y lo que su nieto necesitaba para ser feliz era eso, formar una familia, tener hijos a los que malcriar y que lo adoraran.

4

Es por casi todos conocido que a los madrileños nos llaman *gatos*. El sobrenombre viene de largo. No creáis que es una coletilla que alguien se inventó hace un par de siglos, ¡qué va!, tiene casi mil años. ¡Ahí es nada!

Hace un millar de años, un emir construyó una fortaleza en un promontorio junto al río Manzanares para vigilar los pasos de la sierra de Guadarrama. Alrededor de esta fortificación, se formó un enclave que los musulmanes llamaron *Mayrit* («tierra rica en agua»), y los cristianos, *Magerit*. Durante más de un siglo, los reinos cristianos intentaron conquistar la ciudad, sin conseguirlo. Hasta que, según cuenta la leyenda, en mayo de 1085, durante el enésimo ataque cristiano, a un soldado avisado se le ocurrió trepar por la muralla. Con tanta agilidad y presteza lo hizo que los que lo vieron dijeron que parecía un gato. Llegó arriba, corrió al torreón y cambió la bandera que ondeaba en él por la cristiana, dando lugar a la reconquista de la ciudad.

En memoria de esta hazaña, el soldado y toda su familia cambiaron su apellido por el de Gato. Y tanto lustre tuvo dicho apellido que se convirtió en uno de los linajes más importantes de la nobleza castiza.

Este hecho histórico, si alguna vez lo fue, devino en leyenda, y con el paso del tiempo ésta convirtió en *gatos* a todos los madrileños con tres generaciones nacidas en Madrid.

Y, ¿qué queréis que os diga?, el apodo nos viene que ni pintado. Los madrileños somos muy parecidos a los gatos: curiosos y desconfiados, astutos y altaneros, marrulleros y pendencieros en ocasiones, y un tanto bravucones si nos buscan; nos gusta la noche, el bullicio y la fiesta, y no le hacemos ascos a

una buena siesta.



Viernes, 16 de septiembre de 2016

Eva entró en el portal tras dejar a las niñas en el colegio, se dirigió a los buzones y sacó un paquete de una de las bolsas de rafia que llevaba del mercado. Había comprado las viandas necesarias para pasar el fin de semana. Y algo más. Una cosa que sublevaría los ánimos del heredero pródigo y que, tal vez, lo obligara a reaccionar. Besó el paquete, lo echó en el buzón del tercero exterior derecha y se apresuró a subir la escalera. Tenía cientos de cosas que hacer antes de ponerse a estudiar.



Adán observó con desconfianza el paquete que acababa de recoger del buzón. Era de Eva. Y ella lo había besado. O, al menos, eso deducía por los labios silueteados en él. Lo apretó entre los dedos, era blando, daba la impresión de guardar algo acolchado dentro. ¿Tal vez ropa? Pero, de ser eso, sería una prenda pequeña, pues no abultaba mucho. Se lo acercó a la nariz, no olía a nada. Lo sacudió, tampoco emitía ningún sonido.

—¿Quieres dejar de comportarte como un sabueso y entregármelo? —lo increpó Dolores con impaciencia.

—No lo puedo evitar, ya sabes, deformación profesional —replicó Adán con sorna.

Sopesó el paquete por última vez y se lo entregó a su abuela renuente. Su intuición le decía que el beso silueteado era un mensaje para él.

—Te detesto cuando te comportas así. —Ella tomó el paquete sin prestar atención a la mueca de rabia que se dibujó en la cara de su nieto.

—Imagino que eso también es deformación, en este caso familiar, en vez de profesional —masculló él furioso. Odiaba esa palabra: *detestar*.

Demasiadas veces la había oído referida a él.

Decidido a ignorar a su abuela y la antigua rabia que había despertado en él, y se sentó frente al ordenador para continuar con lo que estaba haciendo antes de bajar a por el correo. Sus compañeros le habían pedido que les echara un cable, y estaba encantado de echárselo. Le serviría para evadirse de la preocupación y los lúgubres pensamientos que ocupaban su mente. Se conectó a la intranet del trabajo a la vez que observaba con el rabillo del ojo a su abuela. ¿Qué cojones contendría el puñetero paquete?

Dolores hizo girar el bulto entre sus artríticos dedos. Estaba bien envuelto, el condenado. Totalmente cubierto por cinta de embalaje. Necesitaba unas tijeras. Alzó la cabeza para pedírselas a Adán y se encontró a éste frente a ella, tendiéndoselas. Se lo agradeció con un gesto y procedió a abrirlo. No se fiaba un pelo de la Borrego, pues sospechaba que esa pelandusca iba tras su nieto, lo que no le extrañaba en absoluto. Adán tenía buena planta, era un hombre responsable y, cuando no estaba cuidándola, tenía un buen trabajo que adoraba.

Arrugó el ceño al pensar en esto último. Ese trabajo había sido la gota que había colmado el vaso para su marido y su yerno. No entendían que Adán se decantara por encerrarse en una central en lugar de estar en comisaría o en la calle, como era la tradición familiar. Y eso había dado lugar al más amargo de los desencuentros. Su marido había muerto sin dirigirle la palabra a su único nieto, mientras que su yerno aún aprovechaba cada ocasión que se le presentaba para atacar a su hijo y hacerle saber cuánto despreciaba su cobardía.

Descartó tan sombríos recuerdos con un bufido y arrancó el papel del envoltorio.

—Pero ¡¿esto qué es?! —gritó, tirando al suelo lo que contenía—. ¡¿Por qué me manda esto?! ¿Es que se ha vuelto loca? ¡Qué asco! —Se frotó los dedos en la falda como si quisiera librarse de la inmundicia que los manchaba.

Adán cogió un bolígrafo, lo introdujo bajo la prenda que su abuela había tirado y la alzó para observarla.

—Joder —siseó entre dientes.

—¡Adán, esa boca! —lo regañó Dolores al oírlo—. Tira eso a la basura.

¡Y no se te ocurra tocarlo! No sabemos de dónde los ha sacado ni si alguien los ha usado antes.

—Están sin estrenar —dijo él señalando la etiqueta que colgaba de los calcetines, pues ése era el presente de Eva. Un par de calcetines de deporte. Blancos, para más señas.

—¿Y...? No pretenderás quedártelos, ¿verdad?

—No. Pienso devolvérselos —sentenció él con voz grave antes de salir del salón.

—¡Adán! ¡Ven aquí ahora mismo! —le ordenó Dolores al ver la furia relampaguear en sus ojos. Tenía un genio explosivo, igual que su abuelo—. ¡Te prohíbo montar una escena en la escalera! —Reunió sus escasas fuerzas para levantarse del sillón y seguirlo.

—No voy a montar ningún escándalo —replicó él furioso porque pensara eso.

—Tú no, pero ella sí. No tiene vergüenza. Te sacaré de tus casillas hasta conseguir que des el espectáculo en el descansillo —pronosticó desde la puerta del comedor.

—¿Tan poca confianza tienes en mí, abuela? —Se volvió para mirarla.

—En ti la tengo toda. En ella, ninguna —reiteró con un suspiro.

—Tranquila, me reprimiré lo suficiente para no matarla —replicó él saliendo de casa.

Dolores sacudió la cabeza asustada. ¿Qué le había hecho esa condenada mujer para que reaccionara así?



Eva bufó frustrada. Por muchos psicotécnicos que hiciera, no conseguía mejorar su ratio de respuestas correctas. Cargó la página para ver en qué se había equivocado esa vez y el PC se quedó colgado. Resopló fastidiada. Cada vez iba más lento, aunque ese día, más que lento, lo que estaba era muerto. Esperó unos minutos a ver si volvía a la vida y, al ver que no era así, lo apagó a las bravas. Suspiró, tampoco pasaba nada por dejar un día de lado los test. Al fin y al cabo, con el temario también iba atrasada, así que bien podía

dedicar la hora que le quedaba hasta ir al colegio a por las niñas en estudiarlo. Puñeteras oposiciones, no había cosa más complicada y aburrida. Seguro que eran tan aburridas como el trabajo que conseguiría con ellas. Suspiró amargada. No le gustaba nada encerrarse en una oficina, pero era necesario. Necesitaba un puesto de trabajo de día que le diera unos ingresos fijos para poner en marcha su sueño. Con eso en mente, metió en el microondas la lasaña congelada que pensaba comer y cogió el enorme libro para dar un repaso rápido al tema que estaba estudiando.

Acababa de empezar a leer cuando sonó el timbre. Cinco veces seguidas. Con mucha impaciencia. También con un poco de mal humor. Y con una pizca de frustración.

Su cara se iluminó con una pícara sonrisa. Sólo podía ser una persona. ¡Ya era hora! ¡Llevaba desde que había dejado el paquete esperándolo! Saltó del sillón, se estiró la camiseta que se había puesto para la ocasión y, tras atusarse el moño, se dirigió a la puerta.

Adán estaba a punto de volver a llamar cuando Eva abrió. En lugar pedirle explicaciones, se quedó parado, mirándola atontado de arriba abajo. Tenía el pelo recogido en un moño altísimo, estaba descalza, con la cara lavada, y vestía una camiseta roja de tirantes anchos que se ajustaba a su figura y apenas le llegaba a los muslos. Y lo peor de todo era la frase que tenía escrita: NO SOY VIRGEN, PERO HAGO MILAGROS. Joder. Eso era toda una declaración de intenciones. ¿Se la habría puesto en su honor, o sólo era una casualidad? Fuera como fuese, no podía dejar que lo distrajera. No esa vez. Estaba harto de su juego.

Levantó con mirada acusadora el bolígrafo del que colgaban los calcetines.

—¿Te los has probado? ¿Qué tal te quedan? ¡Espero que bien! Los he comprado con todo mi cariño —afirmó Eva con fingido entusiasmo.

Adán la miró aturdido, la furia dando paso al desconcierto ante su extravagante reacción.

—¿Perdona?

—No te los has probado —musitó ella haciendo un puchero—. Mira que eres malvado. —Le arrancó los calcetines del bolígrafo y procedió a

doblarlos hasta dejarlos del tamaño de un puño. Uno bastante grande, eso sí—. Yo, esforzándome en buscar un modelo que se adaptara a tus necesidades, y tú ni siquiera has tenido la consideración de comprobar si se acoplan bien a tu paquete antes de bajar a echarme la bronca —lo acusó, tirándole de la cinturilla de los vaqueros con una mano mientras que con la otra le metía los calcetines en el bóxer.

Adán le aferró las muñecas indignado. ¡No sólo tenía el descaro de mostrarse ofendida y regañarlo, cuando él era el agraviado y, por tanto, quien tenía todo el derecho a echarle la bronca, sino que además estaba hurgando en su entrepierna! Y lo peor era que, en el momento en que le había agarrado la cinturilla, su polla se había puesto en guardia. Muy en guardia.

—¿Se puede saber qué haces?! —siseó con rabia.

—Comprobar si he acertado con la talla —replicó ella con inocencia—. Oh, vamos, no puedes estar enfadado. —Sacudió las manos para zafarse de él—. Te he hecho un favor, deberías darme las gracias.

—¿Un favor? Estás muy mal de la cabeza, Borrego.

—En absoluto; eres tú quien no se entera, Vega-Sombría. «Se acerca el invierno...» —dijo Eva con voz lúgubre, como si eso lo explicara todo.

Él la miró atónito. ¿Qué coño tenía que ver el lema de los Stark con los calcetines y su entrepierna?

—Mira que eres cortito —resopló ella cruzándose de brazos, lo que hizo que sus pechos se juntaran y subieran, mostrando aún más porción de piel en el escote.

Adán gruñó excitado al verlos tan a su alcance. Joder, eran de lo más apetecibles. De hecho, se moría por darles un mordisquito. Se puso aún más duro, si eso era posible. ¿Cómo podía esa mujer excitarlo y cabrearlo a partes iguales?

—«Se acerca el invierno» —repitió Eva con una pícaro sonrisa al verlo tan encandilado con sus tetas. Apretó los brazos para que se alzarán más—. Llega el frío, y si usas los calcetines para rellenar el paquete, se te van a quedar los pies helados —señaló con tono razonable.

—¡No relleno el paquete con nada! —exclamó él furioso, alzando el puño al cielo cual Escarlata O'Hara proclamando que nunca volvería a pasar

hambre.

—Tranquilo. No hace falta que te des golpes de pecho pregonando tu inocencia, sabes de sobra que te pillé con quince años con tres calcetines en los calzoncillos.

—Pero ¡ahora tengo cuarenta y uno! —gritó él, sin importarle montar una escena en el rellano, tal y como había augurado su abuela.

—Y un paquete tan abultado que no cabe duda de que hay truco. Ningún hombre está tan bien dotado —señaló ella, la mirada fija en dicho lugar.

Adán, incapaz de controlarse, soltó un rugido que era mitad rabia, mitad deseo. Agarró la mano derecha de la irritante mujer y la colocó sobre su erección.

—¿Te convences ya de que no hay trampa? —La presionó contra la abultada bragueta.

Eva entornó los ojos, fingiendo cavilar sobre lo que estaba tocando. Luego extendió los dedos para abarcar toda su dureza y comenzó a manosearlo sin ningún pudor.

—Vaya, pero ¿qué sienten mis dedos?..., si es todo muy natural. —Se la agarró, calibrando complacida su grosor—. Y, además, cargas a la derecha, tal y como yo pensaba. —Se acercó más a él, de manera que sus pechos se restregaron contra el torso masculino.

Adán tragó saliva petrificado. Esa mujer no se andaba por las ramas. Agarraba lo que quería. Nunca mejor dicho.

Se inclinó sobre ella, pues, a pesar del alto moño, era más baja que él, y le atrapó el labio inferior en un suave mordisco. Tiró de él antes de soltarlo y lamerle la boca. Ella salió a su encuentro con la lengua. Se enzarzaron en un beso feroz que los dejó a los dos jadeantes.

—¿No sientes curiosidad por saber si yo uso algún relleno? —Eva le desabrochó la bragueta y deslizó la mano bajo los vaqueros. Quería tocar carne, no tela.

—Sí —gimió él sin saber a qué respondía, pues ella se la acababa de agarrar, volviéndolo loco de deseo.

—Y ¿a qué esperas? ¡Averigua de una vez si lo uso! —lo incitó Eva, amasándole la polla con avaricia. ¡Menudo instrumento tenía!

Adán la miró confundido; ¿dónde podía tener una mujer relleno?

Ella frotó sus tetas contra él, dándole la respuesta. Él posó una de sus grandes manos en el escote femenino, abarcando un pecho en la palma. Lo sopesó y lo acarició hasta sentir el pezón duro bajo el pulgar. Ella se pegó más a él y, sin dejar de meneársela, le agarró la nuca con la mano libre, obligándolo a besarla. Adán no lo pensó dos veces. Le invadió la boca con la lengua mientras una de sus manos se ocupaba de sus tetas y la otra, de amasar ese increíble trasero que tanto lo tentaba. Eva enganchó una pierna a las de él, frotándose contra la rígida erección. Adán dejó de pensar. La levantó contra sí, dispuesto a romperle las bragas y a penetrarla allí mismo. La apoyó contra la puerta y ésta se abrió, haciéndolos caer al suelo.

Y en ese momento se dio cuenta de que, a pesar de lo que le había dicho a su abuela, sí estaba dando el espectáculo en el rellano. Un espectáculo bastante pornográfico, por cierto.

Joder, estaba a punto de follársela en mitad de la escalera.

Y lo peor era que no tenía intención de parar.

Clavó las rodillas en el suelo y empujó, arrastrándolos a ambos al interior de la casa mientras Eva se reía con una voz ronca que parecía acariciarle la polla. Empujó la puerta con el pie para cerrarla, pues no podía emplear las manos en eso, ya que estaban demasiado ocupadas, una sosteniéndolo a él y la otra metiéndose bajo las braguitas de ella.

Estaban empapadas. Adán apretó las nalgas al sentir el ramalazo de placer que le recorría el cuerpo. Iba a follársela allí mismo. Ya. Sin esperar un instante más. Se la metería de una sola embestida, hasta el fondo, y bombearía duro y rápido hasta oírla gritar. Le metió dos dedos y ella arqueó la espalda, pidiendo más. Así que se bajó los pantalones hasta los muslos y se frotó contra la vulva.

Eva separó las piernas y elevó las caderas, buscándolo.

Y en ese momento Adán oyó la voz de su abuela, que lo llamaba.

—¡Joder! —gritó golpeando el suelo con el puño.

—¿Qué te pasa? —jadeó Eva, mirándolo confundida. ¿Qué mosca le había picado ahora?

—Tengo que irme —gruñó él, restregando su erección contra el sexo de

ella.

—Estás de coña, ¿verdad? —Le agarró el culo con ambas manos para que se dejara de chorradas y la penetrara de una vez.

Adán negó con la cabeza a la vez que se libraba de sus manos para luego levantarse del suelo. Se subió los pantalones, se los abrochó presuroso y abrió la puerta.

Y en ese momento Eva oyó lo que él llevaba oyendo desde hacía diez segundos. A Dolores berreando su nombre en la escalera.

—No me jodas —jadeó aturdida—. ¿Vas a ir con ella? ¿Ahora?

Adán la miró frustrado e indeciso, y en ese momento su abuela volvió a llamarlo. Podía ser algo importante. Se había caído un par de veces en el tiempo que llevaba con ella, también sufría a menudo vértigos y náuseas. Por eso había pedido una excedencia de un año, para estar con ella y cuidarla mientras durara el tratamiento.

—Lo siento —masculló saliendo de la casa—. Puede ser algo importante.

—Cabrón malnacido. Ojalá pilles la lepra y se te caiga a cachos —le escupió Eva, que cerró de un portazo.

Respiró hondo, intentando templar su mala leche a la vez que apretaba los muslos para calmar el cosquilleo que le quemaba el clítoris. Estaba al borde del orgasmo. ¡Jamás la habían dejado tan colgada! Ni tampoco la habían excitado tanto y tan rápido, hasta el punto de olvidarse de usar condón. ¡Joder! ¡Menos mal que habían parado a tiempo! Se llevó las manos al pubis y las deslizó bajo las braguitas. Ella misma acabaría el trabajito.

En el mismo momento en el que se tocó el clítoris, una alarma comenzó a sonar.

—Mierda, la lasaña. —Apartó las manos. ¿Se podía tener peor suerte?

Sacudió la cabeza; más le valía lavarse las manos, sacar la lasaña del horno y comer antes de que la pillara el toro y tuviera que ir a por las niñas. Unos minutos después, la dejó en la mesa; ni siquiera se molestó en extraerla del envase en el que se había cocinado y trasladarla a un plato. Hundió la cuchara, partiendo las láminas con impaciencia, y la sacó llena de humeante lasaña. Sopló para enfriarla mientras pensaba que, ya que no podía tener sexo, al menos comería. ¡Estaba famélica!

Estaba a punto de metérsela en la boca cuando llamaron al timbre.

Gruñó furiosa mientras se dirigía a la puerta, no estaba de humor para atender a nadie. Al contrario, como fuera un vendedor de los que le mandaba Dolores, se lo comería con patatas. Abrió cabreada y se encontró a Adán plantado sobre su felpudo.

—¡Tú! —gritó—. ¡¿Cómo te atre...?!

Pero él no la dejó acabar. Le agarró la cara con las manos y le dio un beso que le hizo encoger los dedos de los pies. Por todos los dioses, ¡cómo manejaba ese hombre la lengua!

—Lo siento —jadeó él cuando se separó para respirar—. Tenía que comprobar que mi abuela estuviera bien. Estoy aquí para cuidarla, no para ignorarla —afirmó antes de volver a besarla, con más pasión si cabía.

Eva le deslizó las manos abiertas por la cara, aprehendiendo sus rasgos hasta tocar su pelo. Lo aferró y tiró de él con fuerza, cortando el beso y apartándolo de su boca. Lo miró con los ojos entornados y luego asintió con un gesto, seducida por su sinceridad. Ella también había cuidado de su abuela, no podía enfadarse porque él lo hiciera, al contrario, eso hacía que le gustara todavía más.

—¿Tienes condones a mano? —gimió. No sabía si podría aguantar hasta llegar a la cama para follárselo. Si tenía, se pondría *manos a la polla* en ese mismo momento.

—Por supuesto —siseó él antes de besarla otra vez.

Era lo primero que había hecho tras comprobar que Dolores estaba bien. No pensaba arriesgarse más, bastante idiota había sido antes cuando había estado a punto de metérsela sin protección.

La levantó en el aire, pegándola a él, y ella, en respuesta, le rodeó las caderas con las piernas. La metió en casa tambaleante mientras la restregaba contra su rígida polla. Cerró la puerta con el pie y se volvió hacia la pared. O, mejor dicho, chocó con ella. Apoyó la espalda de Eva contra el muro y presionó, inmovilizándola mientras buscaba el condón que había guardado en el bolsillo. Lo mordió para romper el envoltorio y se separó de ella para bajarse los pantalones y el bóxer y ponérselo.

Eva no se quedó quieta mientras él se equipaba con el *antibaby*, se quitó

la camiseta y las bragas y deslizó una mano sobre su vulva mientras se pellizcaba los pezones con la otra.

Adán hizo rechinar los dientes al verla. Joder. ¿Es que no iba a esperarlo? Se puso el condón más rápido que nunca y, con un gruñido feroz, le agarró una pierna y se la subió hasta que le envolvió la cadera. Dobló las rodillas, encajó el antebrazo bajo la pantorrilla femenina y tiró, pegándola a él.

Eva se sujetó a su cuello con una mano y con la otra le agarró la polla, guiándolo hasta la entrada de su vagina.

Él la penetró de un único y violento empujón que los hizo jadear a ambos. Se quedó parado un instante, los labios apretados mientras intentaba contener el placer que lo recorría.

—O te mueves o te muerdo —lo amenazó Eva antes de clavarle los dientes en el hombro.

Adán gimió excitado por el erótico mordisco y comenzó a bombear con fuerza.

No tardaron ni cinco minutos en correrse como locos. Los dos.

—Eres un portento, machote. Nunca me había corrido a la vez que mi *partenaire* —comentó ella remolona, un rato después. Seguía con la espalda contra la pared, envolviéndole la cadera con la pierna y con él aún dentro, aunque ya blando.

—No me llames *machote* —gruñó Adán, apoyando los codos en el muro. Aún le temblaban las rodillas tras el potente orgasmo.

—Vale, semental —replicó ella.

Adán levantó la cabeza y le regaló su mirada más furiosa.

Eva elevó una comisura de la boca, burlona.

Él apretó los dientes, decidido a mostrarse implacable, pero le fue imposible. Una sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios antes de que estallara en carcajadas. Unas carcajadas que ni siquiera sabía a cuento de qué venían. Sólo sabía que tenía ganas de reírse.

Eva lo acompañó con una abierta sonrisa que de repente se tornó peligrosa.

—Ya te puedes relajar con el tema de los calcetines —dijo de repente—. Me ha quedado bien claro que no los necesitas. Pero lo que sí te voy a

comprar es un suspensorio para que proteja tu enorme y maravillosa polla — le susurró al oído a la vez que apretaba los músculos de su vagina, masajeándole la verga—. Es tu mayor tesoro y no puede estar desprotegida.

Adán se rio con más fuerza al oírla. ¡Era tremenda! La abrazó, pegándola a su torso, y agachó la cabeza para besarla. Las lenguas pelearon en sus bocas unidas, las manos acariciaron el cuerpo del otro y, como no podía ser de otra manera, los pezones y la polla volvieron a endurecerse. Salió de ella con un gruñido, el condón se le había descolocado al quedarse flácido, y ahora que volvía a estar erecto le molestaba. Además, no pensaba arriesgarse a que se le escapara algún soldadito que provocara un embarazo no deseado. Y, para él, todos lo eran.

—¿Tienes condones? —le preguntó a Eva. Había sido poco previsor y sólo había llevado uno consigo.

—Por supuesto —replicó ella con voz lujuriosa—. En la mesilla. Vamos a la cama.

Adán se subió los pantalones para poder caminar sin tropezar ni parecer un pato y luego la agarró del culo, alzándola contra él para que le envolviera la cintura con las piernas, y echó a andar.

Acababan de traspasar el comedor cuando comenzó a sonar la canción de *El exorcista* en el móvil que estaba sobre la mesa de centro.

—¡Me cago en la leche! ¡No puedo tener más mala suerte! —gruñó ella, echándose hacia atrás para apartarlo—. Bájame, *please*.

Adán obedeció, mirándola pasmado. Al igual que la niña de la famosa película, Eva parecía poseída por un demonio.

—Tienes que irte, semental —le dijo cuando sus pies tocaron el suelo—. Tengo que ir a buscar a las diabólicas hijas de Gala al colegio. Salen dentro de diez minutos y aún tengo que lavarme un poco y vestirme —explicó mientras lo empujaba hacia la puerta de la calle.

Adán la miró asombrado. ¿De verdad lo estaba echando de su casa? ¿Es que no veía cómo estaba? Le agarró la mano y se la colocó sobre su pene para que fuera consciente de la tremenda erección que estaba a punto de desaprovechar como una tonta.

Eva puso cara de desesperación, se la agarró por encima del pantalón y,

tras darle un lascivo apretón, se apartó con un lastimero suspiro.

—No puede ser, lo siento. —Abrió la puerta y lo empujó fuera de la casa.

—Pero...

—¿Sabes lo que decía mi abuela? —Él negó con un gesto—. Que ninguna cosa hay tan dura que el tiempo no la madura. —Le señaló la entrepierna—. Bajaré, no te preocupes.

—Eso lo tengo claro —replicó él—. Lo que me jode es lo mal que lo voy a pasar hasta que baje —siseó frustrado—. Ha sido un placer, Borrego —dijo a modo de despedida.

—Y tanto que lo ha sido, Vega-Sombría —replicó ella, arrancándole una sonrisa muy a su pesar.

Luego cerró la puerta y echó a correr al baño. ¡Tenía siete minutos para asearse, vestirse e ir a por las niñas!



Adán resopló frustrado. Eso era lo que literalmente se llamaba *cerrar la puerta en las narices*. Enfiló hacia la escalera y, al poner el pie en el primer escalón, recordó algo que le había llamado la atención y que por culpa de la furia primero y de la pasión después no había investigado mejor.

Esa tarde, Eva tenía los ojos marrones. No azules, como el miércoles, sino marrones, como había creído verlos la primera vez que se cruzó con ella. Frunció el ceño intentando recordar de qué color los tenía de niña, pero no fue capaz de acordarse. Chasqueó la lengua y continuó subiendo la escalera. No merecía la pena llamar el ascensor por un solo tramo.

—Abuela, ¿sabes de qué color tiene Eva los ojos? —dijo nada más entrar en casa.

—¿Eva? ¿Ahora la llamas por su nombre? Ni que fuerais amigos de toda la vida —bufó Dolores, poniendo mala cara.

—Amigos, no, pero vecinos hemos sido media vida —replicó Adán. Al fin y al cabo, él había vivido allí con sus padres y sus abuelos hasta que se largó al casarse. «Una gran familia infeliz», pensó mordaz—. ¿Recuerdas el color de sus ojos o no?

—¿Acaso es importante?

—Olvida que te lo he preguntado —masculló él.

Pensó en ir al baño para asearse, pero desechó la idea. Se había duchado poco antes de bajar; si volvía a hacerlo al subir, su abuela sospecharía algo, y no le apetecía que le pidiera explicaciones que no pensaba darle. Se sentó frente al ordenador.

—Marrones, igual que su abuela, que en paz descanse —oyó la voz de Dolores.

Adán asintió. Así que marrones... ¡Maldita mujer, había vuelto a engañarlo! Sus labios se curvaron en una amplia sonrisa que a punto estuvo de convertirse en carcajada. Encendió el ordenador y miró abstraído el monitor. Acababa de echar uno de los mejores polvos de su vida. Con la vecina de abajo. Sin quitarse la ropa. De pie y contra la pared. Y no había tardado ni cinco minutos en correrse. Y luego ella lo había echado de su casa. Nunca le había ocurrido nada igual.

«¿Y ahora qué?», pensó.

«Ahora me muero de ganas de volver a verla», se respondió a sí mismo.

Parpadeó asombrado ante ese extraño deseo. Él no repetía. Nunca. No le iban las relaciones. Y entendía por relación el hecho de follar dos veces con la misma mujer. Sin embargo, en ese instante se moría de ganas de volver a ver a esa rubia descarada y disparatada.

«Está bien. Me he vuelto loco y quiero repetir», pensó asumiendo su demencia. ¿Qué pasos debía seguir? No era un ligue de discoteca con el que hubiera intercambiado el teléfono, ¡era su vecina y enemiga! ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Llamar a su puerta y preguntarle si le apetecía follar otra vez? No, demasiado brusco. ¿Llamar a su puerta e invitarla a cenar? No, demasiado romántico, podía alentarla a pensar que tenía algún interés en una relación, y no era así.

Apretó los dientes enfadado al darse cuenta de que estaba pensando demasiado en el asunto. En ella. Se echó hacia atrás en la silla mientras tamborileaba con los dedos en la mesa. Tal vez su extraña reacción a esa rubia deslenguada y ardiente se debía a los cambios que se habían sucedido en su vida en esos dos meses. Había pedido una excedencia en el trabajo para

mudarse con su abuela a una casa que odiaba. De la actividad frenética y el estrés constante había pasado a cuidar de una anciana que no se lo ponía nada fácil. Un cambio radical, desde luego.

Centró la vista en la pantalla, decidido a trabajar un poco, más por despejar la cabeza que porque pudiera dar con algo que ayudara a sus compañeros. Para eso necesitaría un aparato y una conexión mucho mejores que los que tenía. De hecho, necesitaría los magníficos ordenadores de la oficina. Pero estaba de excedencia y tardaría bastante en regresar; todo el tiempo que su abuela precisara hasta ponerse bien. Si es que eso era posible. Apretó con fuerza los dientes. No. Se negaba a pensar en la posibilidad de otro desenlace que no fuera la recuperación completa de su enfermedad.

Miró a la anciana; a veces había sido complicado quererla. De hecho, hubo un tiempo en que casi la había odiado tanto como a su abuelo y a su padre. Pero, tras unos años convulsos, había aprendido a quererla de nuevo. Sólo había tenido que esforzarse en olvidar lo que le había hecho a su madre y empeñarse en recordar los buenos momentos en los que todo parecía ir bien y su madre era feliz allí, bajo su custodia. Le había costado mucho tiempo perdonarla tras su muerte, pero lo había conseguido. Ahora, tras más de veinte años sin pisar esa casa, excepto el par de horas de la visita mensual, había vuelto a vivir con ella. Con los fantasmas del pasado. Y todo había cambiado. Recuerdos olvidados regresaban a su memoria para torturarlo y confundirlo. Escenas felices que no recordaba que hubieran existido aparecían de repente en su cabeza. Su madre riendo con su abuela. Ambas abrazándolo mientras se pavoneaba por sacar un sobresaliente en matemáticas. Las dos arremangadas, haciendo las rosquillas del santo mientras charlaban felices. La desaprobación de su abuelo, el ceño fruncido de su padre, el control de su abuela, la inocente sumisión de su madre.

Sacudió la cabeza y centró la atención en el ordenador. Había recuerdos que era mejor mantener en el olvido.



Dolores observó a su nieto, preocupada al ver que su rostro pasaba de la

alegría a la preocupación, y de ésta a la tristeza y la rabia. No era habitual en él ser tan expresivo. Claro que tampoco era habitual en él enfadarse o perder la paciencia, y esa misma tarde había montado en cólera porque había interrumpido su discusión con la Borrego. ¡Como si tuviera la culpa de que lo llamaran por teléfono del trabajo! ¡Encima de que lo avisaba por si era importante! Menudo desagradecido estaba hecho. La próxima vez no pensaba abrir la boca, y allá él si lo despedían a pesar de la excedencia esa.

Suspiró. No reconocía a su nieto en ese individuo irascible y gritón. Adán era un hombre sosegado, difícil de alterar. Sí, a veces era un poco cáustico y también tenía un genio explosivo, pero siempre lograba controlarlo y jamás alzaba la voz. Sin embargo, esa tarde no había dudado en gritarle, cosa que no había hecho nunca antes.

Algo le ocurría. Desde que había bajado a reclamarle a la Borrego, no era el de siempre. Y esa tarde estaba peor que nunca. Como si estuviera ido. Y era culpa de la nieta de Pilar, estaba segura. Le había lavado el cerebro de alguna manera. Si no, ¿a cuento de qué había bajado a verla la segunda vez? Según él, para acabar la discusión, pero no se lo creía. La cara de idiota que tenía cuando había subido no era por ganar una discusión. Iba a tener que vigilarlo bien, pues mucho se temía que la Borrego estaba usando sus malas artes con él. Y eso sí que no iba a permitirlo. Podía aguantar sus inadecuados regalitos, pero nada más. Su nieto era intocable. No toleraría que le hiciera daño, bastante le habían hecho ya.



Eva se detuvo jadeante frente a la puerta del colegio en el mismo momento en que sonaba la bocina que indicaba el fin de la jornada. ¡Justo a tiempo! Se dobló por la cintura con el corazón a punto de salirse por la garganta, no había corrido tan rápido en toda su vida. Y dudaba que volviera a hacerlo nunca más. Dijeran lo que dijeren, el deporte era malo para la salud. Joder, estaba al borde del infarto por sobreesfuerzo, si es que eso existía. Y, si no existía, entonces sería la primera en sufrirlo.

Tomó una gran bocanada de aire y se irguió para alejarse un poco. No

podía permanecer allí, frente a la entrada. Corría el riesgo de ser derribada por la estampida de niños que estaba a punto de cruzar las puertas. Se parapetó tras una señal de tráfico y, mientras esperaba a que Jimena y Gadea salieran, sacó el móvil y buscó el grupo de WhatsApp «Las pajeras de la Paja» para dejar un mensaje.

Eva primigenia:

El heredero pródigo ha recogido el último regalo que le he dejado en el buzón y ha bajado a quejarse.

No tardó ni un instante en recibir la respuesta de Cruz:

Cruz al trasluz:

Y ¡¡¿qué ha dicho?!! ¡¡No nos dejes así, bruja!!

Eva primigenia:

Decir, ha dicho poco. Más bien ha actuado.

Gala rompepelotas:

Define *actuar*, Eva. ¿Te lo has tirado?

Eva primigenia:

Podría ser...

Vicenta presidenta:

¡Bien hecho! ¡Queremos detalles!

Eva primigenia:

Sólo diré una cosa: ha sido el mejor polvo de mi vida.

Cruz al trasluz:

Propongo reunión de urgencia. Esta noche, en mi casa. Bruno estará fuera. Yo pongo las coca-colas y los aperitivos.

Eva primigenia:

Oye, bonita, te recuerdo que a las ocho tengo que estar currando en el ConSumo Placer.

Gala rompepelotas:

Desayunamos el sábado en mi casa a las diez. Yo pongo el chocolate y los churros.

Eva primigenia:

Ni de coña, guapa. Hoy me acostaré a las tantas, me niego a madrugar para satisfacer vuestra curiosidad.

Cruz al trasluz:

¡Gala, traidora! ¡Trabajo hasta las dos!

Vicenta presidenta:

Haya calma. El sábado, comida en mi casa a las dos y media. Callos con chorizo y ensalada de san Isidro.

Como no podía ser de otra manera, todos aceptaron con rapidez la propuesta de Vicenta. Había que ser de piedra para resistirse a sus callos.

—¿Nos vamos o qué? —gruñó Jimena mirando enfurruñada a Eva al ver que estaba con el móvil. Los días cada vez eran más cortos y estaba impaciente por ir a jugar con sus amigas.

★ ★ ★

Abrió los ojos, despertándose al oír gritos en la plaza. Por lo visto, los malditos niños ya habían salido del cole. ¡Qué pena que no se quedaran allí internos de por vida! Miró el viejo reloj de pared del comedor y frunció los labios al pensar que aún le quedaban cinco minutos de descanso antes de tener que vestirse e irse a trabajar. Cinco minutos perdidos en los que no podría relajarse porque ni los niños ni sus padres respetaban su merecido y necesario

descanso. Se levantó del sofá y salió a la terraza. Los desagradables críos corrían, saltaban y jugaban en la plaza como si fueran los únicos habitantes del planeta y pudieran alborotar sin importarles molestar a nadie. Algo que en realidad era cierto.

Se acodó en la barandilla y los observó con atención, impaciente por comprobar si su plan había dado resultado. Sonrió al ver que se rascaban la cabeza con fuerza. Aunque la sonrisa pronto se borró de sus labios. Había sido tan fácil que apenas se sentía recompensado por las leves molestias que les estaba ocasionando. Sí, era divertido ver las manitas infantiles moviéndose frenéticas sobre sus cabezas, pero una vez conseguida la revancha, se sentía vacío. Además, debía reconocer que era una venganza estúpida. Nada de lo que pudiera vanagloriarse. Los piojos habían sido sólo una travesura tonta, pensó desanimado. Nadie lo temería por culpa de esos molestos bichitos. Mucho menos comprenderían que ese ataque se debía a un acto de justicia divina. Al contrario. Lo achacarían a una epidemia y seguirían con sus vidas.

¡No lo permitiría!

Tenía que hacer algo para que supieran que habían sido juzgados y condenados. Que sus actos contra él y su descanso no quedarían impunes.

Tenía que asustarlos. Aterrorizarlos.

Se merecía una venganza adecuada a todo lo que había sufrido y todavía sufría por culpa del egoísmo y la ineptitud de sus vecinos. Y por Dios que iba a tenerla.



—¡Cuéntamelo! —rogó vehemente Cruz, llegando al banco del Lector Eterno a la vez que Eva se sentaba y las niñas soltaban las mochilas para irse a jugar.

—No.

—¿Por qué?! —la increpó él con gesto desesperado.

—Porque, si te lo cuento a ti, luego me toca repetírselo a Gala y, después, una tercera vez a Vicenta —gruñó ella.

Cruz bufó desanimado al comprender que no iba a hacerle cambiar de

opinión. Era una mierda eso de tener horarios tan distintos. Él trabajaba hasta las ocho y media. Gala no salía ningún día antes de las seis, y eso con suerte. Eva curraba en el ConSumo Placer los fines de semana desde las ocho hasta la madrugada, y Vicenta pasaba las tardes en el Campo de la Cebada, gestionando el puesto del mercado que les había cedido un propietario y que la asociación de vecinos usaba como punto de recogida de ropa y enseres para los necesitados.

—Eres una zorra —susurró enfurruñado.

—No tienes ni idea de cuánto. —Eva esbozó una perversa sonrisa—. Hola, guapo —saludó a Calix, que, como todos los días desde que había empezado el colegio, acababa de salir del portal y se dirigía al banco más cercano al suyo.

Él sacudió la cabeza a modo de saludo y ocupó su lugar, con los cascos en las orejas y las piernas estiradas y cruzadas por los tobillos.

—Hoy descubriremos si nuestras sospechas son ciertas —musitó Cruz conspirador.

Eva asintió silente. Los viernes eran el único día que Gala salía del trabajo a su hora, lo que significaba que, por primera vez en esa semana, coincidiría con el segoviano.

—No seas malvada, dime al menos qué tal usa su aparato —dijo de repente Cruz.

—¿Su aparato?

—Ya sabes. —Cruz meció las caderas con rapidez, simulando los movimientos sexuales.

—Hola, Juan, ¿qué tal la mañana? —saludó Eva al Mudo.

Cruz, colorado como un tomate, dejó de moverse. ¿Por qué no lo había avisado de que pasaba el charcutero? ¡Era una mala pécora!

El Mudo los saludó afable para luego comentarles que esa mañana habían tenido un altercado con una señora que acusaba a uno de sus compañeros de timarla con el peso. Por lo visto, sólo él había sido capaz de calmarla y hacerle ver que eso era imposible.

—Juan, siento molestarte, pero llego tarde a la camisería —lo interrumpió Rodrigo con evidente prisa—. ¿Podrías traerme jamón?

—Claro. ¿Paleta en lonchas?

Rodrigo asintió abochornado. Nada le gustaba menos que encargarle comida a Juan en público. Nadie tenía por qué enterarse de que no podía comprar jamón ibérico y tenía que conformarse con paleta barata. Pero cuando había llamado a su casa no había contestado, señal de que ya había salido. Era una suerte haberlo encontrado en la plaza, si no, esa noche no tendría nada decente para cenar.

Miró de reojo a la mujer y al maricón, esperando oír sus risas burlonas al descubrir que le compraba a Juan, como todos los demás pobretones del edificio. Pero, para su sorpresa, las burlas no llegaron. Al contrario, se vio educadamente ignorado.

—Ahora que lo dices, yo también necesito un poco de paleta —comentó Eva.

—Será que no has tenido suficiente con la morcilla ibérica que te has comido —masculló burlón Cruz, confundiendo al Mudo y a Rodrigo.

—Pues resulta que no he comido morcilla. No me ha dado tiempo —replicó ella—. ¡Mierda! —exclamó al darse cuenta de que no había comido. Nada. Ni morcilla ni lasaña. ¡Por eso le dolía tanto la tripa!—. Cruz, quédate un minuto con las niñas, que voy a por un bocadillo para mí. ¡Se me ha olvidado comer con todo el trajín de esta tarde!

—Date prisa, reina, que hoy es día de recogida y no te imaginas la cantidad de trabajo que tengo para entregar.

Rodrigo miró con rabia al mariquita. Era un simple cuadrero, y siempre estaba quejándose de que tenía mucho trabajo y no le daba tiempo a nada, mientras que él, un artesano creador, estaba al borde de la ruina. Apretó los puños y, con una sacudida de cabeza, se despidió de ambos hombres.

—Ése, por lo menos, lleva toda la semana sin ir al baño —comentó Cruz cuando Rodrigo estuvo lejos. El Mudo lo miró confundido—. No me irás a decir que no tiene cara de estreñido.

El Mudo esbozó una sonrisa torcida y, tras soltar un somero «adiós», se fue trabajar.

Cruz se sentó en el banco, tras el Lector, a esperar el regreso de Eva. Éste aconteció poco después, cuando salió del portal con un enorme bocata de...

¿lasaña?!

—Pero, hija de mi vida, ¿qué es eso? —exclamó asqueado al ver tamaño despropósito.

—Mi comida. No me ha dado tiempo a papear antes y no pienso tirarla.

—Claro, como has estado tan ocupada y tan bien servida, te has olvidado hasta de comer —susurró Cruz con sorna—. En fin, me voy a trabajar. —Se levantó—. Por cierto, ¿la tiene muy gorda?

—Ni te imaginas, no me daban las dos manos para rodeársela —afirmó Eva, sabiendo de sobra lo que le estaba preguntando.

—No me mientas, reina, una cosa tan grande no te cabe. Mañana quiero saberlo todo con pelos y señales —le advirtió él antes de irse.

Eva miró el reloj, eran las cinco menos cinco. Si no le fallaban las cuentas, tenía veinte minutos para comer antes de que llegara Gala y la interrogara. Dicho y hecho. Acababa de terminar de engullir el bocadillo cuando la morena se presentó en la plaza ataviada con un traje blanco de pantalón y chaqueta, unos tacones de infarto, el pelo negro suelto y retirado de la cara y una cartera portafolio en la mano.

Saludó a sus hijas, comiéndose a besos a la pequeña, pero manteniendo la distancia con la mayor, quien ya no admitía besuqueos públicos de su madre. Habló un instante con ellas antes de que escaparan de su lado y luego enfiló hacia el banco del Lector. Pasó como una exhalación frente al segoviano sin percibir su presencia y se paró delante de Eva.

Miró desdeñosa el banco ocupado por su amiga y por la estatua.

—Qué manía tienes con sentarte ahí, Eva.

—Me hace compañía —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Es un hombre.

—Míralo por el lado positivo: está muerto —replicó Eva, guiñándole un ojo.

Gala, en contra de su voluntad, esbozó una sonrisa torcida.

—¿Me tengo que sentar en su regazo o vas a cambiarte a un banco en el que haya sitio para las dos?

Eva fingió pensarlo un instante y luego se levantó para ir a otro banco.

—Cuéntamelo —exigió su amiga en el mismo momento en que se sentaban.

—Mis labios están sellados hasta que estemos todas. No puede haber preferencias entre vosotras.

—Te odio.

—Yo también te quiero. Y creo que no soy la única —dijo Eva misteriosa, señalando al rubio, que se había quitado los cascos y se comía a Gala con la mirada.

Ésta se volvió sin ningún disimulo hacia donde señalaba su amiga. Enarcó una ceja al ver al joven, quien se apresuró a saludarla con un gesto.

—¿Qué hace ése en la plaza? —Gala sacudió la cabeza en respuesta a su saludo.

—Ahora baja todas las tardes sobre esta hora, saluda a tus hijas y se sienta ahí a escuchar música —dijo Eva con mirada traviesa—. Cruz y yo creemos que espera para verte.

—Qué estupidez —desestimó Gala—. ¿No te parece que las niñas se están rascando mucho la cabeza?

—Sí, ya me había fijado. En el camino de regreso del cole no hacían más que rascarse. Y no eran las únicas. Todos los niños del portal están igual, fíjate.

—Tienes razón. —Gala observó a la caterva de críos que llenaba la plaza—. ¿Crees que serán piojos? Tendríamos que... —Se calló al ver que el segoviano se paraba frente a ella.

—Hola, soy Calix, tu vecino de abajo —comentó el magnífico rubio, tendiéndole la mano para estrechársela.

Gala ignoró su gesto y lo miró de arriba abajo enarcando una ceja.

—¿Te he calado, he manchado el techo o algo similar?

Calisto se sobresaltó por la extraña pregunta y por el tono en el que se la había hecho: con hastiado desdén.

—Bueno, ¿qué? ¿Te he causado algún desperfecto en el piso? Si es así, dímelo y daré parte al seguro —insistió ella cortante. Los pisos eran viejos, no era raro que hubiera averías.

—Ah, no. En absoluto, todo está bien.

—Me alegro. ¿Algún otro problema?

—No, en realidad no tengo ningún problema —señaló él aturullado. Jamás

una mujer le había hablado así. Al contrario, todas solían mostrarse agradables y melosas con él.

—Estupendo. Entonces, si no te importa, estaba hablando con mi amiga —lo despidió Gala, volviéndose hacia Eva—. ¿Has hablado con los otros padres? Pueden ser piojos, y si es así, significa que nos enfrentamos a una epidemia. Debemos ponernos de acuerdo y tomar medidas para erradicarla todos a la vez, sólo así la acción será efectiva.

—Pero, aunque todo esté bien en mi casa —intervino Calix al ver que se había olvidado de su presencia—, mi intención al acercarme era saludarte y presentarme. Al fin y al cabo, soy tu vecino de abajo —reiteró esbozando su sonrisa más atractiva, esa que resaltaba el hoyuelo de su barbilla y hacía brillar sus impresionantes ojos verdes. En definitiva, una sonrisa pensada para seducir y cautivar—. Me pongo a tu servicio para cualquier cosa que necesites —susurró en un tono grave que prometía placeres prohibidos.

Gala le dio un buen repaso visual; al fin y al cabo, el chaval no estaba nada mal.

—Estupendo, ya me lo has dicho; ahora vete con los demás niños y deja charlar tranquilos a los adultos —lo despidió cortante.

Calix dio un paso atrás apabullado. Hacía años que ninguna mujer hacía referencia a su edad. Mucho menos con mordaz desdén, como había hecho ella. No era posible.

—¿No me vas a decir tu nombre? —murmuró tan desconcertado que no era capaz de cambiar la estrategia de conquista que siempre le había dado resultado.

—Sí, por supuesto: me llamo No-seas-pesado-y-déjame-en-paz, pero, si lo prefieres, el diminutivo es Adiós. No sé si lo has captado, si no es así, te lo puedo deletrear.

Calix asintió abochornado. Alzó las manos pidiendo paz y se fue.

—Te estás ablandando, Gala, a éste no lo has amenazado con cortarle los cojones —comentó Eva encogiéndose de hombros.

—He tenido un día muy duro y estoy demasiado cansada como para ser más creativa de lo que he sido —replicó ella cruzándose de piernas con elegancia.



Calix optó por regresar a su casa, reacio a quedarse y que la morena viera cuánto lo había aturdido su actitud. La observó ceñudo antes de entrar en el portal. Las cosas no habían ido como pensaba. De hecho, todo había salido mal. Se suponía que debía caer rendida ante él en cuanto le sonriera, como todas. Y, en lugar de eso, lo había despreciado. ¡Menuda zorra!

Esbozó una sonrisa ladina; iba a ser divertido cazarla.

5

Mi madre es una mujer muy peculiar. También muy independiente. La quiero un montón y nos llevamos genial, aunque apenas nos vemos. Ahora que lo pienso, tal vez por eso nos llevamos tan bien siendo tan diferentes y teniendo unos principios tan distintos. De hecho, ahora mismo no tengo ni idea de dónde está. No suele quedarse mucho tiempo en los sitios, un mes, dos a lo sumo. Por eso pasé la infancia con mi abuela, era la única forma de criarme en un lugar al que pudiera llamar *hogar*. También de que fuera al colegio de manera regular. Algo que no era muy de mi agrado. Sí, lo reconozco. Siempre he sido una estudiante pésima. Y ahora dedico seis horas diarias —cuando no son más— a estudiar. ¡Quién me ha visto y quién me ve!

Pero no estamos hablando de mí, sino de mi madre.

La bautizaron como María del Mar, pero al cumplir quince años decidió que sólo respondería al nombre de Lluvia, y así la llamamos todos. Lluvia es una hippy que siempre está en movimiento. Viaja con sus amigos de acá para allá, visitando otras comunas, que, aunque parezca mentira, hay unas cuantas en España.

Cuando cumplí los dieciocho dejé los estudios y me fui a recorrer el mundo con ella. Tardé dos años en descubrir que esa vida no iba conmigo. Eso de compartir todo con todos es un coñazo, y lo de no saber nunca dónde íbamos a estar al día siguiente ni cuánto tiempo nos quedaríamos en tal o cual sitio me resulta, además de cansadísimo, un agobio. Así que decidí viajar por mi cuenta. Y eso hice, hasta que, harta de dar tumbos de país en país, regresé con mi abuela. Y una cosa os digo, Dorothy[6] tiene razón: como en casa no se

está en ningún sitio.

Si sentís curiosidad por mi padre, siento decirlos que Lluvia nunca me ha dicho quién es, y mi abuela tampoco indagó mucho en el asunto. Imagino que pensó que si mi padre no se había molestado en reclamarme una vez que fue evidente el embarazo de mi madre, era porque no quería saber nada de mí. Y, tras su experiencia matrimonial, que no fue lo que se dice afortunada, decidió que no iba a hacer pasar a su hija por el mismo tormento. Sobre todo, porque nada le garantizaba que Lluvia fuera a tener su suerte y quedarse viuda a los treinta. Mi abuela siempre me ha dicho que vivir con una persona que no te quiere es muy duro.

Y yo estoy de acuerdo.

Tal vez por eso mis relaciones nunca duran mucho, más bien nada. Debo de tener algún defecto de fábrica que me impide enamorarme, porque, aunque conozco a muchos hombres y me siento sexualmente atraída por ellos, no hacen que me tiemblen las rodillas, y mucho menos que sienta mariposas en el estómago, a no ser que tenga hambre, claro. Y eso complica el asunto de formar una familia, pues sin padre no hay soldaditos y, sin soldaditos, no hay churumbel. Y las manecillas de mi reloj biológico siguen moviéndose sin parar. Tic. Tac. Tic. Tac. Así que he decidido tomar cartas en el asunto, hacer mi sueño realidad y comprar los soldaditos en una clínica. O, al menos, eso haré cuando apruebe las oposiciones y tenga un trabajo estable y un sueldo fijo al mes. Tengo que pensar en todo, no habrá un padre que me apoye en lo económico y lo cotidiano en relación con la crianza del bebé, así que no puedo dejar nada a la aventura.

Si mi abuela viviera, se sentiría orgullosa de mí por ser tan previsora. A ella le costó mucho sacarme adelante, pues sólo contaba con su pensión, sus manos y su cariño para criarme. Mi madre estaba siempre ausente y rara vez tenía dinero para mandarnos. De hecho, si conseguimos salir adelante fue gracias a Paco, el dueño del ConSumo Placer y mi jefe desde que regresé a Madrid hace diez años. Cuidó de nosotras cuando yo era niña, le consiguió trabajo a mi abuela en la empresa de uno de sus clientes y siempre tenía tiempo para escucharme y aconsejarme. Aunque sus consejos no fueran muy adecuados para oídos infantiles. O, mejor aún, para oídos «corrientes».

Paco fue —y de vez en cuando todavía es— uno de los amantes de mi madre. Es un hombre muy peculiar que vive en su propio mundo. Lo adoro y él me adora a mí. Lo conocí con diez años, durante uno de los veranos que pasé con mamá, y siempre me ha gustado pensar en él como mi padre. Tiene un rollo extraño, pero es genuinamente amable, además de ser una de las personas más auténticas que he conocido nunca.



Viernes, 16 de septiembre de 2016

Eva salió de la ducha, se vistió y, tras ponerse las lentillas, se fue a la calle. Eran casi las ocho, ya debería estar en el ConSumo Placer, pues, aunque no abrieran al público hasta las nueve, eso no significaba que pudiera dormirse en los laureles. Los repartidores de bebidas estarían al caer, al igual que la entrega de la tintorería y, además, en vista de que el otoño se acercaba, y con él el frío, había que prever la inmediata puesta en marcha de las estufas del patio, lo que significaba que también tendría que atender al del gas antes de las nueve. ¡Genial! Le encantaba empezar el fin de semana estresada. Menos mal que había echado el polvo del siglo y se sentía tan relajada y satisfecha como una gatita ahíta de leche. Sonrió al pensar que no había mejor comparación que ésa. Aunque lo cierto era que no había probado la leche de Adán. Aún. Se lamió los labios. La probaría. Más pronto que tarde. Eso seguro.

Dejó atrás el mercado de la Cebada y enfiló la Ribera de Curtidores hasta San Cayetano. Se paró frente a un llamativo escaparate que representaba algo muy parecido a un enorme óvulo cuya circunferencia era de metal dorado y formaba una especie de jaula, y, dentro de ésta, un maniquí femenino, desnudo excepto por la pintura que cubría su cuerpo. Sus piernas eran del color de la tierra arcillosa y, al llegar al vientre, el tono rojizo daba paso al verde esmeralda de las praderas en primavera. De su pubis nacían raíces que ascendían por su cuerpo, convirtiéndose en ramitas que se transformaban en

flores sobre sus pechos. Fuera de la jaula dorada del óvulo, como si estuviera esperando entrar, había otro maniquí, éste masculino; la parte inferior del cuerpo asemejaba llamas que se estrellaban violentas contra la ola marina que descendía desde su pecho.

Eva sacudió la cabeza ante la estrambótica decoración, sólo Paco sabía qué demonios significaba ese escaparate. De hecho, sospechaba que ni siquiera él lo sabía, y por eso se pasaba las noches debatiendo con algunos clientes sobre él.

—Llegas tarde —le llegó la voz acusatoria del gorila que cuidaba la puerta.

—Lo sé, lo sé —resopló ella agobiada.

—Paco está dentro, con los del gas...

Eva abrió unos ojos como platos al oírlo. Paco tenía la cualidad de desconcertar a la gente con sus extravagantes conversaciones, y eso sería contraproducente si querían tener los permisos en orden para poner en funcionamiento las estufas exteriores. Entró, dejó atrás los vestuarios, atravesó el local y salió al patio. Y allí, bajo las sombrillas cuadradas de tela blanca que protegían a los clientes del sol en verano y mantenían el calor de las estufas en invierno, estaba el dueño del ConSumo Placer.

—Deben estirar los músculos de su cabeza si quieren acceder a toda la capacidad de su cerebro —explicaba calmoso un hombre de pelo castaño y estatura media a dos operarios de la compañía del gas que lo miraban pasmados, y no precisamente a la cara—. Por favor, compañeros, imítenme —les reclamó.

Los hombres subieron la vista hasta su boca, sólo para ver cómo sacaba la lengua y comenzaba a hacer movimientos rotatorios con ella. Tocándose primero la barbilla, luego el moflete derecho, después la nariz y, por último, el moflete izquierdo, para a continuación extenderla recta y con la punta ligeramente alzada.

—Inténtenlo —los instó al ver que no se movían—. Al principio no notarán los efectos, pero cuando lleven unas semanas realizando estos ejercicios comprobarán que su cerebro está más despierto, sus pensamientos son más fluidos y su verbo es más ágil.

—Paco —lo interrumpió Eva—. Marga y Soraya te necesitan dentro, están preparando las mixturas y ya sabes que se les resiste la raíz de *ashwagandha*.

—Lógico, ése es tu trabajo, no el suyo —comentó él con una afable sonrisa.

—Sí, pero si quieres tener preparadas las estufas antes de que empiece el frío, más vale que yo atienda a estos señores —señaló Eva alzando ambas cejas.

Paco inclinó la cabeza a modo de silencioso asentimiento y se retiró al interior.

Los operarios suspiraron aliviados. Tras media hora hablando con ese hombre desnudo y medio loco, tener frente a ellos a una mujer normal era una bendición. La pena era que estuviera vestida, porque era bien guapa.

Eva se apresuró a atenderlos y, casi una hora después, con las instalaciones revisadas y el permiso en la mano, los guio a la salida, despidiéndolos.

—No te has puesto el uniforme —le llegó la voz de Paco.

—¿En serio? No me había dado cuenta.

Eva entró en el vestuario de los empleados.

—No me gusta que infectes el ConSumo Placer con tu ropa de calle; traes contigo la polución material y la espiritual del mundo exterior, contaminando este santuario —la regañó él con voz suave, siguiéndola.

—Ya lo sé, Paco, pero te lo he repetido hasta la saciedad: si quieres conseguir permisos oficiales, tienes que fingir estar adaptado al mundo exterior —explicó Eva, entrando en una cabina para desnudarse y ponerse las deportivas y los calcetines del uniforme—. Y el de las estufas era necesario, ¿o prefieres que los clientes se congelen el culo cuando salgan?

—Tienes razón, discúlpame —susurró él, consciente de que sin ella todo sería mucho más difícil. Salió de los vestuarios y se dirigió a la sala.

Eva entró allí poco después, con su toalla colgada del hombro y los pies enfundados en las deportivas y los calcetines rosa fluorescente.

Paco la observó ceñudo mientras revisaba que todo estuviera correcto en la barra.

—No se te ocurra enamorarte —le dijo de repente con voz severa.

Eva se volvió perpleja, pues era un hombre que jamás daba órdenes ni exigía nada.

—No estoy enamorada —resopló, poniendo los ojos en blanco.

—Ya lo sé, pero esta tarde, tras meses de privación sexual voluntaria, te has acostado con un hombre. Y, cuando las personas están tanto tiempo como tú sin tener contacto carnal, tienden a confundir amor con sexo, y son cosas muy diferentes. El primero es la emoción suprema que hace latir el universo, y el segundo, un acto físico que nos relaja y da placer.

—Ya lo sé, Paco. Y, no es por nada, pero que yo recuerde, jamás lo he confundido —rebató ella, cruzándose de brazos ofendida.

—Tienes razón, perdona a este humano asustado que sólo quiere protegerte de todo mal.

—Estás perdonado —bufó Eva—. ¿Cómo narices sabes que he echado un polvo? ¿Eres clarividente o algo así? —inquirió frustrada. No sabía cómo lo hacía, pero siempre la pillaba.

—Tus ojos brillan más de lo normal, tus mejillas están sonrosadas, tus labios hinchados y tu piel resplandece —refirió él. Entornó los ojos al darse cuenta de algo—. Esta vez no ha sido como las demás. —Le acarició el rostro despacio, como si sus dedos escucharan los susurros de la piel femenina—. Ha sido más intenso, ha entrado en ti a un nivel más profundo. —La miró pensativo—. Ten cuidado, pequeña, no te dejes engañar por el falso amor, estás predestinada a un solo corazón. Eres la reencarnación de la primera mujer y sólo encontrarás a tu pareja en la reencarnación del primer hombre.

—Claro que sí, Paco, ya me sé la historia; tranquilo, no me enamoraré de nadie que no sea el primer hombre —resopló Eva, cansada de oír siempre la misma cantinela.

Cuando a su jefe se le metía algo entre ceja y ceja, no había manera de que lo olvidara. Hacía veintiséis años había tenido una revelación sobre ella por culpa de la tapa de un bote de mermelada Eva, y desde entonces estaba obsesionado con esa chorrada.

Sacudió la cabeza y se situó tras la barra al ver entrar al primer grupo de clientes.

—Vamos, Paco, vete a revisar la colocación de los almohadones, anda —

le dijo—. No te quiero revoloteando por aquí mientras trabajo.

Horas después, cuando la noche estaba en todo su apogeo, Paco se acercó a la que quería tanto como a una hija y le pidió preocupado que lo acompañara al patio.

Eva lo siguió sin dudar.

—¿Qué pasa? —le preguntó al verlo intranquilo.

—Llevas toda la noche rascándote la cabeza —musitó él.

—Sí, me temo que las niñas me han pegado los piojos —explicó rascándose el pelo bajo el gorro que lo cubría y que se había puesto al saberse infectada.

—¿Tienen piojos?

—Ellas y todos los niños del barrio. Hay una epidemia, ¡Y eso que acaba de empezar el colegio! —exclamó enfadada. Era el año que más pronto los atacaban—. Ya he mandado a Edén a la farmacia de guardia a por loción antipiojos, en cuanto vuelva me la echo —afirmó.

Paco cerró los ojos e inspiró profundamente, meditando. Cuando volvió a abrirlos, había una extraña furia en ellos.

—Ten cuidado, Eva, la maldad que duerme en tu comunidad está despertándose. No es casualidad que los piojos os hayan invadido, el poso perverso que ha permanecido latente estos años está saliendo a la luz. Pronto pondrá en peligro las vidas de todos.

—Joder, Paquito, cuando te pones en plan profeta eres espeluznante.

—No te lo tomas en serio —musitó él herido.

—No te enfades, pero sólo has estado una docena de veces en mi casa; no sabes cómo son mis vecinos ni lo que se cuece allí, aparte de lo que yo te cuento de ellos. No puedes formarte una opinión sin conocerlos. Y no, no me vale que me digas que los conoces a través de mí, porque mis opiniones son subjetivas.

Paco la miró apesadumbrado. Su pequeña era demasiado práctica para entender el mundo de lo intangible y dejarse guiar por el instinto, como hacía él.

—La malignidad se huele, y cada vez que he ido a tu casa, tu edificio apestaba.

—Será por la comida de los hindús, usan muchas especias y atufan la escalera —replicó ella burlona—. No te preocupes, sé cuidarme. —Le dio un cariñoso pico y entró en el local.

Paco negó silente. Se avecinaban problemas, lo sentía. Sacó la lengua y la estiró para ejercitar el cerebro, tenía que estar despierto y preparado para proteger a su princesa.



Sábado, 17 de septiembre de 2016

—Ni se te ocurra. —Cruz se apartó de un salto cuando Gadea intentó frotar su cabeza contra la de él—. Me niego a raparme por tu culpa, monstruito. Me ha costado años dar con el corte perfecto para mi cara y no pienso cambiarlo. —Se pasó presumido los dedos por el pelo.

Gadea sonrió ladina y volvió a saltar sobre él. Cruz exhaló un agónico gemido y echó a correr por todo el salón mientras la traviesa niña lo perseguía sacudiendo la cabeza.

—¡Que alguien la pare! ¡Va a infestar la casa de piojos! —gritó subiéndose a una silla para que no pudiera alcanzarlo.

—Es en momentos como éste que me alegro de vivir en una cueva sin ventanas que den a la calle —gimió Jimena, observando indignada a su hermana y a Cruz—. Si mis amigos vieran el espectáculo que estáis dando, me moriría de vergüenza.

—No digas tonterías, Jimena, de vergüenza no se muere nadie; como mucho se te pondrá la cara roja —replicó Vicenta entrando en el salón con una olla llena de vinagre blanco caliente—. Gadea, deja a Cruz tranquilo y siéntate en la sábana que ha extendido Eva en el suelo. Jimena, ve con tu hermana.

Las niñas obedecieron a regañadientes.

—No voy a poder bajar a la calle en un mes por culpa de este asqueroso olor —masculló Jimena enfadada.

—No seas exagerada —dijo Gala—. Además, es mejor apestar a vinagre

que a insecticida —y le envolvió la cabeza con una toalla empapada en vinagre.

—Jo, ¿por qué no puedo quedarme con los pipis un poco más? —reclamó Gadea, rascándose—. Es muy divertido hacer gritar a Cruz, parece una niña cuando chilla.

—Eres un monstruito —la acusó el hombre, sentándose lejos de ella—. Que sepas que te acabas de quedar sin la tarta de chocolate que he hecho para la merienda.

—¡No! ¡Prometo ser buena! —gimoteó la niña levantándose del suelo y yendo hacia él.

—*Vade retro*, Satanás! —exclamó Cruz, saltando del sillón.

No consiguieron sentarla de nuevo en la sábana hasta que Cruz prometió que le dejaría probar la tarta, y éste tardó un buen rato y muchas quejas en dar su brazo a torcer. De hecho, sólo lo hizo porque Gala fijó los ojos en ellos, advirtiéndoles que habían colmado su paciencia. Cruz regresó al sillón, Gadea al suelo y Gala se colocó tras su hija, empapó la toalla en vinagre y le envolvió con ésta la cabeza. A su lado, Eva se afanaba en pasar la lendreras por el pelo de Jimena.

—Menos mal que hemos comido antes, si no, los callos me habrían sabido a vinagre —gimoteó quejumbrosa Jimena mientras aguantaba estoica los tirones de Eva.

—Dice la mamá de los trillizos —intervino Gadea— que no es normal que la epidemia haya empezado en la plaza. Que eso es porque los fabricantes de champús antipipis la han extendido a propósito para que la contagiemos al cole.

—Esa mujer haría bien en decir menos idioteces y pagar más la comunidad —gruñó Gala.

—No te creas que es la única que lo dice —apuntó Eva—. Es una leyenda urbana que algunos padres repiten cada año en la puerta del cole. Debe de ser que la estupidez es contagiosa.

—No es estupidez —rebató Vicenta—. Yo también creo que el contagio es provocado. Algo raro pasa ahora con los piojos, en mis tiempos no eran tan agresivos ni se contagiaban tantos niños —aseveró con el conocido axioma de

que cualquier tiempo pasado fue mejor.

—Eso lo dirás tú —replicó Cruz—; recuerdo perfectamente que cuando visitaba a mis abuelos, los niños de la plaza siempre estaban infestados de piojos. Tardaban en erradicarlos el triple que en mi colegio —afirmó rotundo.

—Yo también me acuerdo de eso. Mi abuela decía que los piojos aquí duraban más y eran más resistentes que en ningún otro barrio de Madrid — señaló Eva.

—Sí, claro, seguro que al comenzar el cole un pérfido malvado recorre la plaza infestando las cabezas infantiles con piojos, ¡cómo no se me había ocurrido! —siseó Gala, empezando a despiojar a Gadea—. Nada, hijas, al próximo que os toque el pelo, me lo decís y le corto las...

—¡Gala! —chilló Cruz sobresaltado.

—¡Las manos! —exclamó Gala en el mismo tono—. ¿Qué creías que iba a decir?

—Ay, no sé, hija, como tienes esa obsesión con... los balones —indicó él en clave.

—Delante de mis hijas intento no parecer una psicópata, tranquilo.

—¿Qué es una psicópata, mamá? —indagó Gadea interesada.

—Una mujer que les corta las pelotas a los hombres —contestó Jimena, acariciándose el pelo. El vinagre se lo había dejado ultrasuave.

—¡Jimena! —Gala miró a su hija azorada.

Vicenta y Eva estallaron en carcajadas en tanto que Cruz negaba apesadumbrado. Mucho se temía que Jimena iba a seguir los pasos de su madre y sería una digna rompepelotas.

—Ah. Entonces mejor no le decimos a mamá que Calix nos toca el pelo todas las tardes —apuntó Gadea con una pícara sonrisa.

—¿Os toca el pelo todas las tardes? —exclamó Gala turbada.

—Sí, yo creo que quiere hacerse amigo nuestro para que te hablemos bien de él —comentó Jimena.

Gala enarcó una ceja aturdida. Pero ¿qué manía le había entrado a ese hombre con ella?

—También nos da chuches —señaló Gadea—. Deberías ser amable con él, mamá. Es muy simpático

—Y también muy guapo —suspiró Jimena, que, como la preadolescente que era, se había encandilado del magnífico físico del segoviano—, así que, por favor, no le cortes las pelotas.

—Ni que tú fueras a usarlas en un futuro cercano —dijo Vicenta con una carcajada.

Jimena se puso roja como un tomate.

—Además, Calix está por mamá, no por ti —añadió Gadea con mucha mala leche.

—¡Te odio! —gritó Jimena, lanzándose a por ella.

Eva la agarró al vuelo, antes de que pudiera agarrar a su hermana del avinagrado pelo.

—No, señorita, las hermanas no se pegan ni se odian —afirmó sentándola en el sillón.

—Pues yo odio a la mía profundamente —siseó Jimena.

—¿A alguien le apetece?—dijo Cruz, sacando la tarta de chocolate para poner orden.

Las niñas se la comieron cual jauría hambrienta y luego se fueron a jugar a su cuarto.

—¡Por fin solas! —musitó Cruz al tener el salón para los adultos—. ¡Por poco me muero por la frustración! Tenerte frente a mí y no poder preguntarte nada sobre el heredero pródigo y su manejo del plátano me estaba volviendo loca. ¡Cuéntanos!

Y Eva les contó. Con muchos y variados detalles. En algunos momentos incluso exagerándolos.

—¡Sí, claro! ¡Hasta el ombligo y más allá! —bufó Cruz al enterarse del tamaño del pene del heredero—. Vamos, reina, deja de inventarte las cosas, nadie tiene una tranca tan grande.

—Y si existiera sería muy incómoda de albergar. Vamos, veo yo una porra así y te juro que echo a correr y no paro hasta llegar a la Conchinchina —aseveró Vicenta.

—Mujer, siempre puedes echar mano de un cuchillo afilado y recortarla —apuntó Gala.

—Me parece que estamos empezando a desvariar —Cruz miró hastiado a

Gala y a Eva—, así que vamos a zanjar el debate sobre el heredero pródigo con un titular; Evuchi, ¿repetirás? —dijo simulando ponerle un micro en la boca a su amiga.

—Puedes apostar a que sí, ha sido uno de los mejores polvos de mi vida. Mejor dicho, ha sido El Polvo, con mayúsculas —afirmó Eva—. Y tú, Cruz, ¿has hablado con Bruno? —Le enchufó el micro imaginario a su amigo—. ¿Sabemos si ha llegado a Málaga y qué le ha regalado su querida y engañada familia? ¿Alguna noticia de interés?

—Oh, sí, ya ha llegado —contestó Cruz, posando cual modelo en un *photocall*—. Ha recibido las felicitaciones de toda su familia entre grandes muestras de cariño y alegría por su deseado regreso al hogar. Al ser preguntado por la novia que ya debería haberse echado, ha respondido que no corría prisa y que estaba muy feliz soltero —comentó con gesto amargo—. ¿Os preguntáis cómo lo sé? —murmuró con acritud al ver sus miradas asombradas—. Me lo ha contado cuando lo he llamado para felicitarlo. Por lo visto, ha encontrado el comentario de su madre muy gracioso y ha querido compartirlo conmigo para que nos riéramos los dos. Por supuesto, me he reído. Ahora sé lo que siente una mujer cuando finge un orgasmo. Desprecio absoluto por sí misma.

—No me puedo creer que Bruno tenga tan poca sensibilidad —murmuró Eva.

—Es un hombre, ¿qué esperas? —masculló Gala sentándose junto a su amigo—. Tienes que dejar de seguirle la corriente y sincerarte con él. Como continúes mordiéndote la lengua, te vas a envenenar tanto que acabarás odiándolo por algo que él ni siquiera es consciente de estar haciendo. Las mentiras son lo que mata a una pareja, créeme. Aunque sean piadosas, siguen siendo traiciones, asesinan la confianza y destruyen el amor.

—Ojalá fuera tan fácil de hacer como de decir —suspiró Cruz—. Cambiemos de tema, por favor... Y ¿dices que te empotró contra la pared y te lo hizo en plan salvaje? —apuntó mirando a Eva. Ésta asintió—. Y ¿no te chafó la espalda?

—¡Qué va! Es todo un experto. Se da una maña que ni te imaginas.



Domingo, 18 de septiembre de 2016

Cruz comprobó que el bizcocho de zanahoria estuviera hecho, lo sacó del horno y, mientras se enfriaba, mezcló en un bol la mantequilla, el queso crema y el azúcar glas hasta conseguir una textura homogénea. Luego desmoldó el bizcocho y lo cubrió con la cobertura que acababa de hacer. Observó su obra con ojo crítico. Era la tarta favorita de Bruno, casi se podía decir que se moría por ella. Y había quedado perfecta. La dejó en la encimera para que se enfriara. Esa noche le pondría unas velas para que su chico las soplara.

Sin nada más que hacer, se sentó en el sillón, cogió el móvil y miró por enésima vez en esa mañana el whatsapp. Tal y como esperaba, Bruno no le había mandado ningún mensaje. Era relativamente pronto, apenas las doce. Lo más probable era que se hubiera quedado hasta las tantas de juerga con su familia, por lo que ahora estaría durmiendo como un angelito. Además, era una estupidez que le enviara ningún mensaje si iban a verse por la noche.

—¡No es ninguna estupidez! —gruñó tirando el móvil sobre la mesa—. Ni siquiera sé a qué hora va a llegar.

Porque no se lo había dicho.

Bruno no había considerado necesario responderle con una hora específica cuando Cruz la había preguntado por su regreso. Sólo le había dicho que por la noche. Pero la noche era un término muy ambiguo. El sol desaparecía poco después de las ocho de la tarde y no volvía a salir hasta el día siguiente. Eso eran unas cuantas horas para estar esperándolo entre suspiros, como una tonta enamorada del hombre equivocado.

Saltó del sillón y se dirigió a la cocina, se comería la tarta él solito. En ese mismo momento. Sin esperar a Bruno. No se lo merecía.

Cogió un cuchillo y lo alzó para hundirlo en el pastel cual psicópata asesina. Pero no lo clavó. Lo había hecho para Bruno, porque era su favorito. Y eso era lo único que importaba. Lo tapó y volvió al comedor.

Era de idiotas esperar que un hombre tan joven y guapo como Bruno, con

mil «entretenimientos» a su alrededor —todos ellos igual de jóvenes y guapos que él—, estuviera pendiente de escribirle un mensaje para hacerle sentir mejor cuando ni siquiera sabía que se sentía mal. Al fin y al cabo, no era adivino, y él se había cuidado mucho de dejarle ver cuánto le dolía que lo dejara de lado como si fuera un fardo viejo e inútil del que se avergonzaba.

—La verdad es que eso es lo que eres, un maricón viejuno y con mucha pluma —musitó secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. ¡Deja de decir tonterías! En realidad, Bruno no te elimina de su vida, sólo le oculta tu existencia a su familia. Deberías dejar de ser tan egoísta y entenderlo —se regañó.

Suspiró, cada quien tenía el derecho de elegir cuándo quería salir del armario. Y él no era nadie para obligarlo a hacerlo. Encendió la tele sin ánimo de verla y subió el volumen para evitar seguir hablando solo, como si estuviera loco.

—Loca por él...

Se repantigó en el sillón e hizo zapping, buscando algo interesante en los tropecientos canales de la televisión. Cuando por fin lo encontró, sonó el timbre.

—Maravilloso, sólo yo tengo tanta suerte —masculló levantándose para abrir.

Seguro que serían Eva, Vicenta o Gala, o incluso las tres a la vez, para obligarlo a comer con alguna de ellas. Las chicas tendían a mostrarse en exceso protectoras con él.

Abrió la puerta sin asomarse antes a la mirilla y se quedó petrificado.

—¿Qué haces aquí? —jadeó mirando de arriba abajo al hombre que estaba frente a él.

—Te echaba de menos y decidí volver pronto. —Bruno esbozó una satisfecha sonrisa. Le encantaba sorprender a su chico.

—¿Y tu familia?

—Les dije que tenía trabajo pendiente y me vine —comentó él guiñándole el ojo—. Bueno, ¿me vas a dejar pasar o no?

—Sí, claro. Disculpa.

—¿Eso que huelo es tarta de zanahoria?

Cruz asintió, observándolo hechizado. A pesar del desaliño propio del viaje, estaba guapísimo. Alto y delgado, con un cuerpo de infarto que se curraba cada día en el gimnasio. El pelo a capas, alborotado como si acabara de levantarse, barba de dos días y un pendiente en la oreja izquierda. Estaba para comérselo ahí parado frente a él, con esa mirada pícara.

—No sé si te estás lamiendo los labios por las ganas de hincarme el diente a mí o al sushi —comentó burlón dejando la maleta junto al sillón y una bolsa en la mesa.

Cruz abrió unos ojos como platos al percatarse de que la bolsa tenía el logo de su restaurante japonés favorito.

—Voy a sentirme ofendido si sigues mirando así la bolsa, casi parece que la deseas más que a mí —lo acusó Bruno burlón, acorralándolo contra la pared para besarlo—. Así me gusta más —susurró acariciándole la incipiente erección por encima de los vaqueros—. Te traigo una sorpresita.

Se apartó de él y le tendió un sobre.

Cruz, aún perplejo, lo abrió, exhalando un jadeo al ver su contenido.

—¿Son de verdad? —murmuró sacando las dos entradas para el musical de *El rey león*, en palco y para ese domingo.

—Por supuesto —replicó Bruno con una burlona sonrisa.

Cruz enarcó una ceja con incredulidad. Había intentado comprarlas cuando supo que iba a pasar solo ese fin de semana, y no había encontrado ni una sola butaca libre.

—¿Cómo las has conseguido? Llevan agotadas más de una semana —musitó.

—No para mí. Un colega del director de escena me debía un favor y le pedí que me lo pagara consiguiéndomelas —dijo Bruno encogiéndose de hombros.

Cruz lo miró anonadado.

—Pero... ¿cómo sabías que quería ir? —Nunca se lo había dicho. ¿Para qué? Bruno aborrecía los musicales.

—Usaste mi ordenador para intentar comprarlas. Y, como haces siempre, no cerraste la página, así que, cuando me senté a trabajar, lo vi y sólo tuve que sumar dos y dos —explicó.

Cruz abrió unos ojos como platos, asombrado de que hubiera prestado atención a lo que buscaba en su ordenador; también porque se hubiera molestado en pedir un favor para darle el capricho. Y, sobre todo, porque había dos entradas y Bruno...

—Pero tú odias los musicales —comentó mirándolo pasmado—. Es tu cumpleaños y vas a acompañarme a... —farfulló perplejo.

—En realidad, mi cumpleaños fue ayer... y lo pasé lejos de ti —dijo Bruno con una seriedad inusitada en él—. Ni siquiera te enfadaste porque te dejara tirado para ir con mi familia. Eres maravilloso. —Lo besó, y sus labios sabían a culpabilidad—. Además, no me importa estar a tu lado dos horas en un teatro, pienso pasar toda la función metiéndote mano —afirmó con voz ronca—. Te eché mucho de menos ayer. —Le masajeó la entrepierna.

Cruz gimió, dejándose hacer cuando lo empujó hacia el dormitorio y lo tumbó en la cama. Jadeó excitado cuando comenzó a lamer cada trozo de piel mientras lo desnudaba, y no opuso resistencia cuando le dio la vuelta, le separó las piernas y se colocó entre ellas.

Desde luego que la culpa era un potente afrodisíaco.

6

Dicen que las pistolas las carga el diablo. Yo no estoy de acuerdo. En absoluto. Lo que carga el diablo, y muy a mala leche, por cierto, son los ordenadores. Si no, ¿a cuento de qué dejan de repente de funcionar? Así, porque les sale de los cojones, sin que nadie les haya hecho nada. Y eso cuando no les da por hacer lo contrario de lo que tú necesitas. «¿Quieres cargar este programa?, pues te jorobas, querida, porque voy a cargar este otro.» Los muy puñeteros saben exactamente cuándo te pueden fastidiar más, y justo en ese momento se apagan de repente, sin que hayas guardado aquello en lo que llevabas horas trabajando.

Hay quien dice que tienen duendes. ¡Y una mierda! No tienen duendes. Tienen diablos dentro. Diablos sádicos y desalmados que se divierten jodiendo la marrana. Es más, estoy segura de que el infierno no es el lugar abrasador que cuentan, sino una oficina fría y estéril con miles de ordenadores colocados sobre mesas blancas y anodinas. Y lo único que tienes que hacer para subir al cielo es realizar un trabajo con uno de ellos. Pero ninguno funciona bien. Todos se apagan, hacen fundidos en azul o no cargan las páginas.

¿Se os ocurre una tortura peor que ésa? Pasar toda la eternidad intentando hacer funcionar una máquina diabólica creada para volverte loco...



Miércoles, 21 de septiembre de 2016

Adán observó de refilón a su abuela, a Mercedes y a Félix. Estaban sentados a la mesa del comedor y fingían jugar a las cartas, pero, por sus susurros airados y sus gestos burlones, intuía que se estaban poniendo al día de lo que acontecía en la comunidad. Tal vez incluso estuvieran preparando alguna venganza a la última entrega de Eva. Sonrió al recordar los calcetines... y lo que llegó después. Se llevó la mano a la entrepierna y tiró de los pantalones para acomodar la erección que había surgido por el recuerdo.

Miró el monitor, llevaba un par de semanas haciéndose pasar por un veterano universitario para infiltrarse en una web privada manejada por ellos en la que, según una denuncia, colgaban vídeos de las brutales novatadas que hacían. Aún no tenía permiso para entrar, pero no tardaría mucho en conseguirlo. Y entonces les pasaría todos los enlaces que encontrara a sus compañeros para que procedieran con las denuncias pertinentes. Quién sabía, tal vez con un poco de suerte una o dos llegaran a buen puerto y acabaran con la detención de alguno de esos cabrones.

Se frotó los ojos y apagó el ordenador; ya seguiría más tarde, ahora iba a aprovechar que su abuela estaba acompañada para salir un rato. Dentro de una semana tocaba la siguiente sesión del ciclo y, después, necesitaría tres o cuatro días de reposo para recuperar las pocas fuerzas que tenía. Lo que significaba que no podría dejarla sola ni faltar mucho tiempo de casa.

Fue a su dormitorio, se cambió de ropa y se guardó dos condones en el bolsillo de los vaqueros antes de marcharse de nuevo.

—Abuela, voy a dar una vuelta. Volveré dentro de un rato.

—¿Vas a salir del edificio? —le preguntó Dolores perspicaz, fijando sus viejos y sabios ojos en él.

—Creo que los dos sabemos que no —replicó él antes de encaminarse al descansillo. ¡Condenada mujer, no se le escapaba ni una!

Bajó la escalera con impaciencia. Había coincidido con la Borrego todas las tardes de esa semana. O, mejor dicho, había provocado que coincidieran al bajar a su abuela con las monjitas a la misma hora que Eva cuidaba de las niñas en la plaza. Se había apoyado en la pared, junto al banco del Lector en

el que ella se sentaba, y habían charlado de cualquier tontería. Y ella no había dejado de sorprenderlo en ningún momento. Era una mujer inteligente e inquieta que había viajado muchísimo y tenía mil anécdotas que contar sobre los países que había visitado. Era ocurrente y divertida, atrevida y descarada, y tenía tendencia a ser brutalmente sincera, algo que, aunque agradecía, también lo incomodaba, pues no tenía filtros a la hora de exponer sus opiniones. Incluso si el objeto sobre el que opinaba era él mismo. Se tocó la barbilla y una sonrisa se dibujó en sus labios. Eva le había dicho, sin que viniera a cuento, que le resultaba fascinante que la barba no le recorriera la mandíbula de forma continuada, sino que se cortara al terminar la barbilla, desapareciendo para luego nacerle más espesa y subir hasta sus patillas.

«Me excita imaginar que cabalgo sobre esa polla enorme que ocultas bajo los vaqueros mientras te mordisqueo la barba, o, mejor dicho, la ausencia de ella. Pero, claro, a mí me gustan los hombres defectuosos, imperfectos. Así que no dejes que eso te suba el ego: tu barba calvorota tal vez no sea tan erótica para otras mujeres», le soltó, para luego comentarle que cuando envejeciera se compraría una moto para desplazarse por Madrid sin cansarse.

Lo había dejado petrificado y sin saber qué decir. ¿Cómo podía cambiar tan de repente de tema y, aun así, despertar tanto su interés y su libido? Era una locura. Pero lo cierto era que estaba deseando verla. A solas. Palpó los condones que llevaba en el bolsillo. Mercedes y Félix no se irían hasta las nueve, lo que le dejaba unas horas para usarlos.

Frunció el ceño. Tendría que haber cogido alguno más, Eva lo excitaba tanto que tal vez necesitara más de dos polvos para saciarse.

Llamó al timbre. Le respondió un gruñido tal que incluso pensó que había adoptado un perro. Uno muy fiero. Esperó unos segundos y, al ver que no abría, volvió a llamar.

En esta ocasión, el grito y las palabrotas que éste contenía fueron claramente audibles.

La puerta se abrió antes de que tuviera tiempo de pensar en una estrategia para el caso de encontrarse con la niña de *El exorcista* en lugar de con Eva.

—¿Qué coño quieres?! —gruñó ella antes de reconocerlo—. Ah, eres tú. Pensé que sería alguno de los tipos que me envía tu abuela. Aún no he recibido

su revancha por los calcetines y se me hace raro que tarde tanto —explicó.

—Le diré que se dé prisa en vengarse —replicó Adán burlón, mirándola de arriba abajo.

Estaba claro que no lo esperaba, porque había salido con las gafas puestas y el moño medio deshecho, vestida sólo con una camiseta que rezaba: NO SOY UNA PRINCESA, SOY UNA *KHALEESI* Y ESTOY CABREADA. ¡CUIDA TUS PELOTAS!

—Lo siento, machote, pero hoy no estoy sociable. Mejor te largas antes de que me convierta en una arpía rabiosa y te ataque, convirtiéndote en mujer. Lo cual sería una pena, porque estoy segura de que otro día querré follarte, y, claro, sin tu juguete eso es imposible —soltó de un tirón antes de cerrarle la puerta en las narices.

Adán parpadeó perplejo y volvió a llamar. Hacía menos de dos horas que habían estado en la plaza charlando, y ella estaba tan feliz y dicharachera como siempre. Algo grave había tenido que pasar para que cambiara tanto de humor.

—Pero ¡bueno! ¿Qué parte no has entendido? —siseó Eva abriéndole rabiosa.

—Tranquila, sé protegerme para que nadie me arranque la polla —afirmó él, empujando la puerta para entrar—. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás tan cabreada?

—Me han jodido la vida —musitó ella haciendo un puchero.

—¿Quién? —gruñó Adán amenazante. Fuera quien fuese el hijo de puta que le había hecho daño, se lo iba a hacer pagar. Con creces.

—El ordenador.

Él la miró aturdido, la furia disipándose con la misma rapidez que había aparecido.

—¿Perdona?

—Se ha rebelado. Queda poco tiempo para las oposiciones y tengo miles de test que hacer y un montón de apuntes que estudiar colgados en la página de la academia a distancia. Y el muy cabrón se niega a hacerme caso.

—¿Quién se niega a hacerte caso? —murmuró Adán sin entender.

—El ordenador.

—Oh, vaya. Seguro que tiene solución —comentó divertido por tanto dramatismo.

—No la tiene. Está a punto de morir. Dudo que le queden dos minutos de vida antes de explotar en mil pedazos.

—¿Y eso? —Adán frunció el ceño preocupado. Los ordenadores no solían estallar—. ¿Sale humo por los huecos de los ventiladores o huele a quemado?

—No.

—Entonces ¿por qué crees que va explotar?

—Porque estoy a punto de tirarlo por la ventana y vivo en un tercero —explicó Eva.

Adán la miró asombrado antes de apretar los labios para contener una carcajada. Sólo ella podía decir una cosa así tan seria y decidida.

—Lo voy a hacer —dijo Eva amenazante.

—Deja que intente arreglarlo —sugirió él—. Y, si no lo consigo, te ayudaré a inmolarlo.

—¿Sabes algo de ordenadores? —Lo miró esperanzada.

—¿Qué le pasa? —fue la respuesta de Adán.

—Se queda colgado, no me abre los programas, de repente se pone la pantalla azul y se apaga —detalló ella—. ¿Puedes arreglarlo?

—¿Dónde lo tienes?

—En el salón. —Le señaló la última puerta del pasillo.

Adán enfiló hacia allí, sorprendido por lo distinta que era esa casa de la de su abuela. Era mucho más pequeña y estaba en penumbra, pues al no tener ventanas al exterior, la escasa luz del final de la tarde apenas entraba desde el patio. Y, sin embargo, parecía mucho más luminosa que la suya. Más llena de vida. Cada pared estaba pintada de un color distinto, aunque coordinados unos con otros. En las del pasillo, alguien había pintado representaciones de algunos de los países que ella había visitado. Eran pinturas muy sencillas, apenas unos trazos, pero certeras y contundentes, que detallaban con precisión cada objeto dibujado.

—¿Quién los ha pintado? —preguntó señalando la torcida torre de Pisa.

—Yo. Cuando regresé a casa, tenía mucho tiempo libre —dijo Eva a modo de explicación.

—Pintas muy bien.

—No, pero me quedan chulos —afirmó antes de entrar en el salón. Éste estaba lleno de libros. Allí donde mirara había libros. En las estanterías, sobre la mesa, en el mueble, formando columnas en el suelo—. Mi abuela era una gran lectora y yo heredé su afición.

Señaló una antigua mesa de comedor ubicada en el extremo opuesto al mueble, el sofá y los sillones. En ella estaba el ordenador, junto a varios cuadernos escritos con una elegante caligrafía y un enorme libro de texto. Adán lo cerró para leer la portada y arqueó una ceja.

—Oposiciones —dijo ella—. Voy a ser funcionaria.

—Ya veo que tienes claro tu futuro.

—Sí, yo lo tengo clarísimo, pero mi ordenador no, se ha colgado y eso le va a costar la vida, a no ser que me digas que sabes arreglarlo —masculó Eva, esperando que esta vez sí le respondiera, a ser posible con un: «Sí, tienes ante ti a un puto genio de los ordenadores».

—Puede ser. —Adán encendió el aparato. Aunque trabajaba con ellos, su faena no consistía en arreglarlos. Y no sabía si podría hacerlo, aunque esperaba que sí, pues tenía cierta experiencia devolviéndolos a la vida. Le apasionaban tanto que pasaba sus escasos ratos libres enredando con ellos—. Normalmente, los pantallazos azules se deben a algún *driver* defectuoso. Sólo es cuestión de encontrarlo. ¿Se enciende en modo seguro? —preguntó. Eva se encogió de hombros. No tenía ni idea de qué le estaba hablando—. Iré a la *bios* para comprobar que...

Ella lo miró como si estuviera hablando en chino y enfiló hacia la cocina para volver con una cerveza para él y un refresco para ella. Adán la agarró y dio un sorbo con la mirada fija en el ordenador. Estuvo unos minutos trasteando con él y de repente se levantó y se fue de la casa. Sin explicaciones ni despedidas.

—Joder, no sé qué narices tienes, pero lo has acojonado —acusó Eva al aparato, mirándolo con temeroso respeto.

Unos minutos después, el timbre volvió a sonar. Abrió la puerta y allí estaba Adán con un maletín de herramientas. Entró directo en el comedor, lo dejó sobre la mesa y lo abrió. Contenía cientos de CD, DVD, *pendrives* y más

de una docena de antiquísimos disquetes. Todo muy bien ordenado. Sacó varios CD, leyó pensativo lo que había escrito en ellos y se decidió por uno, que metió en la disquetera del portátil. Lo encendió, pulsó F8 y, cuando le salió una pantalla negra con letras en gris, tecleó algo y la pantalla cobró vida.

En ese momento, Eva se apartó mareada por la velocidad a la que pasaban los caracteres, porque eso no eran palabras. Al menos, no en un idioma normal. Se sentó en el sillón y, puesto que ni podía ayudarlo ni debía entretenerlo con su cháchara, decidió aprovechar el tiempo estudiando.

—El pantallazo azul ya está solucionado —comentó Adán un buen rato después, haciendo que levantara la cabeza—, pero no iba lento por eso, sino porque lo tienes petado de virus que te están robando recursos. También tienes varios programas machacados y te vendría bien desfragmentar el disco duro y hacer una partición. Creo que puedo... —Y, cual muñeco que se queda sin pilas, volvió a sumirse en el silencio mientras elegía varios CD.

Eva lo miró atenta, por si volvía a darle el arrebató y comenzaba a hablar otra vez. No fue así, por lo que bajó la vista al libro y continuó estudiando. O, al menos, lo intentó. Estuvo casi una hora tratando de entender el aburrido tema, pero sus ojos se alzaban una y otra vez para fijarse en el hombre que trabajaba en silencio frente a ella. Estaba tan absorto que ni siquiera se había bebido la cerveza, que continuaba sobre la mesa, tibia y sin gas.

En esos días se había dado cuenta de que, a pesar de la apariencia seria y contenida que mostraba al mundo, en realidad Adán era un hombre con un agudo sentido del humor, amable y atento con su abuela, aunque a veces se comportaba con un ácido cinismo cuando hablaba con ella. También tenía una capacidad de atención inusual. Nada se le pasaba por alto, ya fuera en una conversación intrascendente como en lo que lo rodeaba. Siempre parecía saber dónde estaba cada niño, cuándo salía su abuela de la capilla y hasta el tiempo que los coches se paraban en la costanilla de San Andrés.

No era un hombre de risa fácil, quizá por eso la fascinaba tanto cuando lograba sorprenderlo, algo que no era sencillo, y arrancarle una carcajada. Entonces todo cambiaba. Sus rasgos duros se transformaban, iluminándole la cara. Cerraba los ojos y su boca se abría en una amplia risa; las comisuras de sus ojos se arrugaban mientras sacudía la cabeza risueño y se golpeaba los

muslos con los puños. Todo él se iluminaba cuando reía. Y ella no podía evitar sentirse fascinada con la pasión que mostraba sin ser consciente de ello.

Dejó el libro en la mesa y se tumbó boca abajo en el sillón, los codos hincados en el asiento y la cabeza apoyada en la base de las manos mientras lo contemplaba sin disimulo.

Estaba concentrado en el monitor, tenía los labios apretados, la cabeza inclinada y los ojos entornados. Giró la cabeza para buscar algo en la caja de herramientas y Eva observó hechizada la curva de su nariz aguileña, más evidente que nunca porque la luz de la pantalla le daba de refilón. A otra persona le habría afeado esa nariz ancha y curvada, pero a él le imprimía carácter, al igual que las arrugas que surcaban su frente y brotaban del rabillo de sus ojos. Lo vio frotarse la barbilla pensativo para luego comenzar a teclear. Y quedó prendada de sus manos. Eran rudas y masculinas, con una ligera capa de vello oscuro en el dorso. De dedos largos y delgados. Y ágiles. Mucho. Volaban sobre el teclado como si estuvieran acostumbrados a pasar horas escribiendo en él.

Eva curvó la boca en una pícara sonrisa al preguntarse si tendría esa agilidad digital para ejecutar otros trabajos más placenteros. Se imaginó esos fuertes dedos colándose bajo las braguitas rosa que llevaba y deslizándose acariciantes sobre su sexo. Apretó los muslos excitada, y un ramalazo de placer la recorrió. Deslizó una mano bajo sus pechos y se acarició los pezones hasta convertirlos en duros guijarros mientras su vagina se humedecía por el violento deseo que él le provocaba.

Adán acabó de teclear la última instrucción y pulsó «Enter». El ordenador protestó durante unos segundos, pero acabó abriendo el programa que acababa de instalar. Estaba casi arreglado, pero aún le quedaban un par de cosas más por comprobar y reparar. Miró la hora en la esquina inferior derecha y abrió los ojos sorprendido. Pasaban diez minutos de las nueve. Félix y Mercedes debían de estar a punto de irse, si no lo habían hecho ya. Eran, al igual que su abuela, animales de costumbres. Y su costumbre era cenar a las nueve y media. ¡Dios castigara a quien los retrasara!

—Le faltan algunas cosas para funcionar bien, pero no puedo quedarme más tiempo, tengo que subir a hacer la cena. ¿Te importa si me lo llevo para

acabar de arreglarlo en casa? —comentó apagándolo.

—Adelante. Todo tuyo. ¿Crees que estará terminado en esta semana?

Adán arqueó una ceja ofendido.

—Estará listo mañana a mediodía —afirmó mientras guardaba lo que había usado—. He aislado la zona dañada del disco duro, bloqueándola, así que por ese lado no nos dará más problemas. También he cambiado la configuración de...

Eva dejó de atender a su explicación. No se enteraba de nada y, la verdad, tampoco le interesaba mucho. Había otras cosas más atrayentes en las que poner su atención, como, por ejemplo, sus labios. Le estaban dando unas ganas tremendas de lamerlos y mordisquearlos mientras se movían creando palabras que ella no entendía.

—Eres consciente de que no entiendo nada de lo que me estás contando, ¿verdad? —comentó de repente. Se levantó del sofá y caminó con felina sensualidad hacia él.

Adán interrumpió su monólogo, observándola desconcertado.

Ella se sentó a horcajadas sobre su regazo y comenzó a moverse sinuosa, frotando su entrepierna contra la de él. Sonrió al sentirlo endurecerse. Bajó la cabeza y le atrapó el labio inferior entre los dientes. Tiró con delicada brusquedad y luego se lo chupó lasciva antes de meterle la lengua en la boca.

Adán gruñó. La agarró por la cintura, atrayéndola hacia él, y le sujetó la nuca con la mano libre mientras le devolvía el beso con salvaje intensidad. La besó a conciencia. Sin dejar un solo rincón de su boca por saborear. Cuando se separaron estaban jadeantes. Y muy excitados. Deslizó la mano bajo la camiseta de ella y ascendió por el costado hasta llegar a sus preciosos pechos. Abarcó uno con la palma y lo amasó excitado.

Eva gimió al sentirlo jugar con su pezón y arqueó la espalda pegándose más a él, diciéndole sin palabras que no dejara de tocarla. Y Adán movió los dedos con avidez sobre el erizado pezón. Lo hizo girar entre el índice y el pulgar, mandando destellos de placer a su sexo, volviéndola loca. Ella le chupó la lengua y se meció sobre su regazo, buscando aplacar el ardor que parecía consumirle la vagina. Era como si sus pechos y su clítoris estuvieran unidos por un hilo invisible del que sólo él sabía tirar.

Apretó los dientes y se restregó con más fuerza contra su dura erección.

Adán exhaló un fiero gemido al sentirla frotarse contra él. Lo estaba poniendo cardíaco. Le subió la camiseta con movimientos febriles, necesitaba probar sus pechos. Cuando por fin pudo verlos, se le secó la boca. Erguidos y llenos, coronados por pezones sonrosados y puntiagudos, eran del tamaño perfecto para su mano. También para su boca. Se inclinó para saborearlos.

Eva se aferró a su pelo cuando atrapó uno de sus pezones entre los dientes. Se estremeció de placer cuando tiró de él para luego calmarlo con la lengua. Su vulva se humedeció, hinchándose y abriéndose para él. Comenzó a mecerse frenética contra la rígida polla; tan caliente que un solo roce en el lugar apropiado la haría volar.

Él notó la violenta cabalgada, ¡como para no hacerlo!, y supo lo que significaba.

—Ah, no, bonita, no te vas a correr sin mí —acertó a decir pese a su respiración agitada.

La apartó de su regazo, sentándola en la mesa, y se desabrochó nervioso el pantalón.

Eva saltó al suelo y se arrodilló entre sus piernas. Deslizó las manos por los duros muslos, arañando con las uñas los vaqueros, mientras él se la sacaba. Se le hizo la boca agua al verla tan dura y gruesa. Se inclinó y siguió con la lengua las venas que la surcaban.

Adán se estremeció al sentir sus labios envolviéndole el glande. Eva se lo comió con desesperación, chupándose como si estuviera untado en miel y quisiera dejárselo bien limpio. Hundía la lengua en la abertura de su polla y se la follaba para luego succionarla como si quisiera vaciarlo. Y, si seguía así, no tardaría en conseguirlo. Tenía que pararla o sería él quien se correría sin esperar a metérsela. Sacó el condón del bolsillo y, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, la agarró del moño y la obligó a apartarse.

—Si sigues así, no vas a poder disfrutarla —le advirtió poniéndose el preservativo.

Eva sonrió lasciva y volvió a sentarse a horcajadas sobre su regazo, después se la agarró con ambas manos y la colocó en la entrada de su vagina. Descendió despacio, empalándose en ella y arrancándoles un gemido a ambos

cuando se la metió hasta el fondo.

Adán apretó los dientes, le aferró el culo y alzó las caderas, acompasando sus movimientos con ella mientras lo montaba. Le hundió los dedos en la grieta entre las nalgas, acariciantes, y cuando dio con el fruncido ano, insertó la yema del índice y tiró.

Eva exhaló un jadeo de puro gozo.

Él la silenció con un ardiente beso y volvió a repetir la jugada, hasta que la sintió estremecerse. Entonces llevó la otra mano a su sexo y comenzó a acariciarle el clítoris.

Ella gimoteó ante el gustoso ataque. Sus movimientos se tornaron bruscos y desesperados, fuera de control.

Adán la ciñó por la cintura cuando ella se dejó caer hacia atrás vencida por el placer. La sostuvo y alzó las caderas, follándosela duro mientras ella gritaba por el intenso orgasmo. Cuando cesó de estremecerse, la pegó a su pubis, penetrándola por completo. Empujó un par de veces más antes de emitir un grave gruñido y quedarse inmóvil, sosteniéndola desmadejada en su regazo.

—Joder —siseó pasados unos segundos, cuando su respiración volvió a ser casi normal.

—No cabe duda de que sabes hacer gritar a una mujer —murmuró Eva, deslizando la lengua sobre la oreja masculina.

Adán se estremeció cuando le atrapó el lóbulo con los dientes y succionó. Y, a modo de venganza, bajó las manos hasta abarcar el tentador trasero de ella. Lo amasó libidinoso mientras la besaba. Hundió un dedo entre las nalgas a la vez que le hundía la lengua en la boca. Presionó con el dedo el orificio prohibido y Eva apretó las paredes de su vagina contra su polla.

Adán jadeó sorprendido al sentir que volvía a endurecerse. ¿Qué narices había pasado con el período de refracción? Se suponía que no podía tener otra erección hasta pasado un buen rato.

—Si seguimos así, voy a follarte otra vez —gruñó al tiempo que ladeaba la cabeza para darle acceso a su cuello.

—¿Tienes otro condón a mano? —susurró Eva en respuesta antes de morderlo.



Dolores apartó la vista de la sartén cuando oyó abrirse la puerta y luego echó las judías verdes sobre el ajo que se doraba en el aceite.

—¿Ya se han ido Mercedes y Félix? —comentó su nieto, entrando presuroso en la casa—. ¿Por qué estás haciendo la cena?

Dolores lo miró de arriba abajo. Estaba despeinado y sonrojado, tenía la respiración agitada, los labios hinchados y la ropa arrugada y descolocada.

—La estoy haciendo porque son las diez y media de la noche y tengo hambre —le espetó enfadada.

Era evidente que había estado haciendo... gimnasia de cama con la Borrego. ¿Acaso no se daba cuenta de que no era la mujer adecuada para él?! ¡Le haría daño!

—Sí, bueno. Me he despistado. —Adán entró en la cocina para ocupar el lugar de su abuela.

—Lo que yo creo es que te han despistado —masculló ella, dándole un codazo para que se apartara.

Él resopló al oírla, pero decidió no contestar. Lo último que le apetecía en ese momento era tener una bronca.

—Anda, déjame acabar de hacerla a mí. —Intentó agarrar la sartén.

—¡Estoy enferma, no paralizada! No necesito la ayuda de ningún mocoso insolente —le increpó ella enfadada—. Haz el favor de ir a ducharte, apestas a... mujer.

—Sí, ¿verdad? He pasado un rato agradable con una. Lo siento si te molesta, pero en contra de lo que parece creer, de vez en cuando también necesito distraerme un poco —siseó él antes de salir enfadado.

Dolores apretó los dientes y volcó toda su furia en remover las judías verdes. Luego apagó el fuego y se dirigió agotada al comedor. Hacer cualquier trabajo, por mínimo que fuera, le costaba muchísimo esfuerzo.

Cuando Adán salió de la ducha, se la encontró sentada en el sillón orejero, con los ojos cerrados, la cabeza caída y las manos cruzadas en el regazo. Se acercó preocupado al verla tan quieta y posó la mano sobre la arrugada frente.

Dolores abrió los ojos desorientada.

—Me he quedado traspuesta —musitó buscando su bastón.

Adán se lo tendió, la ayudó a levantarse y la dejó sentada a la mesa. Luego puso los manteles individuales y sirvió las judías verdes en los platos.

—No las mires como si fueran estiércol —lo reprendió su abuela.

Él resopló enfurruñado, removiéndolas. Llevaba más de veinte años sin comer judías verdes. Las odiaba desde que era un crío. Y por eso su abuela se las había hecho para cenar, como venganza por haberla dejado de lado para echar un polvo, no, dos polvos, con Eva. Joder, merecía la pena comer judías verdes con tal de estar dentro de ella.

Se levantó, fue a la cocina y regresó con un bote de tomate frito, que volcó casi entero sobre el plato. Cualquier cosa con tal de disfrazar el sabor de tan asquerosa verdura.

—La Borrego te ha agarrado fuerte —masculló Dolores, separando el ajo de las judías.

—No tienes idea de cuánto —replicó Adán, esbozando una burlona sonrisa.

Ella dio un respingo al oírlo. Mozalbete insolente..., ¿acaso se creía que no entendía el doble significado de sus palabras? Sopló disgustada y comenzó a cenar en silencio. No merecía la pena hablar con su nieto cuando estaba en ese plan.

—Ha llamado tu padre —comentó un rato después, cuando se estaban tomando el postre. Adán levantó la mirada de la manzana que pelaba—. Quería saber qué tal estoy. También ha preguntado por ti. Quiere hablar contigo sobre un puesto vacante...

—No me interesa —la interrumpió él.

—Tendrás más posibilidades de ascenso si...

—No me interesa ascender en nada que tenga que ver con él.

—Pues llámalo y díselo.

—No me apetece hablar con él —dijo Adán, harto de su insistencia.

—Claro que no, nunca te apetece hablar con él —le espetó Dolores.

—Creo que el sentimiento es mutuo —replicó su nieto con voz calmada—. Si le interesara hablar conmigo, no te llamaría a ti, sino mí. Tiene mi número de móvil; que lo marque. Si no lo hace es porque no le sale de las narices.

—O porque sabe que, en cuanto diga la primera palabra, te pondrás a la defensiva y acabaréis discutiendo —señaló ella—, así que me lo dice a mí para que te lo transmita, como si eso sirviera de algo —resopló frustrada—. Siempre me toca actuar de intermediaria entre tú y tu padre.

—Porque te encanta alcahuetear —replicó cortante Adán.

—Porque soy la única con la que no montas en cólera —lo corrigió ella enfadada—. O, mejor dicho, era, porque desde que estás enajenado con la Borrego, hasta a mí me gritas.

—No metas a Eva en esto —masculló él enfadado.

—Te hará daño, Adán. No es buena para ti.

—¡Qué sabrás tú lo que es bueno para mí!

—Desde luego, no creo que sea buena para ti una mujer que no tiene reparo en meterse en la cama con un hombre al que acaba de conocer, porque eso es lo que ha hecho contigo, ¿o no?

—Somos adultos, abuela, no niños. Y tampoco estamos en tu época, no tenemos que estar casados para fo... para dormir juntos —se corrigió, pensando divertido en lo impropio de ese eufemismo; aún no les había dado tiempo a llegar a la cama, menos aún de dormir.

—Vosotros no dormís juntos, copuláis. Sin cariño, sin amor, sólo por placer.

—Es la mejor manera de hacerlo —replicó él socarrón.

—No voy a seguir con este tema, ya veo que estás cegado por ella. —Alzó la barbilla muy digna—. Sólo espero que no te moleste cuando te cambie por otro sin pensarlo mucho.

Adán sonrió burlón.

—Ríete, que quien ríe el último ríe mejor —bufó Dolores—. Ya vendrás llorando, ya.

—Por favor, abuela, no seas niña. Entiendo que Eva no te caiga bien, al fin y al cabo, lleváis en guerra toda la vida, pero de ahí a inventarte que tiene varios amantes va un trecho.

—¡Yo no he dicho que tenga varios amantes! —exclamó ella ofendida. Pilar, por muy liberal que fuera, sabía dónde estaban los límites, y había educado a su nieta en el respeto y la responsabilidad—. Sólo digo que está

rodeada de depravación en ese antro en el que trabaja, y que para ella es normal cambiar de pareja como de sujetador. Te usará y luego te dejará antes de que te dé tiempo a decir *amén*. ¡Jamás se comprometerá en serio contigo!

—¿Crees que no quiere una relación seria y por eso estás tan enfadada? — La miró sorprendido.

¡Qué poco lo conocía! Era él quien no quería compromisos. Con echar algún polvo que otro ya le iba bien. Nada le apetecía menos que liarse con nadie, tenía demasiado aprecio a su libertad como para meterse en relaciones que jamás llegaban a buen puerto.

—No lo creo, lo sé. Es una libertina que no atiende a las razones del amor, sólo a las del placer. En el antro en el que trabaja enaltecen ese tipo de relaciones, por lo que está acostumbrada a esa estupidez del amor libre, igual que su madre. De hecho, su jefe es un antiguo amante de Mari Mar. A saber si Eva no se ha acostado también con él —masculló Dolores.

—¡Deja de decir tonterías! —estalló Adán, sorprendiendo a su abuela, pero aún más a sí mismo, con su repentino arranque—. Además, me da lo mismo lo que haga o deje de hacer. No tenemos una relación, abuela, sólo follamos. Puede acostarse con quien le dé la gana —exclamó levantándose de la mesa enfadado.

Dolores lo observó aturdida mientras salía del comedor. ¿Qué le había dicho para que saltara así, usando un vocabulario que jamás en la vida había usado con ella? Dio un respingo cuando oyó el fuerte portazo con el que cerró el dormitorio.

Desde luego que esa reacción no era normal en su imperturbable nieto. Si hasta parecía que le había dado un ataque de celos. Abrió los ojos asustada por lo que implicaba esa posibilidad. No era posible. Eva no era la mujer adecuada para él. Era demasiado independiente y resuelta. Demasiado liberal y moderna. Sería una esposa pésima. Y su nieto ya tenía un divorcio a sus espaldas.



Viernes, 23 de septiembre de 2016

—*Nosdías* —farfulló Eva, más dormida que despierta, al cruzarse con un hombre en la escalera.

Él sacudió la cabeza a modo de saludo sin molestarse en contestar o pararse; al contrario, continuó subiendo presuroso mientras miraba al lado contrario al que estaba ella.

«¿Adónde iré a estas horas?», se preguntó Eva sin prestarle mucha atención mientras se apoyaba en la pared del rellano y bostezaba muerta de sueño. Eran las siete de la mañana, aún no había amanecido, y su cama, todavía calentita y mullidita, estaba esperándola. Se estiró empujando la espalda contra la pared, se frotó los ojos para quitarse las telarañas que le impedían abrirlos del todo y, agarrándose a la barandilla, se obligó a continuar su esforzado y tambaleante peregrinaje hasta la casa de Gala. Era inhumano levantarse a esas horas. Seguro que ni siquiera habían puesto las calles aún. Llegó al segundo interior derecha, apoyó la frente en la puerta y llamó al timbre. Sí, tenía llaves, pero no tenía ganas de hacer el esfuerzo épico de meter la mano en el bolsillo y sacarlas.

A punto estuvo de caerse de bruces cuando su amiga abrió la puerta.

—Llegas tarde —gruñó observándola. Eva era un verdadero desastre por las mañanas—. Las niñas ya están despiertas, son más madrugadoras que tú —la acusó.

—Ellas tienen el aliciente de que les gustan los dibujos que echan en Clan a esta hora —balbució Eva, apoyándose en el pasillo—. Y seguro que ayer no se acostaron a las tres de la madrugada.

—Y ¿por qué te acostaste tan tarde?

—Porque quería saber qué pasaba con el Gamberro y su chica. —Eva bostezó por enésima vez.

Gala la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Son los protas del libro que estoy leyendo, de Noe Casado —explicó Eva.

—¿Ya te has enganchado a otra novela romántica? —Puso los ojos en blanco. Eva era una enamorada de ese género, hasta el punto de dejar de

dormir para terminar una historia.

—Tú también deberías leerlas, te lo pasarías pipa con ellas.

Gala resopló, ¡ojalá tuviera tiempo para leer, aunque sólo fuera la etiqueta del champú! Enfiló el pasillo para ir a la cocina. Eva no se despertaría hasta que hubiera bebido un tanque de café.

—Tienes café recién hecho en la cafetera, tómatelo —ordenó antes de señalar los cuencos de cereales que había en la encimera—. Vigila a las niñas para que no se dejen nada. El fiambre para los bocadillos está en la encimera. Gadea tiene que llevar el trabajo sobre los mamíferos, es la cartulina amarilla que hay en la mesita del televisor. Y Jimena tiene que llevar el trabajo sobre la célula, está en la caja que hay en la mesa del comedor. Que no se olviden, por favor. Hoy os veré en la plaza sobre las cinco y media —informó—. Si quieres, puedo prepararles la merienda cuando llegue.

—No digas tonterías; si las tengo hasta entonces sin merendar, son capaces de echarme ketchup y comerme a mí —bufó Eva.

—Está bien; he comprado Nocilla para Jimena, y a Gadea hazle un bocadillo de queso. ¿Lo recordarás todo?

—Por supuesto —aseveró Eva ahogando el enésimo bostezo.

Gala la miró con incredulidad y, sin poder perder un instante más, salió de casa.

Eva se sirvió un tanque de café bien cargado y se lo tomó casi sin respirar. Luego preparó otro y, tras dar un trago, fue al salón, donde las niñas veían la tele a medio vestir.

—Muy bien, Gadea, hoy toca gimnasia, así que ponte el chándal y las deportivas. Jimena, tú ponte la falda negra y la camisa azul —la miró pensativa, entornando los ojos—, y hazte una coleta para retirarte el pelo de la cara. Cuando expongas el trabajo de la célula, tienes que parecer toda una profesional. ¡Vamos a por el diez! —gritó animándola—. Gadea, hazme la exposición sobre los mamíferos mientras monto los bocatas —le pidió a la pequeña.

Éstas asintieron y, al tiempo que Eva les preparaba el almuerzo, Gadea expuso su ponencia.

Jimena observó divertida a la alocada amiga de su madre, que cada

mañana, tras tomar su café, se transformaba en una eficaz secretaria que las preparaba, las cuidaba y las atendía con paciencia y energía. Si lo contara, nadie la creería.

—¿Lo tenemos todo? —Eva revisó las mochilas y a sus propietarias—. Pues vámonos, ¡el cole nos espera! —exclamó cual generala.

Abrió la puerta y salieron al descansillo.

—¡Jopé, qué mal huele! —exclamó Gadea, tapándose la nariz.

—¡Qué tufo a mierda! —Jimena se subió el jersey hasta cubrirse la nariz.

—Es verdad, apesta. —Eva miró a su alrededor, buscando el origen—. Parece que viene de la escalera. Lo mismo se ha roto alguna tubería en el portal —murmuró arrugando la nariz—. Vamos, cuanto antes salgamos a la calle, mejor.

Los niños hindús, que salían en ese momento de casa, se unieron a las quejas de Jimena y Gadea, y desde el descansillo del segundo exterior les llegaron las airadas protestas de la madre de los trillizos.

—Por lo visto, el olor llega hasta arriba —masculló Eva—. Vamos, chicas, no os quedéis paradas —dijo, instando a Jimena y a Gadea a bajar la escalera, que, debido al escaso sol que entraba por las ventanas del descansillo general, estaba en penumbra.

Se dio la vuelta en el tercer escalón y estiró el brazo buscando el interruptor de la luz. Sintió en los dedos una pasta untuosa.

—¡Joder, qué asco! —Se obligó a apretar el pulsador y así poder ver qué había tocado.

—¡Eva, la barandilla tiene algo raro! —oyó decir a Jimena en el mismo instante en que se hizo la luz.

Un segundo después, Gadea soltaba un horripilante aullido.

Los niños hindús comenzaron a gritar.

Instantes más tarde fueron los trillizos y su madre los que comenzaron a chillar.

—¡Joder, ¿qué cabrón ha hecho esto?! —exclamó Eva al ver que lo que manchaba sus dedos eran excrementos.

Los sacudió en el aire, descompuesta por el asco, a la vez que se agarraba a la barandilla con la mano libre para no caerse. Y en ese momento descubrió

que los niños no gritaban por haber visto su mano manchada de mierda, sino porque las barandillas y todos los interruptores de esa planta —y, por los gritos de los trillizos, también los de la superior— estaban cubiertos de inmundicia.

—¡Tranquilizaos, es sólo caca! —ordenó a Jimena y Gadea, obligándose a mantener la calma cuando éstas se echaron a llorar en el descansillo del primero interior, adonde habían bajado entre gritos—. Subid a casa, vamos.

Eva se miró las manos asqueada. Las tenía llenas de porquería, ¿cómo coño iba a abrir el bolso y sacar las llaves?

—Pero ¿qué escándalo es éste?! —tronó Rodrigo, saliendo al descansillo—. ¡Es que no os basta con alborotar cada mañana, que ahora también tenéis que gritar! No voy a permitir que... —Se cernió amenazante sobre Gadea. Y se calló de golpe al ver su cara surcada en lágrimas.

—La escalera está llena de caca, mira cómo tengo las manos. Me da mucho asco, voy a vomitar —lloriqueó la niña, alzando sus manitas manchadas hacia él.

Rodrigo miró pasmado a la chiquilla y luego, en lugar de apartarse asqueado de ella, como Eva esperaba que hiciera, dio un empujón a la puerta de su casa, abriéndola de par en par.

—No te preocupes, pequeña, vamos a solucionarlo ahora mismo. Al baño, rápido —ordenó entrando.

Agarró a Gadea, que estaba patidifusa por la sorpresa, y le dio un suave tirón de la muñeca para que lo siguiera. Jimena no lo pensó un instante y fue tras ellos. Al llegar al baño, Rodrigo abrió el grifo, les echó jabón en las manos y, tras ofrecerles unas toallas limpias, las dejó frotándose el pringue histéricas y se dirigió al descansillo de nuevo.

—Pasa con ellas y límpiate, usad todas las toallas que necesitéis —le dijo a Eva cuando la vio en el umbral de la puerta, petrificada. Se hizo a un lado para dejarla pasar y luego enfiló hacia el piso inferior—. ¡Que nadie toque las barandillas ni los interruptores! —gritó con su vozarrón a la vez que bajaba.

Cruz, alertado por los gritos, salió de casa. Se disponía a subir la escalera cuando oyó la orden de Rodrigo. Se detuvo en seco, sujetando a los niños del primero interior, que intentaban esquivarlo para ir a ver qué les pasaba a sus

amigos en el descansillo superior.

—¡Esperad! No toquéis nada, está manchado de... ¡Oh, joder, qué asco! —
siseó al ver lo que oscurecía las barandillas.

—Sube y ayuda a limpiarse a tu amiga y a las niñas. ¡Y no toques nada! —
le ordenó Rodrigo, apareciendo en el rellano—. Volved con vuestros padres
—les dijo a los niños del primero, asumiendo el mando—. Yo bajaré, a ver si
consigo llegar a tiempo de avisar a los chinitos antes de que se pringuen.

Calix, que también había salido al oír el bullicio, se detuvo sobre el
felpudo de su casa y, tras pensarlo un instante, volvió a entrar. Él no pintaba
nada en ese berenjenal.

—¿Qué está pasando ahí?! —rugió el Ogro saliendo del bajo exterior.

Casi a la misma vez salió el charcutero de su casa, totalmente vestido.

—No toquéis nada —los instó Rodrigo al llegar al vestíbulo—. Algún
gamberro ha untado las barandillas de mierda.

Nada más oírlo, el Mudo se asomó a la escalera que llevaba al bajo
interior y gritó lo que pasaba con toda la fuerza de sus pulmones. Llegó a
tiempo de advertir a los niños asiáticos, que en ese momento salían de casa.

—¿Qué ocurre? —indagó el inspector de Hacienda, subiendo con cuidado
desde el bajo interior derecha.

Rodrigo lo miró, extrañado de que estuviera en casa a esa hora. Lo puso en
antecedentes mientras comprobaba que todo el mundo estaba avisado.

—Alguien debería llamar a la contrata de la limpieza para que vengan a
arreglar este desaguisado —comentó.

—Yo lo haré —se ofreció el Mudo—. Soy el presidente de la comunidad y
es mi responsabilidad —aseveró.

—También deberías llamar a la policía —dijo el Inspector.

—Adelante, hazlo —le ordenó Rodrigo al Mudo. Éste asintió con
brusquedad—. ¿Alguien puede quedarse a esperarlos? —Miró a los adultos
allí reunidos—. Yo no puedo, tengo que abrir la tienda dentro de media hora.

—Nosotras llegamos tarde al colegio, pero regreso dentro de un rato y no
vuelvo a salir en toda la mañana —comentó Eva, bajando la escalera con las
niñas, cuidándose mucho de no tocar nada.

Tras ellas aparecieron el resto de los niños y sus correspondientes padres.

Todos caminaban con idéntico tiento, porque hasta las paredes del vestíbulo tenían trazos de mierda. Los adultos se detuvieron en el portal para protestar agraviados y reunir impresiones.

—Si alguien puede esperar veinte minutos por si llega la poli, yo puedo ocuparme después —continuó diciendo Eva.

—Yo tampoco tengo nada que hacer. —El Ogro se acercó a ella—. Los atenderemos juntos.

—Estupendo, luego me contáis, porque yo también tengo que ir a trabajar —dijo el Mudo antes de entrar en su casa para llamar a la policía.

—Y tú, ¿no te quedas a esperar a los agentes? —le preguntó Rodrigo al Inspector, al ver que daba media vuelta para bajar la escalera.

—Tengo asuntos personales que atender, si no, ya estaría en el trabajo —explicó tan distante como siempre.

—Rodrigo —lo llamó Eva. Él la miró—. Gracias por dejarnos usar tu baño, estábamos al borde de un ataque de nervios.

—Me lo imagino, yo también lo estaría de haber tocado esa inmundicia. ¿Os encontráis bien? —preguntó él atento.

—Sí, ha sido sólo la impresión. Ha sido... asqueroso. Gracias de nuevo —reiteró Eva antes de salir a la calle con las niñas, todavía sorprendida de que el Estirado les hubiera abierto su casa sin pensarlo un instante. Tal vez no fuera tan capullo como siempre había pensado.



—¿Estás segura de que no recuerdas con quién te has cruzado en la escalera? Podría ser importante —insistió Adán, de pie frente al banco del Lector, en el que Eva estaba sentada.

—Sí, joder, no recuerdo con quién me he cruzado. Ni siquiera si era un vecino o un extraño —musitó agobiada, abrazándose a la estatua. El interrogatorio duraba ya más de media hora, y estaba hasta las narices. ¿Por qué no se iban a freír espárragos un ratito y la dejaban en paz?

—Lo tuyo es increíble, Eva —protestó Cruz—. Te topas con un desconocido en la escalera a las siete de la mañana y no le das la menor

importancia.

—No era un desconocido. O, al menos, no me lo ha parecido en ese momento —dijo frustrada.

—Entonces ¿era un vecino? —insistió el Mudo, quien, al igual que Cruz, Adán, Rodrigo y el Ogro, estaba esa tarde en la plaza con la intención de comentar el escatológico incidente.

Hasta Vicenta había retrasado la apertura del puesto en el mercado de la Cebada para enterarse de lo que había pasado, pues esa mañana, como dormía sin el audífono, no se había enterado de nada.

Calix estaba, como cada tarde, sentado en un banco cercano y los escuchaba con atención, aunque sin participar en la improvisada reunión.

—¡No lo sé! —chilló Eva frustrada—. No consigo acordarme, estaba medio dormida y el tipo no ha girado la cabeza. No he podido verle la cara. Y ya me conocéis, por las mañanas no soy persona hasta que me meto entre pecho y espalda un litro de café bien cargado.

—Tranquila. —Adán se acuclilló frente a ella para que sus ojos quedaran a la misma altura.

Había oído el alboroto, pero como se había producido en los pisos inferiores, le había llegado atenuado y lo había tomado por la algarabía típica de cada mañana. No había sido hasta bajar con Dolores para ir a la capilla del Obispo que se había enterado, al ver a varios vecinos reunidos en torno a Eva. Y ahí estaba ahora, haciendo lo que mejor se le daba hacer: investigar. Sólo que había perdido la costumbre de hacerlo cara a cara. No cabía duda de que se le daba mejor a través del ordenador.

—Nadie te está acusando de nada —dijo con tiento Adán.

—Pues lo parece —gruñó ella enfadada, mirando a Cruz.

—Perdona que me muestre alterada, pero es que me he pasado toda la mañana viendo esa masa repugnante y pestilente cada vez que cerraba los ojos. ¡Por poco me muero del asco! —gritó Cruz haciendo aspavientos—. Jamás en mi vida me he cruzado con algo tan asqueroso. Aún estoy temblorosa. No creo que se me vaya de la cabeza en semanas. ¡Y tú no consigues recordar a quien lo ha hecho!

—Tranquila tú también —la paró Adán, asumiendo sin pensar la forma

femenina con la que se referían a Cruz sus amigas—. Nadie dice que el hombre con el que se ha cruzado Eva esta mañana sea el responsable del ataque.

—¿Quién si no?

—No lo sé, puede haber sido él, o puede que él se haya topado a su vez con el agresor —comentó Adán, sin querer decir mucho más.

—Lo que sí sabemos es la hora a la que ha sucedido —apuntó Vicenta, acariciándose la barbilla como un Sherlock Holmes de imitación—. Gala ha bajado sobre las siete y cuarto, y, según ella, no olía a nada, y las siguientes en salir han sido Eva y las niñas a las nueve menos diez...

—Así que, entre esas dos horas, ha sido cuando ha actuado el agresor —apuntó el Mudo, por si acaso no había quedado claro.

—¡Exacto! —coincidió Vicenta, molesta porque le hubiera robado protagonismo.

Rodrigo entrecerró los ojos pensativo y se volvió hacia el banco desde el que Calix los observaba atento.

—¿Tú no sueles llegar a casa sobre las ocho? —le preguntó perspicaz.

—En realidad llego siempre a las seis y media —replicó el segoviano, molesto por la acusación implícita en la voz del artesano camisero.

—El Inspector suele salir a las siete menos veinte para ir a trabajar —apuntó el Mudo—, pero ayer me dijo que hoy tenía que ir al médico...

—Tienes razón, Juan —coincidió Rodrigo; a él también le había resultado sospechoso—. Estaba totalmente vestido como si estuviera a punto de salir... o como si acabara de regresar —afirmó mirando a Adán. Se había percatado de que el nieto de Dolores prestaba atención a todo lo que decían, y en base a eso hacía preguntas muy certeras.

Adán asintió, tomando nota mental de todas las personas que estaban en el edificio a esa hora y habían salido a ver qué pasaba, si iban vestidos de pijama o de calle y si eso cuadraba con las circunstancias en que se encontraban, ya fuera para ir al trabajo, al médico, al colegio o para quedarse en su casa.

—¿Y el Cubano? —El Mudo entornó los ojos pensativo—. No lo hemos visto durante el alboroto. Y él no puede decir que no lo haya oído, porque vive

en el segundo interior y los berridos de la Morosa han sido de todo menos silenciosos —apuntó acusador.

—Bien pensado, Juan —aprobó Eva—, pero lo más probable es que estuviera rodando; creo que es operador de cámara en el último «Gran Hermano».

—Dejémonos de elucubraciones baldías, no somos detectives para averiguar lo que ha pasado. Deberíamos hacer caso a los policías que han acudido esta mañana y presentar una denuncia —propuso el Ogro, quien se había mantenido en silencio hasta ese momento.

—¿Tú crees que va a servir de algo? —preguntó Vicenta mordaz.

—Y ¿qué pondríamos en la denuncia? ¿Que alguien se ha cagado en el edificio y que a los niños y a mí nos ha dado un ataque de histeria al ver la mierda? —dijo Eva abochornada.

Aún le escocía haberse quedado petrificada durante el incidente. Se suponía que era una mujer adulta con capacidad de reacción. Pero se había comportado como una histérica sin una pizca de madurez. ¿Qué clase de madre iba a ser? Una muy incompetente, a tenor de su actuación.

—Los agentes que han acudido a vuestra llamada ¿se han reído cuando les habéis referido el incidente? —preguntó Adán con voz tensa.

—No, en absoluto —se apresuró a decir Eva, al ver el rictus furioso de su cara—. Al contrario, se lo han tomado muy en serio.

—Como tiene que ser —apuntó Adán—. El cuerpo de policía está formado por personas muy competentes que saben hacer bien su trabajo y no se toman a guasa a los civiles —señaló.

—Sí, claro —musitó Eva, perpleja por la defensa a ultranza que había hecho. Luego recordó que su padre y su abuelo eran polis, y entendió el motivo.

—Deberíais interponer una denuncia —continuó Adán—, no sólo porque puedan pillar a quien haya sido, algo que no va a ser sencillo, sino también porque, en caso de repetirse un suceso similar en este u otro edificio, habría un precedente.

—Tienes toda la razón, muchacho —dijo el Ogro con gesto fiero—. Propongo que hagamos una reunión para informar a todos los propietarios y

decidir si denunciamos.

—Hablaré con el administrador y le diré que reserve fecha para la semana que viene sin falta —declaró el Mudo sin dar más opciones.

—Sintiéndolo mucho, tengo que irme, son casi las cinco y los cuadros no esperan —indicó Cruz en ese momento.

—Yo también me voy —señaló Rodrigo—. Si los cuadros no esperan, las camisas menos.

—Y no digamos el fiambre —dijo Juan, siguiéndolos.

Vicenta y el Ogro se marcharon también, ella a clasificar y a entregar la ropa recogida en el puesto de la asociación, y él para preparar sus clases particulares.

—Menudo hijo de puta —susurró Eva rabiosa. Ahora que por fin estaba sola, necesitaba desahogarse—. Hay que ser muy retorcido para pringar de mierda la escalera. Ojalá supiera quién ha sido, le iba a poner los puntos sobre las íes y los dientes de collar. —Apretó los puños—. Pero ni siquiera recuerdo con quién me he cruzado esta mañana.

—¿No recuerdas tampoco la impresión que te ha dado? —indagó Adán con evidente interés.

—¿A qué te refieres? Ya te he dicho que no soy capaz de...

—No te pongas a la defensiva —la interrumpió él—. No te pregunto quién era, sino la impresión que te ha producido. Si te ha llamado la atención, si te ha asustado, si no le has hecho caso...

Eva entrecerró los ojos, confundida por su petición, pero aun así intentó recordar.

—No me ha dado miedo y tampoco me ha llamado la atención, sólo he sentido perplejidad.

—¿Por qué? —Adán bajó la voz para que el segoviano no pudiera oírlo.

—Porque no me ha parecido lógico que subiera al tercero a esas horas de la mañana. —Él asintió meditabundo—. ¿Qué piensas? —murmuró Eva, preocupada por su mutismo.

—¿No te ha resultado extraño que esa persona estuviera en el edificio, pero sí que subiera al tercero?

Eva entrecerró los ojos, concentrada en su pregunta.

—Exacto —aceptó mirándolo confusa—. ¿Qué importa eso?

—Medio dormida como estabas, es muy probable que tú no lo reconocieras, pero tu subconsciente sí, por eso no te ha extrañado su presencia, pero sí que estuviera en la escalera a esas horas —explicó él, cavilando por qué ese detalle le había resultado chocante. ¿Podría ser alguien de los pisos inferiores? Arrugó el ceño, sin poder imaginar a ningún vecino pringando de mierda las barandillas, aunque cosas más raras había visto.

—¿Crees que ha sido un vecino? —susurró Eva perpleja.

—No lo descartaría —dijo él esquivo antes de mirar al adonis del primero—. ¿Sabes si trabaja y en qué?

—Ni idea —replicó ella en voz tan baja como él—. Sólo lleva unos meses en el edificio, nadie sabe mucho de él, excepto que sale cada noche sobre las diez y no regresa hasta la madrugada, y que, cuando lo hace, huele a dulce..., a bollos tiernos y azúcar glas —comentó lamiéndose los labios.

—Sí que lo tenéis controlado —comentó Adán mordaz, mirándolo de refilón.

—Bueno, Juan el charcutero es una buena fuente de información. Como todos pasamos frente a su puerta para ir a casa, está al corriente de nuestros movimientos —comentó ella burlona.

—Ya lo veo, espero que a mí no me vigile igual.

Eva lo miró con una sonrisa torcida que, además de fascinarlo y excitarlo, le indicó que era un ingenuo. Sacudió la cabeza para librarse de su hechizo y señaló al vecino con la mirada.

—Suele estar en la plaza por las tardes, ¿verdad?

—Cruz y yo creemos que lo hace porque quiere ganarse a Jimena y a Gadea para ligar con Gala —explicó Eva—. Cuando nos vamos a casa suele subir con nosotras. ¿Sospechas de él?

—No en especial. Puede haber sido alguien del barrio, un tendero, incluso alguien del instituto. —Señaló el edificio que estaba a espaldas del banco—. Cualquiera puede haberlo hecho, la cerradura del portal está mal y las puertas se quedan la mitad de las noches abiertas. Y la verdad es que parece más una gamberrada que otra cosa.

—¿Crees que puede haber sido una travesura de los estudiantes?

—No lo sé —dijo Adán dubitativo—. No se me ocurre ningún motivo lógico, aparte de una diablura de adolescentes, por el cual alguien haya hecho algo así. No consigue ningún beneficio económico, y como venganza no me cuadra porque afecta a todos los vecinos y éstas normalmente se ejecutan para fastidiar a una sola persona o a una sola familia. Pero, por otro lado, no es algo que haya surgido así como así, le ha tenido que llevar varios días reunir la cantidad de excrementos que ha usado.

—A no ser que se pegara un atracón de lentejas y repollo —comentó Eva, encogiéndose de hombros—. Imagino que ya sabes lo que pasa con el repollo, ¿verdad? Es explosivo. Y si lo juntas con las lentejas... ¡Badabum! —Abrió los brazos simulando una explosión—. Ya tienes material para llenar el portal de mierda —dijo arrancándole una carcajada.

—Desde luego, Evuchi, eres de lo más gráfico —afirmó Gala llegando al banco.

—Hola, Galita —la saludó Eva, y luego miró a Adán—. No sé si os conocéis...

—Sí —dijo él—. Subió con Cruz y Vicenta a pedirme azúcar hace un par de semanas.

—¿Subisteis en camarilla a por azúcar? —Eva miró perpleja a la morena—. Eso no me lo habíais contado. ¿Por qué? No me puedo creer que ninguno de los tres tuviera en casa.

—Mujer, teníamos que averiguar si era verdad lo del magnetismo animal que dijiste que tenía —replicó Gala encogiéndose de hombros.

Adán dio un respingo ante su respuesta; ni en sus sueños más disparatados habría pensado que nadie pudiera ser más descarada que Eva. Y, por lo visto, Gala lo era. Se volvió hacia la Borrego, intrigado por su reacción. Si fuera una mujer normal, se sonrojaría y regañaría a su amiga.

—¿Y bien?, ¿cuál fue el veredicto? —inquirió Eva con total tranquilidad.

Adán sonrió admirado. Ésa era su chica. Única en su especie.

—A Vicenta le pareció guapo, a mí más bien normal, y a Cruz le gustó su paquete.

—Y eso que no lo vio en todo su apogeo —replicó Eva, elevando ambas cejas—. Es un espectáculo digno de ver... y de sentir.

Adán abrió unos ojos como platos, corrigiendo su opinión anterior: Eva seguía siendo con mucho la mujer más descarada que había conocido.

—Si tú lo dices... —aceptó recelosa Gala antes de volverse y abrir los brazos para tomar en ellos a su hija pequeña, que corría como una bala hacia ella.

—¡Mamá, mamá! ¿A que no sabes lo que ha pasado esta mañana? ¡Estaba todo lleno de caca! —gritó Gadea.

—¡No se lo cuentes todo! —dijo ofendida Jimena—. ¡Deja algo para que se lo cuente yo!

Gala prestó toda su atención a sus hijas mientras la ponían al día, aunque, gracias a los whatsapps que habían intercambiado en el grupo, sabía lo que había pasado.

—¿Siempre eres tan brutalmente sincera? —le susurró Adán a Eva al ver que no les prestaban atención.

—¿Te refieres a lo que he comentado de tu polla? —musitó ella en el mismo tono. Él asintió. Ella sonrió—. Siempre soy muy sincera, creía que ya te habías dado cuenta...

—Sí, pero quería confirmarlo. —La observó fascinado. Era cierto. Nunca ocultaba nada. Era intensa en todas sus facetas. No hacía nada a medias, ni siquiera ser sincera—. Es una cualidad bastante difícil de encontrar en la gente.

—No te creas que lo hago por ser más íntegra ni nada por el estilo. Si no miento es porque tengo mala memoria —apuntó.

—Y ¿eso qué tiene que ver? —preguntó Adán perplejo.

—Que si miento luego no puedo mantener la mentira porque no me acuerdo de lo que he dicho. Así que siempre digo la verdad y me evito líos.

—Buena estrategia. —Sonrió burlón antes de echar a andar hacia el extremo de la plaza—. Tengo que irme, mi abuela acaba de salir de la capilla. Nos vemos.

—Eso espero. Mi ñoño y yo te echamos mucho de menos —susurró Eva con voz ronca.

—¿Tu qué? —La miró perplejo antes de caer en la cuenta de a qué se refería—. Ya lo he captado, no hace falta que me lo expliques. Mi elefantito y

yo también os hemos echado de menos —replicó conteniendo una carcajada.

—Tú no tienes un elefantito, tienes una enorme pitón... y se está despertando. —Eva se lamió los labios con la mirada fija en la entrepierna masculina—. Sé de una abuela que se va a enfadar mucho cuando vea a su nieto tan animado —canturreó.

Adán no pudo evitarlo y estalló en carcajadas.

Gala se volvió al oír las roncas risotadas de un hombre. Enarcó una ceja al ver que provenían del semental de Eva. Desde luego, su amiga tenía toda la razón: cuando el heredero pródigo se reía, era otro. Incluso parecía guapo. O, mejor dicho, atractivo.

—¡Menos mal que estaba Rodrigo para ayudarnos! —gritó Gadea, reclamando su atención. Llevaban desde que había llegado contándole lo bien que se había portado con ellas y el favor que les había hecho al dejarlas lavarse.

Gala asintió y se quedó petrificada al ver al segoviano caminar hacia ellas. Así que seguía yendo por las tardes a la plaza. «¡Qué maravilla!», pensó irónica.

—Hemos pasado un mal rato —comentó Calix.

—¿«Hemos pasado»? No te he visto por allí —intervino Eva.

—Me he asomado, pero al ver que estaba todo controlado, he vuelto a entrar en casa para no colapsar más el portal —mintió él enfadado porque lo hubiera puesto en entredicho.

—Debe de haber sido horrible —comentó Gala.

—Más bien asqueroso —replicó Eva.

—Y, a pesar de todo, Gadea y Jimena se han portado como heroínas, sin gritar ni llorar y guardando la calma en todo instante —apuntó Calix, enfadado por la interrupción de la rubia.

Eva parpadeó alucinada. ¿De qué iba ese tío? Abrió la boca para decir lo contrario, pero lo pensó mejor. Tampoco era necesario ser tan sincera, sobre todo cuando las niñas estaban tan felices por sus palabras.

—Así que no han gritado ni han llorado —comentó Gala con incredulidad mirando a Eva.

Ésta se encogió de hombros.

—Tus hijas son muy valientes. Seguro que lo han heredado de su madre — señaló Calix.

Gala esbozó una sonrisa forzada y asintió con la cabeza de forma rígida.

Dos minutos después, Gadea y Jimena se fueron a jugar con sus amigas y los tres adultos se quedaron solos, por lo que Eva estiró las piernas, cruzando los tobillos, y se puso cómoda para el espectáculo. Conocía a su amiga, y Calix había metido la pata hasta el muslo.

—Vamos a dejar las cosas claras, Calix —masculló de repente Gala—. Mis hijas no son valientes, y, desde luego, no han heredado la valentía que no tienen de mí, porque yo tampoco lo soy. Yo soy agresiva. Una cabrona rompehuevos que no soporta a los idiotas que le hacen la pelota —le dijo en voz baja al segoviano, sin borrar la forzada sonrisa de su boca, pues Jimena, que la conocía bien, la vigilaba desde el otro lado de la plaza—. Así que abandona esa actitud de tipo guay y amable que adula a las niñas para conquistar a la pobre, sufrida y abandonada madre que moja las bragas cuando un hombre guapo la piropea. ¿Vale?

—Lamento que te haya sentado mal lo que he dicho, sólo pretendía hacerte sentir bien —se defendió Calix.

—No necesito nada ni a nadie para sentirme bien —replicó ella—. Entérate, chaval: si quiero la luna, no se la pido a ningún hombre, por muy bueno que esté o muy galante que sea. Me la bajo yo solita.

—Ya lo veo. Perdona por ser amable contigo —masculló él enfadado—. Sólo quería... —Se interrumpió antes de acabar la frase.

—¿Qué? Vamos, dímelo. ¿Qué querías?

—Echar un jodido polvo con la mujer más guapa del barrio —siseó él con rabia.

Gala parpadeó atónita ante tanta sinceridad. No estaba acostumbrada a ella, excepto en Eva, Cruz y Vicenta.

—Me has sorprendido... y muy poca gente lo consigue —murmuró mirándolo de arriba abajo—. El sábado que viene, las niñas se quedan a dormir en casa de mis suegros; si te sigue apeteciendo follar, pregúntamelo el próximo viernes y tal vez mojes.

En esta ocasión fueron Calix y Eva los que parpadearon perplejos.

—Pero, mientras tanto, no me acoses, ¿vale? —continuó Gala—. Y deja de darles chuches a mis hijas para intentar comprarlas para tu causa, o te haré pagar su dentista cuando tengan caries —lo amenazó. Calix asintió turbado. ¿En serio iba a ser tan fácil follarse a esa diosa?—. Una vez aclarado todo, me voy; las niñas tienen que dar clase y yo debo hacer mil cosas.

Llamó a las pequeñas y enfiló hacia el portal con Eva al lado.

—¿De verdad te lo vas a tirar? —susurró su amiga pasmada.

Hacía años que Gala no se liaba con ningún hombre. De hecho, quitando los primeros y turbulentos meses de su divorcio, en los que iba de polla en polla y tiraba porque le tocaba, los cinco últimos años no se había relacionado con nadie. Salvo con su consolador, imaginó Eva, porque tantos años sin sexo de ninguna clase no había quien los soportara sin volverse loca. Claro que tampoco podía decirse que Gala estuviera muy cuerda, sobre todo con la obsesión castradora que sufría últimamente.

—No lo sé, tengo que pensarlo. Pero, si quieres que te diga la verdad, me pica la curiosidad.

—No, Galita, a ti lo que te pica es el coño —replicó Eva guasona.

—También. Y estoy harta de rascármelo yo misma. Además, me das envidia con tu semental.

—Pues entonces, ¡adelante!



Entró en casa tras la dura jornada laboral y se asomó a la terraza. En la plaza ya no quedaba nadie, el otoño había llegado y, aunque seguía haciendo calor, los días se habían acortado y a las nueve era noche cerrada. Inspiró, llenándose los pulmones de aire, y entró en el salón. Se sentó, se descalzó y subió los pies a la mesita baja que había frente al sofá. Se llevó las manos tras la cabeza, relajado, y una sonrisa comenzó a formarse en sus labios. Por fin, todo marchaba como debía. Sus estúpidos vecinos habían recibido el justo castigo y las mujeres empezaban a prestarle la atención que merecía.

Había pasado un mal rato esa mañana cuando la Borrego lo había pillado en la escalera, pero se había calmado al comprobar que la muy idiota no lo

relacionaba con la travesura y, ya por la tarde, le habían dado ganas de llamarla *estúpida* a la cara al ver que era incapaz de acordarse de él. Pobre necia, qué mal lo había pasado con todos increpándola para que lo recordara sin poder conseguirlo. ¿Se podía ser más tonta?

Y ahora pretendían hacer una reunión de vecinos para hablar del tema. ¡Se lo iba a pasar en grande viendo cómo recelaban unos de otros! Y, si tenía un poco de suerte, se acusarían entre ellos durante la reunión. ¡Iba a ser apoteósico!

Estalló en carcajadas, hasta el punto de que se le saltaron las lágrimas.

Tardó un rato en serenarse. Después rememoró los gritos y los llantos de los niños. Habían sido música para sus oídos. Lástima que hubieran durado tan poco tiempo. Pero ¿qué otra opción tenía, más que salir a poner orden entre sus pobres, pobrecitos vecinos? De no haberlo hecho, habría levantado sospechas. Y no quería eso. Al contrario, se había dado cuenta de que era mucho más entretenido mezclarse con ellos y verlos dar palos de ciego.

Estaba deseando que llegara la reunión, iba a disfrutar de lo lindo viendo cómo buscaban al culpable entre los vecinos sin encontrarlo. Se pelearían y se insultarían, todos sospecharían de todos, y las viejas rencillas saldrían a la luz. La Borrego y los Vega-Sombría discutirían, y el ambiente en la comunidad sería irrespirable.

Iba a ser muy divertido verlos hervir de odio.



Gala se ajustó el cinturón de la bata, comprobando que no dejaba ver el pijama de ositos amorosos con lacitos en sus lindas cabecitas. Si alguien la veía de esa guisa, echaría por la borda su reputación de mujer hosca y agresiva. Y lo último que necesitaba era que nadie intentara socializar con ella imaginando que era una persona asequible. Bastante tenía ya con el encoñamiento del segoviano. No soportaría otro admirador más. Le había costado Dios y ayuda mostrarse amable con él, prefería no repetir la experiencia.

Salvo que no le quedara más remedio, como era el caso.

Resopló hastiada al pensar que tenía que volver a ser agradable por segunda vez en el mismo día con un hombre que no era ni su amigo ni su jefe ni un compañero de trabajo, y con quien, por tanto, no debería estar obligada a ser atenta y educada.

Pero no tenía otro remedio.

—Bueno, ¿qué? ¿Vas a ir o lo has pensado mejor? —Gadea la miró enfurruñada—. Tú siempre dices que es de bien nacidos ser agradecidos...

—No lo digo yo, lo dicen Vicenta y Eva —gruñó Gala, e iba a matarlas por ello.

—Y tienen razón —aseveró la pequeña—. Me has prometido que le darías las gracias y también que serías amable con él.

—Lo sé. Meteos en la cama, no tardaré en subir —masculló Gala, saliendo de casa.

—Mira que te ha dado fuerte con él —le espetó Jimena a su hermana pequeña.

—¡Es mi héroe!

—Pero ¡si ni siquiera es guapo! ¡Y es más viejo que mamá! —replicó disgustada Jimena.

—Me da lo mismo, me ha salvado de morir de asco —aseveró Gadea con un suspiro.

Gala descendió hasta el primero interior y llamó a la puerta. Esperó tres segundos y, al ver que nadie respondía, dio media vuelta. Estaba a punto de poner el pie en el primer escalón cuando la puerta se abrió.

—¿Querías algo? —inquirió el vecino.

Gala resopló hastiada, pero luego se acordó de que había prometido ser amable y esbozó una forzada sonrisa antes de volverse hacia el hombre.

Y en ese momento se apagó la luz, dejando la escalera a oscuras mientras que el estrecho rellano permanecía iluminado gracias a la tenue luz que salía del piso. Parpadeó para habituarse a la penumbra y luego miró al hombre que había salido a recibirla. Se había deshecho del traje, los zapatos y la corbata, cambiándolos por un distinguido pijama de satén de rayas grises y azules de pantalón recto y chaqueta abotonada con cuello sastre. Y, para no desentonar con su elegante atuendo, calzaba unas zapatillas de piel sin talón.

Gala sacudió la cabeza atónita. Era increíble cómo se las apañaba ese hombre para ser refinado hasta en pijama. No obstante, había algo en él que lo hacía parecer distinto.

—¿Necesitas algo? —Rodrigo se quitó las gafas de oscuros cristales y la miró receloso.

Apenas se había relacionado con ella, pero lo poco que lo había hecho, le había dejado claro que no era una persona agradable con la que mereciera la pena hablar. *Arisca, agresiva y cortante* eran algunos de los calificativos que se le podían aplicar, y eso siendo amable.

—Sí, claro, por eso he bajado, ¿no crees? —Gala salió de su estupor y fijó la mirada en el rostro masculino—. Quería...

Se quedó callada al descubrir qué era lo que lo hacía tan distinto: sus ojos. Se había quitado las gafas oscuras que siempre llevaba puestas, dejándole ver por primera vez sus ojos de pestañas y cejas casi blancas. Unos ojos de un mágico e inquietante color violeta que brillaban bajo la suave luz de su casa. Unos ojos que no parecían reales. Que no podían serlo. Esa tonalidad tenía que ser un extraño reflejo creado por la iluminación, ¿verdad?

Extendió la mano y pulsó el interruptor. El aplique de la pared se encendió, bañando con su potente luz blanca el rellano.

Rodrigo cerró los ojos con brusquedad y siseó dolorido a la vez que se ponía las gafas. Se dio la vuelta inseguro y entró en casa buscando refugio en la sombría claridad de su hogar. Sus sensibles ojos se habían adaptado a la penumbra reinante del rellano y el fuerte fogonazo le había hecho sentir como si se los quemaran con un hierro al rojo vivo.

—¿Estás bien? —Gala lo siguió, intrigada por su gesto de dolor.

—Sí, no pasa nada —masculló él. Se sentía tentado de hundir la cara en agua helada para calmar el fuego que ardía en sus ojos. Si no lo hacía era porque sabía por experiencia que no servía de nada—. ¿Vas a decirme por qué has llamado a mi puerta o tengo que averiguarlo? —inquirió impaciente. Estaba deseando que se fuera para volver a su cómodo y solitario salón y seguir leyendo, si es que sus irritadas pupilas se lo permitían, claro.

—Quería agradecerte lo que has hecho por mis hijas esta mañana. —Gala adoptó su tono más profesional y distante—. Has sido muy amable con ellas,

sobre todo con Gadea, que estaba muy asustada. He bajado en su nombre para comentarte que te está muy agradecida. Que ambas lo estamos —se corrigió. Luego enfiló el pasillo; una vez cumplida la promesa que le había hecho a su hija, nada la obligaba a permanecer allí.

—Perdóname por ser tan grosero. —La voz de Rodrigo la detuvo—. Aunque te parezca mentira, no suelo comportarme de forma tan aborrecible con quienes llaman a mi puerta.

Gala se volvió y sacudió la cabeza aceptando sus disculpas antes de seguir su camino.

—Dile a tu hija que ha sido un placer sacarla del aprieto —continuó él, sin saber por qué—. Es una niña encantadora. Las dos lo son —se corrigió.

—Creí que las odiabas —murmuró ella deteniéndose. Lo miró con una torcida sonrisa.

—Debo reconocer que no me caen muy bien por las mañanas, cuando bajan dando gritos —contestó él con burlona sinceridad.

—¿Tienes los oídos sensibles, además de los ojos? —replicó ella.

Rodrigo dio un respingo al oírla.

—Lo siento, eso ha estado fuera de lugar —se disculpó Gala.

—No pasa nada. No los tengo tan sensibles, pero casi —explicó, haciendo un esfuerzo por bromear con el albinismo que tanto le disgustaba.

—En ese caso, les diré a Gadea y a Jimena que moderen su tono de voz cuando bajen la escalera. No puedo garantizarte que Jimena me haga caso, pero sí creo que no volverás a oír a Gadea. Te has convertido en su héroe y hará cualquier cosa por contentarte. Gracias de nuevo por tranquilizarlas y, si alguna vez necesitas algo, arroz, patatas, azúcar..., ya sabes dónde vivo.

—Lo mismo digo. Si alguna vez tus hijas o tú volvéis a necesitar un protector, ya sabéis dónde estoy —afirmó él socarrón.

Gala arqueó una ceja perpleja. ¿Quién era ese hombre y qué había hecho con el insoportable vecino del primero exterior izquierda? Sacudió la cabeza a modo de despedida y enfiló la escalera. Al doblar el recodo, miró el rellano. Él seguía allí, en la puerta, mirándola. Ella también se paró a observarlo. Era alto y delgado, de piel muy clara y sonrosada y pelo castaño. Entrecerró los ojos. Si no hubiera sido por el color de su pelo, habría pensado que era

albino. De rasgos afilados, frente alta, ojos un poco hundidos, nariz recta y labios moldeados. Y, por primera vez desde que lo conocía, su rostro no mostraba el rictus severo al que estaba acostumbrada, sino que la miraba con curiosidad.

Tal vez con la misma curiosidad que ella lo observaba a él.

Sacudió la cabeza y siguió subiendo, Jimena y Gadea la esperaban.

Rodrigo aguardó hasta que ella desapareció en la escalera. Era una mujer muy hermosa, pero no era eso lo que le había hecho quedarse inmóvil como un pasmarote en el rellano. Conocía su belleza desde hacía seis años y jamás lo había dejado petrificado como en esa ocasión. Lo que lo había dejado patidifuso había sido que hubiera bajado a verlo para darle las gracias en su nombre y, sobre todo y según sus palabras, en el de su hija.

Muy poca gente lo habría hecho. Mucho menos después de lo mal que la había recibido él. Y eso era lo fascinante. Que hubiera sido ella, la mujer más hosca y antisocial del edificio, quien hubiera dado su brazo a torcer para complacer a su hija.

Decía mucho sobre el tipo de mujer que era.

Hay gente que no se toma en serio sus sueños. Yo sí lo hago. Y me esfuerzo hasta lo imposible por convertirlos en realidad. Porque ¿de qué vale tener un sueño si no luchas por él? Gala siempre dice que, si quiere la luna, ella misma se la bajará. Bien, pues yo no quiero la luna, quiero algo mucho más complicado.

Quiero ser madre.

Y lo voy a ser.

Dentro de un par de meses me presentaré a las oposiciones y las aprobaré. Y después tendré un aburrido trabajo estable con el que podré mantenerme sin sobresaltos. En cuanto eso suceda, emplearé el dinero que estoy ahorrando en ir a un centro de reproducción asistida al que ya le tengo echado el ojo y compraré soldaditos para someterme a una inseminación intrauterina. Podría hacérmelo yo misma en casa por inseminación vaginal, pero no tiene tanto porcentaje de éxito como la intrauterina, y tengo que claro que a estas alturas de la película no voy a dejar nada a la suerte.

De niña, mis sueños eran, por este orden: que mi madre fuera normal, tener un hermanito, ser artista de circo, conocer a un guapo domador de leones, casarme y tener hijos. Luego crecí y mis sueños cambiaron. Con diecisiete años quería viajar por todo el mundo con mi madre, conocer a un guapo cantante de rock, casarme y tener hijos. Con veinte quería viajar yo sola, sin mi madre y sus estrambóticos amigos, conocer a un guapo profesor de arte, casarme y tener hijos. Con veinticinco soñaba con volver a casa, con mi abuela; tener un trabajo fijo, conocer a un guapo madrileño, casarme y tener

hijos.

Ahora tengo treinta y seis. He viajado por todo el mundo, he salido con un mimo, con el bajista de un grupo de jazz, con un adiestrador de delfines y con docenas de hombres más, y nunca me he enamorado ni he sentido ganas de vivir con ninguno de ellos. Y no hay nada que me haga pensar que eso vaya a cambiar en un futuro cercano. Tampoco en uno lejano.

Oh, sí, he follado un par de veces con el heredero pródigo, y tengo intención de repetir, pero eso no significa que me vaya a enamorar de él, o que él se vaya a enamorar de mí. Y, aun en el improbable caso de que, por algún misterioso e increíble milagro, nos enamoráramos el uno del otro, eso no me garantiza que él quiera tener hijos o que, en caso afirmativo, pueda ser un buen padre. Y, sinceramente, no me apetece perder un año, tal vez más, en descubrir si él será el guapo domador, cantante, profesor y, en definitiva, maravilloso e idealizado príncipe azul del que por fin me enamore y con el que cumplir mi sueño de ser madre. Más que nada porque la experiencia me dice que eso no existe, al menos para mí.

No. El tiempo de esperar a que los sueños se cumplan ha terminado.

Ahora es el tiempo de trabajar para hacerlos realidad.

Y mi sueño es ser madre.



Sábado, 24 de septiembre de 2016

—¿Tú crees que dará resultado? —le preguntó Mercedes a Dolores, dudosa.

—Estoy segura, me lo ha enseñado mi nieto en un vídeo de éstos del *internet*, y era muy sencillo —afirmó la anciana vertiendo agua en un barreño pequeño.

—Tu nieto es un portento —comentó Mercedes admirada—. Tienes mucha suerte. Los míos ni se molestan en llamarme. Sólo los veo en los cumpleaños y en Navidades, y muchas veces no sé si es porque quieren vernos o porque hay

regalos de por medio.

—Estoy muy orgullosa de él. Es un muchacho excepcional. Fíjate, si no, ¿qué nieto lo dejaría todo por cuidar de su abuela enferma? Ninguno. Es atento, responsable, cariñoso —«de vez en cuando»—, no bebe, no fuma, tiene un buen trabajo —«cuando yo no le fastidio la vida y tiene que cuidarme»—, no va con mujeres malas...

—En realidad —Mercedes la interrumpió en ese punto—, según me ha dicho Félix que le ha contado Juan, a Adán se lo ve mucho con la nieta de Pilar —apuntó maliciosa.

—Son amigos, sí —aceptó Dolores a regañadientes mientras vaciaba un bote de cola blanca en el agua—, pero tampoco puede decirse que sea una mujer mala en el más amplio sentido de la palabra. Sólo es...

—Una fresca —señaló Mercedes, removiendo con un palito la mezcla mientras Dolores extendía el largo paño de gasa blanca que iban a meter dentro del barreño.

—¿Qué estáis haciendo? —Adán entró de repente en la cocina, dándoles un susto de muerte—. Parecéis brujas inclinadas sobre el caldero.

—¡Sal de aquí! —lo increpó Dolores—. No te interesa lo que estamos haciendo.

—Tranquila, yaya, sólo quería coger el vino para tomarlo con Félix. ¿Queréis una copa?

—No. Vamos, vete ya.

Adán levantó las manos en señal de rendición mientras las dos abuelas lo sacaban a empujones de la cocina. ¿Qué mosca les habría picado? Fue al comedor con el marido de Mercedes para entretenerlo hasta que acabaran de preparar la comida o lo que fuera que estuvieran haciendo. Su abuela los había invitado a comer y luego tocaba sesión de cinquillo. Iba a ser una tarde de lo más entretenida, pensó irónico.

—¿Crees que sospecha algo? —musitó Mercedes, cerrando la puerta de la cocina.

—No tiene por qué —replicó Dolores.

—Debes tener mucho cuidado. Si se entera de nuestro plan, prevendrá a la Borrego...

—¡Mi nieto no es ningún soplón! —exclamó Dolores ofendida.

—Pero es un hombre. Y ya sabes el dicho: más ata pelo de coño que maroma de barco.

—No seas ordinaria —la regañó Dolores—. Y deja de preocuparte por Adán, sabe de sobra cuál es su lugar. Que hable con la Borrego no significa que vaya a traicionarnos.

—Juan le ha contado a Félix que se comen con la mirada en la plaza. Y el otro día, cuando bajó, estuvo un rato largo en su casa —señaló intrigante Mercedes antes de inflar un globo.

—¡Qué sabrás tú! —Dolores metió la gasa en la mezcla.

—Estuve atenta y cuando oí ruido me asomé a la mirilla. Llegó más tarde de las diez y media, y se había ido a las siete. Mucho tiempo sólo para hablar —comentó su amiga ladina mientras colocaba el globo sobre la boca de una botella de coca-cola.

—¿Estás insinuando algo, Mercedes?

—Llegó muy despeinado, ¿no crees? Y con la ropa arrugada —comentó con expresión taimada a la vez que colocaba un vaso a cada lado de la botella, separados de ella unos quince centímetros.

—Es un hombre joven, no creo que haya nada malo en que alterne con mujeres de su edad de vez en cuando —dijo muy digna Dolores. Puso un globo no muy inflado en cada vaso.

—Y no lo hay, siempre y cuando no se vaya de la lengua —apuntó Mercedes. Sacó del barreño las gasas y las escurrió, apretándolas entre los dedos.

—No se irá. Y ahora, déjate de charla y estate atenta: este paso es el más importante.

Las dos mujeres se inclinaron sobre su creación y comenzaron a darle forma extendiendo las pegajosas gasas sobre ella.



—Han estrenado una nueva obra en La Latina —comentó Félix, refiriéndose al famoso teatro—. Actúan Josema Yuste y el Monaguillo. Parece

divertida.

—Déjate de charla y echa carta —le ordenó su mujer, a quien sólo le quedaban dos por colocar para ganar la partida.

—Paso turno —dijo Félix—. Me he informado esta mañana cuando he ido al mercado, hay sesión a las nueve y media. Podríamos hacer merienda cena en casa y luego ir al teatro.

—No digas tonterías —lo increpó Dolores—. No está el horno para salir al teatro.

—No veo por qué no —intervino Adán levantándose del sillón en el que estaba sentado—. Deberías aprovechar ahora que estás fuerte. Ponte guapa, arréglate y ve, como hacías antes —insistió, consciente de que a su abuela le encantaba el teatro—. Ya no tienes granitos en la cabeza —señaló acercándose a ellos—, puedes ponerte la peluca y, como no hace calor, tampoco será incómoda. Mercedes puede cardarla, como a ti te gusta, nadie sabrá que no es tu pelo. Sal de casa, yaya, disfruta un poco; la vida no es sólo rezar con las monjitas o aguantar mi mal humor —le susurró burlón, abrazándola con cariño.

—Pero es muy precipitado —dijo ella dudosa, aunque sus ojos brillaron esperanzados—. Sería mejor esperar y planificarlo.

—No. Ahora es el momento. El miércoles tienes sesión y ya sabes lo mal que te sienta y cómo te agotas —le recordó Adán.

—Puede que ya no haya entradas para hoy —comentó Dolores con desilusión.

—No lo sabremos si no lo intentamos —señaló Mercedes animada—. Adán, baja de una carrera a La Latina y mira a ver si hay entradas disponibles. ¡Corre!

Adán no esperó a que se lo dijeran dos veces: se calzó y se marchó. Era la primera vez que su abuela mostraba ganas de hacer algo desde que le habían diagnosticado su enfermedad, hacía casi cinco meses. Y por Dios que, si quería ir al teatro esa noche, ¡le conseguiría las entradas aunque tuviera que robarlas o amenazar al de la taquilla!

Cuando regresó media hora después, Dolores lo miró con disimulada impaciencia mientras él se mantenía en silencio.

—No seas cabrito y dime si las has conseguido —lo increpó nerviosa.

Adán se metió con gran pompa la mano en el bolsillo y sacó las entradas.

—Fila cuatro del patio de butacas —dijo tendiéndoselas.

Dolores le agarró la mano y tiró, obligándolo a inclinarse. Le envolvió la cara con sus engarfiados dedos y le cubrió las mejillas con besos de esos que sólo dan las abuelas y que parecen disparos de ametralladoras de lo seguidos y rápidos que son.

—Ve a vestirte, yaya, sólo tienes un par de horas para arreglarte —se burló él.

—¡Ya podemos darnos prisa! —gritó Mercedes enfilando hacia su casa para vestirse—. Regreso dentro de una hora y te ayudo a peinarte y a maquillarte —le aseguró a Dolores.

—¿Vais a emplear sólo una hora en pintaros las arrugas? ¡No me lo puedo creer! —afirmó divertido Félix, echando un ojo a las entradas antes de seguir a su mujer—. ¿No vas a venir, Adán? —le preguntó al ver que sólo había tres.

—Claro que va a venir —aseveró Dolores sorprendida.

—Pues la verdad es que no me apetece encerrarme en el teatro. Tengo ganas de tomarme una cerveza por ahí —dijo él sin especificar dónde—. Os dejaré en La Latina y me iré a dar una vuelta, pero no te preocupes, me aseguraré de estar en la puerta cuando salgáis.

Dolores lo miró con los ojos entornados, intuyendo adónde quería ir, aunque se cuidó mucho de decir nada. Su niño ya era mayor para dar explicaciones.

—Muy bien, pero vigila con los antros de perversión, no son para personas honradas como nosotros —dijo a la postre, sin poder morderse la lengua.

Adán estalló en carcajadas. ¡No había modo de engañarla, era lista como un lince!

Dolores observó a su nieto, cada vez reía más a menudo. Tal vez la Borrego no fuera tan mala influencia para él. Luego sacudió la cabeza ante tan heréticos pensamientos.

Dos horas después, las dos ancianas por fin estuvieron preparadas para salir; se habían puesto sus mejores galas, peinado los cuatro pelos de

Mercedes y la peluca de Dolores y maquillado sus arrugadas caras. Félix, junto a ellas, portaba orgulloso un traje con corbata roja y pañuelo del mismo color en el bolsillo del pecho.

Adán los acompañó hasta el teatro y, aunque era un corto paseo, tardaron casi veinte minutos en llegar, pues Dolores se detuvo a menudo por culpa de sus rodillas y sus menguadas fuerzas. Esperó a verlos entrar y luego enfiló hacia Cascorro y, de ahí, al antro de perversión en el que trabajaba Eva. Se paró frente al indescriptible escaparate del ConSumo Placer. Si ya el nombrecito daba lugar a dos interpretaciones, la decoración de la entrada no aclaraba en absoluto lo que encontraría en su interior. Empujó las puertas dobles y se encontró en un vestíbulo de paredes rojas y luces doradas protegido por un gorila. Uno sin pelo, eso sí, porque estaba calvo como una bola de billar, pero era tan alto y musculoso como el enorme primate. Estaba de pie junto al grueso cordón rojo que impedía el paso al local y lo miraba con cara de malas pulgas.

Adán se acercó a él. Que pusiera las caras que quisiera, no iba a intimidarlo. Se las había visto con tipos más duros, más peligrosos y más mortales que ése.

—No puede entrar sin invitación —dijo el calvo con voz grave.

—¿Seguro? —Adán sacó un billete de veinte de la cartera y se lo tendió al gorila. No era un local conocido ni famoso, con eso sería suficiente para procurarse paso.

—Si no es socio o tiene invitación, no puedo dejarlo pasar. —Ni siquiera había mirado el dinero.

—Y ¿cómo la consigo? —masculló Adán enfadado. Sabía cómo conseguir una, sacando la placa, pero se la había dejado en casa, y además no quería que Eva lo tomara por un cafre.

—Convenciendo a un socio para que lo invite —resopló burlón el hombre.

—¿Y a una camarera? Tengo una amiga dentro que puede responder por mí.

El gorila lo miró socarrón. No era la primera vez que le iban con esa treta.

—Dígame su nombre y preguntaré. —Levantó el teléfono.

Adán se lo dio, y el gigante arqueó una ceja sorprendido. Luego habló con

alguien por el walkie-talkie, miró a Adán de arriba abajo y lo describió.

—¿Cómo se llama? —indagó.

Él respondió y, un segundo después, el gorila colgó. Le pidió el DNI y una tarjeta de crédito y metió los datos en el ordenador; luego imprimió una etiqueta, que pegó a una pulsera de goma que le tendió.

—Puede pasar. El vestuario masculino es la puerta de la izquierda —recitó de memoria—. Le guardarán la ropa y sus pertenencias en el guardarropa situado a la salida. Sólo se permite calzar chanclas y está prohibido entrar sin toalla. También está prohibido practicar sexo en el ConSumo Placer, pero si lo desea puede acceder al hostel a través del patio. Las consumiciones se le cargarán en la tarjeta que ha vinculado a la pulsera. ¿Está todo claro?

—No. No me ha quedado nada claro. —Adán lo miró perplejo.

El hombre sonrió burlón.

—Es propio de Eva no advertir a sus amigos sobre el ConSumo Placer. Está en un club nudista. No puede entrar vestido. Tampoco con calzado de calle o sin toalla. ¿Tiene chanclas?

Adán negó con la cabeza, demasiado sorprendido para hablar.

El gorila le preguntó el número y puso unas nuevas sobre la mesa. También dejó una toalla de tocador que, según le explicó, era para sentarse sobre ella y no plantar el culo desnudo en los asientos.

—¿Cincuenta euros por esto?! —exclamó Adán escandalizado—. Saca la pistola y róbame, por lo menos, no me sentiré tan estafado —exclamó dándole el dinero y cogiendo las cosas.

Entró resoplando en el vestuario, se desnudó, pagó para que le guardaran la ropa, se calzó las chanclas y, agarrando la toalla de forma que le tapara la desnuda entrepierna, salió del vestuario y entró en el ConSumo Placer.

—Joder, sí que es un antro de perversión —susurró petrificado en la entrada.

El lugar tenía los suelos de madera y las paredes imitaban roca dorada. El techo estaba oculto por una tela roja que caía en ondas hasta dar con las paredes, sobre las que se deslizaba como si fuera agua hasta media altura. La barra ocupaba toda la pared derecha, mediría unos quince metros, y la

llevaban un par de camareras. Ninguna de ellas era Eva. Echó a andar por el amplio espacio diáfano que había frente a la barra y en el que se alternaban estructuras de madera sobre las que había colchones de gomaespuma y, encima de éstos, grandes almohadones con estampados étnicos. Grupos de personas charlaban amigablemente en ellos, sentadas desnudas sobre sus toallas. Esperaba que les hubieran costado menos que a él. También había un par de hamacas gigantescas donde descansaban algunas parejas, que, a pesar de la prohibición, se estaban metiendo mano. Al fondo del local, la barra desaparecía y el espacio se abría en un gran salón ocupado por más colchones que corrían paralelos a las paredes y varias mesas bajas hechas con palés. En el centro del recinto, y elevada un metro sobre el suelo, se alzaba una plataforma redonda en la que había una enorme cama, también redonda, que en ese momento estaba vacía, aunque no le cupo la menor duda de que allí debían de montarse verdaderas orgías pese a las reglas del local. En la pared del fondo estaba la puerta que daba al patio. En el otro extremo había una cama con dosel de tres metros por tres metros. Del dosel caían unas cortinas hechas con flecos que permitían ver a través de ellas. Una mueca mordaz se dibujó en sus labios. Había dos camas en ese local... ¡Y estaba prohibido el sexo!

—¡Qué sorpresa verte de nuevo por aquí! —exclamó sobresaltándolo un hombre de unos cincuenta años, con larga melena castaña cuajada de canas y barba de varios meses, que se había acercado sigiloso a él.

Por supuesto, estaba desnudo.

Adán no pudo evitar recorrerlo con la mirada, y, ¡la leche!, tenía la tranca más grande que había visto nunca. Un pene largo y grueso, aun en reposo, que casi le llegaba a medio muslo. Parpadeó, intentando borrar esa abominación de sus ojos y de su mente.

—Me preocupé mucho al ver que no volvías, pensé que te habías perdido al regresar. Deberías haberme avisado de que pensabas venir a visitarme aquí —continuó el hombre con voz amable—. Siempre me agrada conocer nuevos amigos, pero, y no te lo tomes a mal, deberías tener cuidado con tus apariciones. No es educado irrumpir de repente en el plano de otro viajero. Me asustaste.

—Lo siento, creo que me confunde con otra persona —lo interrumpió

Adán, alzando la voz por encima de la suave música que llenaba el local.

—Claro que no. ¿No te acuerdas de mí? Yo a ti te tengo muy presente. Me causaste una grata impresión una vez que se me pasó el susto. —Posó las manos sobre los hombros de Adán—. Nos encontramos en Andrómeda hace un par de semanas.

Adán se apartó con brusquedad de él. No estaba cómodo con su desnudez, y lo último que le apetecía era que un loco lo manoseara.

—Lo siento, no conozco ese local. —Recorrió la estancia con la mirada en busca de Eva.

—¡Claro, porque no es un local! —exclamó el hombre—. ¿Qué te enseñaron en el colegio? Andrómeda es una galaxia. Está a unos dos millones y medio de años luz de aquí, girando al sur al llegar a Casiopea y dejando Pegaso a tu izquierda —explicó con una sonrisa.

Adán lo miró aturdido. ¿Estaba hablando en serio?

—Perdone, pero estoy buscando a una amiga. —Levantó las manos para intentar zafarse de él, la toalla en alto y su estrategia para cubrirse la entrepierna, olvidada.

—No lo recuerdas —musitó el hombre apesadumbrado—, eso es porque no tienes el cerebro en forma. Deja que te enseñe unos ejercicios para agilizarlo y darle fuerza. Lo primero que debes hacer es abrir la boca y sacar la lengua...

—¡Adán, qué alegría verte por aquí! ¿Has podido escaparte de tu abuela? —Eva apareció por una puerta oculta en la pared—. Perdona, estaba en la cocina, preparando unos cócteles. Ya veo que has conocido a mi jefe. Paco, éste es mi vecino, Adán.

Paco abrió unos ojos como platos al oír el nombre y saber que se correspondía con el vecino que tanto animaba y encandilaba con sus artes sexuales a su niña.

—¡Eres tú! ¡Qué maravilla! —Le dio un fuerte abrazo, aplastándolo contra sí, antes de volverse hacia Eva—. ¿Por qué no me habías dicho que se llamaba Adán?

Él se apartó asqueado. Ese hombre acababa de abrazarlo y, esperaba que sin querer, se habían tocado —y frotado— sus entrepiernas. ¡¿Dónde estaba el

baño?, necesitaba lavarse la polla con urgencia! Volvió a taparse las joyas de la familia con la toalla, decidido a dejarla ahí el resto de la noche por motivos higiénicos, además de púdicos.

Cuando levantó la vista y se fijó por fin en Eva, encontró otro motivo todavía más acuciante para permanecer con la toalla en la ingle toda la noche.

Tenía el pelo recogido en una coleta alta, como siempre, y llevaba unas deportivas rosa y calcetines del mismo color. Nada más. Ni pantalones ni camiseta ni falda, ni siquiera un delantal para cubrirse, aunque fuera un poco.

Estaba desnuda.

Por todas partes.

En su totalidad.

Y él, hombre débil como era, no pudo evitar devorarla con la mirada y pensar en lo apetecibles que eran sus curvas. Sintió la conocida excitación que lo acompañaba siempre que estaba con esa mujer. Miró hacia abajo y vio confirmados sus temores: se le había puesto morcillona. Y amenazaba con ponerse tan dura como una piedra.

—¿Tienes algún recuerdo de tu vida anterior? —le preguntó Paco, sobresaltándolo.

Adán se cercioró de que tenía la entrepierna bien tapada con la toalla que había pagado a precio de oro.

—¡No! Ni se te ocurra, Paco —exclamó Eva.

—Pero sólo quiero...

—He dicho que no. Déjalo tranquilo. —Se interpuso entre los dos hombres—. Él no es tu Adán —aseveró muy seria.

—Pero sí es el tuyo —replicó Paco con afabilidad—. Mi percepción extrasensorial y mis sentidos así me lo indican. ¡Incluso lo he visto en Andrómeda!

—Me da lo mismo. —Eva se cruzó de brazos enfadada.

Paco miró a su princesita, luego al hombre y, tras un sentido suspiro, se fue.

—Menudo bicho raro que tienes por jefe —exclamó Adán, aliviado porque se lo hubiera quitado de encima.

—No es un bicho raro, sólo es un poco peculiar.

—¿Un poco? —Él arqueó una ceja mordaz.

—Acompáñame al patio, allí podremos hablar tranquilos. —Lo tomó de la mano y él, sin saber por qué, sonrió encantado. Le gustaba tener los dedos entrelazados con los de ella—. No voy a poder estar contigo mucho rato, poco antes de que den las once esto se pondrá de bote en bote y tendré que entrar a atender.

Adán asintió, eso les daba más o menos una hora. Y, de todas maneras, tenía que estar en el teatro a las once y cuarto como muy tarde, así que le iba estupendo.

—Bonito, ¿verdad? —comentó Eva cuando estuvieron en el patio—. Los vecinos de la corrala lo tienen muy cuidado.

Adán asintió mientras contemplaba el suelo de terrazo rojo, el amarillo azafranado de las paredes, las vigas de madera y las macetas floridas en las rejas de forja de los corredores, todo ello iluminado por la cálida luz de los farolillos. El patio estaba vacío, excepto en una zona delimitada por sombrillas cuadradas de tela blanca que protegían de la lluvia —y los mirones — y bajo las que había unos pocos sillones de mimbre con sus mesas.

—Tenemos un acuerdo con los vecinos que nos permite usar esta zona como terraza. —Eva encendió una de las estufas que estaban ancladas a las sombrillas.

—Y ¿no se os congelan los clientes en invierno? —dijo Adán. El otoño estaba siendo templado, pero en invierno ni siquiera esas estufas protegerían del frío a la gente si estaba desnuda—. Es increíble lo que hace la gente con tal de fumar.

—En realidad, muy pocos salen a fumar —comentó Eva burlona—. De hecho, muchos ni siquiera encienden las estufas cuando salen, porque lo que quieren es enfriarse un poco. —Se puso de puntillas para mordisquearle la oreja—. Está prohibido follar aquí y, como nuestros cócteles, té y batidos son casi todos afrodisíacos, pues... se puede decir que el patio está muy frecuentado. Ya sea para enfriar el ánimo o para ir hasta la pensión de Magdalena —añadió señalando unas puertas en el extremo norte.

—¿Vendes bebidas afrodisíacas? ¿De hierbas? Pero ¿eso funciona de verdad? —musitó él con incredulidad, recordando las hierbas que tanto

resquemor habían causado a su abuela.

—¿Por qué te crees que este lugar se llama *ConSumo Placer*? Porque aquí se consume placer con sumo placer. —Le pasó las manos por la nuca—. ¿Has venido sólo a alcahuetear o también tienes pensado besarme?

—Creí que estaba prohibido —murmuró él, plantando las manos en el trasero de Eva.

—Paco hace la vista gorda con los besos y las caricias, los considera parte del juego de la seducción, lo que no permite es el sexo explícito. Aunque, si alguien tiene el capricho de follar aquí, siempre puede alquilar el local entre semana, con bebidas afrodisíacas incluidas —explicó ella antes de atraparle el labio inferior con un suave mordisco.

—No creo que sean esas bebidas las que ponen a mil a los clientes —comentó Adán escéptico cuando ella lo soltó—, sino las hermosas camareras desnudas que los atienden.

Se apartó un poco para poder mirarla a placer. Estaba tan guapa como siempre. A la vista de todo el mundo, para que cualquiera pudiera disfrutar de sus encantos.

Pensar eso no le gustó ni un pelo.

—¿Os obliga a estar desnudas para hacer de cebos con los clientes? —masculló enojado.

—¿Eso que asoma a tu voz son celos?

—No. Es simple curiosidad. Debe de ser incómodo estar en cueros mientras todos los hombres te miran babeando —dijo exacerbado.

—No te confundas, también las mujeres me comen con los ojos —apuntó Eva con sorna—. Y ambos, hombres y mujeres, tienen motivos para ello, ¿no crees? —Dejó resbalar los dedos sobre sus pechos desnudos para luego subirlos por su nuca y estirarse coqueta—. Además, estar desnuda es bueno para las propinas. —Deslizó las manos por los costados de su cuerpo, juntándolas al llegar al vientre, de manera que acabaron posadas sobre su pubis.

—No me hace ni puta gracia —gruñó Adán, y apretó la toalla con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos.

Resopló enfadado consigo mismo por reaccionar así. No tenía derecho a

que le sentase mal. Más aún, no debería importarle en absoluto lo que ella hiciera o dejara de hacer para conseguir propinas, o si iba en pelotas o tapada como una monja. Pero la realidad era que le sentaba como una patada en los huevos que alguien que no fuera él pudiera verla desnuda, y moviéndose así.

Eva lo miró alucinada al oír su tono bronco.

—Era broma, Adán, no me jodas que te lo has tragado —musitó pasmada. Él se limitó a cruzarse de brazos enfurruñado—. ¿Qué has pensado que era esto? ¿Un puticlub? ¿Y nosotras las putas que lo atendemos? —estalló enfadada.

—Bueno, desde luego que vais desvestidas para la ocasión —replicó él mordaz—. Y no parece que os disguste mucho, por lo que he visto.

—Y ¿por qué debería disgustarnos? Por si no te has dado cuenta, esto es un club nudista. No sé si lo pillas. Nudista, de desnudo, de ir en pelotas, como nuestra madre nos trajo al mundo —siseó Eva airada, clavándole el índice en el pecho con cada frase—. Por supuesto que podemos vestirnos si queremos. De hecho, las camareras que entran nuevas trabajan vestidas los primeros días. Luego se dan cuenta de que es peor el remedio que la enfermedad, porque, y escúchame bien, tipo listo —lo pronunció como si fuera un insulto—, entre cien cuerpos desnudos, el que llama la atención y excita es el que está cubierto. ¿Lo captas? —Le dio un último golpecito en el pecho.

Adán le agarró la mano y tiró atrayéndola hacia él.

—Lo que capto es que a mí me pones a cien con ropa y sin ella —masculló antes de pegarla a él y besarla.

Y, sí, estaba a cien. Incluso a mil.

Eva le mordió el labio enfadada y luego le dio un fuerte empujón para librarse de su agarre.

Él la soltó al instante.

—¿Me debes una disculpa! —le exigió ella.

Adán negó con la cabeza, los dientes tan apretados como los puños.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que te pida perdón por tragarme tu estúpida bromita y pensar que vas desnuda para sacar más propinas? Pues no pienso disculparme por ello. Tu broma me ha cabreado. ¡Y mucho! Ha sido de muy mal gusto, reconócelo —la increpó.

—¡Lo reconozco! —aceptó ella—. Ahora tú discúlpate por pensar mal de mí —insistió.

—¡Lo siento! —gruñó él con los dientes apretados.

—¡Vale! Ahora bésame, ¡joder! —Se lanzó contra él, abrazándolo de tal manera que no quedó entre sus cuerpos espacio para que pudiera pasar siquiera una brizna de aire.

Adán la agarró del culo con una mano y le envolvió la nuca con la otra, pegándola aún más a él, si es que eso era posible. Se lamieron las bocas, pelearon con las lenguas y se mecieron uno contra otro, excitados por el roce de sus cuerpos.

Eva gimió excitada a la vez que frotaba sus erizados pezones contra el áspero vello que cubría el pecho masculino. Adán, en cambio, mantuvo un contenido silencio mientras le amasaba el trasero, deslizaba un dedo entre las nalgas y le presionaba el ano. Eva se puso de puntillas excitada y acunó contra su pubis la rígida erección, meciéndose contra ella de tal manera que en pocos segundos Adán estaba al borde del orgasmo. Y no era el único.

La apartó, dejando que el aire corriera entre ellos. Necesitaba calmarse un poco y recordar por qué no podían follar allí, en ese mismo instante. Y no era por las normas del local, sino porque cualquiera podía salir y disfrutar del espectáculo. ¡Joder!

—¿Dónde dices que está la pensión esa? —Miró desesperado las puertas del patio.

—Allí —señaló Eva. Le dio la mano y tiró en esa dirección.

—Eva, tenemos un problema con una mixtura de *epidemium*. Soraya dice que me he pasado con la dosis, pero yo creo que está bien. ¿Podrías acercarte a mirarlo?

Adán y Eva se quedaron petrificados al oír a Paco. Ella tomó aire con fuerza dos veces y se volvió para quedar enfrentada a su jefe, que estaba a un par de pasos de ellos.

—Claro, iré a ver qué has hecho esta vez. —Esbozó una forzada sonrisa.

Adán se mantuvo de espaldas al hombre, pues tenía un pequeño, o más bien gran, problema. Uno muy duro, muy rígido y muy erguido. Y la maldita toalla que le había costado veinticinco euros estaba en el suelo, donde había

caído cuando el frenesí lo había vencido. Trató de taparse con las manos, pero era evidente lo que intentaba ocultar.

—No te avergüences de sentir pasión, muchacho —dijo sonriente Paco, colocándose frente a él a la vez que le tendía un vaso.

A Adán no le quedaba más remedio que cogerlo si no quería parecer avergonzado por su excitación, aunque ésa fuera la realidad. Lo colocó tapando su polla, si bien no le sirvió de mucho, pues le habría hecho falta uno mucho más grande para que el camuflaje fuera eficaz.

—Cuentas con un magnífico instrumento para dar placer, deberías enorgullecerte —continuó Paco, fijando la mirada en la bamboleante erección de Adán.

—No tan magnífico como el tuyo —replicó éste, mirándolo asombrado. Dio un trago al mejunje que tenía en la mano para aclararse la garganta.

—Oh, esto. —Paco se agarró la polla con las dos manos—. En parte es genética, pero otra parte muy importante son los ejercicios que realizo cada noche para que se desarrolle en toda su extensión —comentó masajeándosela sin recato—. Si quieres, te los puedo enseñar, pero no hoy. Esta noche tengo una revelación importante que hacerte —dijo muy serio—. Bebe, lo necesitarás.

—De eso estoy seguro —masculló Adán dando otro trago al vaso. Era algo parecido al té, con un sabor dulzón y a la vez intenso, que le recordaba un poco a la canela.

—Ya sé por qué encontré tu yo astral en Andrómeda —dijo Paco circunspecto—. Porque estás predestinado a Eva.

—Ah. —Adán lo miró perplejo—. Y ¿tú cómo sabes eso? ¿Eva te ha dicho algo sobre mí?

—No, aparte de que eres muy bueno en la cama y le haces reír, no me ha comentado mucho más. Pero sé que el universo te ha escogido para ella porque soy su Guardián.

—Sí, claro... Algo así me había parecido.

Adán le dio otro trago al vaso, no porque tuviera sed, sino por tener algo en la boca que le impidiera hablar. Eva parecía tenerle mucho cariño a ese hombre, y no le apetecía decir lo que pensaba y ofenderlo.

—Mi deber es conocerte y dilucidar si estás preparado para ella. Y, en caso negativo, adiestrarte en las artes del placer, el amor y el compromiso —apuntó Paco muy serio.

Adán estuvo a punto de ahogarse por culpa del nuevo trago que le había dado al vaso.

—Tranquilo, muchacho; por lo que veo, estás capacitado para complacerla. —Le dio unas palmaditas en la espalda a la vez que le miraba la entrepierna, donde su erección había menguado hasta su tamaño en reposo, que tampoco era desdeñable—. Sólo quería avisarte de que te visitaré en distintos planos, así que, si me ves, no te asustes, no voy a atacarte, sólo quiero conocerte en tus otras realidades.

—Estupendo, te agradezco el interés —dijo Adán siguiéndole la corriente—. Pero ¿qué significa eso de que estoy predestinado a Eva?

—Eres el descendiente del primer hombre...

—Creía que todos lo éramos —replicó él mordaz, sin poder evitarlo.

Paco entrecerró los ojos al caer en la cuenta de que tenía razón, pero pronto una sonrisa volvió a iluminar su rostro.

—Sí, todos descendemos de él, pero tu interior, al igual que el de Eva, se corresponde con la esencia primigenia del primer Adán. Sois la primera pareja reencarnada y estáis destinados a estar juntos y proveer de hijos el universo.

—Pues vas listo —musitó Adán, dando otro trago al té, al que había cogido el gusto. No pensaba tener hijos. Mucho menos proveer de ellos al mundo.

—No me crees, lo sé. Puedo ver el escepticismo en tu mirada. Pero no me importa, yo sé cuál es la verdad y sólo eso cuenta. Toma. —Paco le tendió con reverencia un objeto que había estado sujetando en su mano derecha.

Adán lo agarró sorprendido. Era una tapa de mermelada Eva con un largo cordel.

—Éste es el símbolo de vuestra unión. —Se la puso al cuello cual collar—. Hónralo y cuídalo de la misma manera que debes honrarla y cuidarla a ella. Y, recuerda, no te lo quites nunca, vuestra vida dependerá de él. —Había lágrimas de emoción en sus ojos—. Te estaré vigilando en todas tus vidas y

planos —le advirtió antes de irse.

Adán observó patidifuso la tapa de confitura. Era redonda, ponía «Eva», y una resistente y fina cuerda la atravesaba, formando un collar. Hizo ademán de quitársela, pero lo pensó mejor. Seguro que a Eva le hacía gracia verlo con ella.

Se dirigió a las puertas para entrar de nuevo y en ese momento un intenso calor lo recorrió, quemándolo. Se detuvo jadeante. ¿Qué coño le estaba pasando? Miró la estufa, estaba bajo ella. La apagó, pero no sirvió de nada. El calor provenía de su interior, no del exterior. Se tomó de un trago lo que le quedaba del té helado, calmando la combustión que sentía. Enfiló hacia las puertas, pero volvió a detenerse al comprobar que el repentino ardor había llevado consigo cierto efecto secundario de lo más incómodo.

Dio media vuelta y fue a por algo muy importante que había dejado olvidado: ¡la toalla para cubrirse! Y sobre todo ahora, que estaba de nuevo duro como una piedra. Dio varias vueltas al patio intentando bajar su vigor y, cuando se dio cuenta de que pasar frío no le servía de nada, entró en el ConSumo Placer. Buscó a Eva y la vio en la barra, observándolo ceñuda. Se dirigió hacia allí, teniendo cuidado de llevar bien cubierta la entrepierna.

—¿Qué?, ¿ha sido divertido pasear por el patio? —dijo ella burlona.

—Pues la verdad es que no. Más bien ha sido incómodo. Mucho —masculló apartando un instante la toalla para que viera cuál era el motivo de su incomodidad.

Eva abrió unos ojos como platos al ver la tremenda erección que lucía.

—No tengo ni idea de por qué estoy así..., y no consigo que se me baje.

—¿No sabes por qué estás así? —Lo miró ofendida—. Vaya, y yo que pensaba que mis besos y mis caricias habían tenido algo que ver con tu actual estado.

—Sí, claro. Pero se me ha bajado mientras hablaba con el tarado de tu jefe y, cuando iba a entrar de nuevo, me he puesto así —susurró frustrado—. Me siento expuesto, joder.

—El ConSumo Placer a veces tiene ese efecto en quienes lo visitan por primera vez —comentó ella quitándole hierro al asunto—. Siéntate un rato hasta que se te pase.

—No tengo tiempo. Mi abuela y sus amigos salen del teatro dentro de veinte minutos y tengo que recogerlos —explicó—. Por cierto, tu jefe me ha regalado esto. —Asió la tapa de mermelada—. Me ha asegurado que estamos predestinados —dijo burlón—. Está como una cabra.

—Paco es especial, pero no tiene mala intención y, desde luego, no está loco —replicó ella a la defensiva—. ¿Te importaría ponerte la tapa cuando estés por aquí? Para él es muy importante. La guarda desde que yo era una niña. Fue gracias a ella que nos conocimos.

Adán arqueó una ceja intrigado.

—El verano que cumplí los diez años estaba de viaje con mi madre y entré en una tienda a comprar mermelada. Leí la marca en esa tapa y me hizo gracia, porque era mi nombre. En ese momento el tendero, que era un jovencísimo Paco, me miró con los ojos desorbitados, dijo que yo era su destino y se unió a la comuna de mi madre. Desde entonces ha estado a mi lado, cuidándome. Es lo más parecido a un padre que he tenido nunca.

Adán asintió, guardándose sus opiniones para sí. Si ella quería a ese tipo raro como si fuera su padre, lo mínimo que podía hacer era respetarlo.

—Tengo que irme, el teatro está a punto de acabar, confío en que los pantalones y la camiseta disimulen el problema. —Miró disgustado la toalla que cubría su erección.

—Te acompaño.

Esperó a que ella dejara la barra a cargo de otra camarera mientras se removía nervioso. Estaba deseando ponerse la ropa de una buena vez. No se sentía cómodo en bolas delante de la gente, sobre todo estando tan excitado. Y allí, tal y como Eva había predicho, había muchísima gente. Hombres y mujeres se mezclaban, ocupando todos los colchones y las hamacas, y las mesas estaban llenas de vasos que contenían líquidos de tonos verdes y ambarinos. Esbozó una sonrisa socarrona al pensar que éstos debían de ser los supuestos afrodisíacos. Pobres clientes, seguro que pagaban una pasta por agua sucia con sabor a hierba que no servía para nada. Desvió la mirada hacia la cama redonda; un grupo mixto estaba tumbado en ella y, cosa extraña, sólo estaban charlando. Se volvió para echar un ojo al reservado. ¡Ajá! ¡Allí sí que había tema! Unas cuantas personas de género indefinido, pues estaban

demasiado «apretadas» para ver ningún atributo, se abrazaban y se besaban tras los flecos rojos que no los ocultaban.

—¿Te gusta mirar? —le susurró Eva al oído, haciéndole gemir.

Estaba tan excitado que sólo con el tacto de su aliento se le erizó la piel.

—Te aseguro que, ahora mismo, lo último que quiero es encenderme más. Sólo estaba curioseando.

—Anda, vamos, tengo unos pocos minutos antes de que Soraya me llame desbordada.

Se tomaron de la mano y se dirigieron al guardarropa. Adán recogió sus cosas y, cuando iba a entrar en el vestuario masculino, Eva tiró de él, alejándolo. Lo llevó hasta una puerta cerrada y tecleó un código en el panel de seguridad para entrar en las dependencias del personal, que estaban vacías, a excepción de las cajas de agua y los paquetes que se amontonaban en el suelo.

Se puso de puntillas, hundió los dedos en su pelo revuelto y se aproximó a sus labios.

—Me da una penita tremenda desaprovechar esto. —Le agarró la polla con la mano libre.

Adán gimió al sentir sus dedos envolviéndolo. Puso la mano sobre la de ella y la instó a masturbarlo a la vez que la besaba.

En el momento en que sus lenguas se tocaron, Eva dio un respingo, apartándose de él.

—¿Has bebido algo? —Lo miró con los ojos entornados a la vez que se lamía los labios.

No lo había visto con ningún vaso, y ella, que era la encargada de hacer las mezclas, tampoco le había servido nada.

—Sí, un té o algo así. Me lo ha sacado tu jefe al patio. —La miró intrigado. ¿A qué venía esa cara de espanto?

—No habrá sido capaz... —susurró ella antes de volver a besarlo.

Pero no parecía un beso, sino una degustación. Le chupó la lengua, lamió sus dientes y su paladar y volvió a chuparle la lengua.

—Joder, no me lo puedo creer —masculló al apartarse—. Voy a matar a Paco.

—¿Qué pasa? —susurró él, comenzando a preocuparse.

—Te ha dado una de sus mezclas de *tongkat ali*, *epimedium* y maca — señaló—. Es como un niño jugando a ser Dios. Te juro que le va a caer la del pulpo —rezongó Eva alterada.

—No entiendo nada. Explícame, de modo que pueda entenderlo, qué es lo que pasa.

Ella resopló y luego lo miró con semblante... ¿arrepentido?, ¿avergonzado?

—Te ha dado a beber un cóctel de plantas afrodisíacas, algo así como una Viagra natural —dijo irritada, cogiendo una botellita de agua de uno de los paquetes que había en el suelo—. Bebe mucha agua. Toda la que puedas. Es la única manera de eliminarlo de tu organismo. Te espera una noche bastante movida.

Adán la miró confundido.

—Te vas a matar a pajas —explicó ella, frunciendo el ceño.

—¿Por tomar un poco de té? No creo en el poder de las hierbas —replicó él con una sonrisa burlona—. Si estoy así —se señaló la entrepierna— es porque he sufrido una sobredosis de excitación por tu culpa. No estoy acostumbrado a verte tanto tiempo desnuda —musitó.

Y era cierto. Siempre que habían follado, o estaban vestidos o tenían prisa y no les daba tiempo a disfrutar de sus cuerpos desnudos.

Le sujetó la cara entre las manos y la besó, sus dedos hundiéndose en la alta coleta que ella siempre llevaba. Daría lo que fuera por verla con el pelo suelto, cayendo sobre sus hombros. Tal vez lo tuviera tan largo que se deslizara sobre sus pezones, acariciándolos.

Se le puso aún más dura, si es que eso era posible.

—Eva, siento arruinarte el descanso, pero tenemos un problema —los interrumpió la rubia que se había hecho cargo de la barra.

Adán gruñó frustrado, volviéndose de manera que la camarera no pudiera ver en qué estado se encontraba.

—No pasa nada, Sory, él ya se va —le dijo Eva, siguiéndola. Se paró un instante en la puerta para despedirse.

Adán esperó hasta que ésta se cerró y luego se lavó con agua fría y se vistió con rapidez; al final llegaría tarde al teatro.



Se volvió por enésima vez en la cama. Su cuerpo, inflamado por una energía que era incapaz de agotar o controlar, se estremeció de placer al rozarse contra la sábana que había bajo él. Se revolvió, frotando contra ella el foco, y a la vez origen, del violento frenesí que lo domeñaba. Se meció impetuoso, como si estuviera sobre el cuerpo de una mujer, penetrándola, hundiéndose en ella hasta el fondo. Follándosela tan duro como necesitaba. Apretó los labios ahogando el gruñido de placer que intentaba escapar entre ellos y volvió a darse la vuelta para quedar de espaldas sobre el colchón. Se llevó la mano al lugar que ardía con un fuego incombustible y, rendido a lo imposible, comenzó a masturbarse. Otra vez. ¿Cuántas iban ya? Movié la mano con rapidez en busca de alivio, aunque sabía que no le serviría de nada. Cuando se acercó al éxtasis, se tapó la boca con el antebrazo para no emitir ningún sonido que pudiera delatarlo y ahuyentar el sueño ligero de su abuela y, con el cuerpo tenso como un arco, se corrió.

Esperó inmóvil a que su respiración se normalizara. Se sentía febril. Inquieto. Abrasándose con un deseo voraz que no conseguía aplacar y que, cuando se rendía a él, sólo le provocaba insatisfactorios orgasmos que lo dejaban aún más anhelante.

Porque no era su mano lo que necesitaba. Lo que deseaba.

Encendió el móvil para ver la hora. Las cuatro de la madrugada. Llevaba cinco horas en ese estado. Saltó de la cama, se vistió y atravesó con sigilo el pasillo para no despertar a su abuela. No iba a soportar ese tormento ni un segundo más. Había bebido litros de agua, se había duchado. Dos veces. Ambas con agua fría. Se había masturbado. Cuatro veces. Incluso se había tomado un par de tilas. Y nada había dado resultado.



—Tu amigo está en la puerta, Eva. —El gorila se asomó a los vestuarios del personal.

Ella arrugó el ceño, sin saber a quién se refería. Esa noche, Bruno no tenía trabajo, así que Cruz debía de estar en casa con él, adorándolo. Y, que ella supiera, no tenía más amigos de género masculino. Acabó de vestirse y salió a la calle.

—Quién me lo iba a decir —musitó al ver a Adán. Se despidió del gorila y caminó hacia él—. ¿Qué haces aquí?

—Ya ves, he salido a dar un paseo para ver si me refrescaba un poco y he acabado aquí —gruñó él, caminando a su lado en dirección a Cascorro—. Tenía intención de entrar a tomarme algún brebaje, pero el señor Simpático me ha informado de que ya estabais cerrando. Así que he pensado que bien podía acompañarte a casa.

—Aún no se te ha pasado el efecto —dijo Eva. Y no era una pregunta. Lo notaba alterado, nervioso.

—¡No jodas! ¿Cómo te has dado cuenta? —exclamó encrespado.

—Chis, no grites, son más de las cuatro, la gente está durmiendo.

—Los que pueden —replicó él con sorna—. Porque algunos estamos bien jodidos y tenemos que dedicar la puñetera noche a hacernos trabajos manuales. No sé si me entiendes.

—Contrólate, ¿vale? No es culpa mía que estés en ese estado, así que date un par de puntos en la boca —dijo enfadada, dejando atrás la estatua del héroe de guerra.

—¡Claro que no es tuya, sino del tarado de tu jefe! Le voy a meter una denuncia que se va a cagar por las patas abajo.

—¿Ah, sí? Y ¿qué vas a alegar? ¿Que te ha dado un té de hierbas legales que te ha puesto más cachondo que un perro en celo? —se burló ella.

—Me ha envenenado. Estoy al borde del colapso. —Extendió las manos para que viera cómo le temblaban.

—No seas crío, nadie se muere por estar un poco excitado.

—¡Un poco! Me la he machacado cuatro veces en cinco horas y sigo cachondo —siseó con voz ronca. Agarró la mano a Eva, poniéndosela sobre su erección—. No puedo ni pensar en ti sin que se me ponga dura.

—¡Pues no pienses en mí! —exclamó ella, mirándolo alucinada a la vez que se la acariciaba por encima del pantalón. ¿Qué clase de mezcla había

hecho Paco para que un hombre tan templado como Adán estuviera tan alterado?

—Pero ¡es que no puedo evitarlo! Estoy jodidamente caliente, y sólo puedo pensar en follarte. De todas las maneras imaginables, y también de muchas inimaginables.

—Tranquilízate o te dará algo. —Se apartó cuando él comenzó a mecerse contra sus dedos de manera inequívocamente sexual.

—¡Ya me está dando algo! —exclamó pasándose las manos por la cara frenético.

—¡Deja de gritar! —le chistó.

Aceleró el paso para dejar atrás la plaza de la Cebada; tenían que llegar a casa antes de que Adán perdiera los nervios por completo y montara un escándalo.

—¡Lo siento! —susurró él encendido—. Todo esto es por culpa del alquimista de tu jefe. ¡¿Dónde coño está la Inquisición cuando se la necesita?! De buena gana lo torturaba un poco.

—No le echas la culpa a Paco, seguro que te ha dado la mezcla con buena intención.

—¿Con buena intención? Pero ¡tú estás viendo cómo estoy!

—Sí, lo estoy viendo y lo estoy oyendo. Yo, y todo Madrid. ¡Baja la voz!

—Maldito cabrón, le voy a meter un puro que le van a cerrar el puto bar.

—Está claro que de casta le viene al galgo —siseó Eva enfadada, dándole un empujón.

—¿Qué quieres decir con eso?

—La bruja de tu abuela ya nos ha denunciado varias veces, y seguimos en pie. Así que inténtalo si quieres, no te servirá de nada.

—Manda huevos que digas que mi abuela es una bruja cuando es tu jefe quien se dedica a hacer brebajes para volver locos a los hombres —resopló él.

—A ti no hace falta que te vuelvan loco, ya lo estás.

Entraron en la plaza de la Paja.

—No más que tú, niña mimada —repuso él, sacando las llaves para abrir el portal.

—No me llames así, yo no soy la heredera pródiga a quien siempre se lo han dado todo hecho.

—Y ¿crees que a mí sí? —exclamó ofendido, siguiéndola por la escalera.

—Por favor, no te hagas el pobrecito, tu abuela te tiene en palmitas —aseveró ella, llegando al rellano del tercero interior. Sacó las llaves de casa —. Me apuesto el cuello a que te plancha los calzoncillos para que estén más suaves.

—¿Quieres comprobarlo? —siseó frente a ella, sus caras separadas por un suspiro.

—Sí.

Eva le tiró de la cinturilla de los vaqueros y metió la mano por encima de los calzoncillos.

Adán, con un gruñido nacido de la necesidad más absoluta, la apretó con fuerza contra sí y la besó alterado. La empujó contra la puerta mientras ella intentaba meter la llave en la cerradura. Lo consiguió. Y a punto estuvieron de dar con sus huesos en el suelo cuando abrió.

—La segunda puerta a la derecha —gimió Eva contra los labios de él—. No, joder, la otra derecha —protestó cuando Adán se metió en el comedor en lugar de en el dormitorio.

—Da lo mismo, no puedo esperar más —gruñó dándole la vuelta con brusquedad.

La colocó frente a la mesa, doblada sobre ésta. Le apoyó las manos en la pulida superficie y le bajó los pantalones y las braguitas de un tirón. Luego se bajó la cremallera de los vaqueros, se puso un condón con nerviosa rapidez y, sin separarle las piernas, ya que no se lo permitía la ropa que se arremolinaba en torno a los muslos de ella, le metió los dedos para asegurarse de que estuviera mojada. Y, sin esperar un instante más, se la clavó hasta el fondo.

De una sola embestida.

Con contenida violencia.

Se quedó quieto, abrazado a ella mientras temblaba incontrolable.

—He muerto y estoy en el cielo —susurró, sus labios acariciando la nuca de Eva.

La agarró por la cintura y empezó a moverse. Con brusca rapidez y potente

entrega. Hundiéndose en ella con urgencia para luego salir y volver a entrar de golpe. Sus embestidas se aceleraron a cada segundo que pasaba, hasta que, apenas cinco minutos después, se apretó contra ella tembloroso y exhaló un jadeo que era mitad gemido mitad gruñido. Embistió dos veces más, hundiéndose con fuerza, y se quedó inmóvil, su torso contra la espalda femenina.

—Madre mía, sí que estabas cachondo —musitó Eva, tan excitada que se planteó acabarse el trabajito ella misma.

Deslizó la mano por su pubis, decidida a masturbarse mientras él todavía estuviera duro y dentro de ella.

Él la detuvo, le dio la vuelta y la besó. Y, mientras saboreaba su boca, le quitó la chaqueta y la camisa. Luego se arrodilló frente a ella y la liberó de las manoleínas, los pantalones y las braguitas. La miró voraz antes de auparla sobre la mesa. La dejó sentada en el borde y tomó una silla, que colocó frente a ella. Se sentó y se lamió los labios, como si estuviera a punto de darse un festín.

Y eso hizo.

Le abrió las piernas, colocándole los pies sobre sus hombros. Luego separó con los pulgares los pliegues mojados de su sexo y hundió la lengua en ellos. Se deleitó chupando los labios interiores y tirando de ellos mientras la penetraba con dos dedos. Cuando ella se agarró a su pelo alterada, frotó la nariz contra el clítoris, disfrutando del olor almizclado e intenso de su pasión. Lo atrapó entre los labios y succionó, sujetándole las piernas para impedir que las cerrara. Movié la lengua con ágil pericia sobre el endurecido botón, hasta encontrar el ritmo que la hacía gemir y, en cuanto su vagina se apretó contra los dedos que la penetraban anunciando el orgasmo, se retiró.

—¡Joder, estaba a punto! —gritó frenética cuando él apartó la silla, tirándola al suelo, y se puso de pie a su lado.

La silenció con un beso, bajó la mano derecha a su sexo y la penetró con el pulgar a la vez que le acariciaba el ano con el índice.

Eva se estremeció ante la extraña pero placentera sensación y cerró los ojos cuando él atrapó un pezón entre sus dientes y apretó. El destello de dolor y placer bajó como una flecha hasta su clítoris, haciéndola jadear. Ella se

arqueó y él hundió el índice en el orificio prohibido. Formó una pinza con el pulgar que penetraba la vagina y el dedo que le acariciaba el recto y apretó.

Eva abrió los ojos al sentir la doble penetración, pero no intentó cerrar las piernas. Al contrario, las abrió aún más. No sabía qué le estaba haciendo ahí abajo, pero era alucinante. Vio con el rabillo del ojo que él estaba de nuevo duro. Y, sin pensarlo dos veces, se la agarró y comenzó a masturbarlo. O al menos lo intentó, porque cuando él tiró de los dedos que la penetraban, frotándolos uno contra otro, perdió la noción de todo lo que no fuera el placer que estaba sintiendo.

Adán se meció contra la mano, que, aunque inmóvil, aún lo apretaba. Y luego se apartó, provocando un nuevo gruñido de Eva. Se colocó entre sus piernas, se puso un condón y la agarró del culo, tirando de ella hasta que estuvo al borde de la mesa. Se aferró la polla con fuerza y la dirigió al ano. Presionó contra él.

—Ni de coña, majete, esa puerta está cerrada —lo rechazó Eva, poniendo los pies en sus hombros y empujando—. Tienes que ganarte mi confianza para que te deje..., y eso es algo que nadie ha logrado jamás —le advirtió.

—Yo la conquistaré —susurró Adán con una peligrosa sonrisa antes de enfundar su polla en la vagina.

Se hundió hasta el fondo y comenzó a mecerse a la vez que posaba el pulgar sobre el clítoris.

Iba a ser una madrugada muy larga.



Dolores suspiró aliviada cuando oyó a su nieto entrar en casa. ¡Por fin regresaba! Permaneció inmóvil mientras él recorría la casa con lo que creía era sigilo, pero que a ella le parecía el mismo ruido que armaría un elefante en una cacharrería. Esperó un rato hasta oír sus suaves ronquidos y se levantó de la cama. Recorrió el pasillo silenciosa y se asomó a la habitación de Adán. Más que dormido, parecía en coma: estaba de espaldas sobre la cama, desnudo excepto por los calzoncillos, con las piernas y los brazos extendidos.

Frunció el ceño enfadada. Su niño no tenía costumbre de escaparse de casa

a media noche y volver casi al amanecer, agotado.

«No, él lo que suele hacer es largarse de repente y no volver en diez años», replicó la voz de su conciencia.

Sacudió la cabeza, deshaciéndose de ese pensamiento tan inoportuno.

Lo miró preocupada; se había pasado toda la noche nervioso, dando vueltas por la casa sin dejar de gruñir como un lobo enjaulado, hasta que se había marchado en plena madrugada. Y luego no había vuelto hasta casi las ocho. Apestando a mujer. A una en especial: la Borrego.

¿Qué demonios había estado haciendo esas horas?

Sacudió la cabeza. ¡Qué pregunta más tonta! De sobra sabía en qué había empleado el tiempo. Pero ¿en qué estaba pensando su estúpido nieto? Aunque la pregunta no era «en qué», sino «con qué». Y desde luego que no estaba pensando con el cerebro. ¿Es que no se daba cuenta de que esa mujer no le convenía? Era demasiado independiente para él. Eva era como su alocada madre. Jamás querría una relación estable, menos aún formar una familia. Y Adán ya tenía cuarenta y un años, no podía permitirse el lujo de seguir perdiendo el tiempo con relaciones imposibles. Tenía que buscar una buena esposa que le diera hijos.

Se llevó las manos al pecho preocupada. Su querido niño no podía seguir solo más tiempo. Dios sabía que a ella no le quedaban muchos años y, cuando faltara, ¿quién lo querría? ¿Quién se preocuparía por él? ¿Quién lo cuidaría?



Domingo, 25 de septiembre de 2016

Dolores miró el reloj de la pared: faltaban veinticinco minutos para las dos. Mostró una taimada sonrisa y se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas, abuela? —le preguntó Adán, que en ese momento salía del dormitorio vestido sólo con los vaqueros. Se estiró bostezando.

—Ya era hora de que te levantas —lo regañó ella.

—Ayer me costó dormirme.

—Ya lo creo que sí —masculló, abriendo la puerta.

Atravesó el rellano y llamó a la puerta de enfrente con golpes rápidos y conspiradores. Mercedes no tardó en salir, llevaba algo blanco en la mano.

—Ya sabes dónde colocarlo —le dijo Dolores intrigante.

—Te ha seguido. —Mercedes señaló un punto tras la viuda.

Dolores se volvió, dedicándole una furiosa mirada a su nieto.

—Vuelve a casa —le ordenó taxativa.

Adán arqueó las cejas, asombrado por su tono, pero optó por hacerle caso. Algo estaban tramando y no querían que lo supiera, y por él estaba bien. Tampoco era que le importara un comino, pensó molesto.

Entró en casa y fue directo al baño, necesitaba ducharse con urgencia.



Eva palpó la mesilla con mano temblorosa hasta que dio con el móvil. Lo agarró y a punto estuvo de estamparlo en el suelo con rabia, pero luego recordó lo que costaban los malditos smartphones y lo pensó mejor. Se levantó de la cama bufando y miró la hora. Las dos menos veinte. ¡Mierda! Había vuelto a quedarse traspuesta, como le pasaba todos los domingos; de hecho, por eso se ponía el despertador. Para levantarse veinte minutos antes de que cerrara la panadería y no quedarse sin pan.

Saltó, o, mejor dicho, se tiró de la cama, se lavó la cara como los gatos, se hizo una coleta alta que no se molestó en peinar, se vistió de cualquier manera y, tras coger el dinero y las llaves, salió de casa a la carrera.



Adán oyó el grito desgarrado de Eva cuando estaba poniéndose los pantalones. No lo pensó un segundo, se los subió con rapidez y echó a correr. Salió de casa descalzo y se encontró con Mercedes y su abuela en el rellano.

—¿Adónde vas?! —lo increpó Dolores cuando pasó junto a ellas como una exhalación.

—¡Eva está gritando! ¿Es que no la oyes? —Las miró sorprendido. ¿Qué

hacían allí?

No se paró a averiguarlo. Bajó los peldaños de tres en tres, echó a correr en el pasillo que daba a los pisos interiores y subió el tramo de escalera que lo llevaría hasta Eva, quien continuaba gritando. Aunque los alaridos de terror se habían convertido en gritos de rabia.

Saltó los tres últimos escalones y se detuvo petrificado en el rellano. El sol apenas entraba allí, por lo que se mantenía en penumbra. Eva estaba sentada en el suelo mirando furiosa hacia arriba a la vez que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones maldiciendo a... su abuela.

Adán miró hacia arriba y vio un ¿fantasma?

Entrecerró los ojos; ¿ésa no era la gasa blanca que tenía su abuela cuando lo había echado de la cocina el día anterior? La habían endurecido de alguna manera, dándole forma de fantasma semitransparente, y la habían colgado del plafón del techo. Y, joder, con la escasa iluminación y los ojos de cartón negro que le habían pegado, la primera impresión que daba era la de un fantasma flotando en mitad del rellano.

Volvió a mirar a Eva, cuya furia era palpable, y, sin poder evitarlo, estalló en carcajadas. Esta vez, su abuela se la había devuelto con creces.

—¡No te rías! ¡Ha sido Dolores, lo sé! —lo increpó ella con rabia—. ¡Bruja asquerosa! ¡Te vas a enterar! —gritó pasando junto a él para tomar cumplida venganza.

Adán abrió mucho los ojos y se lanzó tras ella. La agarró por la cintura en el mismo momento en que llegaba a la escalera.

—¡Suéltame! —gritó forcejeando contra él.

—Tranquilízate, ha sido una jugarreta inocente.

—¡Ha estado a punto de matarme del susto!

—Sólo te ha devuelto la travesura. Tú también la asustaste cuando le enviaste el saltamontes —apuntó Adán.

—Sí, eso estuvo bien. Gritó muy fuerte —murmuró ella, apaciguándose—. Joder, mira qué hora es, me he quedado sin pan por su culpa —dijo alzando la voz y mirando el final de la escalera, donde estaba segura de que Dolores y su secuaz, Mercedes, se lo estaban pasando pipa riéndose de ella—. ¡Tienes que darme al menos media barra, me niego a comer sin pan por su culpa! —exigió

enfurrugada, empujándole los hombros para intentar soltarse de su agarre.

—Está bien, te la daré. —Adán la miró, fascinado por la intensidad de su enfado.

Ella siempre era así de intensa: cuando reía, cuando follaba y también cuando se enfadaba. En su cara podía leerse todo lo que sentía, todo lo que pensaba. Era sincera incluso en sus gestos y las emociones que pasaban por su rostro.

Bajó la cabeza y la besó con apasionada entrega.



—¡Tu nieto está besando a la Borrego en mitad de la escalera! —siseó Mercedes en el descansillo del tercero exterior.

—Lo hace para silenciarla —lo excusó Dolores con voz gélida—. Deja de cotillear y entra en casa antes de que se te queme la comida.

A mucha gente le disgustan las reuniones de propietarios. Pero yo debo de ser un bicho raro, porque me chiflan. En serio. No sé si es por la agresividad que destilan algunos de mis vecinos, por la tensión que embrutece el ambiente o por las pullas que nos soltamos unos a otros, pero, sea por lo que sea, me lo paso bomba en ellas. Me siento a la mesa de mi facción, abro la boca y da comienzo el juego. Observo a mis vecinos machacarse unos a otros, a veces entro en batalla y otras los animo a que den rienda suelta a sus instintos asesinos. Es mucho mejor que un combate de *pressing catch*, ¡y además es gratis! Ríete tú del *guillotine leg drop* o del *senton bomb*;^[7] en nuestras reuniones no hacen falta llaves, puñetazos ni patadas para darle emoción al asunto, es suficiente con que un vecino del bando Borreguero abra la boca para que haya un ataque fulminante por parte de los Vega-Sombría, y si quien habla es la Morosa, la cosa ya pasa a mayores.

Hay veces que me he sentido tentada de bajarme las palomitas y la coca-cola, joder, es que cuando se ponen, es mejor que el cine. De hecho, aún guardo la esperanza de que alguna vez acabemos a mamporros al más puro estilo Bud Spencer y Terence Hill.

Sería la caña.

★ ★ ★

Martes, 27 de septiembre de 2016

El Café Bar Delic era uno de los locales que se abrían a la plaza de la Paja. Su escaparate de estilo retro alimentaba la nostalgia de años pasados, que tal vez nunca fueron mejores. En él, dos muñecas del tamaño de un niño de cinco años engalanadas con blancos vestidos de principios del siglo XX sujetaban una sombrilla y una bolsa de playa. El suelo estaba cubierto de arena y conchas y, frente a sus pies calzados con merceditas negras, había dos enormes caracolas. Varias piruletas antiguas en forma de espiral roja y blanca colgaban del techo, dándole un aire melancólico. Adán se paró frente a él, su aspecto sereno y poético no concordaba demasiado con el carácter de los vecinos que se reunirían en su interior al cabo de pocos minutos. Aunque, quién sabía, tal vez se equivocara y la reunión se desarrollara con cordialidad. Que su abuela y Eva estuvieran en pie de guerra no significaba que el resto de la comunidad también lo estuviera.

—¿Por qué te detienes? Vamos, no te quedes ahí como un pasmarote. Tenemos que llegar pronto y coger sitio para Mercedes y Félix —lo regañó Dolores tirando de él.

Para no tener mucha fuerza, daba buenos tirones.

Entró resignado. No entendía qué interés tenía su abuela en llegar pronto para disfrutar de una tertulia aburrida e interminable. De hecho, por cómo estaba de animada, más parecía que iba al circo que a una reunión de propietarios.

Atravesaron el bar para entrar en un pequeño salón en el que había varios veladores circundados por sillas de madera de aspecto añejo, dos mesitas cuadradas rodeadas por sillas de metal y, en ambos extremos de la sala, vetustos taburetes de piel.

Dolores ocupó el velador que estaba en el mismo centro de la estancia y Adán se sentó a su lado a esperar paciente la llegada del resto de los vecinos. El primero en aparecer fue el administrador de la finca, quien, tras saludar, se quedó de pie en la entrada. Luego llegaron Mercedes y Félix, que se sentaron junto a Dolores. Después, los vecinos del primero exterior se colocaron en el espacio contiguo a ellos. El Ogro, Rodrigo y el Inspector lo hicieron en el último de los veladores, lo suficientemente alejados de Dolores para dejar

claro que no era su capitana, pero en su hilera, demostrando que sí compartían muchos de sus objetivos. Luego hubo un parón en el tránsito de vecinos que no se reanudó hasta las ocho, cuando hicieron su aparición los patriarcas asiáticos y el papá hindú, que además de ser vecino era dueño del colmado de la plaza. Ocuparon los taburetes del fondo, alejados de las mesas y los veladores, dejando claro que la guerra no iba con ellos. A las ocho y cinco, cinco minutos después del comienzo oficial de la reunión, hicieron acto de presencia Gala, Vicenta, Cruz y Eva. Ocuparon las mesitas cuadradas que había frente a los veladores. Por último, y casi a la vez, llegaron el Mudo y la Morosa. Se sentaron en los taburetes de la entrada, que, además de ser el mejor lugar para ver —y escuchar— las reacciones de los propietarios, también era, al igual que la zona del fondo, territorio neutral.

Eva y Dolores se miraron beligerantes y luego giraron las cabezas hacia el Mudo, presidente de la comunidad ese año, y cabecearon instándolo a comenzar sin más demora, pues el Cubano, el segoviano, la familia del primero interior y las estudiantes jamás acudían a las reuniones.

Juan asintió muy digno y, tras dar por iniciada la asamblea, le cedió la palabra al administrador, quien procedió a pasar lista y dar validez a la reunión. Tras esto, Juan volvió a tomar la palabra y expuso el asunto que debían tratar: los hechos acaecidos en el edificio la mañana del 23 del mes presente.

—O, lo que es lo mismo, cuando un cabronazo extendió mierda por la barandilla —intervino Eva, dando al traste con el estudiado discurso de Juan, que la miró ofendido.

—Exijo que modere su lenguaje durante de la reunión, señorita Borrego —apuntó altiva Dolores—. Que estemos obligados a escucharla no significa que debamos sufrir por ello.

Adán parpadeó sorprendido y luego fijó la mirada en Eva, esperando su respuesta. El administrador y los vecinos, perros viejos en cuanto a reuniones, se acomodaron en sus asientos y se prepararon para el espectáculo.

—No te preocupes, Lolita, te he traído unos pendientes especiales para que, cuando te sangren los oídos por culpa de mi vocabulario, no se te manche la ropa. —Dejó sobre el velador de la anciana un paquetito envuelto en papel

de regalo—. Por nada del mundo querría que unas prendas que llevan contigo tantos siglos se ensuciaran. Sólo por su antigüedad, deben de valer una millonada —apuntó por si no había captado la pulla.

Adán miró a Eva pasmado y luego se volvió hacia su abuela, quien en ese momento esbozaba una taimada sonrisa.

—Te agradezco el presente —replicó Dolores sin molestarse en abrirlo—, pero no será necesario; en previsión de tus habituales modales, he traído el instrumento perfecto que me libraré de oír tus groserías.

Dicho esto, sacó una caja del bolso y la dejó sobre la mesita que ocupaba Eva.

Los allí presentes tomaron aliento, deteniendo el tiempo con un susurro contenido mientras ambas mujeres se miraban desafiantes, esperando a que cada una abriera su regalo.

Adán, nuevo es esas lides de las reuniones de propietarios, miró a su abuela, luego a la Borrego y, después, hizo lo impensable. Abrió el paquete que Eva le había regalado a Dolores, con lo que se ganó un fiero resoplido de su abuela.

Los adjuntos Borregueros se rieron con ganas al ver el presente, los acólitos de los Vega-Sombría bufaron desdeñosos, y los vecinos que habían ocupado posiciones neutrales asintieron en silencio, reconociendo que la broma había estado a la altura de lo que esperaban.

—¿Qué narices es esto? —exclamó Adán asqueado, dejándolo sobre la mesa.

—Unos pendientes hechos con tampones para que recojan la sangre que escape de las orejas de tu abuela —explicó Eva socarrona.

—No me parece divertido —protestó él—. Esto es una reunión de vecinos, no un patio de colegio. Si no...

—Abre el tuyo —exigió Dolores, interrumpiendo e ignorando la defensa de su nieto.

Adán miró a su abuela herido; por lo visto, de él se esperaba que mirara, escuchara y callara, igual que cuando era niño. Y no había nada que le diera más rabia.

Eva hizo una seña a su lugarteniente, Cruz, para que abriera el paquete.

—¡Joder, abuela! —exclamó Adán al ver el regalo—. ¿De dónde has sacado eso?

—Lo compré con tu ordenador —replicó ella.

Sonrió ufana al ver la expresión pasmada de Eva y sus secuaces. Expresión que no se diferenciaba mucho de la del resto de los vecinos.

—Dios Santo, yaya, no puedes usar mi ordenador para estas cosas... De hecho, no deberías saber siquiera que existen estas cosas —exclamó Adán.

—¡Es la leche, Lola! —lo interrumpió Eva, sus labios curvados en una amplia sonrisa mientras alzaba la mordaza con bola de BDSM—. Me encanta, ya sé con quién la voy a usar —dijo con voz ronca mirando a Adán.

Luego se lamió los labios muy despacio, consiguiendo que éste se removiera incómodo al notar el conocido tirón del deseo en su entrepierna.

—No se te ocurra meter a mi nieto en esto —le advirtió Dolores—; es un pobre inocente que ha caído bajo tu influjo.

Adán gimió llevándose las manos a la cabeza. Esa reunión llevaba camino de convertirse en una pesadilla.

—Te aseguro que de inocente tiene poco —replicó Eva—. Pero tienes razón, debemos dejarlo a un lado si no queremos amargarle la vida —aceptó al ver el gesto desamparado de su amante.

—Bien, pues si hemos acabado con los preliminares, propongo que denunciemos el incidente a la policía —se apresuró a decir el Mudo antes de que Eva y Dolores empezaran a pelear de nuevo.

—¿Quieres denunciar que mi abuela le ha regalado a Eva una mordaza? —exclamó Adán. ¡¿Qué demonios pasaba en esa comunidad?! ¿Acaso la locura era contagiosa?

—No, hombre. Hablo de denunciar que nos han llenado de excrementos las barandillas.

—A ver si hay suerte y la poli se digna hacer su trabajo y encuentra a los malhechores —apuntó hiriente la Morosa.

—Si no te mete a ti en la cárcel por choriza, no veo por qué iba a encontrar a los niñatos que lo han hecho —replicó mordaz Rodrigo, quien, como todos en la comunidad, estaba harto de que no pagara.

—Tú a mí no me llamas eso —replicó la mujer ofendida.

—Claro que sí, choriza —repitió Rodrigo, ganándose la simpatía de todos sus vecinos.

—Me niego a permanecer aquí si me insultan —amenazó ella, poniéndose en pie. Como nadie salió en su defensa, volvió a sentarse. No era plan de faltar a una reunión y luego descubrir que por fin se habían decidido a denunciarla por no pagar la comunidad.

—Siento llegar tarde, me he quedado dormido —dijo en ese momento Calix, entrando con lánguida indolencia en el salón.

Miró a su alrededor, buscando un sitio en el que sentarse, y no tardó en percatarse de los cuatro bandos que se habían formado. Eligió el suyo.

Se sentó junto a Gala, a la mesa cuadrada de los Borregueros, capitaneados por Eva.

Gala resopló, poniendo los ojos en blanco.

Eva la reconvino con un codazo. Cuantos más vecinos se unieran a su causa, mejor. Y eso incluía al guapo adonis del primero.

Frente a ellas, Rodrigo apretó los labios irritado al ver que el rubiales que traía locas a todas las vecinas de la plaza, independientemente de la edad que tuvieran, le ponía ojitos tiernos a la morena del segundo interior.

—Bueno, ahora que por fin estamos todos, propongo que continuemos con el orden del día —dijo con retintín el Mudo, enfadado por tantas interrupciones.

—Deberíamos denunciar —sugirió el Ogro tomando la palabra—. Coincido con el nieto de Dolores en que lo más probable es que haya sido un gamberro al que sea difícil, por no decir imposible, atrapar, pero, aun así, nuestro deber es denunciar.

—Tal vez puedan revisar las cámaras de la plaza y comprobar quién entró esa noche en el portal —comentó Vicenta, gran aficionada a las series de detectives.

—En la plaza no hay cámaras —apuntó el Inspector, tan aguafiestas como siempre.

—Pues que las pongan.

—También podrían hacer una investigación en el instituto, seguro que ha sido alguno de los estudiantes. Si los presionan con interrogatorios, darán con

el culpable —apuntó Mercedes, que tenía los mismos gustos televisivos que su enemiga.

—¡Cómo no! ¡Siempre tienen que ser los niños! —replicó Gala indignada.

—¿Quién, si no, haría una travesura semejante? —la desafió Félix.

—Tal vez un maricón mentiroso y farsante con diarrea —apuntó ponzoñoso Cruz, sorprendiéndolos a todos.

Esa tarde estaba de lo más sanguinario porque Bruno había recibido una visita sorpresa de uno de sus hermanos y, tras presentarlo como si fuera un vecino, le había pedido en un aparte, ¡a él!, que durmiera con Eva esa semana para que su hermano, que iba a alojarse en ¡su casa!, no sospechara nada. Y él, como el idiota enamorado que era, había aceptado sin abrir la boca.

—Cruz..., tranquilo. —Eva lo abrazó con cariño a la vez que miraba amenazante a todos aquellos que hacían ademán de protestar por el lenguaje de su amigo.

El Inspector carraspeó un par de veces, llamando la atención sobre su persona.

—¿Nadie se plantea que pueda ser uno de los residentes del edificio? —comentó.

—¡Claro que no! —exclamó el Mudo ofendido—. ¿Quién de nosotros podría hacer eso? Aunque es cierto que faltan algunos vecinos a la reunión. —Se refería a las estudiantes, a la familia del primero y al Cubano—. Y tampoco sabe nadie lo que ocurre en la casa de cada cual.

—Las apariencias siempre engañan —aseveró el Inspector, mirando a su alrededor con los ojos entornados.

Todos los vecinos, Eva y Dolores incluidas, se apresuraron a poner cara de no haber roto un plato —ni haber escamoteado el IVA en una factura— en su vida.

—Y ¿qué vecino puede tener interés en poner caca en las barandillas? —comentó el patriarca asiático, hablando por primera vez.

A eso siguió un acalorado debate en el que, tras mucho discutir, todos los vecinos, menos el Inspector, estuvieron de acuerdo en que los malhechores habían sido gente de fuera y en que iban a denunciar. También se aprobó *in extremis* la propuesta de cambiar la cerradura del portal para evitar nuevas

travesuras. Y, ya que estaban puestos, algunos residentes dejaron constancia de su protesta por los ruidos que los niños hacían al subir y bajar la escalera, otros se quejaron de la empresa de la limpieza, y unos cuantos por el alto importe de la factura de la luz.

Dolores, como vecina astuta que era, estaba impaciente y preparada para cuando surgiera esa contingencia —ella también había visto la última factura en el balance de cuentas trimestral—, y propuso reducir el tiempo de iluminación de los rellanos y las escaleras de cuarenta y cinco a veinte segundos.

—¡Cómo se nota que tú subes en ascensor! —protestó Cruz—. Apenas nos da para subir la escalera hasta el primero con tan poco tiempo, como para tener menos aún.

—¡Me niego a acortar el temporizador! —convino Vicenta.

—¡Lo que no es justo es que Juan y yo tengamos que pagar la misma cuota de luz que los que viven en los pisos superiores y pasan más tiempo en la escalera! —apuntó el Ogro.

Adán miró a sus vecinos asustado. Hacía años que no asistía a una reunión vecinal. Antes de mudarse con su abuela, había vivido de alquiler y le importaba un pimiento lo que pasara en el edificio. Y las pocas reuniones a las que había asistido durante los cuatro años que estuvo casado no le habían interesado mucho. Pero no las recordaba tan... agresivas. En ese salón había tal barullo que apenas podía entender las discusiones.

Miró a Eva. Estaba sentada a un par de metros de él, y parecía estar pasándosele pipa mientras sus vecinos se gritaban y se amenazaban. Incluso, cuando se dio cuenta de que él la estaba mirando, le guiñó un ojo para luego lanzarle un beso.

Beso que, como no podía ser de otra manera, fue interceptado por la mirada sagaz y enfadada de su abuela, quien se apresuró a arremeter contra ella, acusándola de hablar con Vicenta en el rellano, gastando luz del edificio.

Pasó un buen rato antes de que los ánimos se calmaran, y eso sólo sucedió cuando sometieron a votación la reducción de tiempo, dando ésta como resultado un empate técnico de siete a siete gracias a la abstención del papá hindú, que, como buen comerciante, jamás se ponía de parte de ningún bando.

Eva, Gala, Vicenta y Cruz miraron asombrados a Rodrigo. Era la primera vez que éste votaba a su favor; de hecho, había sido su voto el que había logrado el empate técnico, sin él, habrían tenido que darse aún más prisa en subir y bajar la escalera. Y, mientras la sección Borreguera de la finca lo miraba pasmada, los seguidores de los Vega-Sombría lo observaban enfadados por su flagrante traición.

Sólo hubo una mirada preocupada entre todas, y fue la de Calix. No le gustaba nada el cambio de actitud del vendedor de camisas, porque mucho se temía que tenía que ver con la morena a la que pensaba tirarse ese sábado... y también todos los sábados, los domingos y los días entre semana que ella lo dejase.

Adán suspiró al comprobar que llegaban a un tenso acuerdo. Miró el reloj, eran casi las diez de la noche. Habían pasado dos horas desde que había empezado la reunión y sólo habían decidido tres cosas: denunciar, que los esparcidores de caca eran personas ajenas a la comunidad y que la luz se quedaba como estaba. ¡Menudo triunfo! Se puso en pie, deseando irse de una buena vez, pues al día siguiente lo esperaba una complicada jornada de hospital con su abuela.

—Quiero proponer que los balances de cuentas se claven en el tablón de anuncios del vestíbulo en lugar de repartirse trimestralmente en cada buzón. Es un gasto ridículo de fotocopias que no tiene por qué darse —señaló en ese momento el Inspector.

Los vecinos, que ya estaban casi calmados, volvieron a alterarse. A unos no les gustaba la idea, a otros sí, y hubo algunos que se dedicaron a meter cizaña con el tema, entre ellos, Eva y Dolores.

Adán los miró agotado y, sin hacer caso de la mirada asesina de su abuela, salió del salón. Se acodó en la barra del bar, pidió una cerveza y, tras bebérsela de un trago, pidió otra, que se llevó dentro, adonde se sentó con las piernas extendidas y cara de sufrimiento. Lo único positivo de esa maldita reunión era que su abuela estaba disfrutando como una niña en la feria. Al igual que Eva, pensó al observarla.

Sonrió. Esas dos tenían mucho más en común de lo que ellas mismas pensaban.



Se despidió amigablemente de sus vecinos antes de entrar en casa y cerrar la puerta. Y, en el mismo momento en que echó la llave, su gesto afable mutó en una mueca de rabia tal que ni siquiera reconoció su imagen en el espejo de la entrada. Se dirigió con pasos alterados al comedor, bajó las persianas para procurarse la absoluta intimidad que en ese momento precisaba y, acto seguido, rugió como un animal agonizante. Agarró los cojines que cubrían el sillón y los lanzó contra el mueble, pero eso no era suficiente para dar salida a la cólera que le quemaba las entrañas. Necesitaba romper algo, destrozar, mutilar. Estuvo tentado de golpear y pisotear los estúpidos adornos que llenaban las estanterías hasta que estuvieran hechos añicos, pero eran demasiado valiosos como para romperlos. Buscó algo contra lo que liberar su rabiosa frustración.

No lo encontró.

Todo su cuerpo comenzó a temblar por la necesidad de despedazar a los malditos residentes de ese estúpido edificio. Sus dientes chocaban entre sí, rechinantes, mientras su frente se cubría de sudor frío y sus manos se abrían y se cerraban formando garras. Fue a la cocina, donde cogió un cuchillo y, tras remangarse la camisa, comenzó a cortarse los antebrazos para dejar fluir la ira. Pero, a pesar de que eso siempre lo había aliviado, en esa ocasión no le sirvió de nada. Volvió a dirigirse al salón cuchillo en mano y, con frenético arrebató, comenzó a clavarlo en los cojines, el sofá y los mullidos asientos de las sillas. Rajándolos. Destripándolos. Imaginando que las volutas de espuma blanca que escapaban a través de los cortes eran los intestinos de todos y cada uno de sus vecinos. Pero en especial de la Borrego. ¡¿Cómo había osado interrumpirlo en su momento álgido?! Había hecho que todos se olvidaran de él, desviando la atención a temas sin importancia. Y luego todo había ido de mal en peor.

Hundió el cuchillo en el sillón y tiró de él, desgarrando la tela con violenta furia.

¡Habían achacado su obra maestra a las artimañas de unos alborotadores!

Peor aún, ¡la habían tildado de gamberrada infantil! ¡Malditos fueran! ¡¿Cómo osaban despreciarlo así?! Había pasado toda la semana guardando sus deposiciones hasta reunir la cantidad suficiente para realizar su plan. Y luego había tenido que levantarse de madrugada y, en absoluto silencio, extender la plasta por todas las barandillas. Se había dejado la espalda y los pulmones para que todo quedara perfecto, y ellos no sólo no le reconocían el mérito, sino que además achacaban esa obra maestra de la planificación y el ingenio a unos niños.

Clavó el cuchillo en uno de los óleos que colgaban de la pared. Lo desgarró, hundiéndolo en los vientres de los pescadores que sacaban las redes, luego se entretuvo en clavárselo en los ojos y la boca para después continuar con el resto de los cuadros del salón.

Se lo tenía bien merecido por ser benevolente. No le habían dado a su obra la importancia que tenía porque había sido demasiado bueno. Se había refrenado y ése había sido su error. Como el ser magnánimo que era, había elegido un castigo piadoso que no les provocara daños físicos ni los asustara... ¡Y he ahí lo que había conseguido! ¡Una nueva ignominia!

En lugar de sospechar unos de otros y buscar al culpable en el edificio, dándose cuenta de lo tontos que eran al no encontrarlo, ¡habían atribuido su magnífico plan a unos gamberros callejeros!

¡Estúpidos!

No se merecían su compasión. A partir de ese día, las cosas iban a cambiar. ¡Mucho!

★ ★ ★

Miércoles, 28 de septiembre de 2016

Adán abrió la puerta del tercero exterior derecha sin soltar en ningún momento a su abuela, quien se agarraba a su brazo como si le fuera la vida en ello. Y tal vez la vida no le iba, pero el equilibrio y las fuerzas, sí. La ayudó a entrar en casa y la acompañó hasta el dormitorio, momento en el que fue

despedido sin miramientos. Por muy débil o mareada que estuviera Dolores, nunca jamás permitiría que su nieto la atendiera en su intimidad. Se lo había dejado claro tras la primera sesión a la que había asistido con ella. Y ahora, cinco sesiones y tres meses después, seguía pensando igual. No importaba lo agotada o mareada que estuviera, las náuseas y la debilidad que la asaltaran, ella seguía empeñada en no necesitarlo para según qué cosas. Y él no tenía más remedio que plegarse a sus deseos de mantener su intimidad, por mucho que el pudor le pareciera estúpido y carente de sentido en esas circunstancias.

La dejó sentada en la cama, con el camisón y la bata a su vera para que se cambiara sin necesidad de levantarse a por ellos, y se dirigió al salón, donde se acomodó para ojear sin ganas un periódico, atento a cualquier ruido que pudiera indicarle que su abuela lo necesitaba.

Esperó un largo rato, hasta que la anciana lo llamó con voz débil. Acudió junto a ella y le besó la frente a la vez que le asía las manos, comprobando que no estuviera caliente.

—¿Cómo te encuentras, yaya? —susurró mientras la arropaba con una suave manta, consciente de que los primeros días tras el tratamiento sentía mucho frío, independientemente del calor que hiciera en la casa.

—Bien, sólo estoy cansada —murmuró con voz nasal y sin abrir apenas la boca.

Adán se fijó en el vaso que había sobre la mesilla, tapado con un pañuelo blanco. Las llagas invadían la boca de la anciana tras cada sesión y, en previsión de posibles infecciones, además de por el dolor que le causaban, el médico le había aconsejado no hacer uso de la dentadura postiza hasta que se curaran.

—Mercedes ha dejado un termo con sopa mientras estábamos en el hospital, hoy tendrás una cena decente —dijo Adán, esbozando una sonrisa.

—Siempre tengo cenas decentes —replicó Dolores agarrándole la mano con sus dedos engarfiados—. ¿Me oyes? Siempre ceno y como bien. Siempre estoy bien cuidada. Siempre me siento protegida y querida. —Le apretó la mano a pesar de que comenzaba a notar los dedos dormidos, como de costumbre tras cada sesión—. ¿Me oyes? Siempre. No podría desear mejor nieto que tú —afirmó lamiéndose los labios reseco, dejando asomar sin

querer sus encías desnudas—. Pero eres un hombre y necesitas que te cuiden, tienes que...

—Ya lo sé, yaya —la interrumpió Adán antes de que empezara con el eterno y reiterativo monólogo de que a ella no le quedaba mucho de vida y, por tanto, él tenía que buscarse una mujer que lo cuidara y lo atendiera—. Ya la buscaré un día de éstos —claudicó al ver que apretaba los labios enfadada y se disponía a echarle el discurso que le soltaba tras cada sesión, cuando más débil y asustada se sentía—. Ahora, duerme un poco.

La besó de nuevo en la frente y recogió, a pesar de sus protestas, la ropa que había llevado ese día antes de salir de la habitación. Luego se entretuvo en poner la colada, planchó un par de camisas, atendió a Mercedes y a Félix en el momento en que pasaron a interesarse por Dolores y preparó la sopa al acercarse la hora de la cena.

Acababa de poner la mesa y dejar a su abuela sentada frente a ella cuando sonó el teléfono. Se levantó para cogerlo y, al reconocer el número que llamaba, se lo pasó a Dolores sin descolgarlo. Ésta lo miró enfadada antes de contestar.

—Gonzalo. Estoy bien. Los análisis son correctos, aunque los leucocitos están un poco bajos, pero dentro del límite...

Adán arrugó el ceño. Si algo había que reconocerle a su padre era el cariño que le tenía a su suegra. Jamás se le pasaba llamarla tras una sesión. Acarició con cariño la cabeza lampiña de la anciana y se marchó a la cocina.

Dolores conversó con su yerno, del que apenas la separaba un lustro, y luego se levantó temblorosa y se dirigió despacio a la cocina. Adán estaba allí, con medio cuerpo asomado por la ventana mientras tendía la ropa en las cuerdas del patio.

Frunció el ceño. No le gustaba que su nieto se viera obligado a lavar las bragas y el sujetador sudado de una vieja caduca y enferma. No era asunto de hombres poner lavadoras y tender la ropa, hacer las comidas, cuidar de la casa y atenderla a ella. Pero no había nadie más que pudiera hacerlo, y ella sólo tenía fuerzas para seguir luchando contra su enfermedad. Y ni siquiera tenía la certeza de que fuera a ganar la batalla. Pero debía hacerlo porque, si no lo conseguía, su niño se quedaría solo, sin más familia que un padre al que

no soportaba y que no lo soportaba a él, y al que tampoco le quedaban muchos años de vida; al fin y al cabo, ese año cumpliría los ochenta y dos.

Apretó los labios decidida. Tenía que convencer a Adán para que dejara de perder el tiempo con mujerzuelas y buscara una mujer decente con la que formar una familia. Ya no era un niño para pasar el tiempo de flor en flor. Tenía que sentar cabeza. Ella no iba a estar allí eternamente.



Jueves, 29 de septiembre de 2016

Eva metió con gran esfuerzo las manos dentro de las mangas de la camiseta, luego introdujo la cabeza en el agujero pertinente y se bajó la prenda. Leyó el lema de la camiseta: QUE LA FUERZA ME ACOMPAÑE. Se la había puesto por esa frase, pensando que la alentaría y le daría ánimos, pero lo cierto era que la fuerza no la acompañaba. Estaba muerta matada. Y se sentía aún peor. Ni siquiera llegaba a la categoría de zombi. Se quedaba más bien a la altura de un muerto viviente sin piernas ni brazos con los que poder arrastrarse. Suspiró pesarosa y, haciendo acopio de la última brizna de sus fuerzas, se puso los vaqueros, se calzó unas deportivas sin calcetines y, tras agarrar el bolso, salió de casa.

Tomó aire, decidida a sacar fuerzas de flaqueza, y enfiló la escalera cuando el reloj marcaba las siete menos tres minutos de la mañana. Le faltó poco para pisar un enorme charco que ocupaba gran parte del quinto escalón. Lo esquivó con un salto nada grácil que a punto estuvo de hacerle caer de culo los ocho peldaños que le quedaban por bajar. Se agarró a la barandilla y siguió bajando en penumbra, extrañada por el inexplicable olor a flores que había en la escalera.



—¡Vamos, chicas, que no llegamos! —gritó Eva mirando el móvil.

Eran las nueve menos cuarto de la mañana, la hora exacta para salir y llegar a tiempo al colegio sin tener que correr.

Salió al descansillo y allí se encontró con los niños hindús y su padre. Enfilaron la escalera hacia el rellano general y en ese momento oyeron un fuerte grito. Acto seguido, un enorme «algo» negro y marrón bajó rodando la escalera a una velocidad vertiginosa. El «algo», que resultó ser uno de los trillizos del segundo, quedó tendido en el descansillo.

Eva corrió a arrodillarse junto a él.

—¿Estás bien?

Resultó no estarlo. O, al menos, eso parecía por la forma antinatural que había adoptado su pierna. Llamaron a la ambulancia y, mientras ésta llegaba, descubrieron que había un enorme charco de una sustancia tan resbaladiza y olorosa como el jabón líquido, si es que no lo era, en el quinto peldaño de la escalera del segundo exterior.

Adán, quién había salido de casa al oír el grito, se acuclilló frente al charco. Tal vez dos meses atrás no hubiera hecho mucho caso, pero ahora, con la travesura de la mierda tan reciente, estaba alerta. Así que, mientras Rodrigo atendía a la ambulancia, Eva se llevaba a los niños al colegio, el Ogro se hacía cargo de los dos trillizos restantes y Cruz trataba de tranquilizar a la Morosa, él observaba con los ojos entornados el peligroso charco.

—Menudo tropiezo —comentó Calix, acercándose. También se había despertado alarmado por el escándalo.

—No ha sido un tropiezo —replicó Adán—. Ha resbalado.

—¿Por culpa del agua? —indagó el segoviano inclinándose para mirar mejor el charco. El líquido era azulado y parecía bastante denso.

—No es agua.

Adán recogió un poco de la sustancia con las yemas de los dedos y los frotó uno contra otro. «Es suavizante de lavadora», pensó, aunque se lo calló. No quería decir nada a nadie hasta aclararse las ideas.

—Parece suavizante, por el olor —comentó en ese momento el Ogro, acercándose a ellos a la vez que olisqueaba el aire. Él también había subido alarmado por los gritos y los llantos.

—Seguro que se le cayó a algún vecino al volver de la compra anoche —

apuntó el Mudo—. Los de la marca blanca del supermercado de la calle Segovia siempre vienen mal cerrados. A mí se me han salido, manchándome en más de una ocasión.

Félix y Mercedes asintieron con la cabeza desde el interior del ascensor. Ellos también habían bajado al oír el escándalo, al igual que el matrimonio del primero interior y los abuelos del primero exterior. De hecho, solamente el Cubano, las estudiantes y el Inspector habían seguido en casa, como si, a pesar de los gritos de los niños, los alaridos del trillizo herido y los aullidos histéricos de la Morosa, no hubieran oído nada. Algo a todas luces imposible.

—Es muy probable —aceptó Vicenta, quien también había tenido sus más y sus menos con las garrafas de marras—. ¿Quién compró anoche? —indagó buscando culpables.

A eso siguió una breve discusión, pues nadie de los pisos superiores confesó haberlo hecho, por lo que los de los pisos inferiores los acusaron de ocultar la verdad con propósitos malvados. Mercedes y Félix se defendieron diciendo que ellos no subían por la escalera. Y entonces Vicenta puso el grito en el cielo al ver que se ponía en duda su sinceridad al decir que ella no había sido. En ese momento regresó Eva del colegio y se encontró con las miradas acusadoras de toda la facción Vega-Sombría.

—¡Basta! —gritó Adán, exasperado por el alboroto. ¿Es que en esa maldita comunidad tenían que aprovechar todas las excusas para discutir? ¡Era agotador!—. Eva, quédate aquí e impide que nadie lo pise ni lo limpie mientras llamo a la policía.

—No pensarás traer a la policía sólo porque a alguien se le ha caído un poco de suavizante en la escalera, ¿verdad? —le reclamó el presidente, asombrado por la estupidez de tal idea. Iban a quedar en el más absoluto ridículo si hacían eso.

—No sabemos lo que ha pasado —replicó Adán.

—Yo creo que tampoco hay que exagerar —intervino Rodrigo. Ahora que la ambulancia ya se había llevado al trillizo y su madre y sus hermanos se habían marchado con él, había subido para ver qué pasaba—. Ha sido sólo un desgraciado accidente. No hay que darle mayor importancia.

—No podemos llamar a la policía por tonterías o, cuando sea necesario,

no se molestarán en acudir con rapidez —señaló el Ogro.

Vicenta asintió silente, mientras que Eva miraba pensativa a Adán.

—Está bien, como queráis —aceptó éste, levantando las manos en señal de rendición—. Estoy demasiado cansado para discutir. —Se dio la vuelta para regresar a su casa.

Había pasado la noche dando vueltas en la cama, incapaz de dormir debido a la preocupación por su abuela, que estaba más débil a cada sesión que pasaba. Estaba aterrorizado por su cada vez más patente fragilidad. Había sufrido espantosas pesadillas, en las que veía de nuevo a su madre pálida y enferma, cerrando los ojos para recibir a la muerte. Y luego su rostro se había transformado en el de su abuela.

—Adán... —Se detuvo al oír el susurro de Eva—. ¿Estás bien? Se te ve cansado.

—Sí. Es sólo que no he dormido mucho esta noche, no te preocupes.

—¿Está bien Dolores? —preguntó subiendo hacia él—. Ayer no la vi bajar a la capilla.

—Se encontraba débil y preferimos no ir. De hecho, estaremos unos días sin salir de casa —dijo pesaroso, bajando los dos peldaños que lo separaban de ella—. Espero que me echés de menos —susurró antes de besarla.

Sus lenguas chocaron y patinaron una sobre la otra, acariciantes. Se enzarzaron en una lúbrica pelea que los dejó sin aliento. Cuando se separaron, Adán volvía a sonreír. Le dio un suave pico a Eva a modo de despedida y subió a su casa. Llevaba demasiado tiempo fuera y no quería que su abuela, cotilla como era, malgastara sus escasas fuerzas en salir para saber qué había ocurrido.

Tal y como se temía, Dolores estaba en el rellano, inclinada sobre la barandilla de la escalera mientras intentaba enterarse de algo. Lo recibió con una mirada desdeñosa cuando llegó al descansillo.

—No eres un niño para andar besuqueándote con la vecina en la escalera —lo regañó entrando en casa—. ¿Qué ha pasado?

Adán procedió a contárselo y, mientras lo hacía, una terrible sospecha fue tomando forma en su cabeza. ¿Y si no había sido un accidente fruto de la mala suerte? ¿Y si alguien lo había provocado? Y, en caso afirmativo, ¿no podría

ser el mismo que había extendido los excrementos en las barandillas? Y, si de nuevo la respuesta fuera sí, ¿no podría ser que fuese un vecino y no un extraño? Demasiados circunstanciales. Y, además, no había un motivo claro. Tampoco un *modus operandi*. En la primera ocasión, habían atacado a la comunidad en general, y, sin embargo, con el asunto del suavizante sólo corrían peligro los vecinos de los pisos superiores.

No.

Ni siquiera ellos.

Se enderezó de repente, estremecido por la posibilidad que se le acababa de ocurrir.

—Adán, ¿pasa algo? —le reclamó Dolores, preocupada por su gesto aterrado.

—No, yaya, no te preocupes, descansa un rato mientras... bajo a por el pan —improvisó levantándose para ir a su dormitorio a cambiarse el pijama por unos vaqueros y una camisa.

—Pero no me has contado lo que ha pasado después de que viniera la ambulancia...

—Sí, claro. Tienes razón, mejor compraré una barra de cereales —musitó él, dándole la razón a ciegas mientras seguía el pensamiento que se había colado en su cabeza.

La primera persona que había bajado esa escalera era Eva. Cada mañana, un poco antes de las siete, iba del tercero al segundo para quedarse con las hijas de Gala. Pero no sabía si cuando ella había bajado el charco ya estaba. Si no era así, podía ser fruto de la casualidad, o podía ser alguien harto de que la Morosa no pagara el recibo de la comunidad. Pues nadie más pisaba esa escalera antes de que los de la limpieza llegaran a las once, como cada día, y limpiaran el resbaladizo charco.

Vicenta no salía hasta después de comer para ir al Campo de la Cebada, Mercedes y Félix jamás bajaban por la escalera, pues usaban el ascensor, y las estudiantes eran demasiado perezosas para madrugar para ir a la universidad. No había nadie más que usara ese tramo a esas horas, sólo Eva, la Morosa y sus hijos.

Acabó de vestirse y bajó raudo la escalera, recorrió el pasillo del tercero

interior y subió el tramo de escalera que lo separaban de la casa de Eva. Llamó al timbre.

—Cuando has bajado esta mañana a casa de Gala, ¿te has fijado en si el charco ya estaba allí? —le soltó de sopetón cuando le abrió la puerta.

Eva empezó a negar con la cabeza, pero luego entornó los ojos pensativa.

Él supo el momento exacto en el que recordó porque se le abrieron unos ojos como platos.

—Sí estaba, lo he saltado mientras bajaba. He pensado que era un charco de agua... La verdad es que iba tan dormida que no le he dado mayor importancia —musitó.

—Ten mucho cuidado cuando estés sola en el rellano, y, ¡por el amor de Dios, baja la puñetera escalera despierta, joder! —la increpó Adán agarrándola por los hombros.

—¿Por qué te pones así? —protestó ella, dando un tirón para zafarse de su agarre.

—No lo sé, todo esto me da muy mala espina, así que hazme caso —le ordenó antes de dar media vuelta para irse.

—¿Adónde vas?

—¡A comprar el pan! —gritó él, evitando darle más explicaciones.

Bajó raudo y veloz la escalera, sólo para comprobar que llegaba tarde, pues el charco ya había sido limpiado.

—¡Joder! —masculló furioso. No debería haberse dejado convencer de dejarlo pasar. Había algo que le había oído indefiniblemente mal y no había hecho caso a su instinto—. ¡Seré imbécil! —siseó dando una patada a la escalera.

—Adán... ¿Qué pasa?

Se volvió; Eva había bajado tras él y lo miraba intrigada.

—¿Sabes quién ha limpiado el charco?

—Yo.

—¿Con qué?

—Lo he fregado...

—Bien hecho —gruñó él entre dientes, diciendo con la mirada y el gesto justo lo contrario que con las palabras—. Así nadie se caerá de nuevo.

Imagino que has tirado el agua después de fregar.

Ella asintió con la cabeza.

—Cojonudo. Voy a por el pan. —Enfiló la escalera hacia el tercero, contradiciendo sus palabras otra vez.

Había sido un estúpido al dejar que las pruebas desaparecieran, pero en ese mismo momento iba a empezar a tomar nota de todo lo que sabía y de todo lo que intuía. No pensaba volver a ignorar a su instinto.

★ ★ ★

Sábado, 1 de octubre de 2016

Calix se observó en el espejo del recibidor de su casa. Se había puesto unos vaqueros desgastados con rotos estratégicos en las rodillas y los muslos, tan bajos de cintura que resbalaban por su vientre terso hasta quedar encajados en sus estrechas caderas. Se volvió para comprobar que marcaban a la perfección su moldeado y duro trasero y luego se puso de lado, observando orgulloso el bulto que su paquete hacía en la entrepierna. Volvió a colocarse frente al espejo y se puso la chaqueta blanca de lino. Se la dejó abierta. Por supuesto, no llevaba ninguna camisa que pudiera ocultar sus trabajados abdominales, sus marcados oblicuos y sus modelados pectorales. Se pasó los dedos por la tersa piel; se había recortado el vello que le cubría el torso, el vientre y el pubis, convirtiéndolo en una pequeña sombra que la morena pudiera acariciar a placer.

Sintió crecer su erección al pensar en ella. Llevaba toda la semana cachondo, mejor dicho, llevaba desde primeros del mes anterior cachondo, matándose a pajas cuando no encontraba ninguna compañera de cama de su gusto. Y eso era algo que cada vez sucedía más a menudo. Reconocía que solía ser bastante selectivo, al fin y al cabo, siempre tenía dónde elegir, pero de un tiempo a esa parte cada vez le costaba más dar con una mujer con la que le tentara follar. Y, desde que una semana atrás ella le había prometido pensárselo, ninguna le había resultado tan apetecible como para hacer el

esfuerzo de follársela. Por tanto, llevaba siete días a palo seco. Joder, ése era su puto récord de abstinencia. Se moría por metérsela hasta el fondo.

Se puso un rosario de plata con cuentas de ónix que se juntaba sobre sus pectorales para convertirse en un cordón que se deslizaba por la delgada línea vertical que formaban sus abdominales, acabando en un moderno Cristo de plata. Se lamió los labios excitado, estaba seguro de que la morena se moriría por recorrer con la lengua el sendero que seguía el rosario.

Sonrió. Si se portaba bien, tal vez le dejara hacerlo.

Se atusó el pelo y salió de casa con la impaciencia pintada en el rostro. Jamás le había costado tanto llevarse a una chica a la cama. ¡Había tardado casi un mes en conquistarla! Y porque había sido listo y se le había ocurrido utilizar a las mocosas para que le echaran un cable. ¡Y ni aun así había sido fácil! Era la primera vez que se tomaba tantas molestias con una mujer, pero tenía que reconocer que ella merecía la pena. No sólo era guapísima, también tenía algo que lo inducía a luchar por ella, a dejarse la piel por conseguir meterse en su cama..., tal vez incluso en su vida, al menos por un tiempo. Quizá estaba tan empeñado en conseguirla porque lo había rechazado, algo que no le había pasado nunca. O puede que fuera porque era mayor que él, al menos diez años, y se comportaba como si estuviera de vuelta de todo. Aunque estaba seguro de que era por esa aura de sobria y furiosa independencia que la rodeaba y la hacía parecer inalcanzable.

Fuera como fuese, estaba deseando meterse entre sus piernas y saborearla.

Subió de tres en tres los escalones, se paró frente a la puerta del segundo interior derecha y, tras colocarse la evidente erección de forma que no le molestara demasiado y siguiera marcándose, llamó al timbre.

La diosa que le abrió la puerta estuvo a punto de conseguir que se corriera sólo con mirarla.

Ataviada con un sencillo y ajustado vestido negro de escote cuadrado y mangas tres cuartos que terminaba pocos centímetros sobre las rodillas, era la elegancia personificada. Su única joya era una gargantilla de terciopelo negro de la que colgaba una solitaria rosa de plata cuyo rabito caía sobre su clavícula. Calix sintió un repentino e insoslayable deseo de apartar la rosa y lamer ese lugar. En realidad, de lamer toda su piel.

Era la mujer más hermosa sobre la faz de la Tierra. E iba a ser suya esa noche.

Gala miró al guapísimo hombre que estaba en el umbral de su casa. ¿En serio iba a salir esa noche con él? No se lo podía creer. ¿Se había vuelto loca o solamente le faltaban un par de miles de tornillos? Y ¿adónde había pensado él que iban a ir? ¿A una sesión fotográfica de *Men's Health*? Lo observó de arriba abajo. Le faltaba la camisa, le faltaba el pelo del pecho, le faltaba un buen trozo de pantalón y, por lo que podía apreciar debido a la escasez de tela en el tiro del mismo, también le faltaban los calzoncillos. A no ser que los llevara diminutos, claro. Lo único que le sobraba era la tremenda erección de la que hacía gala.

—¿Adónde sugieres que vayamos? —le preguntó, obligándose a apartar la mirada de su paquete.

—Podemos pedir unas pizzas —comentó él, dando un paso hacia ella para insinuarle que quería entrar en casa. Pobrecilla, se había quedado tan pasmada al verlo que no se había dado cuenta de que le estaba impidiendo pasar.

—Pizzas. —Gala parpadeó aturdida y luego soltó en el taquillón del recibidor la elegante cartera que sujetaba—. ¿Quieres que pidamos pizzas para cenar? ¿Ésa es tu idea de una cita?

—Si quieres, podemos encargarnos sushi —propuso él, dándose cuenta de que lo que estaba de moda ahora era la comida japonesa—. Tengo la *app* de Just Eat en el móvil.

—En el móvil. Claro, qué... original. Es la primera vez que tengo una cita en mi casa —musitó, obligándose a hacerse a un lado para dejarlo entrar.

Se había prometido a sí misma —y a Cruz, y a Eva, y a Vicenta, y también a Jimena— que iba a ser amable con él, y aunque le costara la misma vida iba a cumplir su promesa. Había decidido tener una cita con un hombre, pasarlo bien y, si surgía, acostarse con él. Lo que venía a ser disfrutar un poco de la vida, vamos. Y su mal carácter no lo iba a impedir.

—Tienes una casa muy chula —comentó Calix, comenzando a sentirse nervioso al ver que ella no parecía tan ansiosa y subyugada por él como había pensado—. Y los cuadros también son muy chulos.

—Sí, muy chulos —repitió Gala, observando los cuadros de la entrada que

ella misma había pintado. No eran chulos. Eran intensos. Salvajes. Siniestros. Pero, claro, un niño como él no podía apreciar la fuerza de su obra. Se obligó a sonreír.

—Dan un poco de grima —murmuró Calix.

Se acercó a uno en el que Gala había pintado a una mujer desnuda, excepto por una capa roja que le cubría la cabeza y los hombros. Le faltaba la piel del torso, como si se lo hubieran desgarrado, y, en lugar de los pechos, se veía el interior de su cuerpo: el corazón, los pulmones y las costillas. Parecía una versión pornográfica y a la vez anatómica de Caperucita Roja.

—Es la Caperucita Roja más fea y macabra que he visto nunca —dijo él, sintiendo un escalofrío—. Te gustan unos pintores muy raros.

—En realidad, esos cuadros los he pintado yo —replicó ella con una sonrisa burlona.

—Oh, vaya. Bueno, la verdad es que no están mal —mintió aturullado—, tienen... profundidad y parecen casi reales... Son chulos.

—Sí, muy chulos —coincidió ella. ¿Es que ese chaval no conocía otra palabra?

Incómodo por su metedura de pata, Calix se adentró en la casa sin esperar a que Gala, como la anfitriona que era, lo precediera. Intentó no mirar demasiado los lienzos que se alternaban en el pasillo, pues le producían cierta congoja. Se dio prisa en llegar al salón y allí se detuvo sorprendido de que pareciera tan diferente del suyo, a pesar de que la distribución del piso era idéntica; al fin y al cabo, vivía justo debajo de ella. La decoración de ambos era radicalmente distinta. En lugar del diseño minimalista de él —que no se debía a su gusto por la moda, sino a que no tenía dinero para muebles ni adornos—, el salón de Gala era cálido y funcional, con un sofá de tres plazas, una estrecha mesita auxiliar y un mueble mural en el que estaba la tele y cientos de libros. Allí, los cuadros eran del todo distintos de los del pasillo. De hecho, eran retratos de las niñas en distintos escenarios. Suspiró aliviado, en ese ambiente se sentía más relajado.

—Tienes unas hijas preciosas. ¿Hasta cuándo se van a quedar con sus abuelos? —Deslizó una lasciva mirada por el cuerpo femenino. Esas miradas nunca le fallaban, hacían que las mujeres cayeran rendidas a sus pies. Y, dado

el talante remiso que intuía en ella, no tenía dudas de que iba a necesitar todos sus trucos—. No me gustaría tener que apresurarme en... satisfacerte —murmuró acercándosele con pasos felinos.

—Tranquilo, chico, no hay prisa. —Gala alzó la mano cual agente de tráfico, y él se detuvo, mirándola pasmado. Era la primera vez que alguien le paraba los pies de una forma tan brusca—. No tengo que ir a buscarlas hasta mañana por la tarde, así que tenemos mucho tiempo para... gozar —señaló esbozando una forzada sonrisa.

—¡Genial! La verdad es que me muero de hambre —comentó él con fingido entusiasmo. La mirada había fallado, por tanto, cambiaría de estrategia y se mostraría natural y amigable, como si fuera uno más de sus colegas—. ¿Te hace que pida una bandeja combinada de sushi? —Sacó el móvil del bolsillo y se dejó caer en el sofá con las piernas estiradas.

—Sí, tío, me mola mogollón —replicó ella, imitando de forma irónica las maneras de él.

Calix la miró con preocupada perspicacia. Tal vez se había pasado al intentar dar un aire casual al encuentro. Frunció el ceño, de nuevo se imponía un cambio de táctica. El problema era que se le estaban agotando las técnicas que siempre usaba y que tan buen resultado solían darle.

—¿Qué te parece si traigo algo de beber? —propuso Gala, recordándose que debía ser simpática al darse cuenta de que el muchacho la miraba herido.

Calix asintió y bajó la vista al móvil, decidido a pensar en otra estrategia mejor mientras pedía la cena.

Ella observó a su jovencísimo invitado y, descartando la botella de vino que había comprado para la ocasión, fue a por un par de cervezas. Dudaba que ese muchachito supiera apreciar las bondades de un buen caldo riojano.

—Tardará una hora en llegar —le dijo Calix cuando entró en el comedor con un par de latas de cerveza, un par de vasos y unos frutos secos a modo de aperitivo—. Siéntate. —Palmeó el asiento contiguo al suyo.

Gala se acomodó en el sofá y cruzó las piernas con su elegancia natural mientras él la devoraba con la mirada. Incómoda por el descarado escrutinio, se inclinó para verter una de las cervezas en un vaso.

No llegó a hacerlo, porque Calix, cansado de pensar y repensar una nueva

estrategia de seducción que no acababa de convencerlo, decidió pasar a la acción.

—A la mierda con todo —siseó lanzándose sobre ella para besarla.

Gala abrió unos ojos como platos al sentir la lengua de él invadiéndole la boca. Apoyó la base de las manos contra los hombros masculinos y a punto estuvo de empujar para rechazarlo. Pero se contuvo. Había quedado con él para eso, no para tener una cita ni para comer sushi o hablar de cuadros. Lo había dejado entrar en su casa para tener un poco de sexo apasionado con un hombre guapísimo que además besaba de maravilla. Sexo sudoroso, sonoro y salvaje. Cuerpos chocando uno contra otro, moviéndose al unísono mientras luchaban por alcanzar el orgasmo. Y, en vista de los movimientos que él estaba haciendo, eso era justo lo que tenía en mente: una placentera y lasciva pelea.

Separó las piernas al sentir la mano de él ascendiendo por el interior de sus muslos. Se apartó de su boca y tomó aire para respirar cuando la acarició con el pulgar por encima de las braguitas.

—Joder, estás buenísima —jadeó Calix antes de descender hacia sus pechos, dejando un reguero de besos en su cuello.

Apartó la rosa de plata y hundió la lengua en el hueco de la clavícula y, cuando se sació de beber allí, le lamió el escote a la vez que le apretaba un pecho con la mano libre. Lo masajeó con pericia por encima de la ropa y luego lo liberó de la prisión del sujetador y del vestido. Atrapó el pezón y lo hizo rodar entre dos dedos hasta que se convirtió en un duro guijarro que no dudó en arañar con los dientes para después calmar con la lengua.

Gala se arqueó excitada por los eróticos tirones. Así que ésa era la forma de ligar de ahora, pensó mientras él continuaba acariciándola por encima de las bragas. ¡Sí que habían cambiado las cosas en los seis años que llevaba sin ligar —ni acostarse— con nadie! Claro que, si lo pensaba fríamente, llevaba más de quince sin tener una cita, porque el semestre que había pasado follando con todo bicho viviente mientras se divorciaba no contaba. Eso no habían sido citas, ni siquiera salidas amistosas para tener un poco de charla antes de follar. No. Había sido sexo salvaje bañado en sudor y alcohol. No había necesitado ni querido risas, confidencias o seducción para ser conquistada durante esos meses; al contrario, bastaba con una mirada para que pasara al

ataque y se follara con deliberada brusquedad al hombre que la había mirado. Con fría rudeza y vengativo rencor. Odiándolos y, sobre todo, odiándose por convertirse en esa mujer irracional que sólo quería utilizarlos y herirlos, como había sido utilizada y herida ella.

Había caído en una espiral de odio y decadencia de la que sólo el amor por sus hijas la había sacado. Y no pensaba volver a repetir la experiencia.

Y, en ese momento, el hombre que estaba sobre ella, chupándole las tetas y metiéndole los dedos en el coño sin haber intercambiado más de diez frases la estaba transportando a esos meses horribles en los que todo parecía pintado de negro.

Calix sonrió animado al sentir que ella por fin comenzaba a moverse bajo él. Por un momento había pensado que había perdido su toque mágico con las mujeres, pues, por mucho que le chupaba y la acariciaba, ella no daba muestras de derretirse bajo sus caricias. Y, joder, una de sus especialidades era volver locas de placer a las féminas. ¿Por qué a ésa no? No obstante, ahora todo parecía ir bien, al menos ella ya no estaba inmóvil, sino que se removía debajo de él, apretándole la mano con los muslos, excitada por sus caricias.

—¡Apártate, joder! —le ordenó de repente Gala, empujándolo con fuerza.

Calix se detuvo petrificado, y al sentir un segundo empujón se echó a un lado, liberando el cuerpo femenino de su peso. La miró aturdido; ella apretaba tan fuerte los dientes que los estaba haciendo rechinar. ¿Qué coño había pasado?

Gala se levantó para poner distancia con el hombre que la miraba perplejo desde el sofá. Se subió las braguitas y, después, se bajó el vestido de las caderas para volver a taparse los muslos. Acto seguido, se subió el escote, guardando los pechos de nuevo en él.

—Mira, Calix, lo siento, pero esto no es una buena idea —lo informó, esforzándose por mostrar una sonrisa amable.

Él continuó sentado, mirándola sin reaccionar.

—¿Por qué? —susurró tras unos segundos—. Lo estábamos pasando bien.

—Oh, sí, seguro. De maravilla —replicó ella con evidente ironía—. Lo siento mucho, de verdad —aunque era mentira, no lo sentía nada—, pero no

estamos en la misma onda —dijo utilizando el lenguaje juvenil que usaban sus hijas—. Mejor te vas, ¿vale?

Él le dirigió una mirada de absoluto desprecio a la vez que se ponía en pie.

—No es que no estemos en la misma onda —siseó ofendido—. Es que tú no sabes qué coño es lo que quieres —escupió antes de dirigirse al pasillo.

Atravesó la casa con pasos furiosos y salió dando un tremendo portazo.



Cruz se levantó del sillón de mala gana cuando el timbre retumbó por toda la casa. Estaba aprovechando que Bruno había ido a llevar al aeropuerto a su queridísimo e inocente hermano para recuperar su casa y ver la única película que le haría sentir mejor: *Lo que el viento se llevó*.

—¡Ya voy! —gritó enfadado, seguro de que era Bruno, que había olvidado de nuevo las llaves. No sólo era su puta no reconocida, sino también su criada—. ¡Estoy hasta el mismísimo chirri de ser tu mayordoma! —Abrió la puerta—. ¿Gala? —Parpadeó aturdido al ver a la morena frente a él.

—¿Te apetece cenar sushi? —comentó ella, entrando en la casa.

—Eh..., sí, claro. Siempre. —La siguió hasta el salón—. ¡Oh, Dios mío! —Se llevó las manos a las mejillas al recordar que ella tenía esa tarde una cita con el vecinito cañón—. Pero..., hija de mi vida y de mi corazón, ¿qué ha pasado? Tendrías que estar echando el polvo del siglo con el segoviano. —Abrió mucho los ojos asustado—. ¡Dime que no te has mosqueado y lo has desgraciado!

—No, tranquilo, es sólo que no ha cuajado, él es muy joven y yo estoy demasiado curtida para aventuras infantiles. Así que he dado la cita por finalizada y lo he echado de casa.

—¿Después de follar? —aventuró Cruz con incredulidad.

—No. Antes. O, mejor dicho, durante.

—Durante... ¡Oh, Dios mío! —gimió tapándose la boca—. ¿Por qué, Señor, le das pan a quien no tiene dientes? —le reclamó al cielo a la vez que se llevaba la mano al corazón.

—Deja de dramatizar, Cruz —lo regañó Gala, sacando la comida de la bolsa—. Está sano y salvo, excepto por su orgullo herido, así que no hay nada que lamentar. Siéntate y come. ¿Estás viendo *Lo que el viento se llevó*? Me encanta esa película —suspiró.

—Te has deshecho del tío más bueno del edificio, de todo Madrid, de toda España y tal vez del universo entero... ¿y has comprado sushi para celebrarlo? ¡Estás más loca que yo!

—No lo he comprado, aunque sí me ha tocado pagarlo. Lo ha pedido Calix por una *app* para cenar, y como lo he echado antes de que llegaran, pues ya ves, tengo cena para dos —explicó ella.

Cruz la miró atónito.

—¿En vuestra primera cita ha pedido comida a domicilio en lugar de invitarte a cenar fuera? —exclamó aturullado. Ella asintió—. Has hecho bien en echarlo durante el polvo. Se merece un buen dolor de huevos —sentenció. Fue al mueble y sacó un rioja reserva y dos copas. Sirvió el vino y alzó el brazo en un brindis—. Por los capullos que no nos merecen.

Cuando Bruno entró en casa casi dos horas después, se encontró con Cruz y Gala tumbados en el suelo, borrachos como cubas y llorando a lágrima viva porque Escarlata había perdido al amor de su vida.

9

No es fácil ser madre.

De la misma manera que ningún bebé nace con un libro de instrucciones bajo el brazo, tampoco en la cabeza de ninguna madre aparecen de repente las reglas para cuidar de un bebé cuando éste es engendrado. Se puede decir que ambos, el bebé y la mujer que lo lleva en su vientre, obtienen su título de madre e hijo a la vez, lo cual nos deja con el agua al cuello, porque la única persona que nos puede enseñar a ser madres es una criaturita que ni siquiera sabe hablar.

Y a mí eso me acojona mucho. En serio. Es decir, ¿cómo sé que lo voy a hacer bien si mi hijo no puede decirme lo que estoy haciendo mal? Oh, sí, claro, mi abuela me decía que no me preocupara por eso, que sabré cómo cuidar a mi hijo en el momento en que lo tenga en mis brazos. Y, joder, ésa era una respuesta maravillosa cuando yo tenía cinco años, una un poco tonta cuando tenía doce, incompleta cuando tenía veinte, y, ahora que tengo treinta y seis, una auténtica chorrada.

¿De verdad alguien se cree que voy a cimentar el futuro de mi hijo en base a un momento de iluminación mística que supuestamente me sobrevendrá cuando lo tenga en brazos por primera vez?

¡Vamos, hombre! ¡A otra con ese cuento!

No es por llevar la contraria a la sabiduría ancestral que dice que las mujeres tenemos un chip milagroso que se enciende cuando damos a luz y nos convierte en madres atentas y preparadas, pero según mi propia experiencia, eso es un bulo.

Mi madre me quiere un montón, pero como madre es una patata. No tiene ni una pizca de instinto maternal, y eso por no mencionar que siempre está con la mente en otra parte y que es tan despistada que un día me dejó en la zona infantil mientras compraba en el Alcampo y se olvidó de recogerme. De hecho, gracias a Dios que con tres años me sabía el teléfono de mi abuela (porque ella me había obligado a aprenderlo «por si acaso»), porque tuvieron que llamarla, ya que mi madre había desaparecido en combate. No se acordó de mí hasta que regresó a su casa comunal bien entrada la noche y se encontró con mi abuela haciéndome la maleta.

Esa noche me vine a vivir a esta casa, con ella.

Pasé con mi abuela los siguientes quince años.

Así que, como podéis imaginar, con mis antecedentes maternos, no pienso arriesgarme ni un poquito a meter la pata con mi hijo. Por eso, todos los meses me compro *Mi bebé y yo*, *Creecer feliz* y *Ser padres* y las leo de pe a pa sin dejarme un solo artículo sin estudiar.

Voy a ser una madre maravillosa, mi hijo jamás podrá pensar que no lo quiero, que me olvido de él o, peor aún, que no es lo más importante en mi vida.

★ ★ ★

Martes, 4 de octubre de 2016

Eva estaba a punto de salir para llevar a las niñas al colegio cuando oyó un alarido terrorífico al otro lado de la puerta. Ordenó a Jimena y a Gadea que se quedaran en casa y abrió la puerta para salir al rellano.

No llegó a hacerlo.

Se quedó en el umbral, con un pie en el aire, petrificada en mitad del paso.

—¡Joder, qué asco! —siseó echando la pierna hacia atrás para pisar el suelo limpio del piso de Gala.

—¡Mierda!

Alzó la cabeza al oír el rugido de Adán. Por lo visto, también él había

oído el alarido. Diez segundos después, las puertas del ascensor se abrieron en el segundo interior, mostrando a un Adán ojeroso, despeinado y en pijama.

—¡Eva, ¿las niñas y tú estáis bien?! —gritó para hacerse oír más allá del pasillo y la escalera.

Eva se agarró al marco de la puerta y, sin pisar el rellano, se asomó todo lo que pudo fuera del piso para gritarle que estaban todos bien.

—Quedaos en casa, voy a llamar a la policía. No quiero que toquéis nada. De hecho, ¡que nadie limpie nada hasta que lleguen! —voceó con toda la fuerza de sus pulmones para hacerse oír por encima del barullo que era más audible por momentos.

—Pero tenemos que ir al colegio... —protestó el patriarca hindú.

—Nadie tocará ni pisará nada. ¿Ha quedado claro? —replicó Adán usando un tono de voz tan severo que a nadie se le ocurrió discutir con él—. Cruz, ¿el rellano del primero está limpio? —lo interrogó cuando lo vio subir la escalera con los zapatos limpios.

—Sí, claro. ¿Por qué preg...? ¡Joder, qué asco! —jadeó al ver la inmundicia que cubría el suelo del segundo interior.

—Quédate ahí e impide que nadie suba —le ordenó Adán.

—Yo vigilaré —apuntó Rodrigo, quien también había salido a ver qué había ocurrido. Subió hasta el descansillo del segundo, se detuvo donde comenzaba la porquería y se asomó al pasillo que llevaba a los pisos interiores—. ¡Eva, ¿están bien Jimena y Gadea?! —gritó. Se relajó al oír la respuesta afirmativa. Luego se quedó en pie al final de la escalera con gesto agresivo y los brazos cruzados cual guerrero dispuesto a defender el castillo.

Adán entró en el ascensor para ir a por el móvil, que se había dejado en casa, mientras pensaba que o el criminal había cambiado de *modus operandi*, o era un hijo de puta distinto, porque en esta ocasión sólo había manchado los rellanos del segundo exterior y del segundo interior. Aunque también podía ser que no hubiera calculado bien la cantidad de despojos que necesitaba y se hubiera quedado sin ellos a mitad de trabajo. Pero, en ese caso, lo lógico era que hubiera empezado en el tercero, no en el segundo.

Salió del ascensor e, ignorando las preguntas de su abuela y de Mercedes, entró en casa, cogió su móvil e informó a la policía de lo sucedido. Luego

volvió al segundo y observó con los párpados entornados la cantidad de hígados, riñones, entresijos y corazones regados con litros y litros de sangre que se esparcían por el rellano del segundo interior.

No debía de haberle sido fácil al «bromista» reunir tal cantidad de casquería...



—¡Y ¿por qué sólo los segundos están afectados?! A ver, ¿por qué?! —reclamó por enésima vez la Morosa, alzando el puño ofendida.

—Aquí hay algo que no cuadra. Alguien se está vengando de nosotros —afirmó indignado el cubano del segundo interior, quien se había topado con la improvisada reunión en el portal.

Como cada tarde entre semana, algunos vecinos se habían reunido en la plaza al regresar con los niños del colegio. Otros habían salido para hacerse los encontradizos, y al final, acabaron discutiendo tal y como tenían por costumbre. Por tanto, habían entrado en el portal para poder gritarse sin necesidad de reprimirse. Al fin y al cabo, nadie quería que personas ajenas a la comunidad se enteraran de lo que estaba ocurriendo.

—Pues ¿sabéis lo que yo creo?, que esta última broma la ha hecho un vecino de los pisos exteriores para reírse de los de los pisos interiores —espetó Vicenta con gesto ultrajado.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza, Vicenta. Han manchado el segundo exterior y el interior —replicó el Mudo con calma. Miró el reloj de su muñeca, llegaba tarde a trabajar, pero como presidente y parte interesada que era, se negaba a perderse la improvisada reunión.

—Por supuesto que no tiene razón de ser —apuntó Mercedes con desdén —, pero hay que pensar un poco para darse cuenta de eso, y a esta señora, por llamarla de alguna manera, eso de pensar le viene grande.

—Mucho cuidado con lo que dices, arpía rastrera —replicó Vicenta.

—Por favor, tranquilicémonos todos —sugirió Cruz, colocándose entre ambas ancianas mientras buscaba con la mirada a Eva.

¡Su amiga no había podido elegir peor momento para subir a las niñas a

casa de los hindús! No estando presentes la Viuda Sombría ni ella, no había nadie que parara a Mercedes y a Vicenta, y, por desgracia, éstas carecían del ingenio y la habilidad de discutir sin insultar que tenían sus capitanas.

—Apártate, mariposito emplumado —siseó Mercedes, tan indignada por el insulto de Vicenta que no era capaz de controlar su mal genio.

—Mercedes, basta. Eres una dama, compórtate como tal —la reprendió Rodrigo sin alzar la voz pero con infinita severidad. Ella apretó los labios y alzó la nariz, indignada por la traición de aquél, que siempre había estado en su bando—. Y tú, Vicenta, haz el favor de controlar la lengua. Aquí todos somos adultos, ¿o me equivoco? —Fijó la mirada en la anciana y ésta dio un paso atrás, abochornada por la acertada reprimenda—. Deberías disculparte con Mercedes, Vicenta —dijo mirando a la mujer del pelo azul—. Y tú con Cruz, Mercedes —le exigió.

—No te preocupes, no ofende quien quiere, sino quien puede —replicó él, alzando la barbilla con orgullo—. Si me perdonáis, tengo que abrir una tienda —dijo yéndose.

Le dio un beso a Vicenta antes de salir a la calle y, en cuanto la puerta de entrada se cerró a su espalda, sus hombros cayeron, tan abatidos como él. La semana pasada Bruno le había pedido que durmiera con Eva porque tenía mucha pluma y no quería que su hermano se enterara de que dormían juntos y atara cabos. Y ahora la vecina más estúpida de la finca lo insultaba utilizando esa misma pluma para ridiculizarlo. Tal vez había llegado el momento de dejar de ser tan... maricón y disimular un poco.

—Este comportamiento es vergonzoso —masculló el Inspector, posicionándose del lado de Rodrigo—. Intenten controlar su vocabulario y compórtense como adultas.

—Tranquilicémonos todos —se apresuró a apuntar el Mudo, molesto porque Rodrigo se hubiera adelantado como mediador, papel que tenía que ser suyo, ya que era el presidente.

—Tal vez no estés desacertada al apuntar que es un vecino quien está haciendo esto —comentó de repente el Ogro, dándole vueltas a lo que había dicho Vicenta.

—¿No estarás insinuando que esta ignorante con un exceso de «CSI» en

las retinas tiene razón?! —exclamó el Cubano sacudiendo la cabeza.

Como no podía ser de otra manera, la discusión estalló otra vez y los gritos ascendieron inclementes por la reluciente escalera.



—Hay que reconocer que, con tanto limpiar a fondo los rellanos y la escalera, éstos brillan más que los chorros del oro —comentó Eva al encontrarse con Adán sentado en el segundo peldaño del vestíbulo, las rodillas dobladas y los codos apoyados en ellas mientras observaba a los vecinos que se reunían junto a la puerta. Parecía un zorro al acecho—. ¿No vas a acercarte a ver de qué están discutiendo ahora? —Señaló la entrada del portal.

—No me hace falta. Oigo sus gritos perfectamente —comentó él mordaz.

—¿Qué tal está tu abuela? ¿Se ha recuperado? —indagó, sentándose a su lado. No había vuelto a verlo desde el incidente del suavizante en la escalera, cinco días atrás. Y se lo veía ojeroso y cansado. Exhausto. También muy preocupado.

—Está mejor. Se va recuperando poco a poco —musitó él, echando la cabeza a un lado y a otro, como si le doliera e intentara calmar la molestia relajando los músculos del cuello.

—¿Qué le pasaba? —preguntó Eva con suavidad, pasándole la mano por el hombro para acariciarle con el pulgar ese lugar en la nuca que tan tenso estaba.

—Qué le pasa —dijo Adán, convirtiendo el pasado en presente—. Está bien jodida. —Bajó la cabeza para darle mejor acceso a su nuca. Como siguiera haciéndole eso, iba a empezar a ronronear.

Eva esperó a que le dijera algo más, y al ver que no lo hacía continuó masajeándole el cuello. Cuando sintió que él por fin se relajaba, apoyó la cabeza en su hombro y lo abrazó más fuerte. Se lo veía más que cansado, desamparado. Permanecieron un rato en silencio, arrullados por la discusión que tenía lugar pocos metros más allá, hasta que Eva recordó algo que le había contado Gala. Era una tontería, pero siempre era mejor prevenir que curar.

—El sábado, Gala tuvo una cita con Calix.

—Estupendo, espero que se lo pasaran muy bien —comentó Adán con sorna.

—La verdad es que la cosa salió fatal y ella lo echó de casa. —Eva dejó la frase en suspenso y Adán la miró intrigado—. En mitad del polvo —apuntó.

—¿En mitad? —Eva asintió—. Pobre...

—Sí, se fue empalmado. Y cabreadísimo. Y hoy hemos amanecido con el suelo lleno de corazones y criadillas bañados en sangre.

—También había riñones, intestinos y más casquería —señaló Adán. La observó con los ojos entornados—. ¿Sospechas que puede haber sido él?

—No lo sé —masculló Eva—. Es demasiado guapo para ser el cabrón que nos está dando por culo.

Una de las cejas de Adán se disparó al oírla.

—No deberías juzgar a la gente por su apariencia, aunque sean muy guapos.

—Ya lo sé. —Frotó su frente contra la de él, atenuando las arrugas de preocupación de su ceño—. Mírate a ti, pareces un tipo serio y malhumorado, más seco que las uñas de una momia y, sin embargo, eres un tío estupendo.

—Hombre, muchas gracias por el cumplido —replicó él, esbozando una pícara sonrisa.

—De nada. —Hundió la cara en su cuello para lamer y chupar la marcada vena que latía en él.

Adán cerró los ojos y gimió mientras todo su cuerpo comenzaba a relajarse. Apoyó los codos en el escalón que había tras él y estiró las piernas. Eva tenía una lengua maravillosa...

¡Y unas manos muy atrevidas!

Le sujetó la muñeca en el mismo momento en que posaba la mano sobre su entrepierna y comenzaba a amasársela.

—Estamos en el portal —le advirtió muy serio.

—¿Y...? —susurró ella con una nota pícara en la voz. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Hace más de una semana que no bajas a hacerme una visita. Y echo mucho de menos tu polla y tu lengua —musitó en su oído—. Fíjate si estoy necesitada, que estoy pensando en comprarme otro consolador

porque el que tengo lo estoy desgastando de tanto usarlo.

Sonrió al sentir palpar la erección de Adán bajo la palma de su mano. Abrió la boca para seguir hablando, y ése fue el momento elegido por él para agarrarla por la nuca y besarla hasta casi hacerle perder el sentido.

Adán se apartó con un gruñido al sentir un calambre de dolor en los huevos. Eva lo había puesto tan caliente como un adolescente ante su primera vez con una chica.

—Mi abuela tiene razón, cuando estoy a tu lado me comporto como un crío —siseó contra la boca de ella—. No sé cómo te las apañas, pero me robas la voluntad —murmuró antes de darle un pico y apartarse de ella.

—Eso es porque soy una bruja piruja que te tiene hechizado con sus hierbas y sus encantamientos —afirmó ella con gran seriedad.

Adán estalló en silenciosas carcajadas. Pero, eso sí, mientras se reía se cuidó mucho de mantener la atrevida mano femenina bien sujeta y apartada de su dolorida erección.

—Cobarde —susurró ella, tirando para liberarse.

—No te imaginas cuánto. Por nada del mundo querría que Mercedes o Félix se volvieran, me vieran hacer manitas contigo en el portal y le fueran con el cuento a mi abuela. —Fingió estremecerse.

En esa ocasión fue Eva quien estalló en carcajadas. Aunque lo hizo tapándose la boca. Como bien había dicho él, lo último que quería era llamar la atención de los vecinos.

Se quedaron un instante abrazados en silencio. Adán besó con cariño la frente de Eva y luego se apartó para mirarla con fiereza.

—Quiero que tengas mucho cuidado cuando estés sola, o con las niñas. Sea la hora que sea —dijo con voz contenida.

—¿Por qué?

Él se mantuvo en silencio mientras los músculos que cubrían su mandíbula se tensaban.

—Vamos, dímelo, no te hagas el interesante —bromeó Eva. Él continuó callado—. Sabes que no me voy a asustar ni le voy a decir nada a nadie, ¿verdad? —susurró poniéndose seria.

Adán la miró con los ojos entornados antes de asentir.

—Mi intuición me dice que la caída del niño no fue fortuita. No tengo pruebas ni motivos para pensar así..., simplemente es lo que siento —dijo con voz grave—. Creo que alguien vertió el suavizante, si eso es lo que era, en ese escalón para que tú resbalaras y cayeras. —Cogió aire con fuerza—. Y también creo que es la misma persona que untó de mierda las barandillas... y que ahora ha extendido la casquería en los dos rellanos.

—Pero eso no tiene sentido. Quien extendió la mierda lo hizo en todo el edificio, mientras que la casquería ha sido sólo en los segundos y lo del suavizante fue sólo un escalón.

—Ya lo sé, pero es lo que me dice mi instinto. Tal vez puso la casquería en el segundo para despistar y que no se notara que iba a por ti, o tal vez se quedó sin órganos para el resto de los rellanos, o tan sólo se le cruzaron los cables. Sea como sea, algo me dice, no, me grita que va a por ti —susurró con énfasis, sus ojos fijos en los de ella, que volvían a ser azules—. Pero, aunque esté equivocado, de lo que no hay duda es de que un niño se ha roto una pierna en esta escalera, así que, por favor, ten cuidado —le pidió besándole los nudillos.

Eva asintió, impresionada por la dureza de su mirada.

—¡Hombre, Adán, si estás ahí! —exclamó en ese momento el Ogro, haciendo que todos los vecinos que estaban en el portal giraran las cabezas hacia ellos.

Él se puso en pie con un suspiro.

—¿No vas a acercarte a exponer tu opinión y darnos algún consejo? —solicitó el Ogro.

—¿Por qué iba a hacer eso? —exclamó el Mudo ofendido.

Él era el presidente, uno un poco —o bastante— ignorado, sí, pero el presidente al fin y al cabo. Si alguien tenía que dar consejos, era él.

—Porque es hijo y nieto de policías —apuntó el Inspector—. ¿Qué habrían hecho tu padre o tu abuelo si estuvieran aquí?

Adán miró uno por uno a los allí reunidos y resopló burlón. «Ignorar las quejas de los lloricas de sus vecinos y comportarse como puñeteros dictadores», pensó. Pero no fue eso lo que dijo.

—Daría parte y mandaría a un par de agentes a que recogieran pruebas

para investigar lo que podría haber pasado, que es exactamente lo que se ha hecho.

—Y que no va a servir de nada —masculló el Cubano—. Ya vinieron la otra vez y no hicieron nada, no sé por qué pensáis que lo van a hacer ahora.

—No es sencillo investigar un crimen —replicó el Mudo, adelantándose a Adán.

—Estoy de acuerdo —intervino Rodrigo, robándole la palabra al insigne presidente—. Les llevará un tiempo dar con el criminal, así que propongo que nos relajemos y les permitamos hacer su trabajo.

—De todas maneras, algo habrá que podamos hacer, ¿no? —insistió el Inspector mirando a Adán.

Todos los allí reunidos fijaron la vista en el único Vega-Sombría que quedaba, y Adán pudo leer en sus rostros el anhelo de que se mostrara tan autoritario y determinante como su abuelo. Sí, Alonso Vega-Sombría había sido un déspota inflexible que manejaba a su familia y sus asuntos con mano de hierro, pero también era un pilar de la comunidad y siempre sabía qué hacer.

Irguió la espalda, alzándose en toda su estatura, y, sin ser consciente de ello, los miró con el mismo rictus severo que su abuelo empleaba cuando quería imponerse a alguien, casi siempre a él.

—Lo único que podemos hacer es cambiar de una maldita vez la cerradura del portal —exigió con voz dura. Hacía casi una semana que lo habían acordado y aún no se había hecho—. También podemos instalar cámaras de seguridad en la entrada y los rellanos.

—Pero ¿tú sabes lo que cuesta eso?! —jadeó el Mudo mirándolo con unos ojos como platos.

—¡Me niego a pagar una derrama para poner algo que no va a servir para nada! —exclamó Félix, hablando por primera vez en toda la tarde.

—Conmigo no cuenten, estoy de alquiler y no pienso pagar un euro más, y dudo que mi casero admita una derrama para poner cámaras —apuntó el Cubano.

—Somos muy pocos para asumir el gasto de algo tan caro —señaló el Inspector.

Y, mientras el resto de los vecinos daban su opinión, coincidiendo quizá por primera vez en su vida en un asunto, Gala entró en el portal.

Miró a sus alborotados vecinos sorprendida y luego se dirigió hacia Eva, quien ya caminaba hacia ella. Le amplió en pocas palabras lo que ya le había contado por whatsapp y le señaló que las niñas estaban estudiando con sus amigos. Gala asintió mientras buscaba con la mirada al rubio del primero interior derecha. Se había acostumbrado a verlo cuando regresaba de trabajar, pues, aunque no fueran las niñas a la plaza, Calix siempre estaba allí, corriendo por la plaza, subiendo y bajando la escalera que llevaba a la capilla del Obispo o haciendo abdominales en los bancos. En definitiva, entreteniéndose con el deporte mientras la aguardaba. Pero esa tarde había faltado. Y no era que, tras la cagada del sábado, esperara con ilusión verlo, pero, por extraño que resultara, echaba de menos que no estuviera allí para dedicarle su sonrisa más radiante y acompañarla a casa.

—¿Buscas a alguien? —susurró Eva al ver el ceño fruncido de su amiga.

Gala negó con la cabeza y se dirigió a la escalera, por lo que tuvo que atravesar la marabunta de personas que gritaban y se acusaban en el reducido vestíbulo. Mientras sorteaba a unos y a otros, se topó con Rodrigo, que abandonaba la improvisada reunión. Se encontraron de frente y ambos dieron un paso al lado para esquivarse. Pero, como lo dieron los dos al mismo lado, acabaron chocando de nuevo. Sonrieron y dieron otro paso al lado contrario. De nuevo, a la vez. Y, de nuevo, volvieron a impedirse el paso.

Rodrigo esbozó una ladina sonrisa y, rodeando a la morena por la cintura en un suave abrazo, la apretó contra su cuerpo y giró, llevándola con él. De manera que ella se encontró en el lado de la escalera y él, en el de la puerta.

Gala lo miró pasmada. Jamás habría imaginado que el engreído camisero fuera capaz de un gesto tan... seductor. De un tiempo a esa parte no dejaba de sorprenderla.

—Vigila a tu hija esta noche, es probable que tenga pesadillas. No es fácil para una niña encontrarse con el suelo lleno de vísceras —musitó sin soltarla.

—Lo haré, y si tiene alguna pesadilla te llamaré para que veas cómo me cargo al monstruo del armario y tomes buena nota —susurró Gala, coqueteando sin saber por qué. En teoría, ese hombre era un petulante

insoponible que le caía fatal. Claro que eso era antes, porque ahora se sentía extrañamente intrigada por él.

—Siempre estoy dispuesto a aprender —musitó Rodrigo, inclinándose hacia ella.

Gala pensó que iba a besarla y, sin ser del todo consciente, abrió los labios para recibirlo.

Y ése fue el momento elegido por Vicenta y Mercedes para estallar en una sonora pelea dialéctica, sobresaltándolos.

—Tengo que irme. —Rodrigo apartó de ella sus ojos cargados de promesas.

Gala lo observó dirigirse a la puerta. No se había dado cuenta de lo alto que era y de los hombros tan anchos que tenía. Sacudió la cabeza. Estaba claro que debería haberse acostado con el segoviano, estaba tan necesitada de sexo que hasta veía en Rodrigo a un candidato aceptable para echar un polvo.

Tomó aire con fuerza y, agarrando el bolso con dedos firmes, se dirigió a la escalera.

—Me parece que a tu amiga le ha salido otro pretendiente —susurró Adán, a quien no le había pasado desapercibido el intercambio de miradas y los gestos entre el camisero y la morena.

—Y luego dices que yo soy cotilla —se burló Eva volviéndose hacia él—. ¿Qué te pasa? —susurró al ver que su rostro parecía de repente tallado en piedra mientras sus ojos, tan fríos como su semblante, se mantenían fijos en la puerta del portal.

Se volvió para ver qué le hacía reaccionar así, pero sólo vio a un anciano canoso de unos ochenta años, corpulento y de un escaso metro setenta de altura, que caminaba con la apostura de quien lleva toda la vida dando órdenes con la certeza de que todo el mundo correrá a cumplirlas. Frunció el ceño; conocía a ese hombre, pero no sabía de qué. La severidad que leía en su rostro le recordaba los rasgos inflexibles del abuelo de Adán, pero Alonso llevaba muerto más de diez años, no podía ser él.

Entrecerró los ojos pensativa y luego los abrió como platos al caer en la cuenta de quién era. Gonzalo, el yerno de Alonso y padre de Adán. Hacía años que no lo veía por el barrio, pero su gesto austero seguía inmutable en su cara,

igual que antaño. Era el mismo gesto que marcaba los rasgos de Alonso Vega-Sombría, difunto esposo de Dolores. De jóvenes, yerno y suegro eran tan iguales que parecían hermanos. Y no sólo por el carácter opresor e intolerante, sino también por sus rasgos físicos. Los dos eran rubios, de escasa estatura y cuerpo recio. Adán, alto y esbelto, y con el pelo tan negro que parecía betún, no se semejaba en nada a ellos. Ni siquiera compartían nariz, pues las de Alonso y Gonzalo eran rectas, mientras que la de Adán era aguileña.

Se volvió hacia él, quien seguía extrañamente inmóvil, como si estuviera petrificado.

—Adán...

—Tengo que marcharme, te veré luego —susurró él, saliendo de su letargo.

La esquivó y caminó hacia su padre, al que saludó con un seco gesto de cabeza, para luego echar a andar hacia el ascensor con el anciano siguiéndolo de cerca.



—¿Qué tal te va la vida, hijo? —le preguntó Gonzalo con rígida cortesía cuando las puertas del ascensor se cerraron.

—De maravilla, papá —replicó él en el mismo tono, los dientes tan apretados que no supo cómo fue capaz de pronunciar esas tres palabras.

¿Qué coño hacía Gonzalo allí? Llevaba más de tres meses cuidando de su abuela y en todo ese tiempo él no se había molestado en hacer acto de presencia. Oh, sí, había sido escrupulosamente puntual al llamar para preguntar justo el mismo día en que le daban el tratamiento, pero nada más. Nunca se había personado en el hospital, mucho menos en casa. Y, joder, él se lo agradecía de corazón. Bastante tenía con la incertidumbre y la preocupación por su abuela como para añadir el estrés de ver a su «afectuosísimo» padre en vivo y en directo a menudo. Y, *a menudo*, para ellos, era más de una vez por década. No había nada en el mundo que odiara más que la mirada de decepción y resentimiento que mostraba su padre cada vez que se encontraban. Si al menos tratara de disimularla, sería más llevadero, pero no, Gonzalo

Vega-Sombria jamás se molestaría en ocultar lo mucho que lo había defraudado su hijo y lo poco que le gustaba compartir genes con él.

Cuando por fin llegaron al tercero exterior, Adán se apresuró a salir del ascensor y abrir la puerta.

—Quédate aquí hasta que te lo diga —le ordenó a su padre antes de enfilar el pasillo.

Entró en el dormitorio de Dolores y salió un instante después con algo en las manos. Fue al salón, advirtiéndole con la mirada a su padre que aún no podía entrar, y caminó hasta el sillón en el que Dolores dormitaba.

—Abuela, tienes visita —informó con voz queda para despertarla sin asustarla.

Ella parpadeó confundida y, cuando comprendió lo que acababa de decirle, se llevó las manos a la cabeza, recordando que la tenía desnuda.

—No puedo recibir a nadie así —musitó palpándose la suave piel de su cráneo—. Ve a buscar el... —Se calló al ver lo que su nieto llevaba en la mano.

—Deja que te ponga guapa. —Adán le colocó el pañuelo con la pericia que le daban tres meses poniéndoselo—. Perfecto. —Se asomó al pasillo para exclamar—: ¡Ya puedes!

—¿Quién ha venido, Adán? —indagó Dolores intrigada.

—Ya lo verás —masculló dirigiéndose a la mesa donde descansaba el portátil.

Dolores frunció el ceño ante el tono áspero de su nieto. No era normal en él mostrarse tan brusco los primeros días del tratamiento, cuando ella estaba tan débil. Se incorporó en el asiento, intrigada por su inesperado visitante, y sonrió encantada al ver a Gonzalo. Hacía más de tres meses que no lo veía, desde que Adán se había ido a vivir con ella, momento en el que Gonzalo había dado un prudente paso a un lado, dejando de visitarla una vez por semana como tenía por costumbre. Lo había hecho por ella, lo sabía, y se lo agradecía. Estando tan agotada física y anímicamente, no podría soportar verlos discutir a todas horas.

—¡Gonzalo! ¡Qué maravillosa sorpresa! —exclamó, haciendo ademán de levantarse.

—No te muevas, Dolores —le pidió él, inclinándose para darle un cariñoso beso—. Sigues tan hermosa como siempre, suegra.

—No digas tonterías, yerno —replicó Dolores, esbozando una encantada sonrisa. Tomó las manos masculinas y las apretó con gran afecto—. Adán, ve a la cocina y trae el vino que tengo guardado para las ocasiones especiales. Trae también las copas buenas —ordenó sin apartar la mirada del hombre que tanto se parecía a su difunto marido.

Adán resopló, sintiendo el corrosivo mordisco del rencor atacándolo. Copas buenas y vino especial para su padre, ¡cómo no! Él llevaba tres meses supeditando toda su vida a ella, pero el vino era para Gonzalo. Se dirigió a la cocina resentido. También avergonzado por sentirse de nuevo como el niño celoso, molesto y rebelde que había sido antaño, cuando se pasaba los días castigado y las únicas que tenían caricias y gestos amables para él eran su madre y su abuela. Y esta última, tan sólo cuando su padre no se lo prohibía.

Esbozó una taimada sonrisa cuando los recuerdos acudieron en tropel a su mente.

Gonzalo también le exigía a Almudena que no lo mimara cuando estaba castigado, que era la mayor parte del tiempo. Su padre estaba convencido de que, si no acotaba las muestras de afecto de su madre, ella lo convertiría en un niño débil y consentido, pero Almudena siempre encontraba la manera de zafarse de su vigilancia y pasarle la cena, los cómics o la bolsa de Lego a escondidas. Suspiró. Gracias a ella, había sobrevivido a su infancia.

Luego había muerto y su vida se había convertido en la pesadilla que su abuelo y su padre querían.

Se obligó a descartar los viejos recuerdos y regresó al comedor con la botella de vino y tres copas, porque de lo que no le cabía duda era de que él también iba a beber el vino reservado para las ocasiones especiales en las copas buenas.

Lo sirvió y se sentó a la mesa del comedor, alejado de la pareja de ancianos que estaba en el sofá. Fingió concentrarse mientras los escuchaba hablar de la enfermedad de Dolores y, después, de la nueva residencia de Gonzalo. Arqueó las cejas al enterarse de eso. ¡Vaya!, así que el viejo había vendido su piso en Madrid para irse a vivir a una especie de *resort* para

ancianos en Sevilla la Nueva.

«¡Qué maravilla! ¡Cuánto más lejos, mejor!», pensó a la vez que aporreaba las teclas del portátil. Se obligó a concentrarse en su trabajo, aislándose de todo.

—Me cuenta tu abuela que ha habido problemas en el edificio —oyó después la voz de su padre junto a él, algo que no lo sorprendió, pues, a pesar de sus esfuerzos, había sido incapaz de abstraerse de la conversación que mantenían en el otro extremo del salón.

Adán asintió, sin molestarse en volverse para mirarlo.

Gonzalo inspiró para calmar la furia que provocaba en él que su hijo lo ignorara de manera tan flagrante. Guardó las manos en los bolsillos de los pantalones para no ceder a la tentación de agarrarlo por el pelo como cuando era niño y se rebelaba ante él y obligarlo a mirarlo. Por muchos años que tuviera, Adán seguía adoleciendo de la misma falta de educación que su madre le había inculcado. Sacudió la cabeza disgustado. Su hijo estaba llamado a ocupar un puesto importante en la sociedad, tendría que haber sido su sucesor en el cuerpo y mantener en alto el estatus de la familia Vega-Sombría. Pero, en lugar de eso, se había alejado de la tradición familiar por culpa de su estúpida rebeldía.

Una rebeldía irresponsable que había heredado de su consentida madre.

Cerró los ojos, recordando a la mujer que le había dado lo que más deseaba en el mundo: un hijo que llevara su apellido.

Ella era una criatura angelical e infantil que no tenía un ápice de responsabilidad en todo el cuerpo. Había perdonado y aceptado el comportamiento pueril en Almudena, pues era parte de ella, pero no lo había transigido en Adán. Aunque de poco le había servido intentar domarlo con castigos y reprimendas durante toda su niñez. Su hijo siempre encontraba consuelo y apoyo en los brazos de su madre y complicidad en los de su abuela.

Daba gracias a Dios porque, a pesar de su deficiente educación y su carácter insurgente, Adán se hubiera convertido en un hombre decente, trabajador y responsable que no dependía de nadie y de cuyo trabajo —por baladí que fuera— se enorgullecían sus superiores en el cuerpo. Un hombre que lo había dejado todo en suspenso para cuidar a su abuela.

Sintió una rugiente oleada de orgullo hacia su hijo extenderse por todo su cuerpo.

Lo observó con atención: el mozalbete larguirucho y escuálido había devenido en un hombre alto y fibroso de mirada dura y gesto hosco, al menos cuando estaba con él, algo que no ocurría desde hacía más de tres años.

Sacudió la cabeza apesadumbrado. ¿Cómo habían llegado a ese punto?

Separó una silla de la mesa para sentarse a su lado.

—Por lo visto, esta misma mañana ha habido otro incidente —insistió Gonzalo, decidido a mantener una conversación educada y cabal con su hijo.

Adán apretó los dientes y miró de refilón al hombre que invadía su espacio buscando arrancarle una reacción.

—Esparcieron vísceras, sangre y despojos de animales en los descansillos del segundo exterior e interior —explicó antes de volver a centrar la vista en el ordenador.

Desde el sillón, Dolores pudo ver el gesto contrariado de su yerno y la espalda rígida de su nieto. Se avecinaban problemas. Y no sabía cómo impedirlos ni tenía fuerzas para frenar el inmediato choque de voluntades. Esos dos cabezotas tenían que hablar y arreglar su situación, ya no eran niños para seguir enfadados por toda la eternidad.

—Imagino que lo has puesto en conocimiento de la policía —dijo Gonzalo. Adán asintió—. Puedo hablar con...

—No es necesario —lo cortó él con brusquedad sin molestarse en mirarlo —, ya me he ocupado de hablar con un par de compañeros para que le presten especial atención.

Un tic furioso apareció en la piel que cubría la mandíbula de Gonzalo. Daba igual lo que hiciera, o la ayuda que tratara de prestarle, su hijo siempre lo rechazaba. Prefería pedir apoyo, ayuda y consejo a cualquier otra persona antes que a él, ¡que era su propio padre!

—Con «compañeros», imagino que te refieres a esos policías que se pasan el día entre cuatro paredes, vigilando pantallas... —Apretó los labios para no seguir hablando.

—Adelante, papá, acaba la frase —masculló Adán, volviéndose al fin para enfrentarse a él.

—No tengo nada que terminar —dijo Gonzalo, decidido a no sucumbir a la provocación.

—Por supuesto que sí, te ha faltado decir «como tú» —apostilló Adán con hiriente sorna—. La frase completa es: «Policías que se pasan el día mirando pantallas inútilmente, como haces tú». Vamos, dilo, no te prives. No sería la primera vez que expusieras tu opinión sincera sobre mi trabajo. —Bajó de un golpe la pantalla del portátil.

—Ya que insistes... Sí. Ésa es la frase completa. ¿O acaso piensas que tú y tus compañeros vais a conseguir resolver el caso con un ordenador? —Se levantó furioso—. El trabajo de un policía consiste en husmear, investigar, interrogar y patear la calle. No en sentarse como un vago delante de una pantalla.

Gonzalo llevaba veinte años fuera del cuerpo, y durante su vida como inspector los móviles —que eran tan grandes y pesados como ladrillos— aún no habían entrado con fuerza en la sociedad. Sus años dorados como policía habían transcurrido en una época en la que los ordenadores personales —que apenas comenzaban a hacer acto de presencia en los hogares españoles— eran muy rudimentarios y nadie sabía bien para qué usarlos, aparte de para jugar. Una época en la que internet estaba en pañales, las redes sociales —y toda la información que movían— no existían, y en la que los trillones de webs actuales aún no habían sido creadas. Una época en la que las herramientas con las que contaba la policía eran mucho más limitadas.

No como en la actualidad, que la tecnología digital, las redes sociales e internet eran imprescindibles, algo que Gonzalo era incapaz de entender y aceptar.

—¿Para qué me voy a molestar en patear las calles si puedo vagar frente al ordenador? —replicó Adán con indolencia.

Se recostó en la silla con fingida desidia, consciente de que eso sacaría de quicio a su padre. Odiaba que Gonzalo repudiara su trabajo y desdeñara la importancia que tenía. Lo hería que no reconociera su esfuerzo y sus conocimientos, que menospreciara aquello en lo que él creía, aquello de lo que se sentía más orgulloso de haber logrado.

—Eres tan infantil... —siseó desdeñoso el anciano.

—Igual que mamá, ya lo sé —replicó Adán con altivez. Su madre era lo mejor que le había pasado en la vida. Se sentía orgulloso de ser como ella.

—No digas tonterías, ¡no te pareces en nada a tu madre! —estalló Gonzalo—. Tu madre era una mujer dócil e inocente, sin un gramo de malicia en el cuerpo, no como tú. ¿Crees que no sé que opositaste para la UIT sólo por llevarme la contraria?

—Por supuesto que sí, papá, me dedico a mi trabajo sólo para fastidiarte —afirmó él, manteniendo a duras penas la calma ante la vieja discusión que había sido la gota de agua que había acabado enfrentándolos años atrás.

—¡Todo lo haces sólo por mortificarme y contrariarme! Tu vida entera es una sucesión de errores nacidos de tu obsesión por desafiarme y provocarme —dijo el padre en tono bronco.

—Seguro que sí, no tengo otra cosa mejor que hacer que dedicar mi vida a provocarte.

Y la discusión que estaban teniendo era buena muestra de ello. Pero no podía detenerse. Desde siempre había sido así. Gonzalo ordenaba y él se rebelaba; Gonzalo lo castigaba y él fingía que ni le importaba ni le dolía; Gonzalo estallaba y él replicaba mordaz sólo para enfurecerlo más.

—Eso no lo dudo. Tu irresponsabilidad llega a tal extremo que te casaste con una mujer totalmente inadecuada de la que te divorciaste pocos años después sólo para avergonzarnos a tus abuelos y a mí ante todas nuestras amistades —declaró poniendo el dedo en la llaga.

Adán arrugó el ceño, acusando el golpe, porque, en efecto, su boda había sido fruto del resentimiento y el rencor, no del amor. Su matrimonio había nacido del deseo de escapar de casa con alguien de lo más inconveniente para la fatua prepotencia de su abuelo y su padre. Fue uno de los errores más sonados de su vida, y por el que su abuelo dejó de hablarle. De lo único de lo que no se arrepentía de toda aquella farsa era de la mujer que había elegido, una mujer dulce y cariñosa, de familia modesta y sin pomposas ambiciones. Lástima que no la amara, porque había sido una buena esposa.

—Y, no contento con eso, vuelves a caer en los viejos errores, liándote con una Borrego sólo para llevar la contraria a tu abuela y avergonzar de nuevo a la familia —continuó Gonzalo, cada vez más irritado al ver que Adán

esbozaba esa sonrisa de medio lado que tanto odiaba.

—¡Gonzalo! —gritó Dolores, deseando no haberle contado nada—. No es un asunto que te concierna —lo regañó.

Adán se volvió despacio y miró a su abuela, sintiendo la puñalada de la traición penetrar despacio y certera en su corazón. Aunque tampoco era que le extrañara mucho, al fin y al cabo, ella siempre se había posicionado a favor de su padre y su abuelo.

—Vaya, abuela, no sabía que te dedicabas a cotillear sobre mis encuentros con Eva a mis espaldas.

Gonzalo sacudió la cabeza pesaroso. Su maldito carácter, auspiciado por la rebeldía y la mala leche de su hijo, había vuelto a estallar, provocando un mayor distanciamiento.

—No lo hace a tus espaldas —intervino Gonzalo, consciente de que había puesto a su suegra en un amargo brete, pues ella se lo había contado en confidencia—. Siempre llamo cuando estás en casa. Si te encierras en tu dormitorio, ignorando nuestras conversaciones, no es culpa nuestra, sino tuya —lo acusó—. Si te molestaras en hablar conmigo alguna de los cientos de veces que llamo, te habría dicho lo que pienso a la cara.

—Aquí me tienes ahora, suéltalo si tienes cojones —lo desafió Adán, repentinamente incapaz de mostrarse calmado.

—¿Quieres saber lo que pienso? Perfecto, ya era hora de que dejaras de esconderte —lo provocó su padre, enfrentándose a él—. Estoy harto de que te juntes con frescas que no te llegan ni a la suela del zapato. Deja de jugar con mujerzuelas que nada bueno te pueden traer y búscate a una mujer decente con la que casarte y tener hijos.

—Retira eso ahora mismo —dijo Adán en voz baja, con los dientes tan apretados que apenas podía vocalizar.

—No. Sí quieres que lo retire, tendrás que demostrarme que estoy equivocado y que ella no es una furc...

No pudo acabar la frase porque Adán, por primera vez en su vida, pasó de las palabras a las manos.

Con una fuerza nacida del miedo y la desesperación, Dolores se levantó del sillón al ver a su nieto empujar a Gonzalo, agarrarle la camisa con la mano

izquierda, cerrar el puño derecho y elevar el brazo para golpearlo.

—¡Adán! —gritó desesperada.

Aunque no hacía falta, pues tan pronto como había alzado la mano, la había bajado.

—¿De verdad me crees capaz de pegar a un viejo? —preguntó con voz contenida, mirándola dolido.

Soltó a su padre y enfiló el pasillo con pasos rápidos sin mirar atrás.

Avergonzado y asustado.

Preguntándose si habría sido capaz de pegar a un anciano. A su padre. Porque ganas no le habían faltado.

—¡Deja que se vaya! —fue lo último que oyó antes de salir por la puerta.

Dio un tremendo portazo y bajó a la carrera la escalera. ¡Cómo no! «Deja que se vaya», había dicho ella. Como siempre, prefería quedarse con su yerno antes que apoyarlo a él y echar a Gonzalo de casa.

Apretó los dientes, haciéndolos rechinar hasta que el gruñido herido que pugnaba por escapar de sus labios se extinguió. Su abuela siempre había elegido a su padre por encima de él. Él lo había dejado todo por ir a cuidarla y ella lo echaba de casa para poder agasajar sin disgustos a su padre. La historia de su vida.



—¡Deja que se vaya! —le exigió Dolores a Gonzalo cuando vio que éste se disponía a seguir a su nieto—. Bastante mal has hecho ya —le recriminó—. ¿No podías mantener tu genio y tu lengua bajo control? —siseó enfadada—. Quiero que dejes de atacar a Adán, es feliz con su trabajo y tampoco le hace mal ver a la Borrego —reconoció muy a su pesar—. Es un hombre y necesita a una mujer con la que desfogarse.

—Pues que se busque una buena mujer y siente la cabeza de una vez. No puede seguir avergonzando a la familia como lo está haciendo —escupió él enfadado, sintiendo de nuevo el odio ancestral que su suegro le había inculcado contra la abuela de aquélla con quien se acostaba su hijo.

Dolores echó la cabeza atrás como si la hubieran golpeado. En ese

momento, su yerno era la viva imagen de su difunto y en ocasiones irracional marido.

—Basta, Gonzalo. No te permito que hables así en mi casa. Si quieres volver a visitarme, tienes que prometerme que no vas a enfrentarte a tu hijo —dijo con voz firme.

—Es él quien se enfrenta a mí. Lo has mimado tanto que jamás me ha tenido el respeto que merezco —replicó ofuscado.

—El respeto se gana, y tú no te lo has sabido ganar.

—¡No soy su amigo, soy su padre! No tengo que ganarme nada —exclamó ofendido.

—Pues entonces no vuelvas a mi casa mientras esté él, me niego a verlo sufrir por tu culpa —sentenció ella, firme en su decisión.

Gonzalo observó a su suegra, consciente de que sólo había una persona en el mundo que quería a Adán más que él: Dolores. Y consciente también de que ella tenía razón. Si pudiera controlar su mal genio, todo iría mejor con su hijo. O no. El muchacho lo consideraba culpable de la muerte de su madre, y contra eso era difícil luchar.

—Lo mimas demasiado, Dolores —musitó.

—Nunca lo he mimado lo suficiente —rebató pesarosa—. Y los años que me quedan voy a hacer lo imposible por redimirme. Y tú deberías hacer lo mismo. Nos hacemos viejos, Gonzalo, la muerte nos ronda, deseando cazarnos. No dejes pasar más tiempo o perderás a tu hijo, igual que Alonso perdió a su nieto.

Él la miró cabizbajo.

—La última vez que hablaron fue durante el divorcio de Adán. Se acusaron de cosas horribles por las que jamás se disculparon —añadió entristecida—. Mi marido murió sin reconocer lo mucho que se arrepentía de su intransigencia, sin querer decirle lo mucho que lo quería. ¿Vas a hacer tú lo mismo? ¿Prefieres perder a tu hijo antes que dejar tu orgullo a un lado?

Gonzalo suspiró pesaroso, consciente de que ella tenía razón.

—Nuestra relación nunca ha sido fácil, Dolores. Adán es demasiado testarudo y rebelde. No acepta consejos.

—Tú nunca le has dado consejos, sino órdenes —lo amonestó ella—. Y,

desde luego, no vas a cambiar ahora —dijo pesarosa—. Así que, ¿por qué no te limitas a no sacar temas espinosos y a intentar no fastidiarlo?

—¿Cómo puedo no fastidiarlo si mi sola presencia lo hiere? —Se frotó la frente con dedos temblorosos.

Dolores pasó un brazo sobre sus hombros, arropándolo como hacía con la hija a la que tanto amaba y con la que él se casó. Entendía a ambos, al padre y al hijo. Eran orgullosos y de carácter fuerte, pero donde Adán era templado y contenido, Gonzalo era explosivo y visceral. Y, mientras Adán era tolerante y equilibrado, Gonzalo era intransigente y colérico. Lo único que los dos tenían en común era su absurda y molesta obstinación.

—No fui un buen padre, lo reconozco —continuó él—. Era demasiado autoritario, muy duro y severo, pero todo lo que hice fue por su bien; ¡era demasiado rebelde, tenía que domarlo! —exclamó angustiado—. Luego Almudena murió, y cualquier posibilidad que hubiera tenido de redimirme se esfumó con ella —musitó cabizbajo—. Desde entonces me odia. Y, cada vez que intento acercarme a él, acabamos más distanciados.

Dolores calló, no podía rebatir esa afirmación porque era cierta.

—Olvidemos el pasado, Gonzalo —dijo decidida a dejar esa amarga historia atrás. Al menos, por unos minutos quería ser una suegra hablando con su yerno de cualquier cosa sin importancia—. ¿Por qué no me cuentas para qué has venido? Porque dudo que sea sólo para saber cómo estoy. Para eso ya tienes el teléfono —señaló con una cálida sonrisa.

—He conocido a una mujer en la residencia —comentó él bajando la cabeza. Por mucho que Almudena llevara muerta más de veinticinco años, no era fácil hablar de ese tema con su suegra—. Es diez años más joven que yo y estamos conociéndonos desde hace unos cuantos meses. Me siento bien con ella. Estoy barajando pedirle matrimonio. —Dolores lo miró sorprendida—. Como bien has dicho, nos quedan pocos años de vida y no quiero pasarlos solo.



Eva se estiró para desperezarse y, dejando a un lado el temario de la

oposición, fue a abrir la puerta. Lo cierto era que no tenía ni idea de quién podría ser; Adán tenía visita, los mormones ya habían intentado salvarla por la mañana y los de la competencia de su compañía de la luz le habían ofrecido el oro y el moro el día anterior.

Se asomó a la mirilla y frunció el ceño al ver a Adán parado sobre su felpudo con el mismo gesto desamparado que un perro al que hubieran apaleado.

Se apresuró a abrirle.

—Hola... ¿Ha pasado algo? —murmuró observándolo preocupada.

Tenía las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros, los hombros hundidos y la cabeza baja. Cuando por fin la levantó, su mirada hablaba de rabia y pesar, de antiguos agravios, de esperanzas marchitas y recuerdos desdeñados.

—No, todo va bien —contestó con amargura—; mi padre y mi abuela están muy ocupados contándose la vida, así que me he escapado. ¿Me invitas a una cerveza?

—Claro, pasa. Estaba estudiando y la verdad es que me viene bien un descanso. —Le señaló el comedor mientras iba a la cocina a por las bebidas.

Adán se sentó en el sofá, la espalda encorvada, la cabeza baja y los codos apoyados en las rodillas. Se mesó el pelo mientras intentaba comprender por qué había saltado de esa manera contra su padre. Era la primera vez que le pasaba. Sus discusiones jamás llegaban a las manos, al menos por su parte. Hasta ahora. ¿Qué demonios le había ocurrido para reaccionar así por algo que su padre le había dicho mil veces en su vida? No tenía ni idea. Sólo sabía que, cuando se había referido a Eva de esa manera, la rabia lo había cegado.

Levantó la mirada al oírla entrar. Llevaba unas gafas de montura verde radiactivo que ensalzaban sus ojos marrones. Como siempre, llevaba el pelo recogido, esta vez en una coleta alta. Parecía un géiser de disparados rizos rubios que brotaba de su cabeza. Vestía una camiseta rosa que apenas le tapaba su precioso culo, enfundado en un bóxer de hombre. En la camiseta, dos palabras: LUNES. ¡SOBREVIVIRÉ!

Una breve sonrisa asomó a sus labios. Eva tenía una camiseta para cada ocasión. Y todas igual de hilarantes.

—Así que tu visita es un rollo. —Le tendió la cerveza y se sentó a su lado.

Adán asintió antes de dar un largo trago. Luego volvió a adoptar su postura inicial de hombros encorvados, cabeza baja y brazos colgando sobre las rodillas.

Eva esperó a que dijera qué le pasaba. Porque lo que tenía claro era que algo le ocurría. Parecía como si le hubieran asestado una puñalada mortal. No obstante, Adán se mantuvo en silencio, con la lata entre las manos y la mirada perdida en el suelo.

Eva frunció el ceño; puede que su suelo estuviera lleno de pelusas de polvo en las esquinas, pero eso no era tan entretenido como para mirarlo con tanta atención. A no ser que pretendiera contarlas. Esperaba que no, porque con todas las que había, le llevaría el resto de la tarde, pensó burlona.

—A Vicenta se le ha ocurrido una idea —comentó, decidida a animarlo con un poco de charla insustancial—. Hemos quedado mañana después de llevar a las niñas al colegio para darnos una vuelta por el barrio y preguntar en las casquerías del mercado si alguien ha comprado cantidades ingentes de riñones y cosas de ésas. Tal vez suene la flauta y encontremos al cabrón que nos está dando por culo. Vicenta dice que eso es lo que hacen los investigadores de «CSI» y de las series de polis que ponen en la tele.

Adán apartó la vista de la pared y la miró arqueando una ceja.

—Y ¿crees que eso no se le ha ocurrido a la policía?

—Claro... Imagino que la policía también ve «CSI» —dijo muy seria.

Adán la miró un instante antes de soltar una aturdida risita. ¡Eva era única!

—Así que ya estarán investigando eso... —comentó ella.

Él asintió, aunque en realidad quien se había pasado toda la mañana haciendo un listado de casquerías en la zona había sido él, y quien se pasaría a hacerles una visita al día siguiente también sería él. De la misma manera que también era él quien estaba en contacto con las que operaban por internet. Y era él porque nadie más iba a hacerlo. El caso no pasaba de ser una molesta gamberrada, no se destinarían efectivos para investigarlo. Y lo cierto era que él tampoco tenía nada mejor que hacer mientras esperaba para infiltrarse en la web de los veteranos.

—Esta mañana, los polis han estado buscando huellas en el portal y cosas

así —comentó Eva—. Pero no sé qué sentido tiene eso, todos los vecinos hemos tocado los pomos y las barandillas...

—Es el procedimiento habitual —replicó Adán, terminándose de un trago la cerveza.

—Ya, eso también sale en la tele —coincidió Eva—. ¿Qué más crees que hará la policía?

—Investigar.

—¡Qué gracioso! Lo que quiero saber es cómo. Aparte de ir de casquería en casquería, a mí no se me ocurre otra cosa que puedan hacer.

—Hay varias posibilidades, y estoy seguro de que las están barajando todas —contestó él sin entrar en detalles.

Eva lo observó meditabunda, consciente de que sabía más de lo que daba a entender.

—Eres policía, como tu padre y tu abuelo —dijo. No era una pregunta.

—No exactamente como mi padre y mi abuelo —replicó él, aplastando la lata entre los dedos—. Soy policía, sí, pero pertenezco a la UIT, la Unidad de Investigación Tecnológica —explicó al ver el gesto estupefacto de ella.

No había esperado que Eva supiera lo que significaban esas siglas. Muy pocas personas lo sabían. Oh, por supuesto, todos conocían a los geos, los TEDAX, o incluso, fuera de las fronteras españolas, a la DEA, la CIA o el FBI. Pero, claro, salían en toda novela de suspense que se preciara. En cambio, la UIT no llenaba las páginas de las novelas ni las horas de televisión. Pasaba desapercibida, a pesar de que era imprescindible para resolver casi cualquier caso, y eso lo molestaba.

Apretó los dientes enfurruñado.

—No soy lo que se dice un poli de acción que persigue a los malos subiéndose por las paredes de los callejones y corriendo sobre los tejados —dijo resentido—. Lo mío es menos emocionante; al fin y al cabo, sólo me dedico a investigar la pornografía infantil, las estafas por internet, los fraudes en las comunicaciones, los ataques cibernéticos, la piratería... También me ocupo de la protección de menores acosados en las redes sociales. Y, ah, sí, se me olvidaba —resopló con sorna—, recopilo datos que saco de internet, de las redes sociales, de foros, webs, blogs, etcétera, y que luego, una vez

cribados, sirven para detener a los malos, proteger a los buenos y encontrar a los desaparecidos. Nada muy importante, como puedes ver —gruñó aplastando aún más la lata.

—Vaya, sí que estamos sensibles hoy. —Eva le quitó la cerveza de las manos, dejándola en la mesa—. Así que te dedicas a proteger a los buenos... Y yo que al principio pensaba que eras de los malos —comentó intentando dar a su voz un tono burlón.

—Seguro —ironizó él.

—Lo digo en serio. Te tomé por un secuestrador. —Frunció el ceño—. Bueno, en realidad, lo que pensaba es que tú eras el secuestrado —murmuró. Adán enarcó una ceja, instándola a continuar—. Cuando te mudaste con Lola, te pasaste más de un mes sin salir a la calle.

—Claro que salía —rebatió él—. Bajaba a comprar y a llevarla al hospital.

—Pero seguro que lo hacías por la mañana, entre las nueve y media y las dos —replicó ella. Adán asintió confuso. ¿Qué importaba eso?—. Entonces no cuenta. A esas horas, el Mudo no está y no queda constancia en su registro de que has salido —explicó con socarronería—. Por tanto, tu abuela sigue siendo una bruja malvada que te tuvo secuestrado; que, de hecho, te sigue encerrando en casa cuando te portas mal y, si no, ¿por qué llevas castigado sin salir desde el miércoles? —dijo burlona.

Pero Adán no estaba de humor para bromas. Y también estaba un poco harto de que su abuela siempre fuera la mala de la película. ¡Era tan injusto...!

—Cuando alguien está intentando animar y cuidar a otro alguien que está muy enfermo, no tiene tiempo para salir y estar de juerga todo el día —masculló enfadado, aunque no sabía por qué ni con quién. Sólo sabía que estaba furioso y necesitaba deshacerse de la rabia... y Eva estaba a su alcance—. Pero, claro, ¿cómo vas a saber tú eso si jamás has tenido que ver cómo tu abuela va debilitándose día tras día? Si jamás te has desgarrado por dentro al decirle que todo va a salir bien cuando dudas que consiga recuperarse. ¡¿Qué sabrás tú de nada?! —estalló levantándose para irse.

—A mi abuela le dio un infarto cerebral, me pasé más días de los que puedo recordar en el hospital, con ella. Cuando mejoró, la traje a casa,

conmigo, y le enseñé a hablar de nuevo, a caminar, a leer, a recordar... Y no fue un proceso rápido. Estoy orgullosa de haber estado con ella todo ese tiempo, porque la adoraba y no había otro sitio en el que quisiera estar — declaró Eva enfrentándose a él—. Sé por lo que estás pasando. ¿Qué le sucede a tu abuela?

Adán inspiró con fuerza y bajó la cabeza.

—Tiene cáncer de mama.

Eva lo abrazó, compartiendo su pesar y queriendo darle aliento, pero él se quedó rígido entre sus brazos, la mirada fija en el suelo. Lo soltó y dio un paso atrás con el ceño fruncido, apartándose de él. Oh, sí. Conocía a ese tipo de hombres. Tontos orgullosos que no eran capaces de aceptar el consuelo de un abrazo porque lo confundían con compasión.

Se dirigió al sillón y tiró un par de coloridos cojines al suelo.

—Siéntate —le ordenó señalándolos.

Él enarcó una ceja, confundido por su orden.

—¡Deja de hacer eso! —gruñó ella poniendo las manos en las caderas.

—¿El qué? —preguntó Adán, totalmente perdido. ¿Qué había hecho ahora?

—¿Qué coño te pasa? ¿Dan clases en la universidad sobre cómo alzar una ceja y luego no podéis dejar de hacerlo nunca? —siseó con fingido enfado—. O sea, es como si fuera lo más fácil del mundo y, en cuanto algo no os cuadra, ¡ya está, la ceja sale disparada a las alturas! En las novelas, los protagonistas se pasan la vida arqueando las cejas. En la vida real, los presentadores las alzan para dar énfasis a sus palabras. Pues ¿sabes qué? —lo acusó clavándole un dedo en el pecho—, no es tan fácil enarcar una sola ceja. Hay mucha gente que no sabe hacerlo, como yo. Así que no te jactes de ello.

Adán se quedó tan perplejo por su disparatado discurso que, sin ser consciente de lo que hacía, arqueó una ceja. La derecha.

Eva le lanzó un almohadón al estómago a la vez que exhalaba un fiero gruñido.

—Siéntate. —Señaló los cojines del suelo y luego agarró el que quedaba en el sofá, amenazando con lanzárselo también.

Adán se sentó sin saber exactamente por qué, aunque supuso que era una especie de instinto de supervivencia ante la locura de la parte femenina de su

especie.

—Así me gusta —cabeceó Eva complacida. Se sentó tras él y separó las rodillas—. Ven aquí...

Adán se echó hacia atrás, hasta que su espalda se apoyó contra el sofá y sus hombros quedaron entre las piernas de ella. Cerró los ojos al sentir los dedos deslizándose sobre su cabeza, tocando puntos que le hacían gemir de placer. Pero no era un placer sensual, sino el placer que da la serenidad tras la tormenta. La inquietud que lo torturaba desapareció poco a poco, y la preocupación, la rabia y el agotamiento se marcharon con ella. Hasta que sólo quedaron los dedos de Eva acariciándolo y el suave eco de su voz tarareando una cancioncilla infantil.

—¿Cuándo operaron a tu abuela?

Cuando ella habló por fin, estaba tan relajado que apenas sentía el desasosiego que se había convertido en su fiel compañero desde hacía varios meses.

—La operarán a principios de enero, después de las Navidades —contestó con los ojos cerrados, reacio a abrirlos y volver a la realidad. Quería seguir disfrutando un poco más de la paz que le estaba regalando.

—¿Primero la quimio y luego la operación? Pensé que era al revés. —Eva bajó los dedos hasta la tensa nuca de él.

—Es un tratamiento neoadyuvante. Por lo que nos explicaron, al someterse primero a la quimio consiguen que el tumor se reduzca y, como no lo han extirpado, pueden ver cómo reacciona ante el tratamiento y, si éste no es correcto, cambiarlo. Nos dijeron que para el caso de mi abuela era lo mejor —comentó con voz débil.

Pasó los brazos sobre las rodillas de Eva y se abrazó desmadejado a sus piernas a la vez que dejaba caer la cabeza hacia adelante, dándole pleno acceso a su cuello.

—¿Cómo se encuentra tu abuela? —preguntó ella con voz suave.

—Extenuada. El tratamiento la está debilitando mucho. Intenta aparentar que sigue fuerte, pero cada vez está más cansada y frágil —masculló disgustado.

No sabía por qué le estaba contando eso. Ni su abuela ni él querían, ni

mucho menos soportaban, la compasión de los demás, de ahí que Dolores se hubiera negado a contar su enfermedad a nadie; de hecho, sólo Mercedes y Félix estaban al corriente. Pero Eva era especial. Con ella no le importaba sincerarse ni mostrarse tan cansado y angustiado como realmente se sentía.

—Los días posteriores a la sesión son horribles —musitó mientras frotaba la mejilla contra la mano femenina. Sus caricias tenían un poder calmante—. La agotan tanto que apenas puede moverse, le salen llagas en la boca y granitos en la cabeza que se le infectan, tiene náuseas, vértigos... —Se calló afligido, su cuerpo de nuevo en tensión.

Eva volvió a hundir los dedos en su pelo y realizó movimientos circulares, siguiendo líneas ocultas que sólo ella conocía y que poco a poco le devolvieron la calma.

—¿Cada cuánto tiempo le dan la quimio? —preguntó cuando él volvió a quedarse laxo contra sus piernas.

—Cada veintiún días.

—El miércoles pasado le tocó sesión —musitó Eva, comprendiendo el motivo por el que él apenas había salido de casa.

Adán asintió despacio.

Se mantuvieron silentes unos minutos. Eva, entregada a su propósito de relajar a su afligido y tenso amigo. Y Adán, disfrutando de una paz que hacía tiempo que no sentía.

—Se encontró un bulto en el pecho en mayo —comentó de repente, sumergido en la burbuja protectora que ella había creado para él—, pero cuando me lo comentó no le di mucha importancia. Joder, tiene ochenta y seis años, se supone que a esa edad puede tener artrosis, tensión alta, diabetes, alzhéimer, párkinson..., ¡pero no cáncer! —exclamó tensándose de nuevo.

Eva lo obligó a echarse hacia atrás y a recostar la cabeza contra su vientre; luego posó los dedos sobre su frente y le estiró con suavidad las líneas de preocupación, hasta terminar trazando círculos en las sienas.

—No me molesté en acompañarla —musitó él poco después, con la voz rota por la culpabilidad—. Menos mal que Mercedes y Félix fueron con ella. Cuando me llamó esa tarde para contarme el diagnóstico, no me lo podía creer. Luego todo sucedió tan rápido... y a la vez tan despacio. Mientras

realizaban todas las pruebas, parecía que el tiempo no corría, que todo estaba parado, pero los días se sucedían con una rapidez vertiginosa. Sentíamos que no avanzábamos, que estábamos estancados esperando resultados mientras el cáncer se hacía más grande, como si en sólo unos pocos días pudiera aumentar hasta devorarla... No obstante, a la vez teníamos que hacer mil cosas y nos estábamos quedando sin tiempo. Cuando el oncólogo nos dijo que comenzábamos ya con la quimioterapia, fue como si nos cayera una bomba encima. Habíamos ido a recoger el último resultado y no pensábamos que sería tan... inminente. No estábamos preparados. Dudo que nadie lo esté.

Eva bajó las manos hasta sus hombros, los apretó con suavidad y luego siguió descendiendo hasta su pecho, de manera que acabó abrazándolo.

—¿Cuándo empezó la quimio?

—El 6 de julio.

—Lo dejaste todo y te mudaste aquí —musitó admirada.

—No dejé nada —rebatió él, besándole la muñeca—. Vivía de alquiler, así que avisé al casero, recogí mi ropa y mis ordenadores y me fui; sólo perdí los dos meses de fianza. Y, con respecto al trabajo, pedí una excedencia, así que tampoco lo he perdido, sólo está en *stand-by* —dijo restándole importancia a su gesto.

—Eres un gran hombre, Adán Vega-Sombría —murmuró Eva besándolo en la coronilla.

—No lo soy, Eva Borrego —resopló él burlón—. Sólo hago lo que debe hacerse.

A continuación, apoyó la cabeza en el muslo de ella mientras Eva le acariciaba la clavícula con suavidad. No era un masaje profesional, nada más lejos de la realidad, pero había conseguido sumirlo en un estado de serenidad que hacía tiempo que no sentía.

—Siempre me he preguntado por tu nombre —murmuró ella de improviso—. Tu padre se llama Gonzalo y tu abuelo Alonso; no sé, son nombres con solera, o, al menos, a mí me lo parecen. Pero Adán es diferente, como si estuviera en otra onda. No sé si me explico...

—Fue cosa de mi madre —explicó él, esbozando una soñadora sonrisa—. Era muy devota, y el Génesis era uno de sus libros favoritos, así que se

empeñó en llamarme Adán y, por algún extraño milagro, mi padre y mi abuelo no pusieron pegas.

—La recuerdo como a una mujer muy dulce y cariñosa...

—Lo era. Un ángel. Disfrutaba con las cosas más sencillas. Pasaba horas sentada en el jardín del Príncipe de Anglona, observando los pájaros que bajaban a la fuente. También le gustaba pasear por el claustro de la capilla del Obispo. Yo siempre la acompañaba. Éramos inseparables —musitó rememorando momentos felices que creía olvidados—. Jugábamos al escondite en casa, hacíamos pasteles y bizcochos y nos poníamos perdidos de harina. —Una sonrisa se dibujó en sus labios antes de que un nuevo recuerdo la hiciera desaparecer—. Y mi padre montaba en cólera cada vez que me veía en la cocina con ella. No eran cosas de chicos, decía. Él quería que yo fuera un niño atlético y decidido, un líder al que los niños del barrio siguieran y de quien él pudiera sentirse orgulloso. Y, en vez de eso, le tocó en suerte un ratón de biblioteca, enamorado de los ordenadores y alérgico a los deportes en grupo. Fui toda una decepción para él. —«Todavía lo sigo siendo.»

—Tu padre es un poco machista, ¿no? —masculló Eva, dolida por él.

—Es de otra época. Le sacaba más de veinte años a mi madre. Cuando nací, él pasaba de los cuarenta y llevaba media vida viviendo solo. Tenía las ideas muy claras y un carácter inflexible. Al mudarse a vivir aquí, con mi abuelo, que era aún más severo que él, no tuvo necesidad de endulzar su rigidez o contener su temperamento.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Eva—. Lo normal era que Almudena se hubiera mudado a la casa de su marido, no al contrario.

—No tengo ni idea —murmuró Adán. Ésa era la pregunta del millón—. Mi abuelo y mi padre decidieron que lo mejor era que él se mudara para que mi madre siguiera viviendo en casa, al cuidado de mi abuela, y así no se sintiera sola mientras mi padre estaba trabajando. Mi abuela aceptó la decisión de su marido y a mi madre imagino que, como siempre, no la dejaron opinar.

—La trataban como a una niña —siseó Eva. Adán asintió con un gesto, pues era la verdad—. ¿Se llevaban bien Gonzalo y Alonso?

—Eran uña y carne. Gonzalo era el hijo que Alonso siempre había querido tener. Un policía de los pies a la cabeza, forjado a la antigua usanza. Rudo,

severo, seguro de sí mismo. Y, además, compartían sangre y apellido, pues eran primos segundos. No podía estar más orgulloso de él.

—Tú también eres policía, seguro que estaba muy orgulloso de ti —musitó Eva, notando que la tensión volvía a apoderarse de él.

—Yo no soy un policía de los que merecen la pena según sus baremos, tampoco según los de mi padre. —Ella lo miró asombrada. No podía creerse lo que estaba oyendo—. Mi padre es muy mayor, Eva, casi tanto como mi abuelo. De hecho, sólo se llevaban ocho años. Para ellos, la investigación tecnológica no consiste más que unos cuantos policías inútiles jugando con ordenadores. No comprenden su importancia. Y yo soy una vergüenza para el apellido y la tradición familiar porque soy un cobarde que, en lugar de seguir sus pasos, ha optado por alejarse de la acción y esconderse entre cuatro paredes.

—Tu padre es un idiota.

—De eso no tengo dudas —coincidió Adán, esbozando una sonrisa torcida.

Se quedaron de nuevo en silencio, él con las piernas estiradas y los brazos envolviendo las pantorrillas femeninas mientras mecía la mejilla contra el muslo de Eva, arrullándose con su suavidad. Ella empezó a dibujar espirales sobre el torso masculino. Espirales que poco a poco se transformaron en enormes corazones que comenzaban en el hueco de su clavícula y terminaban en el ombligo, lo que conllevó que se inclinara más sobre él.

Adán sólo tuvo que girar la cabeza para besarla. Fue un suave ósculo, tan breve como etéreo. Luego se miraron inmóviles, prisioneros de algo tan intenso que no supieron darle nombre. Como en una película a cámara lenta, Adán se acercó de nuevo a los labios de Eva, y ella los abrió para él. Se encontraron en un momento detenido en el tiempo y, cuando sus lenguas se tocaron, el universo volvió a girar.

Adán hundió los dedos en la alta coleta de ella, inmovilizándola mientras degustaba su boca. Cuando se separaron, faltos de aliento, se puso en pie con agilidad y la tomó en brazos.

—¿Dónde está el dormitorio? —le susurró al oído.

Esa vez no iban a hacerlo contra la pared ni sobre la mesa. Esta vez quería

que fuera lento y en la cama.

—La puerta de enfrente.

La tumbó con cuidado sobre la cama, le quitó las gafas, dejándolas sobre la mesilla, y la desnudó despacio. Deslizó los labios por cada porción de piel que descubría, hasta que la tuvo tan temblorosa y excitada como deseaba. Luego se quitó la ropa, se puso un preservativo y se tendió a su lado para seguir besándola. Y, mientras bebía de su boca, le deshizo la coleta.

—¿Qué haces?, no me la quites —protestó ella al sentir que retiraba la goma y le extendía la melena sobre la almohada.

—Quiero verte con el pelo suelto —musitó él.

—Pero a mí no me gusta. —Frunció los labios en un mohín—. Me hace parecer bajita.

Adán sonrió al oírla. Era justo lo que se temía.

—No eres bajita, estás en la media. —La besó en el cuello.

—Con la coleta soy cinco centímetros más alta. —Echó la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso.

—Ahora estamos tumbados, no importa la altura —susurró él, atrapándole el lóbulo de la oreja con los dientes para luego succionarlo.

Eva deslizó los dedos por el vientre de Adán, buscando el enorme y duro tesoro que se alzaba allí. Pero él le agarró la mano y se la colocó sobre su cabeza. Luego hizo lo mismo con la otra y sujetó ambas con dedos férreos. En esa ocasión quería ir despacio y no iba a permitir que lo excitara hasta el punto de olvidar su objetivo y hacerle apresurarse. Era la primera vez que follaban en una cama e iba a disfrutarlo.

Coló una rodilla entre las piernas de ella, separándoselas. Luego se acomodó entre ambas y presionó su erección contra la vulva. Se meció, frotándose contra su sexo.

Eva exhaló un gemido gutural y arqueó la espalda, seducida por el placer. Separó más las piernas, deseando que la penetrara, pero él se mantuvo inmóvil. Lo miró impaciente a la vez que se removía, frotándose contra él.

Adán sonrió con picardía y luego la besó con lánguida pasión, volviéndola loca de necesidad. Cuando se separaron para respirar, fijó sus ojos en los de ella, esclavizándolos, y la penetró. Despacio. Meciéndose con suavidad.

Invadiéndola con perezosa agonía hasta que se hundió por completo. Se quedó inmóvil un instante, disfrutando de la sensación de notarse acogido por ella, y luego se apartó para volver a hundirse con idéntica placidez. Mantuvo ese ritmo indolente hasta que la pasión convirtió la pereza en agonía y la exaltación venció a la calma. Ambos comenzaron a moverse más rápido, con idéntico delirio. Los cuerpos chocaron, las manos agarraron y amasaron y las bocas se enfrentaron usando dientes y lengua mientras que él la poseía frenético y ella alzaba las caderas para salir a su encuentro.

Terminaron a la vez, el ronco gruñido masculino mezclándose con el suave gemido femenino.

Un instante después, Adán se apartó, liberándola de su peso. Se tumbó de espaldas y clavó la vista en el techo, sin verlo realmente. Se sentía completo. Más en paz que nunca. Giró la cabeza. Ella tenía los ojos cerrados, las mejillas sonrosadas y los labios hinchados por sus besos. Estaba totalmente relajada y esbozaba una preciosa sonrisa que se moría por besar.

Tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

Esa vez no habían follado. Había sido demasiado íntimo como para considerarlo un simple polvo. ¿Qué coño le estaba ocurriendo con esa mujer?

Se levantó, decidido a no pasar un segundo más allí. Con ella.

Era peligrosa.

—¿Te vas? —susurró Eva al sentir la falta de su peso en la cama.

Adán la observó estirarse con voluptuosa languidez y sólo pudo pensar que era la mujer más hermosa, dulce y excitante que había conocido en su vida.

—Tengo que irme. Mi padre ya se habrá ido y no me gusta que mi abuela esté sola cuando han pasado tan pocos días de la sesión. Se empeña en hacer cosas que la agotan —masculló mientras se vestía.

Ella no se quejó por su rápida partida. Al contrario, le lanzó un beso de despedida y se estiró con perezosa sensualidad antes de acunar la cabeza en la almohada, como si no le importara en absoluto que la abandonara al poco de haberse derramado dentro de ella.

Eso le molestó. Mucho.

Él ni siquiera había tenido la cortesía de darle un poco de charla antes de

levantarse y dejarla y a ella le daba lo mismo.

Cualquier mujer protestaría al menos un poco ante esa infamia. Pero ella no. ¿Acaso porque él no le importaba lo suficiente como para enfadarse? Ese pensamiento acabó por romper sus esquemas, cabreándolo.

Plantó una rodilla en la cama, la tomó por la nuca y la incorporó, acercándola a él.

—¿Qué haces? —murmuró Eva sobresaltada al sentir su fiereza.

Adán no contestó, simplemente la besó con rabia, invadiendo su boca con furioso frenesí hasta que ella suavizó su asalto con las caricias de su lengua.

—Dime que me echarás de menos —susurró impulsivo al separarse.

—Por supuesto que sí —musitó Eva, el corazón golpeándole con fuerza en el pecho al oír, y sentir, la fuerza de su necesidad. Una necesidad que, acababa de darse cuenta, también sentía ella—. Tú también me echarás de menos —exigió. Lo agarró del pelo para acercarlo y besarlo con idéntica furia a la empleada por él.

—¡Joder, sí! —jadeó Adán, cayendo sobre ella.

Le separó las piernas, se bajó la cremallera y, tras ponerse un condón, la penetró.



—No te has dado prisa en volver. Espero que te haya aprovechado la... cerveza —masculló Dolores mirando a Adán de arriba abajo cuando entró en casa pasadas las diez de la noche.

Llevaba más de tres horas fuera. Las había contado minuto a minuto. Había padecido por él, por lo que pudiera estar sintiendo tras pelearse con Gonzalo, por las recriminaciones que se estaría haciendo por haber alzado la mano contra su padre. Por el arrepentimiento que estaría sufriendo. Y, a tenor del aspecto que tenía, en lugar de estar penando por las calles, Adán había estado practicando deportes de cama con la Borrego.

Deportes muy fogosos. Las tres horas.

Apretó los labios enfadada. ¡Ingrato! No merecía su preocupación.

—Me ha aprovechado mucho —replicó él mordaz. Esa noche no tenía

paciencia para los reproches de su abuela. Tampoco para sus indirectas—. Me he encontrado con Eva y he decidido tomarme la cerveza con ella.

Dolores arqueó una ceja suspicaz.

Adán no pudo evitar sonreír al recordar el disparatado discurso que Eva le había lanzado sobre ese asunto.

—¿Te has encontrado con ella o has ido a buscarla? —Dolores miró a su nieto ofuscada. ¿Por qué sonreía así?

—Sabes cuál es la respuesta a eso —replicó Adán, dirigiéndose al baño. Estaba de muy buen humor, no le apetecía en absoluto que su abuela se lo agriara con sus reproches.

—¿Tanto te pica que no puedes dejar de buscarla a todas horas? —Lo siguió enfadada.

Había pasado toda la tarde excusándolo ante Gonzalo por su inapropiado encaprichamiento por Eva y no se merecía que le respondiera con ese tonito de cáustica suficiencia.

Adán no se molestó en responder; entró en el baño, cerró la puerta y echó el cerrojo.

Dolores sintió arder la rabia en su interior. ¡¿Cómo se atrevía a ignorarla y a darle con la puerta en las narices?! Ése no era Adán, él jamás se había comportado así, como un niño mimado y consentido. Era culpa de la Borrego. ¡Esa fresca le estaba robando el cariño de su nieto, malmetiendo contra ella!

Pues ¡no iba a consentirlo!

Agarró con fuerza el bastón y se dirigió a la cocina.

Adán salió del baño un buen rato después. Había necesitado una larga ducha para poner en claro sus ideas y autoconvencerse de que el primer polvo que habían echado esa noche no había sido tan especial. Un poco intenso, sí, pero nada del otro mundo. Que luego se sintiera impelido a oír de labios de Eva que lo iba a echar de menos tampoco tenía la menor importancia. Eran cosas que pasaban después de follar. La testosterona, las endorfinas y la adrenalina se disparaban, consiguiendo que sintiera cosas que, en situaciones normales, ni se le pasarían por la cabeza. Al menos, eso había leído en algunos artículos por internet. Aunque a él no le había ocurrido nunca. Pero bueno, siempre había una primera vez para todo.

Se puso unos pantalones de chándal y una camiseta y se dirigió a la cocina para hacer la cena, aunque mucho se temía que su abuela ya la habría hecho. Se había cabreado tanto por su silenciosa reprimenda que se le había olvidado por completo la hora que era.

Nada más entrar vio el plato en la encimera, pulcramente tapado con un cubreplatos de plástico. Lo apartó y se encontró, cómo no, con una gran ración de judías verdes. Suspiró. Se lo tenía bien merecido por ser un mal nieto. Agarró un bote de tomate frito y el plato, y se dirigió al comedor, donde Dolores ya estaba cenando. Se percató de que había apartado el portátil que se había dejado en la mesa al salir de casa —más bien huir— tras la discusión con su padre. Lo recogió, lo llevó a su dormitorio y se sentó a cenar.

Inundó las judías con el tomate y le dio tiempo a removerlas asqueado durante cinco minutos antes de que Dolores se hartara de guardar silencio.

—Sé que no te interesan mis consejos, pero voy a dártelos de todas formas —dijo ella, irguiéndose muy digna—. Eva no es la mujer que necesitas a tu lado —sentenció.

—¿Volvemos otra vez con eso? —Adán la miró con un destello de diversión en los ojos—. Y ¿puedo saber cómo es la mujer que necesito? Más que nada, para estar preparado y salir corriendo en dirección contraria cuando aparezca.

—Tú riéte, que ya llorarás cuando yo no esté y te des cuenta de la razón que tenía tu abuela —masculló—. ¿No te das cuenta de que la Borrego es demasiado para ti? —lo increpó angustiada.

—¿Demasiado para mí? —repitió él mosqueado, sin entender qué quería decir.

—No es como tu exmujer, dócil y cariñosa. Eva es independiente, fuerte, decidida y muy liberal.

Adán asintió ante la certera descripción. Eva era todo eso y mucho más.

—Jamás te necesitará —prosiguió ella, embalada al ver que Adán no discutía sus palabras—, y tú, al igual que tu padre y tu abuelo, necesitas que te necesiten.

—¿Qué sabrás tú lo que yo necesito?! —estalló él.

¿Qué poco lo conocía! Su matrimonio había fracasado, además de por el

amor que él no sentía y por los hijos que ella deseaba y él se negaba a tener, por el carácter dulce y sumiso de su exmujer. Nunca lo contradecía, jamás se le enfrentaba ni protestaba por sus desaires. Lo abrumaba con su dulzura, con su necesidad de él, de tenerlo a su lado, de mimarlo, de sentirse protegida por él. Con ella estaba en continua tensión, conteniendo su maldito carácter para no soltar ninguna inconveniencia y lastimarla, porque era tan frágil que con sólo oírlo alzar la voz se sentía herida y se echaba a llorar. Era agotador vivir con ella, estar siempre pendiente de ser comprensivo, cariñoso y agradable, cuando no él no era así. Él era como su padre: cínico, hiriente, y de fuerte carácter.

No quería a nadie que lo necesitara, al contrario, no había nada que lo agobiara más.

—Claro que lo sé. Te conozco. Sé cómo eres. Yo te crie —aseveró Dolores.

—Me crio mi madre —replicó Adán, apretando los puños sobre la mesa.

—Con mi ayuda —se empeñó Dolores—. Ten cuidado con Eva. Te hará sufrir, lo sé.

—Claro, abuela, tú siempre lo sabes todo, por eso le arruinaste la vida a mamá, obligándola a casarse con papá.

La anciana dio un respingo ante tan injusta acusación. Ella había hecho lo que debía hacerse. Lo único que podía hacer para proteger a su hija y mantenerla a salvo del mundo exterior, que jamás la entendería.

—¡No te atrevas a decir eso! —le espetó furiosa—. No es verdad. No le arruiné la vida, se la solucioné.

—¿Tú crees? Te recuerdo que estaba allí, presente todo el tiempo, y no es que mamá tuviera mucho poder de decisión sobre lo que le gustaba o no. Estaba sometida a papá.

—¡Eras un niño, no hables de lo que no sabes! Tu madre adoraba a tu padre.

—Eso seguro —replicó él burlón—. Mamá sólo era feliz cuando papá no estaba. En cuanto él entraba en casa, toda la alegría desaparecía.

—No es así. Gonzalo es un hombre severo y poco dado a las risas, lo reconozco, pero apreciaba sinceramente a Almudena e intentaba que fuera

feliz. Jamás hizo nada que pudiera hacerle daño.

—A ella no, pero a mí sí. —Adán apretó los puños al recordar el sonido del cuero contra su piel—. Me ponía el culo tan rojo que pasaba horas sin poder sentarme por culpa de los verdugones y el dolor —masculló—; manejaba bien el cinturón, el muy cabrón.

—Cuando tu abuelo se enteró, le puso fin —afirmó Dolores herida. Ése era el único remordimiento que tenía, la ignorancia sobre el tipo de castigos que Gonzalo infligía a su hijo tras la puerta cerrada de su dormitorio.

—Oh, sí, lástima que tardara tanto en querer enterarse de lo que pasaba —se burló Adán—. Y, de todas maneras, no es que el abuelo no me haya marcado la cara con sus bofetadas más veces de las que puedo recordar —resopló.

—Eras un niño complicado, Adán, muy rebelde. No aceptabas órdenes ni seguías las pautas que tu padre y tu abuelo te marcaban —dijo Dolores, intentando quitarle hierro.

—¡Discúlpame por tener personalidad! —gritó, dejándose vencer por la rabia. Había sido un día emocionalmente complicado, y que ella tratara de excusarlos era algo que lo superaba—. Esos dos cabrones amargaron mi vida y la de mi madre. ¡Ojala hubiera podido sacarla de aquí antes de que se muriera, para que al menos hubiese sido feliz unos años! —explotó.

—No sabes de lo que estás hablando, Adán. No puedes estar más equivocado.

—No lo estoy. —Golpeó la mesa con los puños. Los cubiertos tintinearón sobre los platos, creando un inadecuado coro de campanillas—. Mamá era una mujer joven y soñadora, casi una niña... Y ¡la casasteis con un viejo y la mantuvisteis encerrada aquí, siempre bajo tu control!

—¡No era una mujer, sólo lo parecía! —estalló Dolores. Estaba harta de callar y ocultarle la verdad para no ensuciar el recuerdo de su madre—. Murió cuando apenas habías cumplido los doce años, Adán, tus recuerdos son los de un niño, y todo lo ves bajo ese prisma. Tu madre era una niña encerrada en el cuerpo de una mujer. No tenía... cabeza. Su mente estaba detenida en la niñez, no maduró más. Por eso se comportaba como una niña. Tú eras su juguete, su muñeco de tamaño real, que se movía y hablaba. Te adoraba, pero no sabía

criarte. Estuvo a punto de ahogarte cuando tenías pocos meses porque se empeñó en bañarte y, mientras estabas en la bañera, se entretuvo con tus juguetes y se le olvidó sujetarte para que no hundieras la cabeza. Si yo no hubiera entrado, estarías muerto. Por eso jamás la dejábamos sola contigo, porque no podía responsabilizarse de ti, de su marido o de su casa.

—Eso es mentira, mamá era responsable —replicó furioso Adán—, pero tú le dabas las tareas más desagradables de casa; siempre estaba limpiando.

—¡No! Le daba las tareas que sabía hacer y con las que no pudiera infligiros daño a ti o a sí misma. No le dejaba utilizar cuchillos ni encender el fuego, ni limpiar las ventanas ni hacer nada que conllevara un mínimo riesgo. Tu vida dependía de eso.

Él negó con la cabeza, con incredulidad.

—¡Por el amor de Dios! ¿No recuerdas aquella tarde en la que, como no llegaba a limpiar los cristales, te sacó al alféizar para que los limpiaras tú? Fue tu padre el que se dio cuenta de lo que estaba pasando y tuvo la sangre fría de acercarse sonriendo hasta la ventana para no asustarte y poder atraparte. Me quitasteis años de vida aquella vez —gimió Dolores reviviendo la horrible experiencia.

—Estás exagerando —susurró Adán, recordando de forma lejana aquel suceso.

No debía de tener más de cinco o seis años. Su padre había montado en cólera, pero, cosa rara, no había sido contra él, sino contra su madre. Era la única vez que lo había visto gritarle.

—No, Adán, sabes que no lo hago. Intenta recordar, por favor —le suplicó su abuela, extendiendo el brazo sobre la mesa para cogerle la mano—. Yo siempre estaba con vosotros, vigilándola para que tú estuvieras seguro. Y, mientras os vigilaba, intentaba hacerla feliz. Todos lo intentábamos. Tu abuelo y tu padre también —afirmó—. Pero Almudena era... un ser especial. No pensaba ni actuaba como una persona en sus cabales. Vivía en su propio mundo. Y tú no quieres acordarte de eso.

Adán giró la cabeza para evitar la mirada de su abuela. Sí lo recordaba. Sus recuerdos parecían haberse despertado en el tiempo que llevaba viviendo allí. Casi podía ver a su madre y a su abuela riéndose en la cocina mientras

hacían la tarta de su cumpleaños, las recordaba con él en la capilla del Obispo, paseando por Las Vistillas y el parque del Moro, fingiendo buscarlo mientras él se escondía tras los árboles. Recordaba a su abuela en la plaza, observándolos mientras jugaban a hacer comiditas de barro que luego le ofrecían y ella fingía comerse esbozando una sincera sonrisa. También recordó a su padre, leyéndoles cuentos, a su madre y a él, por la noche. Volvió a verlo, llevándolos al zoo y al Retiro, yendo con su madre a la plaza los días de tormenta para observarla debajo del paraguas mientras ella bailaba bajo la lluvia. Almudena adoraba sentir las gotas frías sobre la cara. No había nada que le gustara más, y Gonzalo siempre la complacía, dejándola salir cuando llovía.

—Tu padre y tu abuelo eran hombres severos, acostumbrados a mandar y a ser obedecidos al instante —murmuró Dolores, apretándole la mano entre sus dedos artríticos—. No estaban preparados para que nadie se rebelara ante ellos, y menos que nadie, tú. Eras su hijo y su nieto, y en vez de seguir sus pasos y obedecerlos, te empeñabas en llevarles la contraria y en replicarles. Los volvías locos, Adán. Intentaban entenderte y no lo conseguían...

—Y por eso se empeñaron en cambiarme con golpes, gritos y desprecio cuando no acataba su voluntad.

—Así los habían educado. No puedes culparlos por tratar de enseñarte de la misma manera en que aprendieron ellos.

—Nunca es tarde para cambiar lo que no funciona —masculló Adán sacudiendo la cabeza. Su abuela le estaba enmarañando los recuerdos para exculpar a su padre y a su abuelo y convertirlos en hombres buenos. Y no lo eran. No pensaba olvidarlo—. Mataron a mi madre —dijo con los dientes apretados, soltándose de su mano.

—¡No! Almudena enfermó, no fue culpa de nadie. Tenías doce años, Adán, no puedes haberte olvidado también de eso —exclamó Dolores aterrada. No podía ser que también culpara a su marido y a su yerno de aquello.

—Sí, por supuesto que lo recuerdo. Cogió una pulmonía, no pudieron curarla y murió —declaró sin ninguna emoción—. Pero lo que también sé es que se puso enferma tras escaparse de casa y pasar toda la noche, en pleno diciembre, en la calle, huyendo de mi padre.

—No huía de tu padre —aseveró Dolores mirándolo herida al comprender que había olvidado parte de lo que ocurrió, tergiversando la verdad.

—¿Ah, no? Entonces ¿qué coño hacía en la calle? ¿Pasear bajo las estrellas? —la increpó él. Empujó la silla para ponerse en pie con tal fuerza que la tiró al suelo—. No, perdona. Ya lo recuerdo. Bajó, en plena madrugada, a pasear bajo la tormenta, porque, si mi memoria no falla, esa noche estaba lloviendo a mares.

—A tu madre le encantaba bailar de noche bajo la lluvia, Adán, tienes que recordarlo. Esa vez no fue la única que se escapó de casa bajo una tormenta —replicó Dolores abatida—. Gonzalo y Alonso pasaron la noche en la calle, tan empapados como ella, buscándola —prosiguió, poniéndose en pie como él—. Tu abuelo también enfermó, y a punto estuvo de acompañarla a la vera del Señor.

—¿En serio? Pobrecito. Lástima que no la acompañara —masculló Adán sin pensar lo que decía—. ¡Joder!... Lo siento, yaya, no quería decir eso —se disculpó arrepentido.

Ella negó con la cabeza abatida.

—No lo comprendes y nunca lo harás, porque no quieres saber lo que pasó. Estás tan cegado por el odio que jamás verás la verdad —dijo saliendo al pasillo para ir a su habitación—. Estoy muy cansada, voy a dormir.



Acabó de prepararse la ropa para el día siguiente y, tras comprobar que la persiana estuviera bien bajada, se tumbó en la cama y observó el techo. Así que los muy tontos creían que podrían atraparlo poniendo cámaras de vídeo en la escalera. Qué ingenuos eran. Qué estúpidos. Acababan de hacer el juego aún más interesante. Los dejaría confiarse y luego los atacaría, demostrándoles hasta dónde llegaba su intelecto y lo lejos que estaban de alcanzarlo.

Una sonrisa se dibujó en sus labios al pensar que por fin estaba haciendo justicia.

10

No muy lejos del Rastro, hay dos pequeñas vías dedicadas al señor Gil Imón. La travesía de Gil Imón y la calle del mismo nombre. No son importantes ni grandes, ni mucho menos conocidas, más allá de por sus vecinos, obviamente. Pero en ellas reside el origen de una de las palabras más utilizadas en España para definir a según qué tipo de personas.

O, al menos, eso aseguraba mi abuela porque, la verdad sea dicha, que yo sepa, no hay ningún documento oficial que verifique esa historia; pero ¿qué queréis que os diga?, a mí me la contaba mi abuela y con eso me basta para que sea real.

La cuestión es que, hará cosa de unos cuatrocientos años, el señor que da nombre a esas calles, don Baltasar Gil Imón, fiscal del Consejo de Hacienda, era un hombre preeminente que asistía a fiestas de alto copete con invitados no menos copetudos. A dichos festejos acudía acompañado de sus dos hijas, cuya inteligencia era tan escasa como su belleza.

Paseaba a las dos pollas —el nombre que se les daba en esa época a las mujeres jóvenes y que nada tiene que ver con los atributos masculinos— por salones y teatros, intentando encontrarles un futuro marido, algo que no era poco complicado dadas las características de las damitas. Tanto las paseaba y tanto se le veía el plumero que, cada vez que aparecían en alguna fiesta, los posibles pretendientes y el resto de los invitados en general comentaban con evidente sorna: «Ahí va don Gil con sus pollas».

Tanto se repitió la coletilla «Gil y sus pollas» que, dado el talante pícaro y sobrado de mala leche de los madrileños de aquella época —que, por cierto,

no dista mucho del de los de ahora—, la asociación de ideas fue inevitable, convirtiéndose en el actual *gilipollas* que usamos cuando nos referimos a alguien con pocas luces.

Interesante, ¿verdad?



Madrugada del domingo, 16 de octubre de 2016

—Tienes que dejar de tener miedo al compromiso y asumir que estás hecho para Eva —le dijo Paco por enésima vez esa noche.

—Claro, hombre, porque soy el Adán primigenio. Cambia de rollo, por favor, éste ya me lo has soltado unas mil veces —replicó Adán, girando sobre sus talones para mirar a su alrededor.

El escenario en el que se encontraba era nuevo. No había cientos de estrellas en torno a él ni explosiones iluminando el espacio interestelar. De hecho, era un escenario casi conocido, uno que le recordaba a algunas películas de ciencia ficción. Estaba en mitad de un árido desierto de arena roja, sin ningún signo de vida alrededor, bajo la sombra de una montaña tan enorme que no alcanzaba a ver su final.

—Deberías tomarte en serio mis palabras —musitó Paco acercándose a él.

Adán dio un salto atrás. El jefe de Eva estaba, como siempre, en pelotas, y tenía la odiosa costumbre de abrazarlo en cuanto se despistaba. Y, joder, aunque estuvieran en un sueño, se negaba a que sus pollas se rozaran, porque, sí, él también estaba en bolas. Lo que era de lo más injusto, porque era su sueño.

—Tienes que relajarte, Adán, jamás serás feliz si sigues tan tenso. Tienes que dejar que...

«La vida fluya, que todo se coloque en su lugar y aceptar tu destino» continuó Adán en su mente mientras se alejaba por la zona. Desde luego, Paco era tan pesado en sus sueños como en la vida real. Se pellizcó por enésima vez en la última media hora, pero nada, siguió dormido. Eso de que si te

pellizcabas durante un sueño, te despertabas, era una patraña.

—No puedes huir de lo inevitable —lo alcanzó la voz de Paco.

Adán se volvió para replicarle, pero antes de que pudiera hacerlo, el desierto se llenó con la voz de Jennifer Lopez cantando *Ain't Your Mama*.^[8]

—Lo siento, Paco, debo irme. Te veré dentro de un rato —dijo burlón mientras todo comenzaba a difuminarse a su alrededor.



Adán abrió los ojos y tanteó la mesilla en busca del móvil. Paró la alarma y leyó la hora en la pantalla. Las cuatro de la madrugada. La hora perfecta para salir de la cama un sábado. Se estiró perezoso y se levantó lleno de energía. Lo cierto era que no le costaba despertarse tan pronto. Siempre había sido más diurno que nocturno y, como se acostaba a la misma hora que su abuela, sobre las diez de la noche, no le importaba madrugar. Además, tenía un motivo fabuloso para despertarse tan temprano.

Cogió unos vaqueros y una camisa y salió sigiloso del dormitorio. Atravesó el pasillo en silencio sin encender la luz y entró en el baño. Mientras se lavaba la cara, se acarició la sombra de vello que le cubría la mandíbula. Sonrió al recordar lo mucho que a Eva le gustaba que le frotara los pezones con ella. Un destello de deseo lo recorrió. Se vistió presuroso, se colgó la tapa de mermelada al cuello, por debajo de la camiseta, y apagó la luz antes de salir del baño. Atravesó el pasillo a oscuras y, al llegar a la entrada, se apoyó contra la pared y se calzó a tientas las deportivas que había dejado preparadas antes de acostarse. Ya se las abrocharía en el ascensor. Se puso la cazadora y, tras palpar la cartera para comprobar que tenía un par de condones guardados en ella, se la metió en el bolsillo, junto con el móvil.

Abrió la puerta en absoluto silencio y en ese instante oyó la voz de su abuela.

—Vuelves a salir de madrugada a buscarla —lo reconvino desde su dormitorio.

Adán sacudió la cabeza con incredulidad. No sabía cómo se las apañaba, pero siempre lo cazaba.

—Vuelvo dentro de un rato, abuela —dijo desde la puerta—. Si necesitas cualquier cosa, llámame al móvil.

—Descuida, no pienso interrumpirte en tus actividades nocturnas —replicó ella con mordacidad.

Adán suspiró y, sin pensarlo más, cerró la puerta y se dirigió al ascensor. En menos de una semana tocaría de nuevo sesión de quimio y no podría escaparse durante varios días; no pensaba desaprovechar la oportunidad. Además, se moría de ganas de ver a Eva.

Se detuvo antes de meter la llave en el botón del bajo. No debería tener tantas ganas de verla, pues habían estado juntos hacía apenas unas horas, mientras su abuela pasaba la sobremesa jugando al cinquillo con Mercedes y Félix. Había bajado a ayudarla con los psicotécnicos de las oposiciones y habían pasado un par de horas corrigiendo preguntas y buscando el porqué de las respuestas. Entornó los ojos pensativo. ¡Claro! Por eso tenía tantas ganas de verla, porque su visita había sido sólo amistosa. Apenas si se habían dado un par de besos. Nada de sexo sudoroso y salvaje. Sólo preguntas y respuestas. Nada más.

Aliviado al comprender que no la echaba de menos a ella, sino a tener sexo con ella, algo que, debía reconocerlo, era fabuloso, metió la llave en el botón y la giró. El ascensor se puso en marcha, rompiendo el silencio del edificio. Cuando se detuvo en el bajo, observó a su alrededor con ojo crítico. Desde que habían cambiado la cerradura, diez días antes, no habían acontecido más incidentes y todo parecía haber vuelto a su cauce. Pero no conseguía desembarazarse de la sensación de que tenían una víbora aletargada dentro de la madriguera. Una víbora peligrosa que pronto despertaría.

Su instinto le chillaba que no se confiara..., y no pensaba hacerlo.

Salió y, tras comprobar que la puerta estaba cerrada, se alejó calle arriba.

En esas dos últimas semanas, Eva y él habían establecido una cómoda rutina; se veían en la plaza entre semana, mientras ella cuidaba de las niñas y él esperaba a que Dolores rezara en la capilla. Cuando subían, si su abuela se reunía con Mercedes para terminar de ver «Sálvame», bajaba para ayudarla con las oposiciones. También follaban, por supuesto. Aunque no tanto como habría pensado que sucedería al verla tan a menudo. Lo cierto era que el sexo,

aun siendo muy importante, había pasado a un segundo plano. Quedaban menos de dos meses para los exámenes y Eva estaba obsesionada con aprobar. Algo que, aunque a él le parecía estupendo, no llegaba a entender del todo, pues ella no parecía en absoluto encantada con la posibilidad de trabajar de día en un centro público, más bien al contrario. Parecía como si fuera una obligación que se había impuesto Dios sabía por qué motivo. Una obligación que aborrecía y que la iba a alejar del trabajo que tanto le gustaba en el ConSumo Placer.

Se encogió de hombros. Los motivos de las mujeres sólo ellas los entendían.

Al llegar a Cascorro, se desabrochó la cazadora. A pesar de estar en pleno octubre, la temperatura era suave y se estaba de maravilla en la calle. Razón por la que, a pesar de la tardía hora, había muchos grupos recorriéndola en distintos estados de animación y embriaguez. Por culpa de esos grupitos, había empezado a levantarse en mitad de la noche para ir a buscar a Eva al ConSumo Placer. No le gustaba que paseara sola por las calles a esas horas. O, al menos, ésa era la excusa que se daba, porque Eva, lo que se dice sola, no paseaba. Cuando él no estaba para acompañarla, era Paco quien ocupaba su lugar. Pero, en serio, ¿quién era tan loco de confiar en alguien tan grillado como él para proteger a nadie? Porque de lo que no cabía duda era de que al jefe de Eva le faltaba un tornillo, varias tuercas, algunas arandelas, muchos remaches y un par de pernos para que su cerebro funcionara como Dios mandaba.

En los últimos fines de semana había tenido oportunidad de hablar con él largo y tendido y había podido confirmar que estaba como una cabra. Pero no como una cabra de las que pastan en el monte, no. Paco estaba como una cabra que ha comido una sobredosis de marihuana mezclada con LSD y estramonio. Así de loco estaba.

Y, por culpa de verlo tan a menudo, él se estaba contagiando de su locura y había comenzado a tener sueños de lo más extraños en los que ambos aparecían en otros mundos y hablaban sobre compromiso y amor. ¡Una verdadera locura!

Ralentizó los pasos al ver a alguien paseándose frente al ConSumo Placer.

Ese alguien iba (des)vestido con un batín de raso fucsia que no le cubría las huesudas rodillas y unas babuchas doradas, sin talón, cuya afilada puntera se elevaba en una espiral de varias vueltas.

—Maravilloso; mi abuela me caza escapándome de casa y el tarado me atrapa antes de que pueda entrar en su local y despistarlo. ¿Quién coño me ha echado mal de ojo? —masculló, hundiendo las manos en los bolsillos frustrado.

Paco sonrió al ver que Adán doblaba la esquina puntual como un reloj. Había que reconocer que el muchacho era rápido, no tardaba más de veinticinco minutos en vestirse y bajar, por eso el primer día no había podido interceptarlo. Pero ahora ya le había cogido el truco y, en cuanto regresaba del viaje, se preparaba para salir a buscarlo.

—Adán, te estaba esperando. Tenemos que continuar nuestra charla...

—Paco, ¿qué tal, hombre? ¿Has visitado muchos mundos esta semana? —dijo Adán con evidente guasa en referencia a sus viajes por Andrómeda. Buscó un hueco para intentar esquivarlo.

—No deberías preguntarme eso —replicó Paco, interponiéndose entre él y la puerta—. Bien sabes dónde hemos estado. Jamás he conocido a nadie con tanta facilidad para negar lo evidente como tú —murmuró pesaroso.

—Claro que sí. Mira, si me disculpas... —Intentó esquivarlo de nuevo, pero Paco se movió con él—. Tengo que entrar, Eva me está esperando.

—No vas a entrar hasta que escuches lo que esta noche no has querido escuchar en el monte Olimpo —afirmó con determinación el dueño del ConSumo Placer.

Adán lo miró ofuscado; ¿cómo cojones sabía que había soñado con él?

Sacudió la cabeza. No. No lo sabía. No podía saberlo. Sólo era casualidad que hubiera dicho eso, acertando. Sí. Eso era. Pura y simple casualidad. Otra explicación no había.

Sonrió, tranquilizado por la conclusión a la que había llegado y, en vista de que no iba a conseguir pasar sin aguantar una de sus charlas, decidió seguirle el juego y divertirse un poco.

—¡El monte Olimpo! Vaya, Paco, qué maravilla, así que has estado de cañas con Zeus, Hera y compañía. No cabe duda de que te lo montas

estupendamente —se burló.

Paco lo miró asombrado antes de que su cara se transformara por la ira.

—¡Con Zeus, Hera y compañía...! ¡¿Qué estupideces dices, muchacho?! —estalló ofendido—. ¡Hablo del monte Olimpo, en Marte! ¡El mayor volcán del sistema solar! Pero ¿qué clase de cultura tienes que no conoces los accidentes geográficos más importantes de tu sistema solar?

Adán parpadeó atónito ante su furia. Era la primera vez que veía a Paco tan enfadado.

—Lo siento, hombre, no pretendía ofenderte.

—Claro que no —dijo él, retomando su tono afable—, sólo pretendías burlarte.

Adán abrió la boca, pero la cerró al no poder replicar ante su acierto.

—No pasa nada, entiendo que todo esto te resulte un poco extraño. —Se acercó y le pasó un brazo por los hombros.

Adán dio un paso atrás, zafándose de él, al ver que el batín se abría y dejaba ver su extravagantemente enorme pene.

—Paco, ten cuidado... Estás en la calle —lo avisó, señalando la ropa abierta.

—Qué pena. Tantos remilgos, tanta vergüenza, qué gran error vivir limitado por las reglas —musitó el otro cerrándose la prenda—. Aunque aún es más grave cambiar tus esperanzas y tus deseos por hacer imposibles los de los demás —afirmó clavando sus ojos turbios en Adán—. No alcanzarás la felicidad hasta que comprendas que la clave de ésta es hacer feliz a los demás. La felicidad no es algo que se gane o se alcance, es algo que se recibe. No puedes ser feliz si los que te rodean no lo son —explicó, deslizando un dedo por la clavícula de Adán para enganchar la cuerda de la que colgaba la tapa de mermelada Eva. Tiró de ella, poniéndola encima de la camiseta, y le dio unas palmaditas—. En algunas ocasiones, hacer felices a los demás es tan fácil como dejar de lado tu sentido del ridículo. En otras, sin embargo, es tan complicado como mirar en tu interior y descubrir que llevas toda la vida haciendo lo contrario de lo que deseas sólo por oponerte a quienes no quieres querer —dijo enigmático.

—Lo siento, Paco, no tengo ni idea de qué estás hablando —masculló

Adán con la voz tan tensa como el cuerpo. Sabía que era imposible, pero las palabras del extraño hombre parecían referirse a la relación que mantenía con su padre.

—Por supuesto —aceptó él con una afectuosa sonrisa—. La ignorancia siempre es la mejor excusa.

—Mira, Paco, no...

—He hecho esto para ti —lo interrumpió, tendiéndole una botella de plástico que acababa de sacar del bolsillo del batín—. Te ayudará a relajarte esta noche.

Adán lo miró escamado.

—¡No necesito relajarme! —exclamó inquieto.

—Ahora no, pero lo necesitarás. Y, volviendo al tema que nos ocupaba en Marte..., hay tres condiciones que debes dominar para alcanzar tu yo primigenio: placer, compromiso y amor. El provocar y recibir placer sé por Eva que lo tienes dominado, pero el amor y el compromiso se te resisten, y por ello es en eso en lo que con más ahínco debemos trabajar...

Cuando Eva salió del ConSumo Placer veinte minutos después se encontró a Adán asintiendo mecánicamente mientras Paco lo arengaba sobre el amor y el compromiso. No pudo evitar sonreír al ver el gesto de mártir a punto de inmolarsse de su amante. Acudió presta junto a él, para salvarlo cual princesa de brillante armadura.

—¡Hola, semental! —exclamó burlona antes de saludarlo con un pico.

Adán puso los ojos en blanco a la vez que le pasaba el brazo por la cintura.

—Nos vemos, Paco —se despidió, tirando de ella para salir de allí cuanto antes—. Te agradecería que dejaras de comentarle a tu jefe mis proezas sexuales —musitó cuando se hubieron alejado unos pasos.

—¿Yo? —Eva lo miró con unos ojos tan inocentes que se notaba a las claras que allí había gato encerrado—. Pero si apenas le he contado nada. Sólo hemos comentado algunas de las mejores jugadas, poco más. Y, además, lo he hecho para que no se sienta en la necesidad de darte clases de cómo ser mejor amante —señaló consciente de cuál era el empeño de Paco cada vez que veía a Adán.

—¡Genial! Agradezco la ayuda, pero a partir de ahora, no le cuentes nada más. No me gusta que un hombre con una polla de medio metro alabe mis habilidades sexuales. ¡Se me ponen los pelos de punta! —gimió, apretándola más contra él.

Eva estalló en una sonora carcajada y él aprovechó para hundir la nariz en su cuello. Ésa era una de las cosas buenas que tenía su obsesión por los moños y las coletas, siempre encontraba el cuello a su disposición. Lo lamió y lo mordisqueó a placer, hasta que ella se volvió para reclamar sus labios. Se besaron despacio bajo la estatua de Cascorro; las manos de él descendieron hasta el lugar donde la espalda pierde su nombre, sujetando a Eva contra su cuerpo, más exactamente, contra su rígida erección. Las de ella se enredaron en los rebeldes mechones morenos de él, impidiéndole apartarse de su boca.

Así continuaron, meciéndose uno contra el otro, rendidos al placer y a la lujuria. Hasta que la excitación los dejó estremecidos y sin aliento y se vieron obligados a separarse.

—Pero bueno, señor Vega-Sombría..., ¿dándose el lote en plena calle? —susurró ella—. ¡Qué descaró!

—No tanto como el suyo, señora Borrego. Sepa usted que me he dado cuenta de que me está metiendo mano. Estoy tentado de detenerla por escándalo público —señaló Adán, meciéndose contra la mano que, en efecto, le acariciaba la entrepierna por encima de los vaqueros.

—¿Me va a poner las esposas, señor policía? —musitó Eva colando los dedos bajo la cinturilla del pantalón para agarrársela libidinosa.

Adán contuvo un gruñido de placer y bajó la cabeza para volver a besarla. Llevó una mano al pecho femenino y, colándola bajo la camiseta y el sujetador, atrapó un pezón entre los dedos para jugar con él. El alboroto provocado por un grupo de jóvenes que subían por la Ribera de Curtidores los hizo tomar conciencia de dónde estaban, devolviéndoles la sensatez.

Se separaron jadeantes.

—Vamos a tener que tranquilizarnos hasta llegar a casa, machote —musitó Eva, arreglándose la camiseta.

Adán asintió con un gesto. Y en ese momento recordó el regalo de Paco.

—¿Sabes qué es esto? Me la ha dado tu jefe y, la verdad, después de la

última, no me fío nada de él.

Eva sonrió al acordarse de lo mal que lo había pasado Adán, y lo bien que lo había pasado ella, por culpa del potente afrodisíaco que Paco le había dado. Abrió la botellita y la olió.

—No tengas miedo, es una infusión de hierbaluisa. Es un relajante muy suave. ¿Estás nervioso? —le preguntó intrigada. Él negó con la cabeza—. Entonces ¿por qué te lo ha dado?

—¿En serio pretendes que lo sepa? Tu jefe está como una regadera...

—No tanto como crees —replicó ella molesta—. Paco tiene un sexto sentido para algunas cosas, deberías tomarte un poco más en serio todo lo que te dice.

—Está bien. La próxima vez que visite el monte Olimpo aprovecharé para estudiar la orografía marciana y no ser tan analfabeto interestelarmente hablando —masculló Adán.

Eva lo miró como si se hubiera vuelto loco y luego retomó el camino a casa. Él se apresuró a seguirla. Y, sin saber bien cómo ni por qué, acabaron caminando agarrados de la mano, con los dedos entrelazados.

—No hago más que darle vueltas al psicotécnico que hemos hecho antes —comentó Eva al entrar en la plaza.

Adán frunció el ceño. Habían pasado toda la tarde resolviendo test, no esperaba que siguiera con ese tema todavía. Menos aún cuando les quedaban menos de dos minutos para llegar a casa y él estaba más caliente que un radiador a toda potencia.

—Creía que te había quedado todo claro; ¿sobre qué tienes dudas? —preguntó sin ganas.

—No entiendo por qué *divorcio* es la respuesta correcta a la pregunta: «*Fundamental* es a *accidental* como *boda* es a...» —masculló irritada.

—Está bien; tal y como yo lo veo —comenzó a explicar Adán por enésima vez.



Adán entró sigiloso en su casa y caminó a oscuras hasta su dormitorio. Se

desnudó y se metió en la cama. Tenía la cabeza espesa. No por que fueran cerca de las ocho de la mañana, que también, sino porque Eva se había aturullado con la maldita pregunta de marras y habían acabado estudiando por enésima vez las analogías que tan mal se le daban. Por tanto, en vez de pasar la madrugada follando, la había pasado respondiendo preguntas y buscando soluciones por internet a todo aquello que ella no entendía, que eran muchas cosas.

Y, sí, estaba como loco por tener un poco de buen sexo. Pero ella necesitaba solucionar sus dudas y quedarse tranquila. Y, decididamente, era más importante la preocupación de Eva por las oposiciones que sus ganas follar, así que se había bebido de un trago el relajante de hierbaluisa y se había puesto manos a la obra.

Había que joderse con el puñetero Paco, además de raro era clarividente.

Cogió el móvil y programó la alarma para las doce de la mañana. Levantarse más tarde significaría incurrir en la ira de su abuela, pues le haría llegar tarde a la misa de las doce y media en la capilla del Obispo. Estaba a punto de dejar el teléfono en la mesilla cuando se le ocurrió algo escalofriante.

Abrió el navegador del móvil y buscó «Monte Olimpo, Marte».

—Qué hijo de puta —musitó espeluznado al ver las imágenes del volcán.

La desierta aridez de la que emergía, la tierra rojiza que lo cubría, la inmensidad de su tamaño, la negrura del universo que lo rodeaba... Tenía ante sí el extraño paisaje que había visto en sueños horas atrás.

Soltó el móvil y se dejó caer sobre el colchón. No era posible que hubieran estado allí en su sueño. Era todo fruto de la casualidad y de que Paco lo estaba volviendo loco con sus extravagantes historias. Seguro que le había hablado en algún momento del fin de semana anterior sobre ese volcán y por eso había soñado con él esa noche.

Otra explicación no había.



Lunes, 17 de octubre de 2016

—Deja de pensar en ello —susurró Adán sujetándole la barbilla para darle un suave beso—. Aún tienes semanas para estudiar las oposiciones. Aprobarás, ya lo verás.

—Sólo lo dices para que no me sienta culpable por emplear el tiempo en acostarme contigo en vez de en estudiar —replicó Eva, poniéndose de puntillas para devolverle el beso.

—Claro que no, diez minutos no significan nada —comentó burlón mientras deslizaba los labios por su cuello. Dios, adoraba besárselo.

—Sólo que no han sido diez minutos, sino casi una hora —protestó ella enredando los dedos en su pelo a la vez que se mecía contra su incipiente erección.

—Será mejor que me vaya antes de que volvamos a enredarnos —masculló él, estirando el brazo para agarrar el pomo de la puerta que había tras él. Lo giró, abriéndola.

—Sí, mejor vete. No quiero entretenerte más —declaró ella antes de atraparle el labio inferior con un suave mordisco.

Adán dio un paso atrás, apartándose remiso de ella para salir al rellano.

Eva lo siguió para darle un último beso y, tras esto, se quedó descalza sobre el felpudo, esperando a que él se fuera.

Adán caminó de espaldas, sin apartar la mirada de ella. Llevaba el pelo suelto, pues él le había deshecho la coleta, y le caía despeinado en alborotadas ondas. Se cubría con una camiseta en la que ponía: NADIE ES PERFECTO. YO SOY NADIE. Y no llevaba bragas. Lo sabía porque él se las había quitado hacía una hora. Con los dientes.

Dio un último paso atrás, tentando el primer escalón con la punta del pie. Lanzó un beso al aire, que ella se apresuró a atrapar, y se dio por fin la vuelta para enfilear la escalera y regresar a casa de su abuela. Resopló, consciente de que cada vez le costaba más despedirse de ella. Era por culpa del sexo, se dijo, follar con ella era demasiado bueno como para que no le costara salir de su cama.



Eva observó a su amante hasta que desapareció por la escalera. Con el pelo despeinado, el bigote y esa barbita de tres días que llevaba desde hacía dos semanas, estaba para comérselo. Pero no era sólo eso. Era su afilado sentido del humor, su sobria inteligencia, su capacidad de sacrificio, y no sólo por su abuela, sino también en asuntos más nimios, como la madrugada del domingo, cuando dejó de lado sus deseos para ayudarla con el test. Estar con él era divertido y excitante, pero también le proporcionaba paz y le hacía poner los pies en el suelo, algo que no le venía nada mal.

Suspiró, consciente de que por primera vez en su vida un hombre se le estaba metiendo dentro. Por lo visto, no era tan insensible al amor como pensaba.

Entró en casa y se dirigió a la cocina, decidida a hacerse unos huevos fritos con patatas para cenar. Encendió la freidora, echó las patatas congeladas y luego fue a por los huevos a la nevera.

—¡Mierda! ¡Los huevos! —gritó enfadada al recordar que los había gastado hacía una semana y que desde entonces llevaba queriendo comprarlos y olvidándose de hacerlo.



Un piso por debajo de ella, Gala alzó la cabeza al oír su grito a través del patio interior al que daban las ventanas de sus cocinas.

—A Eva se le ha vuelto a olvidar comprar los huevos —dijo Gadea, la cuchara llena de puré detenida frente a su boca.

—Eso es porque sólo usa la cabeza para pensar en el heredero pródigo —declaró Jimena, imitando el tono de Vicenta.

—Dejad de hablar y acabaos el puré —les ordenó Gala mientras aclaraba la olla.

Sonó el timbre y Gala, sonriendo, fue a la nevera y sacó un par de huevos para luego dirigirse a la entrada con ellos en la mano. Abrió la puerta sin mirar y extendió el brazo para dárselos a Eva.

—La próxima vez, haz una lista cuando vayas a comprar; es la única manera de no dejarte nada y no comprar cosas inútiles.

—Estoy de acuerdo contigo por completo, pero no entiendo por qué me das los huevos —comentó Rodrigo, parado sobre su felpudo con sus pantalones de pinzas, su camisa hecha a medida perfectamente planchada, los pulcros zapatos en los pies y las gafas de sol en los ojos, a pesar de la penumbra del rellano—. ¿Tal vez imaginas que me faltan? —Alzó una comisura en una mueca burlona que decía a las claras que estaba utilizando el doble sentido de esa frase a propósito.

Gala parpadeó un par de veces, recuperándose de la impresión de verlo en su umbral. ¿Desde cuándo tenía tanta apostura ese hombre? Luego esbozó una peligrosa sonrisa.

—No sabría decirte... —Bajó la mirada a su entrepierna—. Tu atuendo no permite juzgar tu falta o no de huevos, tal vez si te pusieras mallas de licra... —No sabía qué le pasaba con ese hombre, pero era incapaz de no coquetear con él.

—Calix se las pone y se le marca el paquete —apuntó Gadea para apoyar a su madre.

—Por eso se las pone —replicó Jimena—. Pero Calix tiene mucho que marcar y éste no...

Gala se volvió *ipso facto*, sólo para descubrir que sus hijas estaban tras ella, mirando intrigadas al camisero.

—¡A cenar! ¡Ahora mismo! —exigió. Esperó hasta que las niñas entraron de nuevo en la cocina y luego se volvió de nuevo para atender al vecino.

—Tal vez deberías buscarte otra niñera, la perniciosa influencia de la Borrego es evidente en el comportamiento de tus hijas —comentó Rodrigo con sorna, para que no se le notara lo mucho que le fastidiaba ser comparado con el adonis que se llevaba a casi todas las féminas del barrio de calle, tal vez incluso a la hermosa mujer que estaba ante él.

—¡Ja, ja, ja! —Gala vocalizó a la perfección la onomatopeya de la risa—. ¿Y bien?, ¿qué necesitas? —le preguntó, recordando que, tras su heroicidad al salvar a Gadea de la caca en la escalera, se había sentido embelesada por él y había cometido la estupidez de ofrecerse como vecina ejemplar para cualquier

cosa que necesitara.

—Huevos no, desde luego —replicó él con tal seriedad que Gala no supo si bromeaba o no—. Tengo cuatro entradas para asistir el jueves al espectáculo de Slava Polunin en los Teatros del Canal —explicó—. Me preguntaba si querríais, tú y tus hijas, acompañarme.

Ella lo miró patidifusa.

—Perdona, pero debo de haberme quedado sorda o algo por el estilo, porque he creído entender que nos estás invitando al teatro a ver a ¿Eslava Polunin? Por cierto, ¿quién es?

—¡Es el mejor payaso del mundo, mamá! —gritó Gadea asomándose tras ella.

—¡Ha salido esta tarde en la tele! —exclamó Jimena, apareciendo por el otro lado—. ¿Tienes entradas? —le preguntó al vecino con unos ojos abiertos como platos.

—Así es, cuatro.

—Mamá, ¡quiero ir! ¡*Porfa, porfa, porfa!* —exclamó Gadea.

—Sí, mamá, llévanos, *porfiss* —pidió Jimena, sólo con un poco menos de énfasis.

—Pero es el jueves y el viernes hay colegio... —replicó ella.

—Jopé, mamá —suplicó la pequeña—. ¡Nunca vamos a ningún sitio! Para una vez que nos invitan, no puedes decir que no.

—Anda, mamá, di que sí. Te prometemos levantarnos el viernes sin protestar —aseguró la mayor.

—Y eso es algo que nunca jamás hacemos —señaló la pequeña.

—Es una oportunidad irrepetible —intervino Rodrigo con voz grave y calmada—. Eslava Polunin pertenece a la familia del Cirque du Soleil y es uno de los clowns en activo de mayor prestigio internacional. Rechazar mi invitación sería un grave error, pues dudo que queden entradas disponibles para las pocas funciones que va a ofrecer en Madrid. Pero, claro, la educación siempre es lo más importante... Razón por la cual deberíais acompañarme —apostilló sonriendo a Gadea—. No sólo con libros y deberes aprenden los niños.

Las pequeñas se quedaron calladas ante la perorata del hombre de piel

pálida y cejas tan rubias que casi parecían blancas. Unos segundos después, cuando comprendieron que estaba a su favor, estallaron de nuevo en una frenética algarabía de súplicas.

—Está bien —claudicó Gala, consciente de que si se negaba quedaría como la bruja malvada—. ¿A qué hora es?

—Pasaré a recogeros a las seis y media —dijo él, alborotando el pelo moreno de Gadea, a la que había tomado especial cariño—. Estaré impaciente por compartir la tarde con tantas bellezas a mi lado —afirmó acariciándole la mejilla. La niña sonrió encantada, en tanto que Jimena bufaba celosa—. Hasta el jueves, hermosa dama —se despidió, la mirada firme en Gala.

Ella fue a responder socarrona, pero en ese momento se fijó en que Rodrigo tenía las raíces mucho más claras que el resto del pelo. De un rubio platino tan claro que casi parecía blanco. Un rubio que combinaba a la perfección con sus ojos violeta.

Él carraspeó, incómodo por su escrutinio.

—Sí, claro. Nos vemos el jueves, mi caballero de brillante... camisa —dijo al fin, burlona.

Él cabeceó una sola vez y, dando media vuelta, se dirigió a la escalera, donde se volvió de improviso.

—Sólo para que quede constancia —se quitó las gafas y fijó su mirada malva en Gala—, tengo huevos suficientes para enfrentarme a ti... y estar a la altura.

Y, dicho esto, enfiló la escalera, desapareciendo de su vista.

—¿Qué ha querido decir, mamá? —preguntó Gadea preocupada. Rodrigo era su héroe, no quería que el carácter de su madre lo disgustara.

—Nada, cariño, no te preocupes, son cosas de mayores —murmuró Gala sin querer plantearse el significado de sus palabras—. Entrad en la cocina y acabad de cenar —ordenó a sus hijas—. Yo tengo que... ir al baño.

Porque acababa de mojar las bragas por culpa de la mirada y la voz de ese hombre. ¡Oh, Dios santo! Estaba claro que necesitaba urgentemente echar un polvo. O eso, o comprarse un vibrador nuevo que le diera más gusto, porque el que tenía era a todas luces insuficiente para paliar su pasión.



Jueves, 20 de octubre de 2016

Rodrigo miró la hora en su reloj Lotus de manecillas con cronógrafo que jamás se adelantaba ni se atrasaba. Puede que no fuera uno de esos relojes modernos que te informaban de los mensajes, las horas de sueño, lo que andabas, las calorías que gastabas y hasta cuántas veces cagabas, pero él lo prefería así. Los relojes estaban para saber la hora, todo lo demás era innecesario.

Eran las cuatro de la tarde. Y se sentía raro. Era la primera vez en su vida adulta que iba a faltar al trabajo sin que fuera festivo. Su padre se habría sentido avergonzado. Pero él no era su padre. Y en las ventas no se iba a notar si faltaba. De hecho, no creía que nadie se diera cuenta de que la tienda estaba cerrada. Esa semana sólo habían entrado diez personas. Seis habían curioseado, tres habían comprado, y la décima era un turista despistado que había confundido la camisería con una tienda de suvenires. Así que bien podía aprovechar las entradas que le había dado como pago uno de sus clientes y pasar una tarde agradable acompañado de una mujer hermosa y sus hijas, una de las cuales lo miraba como si fuera un héroe.

Y, joder, también a él le gustaba sentirse como el galán de la película de vez en cuando.

Miró las entradas. Según le había contado su cliente, las había comprado para ir con su familia al teatro, pero como necesitaba con desespero un par de camisas decentes, había pensado en hacer un trueque. Por supuesto, Rodrigo no se había tragado tal patraña. Sabía de sobra que era familiar de un alto cargo de los Teatros del Canal, por lo que imaginaba que habría conseguido las entradas por medios nada costosos con la intención de cambiárselas a algún primo. Y él había sido el primo. Aunque, pensándolo bien, había salido ganando. Tal y como iba el negocio, dudaba que consiguiera vender nunca todas las camisas que tenía, y, la verdad, ir al teatro con Gala y sus hijas se le antojaba un plan estupendo. Y si no resultaba tan agradable como había

pensado, al menos habría dado un cambio de aire a su deprimente y aburrida vida.

Observó su imagen en el espejo del baño, consciente de que ella se había fijado en sus raíces. Sus labios se curvaron en una sonrisa desdeñosa. Ya no tenía presupuesto para teñirse en la peluquería cada tres semanas. De hecho, ahora tenía que apañárselas solito en casa con mucha menos asiduidad. Y el rubio blanquecino que evidenciaba su albinismo se hacía visible con demasiada rapidez.

Sacó el tinte rubio; sólo era un par de tonos más oscuro que su pelo, pero era suficiente para cambiarlo todo. Su piel pálida no lo era tanto como para resultar llamativa y, siempre y cuando el pelo fuera de un adecuado tono neutro, podía pasar por una piel normal. Y, como sus ojos violeta quedaban ocultos por las necesarias gafas, nadie se volvía en la calle para mirarlo, motivo por el cual cuando era niño sus padres habían decidido empezar a teñirlo.

Se desnudó el torso para evitar manchase la ropa y procedió a darse el tinte.

Dos horas y media después, tan puntual como su reloj, llamaba a la puerta de Gala.

Se quedó sin palabras cuando ella le abrió.

Se había puesto un ajustado vestido negro con escote corazón y tirantes anchos que le llegaba por debajo de la rodilla. Lo acompañaba con unos zapatos negros de salón con tira al tobillo, que convertían sus pies en puro erotismo, y una gargantilla de terciopelo con una rosa de plata colgando de ella. Se había recogido el pelo, negro como la noche, en un moño suelto que dejaba al descubierto la nuca y del que se escapaban algunos mechones.

Se le secó la boca por el deseo de besar cada centímetro de piel que exponía ante él.

—Ya casi estamos —dijo Gala.

Tomó un elegante chal negro que le tendía Jimena y se lo echó por los hombros, algo que contribuyó de manera considerable a la paz mental de Rodrigo.

—No hay prisa —acertó a decir él.

—¡Hala, qué guapo estás! —exclamó Gadea, poniendo en palabras los pensamientos de su madre.

Llevaba un elegante traje gris marengo y una entallada camisa negra, con el cuello abierto, que mostraba a las claras que no estaba en mala forma física. Su pelo volvía a ser rubio claro en su totalidad, y sus sempiternas gafas de sol le daban un aire misterioso de lo más atractivo.

—Muchas gracias, princesa —musitó él, inclinándose con formalidad ante Gadea, que llevaba un sencillo vestido morado—. Tu belleza me deja sin palabras.

—Vaya pelota —masculló Jimena saliendo tras su hermana.

—Siempre hay que ser atento con las princesas —replicó Rodrigo con una sonrisa.

La niña llevaba un vestido azul con manoleínas del mismo color, y estaba tan hermosa como su hermana. No había duda de que, cuando crecieran, las hijas de Gala serían unas beldades, igual que su madre.

—Mi señora —dijo doblando el brazo y levantándolo hacia ella.

Gala sonrió ante su obsoleta galantería y se agarró al envés de su codo.



—¿Te has fijado en cómo echaba humo la maleta?! —le comentó entusiasmada Gadea a Jimena.

—Ha sido genial. Y cuando han salido con el sombrero de luna, ¡por poco me meo de la risa —exclamó Jimena.

—Y cuando nos han soplado la espuma como si fuera nieve y mamá se ha reído tanto que parecía que iba a romperse por la mitad... ¡Ha sido *fantabuloso!*

—Y ¿qué me dices de cuando se ha puesto el abrigo del perchero y se ha abrazado? Se me han saltado las lágrimas. Qué bonito ha sido...

—El mejor regalo del mundo —musitó Gadea dándose la vuelta para echarle los brazos al cuello al hombre que caminaba tras ellas y darle un sonoro beso.

Rodrigo se quedó petrificado, sin saber qué hacer. Menos mal que Jimena

lo salvó.

—¡Pelota! —acusó a su hermana.

Gadea, como no podía ser de otra manera, fue a por ella.

Así que Jimena echó a correr.

Y Gadea, tras ella.

—Ha sido una noche mágica, muchas gracias por invitarnos —murmuró Gala al ver que las niñas atravesaban la plaza a la carrera, dándoles una tregua.

—En absoluto, gracias a vosotras por acompañarme. Estoy seguro de que si hubiera ido solo habría perdido toda la magia —replicó él, fijando sus peculiares ojos en ella.

Se había quitado las gafas en el teatro, pues la baja intensidad de la luz no era molesta para sus sensibles pupilas y, aunque se las había vuelto a poner en el metro, se las había quitado otra vez nada más salir a la penumbra de la noche. No quería perderse ningún detalle del precioso rostro de Gala por culpa de sus cristales oscuros. Tampoco los gestos sorprendidos de las niñas ante los payasos.

Ella sonrió al oír su galantería. No era el hombre que siempre había creído que era. Bueno, sí. Era muy serio. También muy estirado. Tanto, que sólo lo había oído reírse una vez durante la función, cuando ella había estado a punto de desmayarse de la risa. El resto del espectáculo se había mantenido en silencio. Y cada vez que ella se había vuelto para mirarlo, se había encontrado con sus enigmáticos ojos violetas fijos en ella. Y, mal que le pesara, tenía que reconocer que se había vuelto unas cuantas veces.

Llegaron al portal, donde las niñas los esperaban inquietas. Demasiada excitación para ellas, aunque estaban tan felices que no le importaban las horas que, estaba segura, iba a necesitar para conseguir que se durmieran. La salida había merecido la pena. Mucho.

No sólo habían visto una obra inigualable, también habían paseado por Madrid, sin prisas, disfrutando de la iluminación de las calles. Y luego él las había invitado a unos perritos calientes que había comprado en un bar de camino al metro. No pudo evitar sonreír, jamás habría imaginado que ese hombre tan peripuesto fuera capaz de comer mientras paseaba por la calle.

De hecho, la había sorprendido tanto y la noche había sido tan especial, que estuvo tentada de pedirle que bajaran andando hasta la plaza. Menos mal que recordó a tiempo que él no era una cita, sino un vecino, y que no podía estar una hora pateando Madrid con las niñas a cuestas y unos zapatos de tacón de ocho centímetros. ¡Habría sido un suicidio!

Sin embargo, ahora que estaban en el portal, no quería entrar y volver a la rutina.

Abrió la puerta, le dio las llaves a Jimena, y las niñas, como era de esperar, salieron corriendo hacia la escalera. Esperó a que se iluminara el vestíbulo y luego se volvió hacia él, que había vuelto a ponerse las gafas.

—Ha sido una noche mágica —repitió sin saber qué decir—. Gracias por hacerla posible.

—Ha sido un placer pasarla en tan grata compañía —dijo él—. No todos los días tengo el privilegio de estar junto a unas niñas tan alegres y una mujer tan inteligente y hermosa —musitó bajando la cabeza.

Y Gala, sin saber por qué, se encontró alzando la suya.

Fue un roce suave pero eléctrico. Las bocas se juntaron, los labios se abrieron y las lenguas iniciaron una danza lánguida que les erizó la piel a ambos.

—Si me dejáis pasar, os lo agradecería; llego tarde al trabajo —los sobresaltó una voz ronca y enfadada.

Se separaron ante el tono hosco de Calix, quien estaba parado en la puerta frente a ellos, y al que, tal y como se había quejado, le impedían salir.

—Claro, perdona. —Gala dio un paso atrás y el segoviano cruzó la puerta, dándole un fuerte empujón a Rodrigo con el hombro.

—Parece que a tu pretendiente no le gusta la competencia —comentó éste, estirándose la chaqueta.

—No es mi pretendiente —replicó Gala.

Rodrigo arqueó una ceja y se aproximó a ella.

—¡Mamá, vamos a casa ya! —gritó Jimena con muy malas pulgas, sobresaltando a Gala.

—Nos vemos otro día —se despidió ella girando sobre sus talones para ir hacia su hija.

—¿Cómo se te ocurre besarlo en el portal?! ¡Calix os ha visto!

Rodrigo oyó cómo Jimena reprendía a Gala. Lo que no pudo oír fue la contestación de la madre, aunque sinceramente esperaba que Gadea saliera en su apoyo.

Volvió a estirarse la chaqueta y se dirigió al ascensor. Nada más entrar, y sintiéndose amparado por la soledad, se lamió los labios para degustar de nuevo el sabor de Gala. Era tan delicioso como había esperado.

Apretó los puños decidido. Volvería a besarla. Pero se tomaría su tiempo. No le interesaban unos pocos besos y tal vez un par de polvos. Quería más. Mucho más.



Martes, 25 de octubre de 2016

Dolores se llevó con disimulo la mano al pecho y se lo frotó con cuidado. Era como si tuviera una enorme y pesada esponja llena de agua en los pulmones que le impedía tomar todo el aire que necesitaba. Sentía que se ahogaba y que el corazón no bombeaba lo suficiente. Pero eso era una tontería, porque los análisis de la semana anterior habían salido perfectos, al igual que la prueba del corazón, lo que significaba que estaba de maravilla. Era todo cosa de su cabeza, estaba segura. Se había levantado esa mañana con un molesto picor en la garganta y unos cuantos mocos taponándole la nariz, y se había obsesionado con ellos hasta el punto de que ya ni siquiera era capaz de respirar bien.

Tal vez debería ir al médico, sólo por si acaso.

Giró la cabeza buscando a su nieto. Estaba sentado a la mesa, enredando en el ordenador, como siempre. Gonzalo estaba tan equivocado... El chico no trabajaba en la UIT para llevarle la contraria y molestarlo, sino porque realmente lo apasionaban los ordenadores. Lo había descubierto en esos meses, al ver que él pasaba todo su tiempo libre con esos cacharros.

«Con ellos y con la Borrego», pensó, frunciendo el ceño.

Aunque debía reconocer que intimar con la nieta de Pilar no parecía sentarle mal. Más bien al contrario. Adán había cambiado mucho desde que la frecuentaba. Sonreía a menudo, se reía de vez en cuando y era menos cáustico. También era más presumido. Ya no salía de casa con la camisa arrugada y las deportivas más viejas, lo que era de agradecer. Se había dejado una barbita que recortaba cada día y que, aunque a ella le gustaban los hombres rasurados como Dios mandaba, debía reconocer que no le quedaba nada mal. De hecho, entre lo coqueto que se estaba volviendo y la cantidad de veces que sonreía al día, su nieto parecía otro hombre. Uno mucho más feliz.

Y eso era gracias a la Borrego.

Esa mujer lo templaba y lo distraía, algo muy necesario para los hombres. Todos, incluso su difunto marido, precisaban de vez en cuando de la compañía de una mujer de moral relajada con la que solazarse un poco. Lo malo era que el imbécil de su nieto, en vez de utilizarla para pasarlo bien, se estaba encaprichando de ella. Negó apesadumbrada. Sólo esperaba que no tardara mucho en darse cuenta de que no había ningún futuro posible con Eva. Las mujeres como ella ni siquiera se planteaban formar una familia.

—¿Ya te has despertado de la siesta? —comentó Adán cuando se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos.

Dolores asintió y él saltó sonriente de la silla y se dirigió a los ventanales que daban al balcón. Descorrió las tupidas cortinas y los abrió para salir.

—Hace un día estupendo, yaya —dijo desde el exterior—. ¿Te encuentras mejor hoy? ¿Te apetece bajar a la capilla?

Adán entró de nuevo en el comedor, dejando las cortinas abiertas para que entrara la luz de la calle.

Dolores estuvo a punto de pedirle que la llevara al médico, pero justo cuando iba a hacerlo, vio sus ojos risueños y su sonrisa ilusionada y supo que no estaba tan mal y podía esperar un poco más. Llevaban encerrados en casa desde la sesión del miércoles y, aunque él había bajado a comprar —también a ver a la Borrego—, sus salidas habían sido apresuradas, y siempre y cuando la dejara con Félix y Mercedes. Comprendía que tuviera ganas de salir y charlar con los vecinos, con los que había hecho buenas migas. Miró el viejo reloj de pared. Eran las cuatro y cuarto. Al cabo de un rato se juntarían en la

plaza los papás con los niños que regresaban del cole y los vecinos que tenían comercios y bajaban a charlar un rato antes de abrirlos.

Si iba a la capilla no se retrasaría mucho para ir al médico, pues a las cinco y media todos estarían recogidos en casa o en sus trabajos. Podía aguantar ese tiempo. Y, además, también ella necesitaba salir y rezar con las monjitas. Sus oraciones le daban fortaleza para seguir luchando.

—Estoy mejor —dijo sacando fuerzas de flaqueza—. Tráeme la chaqueta, el bolso y la peluca. Y el rosario. Acompañaré a las hermanitas en sus plegarias.

—¿Seguro? Estás pálida —musitó Adán preocupado al verla a la luz de la calle. Se acercó para besarle la frente—. Y también caliente —dijo yendo al baño a por el termómetro.

—Estoy muy abrigada, por eso estoy caliente —afirmó Dolores—. Me encuentro bien. De hecho, estoy deseando salir a la calle. Estoy harta de estar en casa —afirmó levantándose.

—¿Estás segura? —inquirió preocupado.

—¿Es que tienes que llevarme la contraria siempre?! —masculló ella, dando un golpe en el suelo con el bastón.

—Perdone usted, señora, no era mi intención soliviantarla —replicó Adán con sorna.

Miró de nuevo la plaza a través del cristal y, sin pensarlo más, fue al dormitorio a por lo que le había pedido su abuela. Si pasaba un solo día más encerrado, se le fundiría el cerebro.



—Claro que sí, Juan, hiciste muy bien —afirmó Eva sin interés, apoyando la espalda contra la del Lector de bronce.

No llevaba ni cinco minutos en la plaza y ya estaba aburrida de oír las heroicidades de Juan. ¿Cómo era posible que en una charcutería hubiera tanta intriga y acción?, pensó mordaz. Cuando no le estaba salvando la merienda a una le estaba consiguiendo lo imposible a otra o vendiendo lo invendible a la de más allá.

Se tapó la boca con disimulo para ahogar un bostezo.

Juan, consciente de que la atención de su público, que se reducía a Eva, estaba decayendo, se devanó la cabeza buscando una historia interesante con la que despertar el interés de la rubia de bote.

—¡Cruz, qué maravilla verte tan pronto! —exclamó Eva de repente, feliz al verlo salir del portal y, por tanto, saberse salvada del aburrimiento.

Él la saludó con un par de besos, luego le encargó a Juan un poco de fiambre para pasar la semana, algo que también aprovechó para hacer Eva, y después compartió con su amiga su última aventura.

—Estoy como loca por que llegue fin de mes —comentó—. He hablado con un colega galerista y entre los dos montaremos una exposición inspirada en Halloween en una sala de fiestas. ¡Va a ser un éxito! —exclamó entusiasmado—. No sólo expondremos los cuadros, sino que además vamos a decorar la sala con telarañas, monjas diabólicas, muñecos asesinos, sangre y todas esas cosas espeluznantes que hacen de la noche de las brujas algo aterrador.

—¡Qué alucine! —exclamó Eva, tan entusiasmada como él.

—Será increíble, una pasada. Ya lo verás. Vendrás, ¿verdad?

—¡Claro que sí! ¡Ay! No... No puedo. Paco va a dar una fiesta de Halloween en el ConSumo Placer y me he comprometido a trabajar ese día, lo siento.

—Qué rabia. Vicenta dice que le da miedo salir la Noche de Difuntos, y a Gala ya sabes la poca gracia que le hace salir con personas que no conoce. Y encima Bruno está en plan borde y dice que él no vive en yanquilandia, sino en España, y que aquí se celebra el día de Todos los Santos, y que la víspera es para recordar a los muertos y comer buñuelos y huesos de santo, no para ir disfrazado como una loca y dar la nota —masculló deprimido.

Juan asintió con un gesto, coincidía totalmente con la opinión del maricón sin pluma. Pero no pudo generar debate, como le habría gustado, porque nadie le hizo caso.

—Joder, Bruno es un aguafiestas —masculló Eva, siguiendo con la conversación.

—Y tanto. ¿Has visto alguna vez dos amantes más distintos que nosotros?

—musitó Cruz, olvidando por completo que Juan estaba con ellos.

—Los polos opuestos se atraen —aseveró ella—. Ya verás cómo recapacita y te acompaña.

—Y, si no, iré solo y tan feliz. Al fin y al cabo, no es como si no conociera a nadie, estaré con mis colegas de oficio y mis clientes —afirmó alzando la barbilla, momento en el que vio al Mudo y recordó que estaba con ellos.

—Y tú, Juan, ¿vas a ir a alguna fiesta en Halloween?

—Todavía no me han invitado a ninguna —comentó con toda la intención.

—Seguro que alguien te invita —replicó Eva a la vez que Cruz se encogía de hombros—. Y, si no, móntatela tú mismo, creo que en el Parque de Atracciones las hacen tremendas.

—¡Eva, socorro! —chilló de repente Gadea mientras corría como una bala hacia ellos con su hermana persiguiéndola con cara de pocos amigos—. ¡Quiere matarme!

—¡Retira lo que le has dicho a Juancar! —gritó Jimena a punto de atraparla.

Eva intentó detenerlas, pero Gadea, viendo que su hermana ganaba terreno, dio un quiebro y se dirigió al portal, de donde en ese momento salía Rodrigo. Como no podía ser de otra manera, se lanzó a sus brazos.

—¡Alto ahí! —El camisero detuvo a Jimena mientras protegía a Gadea colocándola tras de sí—. ¿Qué ha pasado?

—¡Y ¿a ti qué te importa?! —exclamó Jimena enfadada—. Calix, dile a Rodrigo que se meta en sus asuntos —le pidió a su ídolo al ver que también salía del portal.

—Dudo que quiera hacerlo, le gusta mucho meterse donde no lo llaman —comentó éste, mirando con evidente desprecio al albino.

Había seguido bajando a la plaza a esa hora, cuando lo hacían todos, sólo para que Rodrigo no pensara que el estúpido beso que había presenciado entre él y Gala lo había desanimado. Pero lo cierto era que sí estaba desalentado. Mucho. Sabía por Jimena que el Estirado las había llevado al teatro, y era muy difícil competir contra eso con la miseria que ganaba en el trabajo. No obstante, algo se le ocurriría. Puede que el Estirado tuviera dinero y elegancia, pero él tenía juventud y pasión.

—Señoritas, no creo que su madre las haya educado para que se peleen como gatas panza arriba —las regañó el Ogro, pues él, igual que los demás, se había acostumbrado a salir a esa hora para tomar el aire y, de paso, debatir con los vecinos.

Saludó con la cabeza a Adán y a Dolores, que salían del portal, y luego se dirigió al banco del Lector, donde Cruz y Juan hablaban con Eva, que era la única que estaba sentada.

—Tal vez deberíamos ir a otro banco, éste está muy ocupado —le dijo Juan a Eva en una indirecta muy directa, pues en ese banco sólo cabían la estatua y ella.

Eva se encogió de hombros sin hacer ademán de levantarse, aunque un segundo después vio a Adán y saltó del banco con una luminosa sonrisa en los labios.

Tan luminosa era que a nadie le pasó desapercibido a quién iba dirigida.

—Hola, guapo —musitó acercándose a su amante.

Dolores, al intuir sus nada decentes intenciones, se agarró aún con más fuerza al brazo de su nieto, indicándole que no se le ocurriera dar la nota en público. Que se sintiera mareada y a punto de caerse no tuvo nada que ver con su acción.

—Hola, Eva. —Adán guardó las formas, más por complacer a su abuela que porque quisiera guardarlas.

—Hola, Lolita, estamos un pelín posesivas hoy, ¿no? —murmuró burlona Eva, señalando la mano que se engarfiaba al brazo de su nieto.

—Ya tendrás tiempo de ponerle las zarpas encima cuando yo no esté —replicó Dolores a media voz. Se detuvo, pues no tenía aire suficiente para caminar y hablar a la vez.

—¡Abuela! —exclamó Adán al oír tan inapropiada respuesta.

Dolores respondió con un carraspeo que ocultaba una tos y tiró de él en dirección a la capilla del Obispo. No había sido buena idea bajar a la calle. Necesitaba sentarse, pero no iba a hacerlo ahí, en un frío banco de granito sin respaldo ocupado por una estúpida estatua.

—No me lo puedo creer, abuela, esto ha ido demasiado lejos—masculló Adán en voz baja para que sólo ella pudiera oírlo.

Dolores apretó los labios y siguió andando, apoyándose cada vez más en el bastón.

Como ella se mantuvo en silencio, Adán optó por imitarla mientras recorrían los pocos metros que los separaban de la capilla. Luego la tomó en brazos para subir la escalera, entró en la pequeña e íntima capilla y, sin suavizar su gesto hosco, la dejó con las monjitas.

Entretanto, un nuevo vecino se había reunido con el grupo que rodeaba el banco del Lector. Y, mientras todos hablaban, Eva le daba vueltas a lo que había ocurrido. No era normal en Dolores perder las formas. Podían hacerse travesuras la una a la otra o enzarzarse en creativas discusiones, pero jamás se faltaban al respeto. Algo le pasaba, estaba segura.

—Es extraño que no se hayan vuelto a producir altercados —comentó el Inspector, quien, cosa rara, últimamente se dejaba caer de vez en cuando por la plaza, y siempre para hablar de lo mismo.

—Parece que la nueva cerradura está dando resultados y los gamberros se han dado por vencidos —coligió el Ogro.

—En calidad de presidente de la finca, os aconsejo que no bajéis la guardia —apuntó el Mudo, frotándose los riñones con disimulo.

Había comentado de nuevo que cambiaran de banco, pero nadie le había hecho caso, y se negaba a dejar que vieran lo fastidiada que tenía la espalda.

—No creo que vuelva a pasar nada —comentó Cruz—. La segunda vez, los policías vinieron durante el recreo del instituto y todos los críos los vieron entrar en el portal. Seguro que los culpables se asustaron y por eso han desistido —señaló, exponiendo su teoría.

—Es mejor no fiarse —replicó el Mudo—. Yo creo que...

—Sólo eran travesuras de adolescentes con demasiado tiempo libre y pocos modales —lo interrumpió Rodrigo—. No merece la pena preocuparse más.

—Pero yo pienso que... —empezó el Mudo, intentándolo de nuevo.

—Por ahí viene Adán —dijo el Ogro—, seguro que él, como hijo y nieto de policías, tiene una opinión formada. Preguntémosle.

Y eso hicieron.

—Nunca hay que relajarse, aunque sí es cierto que parece que todo ha

vuelto a su cauce —comentó Adán sin prestar mucha atención, pues tenía la mente puesta en otro asunto.

Fue hacia Eva, quien acababa de levantarse para acercarse a él, y, pasando una mano por su cintura, la alejó de la improvisada reunión de vecinos.

—Siento lo que te ha dicho mi abuela, no sé qué mosca le ha picado —musitó cuando estuvieron a una distancia prudencial.

—No te preocupes, yo también me mostraría posesiva si paseara del brazo de un hombre tan guapo —comentó burlona, aunque en su voz había un poso de preocupación—. ¿Estás seguro de que está bien? Parecía cansada.

—Ella me ha asegurado que sí, pero no las tengo todas conmigo. —Arrugó el ceño a la vez que se colocaba de forma que pudiera ver la entrada de la capilla—. La última sesión la ha dejado más débil que nunca. No ha sido buena idea salir —musitó arrepentido al intuir que había bajado a la calle por complacerlo.

Tomó de la mano a Eva y se dirigió hacia la escalera de la capilla.

—¿Has visto el claustro? —preguntó.

—Hace muchos años, ya no me acuerdo de él. —Se dejó guiar por Adán—. Pero no puedo entrar hasta que llegue Gala. —Buscó con la mirada a sus pupilas. Gadea estaba zascandileando cerca de Rodrigo y Jimena charlaba con Calix en el banco que él siempre ocupaba—. Podemos esperar en la escalera a que llegue, así yo vigilo a las niñas y tú a tu abuela —propuso.

Él sonrió con cariño antes de inclinarse para darle un rápido beso en los labios, luego la tomó por la cintura y echó a andar hacia la capilla. Eva se acomodó contra su costado y metió la mano derecha en el bolsillo trasero del pantalón de él.

En ese mismo momento, varios metros más atrás, la improvisada reunión de vecinos estaba deshaciéndose. El Inspector y el Ogro buscaron otro banco —sin estatuas sentadas en él— para seguir charlando sobre el tema. Ocuparon el contiguo al que se sentaba Calix, que, como cada tarde, se mantenía atento a lo que decían pero nunca participaba. El Mudo miró ofendido a sus dos vecinos; hacía un buen rato les había propuesto cambiar de banco y lo habían ignorado. Resopló enfadado y se marchó a la charcutería sin despedirse. Cruz, al ver que Eva estaba ocupada con su amante, se despidió para ir a su tienda

de enmarcación; tenía mucho trabajo, y cuanto antes abriera, mejor. Rodrigo, en cambio, no tenía ninguna prisa por ir a su deprimente camisería. Nunca entraba nadie antes de las seis. De hecho, había días en los que no entraba nadie. Punto. Así que decidió quedarse un rato más, pero como no le apetecía oír las teorías conspiranoicas de sus vecinos, decidió ocupar otro banco.

Fue una decisión estupenda porque, nada más sentarse, Gadea fue a hacerle compañía. Y no era que le interesara mucho la charla insustancial de la niña, pero la verdad es que era divertida. Tan bien se lo estaba pasando que no se dio cuenta de que Gala había llegado hasta que se paró frente a ellos y abrazó a su hija, cubriéndole las mejillas de besos.

—Hola —saludó Rodrigo, poniéndose en pie como el caballero que era.

Ella le respondió con una sonrisa mientras escuchaba a la niña. Esa tarde había salido pronto porque tenía que ayudarla a preparar un trabajo.

—Entonces ¿lo tienes todo?

—Sí, mamá. Sólo me falta cortar, montar y pegar los polígonos —replicó Gadea.

Gala resopló apurada. No había nada que se le diera peor que los trabajos manuales. Llamó a Jimena, que, al igual que su hermana, estaba sentada con su candidato a pretendiente perfecto: Calix.

Cuando tuvo a las niñas consigo, se despidió de Adán y de Eva levantando la mano y del resto de los vecinos con un somero «adiós», aunque a Rodrigo también le dedicó una rápida sonrisa. Luego se dirigió al portal con las niñas a la zaga.

¡Tenía mil cosas que hacer!



Eva subió con Adán a la capilla del Obispo y se asomaron silentes al lugar de oración. Dolores estaba sentada en uno de los bancos intermedios, con la cabeza baja y el rosario entre los dedos. Una monjita la acompañaba, lo que tranquilizó de forma considerable a Adán.

A pesar de no ser creyente, Eva sintió la serenidad que emanaba de ese lugar. Se respiraba esperanza, consuelo y amor. Era como si el Cristo

crucificado en el retablo plateresco que coronaba la capilla extendiera su plácida bendición sobre aquellos que lo visitaban. Entendía la devoción que su abuela, Dolores y Vicenta tenían por esa capilla. Era especial. Los suaves susurros de las oraciones reverberaban en el silencio, creando una adormecedora melodía que instaba a dejar fuera todo el mal y abrazar la paz.

—A mi madre le encantaba venir aquí a rezar —susurró Adán en su oído antes de apartarse de la puerta y dirigirse al claustro.

—A mi abuela también. —Eva lo siguió—. No le gustaban los curas ni las iglesias, pero adoraba esta capilla y a las Hermanitas del Cordero. Decía que aquí sentía que Dios la escuchaba.

—Algo debe de tener este lugar que lo hace tan especial. Era el único sitio en el que, si nos encontrábamos, no me amargabas la vida cuando éramos niños. —Adán esbozó una ladina sonrisa.

—No seas mártir —replicó ella, dándole un suave empujón—. Me sacas cinco años, apenas si coincidíamos; poco podía molestarte.

—Me seguías cuando salía con mis novias y me hacías la vida imposible.

—¿Yo? ¡Qué va! Si era una santa. —Puso carita de niña buena.

—Ni en tus mejores sueños. Me lanzabas bolitas de pan a la cabeza cuando las besaba.

—¿Las besabas? ¡No! Qué vergüenza..., un niño bien como tú besándose con las chicas, en plural. Porque tenías, si mal no recuerdo, una novia para cada día. Si tiraba esas migas, que no estoy diciendo que lo hiciera, era para salvarte de la condenación eterna por ser un adúltero —afirmó ella con su sonrisa más angelical.

—Eran rolletes sin importancia, no se puede considerar adulterio cuando los novios aún no tienen edad para votar —protestó Adán.

—Peor me lo pones. ¡Tan joven y ya habías caído en el pecado de la carne! Menos mal que alguien, y no digo que fuera yo, cuidaba de ti e impedía que les metieras mano en Las Vistillas.

—Dime que no eras tú quien me espantaba a las chicas aullando como un lobo por la noche en Las Vistillas —musitó él, atando cabos. Pero no era posible. Los aullidos eran masculinos, estaba seguro.

—Por supuesto que no era yo —replicó ofendida—. Hacía falta la voz

adolescente de un hombre en pleno proceso de cambio para que resultaran tan escalofriantes como eran.

—¡Cruz! —exclamó entonces Adán, recordando que ella y el mariquita eran grandes amigos—. Me la jugabais cuando él venía a visitar a sus abuelos.

—¿Tienes pruebas de eso? —exigió Eva alzando la nariz.

—¿Quién más podía ser?

—Nadie más, por supuesto. Pero tú jamás nos atrapaste, por tanto, no fuimos nosotros —sentenció ella esbozando una perversa sonrisa.

Adán sacudió la cabeza y, curvando los labios en una peligrosa sonrisa, se cernió sobre ella.

—Serás...

Eva no llegó a saber qué iba a decirle, porque en ese momento una monjita salió de la capilla demudada, deteniéndose en seco al verlos en el claustro.

—Adán, gracias a Jesús Nuestro Señor que estás aquí —dijo a la vez que hacía la señal de la cruz—. Tu abuela no se encuentra bien, tienes que llevarla al hospital.

Adán salió disparado a la capilla. Dolores seguía sentada en el mismo banco en el que la había dejado, y estaba todavía más pálida que antes. Le tocó la frente: estaba ardiendo.

—Tengo el coche cerca del viaducto —dijo con preocupada inquietud.

—Ve a por él, yo me quedo con ella —susurró Eva a su espalda.

Así lo hicieron y, cuando él regresó poco después, Eva y la monjita estaban cuidando de Dolores. Le habían quitado la chaqueta para aliviarle el calor y la acompañaban mientras respiraba agitada.

Adán le dio las llaves del coche a Eva y, tomando en brazos a su abuela, salió a la calle, dirigiéndose al vehículo aparcado en doble fila frente a la plaza. Eva lo adelantó para abrir las puertas, lo ayudó a acomodar a Dolores en el asiento del pasajero y luego montó atrás. Adán la miró un instante antes de colocarse tras el volante y conducir como un loco hasta el hospital.

Pasaron allí el resto de la tarde y gran parte de la noche. Eva, en la sala de espera, y Adán, junto a su abuela en urgencias. Hasta que los médicos comprobaron que sólo tenía un fuerte catarro y no algo mucho más grave como una pulmonía, aunque sí igual de peligroso, pues su edad, sus defensas bajas y

la debilidad que hacía mella en su castigado cuerpo hacían que fuera posible un rápido empeoramiento. Le pusieron un tratamiento, le ordenaron reposo y tranquilidad y la mandaron a casa a pesar de las protestas de Adán, quien quería que la dejaran unos días ingresada.

—Parece tranquila, ya no está tan caliente y respira bien —le dijo Eva bien entrada la madrugada, tras haberlo ayudado a preparar y meter en la cama a una Dolores adormilada por los medicamentos—. Me voy a mi casa..., a no ser que prefieras que me quede —musitó sin querer autoinvitarse.

—No te preocupes, ya me ocupo yo de ella. Además, puede que le dé un síncope si se entera de que me has ayudado a desvestirla y a ponerle el pijama. —Esbozó una cansada sonrisa.

—Subiré mañana a ver qué tal va todo —le dijo ella antes de darle un beso e irse.



Llevaba horas mirando sin ver el techo. Exactamente, desde que se había acostado. El sueño se le resistía y era por culpa de sus estúpidos vecinos, como todo lo malo que le ocurría. Les había dado un respiro. Había sido benevolente, haciendo la vista gorda durante dos semanas. Pero ellos no aprendían. Seguían insultándolo con su ineptitud y provocándolo con su desidia. Ignorándolo. No lo iba a aguantar más. Había llegado la hora de preparar una nueva sorpresa.

11

La felicidad es un estado relativo; dependiendo de la personalidad de cada cual, así será su felicidad. Lo que para unos es el *summum*, para otros puede ser el epítome de la infelicidad.

En mi caso puedo decir que soy bastante feliz, sobre todo a principio de mes, cuando cobro el sueldo; hacía finales, el tema de la felicidad ya se complica un poco —eso de tener que estar contando los céntimos me amarga—, pero tampoco demasiado. Tal vez sea porque me acojo a la tercera acepción del diccionario de la RAE, que indica que la felicidad es «la ausencia de inconvenientes o tropiezos». Y yo de eso sufro bastante poco (a no ser que me ponga los tacones, porque entonces tropiezo mucho, pero es algo que, por el bien de mis tobillos, no suele suceder a menudo).

Últimamente mi felicidad ha subido unos cuantos puntos. Con esto no quiero decir que antes fuera infeliz, ¡qué va!, lo que ocurre es que ahora soy más feliz. Mucho más, de hecho. Tan feliz que cuando suena el despertador por la mañana, en vez de enfadarme, me despierto con una sonrisa. Y me dan ganas de darme de bofetadas cuando me miro en el espejo; ¡¿cómo se puede sonreír a las siete menos diez de la mañana?! Es una herejía. Pero yo lo hago. Sonrío. Con toda la boca y enseñando los dientes.

Y ¿sabéis a cuento de qué tengo esa estúpida e inadecuada sonrisa?

¿No?

Pues yo tampoco.

Ah, espera... Tú. Sí, tú. Esa que tiene esa sonrisa picarona en los labios. ¿Has dicho que es por culpa de Adán o me lo he imaginado? Ajá, admites que

lo has dicho.

¡Pues estás equivocada! Yo no me enamoro nunca. Tengo ese defecto de fábrica del que hablamos hace algún tiempo, ¿lo recuerdas? No, no me estoy inventando las cosas. A ver, deja que te lo explique: tengo treinta y seis años, he salido con un montón de hombres y jamás, nunca y de ningún modo me he enamorado. Mi corazón no está hecho para las relaciones de pareja. Es un hecho probado. Sí, es cierto que Adán es... especial. Y que me gusta salir con él (sobre todo, si acabamos en la cama..., o en el sillón, o en el suelo, o contra la pared; en el baño, no, que mi ducha es muy pequeña y se hace incómoda para menesteres sexuales). Pero ¡de ahí a decir que me estoy enamorando va un trecho! Es sólo que me lo paso bien con él. Y que me hace reír. Y que me siento protegida (y no es que necesite a nadie que me proteja, ¿eh?). Y que siento que puedo contarle cualquier cosa. Y que me encanta hablar con él. Y que es muy divertido picarlo. Y que adoro sorprenderlo. Y que...

Joder.

Si hasta parece que sí me estoy enamorando.

Pero sólo lo parece. En realidad, no es así. Estoy segura.

★ ★ ★

Sábado, 29 de octubre de 2016

Eva terminó de comer, recogió la mesa y vertió en un tarro de cristal el puré de calabacín que estaba enfriándose en la olla. Sabía que no era una gran cocinera, más bien al contrario, pero ese puré era una de las pocas comidas que le salían de rechupete, motivo por el cual lo había hecho. Lo metió en una bolsa, junto con el táper que contenía las costillas asadas con coca-cola y, tras mirarse en el espejo, salió de casa.

★ ★ ★

Adán acabó de fregar los platos —Dolores se negaba a comprar un

lavavajillas argumentando que no dejaba los platos igual de limpios y que era para vagos— y fue al dormitorio de su abuela para ver cómo seguía. La encontró dormida. Se acercó para acariciarle la frente y comprobar que estaba fresca. La fiebre llevaba sin subirle desde la noche anterior; gracias a Dios, parecía que por fin se estaba recuperando. Habían pasado tres días horribles, en los que más de una vez había estado tentado de regresar al hospital y obligarlos a ingresarla. Sobre todo, durante el miércoles. Hubo momentos en los que pensó que se le ahogaba, pero como Dolores se había negado en redondo a abandonar su casa, allí se había quedado. Con ella. Con más miedo que vergüenza. Si había salido del trance era sólo gracias a Eva y a Mercedes. Esta última pasaba un rato por la mañana y otro por la tarde para charlar con su abuela, también le llevaba el pan, un poco de caldo y comidas flojitas. Eva pasaba cada tarde a preguntar por Dolores y se quedaba un rato con él en la cocina, algo que Adán esperaba con impaciencia, pues era el único momento del día en el que se relajaba por completo, e incluso, mal que le pesara, se divertía. También le subía comida hecha por ella.

Curvó los labios en una mueca socarrona al pensar que Eva y Mercedes estaban empeñadas en proveerlo de comida, como si él no supiera cocinar. Aunque desde luego no lo hacía tan bien como ellas.

Sonrió ilusionado al oír unos golpes en la puerta. Debía de ser Eva, que llamaba con los nudillos para no despertar a su abuela, pues Mercedes tenía llaves y no dudaba en utilizarlas.

Dejó entornada la puerta del dormitorio y se encaminó a la entrada.

—¿Qué tal está Lola? Os traigo un poco de...

A Eva no le dio tiempo a terminar la frase. Adán le quitó la bolsa, la dejó en el aparador y, agarrándola por la muñeca, la hizo entrar mientras cerraba la puerta con la mano libre. Acto seguido, la envolvió entre sus brazos y la besó con ganas. Con muchas, muchas ganas. Su abuela estaba dormida, sin fiebre y sin tos, y Mercedes estaba en su casa, por lo que estaban tranquilos ¡y solos! por primera vez desde el martes.

—Estás un poco desesperado, ¿no? —bromeó Eva cuando él se detuvo para tomar aire.

—No tienes ni idea de cuánto —replicó Adán, dando un paso atrás para

contemplarla.

Sus ojos eran azules en esta ocasión, y se había hecho una coleta alta tipo fuente de la que salían despedidos sus rizos rubios. Llevaba unos pantalones vaqueros, deportivas y una de sus divertidas camisetas, que desde luego no podía ser más acertada para la ocasión: LA MEJOR MANERA DE LIBRARSE DE LA TENTACIÓN ES CAER EN ELLA. ¡AQUÍ TE ESPERO!

—Me provocas, Eva. —Le deslizó las manos por la espalda hasta posarlas en su trasero.

—Deduzco que Mercedes está en su casa y Lola, dormida —murmuró ella, apretándose contra él. Adán asintió—. ¿Hacemos guarrerías en el comedor como si fuéramos adolescentes?

Él estalló en una estentórea carcajada.

—¿Y arriesgarme a que mi abuela nos descubra y monte en cólera? No soy tan valiente.

Esta vez fue Eva quien estalló en carcajadas.

—¿Qué tal Lola? ¿Ha vuelto a tener fiebre? ¿Ha mejorado su congestión? —le preguntó una vez pasado el momento de hilaridad.

—No tiene fiebre desde ayer, respira sin esfuerzo y apenas tose. Está bien, aunque débil como un pajarito caído del nido.

—Me alegro, han sido unos días complicados.

—Han sido una puta mierda —gruñó él, exteriorizando su frustración. Eva era la única persona con la que se sentía libre para hablar sobre lo que sentía, pues sabía que lo entendería—. Es más terca que una mula, no me hace caso en nada y se empeña en hacer estupideces... ¡Me ha obligado a cortar una cebolla en rodajas y ponérsela bajo la cama!

—Es un remedio casero para suavizar la tos y respirar mejor —comentó Eva, recordando que su abuela hacía lo mismo cuando estaba acatarrada.

—El cuarto apesta a cebolla añeja, a enfermedad y a sudor —se quejó él—. Y cuando intento lavarle algo más que los brazos y la cara, se enfada conmigo y me echa con cajas destempladas. ¡Es imposible hacer carrera de ella!

Eva intentó no reírse al ver su indignación, pero esa frase que tantísimas veces había usado su abuela con ella la hizo estallar.

—No te rías, no es gracioso.

—Lo siento. Pero es que estás tan enfurruñado como mi abuela cuando mi madre y yo no le hacíamos caso... y usas las mismas frases que ella.

—Imagino que todo se pega. Mi abuela también decía eso de mí. —Esbozó una sonrisa nostálgica—. Y lo decía muy a menudo, sobre todo antes de los exámenes. Era ella quien me ayudaba con los deberes y me preguntaba las lecciones. A mi madre eso la superaba. Se aburría y siempre acabábamos jugando, para mayor enfado de mi padre y mi abuelo; así que mi abuela decidió vigilarme en los estudios. De no ser por ella, no habría sacado la EGB. También era quien me cuidaba cuando estaba enfermo —comentó pensativo, recordando lo que tantos años llevaba olvidando—. Almudena era incapaz de enfrentarse a un simple constipado sin echarse a temblar. Mi madre era un desastre.

—Igual que la mía, pero eso no significa que no las adoremos —musitó Eva.

—No se puede decir que hayamos tenido las madres más normales del mundo —coincidió él, pasándole el brazo por los hombros para acercarla.

—La normalidad está sobrevalorada. —Eva se recostó contra él—. Por cierto, hablando de normalidad: Paco me ha dicho que el gobierno utiliza la tecnología de nuestros móviles para tenernos controlados. Dice que Google Maps hace un seguimiento de todos los usuarios que están conectados... Y que si no lo creo te lo pregunte a ti. —Lo miró expectante.

—Es verdad. Todos los movimientos de los móviles están registrados y guardados.

—¿Aunque tengamos la ubicación deshabilitada? —espetó ella atónita.

—Me temo que sí.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó enfadada.

—No te alteres, no es algo malo; al contrario, nos ayuda a vigilar a las personas peligrosas, a encontrar u obtener pistas de los desaparecidos, a...

—¡No me hables como un poli!

—Es lo que soy...

★ ★ ★

En la habitación del final del pasillo, Dolores abrió los ojos al oírlos discutir. Frunció el ceño; por lo visto, la Borrego estaba en su casa otra vez. Las arrugas de enfado se suavizaron al oír la contenida carcajada de Adán. Puede que la nieta de Pilar no fuera el mejor partido para él, demasiado independiente y liberal, pero no cabía duda de que sabía cómo hacerle reír. Y sólo por eso se estaba ganando su respeto, que no su cariño. En esos días que la había tenido en casa, cada tarde se había dado cuenta de la complicidad que había entre los dos. Bien valía la pena aguantar su presencia con tal de oír a su nieto reírse a mandíbula batiente como lo hacía en ese momento.

Fijó la mirada en la puerta entreabierta y aguzó el oído, intentando escuchar lo que decían, pero los muy condenados hablaban tan bajo que incluso unos oídos avezados como los suyos no podían captar su conversación.

Se incorporó trabajosamente y en ese momento se dio cuenta del tufo a sudor, enfermedad y cebolla que llenaba el dormitorio. Apretó los labios disgustada. Era horrible verse relegada a ese estado de indefensión. Ella, que había cuidado de su familia, sobrevivido a las bombas de la guerra, al hambre de la posguerra, a un marido con muy mal genio y a la desesperación de ver morir a una hija, no se atrevía a ducharse por miedo a que sus estúpidas rodillas y sus mermadas fuerzas le fallaran y acabara tirada en el suelo del baño, ¡desnuda!, con la única ayuda de su nieto. ¿Podía haber algo más bochornoso que eso?

Se separó el camisón de la piel y se olisqueó las axilas y el escote. Necesitaba asearse con urgencia. Pensó por enésima vez en decirle a Adán que llamara a Mercedes, pero ésta, mucho más delgada y con la cadera dándole tanta guerra que apenas podía andar, no tendría la fuerza necesaria para sujetarla si perdía el equilibrio. Menos aún podría levantarla si se caía.

Negó apesadumbrada, sería peor el remedio que la enfermedad.

Apretó los labios. Si llevaba ochenta y seis años duchándose sola, bien podía seguir haciéndolo. Se colocó el pañuelo en la cabeza, se sentó en el borde de la cama y, apoyándose en la mesilla, intentó levantarse. A punto estuvo de caerse cuando las rodillas le fallaron.

Lágrimas traidoras escaparon de sus ojos.

Se las secó de un manotazo y pensó en otra alternativa. La única que se le ocurrió fue asearse un poco con una toallita, cambiarse de ropa y ventilar la habitación. Pero el camisón estaba en el armario, en la pared izquierda del dormitorio, mientras que la ventana ocupaba la pared contraria. Y ella estaba el centro, en la cama, y era incapaz de levantarse sola. Nuevas lágrimas abandonaron sus ojos al percatarse de que no le quedaba más remedio que llamar a Adán.

Enrojeció abochornada. ¡Qué vergüenza que su nieto tuviera que oler la peste que la rodeaba! ¡Maldita debilidad!

Se limpió con la sábana las lágrimas que habían conseguido escapar de sus ojos y, tras tomar aire profundamente para serenarse, lo llamó.

Poco después Adán hacía acto de presencia. Solo. Una de las pocas cosas buenas —que, por cierto, cada vez eran más— que tenía la Borrego era que su abuela la había educado muy bien y jamás entraba en los dormitorios sin haber sido invitada antes.

—Abre las ventanas —le ordenó con un graznido. Aún tenía la garganta un poco tomada.

—No sé si te has dado cuenta, yaya, pero estamos en invierno y hace frío..., y lo que menos te conviene para tu catarro es enfriarte —señaló él sin acercarse a la ventana.

—No me repliques y obedece.

—Ha venido Eva a verte —comentó Adán, ignorando la orden.

—Y bien que se nota que ha venido —masculló Dolores—. En cuanto ella aparece, me pierdes el respeto y dejas de hacerme caso. Qué mala influencia es para ti.

Adán enarcó una ceja, incapaz de dar crédito a lo que acababa de oír.

—Te ha traído puré de calabacín —comentó, desdeñando su comentario. No iba a empezar una guerra con su abuela estando ella enferma. ¡Perdería seguro!

—Estará tan soso como un demonio, igual que el caldo de ayer, que era purita agua —protestó Dolores.

—El caldo de ayer no debía de estar tan malo, porque te lo cenaste en un

visto y no visto —replicó Adán—. Y si Eva deja las comidas sosas es por ti: con tu tensión no puedes tomar sal, ¿o no te acuerdas?

—Siempre la estás defendiendo —gruñó Dolores—. ¿Ha traído algo para ti?

—Costillas asadas con...

—¡Cómo no! A mí me envenena con sopas sosas y a ti te ceba con asados —masculló fingiendo enfado, aunque en realidad estaba encantada de que la joven se ocupara de que Adán comiera bien—. Tráeme las toallitas esas para bebés, luego dame el camisón que está en el primer cajón del armario, abre la ventana y sal de aquí.

—No voy a abrir la ventana mientras estés en la habitación —aseveró él, yendo a por el camisón. Se lo dio—. Vamos, te ayudaré a cambiarte y luego iremos al comedor.

—No tienes que ayudarme a cambiarme nada. —Le dio un manotazo cuando se acercó a ella—. Tráeme las toallitas y lárgate de aquí. Ya me las apañaré yo solita.

—No me voy a ir —replicó él, alzando un poco la voz. Comenzaba a cansarse de ese juego—. Bastante me ha costado sacarte adelante esta semana como para permitir que hagas lo que no puedes y acabes en el suelo con algún hueso roto. ¡Sería justo lo que me faltaba! —Se acercó de nuevo para ayudarla a desvestirse.

Y de nuevo fue rechazado con manotazos.

—¡O te vas o grito! —bramó Dolores.

—¡Ya estás gritando! —exclamó él.

—En realidad, gritáis los dos. —Les llegó la voz tranquila de Eva desde la puerta.

—Mira lo que has conseguido. —Dolores, enfadada, le tiró el camisón a la cara a Adán.

—¡Y ¿qué se supone que he conseguido?! Porque, según lo veo yo, seguimos igual que al principio. ¡Dios, eres tan terca...! —exclamó frustrado, arrojando el camisón a la cama.

Dolores observó furiosa a su nieto, quien, a pesar de todo, no dejaba de tener razón, y luego clavó la vista en la mujer que, apoyada en la puerta, la

miraba comprensiva. En ese momento era idéntica a su abuela. Tenía su mismo porte rebelde, su mirada franca y su gesto amable. Pilar era orgullosa e indómita, pero también una mujer de armas tomar capaz de empatizar con su enemiga y dejar de lado el orgullo para aliarse con ella cuando la desgracia —la enfermedad, la muerte de una hija, la de un marido— se cernía sobre ellas.

¿Sería igual su nieta?

Enarcó una ceja y se miró a sí misma para luego volver a mirar a Eva, quien asintió ligeramente.

Dolores inspiró con fuerza, ¿habría entendido bien su gesto? Sacudió la cabeza. En situaciones desesperadas se imponían medidas desesperadas, y su situación era desesperada.

—Vete de aquí, Adán —ordenó a su nieto.

—Por supuesto que no, yaya. No voy a dejar que...

—Déjanos solas —lo interrumpió Eva, entrando en el cuarto.

Él se volvió para mirarla pasmado. ¿Cómo que las dejara solas? ¿A ellas? ¿Con lo bien que se llevaban? ¿Estaba loca o qué?

—Ya la has oído; lárgate —reiteró Dolores—. Aquí no eres bienvenido, vamos, fuera. —Lo azuzó con el bastón.

Adán observó a su abuela, cada vez más confundido. ¿Se habían aliado contra él? ¿Qué cojones estaba pasando? Miró a Eva buscando una respuesta.

—Palabrita de niña buena que no le voy a hacer nada malo —afirmó la joven, haciéndose una cruz sobre el pecho.

—Me preocupas más tú que ella —musitó Adán en tono inaudible.

—¡Te he oído! ¡Eres un deslenguado! ¡Decir eso de tu abuela, vergüenza debería darte! —exclamó Dolores ofendida.

Adán echó una última mirada a las mujeres más importantes de su vida y salió del dormitorio. Podía luchar con ellas por separado, pero entrar en liza con ambas cuando estaban aliadas sólo podía acabar de una manera: con él vencido y humillado.

Eva se acercó a la cama bajo la perspicaz mirada de Dolores, cogió el camisón y desabrochó los botones para poder ponérselo. Y en ese momento Dolores lo vio claro. No iba a ponerse un camisón limpio estando sucia.

—Ayúdame a levantarme. —Le tendió la mano a Eva.

Ésta dejó el camisón y se apresuró a obedecer. La puso en pie y esperó unos instantes a que se le pasara el mareo. Después, con la anciana firmemente agarrada a su brazo, salió del dormitorio.

Adán estuvo a punto de dislocarse la mandíbula de tanto como abrió la boca por la sorpresa cuando las vio atravesar el pasillo, agarradas como si fueran amigas íntimas. O, en ese caso, enemigas íntimas. Iban muy despacio, Eva sujetaba el camisón de su abuela en la mano libre y Dolores cargaba todo su peso en el brazo de la joven y en el bastón.

—Vamos, no te quedes ahí parado y haz algo útil. Aprovecha para abrir las ventanas y cambiar las sábanas —le reclamó Dolores antes de entrar en el baño.

Adán, sin dar crédito a lo que veía, se apresuró a obedecer.

—No te creas que Mercedes no quiere ayudarme —comentó Dolores cuando Eva cerró la puerta del baño—. Sí que quiere, pero está mal de la cadera y no tiene fuerza para sujetarme. Si no, me habría ayudado ella —proclamó orgullosa.

—Lo sé. —Eva esbozó una amable sonrisa—. Esto es sólo una tregua provocada por circunstancias ajenas a nuestra voluntad. En cuanto estés bien, seguiremos odiándonos como de costumbre.

Dolores observó a la jovencita con los ojos entornados buscando la burla en ellos, pero la muy jodida era mejor actriz que su abuela y no se le notaba ni un ápice.

—Ayúdame a pasar el escalón. —Señaló el plato de ducha, que no era muy alto, pero si en circunstancias normales le costaba sortearlo, en ese momento, mareada, sin fuerzas y con las rodillas que apenas la sostenían, no se atrevía siquiera a intentarlo sin ayuda.

Eva la sujetó mientras se descalzaba y a continuación la ayudó a entrar en la ducha.

Dolores se bajó las bragas sin quitarse la ropa y luego, con ayuda de su enemiga, se sentó en el asiento de obra que había en un extremo del cubículo. Se desabrochó con manos temblorosas los cuatro botones del camisón y, cuando acabó, se agarró al grifo para levantar un poco el trasero y que Eva

podiera subírselo por las caderas.

—Ya puedo continuar yo sola —masculló alterada, cerrando la mampara—. Vete a seguir tonteando con mi nieto si quieres.

—Prefiero hacerle sufrir un rato. Dejar que se cueza en su jugo y a fuego lento mientras se pregunta si estaremos matándonos o no —replicó burlona.

—Eres una descarada —protestó la anciana. Se quitó el camisón y, abriendo una rendija en la mampara, lo echó al suelo. Luego volvió a encerrarse tras el cristal mateado y se quitó el pañuelo de la cabeza.

—Creía que eso te había quedado claro hace años —replicó Eva burlona.

—Eres igual que tu abuela. —Dolores abrió el grifo del agua caliente.

—Me lo tomo como un piropo.

—Y lo es. Pilar era una mujer excepcional. Puede que no nos lleváramos bien, pero sé reconocer a una luchadora cuando la veo. Y ella lo era. Tú también. Estaría orgullosa de ti.

Eva dio un paso atrás, sorprendida por las palabras de Dolores. No esperaba eso de ella. Sonrió melancólica al pensar en su abuela y se sentó en el váter para esperar vigilante a que la anciana acabara.

Dolores, firmemente sentada, tomó su esponja y, tras echarle un generoso chorro de gel, comenzó a frotarse los brazos. Continuó con las piernas, la tripa, el vientre y la cabeza. Era un alivio lavarse con agua y jabón, y no con esas toallitas para bebés que tanto le gustaban a su nieto.

—Cuidaste bien de tu abuela —comentó de repente—. Para ser tan joven, quiero decir. Te ocupaste de ella en sus últimos años como una buena nieta —aseveró abriendo una pizca la mampara—. Mete la mano y frótame la espalda... Por favor —añadió a desgana, los ojos fijos en el suelo. No era fácil para ella pedir ayuda, mucho menos a su enemiga. Una enemiga que, en ese momento, lo era menos que nunca—. Pilar tuvo suerte, te tenía para ayudarla. Yo sólo tengo a Adán —musitó con un deje de vulnerabilidad en la voz—. Y, aunque es un buen nieto, hay cosas que los hombres ni pueden ni deben hacer. Cuidar de las viejas en su intimidad es una de esas cosas —murmuró con un sentido suspiro.

—Estoy segura de que Adán no lo ve así.

—Da igual cómo lo vea él, lo que vale es cómo lo veo yo —replicó la

anciana, recuperando su actitud beligerante—. Ya he acabado —dijo cerrando el caudal de agua.

Eva le pasó la toalla por la rendija y esperó mientras Dolores, aún sentada, se secaba. Cuando vio que intentaba levantarse agarrándose a la grifería, abrió la mampara del todo para ayudarla.

—¡Quieta ahí! Aún no ha llegado el día en que una Borrego me vea desnuda —masculló Dolores.

—Dios me libre de tan espeluznante visión —replicó Eva, ignorándola.

Entró en la ducha, colocó una toalla en el asiento de obra, alrededor del trasero de la anciana, para que absorbiera el agua, y pasó el camisón limpio por la cabeza de Dolores, bajándoselo luego hasta las caderas. A continuación, le pasó los brazos bajo las axilas, agarrándola por la espalda, y la levantó con la seguridad de quien lo ha hecho mil veces antes. Una vez que la tuvo de pie, la ayudó a salvar el escalón de la ducha, la sostuvo mientras se ponía las zapatillas y le dio el bastón.

—Nadie te ha pedido que me vistas —gruñó Dolores.

—Claro que no, y espero que no lo vayas diciendo por ahí o arruinarás mi reputación de mujer fatal —declaró Eva. Tomó el pañuelo de Dolores y se lo puso—. Lista —dijo sonriente.

La anciana la miró sorprendida por su declaración y luego entrecerró los ojos.

—No eres como aparentas ser.

—Por supuesto que sí lo soy, Lola. Anda, vamos a la cama, que ese catarro te ha trastornado el cerebro y ves hadas madrinas donde sólo hay brujas malvadas —dijo burlona, abriendo la puerta del baño.

Dobló el brazo tendiéndole el codo, y con Dolores agarrada a ella con firmeza, se dirigió al dormitorio.

Adán, que estaba en la puerta del comedor, vigilante, se acercó en cuanto las vio salir del baño, pero un gesto de Eva lo detuvo.

Las dos mujeres entraron en el dormitorio de la anciana, se pararon frente a la cómoda para que Dolores cogiera unas bragas y luego Eva la dejó sentada en la cama.

—Date la vuelta y no mires —le ordenó la mujer.

Eva resopló burlona y, dándole la espalda, fue a cerrar la ventana mientras ella se ponía trabajosamente la íntima prenda. La abuela de Adán era igual que la suya: a ninguna de las dos les gustaba que vieran su debilidad, y ambas sentían una fuerte aversión a ver invadida su intimidad.

—Ya estoy, ahora llévame al comedor —exigió la anciana, tendiéndole la mano.

—¿No prefieres tumbarte de nuevo en la cama? —comentó Eva sorprendida—. Adán ha cambiado las sábanas y...

—¡Por supuesto que las ha cambiado! A mi nieto no se le caen los anillos por hacer trabajos en casa —exclamó Dolores—. Es una maravilla de hombre y las mujeres se lo rifan. Te llevas una joyita, harías bien en recordarlo — señaló acusadora, apuntándola con el dedo.

—¿Me lo llevo? —Eva mostró una taimada sonrisa—. ¿Eso significa que consientes que salga con Adán?

—Como si te hiciera falta mi consentimiento para robármelo. Lo tienes enajenado —gruñó—. Vamos, ayúdame a levantarme y llévame al comedor.

—¿Qué haces, yaya? —preguntó Adán, sorprendido al verlas entrar en el salón—. Debes de estar cansada; ¿por qué no te tumbas un rato en la cama para recuperarte?

—¿Acaso crees que os voy a dejar solos en el salón para que hagáis gurrerías? —masculló Dolores, sentándose en su sillón de orejas.

Adán la miró pasmado un instante y luego estalló en carcajadas.

—¿Se puede saber de qué te ríes ahora?! —lo increpó Dolores.

—De que sois tan parecidas que no sólo tenéis las mismas ideas, sino que además las expresáis de la misma manera —replicó él.

Dolores arqueó una ceja pensativa y luego miró a Eva con malévolas perspicacia.

—Ya se lo has propuesto, ¿a que sí? —la reclamó—. Si conoceré yo a las mujeres como tú. Liberales feministas que no tienen ningún respeto por las más elementales normas del decoro.

—Mujer, llevamos tres días sin contacto carnal —repuso Eva socarrona. Adán resopló risueño, no había nada mejor que ver a su abuela y a Eva enzarzadas en un duelo dialéctico—. No es por nada, pero a tu pobre nieto le

va a dar algo...

—Desde luego, no tienes ni pizca de vergüenza —refunfuñó Dolores.

—Claro que sí. Tengo toda la vergüenza que traía de serie porque jamás la he utilizado.

Adán, no pudo evitarlo, volvió a estallar en carcajadas ante su descarada respuesta.

Dolores miró a la Borrego y luego a su nieto. Las comisuras de sus labios se elevaron en una sonrisa que no dudó en contener.

—Ve a buscar a Mercedes y dile que se venga a ver la tele conmigo —le ordenó a Adán—. Luego lárgate con la Borrego hasta la hora de cenar; no me gusta tener al enemigo en casa.

—No me lo puedo creer —resopló Adán, toda su hilaridad esfumándose al ver que, a pesar de lo que Eva había hecho por ella, su abuela la estaba echando de casa sin medias tintas—. Ella no se va a...

—¡Voy a buscar a Mercedes ahora mismo! —lo interrumpió Eva echando a correr hacia la puerta del comedor. Se detuvo al llegar allí—. Y, ¿sabes qué, Dolores? —dijo usando su nombre completo quizá por primera vez desde que se conocían—, tú también eres una mujer excepcional y una luchadora como mi abuela. No se te ocurra rendirte —la exhortó antes de salir de la casa.

Adán parpadeó perplejo.

—No entiendo cómo no se ha enfadado —murmuró asombrado.

Su abuela bufó al oírlo.

—¡Por supuesto que no se ha ofendido! Es mucho más lista que tú —aseveró.

—¿A qué te refieres con eso?

—A que tu abuela acaba de darnos unas horas libres. —Eva entró de nuevo—. Mercedes viene ahora mismo. Está un poco pasmada porque haya sido yo quien se lo haya dicho, así que lo mismo te toca dar explicaciones a tus secuaces, Lola —dijo divertida antes de agarrar a Adán de la mano y enfilarse con él hacia la salida, donde se toparon con Félix y Mercedes, que los miraron sorprendidos.

»Cuidad bien de Lola mientras nos damos un revolcón. —Eva les guiñó un ojo.

Adán tropezó con sus propios pies al oírla y a punto estuvo de caer escaleras abajo.

—¿Cómo se te ocurre? —jadeó mirando horrorizado a los mejores amigos de su abuela, quienes los observaban espantados.

—La película que echan hoy es malísima; tengo que darles algo de que hablar, si no, se aburrirán —replicó ella encogiéndose de hombros.

Tiró de él y bajaron raudos hasta el descansillo del tercero interior.

—Quédate aquí, no me sigas —le ordenó Eva, enfilando hacia su casa.

—¿Por qué no?! —bufó Adán, ignorando su orden.

—Porque quiero dar un paseo y, si entras en casa, nos pondremos a follar y no saldremos.

Adán se quedó parado al oír su explicación. Razón no le faltaba. Y a él también le apetecía salir; de hecho, estaba hasta las mismas narices de estar en casa. Entre la quimio, los días que su abuela pasaba débil y el tremendo catarro que había pillado, llevaba más de una semana encerrado.

—¡Voy a por una cazadora! —dijo enfilando de nuevo la escalera hacia su casa.

Regresó poco después al rellano, donde le tocó esperar unos minutos a Eva, quien se había cambiado los vaqueros y la camiseta por unos leggins negros y una blusa blanca, añadiendo un blazer negro. También se había pintado los labios y se había puesto rímel. La coleta seguía en lo alto de su cabeza, como siempre. Y era bastante más alta.

Adán bajó la mirada a sus pies. Calzaba unos zapatos rojos de tacón de aguja de al menos diez centímetros más otros dos de plataforma.

—Te vas a matar con esos zapatos —musitó asombrado.

Era la primera vez que la veía con unos tacones tan altos y afilados. Siempre los usaba anchos, de cinco o seis centímetros. Claro que jamás se arreglaba para salir. Aunque no podía decirse que saliera mucho, sólo para ir al colegio, a la compra y al ConSumo Placer.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir al verme? —masculló ofendida, dando media vuelta—. Me voy a mi casa. Sola. Hoy vas a tener que hacerte una paja si quieres tener sexo.

Adán arrugó el ceño al darse cuenta de que ella se había vestido de

manera especial y él era un torpe bobo que había dicho lo más inconveniente.

La atrapó antes de que llegara a la escalera, abrazándola por la cintura desde atrás.

—Estás preciosa, Eva —le susurró al oído—. La mujer más hermosa y excitante que he visto nunca. —Le mordió el lóbulo de la oreja mientras su mano resbalaba por el vientre femenino, buscando el final de la blusa. Cuando lo encontró, se coló por debajo de la tela y ascendió hasta sus pechos—. Estás tan bonita que no sé si voy a ser capaz de apartar las manos de ti en toda la tarde. ¿Estás segura de que quieres salir y perder el tiempo en la calle en vez de disfrutar entre mis brazos? —murmuró descendiendo con los labios por su cuello.

—Me siento tentada, pero la verdad es que tengo unas ganas tremendas de ir al mercado de San Miguel —musitó Eva.

Adán detuvo sus besos, recordando las calles adoquinadas y las cuestas que había en el trayecto hasta llegar allí. Luego miró de nuevo los altos y afilados tacones.

—Va a ser una tarde entretenida —murmuró antes de besarla.

Se separaron agitados y, antes de echarse para atrás en sus planes, se dirigieron al ascensor. Salieron a la calle cogidos de la mano, pero al poco ella se acurrucó contra el costado masculino, y él, encantado de la vida, la abrazó por la cintura, sosteniéndola. Algo que fue de mucha ayuda para Eva cuando sus tobillos empezaron a ir en dirección contraria a los pasos que daba. Recorrieron así los quinientos metros que los separaban del mercado de San Miguel y tardaron casi veinte minutos en llegar, lo que daba muestra de la poca pericia de Eva con los tacones, pues en circunstancias normales no se tardaba ni diez. Al final del itinerario, ella comenzó a apretar los labios.

—¿Te duelen los pies o los tobillos? —murmuró Adán con sorna. Con la de traspiés que ella había dado no descartaba un esguince.

—A ti sí que te van a doler los huevos si no borras esa sonrisa de tu cara —replicó Eva, dándole un buen pellizco en el trasero.

Adán se echó a reír y juntos entraron en el famoso mercado gastronómico madrileño.

Era un edificio con sabor antiguo, con esa pátina de orgullosa resistencia

que sólo el paso del tiempo puede otorgar. Con su estructura de hierro fundido y sus paredes de cristal del suelo al techo, era el único edificio de la capital perteneciente a la arquitectura del hierro que tan de moda había estado a finales del siglo XIX y principios del XX, que fue cuando se construyó. En realidad, en mayo de 1916, por lo que podía decirse que ese año cumplía años. Cien exactamente. No cabía duda de que el paso del tiempo le había sentado bien. Ubicado a un tiro de piedra de la plaza Mayor y rodeado por antiguos edificios de poca altura, el mercado de San Miguel se alzaba en la plaza de su mismo nombre, mostrando orgulloso sus columnas de hierro fundido, sus paredes de cristal y su cubierta de tejas envejecidas.

—Es horrible pensar que hace menos de diez años estuvimos a punto de perder esta maravilla —comentó Eva al entrar.

En efecto, había estado a punto de ser demolido cuando cayó en un estado de lamentable abandono ante el auge de los centros comerciales y los mercados modernos.

—Y míralo ahora —comentó Adán fascinado, girando sobre sus talones—. Ha resurgido de sus cenizas.

No hacía ni siete años que El Gastrónomo de San Miguel se había hecho con él, convirtiéndolo en el espacio gastronómico que era ahora. Un lugar de reconocido prestigio al que acudía todo aquel que viviera en Madrid o estuviera de paso, o no, por la capital. Apenas eran las cinco y media de la tarde y ya se hallaba lleno de gente, aunque no tanto como lo estaría un par de horas más tarde.

Pasearon abrazados por las calles del interior del mercado. Ojearon los puestos, se sorprendieron ante algunos de comida un tanto exótica, se espantaron ante los precios disparatados de otros, compraron fruta de temporada, se asombraron con el precio del caviar y al final se decantaron por tomar unas cañas y unas tapas en El Pescado Original.

—Gracias por ayudar a mi abuela —dijo Adán, al poco de sentarse en los altos taburetes. Eva sacudió la cabeza, restándole importancia—. No sé qué voy a hacer. No puedo con ella, es tan terca que me saca de mis casillas —resopló sobrepasado antes de pedir unas tapas de salmón ahumado con una guindilla encima.

Eva arrugó el ceño. ¡Eso tenía que picar de lo lindo! Se apresuró a pedir otras tapas más normales que no le abrasaran la lengua.

—Le he dicho mil veces que me dejara ayudarla a ducharse y se ha negado —prosiguió él—. Y de repente apareces tú, que, por cierto, eres su enemiga, y se mete en el baño contigo. No la entiendo, te juro que no.

—Eres un hombre —dijo Eva, como si eso lo aclarara todo.

Adán enarcó una ceja, instándola a explicarse mejor.

—No se siente cómoda contigo en su intimidad, es normal —señaló, tomando una tapa de anchoa sobre queso y una rodaja de tomate natural.

—Pero tú eres su enemiga —replicó él, llevándose el salmón con la guindilla a la boca.

Eva estuvo atenta para ver si se le saltaban las lágrimas o se ponía rojo, pero no.

—¿Y...? Tampoco nos llevamos tan mal, sólo nos hacemos putaditas de vez en cuando —comentó ella, encogiéndose de hombros.

Él la miró turbado antes de sacudir la cabeza. Prefería dejar correr el asunto o se volvería loco intentando esclarecer lo sucedido. No entendía a las mujeres. Y nunca lo haría.

Eva cogió la tapa de salmón y guindilla que quedaba. La miró con los ojos entornados y al final, confiada al ver que Adán no daba muestras de que picara, le dio un pequeño mordisco.

—¡Oh, Dios! Joder..., cómo pica —gimió haciendo aspavientos.

—No seas exagerada —se burló él, tendiéndole una caña—. Bebe y deja de resoplar.

Eva bebió, tosió, volvió a beber y luego se comió una enorme miga de pan para mitigar el picor. Adán, y también los camareros, negaron asombrados por su poco aguante.

—Mira que eres flojita —musitó él, acabándose la tapa que había estado a punto de dejarla sin papilas gustativas.

Eva entornó los párpados, amenazándolo en silencio con horribles castigos si no cerraba su enorme boca.

Adán sonrió ladino e, inclinándose hacia ella, la besó para borrar su enfado. O al menos lo intentó, porque ella lo apartó de un empujón.

—No más picante, gracias —señaló, arrugando la nariz.

Adán estalló en carcajadas, aunque no le duró mucho la hilaridad.

—No sé por qué no le ha pedido ayuda a Mercedes —continuó, volviendo al tema a pesar de su resolución de dejar de pensar en ello.

Pero ¡es que no podía! ¿Por qué Eva sí y él o Mercedes no?

—Porque Mercedes está fastidiada con la cadera y no tiene fuerza para sujetarla —explicó ella—. Por cierto, tienes que poner tiradores en la ducha para que se agarre y pueda levantarse bien. También junto al váter.

—Se lo propuse en julio, cuando vine a vivir aquí, y me echó una bronca tremenda por querer agujerearle las paredes. —Se estremeció al recordar el follón que le montó.

—Tal vez entonces se encontraba con fuerzas para manejarse, pero te aseguro que ahora le hacen falta.

Adán asintió, comprendiendo que ella tenía razón. Tomó la cerveza y dio un trago mientras pensaba en qué más cosas necesarias se le habían pasado por alto. Su abuela era demasiado orgullosa y rara vez pedía ayuda o decía lo que necesitaba. Y eso era un problema.

—Qué serio te has quedado —murmuró Eva, posando descuidadamente una mano sobre el muslo de él.

—Estaba pensando en...

—En Lola, seguro —lo interrumpió. Adán asintió con una sonrisa—. ¿Quieres saber en qué estoy pensando yo? —Él volvió a asentir—. En que me siento poderosa con estos zapatos.

Adán la miró burlón.

—¿Poderosa... o coja? —señaló con evidente sorna. No había conocido a ninguna mujer tan torpe con los tacones como Eva. Dio un nuevo trago a la cerveza.

—Poderosa. —Le deslizó los dedos por el muslo hasta acariciarle la entrepierna.

Adán se atragantó con la cerveza.

—¿Qué haces? Estamos en medio del mercado más concurrido de todo Madrid —jadeó a la vez que se movía para colocarse de forma estratégica contra la barra y así disimular que le estaba amasando la polla.

—Me da lo mismo, soy la reina de la noche —susurró ella en su oído.

—Estupendo, pero ahora mismo son poco más de las seis de la tarde. —Le quitó con pesar la mano del paquete. ¡Se la había puesto dura como una piedra!

—Entonces seré la reina de la tarde. —Eva puso los ojos en blanco por su falta de imaginación. Colocó la mano sobre el estómago de él y deslizó los dedos bajo la camiseta para acariciarle la piel. Pegó los labios a su oído—. Quiero follarte con los tacones puestos.

—Joder, haberlo dicho antes —gimió Adán.

Sacó la cartera del bolsillo, calculó el importe mentalmente, dejó un billete en la barra y, sin esperar la vuelta, se levantó del taburete. Agarró la mano de Eva y la guio con vertiginosa rapidez hacia la salida. Se detuvo cuando ella se soltó de repente con un fuerte tirón, al que siguieron exclamaciones preocupadas. Se volvió *ipso facto*, sólo para encontrársela sentada en el suelo, mirándolo con expresión peligrosa. Por lo visto, había tropezado con los tacones y... ¡Vaya por Dios!

Adán puso la mueca más inocente y arrepentida de su repertorio y la levantó galante.

—Te acabas de quedar sin polvo —le gruñó furiosa.

—Prometo no volver a apresurarme —dijo meloso, pasándole el brazo por la cintura.

Y cumplió su promesa. A pesar del calentón y del dolor de huevos que tenía, no aceleró el paso ni intentó que ella se diera prisa. Era muy consciente de que se jugaba el polvo y por nada del mundo quería quedarse sin él.

Al llegar a la plaza, un cuarto de hora después de salir del mercado, Eva parecía haber recuperado su talante juguetón; su mano había resbalado hasta enganchar el pulgar en el bolsillo trasero del pantalón de él, y de vez en cuando le apretaba el culo con libidinosa malicia. De modo que la erección que casi había desaparecido minutos atrás volvió a alzarse impetuosa en la entrepierna masculina. Subieron presurosos a la casa de ella y, una vez dentro, se comieron a besos mientras se despojaban uno al otro de la cazadora y el blazer. Continuaron besándose, hasta que Eva, con bastante mala leche, se apartó.

En el momento más interesante.

Cuando él estaba empezando a desabrocharle los botones de la blusa.

—Eres mi prisionero —afirmó empujándolo contra la pared.

—¡Eh, que el poli soy yo! —protestó burlón.

—No, si quieres follar —lo amenazó ella—. Vamos, prisionero, de cara a la pared.

—Está bien —se apresuró a aceptar, colocándose como ella quería—. Soy un ladrón peligroso que intenta robarte la virtud —dijo con un gruñido poco amenazante.

—¿La virtud? —masculló Eva pasmada.

—Es lo primero que se me ha ocurrido —musitó él, girando la cabeza para mirarla.

Eva puso los ojos en blanco. Y luego, como si se le hubiese ocurrido de repente —lo cual no era cierto, pero Adán no lo sabía—, le ordenó que se quedara ahí y se dirigió a la cocina. Regresó al instante con un par de vendas y una pistola de agua.

A duras penas consiguió Adán no echarse a reír al ver la pistolita de plástico rosa.

—No pretenderás darme una paliza, ¿verdad? —La miró con fingida incertidumbre—. No me va el sexo duro... —comentó divertido.

—¡De cara a la pared, ya! —exclamó Eva.

Él se apresuró a obedecer al oír su tono. La estaba volviendo a cabrear y eso podía ser contraproducente. Sobre todo, para su rígida polla. Se colocó contra la pared y subió las manos por encima de la cabeza.

—Eres un peligroso ladrón de bancos y yo te he atrapado. Te voy a registrar para ver que no llevas armas...

Adán se mordió los labios para no estallar en carcajadas. ¡Parecía el argumento de una peli porno de las malas! Su hilaridad desapareció en el mismo instante en que notó los pechos de Eva pegados a su espalda mientras le desabrochaba el cinturón. Hizo ademán de volverse para facilitarle las cosas y ella le dio un mordisco en la nuca. Uno bien fuerte, por cierto.

—¡Eh, hemos dicho que nada de sexo duro! —rezongó guasón.

—Cállate, capullo, o te meteré la porra por el culo —lo amenazó ella,

adoptando el papel de poli muy mala a la vez que le daba un fuerte cachete en el trasero.

Adán soltó un gemido, pero no supo si fue por el azote o porque ella acababa de meter los dedos bajo los vaqueros y estaba jugando con su pene.

—Cierra la boca. —Eva le apretó el glande, haciéndole gemir de placer.

Siguió masajeándosela un rato y, cuando lo puso tan cachondo que no pudo evitar mecerse contra su mano, paró.

—Joder —masculló él, intentando volverse para besarla.

—Ni se te ocurra —le advirtió ella, consiguiendo que se detuviera en seco.

Le bajó los pantalones y los calzoncillos, y mientras lo hacía fue dándole un mordisco aquí y un lametón allá. Le obligó a levantar los pies para quitárselos de los tobillos y luego le recorrió con las uñas el interior de los muslos, poniéndolo a mil. Continuó subiendo por su estómago, arañándolo con suavidad por debajo de la camiseta hasta llegar a las tetillas, las cuales atrapó entre los dedos y pellizó con la suficiente fuerza para que el dolor y el goce se mezclaran.

A Adán le temblaron las rodillas ante el ramalazo de placer que lo recorrió. Arqueó la espalda, pegando el trasero al vientre de ella. Si no se daba prisa y lo dejaba follarla pronto, iba a volverse loco. Pero Eva, con sádica crueldad, siguió torturándole las tetillas para luego rasparle el bajo vientre con las uñas y volver a subir, omitiendo tocar el lugar en el que tanto la necesitaba. La muy malvada no parecía tener intención de complacerlo. Gimió y meció las caderas adelante y atrás, indicándole lo salido que estaba. Ella le premió con un nuevo mordisco en el lugar donde hombro y cuello se encuentran.

No dejó de atormentarlo hasta que sintió bajo sus dedos que el corazón de él latía tan fuerte y tan rápido que parecía querer salirse de su pecho. Le agarró la camiseta y se la sacó por la cabeza. Una vez que lo tuvo desnudo, le ordenó que dejara caer las manos junto a las piernas.

Le ató las muñecas a los muslos con las vendas.

—¿Qué haces? —exclamó Adán al comprobar que no podía liberarse.

—Impedir que se escape mi ladrón favorito —musitó ella con una sonrisa

traviesa.

Adán se puso en guardia. Había algo en esa sonrisa que le erizaba la piel.

—Date la vuelta —le ordenó Eva. Él obedeció—. Vaya, vaya, qué tenemos aquí —murmuró agarrándole la verga. Adán dejó escapar un gruñido gutural al sentirla jugar con su falo—. ¿Pretendes atacarme con esta arma? —susurró acariciándole el tronco con el pulgar.

—No —jadeó él.

—¿No? Entonces ¿no eres peligroso? —le preguntó lasciva, envolviéndolo con los dedos para masturbarlo.

El negó con la cabeza.

—No lo eres... Vaya, qué decepción. —Lo soltó.

—Sí, joder, lo soy —gruñó él, meciendo la pelvis en busca de su mano—. Soy muy peligroso.

—Y ¿vas a agredirme con esta porra? —Le agarró de nuevo la polla a la vez que le lamía el lóbulo de la oreja.

—Claro que sí, te la meteré hasta el fondo —gruñó tirando de las vendas para deshacerse de ellas, llevarla a la cama y hacer exactamente lo que decía—. Te follaré tan fuerte y rudo que no te vas a poder mover en una semana. —Se apretó contra la mano que en ese momento le amasaba los testículos.

—Y ¿qué más vas a hacer con tu arma? —lo incitó ella, deslizándole de nuevo los dedos por la polla para acabar masturbándole sólo el capullo.

—Lo que quieras, joder —masculló Adán, frotando los labios contra el cuello de ella—. Te follaré de todas las maneras que imagines. Te comeré el coño y luego te la clavaré hasta el fondo; después abriré tu precioso y prieto culito, te lo chuparé hasta dejarlo bien mojado y te la meteré bien adentro mientras te acaricio el clítoris hasta hacerte gritar de placer...

—¿Vas a follar mi culito? —susurró ella con voz lúbrica, acelerando las caricias de su mano hasta que sintió palpar la polla bajo sus dedos.

—Joder, sí. Todas las veces que me dejes —aseguró él, meciendo las caderas.

—Eso suena muy peligroso —aseveró Eva, apartándose.

Adán exhaló un gruñido gutural al sentir que ella ya no lo acariciaba. Alzó la cabeza, dispuesto a suplicar si era preciso, y se encontró con la pistolita

rosa apuntándolo.

—Si eres tan peligroso, comprenderás que tengo que defenderme —afirmó ella, bajándola despacio hasta dirigir el arma a su entrepierna.

—No se te ocurrirá...

Disparó.

—¡Serás cabrona! —gritó él, intentando esquivar sus disparos—. ¿Dónde coño tenías la puta pistola? ¿En la nevera? —se quejó cuando un chorro de agua helada le impactó en toda la polla, pues, como tenía las manos atadas a los muslos, no podía protegerse la entrepierna.

—Por supuesto —admitió Eva, apuntándole de nuevo.

Adán soltó un furioso alarido y se dio la vuelta, colocándose de cara a la pared. Sintió un helado chorro de agua fría chocar contra su trasero mientras trataba de liberar las manos. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que ella no había hecho nudos, sino lazos, y que sólo tenía que tirar de un extremo de la venda para soltarse.

—¿Qué pasa, Houdini?, ¿aún no has descubierto cómo escaparte? —dijo burlona tras él.

Adán vio la pistolita de marras junto a su costado, apuntando a su entrepierna, y, sacando fuerzas de flaqueza, atrapó un extremo de la venda y tiró, liberando una mano. Se soltó la otra en el mismo momento que ella disparaba otra andanada de agua helada a su ingle.

—Oh, oh... —Eva dio un paso atrás cuando él se volvió con las dos manos libres—. Si te acercas, disparo —lo amenazó.

Él se acercó.

Ella apretó el gatillo, pero se había quedado sin agua, así que no le quedó otra opción que tirarle la pistola al pecho y echar a correr.

Adán la atrapó antes de que pudiera llegar al comedor. La agarró por la cintura y la tumbó en el suelo mientras ella estallaba en un ataque de risa.

—Te vas a enterar —gruñó colocándose a horcajadas sobre ella.

Le sujetó las manos por encima de la cabeza con una de las suyas y utilizó la otra para levantarle la blusa y dejar a la vista el sujetador de encaje blanco. Posó la mano sobre uno de sus pechos y lo amasó lujurioso.

—¡No, señor ladrón, por favor, no me robe la virtud! —exclamó Eva de

repente.

Y él no pudo evitarlo. Estalló en carcajadas al oírla.

—Esto no es serio —musitó Adán cuando consiguió parar de reír—. Así no hay forma de echar un polvo decente —afirmó, tumbándose junto a ella en mitad del pasillo.

—Al menos, lo hemos intentado —murmuró Eva—. Está claro que no vales para actor.

—¿Yo? —Se colocó de lado, apoyándose sobre un codo para mirarla—. Si aquí hay una pésima actriz, ésa eres... —Se interrumpió al darse cuenta de que faltaba algo—. ¿Dónde están los zapatos?

—Me los he quitado en cuanto te has puesto de cara a la pared.

—¿No decías que te sentías poderosa con ellos?

—Y así es, pero es muy complicado ser la poli mala si tienes que estar haciendo equilibrio sobre los tacones —comentó ella encogiéndose de hombros.

Adán negó con la cabeza, fue a la entrada y recuperó los zapatos. Cuando regresó, le tendió la mano y la levantó. La guio hasta el dormitorio y se ocupó de desnudarla, torturándola de la misma manera que ella había hecho con él. Le lamió cada centímetro de piel mientras la desnudaba, hundió la nariz entre sus piernas para acariciarla, atrapó los labios vaginales entre sus dientes y los chupó y succionó hasta que ella se removió en la cama, agonizando por un orgasmo. Pero no se lo dio. En lugar de eso, le puso los zapatos rojos de tacón y volvió a hundir la cabeza entre sus piernas, atormentándola hasta que comenzó a suplicar. Entonces se apiadó de ella, y también de su rígida erección, y, tras ponerse un preservativo, se la metió hasta el fondo tal y como le había prometido.

Se movió despacio sobre ella, deleitándose con el placer que le proporcionaba, demostrando el amante tan generoso y entregado que era.

—Abre los ojos, Eva —le ordenó cuando la sintió temblar bajo él—. Quiero que me mires mientras te corres.

Ella obedeció, fijando sus ojos en los de él. Y él la esclavizó con su mirada.

Hubo un momento de insoportable intimidad entre ambos al tiempo que se

mecían uno contra el otro, acoplados como si fueran uno. Mantuvieron los ojos abiertos mientras el placer explotaba, derramándose sobre sus cuerpos anhelantes. Y, en ese preciso instante, Eva supo que él era el hombre de su vida. El único hombre del que podría enamorarse, si es que no lo estaba ya. El hombre de los mil rostros con el que había soñado desde que era niña.

Sintió que el corazón se le paraba en el pecho. No podía ser. No ahora, que por fin sabía lo que quería y estaba esforzándose para hacer realidad su sueño más anhelado.

—¿Qué te pasa? ¿Te he dejado sin respiración con mis artes amatorias? — bromeó Adán, dejándose caer a un lado para no aplastarla.

—Menos lobos, poli — fingió burlarse, aunque apenas le salió un hilo de voz. Tosió para aclararse la garganta—. Será mejor que me vaya duchando, entro a las ocho a trabajar — musitó saliendo de la cama.

—Te acompaño — saltó él, siguiéndola.

—Ni de coña. Si te duchas conmigo, llegaré tarde. Además, la ducha es muy estrecha.

—Ya no soy un jovenzuelo con la capacidad de empalmarme dos minutos después de correrme — afirmó Adán—, así que no hay peligro de que te enrede en otro polvo. Además, prometo no ocupar mucho espacio en la ducha — dijo con gesto inocente, convenciéndola.

Una hora y media después, Eva se encontró con Paco cuando llegó al ConSumo Placer.

—¿Dónde te habías metido? Son casi las nueve y está todo patas arriba — exclamó él aturullado.

—Adán ha resultado ser tan potente como un jovenzuelo — dijo ella a modo de explicación.

12

Sólo faltan dos días para Halloween y en mi barrio los tenderos, avispados como sólo un comerciante puede ser, han dividido los escaparates en dos partes para poder poner en una la decoración de Halloween y en la otra, la navideña. En algunas tiendas incluso han puesto ya el portal de Belén. Y ¿qué queréis que os diga? No sé qué es más tétrico: que anuncien la Navidad dos meses antes para que empecemos a gastarnos los cuartos a la de ya o ver al Niño Jesús en su cuna mientras la mula y el buey descansan en un huerto de calabazas bajo la atenta mirada de una bruja montada en su escoba.

Tenéis que reconocerme que la mezcla es... terrorífica.

Aunque lo verdaderamente aterrador es que sólo faltan tres meses para el 27 de enero.

«Y ¿eso qué tiene de horroroso?», os preguntaréis.

Pues que ese día es mi cumpleaños. Y cumplo treinta y siete.

Sí.

Treinta y siete.

Ni uno más ni uno menos.

Y ni siquiera estoy embarazada.

Se me está echando el tiempo encima y no puedo hacer nada para evitarlo. Mi único consuelo es que pronto serán los exámenes de la oposición, los aprobaré y podré empezar el proceso para tener a mi bebé.



Lunes, 31 de octubre de 2016

Rodrigo se puso la corbata azul marino e hizo un pulcro nudo doble. Luego dobló el pañuelo, del mismo color y tejido que la anterior, y lo colocó en el bolsillo de la chaqueta de manera que asomara una tira de un centímetro y medio exacto. Comprobó que el traje estaba impecable y los zapatos brillantes, agarró la cartera de piel y se encaminó hacia la puerta. Tres minutos después, salió a la calle. Se le hizo extraño no ver a los niños corriendo por la plaza, y también echó de menos la aguda vocecita de Gadea a su lado. La niña había cogido la costumbre de atravesar la plaza junto a él cada mañana, cuando ella iba al colegio y él a la tienda, y lo cierto era que agradecía su compañía. Era... agradable. Le hacía olvidar lo mal que le iba todo con su sonrisa y sus ocurrencias. Pero, tal y como lo había informado la tarde anterior, esa mañana los colegios hacían puente, y ella y su hermana irían a pasar Halloween y el día de Todos los Santos con sus abuelos.

Sacudió la cabeza al sentir una especie de vacío en el pecho. Iba a echar de menos a la pequeña.

Enfiló la acera en dirección al metro, pero se detuvo al pasar junto a un banco. Lo observó perplejo y giró sobre sus talones para examinar el resto de los que había en la plaza. Tragó saliva asqueado y sacó el móvil de la cartera. Hizo una llamada y, tras pensarlo un instante, se dirigió de nuevo al portal mientras sonreía desdeñoso por su tonta actitud.

Un mes atrás le habría dado igual irse y dejar que los niños se encontraran con la desagradable sorpresa de la plaza, pero Gadea le había hecho cambiar. No pensaba permitir que las niñas se llevaran un disgusto. Llegó al portal y pulsó el telefonillo del segundo interior derecha. Esperó. Volvió a pulsarlo. Y otra vez más. Hasta que oyó la voz de Eva, pastosa por el sueño.

—Soy Rodrigo: no dejes que las niñas bajen a la plaza, los gamberros han vuelto a visitarnos —le dijo con voz seria para luego explicarle lo que había encontrado.

Cuando ella colgó, llamó al tercero exterior derecha. No había pensado en avisar a ningún vecino más, pero Eva tenía razón: era bueno que Adán lo

supiera. No sólo porque era más perspicaz de lo que aparentaba, sino también porque Rodrigo sospechaba que, al igual que su padre y su abuelo, él también era policía. El nieto de Dolores no tardó en contestar; su voz era clara, indicativo de que estaba bien despierto.

Le contó lo que pasaba y luego esperó a que bajara.

—Esto va de mal en peor —masculló Adán un rato después, tras examinar junto a Rodrigo todos los bancos de la plaza—. Hay que ser cabrón para hacer esto, sabiendo que a esta plaza bajan a jugar niños pequeños —gruñó con los puños apretados.

Observó los ratoncitos blancos que algún hijo de puta había destripado y dejado en los bancos. Había sangre, entrañas y cuerpos eviscerados de tiernos hámsteres de ojos rojos y naricitas sonrosadas por toda la plaza. Era una suerte que Rodrigo los hubiera visto y que, con gran claridad mental, le hubiera pedido a Eva que evitara que los niños salieran a la plaza. Entre ella y el Mudo, quien coincidió que en ese momento salía a trabajar, habían ido piso por piso para evitar que los niños vieran la escabechina.

—Esto está relacionado con todos los demás incidentes que han sucedido estos meses —afirmó Adán.

—Tal vez no —rebatió uno de los policías que habían acudido a la llamada de Rodrigo—. Hoy es Halloween y la gente tiene una idea bastante macabra de lo que significa pasárselo bien y dar sustos.

—Hace menos de un mes nos encontramos el portal lleno de casquería —señaló Adán, frustrado porque no se tomaba el asunto tan en serio como su instinto le gritaba que era.

—Y hoy hay ratoncitos muertos en los bancos, ni siquiera coincide el escenario. —Adán miró furioso al agente y éste frunció el ceño al ver en él el mismo gesto decidido de su abuelo, el cual era una leyenda en el cuerpo—. Lo siento, de verdad me gustaría hacer algo más, pero estamos desbordados de trabajo y la moda de los payasos yanquis amenaza con convertirse en una pesadilla esta noche. No podemos dejar a nadie vigilando la plaza sólo por lo que parece ser la travesura de unos adolescentes —explicó—. La policía científica vendrá dentro de un rato, tal vez ellos puedan decirte algo más, pero lo dudo.

Adán asintió cortante y luego se encaminó hacia el banco del Lector, en el que se acumulaba el mayor número de ratones destripados. Un músculo palpitó en su mandíbula. Primero, el suavizante en la escalera del tercero. Un suavizante que Eva estaba destinada a pisar antes que nadie, y que si no lo hizo, rompiéndose el cuello, fue de puro milagro. Luego, la casquería en los rellanos del segundo, y ahora el banco del Lector, que era el que siempre ocupaba ella. Sí, todos tenían roedores destripados, pero no en tanta medida como ese banco.

¿Tenía algo que ver con Eva? ¿Era sólo casualidad? Quizá el policía tuviera razón y sólo fuera una gamberrada porque, si hubiera sido obra del mismo cabrón, ¿por qué no dejar los ratones en los descansillos, igual que la mierda y la casquería? No tenía sentido.

Sí, seguramente era una gamberrada de Halloween sin relación alguna con el resto de los incidentes, pero su instinto le decía que no era así. Y había aprendido a fiarse de él.

Sacó unas cuantas bolsas de plástico transparente del bolsillo y, tras ponerse unos guantes, recogió varias muestras del banco. Luego subió a su casa, avisó a su abuela de que estaría fuera parte de la mañana, le pidió a Mercedes que la acompañara y salió de nuevo. Se paró un instante en casa de Gala para explicarles a Eva y a las niñas lo que había pasado y luego abandonó el edificio, dirigiéndose a la calle Segovia, donde tenía aparcado el coche.

Había llegado la hora de hacer una visita a sus amigos y también compañeros de profesión..., y tal vez pedirles que le devolvieran algún favor.



—Ya te he dicho que no recuerdo haber visto nada, Adán —dijo Gala por enésima vez—. Cuando he salido esta mañana, aún era de noche y no me he fijado en los bancos. Además, todavía estoy algo desorientada con el cambio de hora, e iba más pendiente de no llegar tarde al trabajo que de lo que me rodeaba. No sé si me explico en chino o es que eres cortito y no entiendes lo que digo —masculló harta.

—Está bien, no te molesto más. —Adán se dirigió a la puerta, consciente de que había acabado con la poca paciencia de la amiga de Eva—. Pero si recuerdas algo, lo que sea...

—Te avisaré, te lo prometo —afirmó ella—. Ahora, si no te importa... —Le abrió la puerta—. Tengo cosas mejores que hacer que responder al interrogatorio del poli que está liado con mi amiga. Vete a interrogarla a ella, anda, majo.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy desagradable? —siseó Adán, ya en el rellano.

—Me esfuerzo en serlo —declaró Gala, cerrándole la puerta en las narices.

Normalmente intentaba ser más sociable con la policía, pero esa tarde ya había sobrepasado su cupo de simpatía para el resto del día. Tal vez de la semana.

Se frotó las sienes, intentando aplacar el dolor de cabeza que empezaba a sentir, aunque no podía decir que la hubiera pillado desprevenida. Ese día había sido glorioso, joder, lo extraño era que todavía no le hubiera reventado el cerebro. Esa mañana había habido un caos en el trabajo, con la mitad de la gente de puente y la otra mitad vagueando en cuanto les quitaba la vista de encima. Era una mierda ser encargada. Pero más mierda era tener que rendir cuentas a un energúmeno como su superior. No había atendido a detalles, no le había permitido exponer sus ideas y se había dedicado a gritarle hasta quedarse afónico. Y, como era el jefe, ella había tenido que morderse la lengua, y, claro, se había envenenado.

Como si eso no fuera suficiente para ponerla al borde del ataque de nervios, al llegar a casa, las niñas y Eva la habían recibido con la noticia de la nueva «travesura» en la plaza, lo que significaba que Jimena y Gadea estaban más nerviosas de lo habitual y no querían irse con sus abuelos paternos porque les daba miedo dejarla sola. Le había costado Dios y ayuda convencerlas de que no le pasaría nada. Luego, por supuesto, había tenido que llevarlas a la casa de los abuelos porque su queridísimo exmarido no había cumplido su palabra de ir a buscarlas, y no podía permitir que sus exsuegros, que eran maravillosos cuando querían, pagaran el pato de tener un hijo tan odioso como

tenían. Así que había perdido una hora entre ir, conversar con ellos con toda la amabilidad que pudo reunir y volver a casa. Y, por si eso no fuera suficiente para colmar su (escasa) paciencia, acababa de entrar en casa cuando Adán había ido a interrogarla. ¡Ni siquiera le había dado tiempo a quitarse los zapatos!

Por supuesto que no había sido agradable con él, eso era pedirle peras al olmo, pero al menos había respondido a sus preguntas. No debería quejarse tanto.

Se acercó a la cocina para tomarse un Nolotil con un poco de coca-cola para frenar el inminente dolor de cabeza, y no bien se lo acababa de tragar cuando volvieron a llamar al timbre.

Sintió que todo su mal genio estallaba, haciéndola arder de rabia. Dejó el vaso con un golpe seco en la encimera y se encaminó con pasos furiosos a la puerta. La abrió sin preguntar quién era, y se encontró con el hombre más guapo del barrio.

—Me he enterado de que esta mañana ha habido un nuevo ataque —comentó Calix, esbozando una tímida sonrisa que Gala no se tragó ni por un momento.

—Sí, eso parece. Mira, si no te importa...

—Sólo quería saber si las niñas estaban bien. ¿Han llegado a ver la masacre? —inquirió con lo que parecía verdadera preocupación.

Gala sintió que su mal humor se aplacaba, como cada vez que alguien mencionaba a sus hijas.

—No, no han visto a los ratoncitos destripados —dijo constriñendo su mal genio hasta dejarlo oculto en un rinconcito de su cabeza—. Gracias por interesarte.

—¿Puedo verlas? —se apresuró a solicitar él al notar que Gala tenía intención de cerrarle la puerta en las narices.

—Están pasando la fiesta con sus abuelos.

—Así que estás sola en casa esta noche —dijo él con un brillo calculador en la mirada. Esa noche la tenía libre, pues los domingos y los lunes libraba. Tal vez pudiera aprovecharla para algo más interesante que dormir.

—Eso parece —murmuró ella, intrigada por su sonrisa pícaro.

—Vístete; te voy a hacer pasar la mejor noche de Halloween de tu vida.

Gala arqueó una ceja ante su presuntuosidad.

Calix sonrió con arrogancia. Puede que ella no hubiera echado a correr para vestirse, pero tampoco le había cerrado la puerta en las narices, y eso era un gran logro tratándose de la irascible mujer.

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer? Oh, espera, ya sé: planeas ver una peli de miedo tumbada en el sillón, abrazada a un cojín en forma de corazón y arropadita con una manta —se burló malicioso.

Gala resopló. Ella no abrazaba cojines con forma de corazón, sino osos de peluche. Y tampoco iba a ver una película de miedo, de hecho, ya había elegido una romántica en la que el hombre moría dejando viuda (y muy feliz, según su sincera opinión) a la protagonista.

—Pues va a ser que no, majete. Voy a ir a una exposición —mintió. Esa misma mañana se había disculpado con Cruz, porque lo cierto era que no le apetecía nada ir de carabina con él y Bruno.

—Cancela la cita —le ordenó él con una voz grave que hizo vibrar el cuerpo de Gala. Más exactamente, el sensible botón que había entre sus piernas.

Ése no era el niño que se le había echado encima en el sillón de su casa hacía menos de un mes. Era más energético, más... varonil.

—¿Por qué iba a hacer eso? —Apoyó la mano en el quicio de la puerta, sobre su cabeza. La blusa entallada que vestía se le subió, mostrando su ombligo y su vientre liso.

A él se le fueron los ojos a la porción de piel que ella enseñaba. Una sonrisa de suficiencia se dibujó en sus labios.

—Porque yo te voy a proponer algo mejor. Sé valiente, sal conmigo —la desafió.

—Depende. —Gala recorrió con una apreciativa mirada el cuerpo del segoviano.

—¿De qué? —Calix dio un paso hacia ella, hasta que las puntas de sus pies se tocaron.

—De si «salir contigo» implica entrar en mi casa, cenar en mi salón y follar en mi cama —resopló burlona, dando un paso atrás para guardar las

distancias con él.

—Salir conmigo implicará ir a una fiesta y pasar la noche más terrorífica de tu vida. También la más excitante —señaló Calix, recorriéndola con ojos ardientes.

Gala se mordió los labios, con ganas de dejarse tentar.

—No tengo disfraz.

—Ponte el vestido negro que llevabas el otro día cuando saliste con el Estirado y baja a mi casa. Te convertiré en una bella calavera mexicana —dijo antes de dirigirse a la escalera. Se volvió al pisar el primer escalón—. No lo pienses mucho, no te voy a esperar por toda la eternidad.



Bruno se abrochó la camisa blanca, aunque en realidad debería ir a pecho descubierto, porque el disfraz que Cruz le había comprado era el del Joker de *Escuadrón Suicida*, que se reducía a un brillante guardapolvo morado que intentaba imitar la piel de serpiente sin conseguirlo y unos pantalones azules tipo chándal. Pero estaban en pleno invierno, hacía frío para ir medio desnudo y, sobre todo, no le apetecía en absoluto llenarse el pecho de tatuajes, aunque fueran calcomanías temporales. Así que había optado por ponerse una camisa. Obviamente, tampoco se había puesto los tatuajes de los brazos ni la cara. Sólo se había pintado los labios de rojo y el pelo de verde con el espray. Imaginó que a Cruz no le molestaría que cambiara un poco el disfraz. De hecho, tal vez ni se diera cuenta. La realidad era que jamás se enfadaba con él. Era incluso posible que a Cruz no le importara en absoluto lo que hiciera o dejara de hacer.

A veces le daba la impresión de que Cruz no estaba tan colado por él como él lo estaba por Cruz, aunque así dicho pareciera un jodido trabalenguas.

Se miró en el espejo. No estaba mal para lo poco que se había esforzado. Tal vez tenía la cara demasiado sonrosada, debería haber usado un poco de maquillaje blanco, pero no quería ni pensar lo que le costaría quitárselo después. Se encogió de hombros. A su novio no le importaría, pues sabía de sobra que si se disfrazaba era por darle el gusto. Aunque, quién sabía, llevaba

desde su último viaje a Málaga muy raro, con una actitud esquiva y reservada nada normal en él.

Por eso había decidido consentirlo esa noche y disfrazarse como un jodido payaso.

Salió del baño y se dirigió al dormitorio para ver si le quedaba mucho a su amante.

Se detuvo en la puerta. Atónito.

Cruz se había disfrazado de Harley Quinn. Y era la Harley Quinn más guapa que había visto nunca. Si fuera hetero, no dudaría en tirarse sobre ella y follársela. Pero, como no lo era, lo que en realidad le apetecía era tirarlo sobre la cama, quitarle la ropa y follárselo.

Sabía que Cruz tenía un cuerpo bonito y cuidado, casi femenino. Esbelto y nada musculado, era todo líneas suaves. De por sí tenía poco vello corporal, pero, por lo que veía, se había depilado por completo para la ocasión. Llevaba una peluca rubia con dos coletas, una rosada y la otra azulada, y se había maquillado la cara hasta volverla blanca. También llevaba los ojos pintados siguiendo el mismo patrón de colores del pelo y, por último, había pintado de rojo sus labios, haciéndolos más gruesos y jugosos. Se había puesto la ajustada camiseta del personaje y se le marcaban unos llenos y puntiagudos pechos postizos que atraerían la mirada de cualquier lesbiana. Llevaba las piernas cubiertas por unas eróticas medias de red, unas deportivas de tacón en los pies y decenas de pulseras de cuero con remaches puntiagudos decoraban sus muñecas. También se había dibujado con un bolígrafo especial tatuajes, frases, rombos y corazones por todo el cuerpo. Completaba su disfraz un minúsculo y ajustado pantalón corto, la mitad rojo, la otra mitad azul.

Bruno no pudo evitar soltar un apreciativo y masculino silbido.

Cruz sonrió con lascivia y se volvió contoneándose para enseñarle el trasero medio desnudo, pues el pantaloncito de marras no se lo cubría. Y aunque Bruno conocía el culo de su pareja como su propia mano, no pudo evitar que se le tensara la polla cuando se inclinó y lo meneó juguetón.

Dio un paso, decidido a quitarle el disfraz y follárselo, y en ese instante Cruz lo miró con los ojos iluminados por la ilusión, abortando su plan.

—¿Qué te parece mi disfraz?

Bruno boqueó un par de veces hasta recuperar la voz, tan asombrado que sólo fue capaz de decir lo primero que se le pasó por la mente.

—¿Dónde cojones has metido el paquete? —Señaló con la mirada el cortísimo y ajustadísimo pantalón rojo y azul, que más parecía una braga.

Deseó darse de cabezazos contra la pared al ver que la mirada ilusionada de su chico se transformaba en otra decepcionada que tantas veces veía últimamente.

—Bueno, me lo he colocado y me he puesto una braga faja —explicó Cruz, frunciendo el ceño. Había esperado sorprender a Bruno, pero en lugar de eso parecía haberle molestado, como siempre—. No creo que me pueda sentar en toda la noche porque llevo los huevos un poco apretados —bromeó sin ganas—, pero no pasa nada. Tengo intención de pasarme las horas bailando —afirmó decidido. Esa noche iba a pasárselo bien, costara lo que costase—. ¿Nos vamos?

Agarró la chaqueta de cuero negro que le había dejado Gala y enfiló hacia la puerta meneando las caderas al ritmo de los tacones.

Bruno sacudió la cabeza para librarse del hechizo producido por el movimiento hipnótico del culo de su amante y lo siguió.

Tomaron un taxi y un cuarto de hora después llegaron a la sala en la que se celebraba la fiesta. Fue entonces cuando Bruno fue consciente de que no estaba a la altura de las circunstancias.

Todo el mundo iba disfrazado, pero bien disfrazado, no como él. Se habían maquillado, pintado, puesto pústulas y verrugas en el caso de las brujas, verdugones y moratones en el de los torturados, carne postiza imitando heridas sanguinolentas en los zombis, y hasta había algunos que iban con los intestinos por fuera del cuerpo. No quiso ni pensar de dónde habrían sacado exactamente esa caracterización. Menos mal que los disfraces *gore* eran pocos, si no, habría acabado con el estómago revuelto. Según pudo comprobar, lo que estaba de moda eran los superhéroes. Vio al Escuadrón Suicida al completo; de hecho, contándolo a él, había tres Joker en la sala y, para su mayor vergüenza, los otros dos estaban mucho mejor caracterizados. También había otra Harley Quinn, pero ni de lejos tan guapa y sensual como Cruz.

Frunció el ceño arrepentido. Si se hubiera molestado un poco, habría

estado a la altura del disfraz que le había regalado, pero en vez de eso, con su falta de maquillaje y tatuajes, semejaba el primo pijo del Joker. Aunque Cruz no parecía haberse dado cuenta de su fiasco, porque lo paseaba de acá para allá entusiasmado, presentándolo con orgullo a todos sus clientes y colegas de profesión. Se podía decir que estaba en su salsa. Feliz como una perdiz. Tan contento como unas castañuelas.

Bruno cerró los ojos un instante, arrepentido por su egoísmo. Sólo ahora se daba cuenta de la ilusión que le hacía a Cruz esa fiesta. Y no era porque no le hubiera hablado de ella hasta la saciedad o porque no le hubiera descrito mil veces los disfraces que llevarían; tan sólo no se había molestado en tomarlo en serio. Más o menos como siempre.

—Ven, te voy a presentar al mejor restaurador de todo Madrid —dijo Cruz de repente. Le dio la mano y lo guio hasta un grupito en el que estaban Superman, Batman y Apocalipsis.

Charlaron un rato, y luego pasó a presentarle a un par de brujas, una enfermera diabólica, una monja satánica y a Deadshot, quien por lo visto era el socio de Cruz en varias exposiciones. A continuación, conoció a unos ancianos disfrazados de Pedro y Vilma Picapiedra, a un horripilante grupo de zombis y a cuatro muertos vivientes que, según se enteró, no eran lo mismo que los zombis. Por lo visto, los muertos vivientes tenían que haber muerto antes de serlo, y a los zombis les bastaba con ser mordidos para ser infectados y convertirse; luego ya sólo podían morir por un disparo o un golpe brutal en la cabeza. A la discusión se unió un vampiro, que afirmó que su especie pertenecía a los no muertos..., lo que dio pie a otro debate sobre los vivos, los muertos, los muertos vivientes, los zombis, los no muertos y los poseídos por demonios que por narices tenían que estar vivos. ¿Estaban todos locos o qué?!

Cuando se dio cuenta, Cruz se había alejado de su lado y estaba charlando con un sacerdote y un hombre sin cabeza. No cabía duda de que estaba en su ambiente. Se movía con traviesa sensualidad de un lado a otro, saludando a unos, charlando con otros y riéndose con todos. No pasaba un instante sin que alguien lo llamara o se acercara a él. Casi podía decirse que era uno de los hombres más solicitados de la fiesta.

Bruno sacudió la cabeza sorprendido. Aunque no debería estarlo. Sabía que su amante era un gran profesional con muchos clientes y colegas. Pero los que lo rodeaban y llamaban su atención continuamente no parecían clientes y compañeros, sino amigos.

¿Por qué había sido tan idiota de pensar lo contrario?

Cruz era un hombre maravilloso, un amigo estupendo, un amante creativo y un novio paciente y cariñoso. Sí, se había prendado de él nada más conocerlo; ¿qué estúpida presunción lo había llevado a creer que no tenía más amigos que tres vecinas un poco locas?



Cruz comentó la última exposición de Pablo, alias *Deadshot*, y luego escapó del corrillo de restauradores para buscar a Bruno, a quien había perdido de vista hacía cuatro o cinco grupos. Lo localizó en mitad de la galería, solo y con cara de pocos amigos. Y tan visible como una luz blanca en mitad de la noche. O tal vez debería decir como una luz rosada, porque su cara sin maquillar destacaba entre los atrevidos maquillajes de los demás como un faro en la oscuridad. Suspiró apesadumbrado. No le había gustado el disfraz que había elegido para él. Debería haberlo imaginado. A Bruno no le gustaba maquillarse, y sin maquillaje ni tatuajes el Joker quedaba muy deslucido. Debería haber elegido otro. Pero ¡ésa era la pareja de moda! Aunque, tal y como lo había mirado, estaba claro que tampoco le había gustado que él se vistiera de Harley Quinn. Tendría que haberse limitado a una pareja más normal, como habían hecho los padres de Manuel y Luis, que se habían decantado por Vilma y Pedro. Pero vestirse con una túnica de leopardo estaba tan manido y era tan poco original...

Se encaminó hacia su chico, decidido a decirle que ya se había cansado de la fiesta y podían irse. Pese a que fuera mentira. No quería que Bruno se aburriese más, pero... estaba tan harto de ser siempre él quien cediera... Aunque eso no era así, se reprendió: Bruno había renunciado a viajar ese puente a Málaga para estar con su familia por él. ¿Qué menos podía hacer que no amargarle la noche?

—¡Cruz! Justo les estaba comentando a mis padres que tú eres el responsable de que mi mujer expusiera en A Cuadros —le comentó una rubia vestida de Al Capone. Con ella estaban unos Bonnie y Clyde bastante mayores y su esposa, disfrazada de Marilyn Monroe.

Cruz no pudo evitar sentir una punzada de envidia atravesándole el corazón. Iola y Malena eran unas de sus mejores clientes; eran lesbianas, estaban casadas, y los padres de Iola estaban encantados con ellas. Tan encantados que las acompañaban a las exposiciones y a las fiestas y se pavoneaban orgullosos de que fueran su hija y su nuera. Y no eran el único caso así allí. Había tantos padres, abuelos, hermanos y amigos de artistas como artistas.

Y todos estaban orgullosos de sus hijos e hijas, ya fueran gais, lesbianas o heteros.

Todos menos Bruno, para quien él sólo era el amante molesto del que se avergonzaba ante su familia.

Algo se rompió en su interior.

No iba a irse de la fiesta. Se lo estaba pasando bien, o al menos así había sido hasta ese momento, y pensaba seguir disfrutando.

Se acercó a la barra y pidió dos copas de champán para luego dirigirse contoneándose hacia Bruno, quien continuaba solo.

—¿Adónde vas, Harley? —Deadshot lo detuvo, quitándole una copa—. Estás para comerte, muñeca.

—Dame un bocadito. —Cruz alzó el brazo.

—No me lo digas dos veces. —Se inclinó para besarle la mano.

—¡Sorpresa! —exclamó con una enorme sonrisa, agarrándolo por los huevos.

—¡Eh, me haces daño! —se quejó Deadshot, su socio en la exposición.

—Claro —replicó él con gesto inocente—. Soy mala, hacer daño es mi trabajo...

—Pues conmigo puedes ser todo lo mala que quieras —murmuró Deadshot jugueteón—, aunque te aconsejo que me sueltes los huevos..., si no, no vas a tener nada con lo que jugar.

—Buenas noches —intervino de improviso Bruno.

Cruz se volvió con una radiante sonrisa al oírlo. ¡Por fin se había animado a participar en la fiesta! No obstante, la sonrisa se borró de sus labios al ver su mueca de fastidio.

—Qué serio está este Joker —dijo intentando fingir que no le afectaba su gesto resentido—. Menos mal que yo sé cómo animarte —musitó meloso, frunciendo los labios en un beso que Bruno, más pendiente de Deadshot que de él, ni siquiera vio—. Tienes suerte, justo estaba buscando un Joker con el que bailar —añadió a la desesperada.

—No tengo ganas de bailar —masculló Bruno con la mirada fija en el otro villano. Si no hubiese sido porque no quería disgustar a Cruz, le habría enseñado a ese idiota por qué no debía tontear con su chico.

—¡Vamos, ámate! —exclamó Cruz con fingido regocijo.

—Prefiero pasear —siseó Bruno, obligándose a apartar los ojos de su competidor.

Tomó a Cruz de la cintura y lo guio por la sala, intentando evitar a quienes trataban de llamar su atención, algo que resultó imposible. Después de casi media hora de esquivar conversaciones sobre cuadros, esculturas, artistas y disfraces, consiguió encontrar un rincón apartado tras un sarcófago de cartón piedra.

—Joder —masculló Bruno, cuyo humor se había ido agriando conforme se daba cuenta de que esa noche no iba a poder tener en exclusiva a su novio hasta llegar a casa.

¡Estaba de lo más solicitado! Y lo peor era que algunos se le insinuaban sin disimulo, sin que les importara un bledo que él estuviera delante. Aunque, claro, nadie sabía que Cruz no estaba «disponible» porque era suyo. Y si no lo sabían era porque jamás se había molestado en acompañarlo y presentarse como tal. ¿Cuántas veces se le habrían insinuado en los cientos de exposiciones que había hecho y él no había acudido? Se sintió hervir por dentro.

—No te estás divirtiendo —musitó Cruz, dando un trago a la copa que llevaba en la mano. La tercera de la noche.

—No mucho, la verdad.

—Vete si quieres —dijo encogiéndose de hombros—. Yo me quedaré un

rato más.

—¿Y dejarte sola?

—Será que nunca lo estoy. —Esbozó una sonrisa desdeñosa—. Haz lo que quieras, Bruno. Yo voy a por otra copa de champán.

Y, dicho y hecho, dio media vuelta sobre sus altos tacones y se dirigió a la barra moviendo saleroso su duro trasero.

—Joder —siseó Bruno al ver que atravesaba la sala levantando miradas, pasiones y seguramente también otras cosas más orgánicas—. ¡Mierda!

Lo siguió con cara de malas pulgas y, tras dar con una columna en la que apoyarse con un mínimo de comodidad, procedió a vigilarlo.

Lo vio charlar, copa en mano, con un par de cazafantasmas, con Thor y con la Viuda Negra, entre otras decenas de personajes a los que no conseguía reconocer. Lo vio ir de grupito en grupito, tomar las copas que le ofrecían los camareros que paseaban por la sala y reír, de forma cada vez más escandalosa, con lo que fuera que le contaran. También observó enfadado cómo se agarraba con femenina coquetería del brazo de un fornido Loki y daba amaneradas palmaditas en el pecho a un escuálido Jason, quien bromeó con utilizar su sierra de cartón en las tetas postizas de Cruz.

Y, de repente, como si no tuviera suficiente con el espectáculo al que estaba asistiendo, Deadshot volvió a aparecer en escena. Se acercó a su chico, le pasó el brazo por la cintura y lo llevó hasta la pista, donde lo instó a bailar. Y Cruz, sin pensarlo dos veces, se pegó a él de buena gana y meneó el trasero con más sensualidad que Marilyn Monroe cantando *I Wanna Be Loved by You*.

[9]

Lo vio todo rojo.

Y, cual toro al que le enseñaran el capote, dejó atrás la columna y atravesó la sala echando espuma (simbólicamente hablando) por la boca.

—Es hora de irse a casa —dijo furioso cuando llegó hasta ellos.

—No digas tonterías. ¡La noche aún es joven! ¡Que corra el champán! —replicó Cruz alzando la copa.

—¿No crees que ya has bebido demasiado? —Le arrancó la copa de la mano.

—¡Nunca es demasiado! —Le lanzó un beso con sus labios rojos como el

pecado y se dirigió contoneándose hacia otro camarero.

—Déjala tranquila, se lo está pasando bien sin hacer mal a nadie — intervino Deadshot al ver que Bruno seguía a Cruz.

—Está borracha y dando el espectáculo — explotó Bruno, enfrentándose a él.

—¿No crees que exageras un poco? — replicó el hombre, decidido a no permitir que le amargaran la noche a su amigo y socio.

—Tiene más pluma que una gallina clueca, siento vergüenza ajena — escupió despectivo Bruno, retando con la mirada a su oponente. Se estaba rifando una hostia y Deadshot tenía todas las jodidas papeletas para llevársela.

—Prefiero ser un maricón con mucha pluma a un cobarde que finge que le gustan las mujeres ante su familia — dijo en ese momento Cruz con voz dolida.

Bruno cerró los ojos, atravesado por el tremendo golpe, que no por ser verbal dolía menos. Se volvió despacio hacia su novio. Pero éste no estaba por la labor de callar ahora que había empezado a hablar.

—Aunque, ahora que lo pienso, si es necesario para conocer a tu familia, siempre puedo fingir, como tú, que soy un macho ibérico. — Se dirigió a la barra balanceando las coletas. También las caderas—. ¡Dame una copa con sabor a hombre! — le pidió al camarero.

Éste, que ya lo conocía de otros eventos, sonrió afable y, tras echar dos piedras de hielo, llenó un vaso con coñac, que era, según Cruz, una bebida de hombres muy machos.

—Cruz, por favor — suplicó Bruno yendo tras él.

—Déjame en paz. — Echó el brazo hacia atrás, golpeándolo sin fuerza.

Tomó la copa que acababan de servirle y se la bebió de un trago. Se atragantó por la fuerte graduación del licor y comenzó a toser a la vez que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Bruno puso los ojos en blanco y empezó a darle palmaditas en la espalda.

—Estás haciendo el ridículo, vámonos a casa — le pidió.

—¡Oh, Dios! ¡Acabo de darme cuenta de cuál es la solución al problema! Es tan sencilla... y no he sabido verla hasta ahora. Tonta, tonta, tonta... — Se dio palmaditas en la mano—. Lo único que tengo que hacer para que dejes de

avergonzarte de mí es... ¡ser una mujer! —exclamó alzando los brazos cual Gilda al quitarse los guantes—. Tal vez debería ir siempre vestida como esta noche —dijo subiéndose las tetas postizas—. No me dirás que no doy el pego —murmuró con un sensual mohín mientras jugueteaba con las coletas—. Con mis piernas depiladas, mi culo prieto y mis tetas grandes nadie pensaría que soy un tío. ¿Tal vez así dejarías de avergonzarte de mí? —añadió antes de soltar una despectiva carcajada y regresar a la pista de baile.

Y Deadshot, que se había mantenido al margen, volvió a saltar al terreno de juego. Tomó a Cruz del brazo y, al ver que se le volvían a llenar los ojos de lágrimas, y esta vez no era por el coñac, lo llevó a los reservados.

Bruno apretó los puños, tentado de partirle la cara a ese tipo, pero al final optó por abandonar la fiesta con el rabo entre las piernas, la moral por los suelos y el corazón hecho pedazos al saber que su orgullo, su cobardía y su egoísmo eran los culpables de ese desastre.



Primero fue el clic de la cerradura al girar y el chirriar de los goznes de la puerta al abrirse. Luego, el suave murmullo de dos personas hablando en voz baja para no despertar ni alertar a nadie. Al fin y al cabo, a ninguno de los dos se le escapaba que en ese portal había un hombre que había hecho del cotilleo su especialidad. Dieron la luz y subieron sigilosos la escalera, intentando evitar que el revelador cloc-cloc de unos altos tacones pudiera despertar a los vecinos. Los murmullos se convirtieron en quedos suspiros cuando alguien intentó besar a otro alguien. Después, el silencio. Un silencio húmedo, apasionado, lúbrico. De repente, una risa contenida y los pasos apresurados de alguien huyendo. Y, al llegar al rellano del primero exterior, un fuerte «Chisss» con el que el alguien que huía intentó detener, y lo consiguió, al alguien perseguidor. De nuevo, el silencio. Pero en esta ocasión no fue un silencio sensual roto por suaves gemidos, sino el silencio tenso y enojado de quien se siente apartado.

Las risas fueron desterradas y los murmullos no se repitieron. El susurro de los pasos sobre los peldaños fue el único indicativo de que seguían

subiendo la escalera. De repente se detuvieron y se oyó el ruido de alguien rebuscando en el bolso.

—No encuentro las llaves, caramba —susurró Gala, bastante achispada.

La noche había sido maravillosa. Habían charlado, bailado, paseado... De hecho, le dolían los pies de tanto bailar y la garganta de tanto reír. Calix la había llevado al Parque de Atracciones, ¡como si fuera una adolescente! Y, como tal, se había divertido. Eso sí, también había pasado más miedo que nunca. Más de una vez se había abrazado a él entre gritos, y él se había aprovechado. ¡Menudo sátiro estaba hecho!

La había invitado a cenar comida presentada como si fueran vísceras, aunque eran salchichas y carne picada; habían bebido vino como si fuera sangre y después un cóctel verde que estaba buenísimo y que se le había subido a la cabeza. Luego se habían recorrido tres de los cinco pasajes del terror del parque. Por culpa de eso, estaba casi sin voz. ¡No había gritado más alto en su vida! Tampoco nunca se había reído tanto..., a excepción de la salida al teatro a la que fue con Rodrigo.

De hecho, si lo pensaba bien, esas dos noches eran las más maravillosas de su vida. Cada una en su estilo, habían sido mágicas.

Rodrigo había sido el perfecto anfitrión, atento, cariñoso con ella y con sus hijas, ocurrente, todo un caballero. Un galán de los que ya no quedaban, elegante y con modales impecables que la había hecho sentir especial.

Y Calix había sido el perfecto acompañante. Travieso, divertido, atrevido, jovial y, en los últimos cinco minutos, cariñoso. Mucho. Un amante impetuoso que sabía lo que quería... e iba a por ello.

La había besado en el primero interior y ella le había correspondido con ganas para luego salir huyendo juguetona. Él la había atrapado en el primero exterior y había vuelto a intentar besarla. Frente a la puerta de Rodrigo. Y ella se lo había impedido. Y a él no le había sentado bien. O eso creía porque, tal y como iba maquillado, era complicado descifrar sus emociones.

Lo miró abstraída; él y Rodrigo no podían ser más distintos. Rodrigo debía de tener cuarenta y muchos, mientras que Calix dudaba que llegase a los treinta. Rodrigo era sobriedad, contención, y transmitía seguridad. Calix, en cambio, era puro fuego, pasión turbulenta y juventud indómita.

Los dos hombres, la antítesis el uno del otro, la atraían como la luz a las polillas. Y, como ellas, se sentía tentada de quemarse por disfrutar de sus caricias.

¡Seguro que era por culpa del cóctel verde! Sacudió la cabeza enfadada. Estaba demasiado achispada como para tener esos pensamientos tan serios.

—¿Quieres que te ayude a buscarlas? —dijo Calix inspirando con fuerza para deshacerse del mal genio.

La noche había sido mágica, no iba a permitir que tuviera un final mediocre sólo porque le había sentado como una patada en los huevos que ella se apartara de sus brazos al darse cuenta de que estaban frente a la puerta del Estirado.

—Si yo no soy capaz de encontrarlas en mi bolso, tú tampoco —replicó Gala.

—Tal vez las estás buscando donde no están —murmuró él, deslizando una mano por su costado.

Gala alzó la cabeza, confundida por sus palabras. El vestido no tenía bolsillos, y el chal tampoco. Por tanto, las llaves sólo podían estar en el bolso.

Calix sonrió al ver su sorpresa. Pobre Gala, tan capaz, combativa e independiente y, sin embargo, tan poco acostumbrada a las lides de la seducción.

Se inclinó sobre ella y hundió la nariz en el lugar donde cuello y hombro se unen y lo mordió con suavidad. Ella se quedó inmóvil y él aprovechó su efímera quietud para rodearle la cintura y pegarla a él, demostrándole hasta dónde alcanzaba su pasión. Veinte centímetros de puro fuego que se alzaban por ella, para complacerla y volverla loca de deseo. La besó en los labios y, mientras lo hacía, deslizó las manos por su trasero, agarrando la tela entre los puños. La arrugó, subiéndosela hasta dejar al aire la tersa piel de sus nalgas. Dibujó con el pulgar la hendidura entre éstas, disfrutando de los escalofríos que se sucedían en el cuerpo de la mujer de la que estaba encaprichado. Le agarró la rodilla y se la levantó, hasta que le rodeó las caderas con la pierna. La empujó contra la puerta y restregó lascivo su erección contra la vulva cubierta con un diminuto tanga.

Ella pegó los pechos al torso masculino y se meció, frotando sus

endurecidos pezones contra los trabajados pectorales de él. Le aferró el culo para acercarlo aún más y en ese momento se oyó un estrepito bajo ellos.

Se separaron sobresaltados. El bolso que ella había sujetado entre sus dedos hasta hacía unos segundos estaba desparramado en el suelo y las llaves brillaban entre el carmín y los clínex.

Gala se echó a reír, achispada, a la vez que se agachaba a cogerlas. Cuando se irguió, miró a su acompañante. ¿Por qué no? Era una mujer soltera e independiente, sus hijas no estaban en casa y estaba alegre, en todos los sentidos, lo cual era la excusa perfecta para dejarse llevar y echar un buen polvo.

Abrió la puerta, invitándolo a entrar con un sensual gesto.

Calix la miró de arriba abajo pensativo. Estaba tan cachondo que no tardaría en correrse si se la metía en ese momento. Algo que estaba tentado de hacer. Pero eso sería demasiado fácil. Ella había bebido más de la cuenta y estaba... animada. Y su instinto le decía, no, lo avisaba de que a esa mujer no se la conquistaba a traición. Podía seducirla, sí, pero luego, ¿qué? ¿Cuánto tardaría en arrepentirse?

Dio un paso atrás.

Gala lo miró confundida.

—No voy a entrar en tu casa, ni en ti, esta noche. Te quiero sobria y bien despierta cuando te folle por primera vez —afirmó sujetándole la barbilla para darle un beso que la dejó temblorosa—. Duerme bien, reina de las amazonas.

Ella parpadeó asombrada cuando él se dio la vuelta y enfiló escaleras abajo. ¿En serio acababa de dejarla con un calentón de narices y sin consuelo? ¡No se lo podía creer! ¡Hombres! ¡Ninguno era bueno! Invitaban a salir a las mujeres, las emborrachaban con risas y alcohol, se aprovechaban de su ebria debilidad para seducirlas y luego... luego nada. Porque en realidad, y mal que le pesara, él no se había aprovechado.

Hundió los hombros y entró en casa.

Había salido con dos hombres en menos de un mes y ninguno había intentado ir más allá de unos pocos besos.

¿Qué narices había pasado en el mundo que los hombres ya no se

comportaban como animales salvajes en celo?



Inclinó la cabeza, alertado al oír pasos en la escalera. ¿Quién podía ser? El maricón joven había entrado en el portal hacía más de tres horas, malhumorado y golpeando las puertas sin ninguna sensibilidad hacia los vecinos que estaban en casa. La puta divorciada había subido hacía más de una hora con el musculitos sin cerebro del primero, meneándose como una perra en celo mientras él, más salido que el pico de una plancha, intentaba meterle mano. Seguramente aún estarían follando. La zorra del tercero estaba en el ConSumo placer, tirándose a todos sus clientes, y el poli asqueroso había salido a buscarla hacía menos de cinco minutos; era demasiado pronto para que regresaran. ¿Quién faltaba? Se restregó el cuerpo destripado del ratón por la cara mientras pensaba. La noche anterior había descubierto que la sangre y las entrañas lo ayudaban a pensar y, para demostrar que así era, en el momento en que su lengua tocó el corazón inerte del roedor, le vino a la cabeza la respuesta al acertijo.

El maricón viejo, ése faltaba. Fue a la puerta para vigilar el rellano por la mirilla. Sí. Era él. Vestido como una furcia. Y llegaba acompañado por otro sodomita. Seguro que iban a montar una jodida orgía con la que despertarían a todos los vecinos, porque los maricones jamás respetaban a la gente decente. Pero, por una vez en su vida, no le importaba. Que hicieran todo el ruido que quisieran. Él había encontrado su paraíso privado y estaba perdido en él.

Regresó al comedor, en donde la maravillosa visión de los cuerpecitos desmembrados de media docena de ratones lo recibió. Se tumbó en el sofá, rodeado de cálidas entrañas y suaves pellejos peludos, y sonrió ebrio por la falta de sueño y el intenso aroma de la sangre, las vísceras y la carne.

Hacía dos noches, cuando había descongelado las tres docenas de ratoncitos y había empezado a destriparlos, había tenido una catarsis. Sus sentidos se habían liberado y por fin había sabido qué era lo que faltaba en su sufrida existencia: el sabor y el olor de la muerte. Sentir en las manos el peso inerte de esos tiernos animales, abrirlos en canal y sacarles las tripas mientras

imaginaba que estaban vivos había sido... embriagador.

Tan ensimismado estaba con su descubrimiento que ese día apenas había oído a sus horribles vecinos. Oh, sí, seguían siendo igual de egoístas y molestos que siempre, pero él había estado tan entretenido jugando con los seis cuerpecitos que se había quedado que apenas se había dado cuenta de que existían.

Ojalá esa sensación de aturrida confortabilidad durara eternamente, pero mucho se temía que no iba a ser así. De hecho, comenzaba a aburrirse. Los ratoncitos eran tan pequeños y se descomponían con tanta rapidez que ya no le proporcionaban el mismo placer.

Tal vez el júbilo duraría más si pudiera hacerse con unos cuerpos más grandes. Y que no hubiera que descongelar antes. Trabajar con cadáveres helados le restaba calidad a la experiencia. La hacía menos real. Por mucho que los descongelara, no tenían la palpitante calidez de la vida. Entornó los ojos pensativo. Seguro que sería mucho más agradable abrir un cuerpo vivo y sentir bajo sus dedos la calidez de la sangre manando, el tacto suave del corazón latiendo y la esponjosa untuosidad de los órganos tibios.



Martes, 1 de noviembre de 2016

Cruz abrió los ojos despacio, procurando que los paralizantes pinchazos que le taladraban la cabeza no fueran a más. Tenía la boca seca, los labios acartonados, la lengua tan rasposa como una lija y le escocían los ojos. Probó a tragar saliva, pero no había nada que tragar. Se volvió con cuidado para no despertar a Bruno y ése fue el momento elegido por su estómago para rebelarse. Se quedó muy quieto mientras esperaba que pasaran las náuseas. ¿Qué narices había ocurrido la noche anterior?

Había bebido. Demasiado, a tenor de la resaca que tenía. Pero no recordaba mucho más. Cerró los ojos intentando hacer memoria. Pablo había sido quien lo había llevado a casa. Recordaba haber bajado mareado de su

Audi A3, también que lo había acompañado hasta la puerta del piso... ¡porque no era capaz de subir solo la escalera!, rememoró abochornado. Y luego había discutido con Bruno. No. Eso había sido antes. ¿Antes de qué?

Antes de que éste se fuera, dejándolo solo en la sala de fiestas.

Sintió que el corazón se le hacía pedazos al recordar la discusión que habían tenido y las cosas horribles que le había dicho... ¡Si hasta le había reclamado que le presentase a su familia! ¡Dios santo, ¿qué había hecho?!

Se volvió hacia el lado de Bruno, con la palabra «perdóname» en los labios, y descubrió que no se encontraba allí. Y, a tenor de cómo estaba de mullida su almohada, esa noche no había dormido con él.

No era posible.

Bruno siempre dormía en su lado de la cama; por mucho que se enfadara con él, por muy tarde que llegara o por muy constipado que estuviera, jamás había dejado de dormir con él... A no ser que estuviera en Málaga visitando a su familia, o que su hermano apareciera de improviso y lo echara de su propia casa para que no lo descubriera.

Sacudió la cabeza, descartando esa vieja tontería. El movimiento hizo que el dolor se amplificara y alcanzara dimensiones imposibles de soportar que afectaron a su agitado estómago. Apretó los ojos, tratando de contener las náuseas. La cabeza le estallaba, pero más le dolía el corazón al pensar en el daño que le había hecho a Bruno.

Al final, había hecho lo que más temía: espantarlo. Alejarlo de su lado. Perder su amor.

Pero podía recuperarlo. Sólo debía conseguir que olvidara sus acusaciones y todo volvería a ser como antes.

Apartó la sábana para salir de la cama y vio que todavía llevaba el pantaloncito y la camiseta con las tetas postizas, que, por cierto, estaban chafadas. La peluca y los tacones estaban tirados en el suelo. Se levantó y el contenido de su estómago pareció subir hasta su garganta. Apenas tuvo tiempo de llegar al baño antes de vomitar hasta la primera papilla.

—Menuda borrachera te pillaste ayer —masculló Bruno, entrando al oír sus arcadas. Se agachó tras él y le puso la mano en la frente para sostenerle la cabeza mientras vomitaba.

A pesar de la vulnerable postura y lo vergonzoso de su situación, Cruz sintió un increíble alivio al saber que no se había ido, que seguía con él. Que aún no lo había perdido.

Cuando se encontró mejor, caminó inestable hasta el lavabo y se cepilló los dientes.

—¿Quieres que te ayude a ducharte? —le preguntó Bruno, mirándolo inquieto.

Cruz negó en silencio, su miedo apaciguado al ver que todavía se preocupaba por él. Esperó a que se marchara y se desnudó despacio, con la cabeza a punto de estallar. El agua caliente le calmó el dolor, y el ibuprofeno que se tomó ayudó a hacerlo soportable.

Cuando entró en la cocina era otro hombre. O, al menos, lo parecía, porque por dentro estaba hecho un flan. Había estado pensando mientras se aseaba y se había dado cuenta de que había presionado a Bruno más allá del límite, arriesgándose a perderlo por una estupidez. No necesitaba conocer a su madre ni a sus hermanos, tampoco pasar con él, o, mejor dicho, con ellos las vacaciones ni los puentes. Lo tenía a su lado la mayor parte del tiempo, bien podía soportar su ausencia sin quejarse ni llorar como una plañidera unos pocos días al año.

—Lamento lo que ocurrió ayer —musitó arrepentido—. No sentía lo que decía. Bebí demasiado y...

—No te preocupes, no me lo tomé en serio —masculló Bruno, odiándose por mentirle.

Porque sabía de sobra que Cruz sentía, y sufría, cada palabra que le había dicho, cada recriminación que le había hecho. Y él era un estúpido por no haberse dado cuenta. Un estúpido, un egoísta y un cobarde, porque, a pesar de todo, iba a fingir que lo creía cuando decía que no sentía lo que decía.

Y lo iba a hacer porque no tenía valor para enfrentarse a la necesidad de Cruz de estar presente en su familia llena de machos heterosexuales.

Aunque menos preparado estaba para perder al hombre que lo era todo para él, y eso sería lo que pasaría si no dejaba de comportarse como un egoísta y comenzaba a tener en cuenta sus sentimientos y sus deseos. A pesar de que éstos lo aterraran.

Lo malo era que llevaba toda la vida siendo un cobarde... y no sabía si alguna vez sería capaz de comportarse como un valiente.

★ ★ ★

Viernes, 4 de noviembre de 2016

—Ratones congelados —musitó Adán sorprendido—. ¿Para qué demonios quiere nadie congelar ratones?

—Para alimentar serpientes, por ejemplo —contestó un hombre calvo que estaba a su lado. Era su mejor amigo, y también uno de sus compañeros en la UIT.

Adán se echó hacia atrás en la silla, negando con la cabeza. Se había puesto en contacto con todas las tiendas de mascotas del barrio y con cientos online, había conseguido dar con varias que hubieran recibido pedidos de al menos dos docenas y media de hámsteres blancos y había exigido los listados de albaranes esgrimiendo una placa que no podía utilizar mientras estuviera de excedencia. Pero la búsqueda había sido infructuosa. Porque no eran mascotas lo que habían esparcido por los bancos, sino comida. ¡Joder!

Dio un puñetazo en la mesa que hizo saltar las cañas que había sobre ella.

—No te lo tomes tan a pecho, tienes demasiadas cosas en la cabeza como para estar en todo —comentó otro hombre, el más mayor de los tres que estaban tomando unas cervezas con él en un bar—. ¿Qué tal va tu abuela?

—Muy debilitada. La quimio está haciendo estragos en su cuerpo. Gracias a Dios que a finales de mes le dan la última sesión y ya sólo tiene que esperar a que la operen —comentó tamborileando con los dedos en la mesa—. ¿Has descubierto algo más sobre el nombre que te pasé?

—Es falso, ya te lo dije. Quien compró esos kilos de casquería no quería dejar huellas.

Y tanto que no quería dejarlas, pensó Adán frotándose la frente. Quien los hubiera comprado los había pagado con un ingreso en cuenta en efectivo que, al no llegar a los mil euros, no había tenido obligación de registrar con su

nombre. Luego había contratado la entrega en un polígono con un día fijo y en un intervalo de dos horas. Según parecía, cuando el transportista llegó, lo estaba esperando en la puerta de la nave, que, por cierto, aún no habían acabado de construir y pertenecía a la constructora. Como el paquete estaba pagado, nadie le pidió el carnet para entregárselo, sólo una firma, que era tan falsa como el nombre. Y, para frustrarlo todavía más, nadie se había fijado en el comprador, más allá de que era normal y vestía un mono azul y una gorra que le tapaba media cara.

Y eso era todo lo que sabía. Y siempre y cuando se fiara de su instinto y confiara en que ese hombre hubiera comprado la casquería para esparcirla por el portal, porque bien podía ser un inocente devorador de entresijos, gallinejas e hígados que había comprado veinte kilos para darse un festín con los amigos.

No tenía ninguna pista desde la que empezar a buscar, mucho menos pruebas. Sólo su maldita intuición, que lo estaba volviendo loco.

—Deberías olvidarte del tema —insistió el más joven de los tres, también compañero en la UIT—. Seguramente será algún adolescente cabrón con ganas de hacer travesuras.

—Podría ser..., pero lo que me mosquea es que haya cambiado su *modus operandi* después de la segunda reunión.

—Habéis cambiado la cerradura del portal, tal vez ya no pueda entrar con tanta facilidad.

—O tal vez se lo haya pensado dos veces ante la amenaza de poner cámaras de seguridad y por eso ha cambiado de escenario —apuntó Adán, incapaz de quitarse de la cabeza el presentimiento de que era un vecino.

—Y, aunque así fuera, ¿qué más da? Las putadas mejor fuera que dentro —señaló el mayor de todos—. Sólo hay una cosa clara, y es que no tienes nada. Así que déjalo correr.

La furiosa mirada que le dedicó Adán lo informó con precisión de dónde podía meterse ese estúpido consejo no solicitado.

—Estás obsesionado, amigo —intervino el calvo—. Y no es que me extrañe, te pasas todo el santo día metido en casa con tu abuela.

—Eso no es cierto —replicó Adán al punto.

—¿Ah, no? Pues llevamos sin verte el pelo desde primeros de octubre —

señaló el mayor.

—Tal vez no lo vemos por otros motivos —dijo perspicaz el joven—. ¿No lo notáis distinto? Menos dejado. Más arreglado. Y te has dejado barba.

—No me apetecía afeitarme —repuso Adán, encogiéndose de hombros.

—Pues esa barbita estilo Jack Sparrow que llevas no es lo más adecuado para no afeitarse —señaló sagaz el calvo.

Y razón no le faltaba, porque mantener esa barba con todos los pelos en su sitio le llevaba sus buenos diez minutos frente al espejo cada mañana.

—No digas tonterías —protestó Adán incómodo.

—Sí, algo te pasa —coincidió el mayor, estrechando los ojos—. Los zapatos te brillan y te has cortado el pelo.

—No pretenderás que me lo deje largo como si fuera un cantante de heavy metal —replicó él con un bufido.

—Claro que no, pero debes entender que no estamos acostumbrados a verte peinado —se burló el más joven sin faltar a la verdad—. ¡Si incluso parece que te has pasado el peine!

—Vamos, no seas tímido, cuéntanoslo. ¿Te has echado algún rollito?

Adán esbozó una misteriosa y pícara sonrisa.

—¡Lo sabía! —aulló el calvo—. ¿Quién es?

Él se encogió ligeramente de hombros a la vez que negaba con la cabeza.

—Ah, no. No nos puedes dejar así. Cuéntanos algo de ella. ¿Tal vez es una amiga de tu abuela? —lo picó el calvo.

—Si tú supieras... —masculló Adán—. Es una vecina —confesó, pues sabía de sobra que no lo dejarían tranquilo hasta que confesara.

—¿Es guapa?

—¿Y ardiente?

Adán asintió con un gesto, confirmando ambas preguntas.

—Qué suerte tienes, cabrón —comentó divertido el más mayor—. Ya me gustaría a mí tener un *affaire* con una vecinita cachonda. Fóllatela con ganas, capullo, y deja el pabellón bien alto —exclamó alzando la jarra en un brindis.

Adán lo miró ofendido y enfadado a partes iguales.

—¿No vas a contarnos nada más de tu rollito? —indagó el calvo.

Él negó con la cabeza, molesto por que se refirieran así a Eva. Ella no era

un rollito. No era que tuviera muy claro qué era, pero un rollito no, eso seguro.

—Debe de tenerte muy entretenido y saciado —comentó alzando las cejas el más mayor—, porque llevas más de un mes sin mandarnos ningún enlace ni alerta para que investiguemos.

Adán se mantuvo en silencio, cada vez más fastidiado por los comentarios de sus compañeros. ¿Por qué demonios había tenido que abrir la boca y decirles nada?

—Pobrecillo, tan ocupado lo tiene y tanto le está chupando... las fuerzas que ya no tiene tiempo ni ganas de buscar a los malos —se burló el más joven.

—¿Cómo va a tenerlas? Ya sabemos el trabajo que dan las chicas, más si estamos empezando con ellas —explicó con sorna el calvo—. Hay que revisarlas bien, por arriba, por abajo, por delante, por detrás, inspeccionar todos sus agujeros, ver si encajamos bien en ellos y, por supuesto, tomar medidas —afirmó curvando las manos como si sujetara dos pelotas.

Adán, enfadado, se estiró sobre la mesa de improviso, bajándole las manos, las cuales chocaron sobre la pulida superficie haciendo saltar los vasos.

—No te recrees tanto, Gómez, o pensaré que estás más salido que el pico de una plancha —le dijo con un gruñido que no tenía nada de divertido.

—¡Esto sí que es bueno! ¡Si se ha enfadado...! —exclamó guasón el más joven—. No seas carca, joder, sólo estamos de broma —dijo palmeándole la espalda.

Adán lo acribilló con la mirada y el muchacho apartó la mano despacio, temeroso de que se la arrancara de un mordisco.

—Ya veis la gracia que me hacen vuestras estúpidas bromas —masculló con gesto huraño—. Se me hace tarde, tengo que irme. —Se levantó, dejando un billete en la mesa.

—Pero ¿qué mosca te ha picado? —lo increpó el calvo, siguiéndolo—. Los chicos y yo sólo nos estamos divirtiendo un poco, no te lo tomes tan a pecho, hombre. ¿No será que la chica te hace más tilín del que te gustaría? —susurró echándole el brazo al hombro. Era su más antiguo amigo, también quien más lo conocía—. No te vayas enfadado, menos aún por culpa de una mujer. Ninguna merece la pena. —Alzó la jarra en un brindis—. ¡Por los

hombres libres!

«Pero Eva sí merece la pena», pensó Adán, brindando sin ganas. Luego, usando a su abuela de excusa, se marchó. La reunión con sus amigos, con quienes tan buenos ratos había pasado antaño hablando de mujeres y proezas sexuales, no le había dejado buen sabor de boca. De hecho, le había disgustado, y mucho, lo que parecían pensar de Eva.

Porque ella no era una vecinita cachonda. Tampoco un rollito. Ella era... alguien importante para él. Mucho.

Sacudió la cabeza turbado por esa revelación y montó en el coche.

Eva no era su novia ni lo sería nunca; eso lo tenía claro. Odiaba las relaciones. Y, aunque los dos meses que llevaban follando se podían considerar como tal, no era así. Ninguno de los dos se había comprometido ni había expuesto sus sentimientos ni ninguna estupidez por el estilo. Sólo salían juntos de vez en cuando. Y follaban. Mucho. Casi tanto como hablaban y reían.

Era cómodo estar con ella. Podían salir, charlar, reír y follar sin que los sentimientos se metieran entre ellos, jodiéndolo todo.

Estaba a gusto con ella, y ella también estaba a gusto con él, o eso le parecía. Y lo mejor de todo era que ella no daba la impresión de tener ningún interés en darle nombre a lo que fuera que hubiera entre ellos; menos aún en exigirle algún tipo de compromiso o vínculo. Tanto era así, que ni siquiera habían intercambiado los teléfonos. Cuando él quería algo, sexo, risas, charla, cualquier cosa, bajaba a su casa. Algo que sucedía casi todos los días, por no decir todos. Y cuando era ella quien quería algo de él, entonces...

Entornó los ojos al darse cuenta de que Eva jamás lo había buscado ni subido a su casa, excepto para ayudarlo cuando estuvo enferma su abuela.

Estuvo a punto de saltarse un semáforo en rojo por lo sorprendido que lo dejó ese descubrimiento.

Eva no lo necesitaba para nada, ni siquiera lo buscaba. Era aún más independiente y autosuficiente que él en lo que concernía a las relaciones.

Y lo peor de todo era que eso, en lugar de entusiasmarlo, lo disgustó. Mucho.

13

Qué extraño es el amor. Cuando lo buscas, te esquiva, y cuando ya no lo quieres, te ataca con fuerza, debilitándote como si fuera una puñetera gripe de la que no te puedes librar.

Y mi gripe es Adán.

Creo que lo quiero.

De hecho, estoy casi segura. Los síntomas son claros: me estremezco cuando me mira con esos ojos que me dicen silentes cuánto me desea. Tiemblo de placer cuando me susurra al oído, y no necesariamente cuando me dice obscenidades, sino también cuando me comenta algo con ese tono mordaz y afilado que me hace sonreír. Siento mariposas en el estómago al verlo doblar la esquina cuando viene a buscarme al ConSumo Placer. Me quedo embelesada con sus manos cuando lo veo trabajar en mi ordenador y me derrito con sus labios cada vez que me besa, hasta el punto de que se me licua el cerebro y soy incapaz de pensar.

Así que, una de dos: o he cogido una enfermedad exótica y estoy al borde de la muerte, o me he enamorado hasta las trancas de un hombre que, mucho me temo, no me corresponde. Y, además, en el peor momento posible: ahora que tengo mi futuro decidido y es cuando menos necesito esa complicación.

Desde luego que no he podido ser más inoportuna.

Tengo mi vida planeada al milímetro y todo preparado para cumplir mi sueño de ser madre. Y justo ahora que ya creía olvidado mi sueño infantil de casarme con un hombre especial (un maestro, un domador, un cantante de rock), aparece Adán.

Y lo vuelve todo patas arriba.

¡No sé si cortarme las venas o dejármelas largas!



Domingo, 6 de noviembre 2016

—Mi vida se está yendo a la mierda —comentó Cruz, removiendo sin ganas el plato de callos madrileños que aún no había probado.

—No digas esa palabra cuando estamos comiendo, es un asco —lo regañó Jimena alzando su naricilla respingona.

Él la miró furioso. ¡Maldita mocosa incapaz de apiadarse de su desgracia!

—Mi vida se está yendo por el excusado —se corrigió.

Luego soltó un sentido suspiro al ver que ni Gala ni Eva ni Vicenta le prestaban la más mínima atención, aunque, claro, después de toda la semana escuchando lo mismo, tal vez se habían cansado de oírlo.

—¿Qué es el excusado, mamá? —preguntó Gadea aburrida. Cruz estaba muy quejica últimamente.

—El retrete, cariño —contestó Vicenta.

—¡Por favor, que estamos comiendo! —estalló Jimena, cuyos oídos eran muy delicados.

—¡Mi vida se acaba y estoy rodeada de niñas que, en lugar de compadecerme, me regañan mientras mis amigas me ignoran! —se lamentó Cruz con voz lastimera.

—Jimena, a comer y a callar. —Gala reprendió a su hija y luego se volvió hacia su amigo—. Y tú, Cruz, no seas tan melindres. Entiendo que lo estás pasando mal, pero no hace falta que dramatices tanto. ¡Esto no es el teatro y tú no eres Shakespeare!

—¿Que no dramatice? Pero ¡¿habéis oído lo que me ha dicho? ¡Mi vida amorosa está en la cuerda floja y ella me dice que no dramatice! —exclamó Cruz, dramatizando—. Mujer cruel..., me esperaba más de ti, eras mi amiga, mi confidente, mi pilar, mi...

Se interrumpió cuando Eva arañó con el cuchillo el plato, creando un chirrido insoportable.

—¡Dios, no hagas eso! —chilló Cruz, tapándose los oídos.

No fue el único. Las niñas, Gala y Vicenta también se apresuraron a taparse las orejas ante el horrible sonido, que aún continuó unos segundos más.

—Perdón, se me ha ido el cuchillo sin querer —mintió Eva, esbozando una sonrisa—. Por cierto, Vicenta, los callos están deliciosos.

—Gracias, querida —replicó la anciana de pelo azul con toda tranquilidad, como si un instante antes Eva no les hubiera hecho rechinar los dientes para cortar la escenita de Cruz—. Les he añadido una pizca de cayena.

—Pues ha sido un acierto, les ha dado un puntito picante de lo más sabroso —afirmó Gala, pringando pan en la salsa mientras las niñas la miraban atónitas. No entendían por qué su madre no regañaba a Eva por hacer ese ruido espantoso.

—Y tanto que sí —coincidió Eva, echándose un poco más de vino en la copa.

—Está bien —masculló Cruz enfurruñado—. Estaba dramatizando, lo reconozco. Pero si una no puede regodearse en la autocompasión cuando está con sus amigas, ¿cuándo va a hacerlo? —resopló antes de probar los callos—. Están deliciosos, Vicenta.

—Así me gusta, cariño. Deja las penas a un lado y disfruta de la comida, los callos fríos son incomibles.

Cruz suspiró con sonoridad y, sin perder más tiempo, comenzó a comer. Porque la verdad es que era un sacrilegio dejar que esos callos se estropearan.

—No debería haberme sincerado con él —musitó un rato después, con la mesa recogida y el café servido—. Ahora Bruno está más distante que nunca, y siempre serio, no hay modo de que esboce ni siquiera una pequeña sonrisita. Estoy segura de que está planteándose muy seriamente nuestra relación —comentó lloroso.

—Seguro que no, Cruz. —Vicenta, que estaba sentada frente a él, tomó sus manos.

—Seguro que sí —replicó él—. Ayer volví a sacar lo que pasó en

Halloween. Le repetí que lamentaba mucho lo que le había dicho, que no lo sentía de verdad, que eran sólo palabras de borracho, y él me dijo que lo sabía y que no me preocupara. Pero me preocupó, porque sé que él sabe que estoy fingiendo y que es mentira que no sentía lo que le dije.

Jimena y Gadea, que intentaban enterarse de lo que había pasado mientras simulaban jugar al Monopoly, lo miraron incapaces de entender el trabalenguas que acababa de soltar.

—Hiciste lo que tenías que hacer —afirmó Eva abrazando a su amigo.

Gala, sentada al otro lado, apretó los labios furiosa. ¡Malditos hombres y sus estúpidos rituales de comportamiento social! Por culpa de las apariencias, su amigo estaba sufriendo.

—¿Lo que tenía que hacer para qué? ¿Para espantarlo? ¿Para alejarlo de mí? ¿Para darle la excusa perfecta para dejarme? —sollozó Cruz, sumergiéndose en la tragedia de nuevo.

—Lo que no puedes hacer es seguir ocultándole cómo te sientes —lo increpó Gala enfadada—. ¡Las mentiras asesinan las relaciones!

—¡Y las verdades las rompen en pedazos! —gritó él—. ¡Tú deberías saberlo mejor que nadie: ojos que no ven, cuernos que no se descubren y corazón que no siente!

—¡Cruz! —Eva lo miró asombrada—. ¡¿Cómo puedes decir eso?!

—¡Lo siento! ¡Ya no sé ni lo que digo! —Abrazó arrepentido a Gala, quien había palidecido al oírlo—. No sé lo que me pasa. Estoy desquiciada desde el lunes —gimió.

—No te preocupes, ya no me afecta —musitó ella, devolviéndole el abrazo.

—¡¿Cómo no me voy a preocupar?! Me estoy volviendo tan insensible como un hombre —clamó Cruz—. ¡Oh, Dios mío! ¿Y si por el disgusto se me dispara la testosterona y acabo convertida en uno de esos especímenes masculinos que tanto daño nos hacen?

—Y también que tanto nos hacen disfrutar, porque no debes olvidar que a más testosterona, más potencia, más duración y más gustirrinín —apuntó Vicenta.

Todas, incluidas las niñas, aunque éstas por otros motivos distintos de los

de Gala y Eva, la miraron atónitas.

—¿Qué queréis que os diga? Lo cortés no quita lo valiente. —Se encogió de hombros.

Se miraron unas a otras y estallaron en carcajadas, para mayor asombro de Jimena y Gadea, que comenzaban a pensar que los adultos estaban como cabras.

—Bruno se siente atrapado y presionado, y me va a dejar —dijo Cruz circunspecto tras recuperar la seriedad.

—Claro que no —trató de animarlo Eva—. Sois una pareja maravillosa.

—Éramos. Ahora damos pena —replicó él sin un asomo de melodrama en la voz—. Él jamás hará nada que disguste a su madre. La adora. Se quedó viuda muy joven, con cinco hijos pequeños. Bruno tenía seis años, y su madre ha sido y es su heroína. Jamás hará nada que la aflija, y yo le he exigido que le diga que es gay y que está liado con un viejo maricón. Estábamos abocados al desastre desde el principio. Él necesita fingir que es lo que no es, y yo no puedo soportar que me oculten en el armario del que hace años salí. Nuestros días están contados —sentenció, aceptando lo evidente.

—Pues si es tan tonto de dejarte, te buscas otro —afirmó Gala con fiereza—. Hay millones de hombres en el mundo.

—Sinceramente, querida, los maricones viejunos y patéticos como yo preferimos un Bruno en mano que ciento volando —replicó Cruz.

—O un chico guapo, joven, rubio y con musculitos que un viejo estirado —apuntó Jimena, uniéndose a la conversación.

—Rodrigo ni es viejo ni es estirado —replicó Gadea enfadada—. ¡Y, además, nos llevó al teatro y lo pasamos genial! Cosa que Calix no ha hecho —chinchó a su hermana ante la estupefacción de Eva, Vicenta y Cruz.

—¡No lo ha hecho porque Rodrigo besó a mamá y Calix lo vio y se enfadó! —chilló Jimena, decidida a defender a su candidato a pretendiente.

—¿Rodrigo te besó?! —Cruz se volvió hacia Gala mientras Eva y Vicenta la miraban pasmadas.

—Pues sí —confesó ésta, alzando la barbilla con orgullo.

—¿Cómo has podido besar a ese estirado?! —aulló ofendida Vicenta.

—¡Eso digo yo! —exclamó Jimena, tan ofendida como la anciana.

—¡Rodrigo es perfecto para mamá! —gritó Gadea enfadada.

—¿Por qué no nos lo habías dicho?! —la increpó Eva indignada.

—¡Porque sabía cómo os ibais a poner! —estalló Gala en el mismo tono —. Sólo fue un beso sin importancia, pero como me lo dio Rodrigo y el pobre tiene la desgracia de pertenecer al bando de los Vega-Sombría, enseguida lo tomáis como algo personal.

—¡No fue un beso sin importancia! Por su culpa, Calix ha estado dos semanas sin acercarse a mamá —protestó Jimena.

—Así que por eso ha estado tan enfurruñado estos días —dijo Cruz, atando cabos.

—Pero ya no. Desde que soy su amiga no está enfadado con mamá —se enorgulleció Jimena.

—Tú no eres su amiga, lo que pasa es que le das la plasta para fardar delante de tus amigas y él te aguanta por no hacerte quedar mal—señaló Gadea —. Pero Rodrigo sí que es mi amigo, y es muy majito.

—¡Es un viejo! —gritó Jimena—. Me niego a que sea el novio de mamá.

—Y yo me niego a que lo sea Calix, que es un chulo. Siempre está presumiendo de sus musculitos. —Gadea se puso en pie e imitó la voz del segoviano—: Miradme, soy muy guapo. Tengo musculitos —dijo sacando bíceps— y el pelo rubio y largo y me lo lavo con Pantene. —Sacudió la melena.

—Y yo soy un viejo estirado que se tiñe el pelo para parecer más joven —dijo Jimena andando tiesa como un robot.

—¿Rodrigo se tiñe el pelo? —susurró Cruz pasmado.

—Sí —señaló Vicenta—, pero no porque tenga canas, sino porque es albino.

—No tenía ni idea —comentó Eva al tiempo que las niñas subían el tono de sus voces mientras discutían.

—Sus padres comenzaron a teñírsele de niño, cuando tú tenías tres o cuatro años, para que no se le notara tanto el albinismo. Y la verdad es que lo ha disimulado muy bien.

—¿Por qué no nos lo habías contado? —inquirió Gala intrigada.

—Porque no me pareció importante. Cada cual es como es, y si Rodrigo es

un estirado insoportable, no tiene nada que ver con ser albino —replicó Vicenta, quien odiaba que los idiotas utilizaran las supuestas diferencias de los demás para hacerles daño. Podías enfrentarte con alguien por ser un gilipollas, pero no atacarlo por ser diferente.

—¡Te odio! —gritó de repente Gadea, agarrando del pelo a su hermana. Por lo visto, la pelea se les había ido de las manos.

Los adultos se apresuraron a separarlas y a tranquilizarlas. Les hicieron pedirse perdón y las obligaron a prometer que se comportarían como personas y no como lobas rabiosas. Y, cuando la calma pareció regresar a la casa de Vicenta, alguien llamó al timbre.

Resultó ser Anuja, la mayor de los niños hindús y también la mejor amiga de Jimena. Acudía a buscar a ésta y a Gadea para bajar a la plaza con ellas, sus hermanas y los trillizos. También iba a avisar a los chinitos.

—¿Podemos, mamá?

Gala las miró pensativa un instante. No eran ni las cuatro de la tarde, demasiado pronto para salir a correr, gritar y jugar en fin de semana. Pero, por otro lado, con el maldito cambio de hora, cada vez anocheceía antes y a las seis y media ya era noche cerrada.

—Está bien, podéis bajar. Pero tenéis que prometerme que no discutiréis y que obedeceréis todo lo que os diga el padre de Anuja —exigió. El papá hindú era el dueño del colmado del barrio y, cuando estaban solas en la plaza, se ocupaba de echarles un ojo.

—¡Prometido! —exclamaron las niñas saliendo de la casa.

Durante unos minutos se oyeron sus carreras, chillidos y risas por la escalera.

—No quiero ni pensar lo mal que les va a sentar a los de los pisos exteriores que les fastidien la siesta —dijo Eva con una sonrisa en los labios que evidenciaba que sí lo estaba pensando y que también lo estaba disfrutando.

—Pobrecitos... —murmuró Vicenta con una sonrisa aún más perversa que la suya.

—Desde luego, no sabéis qué hacer para fastidiarlos —masculló Cruz—. Y hablando de fastidiar... —Se volvió hacia Eva—. Te estás ablandando,

reina, hace más de un mes que no le pones nada en el buzón a la Viuda Sombría.

—Desde que está enchochada con el heredero pródigo —apuntó Vicenta—. ¿O debería decir *enamorada* en vez de *enchochada*?... —preguntó artera.

—La verdad es que se os ve muy acaramelados. —Cruz miró a Eva con picardía.

—¿Es amor ese tufo que corrompe el aire en tu casa? —dijo maliciosa Gala.

Eva intentó salirse por la tangente y retomar el tema de Gala y Rodrigo, pero ésta no se lo permitió y atacó a conciencia, acorralándola, hasta que acabó confesando.

Sí, Adán le gustaba mucho.

Sí, tal vez se estaba enamorando de él. Pero sólo un poco.

Sí, puede que en algunas ocasiones sintiera que él era el hombre de su vida.

—¿El hombre de tu vida? ¡Vaya! —murmuró Cruz, pasmado por lo que estaba oyendo. ¿Quién era esa mujer y dónde estaba su amiga?

—Es una putada —masculló Eva, frunciendo el ceño.

—Y tanto que sí. El amor es un asco —aseveró Gala.

—Tú calla, mala pécora —protestó Cruz—. El amor es ¡maravilloso! Y Adán, pese a ser un Vega-Sombría, parece buen tipo.

—¡No lo parece, lo es! —afirmó Eva con ferocidad, sorprendiéndolos de nuevo—. Pero llega en el peor momento posible —suspiró.

—¿Por qué? —susurró Vicenta.

—Porque sé perfectamente qué es lo que quiero en mi vida, y dudo que coincida con lo que quiere él —replicó ella.

—Un hijo —murmuró Cruz.

Eva asintió con la cabeza. Y todos se quedaron en silencio.

—En enero cumpliré treinta y siete, y contando con que el proceso vaya bien y no me cueste mucho quedarme embarazada, quizá pueda tener a mi bebé con treinta y nueve. Si quiero tener más de un hijo, no me puedo despistar —dijo con semblante serio—. Hace tres años decidí cómo quería que fuera mi futuro y desde entonces estoy luchando por hacerlo realidad. Y por fin

dispongo del dinero ahorrado y la clínica elegida. Sólo me falta obtener un trabajo serio y aburrido, y lo voy a conseguir cuando apruebe la oposición. Es lo que más deseo en el mundo, no puedo dejarlo de lado por una relación que tal vez no llegue a ninguna parte.

Todos se quedaron en silencio al comprender el dilema de Eva.

—Y ¿Adán qué opina? —preguntó Vicenta.

—No opina —replicó Eva, bajando la mirada.

—¿No tiene una opinión? —exclamó Cruz pasmado—. No me lo puedo creer. Está saliendo contigo, lo normal sería que tuviera una opinión.

—En realidad, no estamos saliendo, sólo nos vemos de vez en cuando para follar.

—Y para charlar, y para reiros. De hecho, pasáis más tiempo hablando que follando, y eso es algo que hay que tener en cuenta, porque folláis mucho y muy a menudo —comentó Vicenta, hablando claro.

—¿Él sabe que quieres ser madre? —preguntó Gala, poniendo el dedo en la llaga.

—Nunca ha salido el tema.

—¿Os pasáis el día juntos y nunca se te ha ocurrido sacar el tema? —masculló su amiga—. No te tenía por una cobarde.

—No es cobardía, sino prudencia —la defendió Cruz—. A veces es mejor callar y conservar a tu amor un poco más que hablar y perderlo —dijo, pensando en su propio caso.

—La mentira lleva siempre al desastre —afirmó Gala con rotundidad—, y ocultar la verdad es una forma de mentir.

—No puedes cimentar una relación en arenas movedizas —afirmó Vicenta, coincidiendo con la morena—. Si quieres a Adán, tienes que confiar en él y decirle cuál es tu sueño. Tal vez lo comparta, o tal vez se asuste, o tal vez te pida más tiempo, pero al menos sabrás a qué atenerte.

—Tampoco es que haya mucha prisa por soltar la bomba —protestó Cruz—. ¡Ni que fueras a ir a la clínica a por soldaditos mañana mismo!

—La verdad es que no —dijo Eva, cogiendo la excusa al vuelo—. Los exámenes son dentro de tres semanas, y si los apruebo...

—¡Los aprobarás! —rugieron sus tres amigos a la vez.

Eva sonrió al oír su apoyo incondicional.

—Si apruebo, lo sabré antes de Navidad. Con un poco de suerte, antes de un año tendré un soso trabajo fijo con un sueldo moderado y un horario decente. Y tal vez para el año que viene, por estas fechas, esté yendo a la clínica a comprar los soldaditos. Puede que incluso ya esté embarazada —dijo ilusionada.

—Entonces tienes tiempo de sobra para esperar un poco más —apuntó Cruz.

—Díselo ya, Eva, tal vez te sorprenda —rebató Vicenta.

Había conocido bien al padre y a los abuelos de Adán y sabía lo importante que eran los niños para ellos, a pesar de haber sido bendecidos sólo con un hijo cada matrimonio. Si el joven Vega-Sombría había salido a ellos, no le daría miedo ser padre. Y si quería a Eva, en fin... Uno más uno a veces sumaban tres...

—Quién sabe, tal vez si eres sincera consigas los soldaditos gratis y en directo, en vez de pagando y en una clínica —la ánimo Gala, poniéndose de parte de la anciana de pelo azul.

—Ya veremos —masculló Eva—. ¡Basta, dejemos el tema! —exclamó al ver que sus amigas parecían decididas a seguir argumentando—. Además, hay algo que todavía no nos has dicho, Galita... ¿Qué tal besa Rodrigo?

Gala se hizo de rogar, pero al final acabó confesando que le había resultado muy dulce y excitante. Que, no sabía por qué, desde que habían salido, saltaban chispas entre ellos.

—Y por eso Gadea está tan feliz y Jimena tan enfadada —señaló Eva, soltando una carcajada al imaginar a su arisca amiga liada con el Estirado. Menuda pareja peligrosa iban a ser—. Aunque, a tenor de la pelea de antes, Jimena sigue intentando juntarte con Calix.

—Pobre Jimena, no sabe que Calix ya tuvo su oportunidad y fue un fiasco —se burló Cruz.

—Bueno, en realidad no es exactamente así —musitó dudosa Gala.

Se hizo un sorprendido silencio en el salón.

—¿Qué es lo que no es así? —la instó a continuar Eva.

—Tal vez Calix no sea un fiasco —murmuró misteriosa Gala.

—Pero dijiste que... —repuso sorprendido Cruz.

—Sé lo que te dije —lo interrumpió Gala—. Pero Calix vino a casa en Halloween y me propuso salir a cenar.

—No nos habías dicho nada —la increpó Cruz.

—No estabais para contároslo. Y, cuando os vi al día siguiente, tú estabas hecha polvo por lo que te había pasado con Bruno y no me pareció oportuno hablaros de mi noche con Calix...

—¿Tu noche con Calix? —musitó Eva pasmada—. Creí que no lo soportabas.

—Y yo, pero le di una segunda oportunidad y... —Se calló, mirándolos enigmática.

—¿Y qué?! —estallaron Eva, Vicenta y Cruz a la vez.

—Besa de maravilla, y es muy vital. Y divertido. Y sabe cómo hacer tilín a una mujer.

—A ver, Gala, cuéntanoslo todo. ¡Ya! —exigió Eva, dando voz a los pensamientos de Cruz y Vicenta.

★ ★ ★

Domingo, 13 de noviembre de 2016

Acarició despacio la vieja pistola de chispa de su bisabuelo, una exclusiva Santa Bárbara de nogal de empuñadura cuadrillada con pomo metálico y guarniciones niqueladas. Hacía años que no la sacaba de la vitrina en la que la tenía expuesta, pero esa tarde había sentido la necesidad de oler el centenario aroma de la pólvora impregnado en ella. Combinaba a la perfección con el de los canarios destripados que tenía esparcidos por todo el comedor.

Debería haber diseminado los pajaritos por los bancos de la plaza, pero no le gustaba repetirse, y esa travesura era demasiado similar a la de los ratones como para satisfacerlo. Además, quería experimentar con otro tipo de sufrimiento.

Se acercó a la ventana y descorrió un poco la cortina. Alzó la mano con la que sujetaba la antigua pistola y siguió con ésta a los niños que alborotaban en la plaza junto al árbol que había frente al portal. ¿Acaso no se daban cuenta sus padres de que esas horas no eran decentes para dejarlos salir a la calle? Había vecinos, como él mismo, que trabajaban muy duro y necesitaban aprovechar al máximo su descanso dominical.

¡Por supuesto que lo sabían! Pero les daba igual. Ellos lo que querían era quitarse de encima a los puñeteros mocosos y dormir tranquilos; al fin y al cabo, todos los malditos críos vivían en los pisos interiores, y éstos estaban tan aislados que no les llegaban los ruidos, por lo que sólo molestaban a las buenas gentes de los exteriores.

Cerró un ojo y apuntó a la cabeza de la hija pequeña de la zorra divorciada. Era tan mala madre que, en vez de no trabajar para cuidar a sus hijas, se las dejaba a la Borrego, que aún era más puta que ella. Una furcia asquerosa que se abría de piernas con cualquiera. Con cualquiera menos con él, claro.

Siguió el recorrido de la niña por la plaza. Pobrecilla, criada por putas y maricones, le haría un favor si se la cargaba. Acarició el gatillo, tentado de apretarlo. Y en ese momento oyó el agónico piar de un canario. Giró sobre sus talones, observando intrigado al pajarillo que acababa de abrir en canal. Aún estaba vivo, a pesar de tener las tripas fuera del cuerpo. ¡Qué fuerza y qué valor para un animalito tan pequeño e insignificante! Caminó hasta la mesa, soltó la pistola y lo tomó en la palma de la mano. Posó con cuidado la yema del índice sobre el corazón y cerró los ojos, deleitándose en el lento palpitar hasta que éste cesó. Luego lo besó, manchándose los labios de sangre. Se los lamió y volvió la atención a la arcaica pistola.

No.

Por muy tentado que se sintiera de utilizarla con los malditos niños que le fastidiaban la siesta cada sábado y cada domingo, quería utilizar la querida y vetusta arma, orgullo de su familia, en un castigo que mereciera la pena de verdad. Uno que fuera digno de los mismos fuegos del infierno y de la ira de los arcángeles.

Aún no sabía exactamente cuál sería, pero estaba seguro de que le sería

revelado en su justo momento, por lo que, hasta que le fuera manifestado, seguiría impartiendo pequeñas dosis de justicia a esos pequeñuelos salvajes y maleducados.

Sería interesante verlos sufrir con lo que se le había ocurrido. Seguro que dejarían de gritar durante unos cuantos días. No tendrían ánimos, ni lenguas, para hacerlo.



Miércoles, 16 de noviembre de 2016

—No me lo puedo creer, ¿qué clase de desalmado haría esto? —exclamó indignado el Mudo.

—Por desgracia, es algo más común de lo que pueda creer —comentó uno de los policías que se habían personado en la plaza.

—No quiero ni pensar lo que habría ocurrido si se lo hubiera comido un niño en lugar de un perro —señaló preocupado el Ogro—. Estamos llegando a un punto tal que la plaza se está convirtiendo en un lugar peligroso para los críos. Tienen que hacer algo —exigió.

—Así es, no podemos permitir que esto vuelva a ocurrir —apuntó el Mudo, siguiendo la idea de su vecino—. Le exijo que ponga remedio a esta situación.

—Hacemos lo que podemos, pero...

Eva se alejó del corrillo al ver que Adán terminaba de hablar con los agentes de la policía científica. Se los había llevado aparte en el mismo momento en que habían acabado de recoger las pruebas. El resto de los vecinos habían hecho ademán de unirse a ellos, pero la mirada que Adán les había dirigido lo había impedido, por lo que se habían dedicado a rodear a los agentes de la municipal y pedirles explicaciones.

—¿Te han dicho algo? —murmuró Eva, llegando hasta él.

—Nada que no supiera —masculló enfadado—. Poco puede hacerse. Han recogido muestras y van a intentar encontrar huellas, pero, incluso si las

encuentran, no servirá de nada si quien lo ha hecho no tiene antecedentes.

—Y dudas que los tenga.

Adán asintió mientras observaba la plaza. Había pocos niños y muchos adultos. Y todos querían enterarse y opinar sobre lo que había pasado. Algunas madres, como Gala, habían tenido el sentido común de llevarse a sus hijos a casa, pero otras, como la Morosa, habían preferido ordenar a los críos que no tocaran nada y quedarse para obtener información. O, lo que era lo mismo, cotillear. Alrededor de uno de los policías municipales se reunía un nutrido grupo de vecinos, entre los que destacaban por sus aspavientos y su alto tono de voz el Ogro, el Mudo, el Inspector y la Morosa. Adán no pudo evitar sonreír desdeñoso. No cabía duda de que estaban en su elemento quejándose y exigiendo soluciones que nadie podía darles. No muy lejos de ellos, Calix y Rodrigo caminaban con la mirada puesta en el suelo, buscando bombones rellenos de alfileres, igual que hacían los policías que registraban la plaza y el jardín del Príncipe de Anglona. Algunos habían encendido linternas para ver mejor en la penumbra del final de la tarde.

Adán entornó los ojos y miró el reloj. Eran más de las seis. Volvió a clavar la vista en el grupito que estaba con el agente de policía.

—¿Qué hace Juan aquí todavía? —Señaló al Mudo—. ¿No debería estar en la charcutería?

—Pues sí, pero dice que, como presidente de la comunidad, es quien debe hacerse cargo del asunto. Ya sabes cómo le gusta ser protagonista.

Adán asintió, tomando nota mental de que Juan estaba allí a pesar de que debería estar trabajando.

—¿De verdad crees que esto ha sido obra de un desalmado que odia a los perros? —Oyó la voz furiosa de Rodrigo junto a él—. Yo creo que está relacionado con todos los ataques que hemos tenido en estos meses.

Adán se volvió para mirar al albino, quien se había acercado a ellos sigiloso como una serpiente. A pocos metros estaba Calix, apoyado en una farola, lejos de él, pero lo suficientemente cerca como para oír lo que dijeran.

Esos dos hombres habían sido los primeros en reaccionar cuando el pobre animal que se había comido el bombón había empezado a echar sangre por la boca. Eva le había contado que, como si de un equipo se tratara, Rodrigo y

Calix habían reunido a los niños alejándolos del animal herido, para luego llamar a la policía y a un veterinario, lo que había salvado la vida a la pobre mascota.

Y así se los había encontrado él al bajar la escalera de la capilla. El criminal, si es que era el mismo que en los anteriores incidentes, había vuelto a cambiar su *modus operandi*, pues por primera vez atacaba por la tarde.

—No sé qué pensar —contestó, reacio a compartir sus pensamientos.

—Lo normal es usar carne con alfileres para atacar a los perros, no bombones con llamativos envoltorios rojos que cualquier niño puede encontrarse y comer —apuntó Calix sin moverse de su apoyo.

—Quien lo haya hecho, además de un hijo de puta, es un inconsciente —afirmó Rodrigo.

—O eso, o no lo ha hecho para atacar a los perros, que, por cierto, casi nunca hay en la plaza —señaló Adán—. Sería conveniente que los niños no bajaran solos —le dijo a Eva antes de dirigirse al portal para repetir lo mismo al grupo de personas que rodeaban al agente de policía.

Éste, a quienes los vecinos habían alertado de los incidentes que se habían sucedido en la zona en esos meses, no pudo por menos que aprobar la sugerencia de Adán.

★ ★ ★

Sábado, 19 de noviembre de 2016

—No gruñas tanto, ya sabías que poca información iba a poder darte —replicó el mejor amigo de Adán desde el otro lado del auricular—. Los bombones son de una marca muy común como para conseguir una relación de puntos de venta que podamos manejar; los hay en todos los supermercados, más en estas fechas tan cercanas a la Navidad.

—Ya lo sé, joder. No te pedí eso, sino que buscaras huellas —replicó Adán, golpeando inquieto la mesa con los dedos. Estar recluido en casa sin hacer nada lo estaba matando.

—Encontraron algunas en los envoltorios y en los bombones, pero ninguna está registrada... Nada que no esperases —comentó agorero el calvo.

Adán sacudió la cabeza y continuó hablando un instante más con su amigo antes de cortar la llamada. Luego fijó la atención en el monitor, más exactamente, en el archivo que había ido creando durante esos meses con todos los datos, objetivos y subjetivos, relacionados con los sucesos. Y, tras apuntar lo acaecido esa tarde, revisarlo todo por enésima vez y poner en orden sus ideas, no podía evitar pensar que quien estaba detrás de los incidentes era un vecino. Además, uno que no vivía en los pisos altos, porque quien fuera sabía a la perfección el horario de cada vecino, a qué hora entraban y salían todos de casa. Lo que eliminaba a los terceros de la ecuación, pues, por mucho que espieran por las mirillas, poco podían averiguar sobre los pisos inferiores.

El agresor había esparcido la mierda entre las siete de la mañana, momento en el que Gala había salido de su casa para ir a trabajar, y las nueve menos diez, que era cuando los vecinos con hijos bajaban para llevarlos al cole. Y había repetido el mismo horario con la casquería. En ambas ocasiones, había buscado un horario en el que se aseguraba que hubiera bastante público al que impresionar... ¿y del que tal vez reírse? Sin embargo, el incidente del suavizante, en el caso de que fuera un ataque y no algo fortuito, lo había preparado antes de las siete de la mañana, con la más que probable intención de que Eva sufriera un accidente. Sin más testigos que ella. No había ánimo de exhibirse o burlarse, sólo intención de hacer daño. Por otro lado, ¿por qué había puesto los hámsteres en la plaza? Era lo único que no le cuadraba. Por qué renunciar a que los niños los encontraran en sus felpudos, algo que sería mucho más impactante que encontrárselos en la plaza.

Sacudió la cabeza, descartando ese asunto, pues era incapaz de dilucidarlo, y cuanto más lo pensaba, menos lo entendía.

Se centró en lo que sí sabía, o al menos sospechaba. Había puesto los roedores en la plaza, ¿antes o después de que Gala saliera? Apostaba a que había sido después. Entre las siete y las ocho escasas, cuando aún era de noche, para que se los encontraran los niños al ir al colegio. De nuevo quería público.

Sólo que ese día los críos no tenían colegio.

Sus dedos dejaron de tamborilear cuando cayó en la cuenta de que eso podía significar que el cabrón no lo sabía. Si no contaba el incidente del suavizante, que se salía por completo de la norma, el resto de los ataques eran travesuras inocuas, aunque bastante molestas, enfocadas a ser encontradas por los niños y a causar el mayor trastorno posible a los vecinos. Llenar los bancos de ratones una mañana en la que ningún vecino, excepto Rodrigo y Cruz, pasaría por la plaza antes de las once no era su estilo. Le faltaría público.

Sintió que la adrenalina comenzaba a correr por sus venas.

El agresor no lo sabía. No tenía ni idea de que no había colegio. Lo que significaba que no tenía relación con niños. Lo que a su vez descartaba a la mayoría de los vecinos, excepto al cubano del segundo interior centro, al matrimonio de abuelos del primero exterior derecha, al Mudo y al Inspector.

Abrió el archivo con los datos que había ido reuniendo y apuntó esa observación en las fichas de dichos vecinos. No era concluyente, por supuesto, bien podía ser que el agresor supiera que no tenían cole y hubiera cambiado de nuevo su manera de actuar, pero nunca estaba de más anotar toda la información, aunque fuera tan subjetiva como ésa. De hecho, esos archivos eran un batiburrillo de datos robados, corazonadas y pensamientos. Era algo que tenía por costumbre hacer en sus casos. Ponerlo todo por escrito, hasta la tontería más insignificante. A veces, una de esas tonterías, revisada tiempo después bajo otra perspectiva, lo había llevado a una pista para solucionar el caso. Así que en los archivos de cada vecino podía encontrar su trabajo y sus horarios, si habían bajado a las reuniones y hasta cómo iban vestidos cuando sucedieron los incidentes, algo que podía revelar mucho de la sorpresa, o la falta de ésta, que se habían llevado.

Releyó lo que acababa de escribir, comprobó si estos vecinos habían echado una mano durante el alboroto en los incidentes y también si habían asistido a las reuniones, tanto la oficial en el Delic como las no oficiales en la plaza o en el portal. A los sociópatas —y cada vez le quedaba menos dudas de que ese cabrón lo era— les gustaba regodearse en sus crímenes, por lo que no era raro que hubiera acudido a las reuniones en las que se trataban éstos.



Dolores observó a su nieto inquieta. Llevaba toda la tarde sentado frente a los ordenadores, tecleando y dando mamporros a la mesa cuando algo no le salía como quería. Y, teniendo en cuenta todos los golpes que había dado, las cosas no le iban nada bien. Estaba preocupado, y no le extrañaba en absoluto. Ella también lo estaba. La travesura de la otra tarde no había sido molesta ni asquerosa, sino peligrosa. Muy peligrosa. No quería ni pensar en lo que podría haber pasado si un niño hubiera comido uno de los bombones que algún malnacido había repartido por la plaza. Según le había contado su nieto, habían quitado la cabeza de los alfileres, de modo que tuvieran punta por ambos lados, y los habían cortado del mismo tamaño que los bombones para que, cuando los niños mordieran éstos, se clavaran los alfileres en las encías.

¿Qué desgraciado podía tramar algo así? Alguien enajenado, desde luego. Un loco peligroso que quería hacer daño a lo más valioso e inocente del mundo, los niños.

Ojalá la policía o su nieto dieran con esa persona malvada y desequilibrada antes de que sucediera una desgracia. Ojalá se pudriera en la cárcel y...

El timbre del teléfono interrumpió sus pensamientos.

Lo descolgó y saludó a su interlocutor.

Adán apartó la mirada del ordenador al oír a su abuela saludar a su padre. Se encogió de hombros y volvió a fijar la mirada en la pantalla. Aunque eso fue lo único que fijó, ya que sus oídos y su interés estaban puestos en la conversación telefónica que mantenía su abuela. Por supuesto, le estaba contando el último incidente en la plaza. Prestó atención a las respuestas que le daba a Gonzalo, por éstas podía imaginar cuáles eran las preguntas. Unas preguntas de lo más acertadas, cuyas respuestas en algunos casos se apresuró a apuntar. No cabía duda de que su padre, a pesar de ser un octogenario y llevar fuera del cuerpo más de veinte años, seguía teniendo la misma intuición afilada y perspicaz de siempre. Al cabo de diez minutos, la charla cambió a otros derroteros que nada tenían que ver con el barrio. Adán se relajó,

volviendo la vista a lo que acababa de escribir, hasta que oyó algo que le cortó la respiración. Se irguió en la silla, como si le hubiera dado un calambre, y se volvió hacia el lugar en el que estaba su abuela. Ésta, anticipando su reacción, tenía la mirada puesta en él.

—Adán..., tu padre quiere hablar contigo —musitó tendiéndole el teléfono. Se levantó de la silla, se acercó a ella y agarró el auricular con fuerza.

—Enhorabuena por tu próxima boda —dijo antes de que su padre tuviera tiempo de hablar. Adán había oído lo que había contestado su abuela, no necesitaba que nadie le explicara cuál era la noticia. No obstante, tuvo que oírla de boca de Gonzalo. Eso, y que lo invitaba a la ceremonia—. Gracias, pero no creo que vaya —repuso con fría cortesía antes de apuntar sin ninguna emoción—: Espero que seas feliz con tu nuevo matrimonio.

«Tanto como mi madre lo fue con el suyo», pensó mientras le pasaba el teléfono a su abuela sin darle oportunidad a Gonzalo de replicar. Luego se dirigió a la cocina para hacer la cena. O, al menos, eso le dijo a Dolores.

Sacó los huevos de la nevera y la sartén del cajón bajo el horno. Echó aceite y, cuando estuvo caliente, cascó el primer huevo contra el filo de un plato, tan fuerte, que le estalló en la mano, manchando la encimera. Cogió otro y lo golpeó con rabia contra la pared de la pila. Su padre podía hacer lo que le diera la puta gana. Ya era mayorcito. Estalló otro en la encimera. Mayorcito y también senil, porque iba a casarse por lo civil el 14 de febrero. ¿Se podía ser más estúpido? ¡Casarse el día de San Valentín! ¡Por favor, qué ridículo! Aplastó entre los dedos otro huevo. Tan furioso estaba, que le costó trabajo abrir el puño. Se lavó y, tras inspirar profundamente, cogió uno con cuidado. No podía permitirse el lujo de romperlo o le tocaría compartir la cena de su abuela, ¡y eran judías verdes!

—Ten cuidado, Adán, el aceite está demasiado caliente; te saltará —le dijo Dolores al entrar en la cocina.

—No te preocupes, yaya, tengo la piel a prueba de bombas —replicó él, cascándolo.

Lo echó y, tal y como había pronosticado su abuela, le saltó.

Dolores suspiró y fue a por la pomada para las quemaduras. Cuando regresó con ella, Adán, a pesar de su resoplido molesto, tuvo que extender el

brazo y dejar que se la echara.

—Estás enfadado con tu padre —dijo Dolores mientras lo curaba. No era una pregunta.

—En absoluto. ¿Por qué iba a estarlo? —replicó él desdeñoso.

La anciana enarcó una ceja con incredulidad.

—En serio, yaya, me importa una mierda lo que haga mi viejo. De hecho, me parece estupendo que haya encontrado a otra mujer a la que arruinarle la vida —masculló con los dientes apretados—. Por mí, como si quiere volverse maricón y vestirse de *drag queen*. Siempre y cuando lo haga lejos de mí, me parecerá estupendo. —Se levantó de la mesa—. Lo siento, ahora no tengo hambre. Cena tú.

Dolores guardó silencio mientras su nieto abandonaba la cocina para encerrarse en su habitación. Tenía el carácter de su abuelo y sabía que lo mejor era dejarlo rumiar su enfado en soledad. Sólo esperaba que recapacitase y lo aceptara. Gonzalo no merecía tanto desdén. No había sido un mal padre. Tampoco uno bueno. En realidad, sólo había sido un hombre demasiado severo y recto que nunca se lo había puesto fácil a su hijo.



Adán dio una última vuelta en la cama y se sentó. Era un hecho. No podía dormir. Estaba demasiado furioso para hacerlo. Por tanto, no iba a perder ni un minuto más intentándolo. Fue a la cocina, cerró la puerta para no despertar con el ruido y la luz a su abuela y observó receloso el huevo frito que se había hecho para cenar. Más que frito, parecía chafado. Lo había echado en la sartén con tanta rabia que se había roto la yema y, por si eso no fuera suficiente, la clara, más que tener puntilla, estaba chamuscada. Lo tiró a la basura y sacó un paquete de galletas que se sirvió junto a un gran vaso de leche. Mojó una y se la llevó a la boca; crujió contra su lengua al aplastarla contra el paladar.

Cerró los ojos, disfrutando del sabor. Una nostálgica sonrisa se dibujó en sus labios.

Eran las mismas galletas que su abuela compraba desde hacía cuarenta años.

Y lo que más le gustaba del mundo mundial cuando era niño era comérselas con su madre. De noche. Escondidos allí.

Los sábados, de madrugada, cuando sus abuelos y su padre estaban dormidos, su madre lo despertaba comiéndoselo a besos y lo llevaba a la cocina, donde se encerraban para comerse un paquete entero de galletas de la misma manera que él estaba haciendo en ese momento. Mojándolas una sola vez y haciéndolas crujir con la lengua contra el paladar.

Era un ritual secreto que sólo ellos conocían.

Aunque era secreto de milagro. Habían rozado el desastre a menudo, pensó Adán risueño al recordar que más de una vez habían oído pasos en el pasillo. Siempre que eso sucedía, su madre apagaba la luz y ambos se escondían bajo la mesa. Cuando, pocos segundos después, su padre abría la puerta, jamás los descubriría. Asomaba la cabeza, miraba a un lado y a otro, pero ellos estaban tan bien escondidos que no los veía, por lo que volvía a cerrar la puerta y se alejaba por el pasillo.

Se estiró orgulloso en la silla, no era fácil engañar a su padre, pero ellos lo conseguían.

¿O no?

Recorrió con la mirada la mesa en la que estaba comiendo. Era la misma de siempre, y no era ni la mitad de grande de como él la recordaba. Claro que su madre había muerto cuando él tenía doce años escasos, y por entonces era mucho más bajito y delgado que ahora. Entrecerró los párpados receloso. Por muy pequeño que fuera, bajo esa mesa no cabrían él y Almudena sin que les asomara la mitad del cuerpo y, además, el mantel no llegaba al suelo, sino que se cortaba a media altura. Su padre tenía que ser idiota para no verlos. Y, desde luego, Gonzalo de idiota no tenía un pelo.

Frunció el ceño pensativo. Tal vez la cocina estaba tan oscura que no le permitía verlos. Entonces ¿por qué no había dado nunca la luz? Se levantó de un salto y la apagó. Esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad y se dio cuenta de que ésta no era total. Puede que las noches sin luna sí lo fuera, pero noches como ésa, sin nubes y con la luna en forma de queso sonriente, había luz de sobra para ver formas y siluetas.

Esbozó una desdeñosa sonrisa antes de volver a encender la luz. Por

supuesto que su padre sabía que estaban en la cocina. Tenía un oído tan afilado como su abuela y, por si eso no fuera bastante, dormía en la misma cama que su madre y debía de oírla levantarse. Además, ahora que lo pensaba, debía reconocer que Almudena y él no eran lo que se dice silenciosos. Se reían, susurraban, cantaban..., imposible no oírlos.

Volvió a sentarse, vencido por la evidencia. Su padre había sido cómplice de su madre sin que ella lo supiera. Había dado emoción a sus encuentros haciendo de malo. Y él se lo había pasado bomba creyendo que podía engañarlo.

Y no había sido sólo en esas cenas tardías, pensó, percatándose de todas las veces que Almudena y él habían creído darle esquinazo. Si lo pensaba fríamente y dejaba de lado lo bien que obviamente no se escondían, era imposible no percatarse de cuántas veces Gonzalo había asumido el rol de malvado perseguidor para que ellos disfrutaran de una aventura. ¿Cuántas veces sabía exactamente dónde estaban cuando se escapaban en el jardín de Príncipe de Anglona? ¿Cuántas, cuando se escondían entre los puestecillos navideños de la plaza Mayor? ¿Cuántas, cuando se camuflaban tras el Oso y el Madroño en Sol? No había nada que le gustara más que jugar al escondite siendo niño; se emocionaba y reía como un loco mientras su padre pasaba por su lado llamándolos con voz furiosa, sin encontrarlos. Y la única verdad era que su padre jamás los encontraba porque no quería encontrarlos.

Apretó los puños sobre la mesa. Gonzalo había sido un padre inflexible y despótico que tenía la mano muy suelta..., pero también había sido el cómplice invisible en algunos de los mejores momentos de su vida. Y sólo ahora se daba cuenta. ¿Por qué había ocultado esa faceta de su personalidad? ¿Por qué jamás había abandonado su severidad para abrazarlo o intentar jugar con ellos como uno más?

Se irguió en la silla cuando le vinieron a la mente las palabras que tantas veces le había dicho su abuela: porque no sabía ser de otra manera. Lo habían educado así, y de la misma forma lo estaba educando a él.

Pero eso no era verdad. Con su madre no era así.

Con Almudena, relajaba sus estrictas normas. A ella le consentía bailar bajo la lluvia o cocinar barro en la plaza. Ella, siendo una mujer adulta, podía

comportarse como una niña sin que montara en cólera ni la castigara. Y, en cambio, a él, que era un niño, no le permitía jamás un fallo. Cortaba de raíz cualquier rebelión o decepción castigándolo con severidad, ya fuera con una buena bronca, un humillante bofetón o una tanda de azotes con el cinturón si consideraba que la desobediencia había sido grave.

Desde luego, el motivo de tal diferencia entre uno y otro estaba claro. Al menos, para él. Almudena sólo era una molestia que debía soportar, mientras que él era el error que lo había obligado a hacer lo que no quería: casarse con una mujer de carácter infantil, descuidado y caprichoso que no le resultaba de ninguna ayuda para ascender en su carrera. Porque lo que estaba claro era que sus padres no se habían casado por amor, sino por su culpa. A pesar del secretismo con que llevaba el tema su familia, hacía años que Adán se había enterado. Las malas lenguas hablaban, y mucho, en el barrio, y desde niño sabía que Almudena había atrapado tan buen partido porque se había quedado preñada.

Y por ese mismo motivo Gonzalo lo aborrecía.

Porque él era el culpable de que hubiera tenido que renunciar a su soltería y compartir su tiempo con una mujer a la que no lo unía más que un tibio cariño.

Se levantó de la silla y recogió malhumorado las galletas mientras maldecía a su padre por ser capaz de empañar sus buenos recuerdos con su sola presencia.

Se detuvo antes de cerrar de un golpe las puertas del armario. Si su abuela estuviera despierta, y viéndolo, le diría que su mal genio le estaba haciendo comportarse como un idiota. Y no le faltaría razón. No podía enfadarse por descubrir que Gonzalo había contribuido a crear algunos de los mejores momentos de su infancia. Era ilógico e irracional.

Tan ilógico e irracional como enfadarse porque pretendiera casarse de nuevo. Tal y como le había dicho a su abuela, ya era mayorcito, igual que su futura esposa. Ambos sabían lo que hacían e iban a ese matrimonio voluntariamente. Por el contrario, la unión entre sus padres había sido un desastre porque no pudieron elegir. Gonzalo dejó embarazada a Almudena y le tocó casarse. Fin de la historia. No habían sido felices, pero tampoco

infelices. De hecho, él nunca había visto a su madre triste o enfadada. Pero, claro, vivía en su propio mundo. Un mundo que sólo compartía con él y del que mantenía aparte a todos los demás.

Volvió a sentarse en la silla y, por primera vez en su vida, se permitió pensar en cuánta culpa había tenido su madre en la distancia que había entre su padre y él. Ella había creado un mundo sólo para ellos dos en el que no había normas, responsabilidades ni obligaciones, un mundo en el que reinaba la anarquía y en el que todo estaba permitido. Mientras que el mundo real, aquél en el que su padre era el rey, se regía por estrictas reglas y deberes que él debía acatar. Era difícil, por no decir imposible, conjugar ambas realidades y, lógicamente, había optado por adorar la de su madre y odiar la de su padre, sin tener en cuenta que en el mundo de su madre nadie hacía la comida ni trabajaba ni cuidaba de él ni tenía en cuenta los peligros, mucho menos el futuro. Era un mundo irresponsable que, si no fuera por la atención y los cuidados de su padre y sus abuelos, habría acabado matándolo.

Igual que mató a su madre cuando decidió escaparse de casa una fría noche de invierno durante una tormenta para bailar bajo la lluvia.

No había sido la pulmonía la que había acabado con ella, sino su salvaje irresponsabilidad.

Y ahora su padre iba a casarse otra vez. Después de treinta años viudo, iba a compartir su vida, esta vez por propia elección, con otra mujer. Una mujer a la que se suponía que amaba y con la que sería feliz.

Feliz como no lo había sido nunca con su madre y con él, pensó resentido.

Apretó los dientes enfadado. Estaba siendo irracional otra vez, pero no podía evitar sentirse así.

Cerró los ojos y se obligó a eliminar de su mente cualquier pensamiento. No iba a seguir dándole vueltas al asunto. Era inútil. El pasado pasado estaba. Permaneció un rato en silencio, tratando de calmar la rabia que lo dominaba y, cuando vio que no lo iba a conseguir, se levantó con brusquedad y fue a su cuarto. Necesitaba salir y que le diera el aire.

No.

Lo que necesitaba era ver a Eva. Contarle lo que iba a hacer su padre y reírse con ella de que dos viejos octogenarios fueran a casarse el día de San

Valentín.

Sintió que se calmaba al pensar en ella.

Eva tenía ese poder sobre él, le hacía poner los pies en el suelo y pensar las cosas sin la pátina de la rabia que a veces lo cegaba.

Miró el reloj, eran poco más de la dos y media, demasiado pronto para que ella saliera; de hecho, habían quedado a las cuatro, como todos los fines de semana que Dolores estaba bien. Pero ella no se enfadaría si llegaba antes. Y, si tenía trabajo y no podía estar con él, charlaría con Paco. Sonrió. En esos meses había acabado por tomarle cariño al extraño hombre. Que soñara con él a menudo —se negaba a creer que fuera otra cosa de carácter metafísico— había ayudado a que entendiera —más o menos— su extravagante manera de ser.

Se vistió con rapidez y a punto estaba de salir del dormitorio cuando se acordó de algo importantísimo. Abrió el cajón de la mesilla y sacó el colgante de la tapa de mermelada Eva. No podía entrar en el ConSumo Placer sin él. ¡A Paco le daría un ataque si no lo llevaba!

Salió de su dormitorio y entró sigiloso en el de Dolores, se inclinó para darle un beso en la frente y luego se dirigió a la puerta.

—¿Ya vas a buscarla? —Le llegó la voz, ronca por el sueño, de su abuela.

—Ya sabes que no me gusta que vuelva sola a estas horas.

—Menudo caballero de brillante armadura estás hecho —masculló la anciana mordaz—. Anda, ve, no permitas que le pase nada a tu dragona.

Adán soltó una queda risita y salió.

Poco después, estaba en la calle, disfrutando del aire frío de noviembre bajo una pertinaz llovizna. No tardó en llegar al cruce que daba al local. Al doblar la esquina vio que Paco estaba fuera, esperándolo, a pesar de que llegaba más de una hora antes de lo previsto.

—¡Por fin apareces! Me tenías preocupado. —Paco echó a andar hacia él inquieto—. ¿Estás bien? ¿Te ha ocurrido algo?

—Claro que estoy bien —se apresuró a asegurarle Adán, sorprendido por sus palabras.

—No me mientas. Sé que algo te ha pasado. —Le abrió con nerviosismo la cazadora y la camisa para comprobar que llevaba la tapa de mermelada

pegada al pecho—. Menos mal —suspiró al verla—. No debes separarte nunca de ella. Es muy importante. Es lo que evitará que algo muy malo le suceda a Eva —le recordó, como hacía cada vez que se veían.

—Si me dijeras qué es eso tan malo que le va a pasar, me sería de más ayuda que la tapa de mermelada —resopló Adán con sorna.

—¿Cómo quieres que lo sepa? ¡No soy clarividente! —exclamó Paco enfurruñado—. Tienes la insana costumbre de confundir la clarividencia con las revelaciones oníricas. Y no tienen nada que ver. Los Guardianes me han revelado en sueños que esa tapa de mermelada salvará a Eva, y es lo único que sé.

—Y eso te lo revelaron hace... ¿cuánto tiempo? ¿Treinta años? —se burló Adán.

—Veintiséis, pero no creo que nadie piense que las profecías de Nostradamus tienen fecha de caducidad, si es a eso a lo que vas —replicó Paco molesto.

—Cierto, pero debes reconocer que las tuyas son un pelín más espectaculares. Hablan de desastres, guerras..., en ningún momento mencionan tapas de mermelada.

—E imagino que a ti te interesa mucho más lo que dijo Nostradamus que lo que le pueda suceder a Eva.

—Sabes bien que no, Paco.

—Pues entonces, cuida de llevar siempre encima el símbolo de Eva, es mucho más importante para ti, y también para mí, que las profecías de un señor muerto hace varios siglos —sentenció con fiereza para, acto seguido, esbozar una afable sonrisa—. Ahora, cuéntame. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no podías dormir?

—¿Cómo sabes que no podía dormir?

—No he conseguido encontrarte para nuestra cita. Y eso sólo podía ser porque no estabas dormido —dijo el hombre con total tranquilidad.

Adán se esforzó en parecer estoico. No pensaba darle ninguna credibilidad a lo que acababa de oír. Que soñara con Paco cada viernes, sábado y domingo antes de levantarse para ir al ConSumo Placer era sólo fruto de la casualidad. Nada más. Así lo había decidido la primera vez que ocurrió, y por el bien de

su salud mental, no pensaba cambiar de parecer.

—¿Y bien?, ¿me vas a contar por qué no has podido dormirte? —le reclamó Paco—. Pero, antes, entremos en el Placer, hace frío aquí fuera. —Le echó un brazo al hombro, instándolo a acompañarlo. Como era más bajito que Adán, se le subió el batín, única prenda que vestía, dejando al aire su enorme banana.

Adán no se sobresaltó, ni por el tamaño descomunal del pene ni por su manía de abrazarlo. Ya se había acostumbrado a ambos. Tras pasar por el vestuario, lo acompañó al interior. Estaba hasta los topes. Eva, desbordada por el trabajo, le lanzó un cariñoso beso y continuó atendiendo. Así que Adán optó por seguir a Paco, quien lo llevó hasta su despacho privado. Aunque más que un despacho era una extensión del local, porque en lugar de sillas, estanterías y un escritorio con su ordenador, lo que había era una mesa baja rodeada de enormes almohadones que ocupaban todo el espacio.

Se tumbaron como maharajás. Maharajás desnudos, por supuesto. Pero a Adán ya no le importaba, también se había acostumbrado a eso y se sentía cómodo con su desnudez.

—Cuéntame qué te ha pasado —le pidió Paco por enésima vez, inclinándose hacia él.

Y Adán, sin saber bien por qué, empezó a hablar. De su padre. De su madre. De sus recuerdos. De sus sospechas. De la rabia irracional que lo corroía al pensar en su padre casándose con otra mujer.

Y Paco escuchó sin interrumpirlo. Permitiéndole aclarar sus ideas según las iba exponiendo. Hasta que lo vomitó todo. Luego permanecieron en silencio unos minutos, Adán aliviado por haber podido soltarlo todo y Paco cavilando sobre lo que había oído.

Ésa era otra de las cosas que había descubierto del jefe de Eva. Jamás se apresuraba en dar una respuesta. Al contrario, rumiaba sus palabras hasta estar seguro de lo que iba a decir.

—Sólo puedo darte un consejo —musitó tras tomar aire y soltarlo despacio. Adán se inclinó, atento a sus palabras—. Despéjate de lo que ya pasó. Quien vive del pasado es un museo con patas.

Adán esperó a que dijera algo más. Pero no lo hizo.

—Ésa es una frase de Garfield —comentó perplejo.

—En efecto. Ese gato atigrado es uno de los seres más inteligentes que he conocido nunca —dijo Paco con tono amable—. Todos deberíamos seguir sus preceptos.

—Es un dibujo animado —replicó Adán.

—En realidad, empezó siendo una tira cómica en un periódico. Pero eso no le quita peso ni razón a la frase, ¿no crees?

—No, claro, pero...

Se calló sin saber qué decir.

—No permitas que el pasado dicte tus pasos —dijo Paco esbozando una afable sonrisa—. Cuando una persona encuentra a otra que la hace reír y soñar, debe agarrarla fuerte con ambas manos y hacerla feliz para que se quede a su lado para siempre. Y me da igual si esos enamorados tienen ochenta años o si son la mismísima pareja primigenia. —Fijó sus ojos en los de Adán—. No hay que tenerle miedo al amor. Mucho menos resistirse a él. Hay que abrazarlo y hundirse en él.

—Ya estabas tardando en sacar el tema —resopló Adán, pues Paco seguía empeñado en emparejarlo con Eva—. Sólo hay un pequeño problema. No estoy enamorado de ella. Ni ella de mí.

—Lo que estás es ciego —replicó Paco con voz cansada—. Lo más grande que te puede suceder es que ames y seas correspondido —sentenció.

—*Moulin Rouge* —comentó burlón Adán, reconociendo la frase—. No es por herir tus sentimientos, pero la protagonista femenina acaba muerta y el protagonista masculino, destrozado por la pena. Tal vez amar no sea tan maravilloso como lo pintan en el cine...

—Cuando un dedo apunta al cielo, el tonto mira el dedo[10] —resopló Paco.

Adán parpadeó al oírlo. ¿Acababa de llamarle tonto?

Paco alzó una ceja, retándolo a replicar.

Adán guardó silencio. Había discusiones que era imposible ganar, y ésa era una de ellas.

—Antes o después, entrarás en razón —dijo Paco tras un breve silencio.

—Claro, siempre estoy entrando en razón —bufó Adán sin pensar mucho

lo que decía.

—Eso es porque siempre estás fuera de ella —replicó Paco sonriendo.

Él se echó a reír. Ese hombre extraño y tranquilo era mucho más ágil y rápido de mente de lo que aparentaba. A él, desde luego, lo había cazado ya varias veces.

—Un regalo para esta noche. —Paco le tendió un tarrito que contenía una pomada.

—Gracias; ¿qué es?

—Ya lo descubrirás. —Esbozó una ladina sonrisa—. ¿Te he contado cómo retrasar la eyaculación para poder complacer a tu pareja?

Adán negó con la cabeza, mirándolo con atenta curiosidad. Sabía por experiencia que los consejos de Paco concernientes a ese tema eran siempre de lo más acertados.

—Presta atención...



—Si sospechas de algún delito tecnológico, fraude por internet, piratería, pornografía infantil, etcétera, debes ir a la web de la policía, en la sección «Participación ciudadana», y, desde allí, pinchar en «Colaboración ciudadana» y contactar con los servicios de investigación especializada. Es tan sencillo como rellenar un pequeño formulario con tus sospechas y tus datos —le explicó Adán al vigilante de la puerta mientras esperaba a que Eva saliera.

—Y ¿eso sirve para algo? —preguntó el hombre con evidente incredulidad.

—¡Por supuesto que sirve para mucho! Tramitamos e investigamos todos los avisos. Así que, si te encuentras con una actividad presuntamente delictiva, no dudes en ponerlo en conocimiento de la policía.

—No lo olvides, porque si no lo haces y Adán se entera, te caerá una buena bronca. Ya sabes cómo es de estricto con las cosas del trabajo —se burló Eva al salir del ConSumo Placer.

Adán se acercó a ella sonriendo, le dio un suave pico y, tras despedirse

con un gesto del portero, la tomó por la cintura. Eva enganchó el pulgar en la trabilla trasera del vaquero, de manera que la palma de su mano cayera sobre el culo firme de su chico, y así, abrazados, enfilaron hacia Cascorro.

—¿Qué tal ha ido la noche? —le preguntó Adán, inclinándose para besarle el cuello.

—Con mucho lío, ya lo has visto —murmuró ella cerrando los ojos. Ese maldito hombre había encontrado un punto de especial sensibilidad en su cuello y no dudaba en besárselo a cada momento, dejándola tan temblorosa como la gelatina.

—Paco me ha dado algunos consejos para esta noche —susurró él, hundiendo la nariz en la coleta en forma de fuente de Eva.

Estaba deseando llegar a casa para deshacérsela y jugar con su pelo. O, mejor dicho, que ella jugara con su pelo sobre él. Lo ponía a mil que los rizados mechones le rozaran el pubis mientras se la mamaba. Aunque más le gustaba agarrárselos y guiarla sobre su polla.

—Imagino que no son acerca de cómo hacer un batido de frutas —dijo divertida, señalando la visible erección que marcaba sus pantalones.

—Me ha dado unos consejillos sobre cómo durar más —lo informó con voz ronca.

—¡Más! —jadeó ella con los ojos muy abiertos—. ¡No lo dirás en serio! Pero ¡si ya duras demasiado!

Adán se irguió, orgulloso como un pavo.

—¿De verdad? —la instó, deseando oír más cosas sobre sus proezas sexuales.

—Claro que no. Un hombre nunca dura lo suficiente.

—¡Serás...! ¡Te vas a enterar! —La agarró por la cintura con un brazo y utilizó la mano contraria para hacerle cosquillas.

Eva se contorsionó y estalló en agitadas carcajadas que él se apresuró a silenciar, tapándole la boca con la mano.

—Calla, loca, o nos detendrán por escándalo público.

—Y eso sería fatal para tu imagen de policía soso y aburrido —dijo burlona. Le pasó las manos por el cuello, acariciándole los mechones de pelo negro que le caían por la nuca.

—Este policía soso y aburrido está deseando que lo vuelvas loco — musitó él, besándola.

Permanecieron abrazados en esa postura, besándose como si el mundo fuera a acabarse al instante siguiente. Se separaron jadeantes y, tras darse un piquito rápido a modo de compensación, continuaron caminando.

—Tu jefe nos ha hecho un regalo —comentó Adán, acordándose del tarrito que Paco le había dado—. Espero que no esté envenenado...

—¿No lo vas a olvidar nunca? —se burló Eva.

—Pasé más de seis horas empalmado y masturbándome desesperado. No, no lo voy a olvidar jamás —sentenció.

Eva se echó a reír a la vez que abría el tarrito para olerlo.

—No tienes nada que temer, es sólo aceite de coco.

—¿Para qué sirve? —Lo miró intrigado. Dudaba que Paco se lo hubiera dado para fines culinarios. No era su estilo.

—Es un potente hidratante, muy bueno para los labios resecos; también es excepcional para el cabello, lo desencrespa y lo suaviza, reduce las estrías...

—¿Estás segura de que sólo vale para eso? —Hundió un dedo en la pomada.

—También se puede comer...

Adán asintió mientras extendía el aceite por el dorso de su mano. Lo frotó despacio y la pomada se licuó sobre su piel, tornándola suave y resbaladiza. Muy resbaladiza, de hecho.

Levantó la cabeza y, fijando la mirada en su traviesa amiga, arqueó una ceja.

—Ah, sí, se me había olvidado. También es un magnífico lubricante — comentó ella como si tal cosa.

—¿Cómo de magnífico, si puede saberse? —inquirió Adán con voz ronca.

—Si untaras un poco en un pepino, podrías hacerlo pasar sin problemas por el ojo de una aguja —exageró ella, esbozando una sonrisa torcida.

—Un pepino por el ojo de una aguja... Vaya, sí que es un buen lubricante. —Cerró la tapa con cuidado y, tras guardarlo a buen recaudo en el bolsillo interior de la chaqueta, abrazó a Eva, agarrándole el trasero con ambas manos. La pegó a él, frotándola contra su erección—. Imagino que también servirá

para hacer pasar una enorme y rígida polla por el prieto agujerito que me muero por probar —susurró antes de morderle el cuello.

—Todo depende de cuánto te esfuerces en preparar dicho agujerito —gimió Eva, meciéndose contra él.

—Mucho. —Le recorrió la raja del trasero por encima de los vaqueros.

Era una suerte que fueran casi las cinco de la madrugada, porque si fuera dos horas más tarde, la calle estaría llena de personas montando sus puestos del Rastro, y él tendría que contenerse hasta llegar a casa, lo que devendría en un terrible dolor de huevos.

—Eres un hombre fiero y posesivo. Un bruto lascivo que sólo quiere follarme como un salvaje —susurró de repente Eva.

Adán la miró confundido. Él no era eso. Bueno, lo de que quería echar un polvo salvaje, sí. Y lo del bruto lascivo puede que también. Pero todo lo demás, no.

—Eres un hombre primitivo enajenado por sus instintos primarios y lujuriosos que sólo quiere una cosa: follar —le dijo al oído con voz gutural—. Quieres meterte en todos mis agujeros y poseerme como un animal. —Le sobó la polla por encima de los vaqueros.

—Joder, sí —gimió Adán, más excitado que nunca. No tenía ni idea de qué juego se llevaba entre manos, pero lo estaba poniendo a mil.

—Eres rudo, eres brusco, eres exigente. Un macho alfa que quiere follarse a su hembra —dijo Eva, dando un paso atrás que la separó de él—. Y para eso vas a tener que atraparla...

Adán la miró confuso.

Ella esbozó una peligrosa sonrisa y, sin previo aviso, echó a correr.

Él abrió mucho los ojos.

—¡Mierda! —Y echó a correr tras ella.

Eva consiguió darle esquinazo al pasar la estatua de Cascorro, pero él acertó distancias en las Maldonadas y, cuando pasaron frente al teatro La Latina, sólo los separaban unos pocos metros. La atrapó frente al mercado de la Cebada y se fundieron en un beso salvaje que les hizo temblar las rodillas y les agitó la respiración, sobre todo a Adán, pues Eva aprovechó para debilitarlo, metiéndole mano por debajo de los pantalones. Tanto lo desarmó

que, cuando se separaron para respirar, ella volvió a echar a correr y él perdió cinco largos segundos en recolocarse la erección y poder perseguirla.

Dejaron atrás la plaza de los Carros y enfilaron la cuesta hacia la iglesia de San Andrés con Eva en cabeza y Adán en un inútil segundo puesto. Pero las piernas de él eran más largas y se acercaba cada vez más. La atrapó junto a la escalera de la capilla del Obispo. La obligó a volverse entre sus brazos y asaltó su boca. Pero ¡la muy perversa se resistió! Así que le agarró la coleta, inmovilizándole la cabeza para después morder con suavidad su labio inferior.

Eva se debatió entre sus brazos, representando a la perfección su papel. Y Adán, muy metido en el suyo de bruto salvaje, la empujó contra la pared y la obligó a abrir las piernas con la rodilla. Ella le golpeó la espalda con los puños cerrados, eso sí, flojito, para no lesionarlo, que no era plan de quedarse sin polvo por un golpe mal dado, y él le sujetó las manos sobre la cabeza con una de las suyas mientras la que tenía libre le magreaba las tetas.

—¡Aléjese de la señorita ahora mismo! —exclamó alguien a su espalda.

Adán se detuvo de inmediato y dio un paso atrás para alejarse de Eva. Reconocía ese tono de voz, taxativo e implacable, con el punto justo de beligerancia para imponer respeto.

—Agentes, esto no es lo que parece. —Empezó a volverse, pero uno de los dos policías que estaban tras él se lo impidió, empujándolo contra la pared —. Eva, por favor, explícales lo que ha pasado —suplicó al ver que ella se había quedado en silencio.

—Señorita, ¿está bien?

—Pues no mucho, la verdad.

—¡Eva! —exclamó Adán, temiendo lo que pudiera decir.

—¡Es la poli! Tengo que ser sincera —replicó ella con gesto inocente—. La verdad es que tengo un calentón de narices y estoy deseando llegar a casa para echar el polvo del siglo. Por lo demás, estoy perfectamente.

Los policías miraron irritados a Eva.

—Señorita, esto no es divertido.

—Dígaselo a él, ahora mismo debe de tener un dolor de huevos tremendo —comentó ella.

—Eva, por favor, no es el mejor momento para bromear —la regañó Adán,

girando la cabeza hacia los policías—. Si me permiten explicarme...

—¿Acaso hay más que explicar? —gruñó el mayor de los dos—. Documentación.

—Oh, vaya. —Eva se mordió el labio pesarosa. La travesura acababa de irsele de las manos.

El agente más joven sonrió divertido por el gesto de la mujer y la mueca enfurruñada del hombre. Si fuera por él, tal vez dejara pasar su jueguito con una ligera amonestación, pero su compañero, un hombre mayor con muchas malas pulgas y poco sentido del humor, no iba a permitir que se escaqueasen con tanta facilidad. Les esperaba una buena bronca.

—Lo que estabais haciendo puede considerarse como un delito de exhibicionismo —señaló el policía con gesto huraño, tomando con brusquedad la cartera que le tendía Adán.

—No creo que hayamos llegado hasta ese punto —dijo Adán, recurriendo a toda su escasa paciencia. Ese hombre le recordaba a su padre.

—Por lo visto, tenemos aquí a un listillo —siseó mordaz—. Más te vale callarte, hijo, antes de que me cabree y te lleve a comisaría a pasar la noche.

—En realidad, no puede hacer eso, oficial —replicó Adán, observando el distintivo de cargo que llevaba en la hombrera—. Según el artículo 185 del Código Penal, mientras no hagamos exhibición obscena ante menores de edad o personas con discapacidad necesitadas de especial protección, no es delito. Y para que la exhibición sea clasificada como obscena es requisito imprescindible que mostremos los genitales, algo que no ha ocurrido —dijo utilizando su tono de policía, que no difería mucho del tono seguro e implacable de ellos—. Reconocemos que hemos hecho mal y nos arrepentimos, y si quiere echarnos la bronca, adelante, nos la merecemos —afirmó suavizando su mirada furiosa.

—Joder, Adán, me acabas de poner cachonda —dijo Eva sin ninguna discreción, arrancándole una sonrisa muy a su pesar.

El oficial inspiró con fuerza, abrió la cartera con brusquedad y sacó su DNI. Sus cejas se juntaron al leer el nombre que figuraba en él.

—Vega-Sombría. No es un apellido común y tú lo llevas por partida doble. —Lo miró con los ojos entornados mientras leía el nombre de sus

progenitores—. Gonzalo y Almudena. Mucha casualidad es ya. ¿Tienes alguna relación con el comisario Vega-Sombría?

Adán asintió remiso con la cabeza.

—Era mi abuelo.

El policía lo miró de arriba abajo.

—No te pareces en nada a tu abuelo ni a tu padre.

—Salí a mi madre.

—Una chiquilla encantadora. La conocí en un baile del cuerpo. Así que eres el nieto del comisario. Era un gran hombre y un mejor policía —dijo cambiando tan radicalmente de actitud que hasta su compañero se sorprendió—. Tuve la suerte de servir a sus órdenes hace unas pocas décadas. Tu padre también era un gran policía, algo más estricto. Lo sigo viendo cuando se pasa por la comisaría. En cambio, de ti no sé nada. ¿No has seguido la trayectoria familiar? —inquirió intrigado.

—Estoy en la UIT —replicó Adán beligerante.

—Estupendo, necesitamos policías avisados que estén al tanto de las tecnologías modernas —asintió conforme, devolviéndole la cartera—. Os dejo ir por esta vez, pero que no se vuelva a repetir. Ya eres mayorcito para estos juegos, espero que a partir de ahora sepas comportarte.

Adán le agradeció la advertencia y, tomando a Eva de la mano, se la llevó hacia el portal antes de que pudiera decir algo que consiguiera abochornarlos aún más.

—Estas parejitas de enamorados cada vez están más locas... —alcanzó a oír que le decía el oficial a su compañero.

Se volvió enfurruñado. Eva y él no eran una parejita de enamorados.

—Tengo las bragas empapadas por culpa de esa voz que has puesto —le susurró en ese momento Eva.

Entonces él se volvió hacia ella entre enfadado y excitado, y ella aprovechó para deslizarle la mano por la bragueta.

—Joder, Eva —masculló apartándola—. Vas a conseguir que nos den el alto otra vez.

—No pueden vernos, estamos de espaldas a ellos —susurró ella, metiéndole la mano en el bolsillo trasero del pantalón vaquero mientras se

dirigían al portal.

—Estás jugando con fuego —le advirtió con su voz de poli. Al fin y al cabo, si tan cachonda la ponía, no veía ningún motivo para no usarla en su favor—. Compórtate.

—¿Qué harás si soy mala? —replicó desafiante—. ¿Atarme a la cama y meterme esa enorme polla que gastas hasta el fondo? ¡Qué castigo más horrible! —se burló.

—Puede que también te dé unos azotes en ese culo tan maravilloso que tienes antes de desvirgarlo —la amenazó con voz ronca mientras sacaba la llave del portal. Se hallaban apenas a un par de metros y volvía a estar tan excitado que le dolía.

—Entonces ¿debo preocuparme, señor policía? ¿Va a usar su dura y gorda porra conmigo? —Le acarició libidinosa la entrepierna cuando él se paró para abrir la puerta.

Adán inspiró profundamente y se concentró en meter la llave en la cerradura. Sólo tenía que guardar las apariencias unos segundos más y podría dar rienda suelta a su pasión.

—Y lo que más me asusta es..., ¿de verdad pretende usar este enorme instrumento de tortura en mi estrecho culito? ¿Será usted tan malvado? —lo retó lasciva.

—Joder, Eva —rugió cuando por fin fue capaz de abrir y entraron en el portal.

La estampó contra la pared y la besó con un atisbo de violencia mientras se frotaba contra ella. Se contuvo a duras penas y, sin mediar palabra, se la echó al hombro y se dirigió al ascensor, que gracias a Dios estaba en el vestíbulo. Dudaba que fuera capaz de esperar ni diez segundos más para follarla.

—Estamos un pelín impacientes, ¿no? —comentó Eva mordaz.

—Ésta me la vas a pagar —siseó Adán, saliendo del ascensor en el tercero interior.

Subió la escalera que lo separaba de la casa de Eva de dos en dos, con ella aún sobre el hombro, y luego la bajó y señaló la puerta con un brusco gesto.

—¡Abre! —exigió cuando ella no se dio la prisa requerida para sus circunstancias.

—No sé, tal vez debería esperar a que te calmaras un poco —dijo remolona.

—¡Eva!

—Está bien, ya voy. No te pongas nervioso.

Sacó la llave del bolso y, sin torturarlo más, abrió la puerta. Se le escapó un quedo chillido cuando él volvió a tomarla en brazos y la llevó con pasos rápidos a la cama. La tumbó sobre ésta sin ninguna delicadeza y, tras deshacerse de la cazadora para tener más libertad de movimientos, comenzó a desnudarla. O, al menos, lo intentó, porque ella no había dejado de lado su talante juguetón y se lo puso complicado. Cruzó los brazos sobre el pecho para impedir que le quitara el plumas, por lo que él tuvo que emplearse a fondo para sacárselo. Luego se agarró el bajo del jersey, imposibilitando que se lo quitara por la cabeza. Así que a Adán se le ocurrió hacerle cosquillas para debilitarla, momento en el que consiguió arrancarle la dichosa prenda. Las botas casi lograron que se diera por vencido. ¿Cómo demonios era capaz de quitárselas ella sola? Y, para mayor escarnio, con la excusa de ayudarlo, Eva le plantó el pie en el culo y empujó. Y lo hizo con tanta fuerza y tan mal tino que él perdió el equilibrio y acabó desparramado en el suelo, eso sí, con la bota en la mano. Resopló, armándose de valor para el siguiente asalto, y antes de que ella pudiera decir «amén», le había quitado los pantalones.

Adán la observó, orgulloso de sus logros. Le quedaban por quitarle las bragas y el sujetador, pero eso era pan comido. El trabajo más duro ya estaba hecho.

Esbozó una sonrisa peligrosa y abrió el cajón de la cómoda.

Eva lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Por qué revisas mis cajones?

—Estoy buscando algo con lo que atarte a la cama —dijo con toda tranquilidad.

—¡¿Qué?! ¡Un momento! —exclamó ella, reculando hasta acabar acurrucada contra el cabecero—. Antes de continuar, vamos a negociar los términos.

—Me parece que no. —Se dirigió a la mesilla—. ¿Dónde tienes las vendas con las que me ataste el otro día?

—Las tiré —contestó ladina.

—Añadiré la mentira a tu lista de delitos —le advirtió—. Estás siendo una niña mala, Eva. Te mereces un castigo muy muy duro —comentó, agarrándose la polla por encima de los vaqueros. Y, sí, estaba muy muy dura.

—Oh, por favor, señor policía, apiádense de mí —gimió Eva con voz ronca, sus ojos clavados en la gruesa erección que se marcaba bajo la tela. Se lamió los labios excitada.

—Ni lo sueñes, vas a pagar por todas las travesuras que has hecho. —Sacó unos tangas del cajón de la mesilla.

Eva lo miró confundida.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Atarte.

—Son mis tangas de follar. —Frunció el ceño—. Me costaron una pasta. Ni se te ocurra darlos de sí.

—¿Tus «tangas de follar»? —La observó perplejo.

—Los que me pongo cuando me siento cachonda y busco rollo.

Adán la miró, bajó la vista a los tangas, los extendió entre sus manos, intentando reconocerlos sin conseguirlo, y volvió a mirarla.

—Conmigo nunca te los has puesto —la acusó.

—Porque contigo no tengo que esforzarme para follar. Sólo los uso cuando voy de caza —replicó guasona. Él emitió un ronco gruñido, nada divertido—. En realidad, sólo he estrenado uno. Hace un par de años. Resultan un poco incómodos, se me meten por la raja del culo y me recuerdan al hilo dental. Pero seguro que algún día los usaré. Me costaron un dineral, tengo que amortizarlos.

—Y los vas a amortizar. —Les dio un fuerte tirón—. Como hilo dental, no sé, pero como cuerdas son cojonudos —afirmó.

—¡Los vas a romper!

—¿Y...? No te los vas a poner nunca. —Se quitó las deportivas de dos pisotones.

—¡Eso no puedes saberlo!

—Por supuesto que lo sé —rebatió molesto. No le hacía ni pizca de gracia que tuviera unos tangas de follar para salir a la caza de otro hombre que no fuera él—. Pienso destrozarlos esta noche.

Eva abrió unos ojos como platos. ¿Eso que oía en su voz era un atisbo de celos?

Adán volvió a dar un tirón a las prendas íntimas y plantó las rodillas en la cama. Se acercó hasta Eva moviéndose cual pantera hasta quedar enfrentado a ella. Le agarró las muñecas y se las ató con un tanga para, acto seguido, subírselas por encima de la cabeza.

Se detuvo, observando el cabecero con mirada crítica.

Eva apretó los labios para que no se le escapara la risa. Pobrecito, tenía una expresión tan desamparada...

—Antes he creído oír que decías algo sobre atarme a la cama.

Él la miró receloso.

—Podría ser.

—Y ¿cómo pensabas hacerlo?

—No lo sé. Lo mío es la imaginación, no la parte técnica. Eso es cosa tuya.

Enarcó una ceja y observó de nuevo el liso cabecero.

—No me lo puedo creer —murmuró frustrado.

—Ni yo. En las novelas, el cabecero siempre tiene algún lugar en el que el héroe puede atar a la chica. —Eva arrugó la nariz con fingido disgusto—. ¡Vaya timo! —exclamó burlona.

Adán entornó los párpados pensativo y luego le desató las manos.

—Oh, pobrecito. No sabes cuánto siento que tus planes se hayan ido al garete...

Él esbozó una torcida sonrisa y de repente hizo un extraño quiebro. Un segundo después, tenía a Eva inmovilizada entre sus piernas y le ataba las muñecas a los tobillos.

—¿Qué haces?! —jadeó excitada.

—Castigarte —afirmó Adán, observándola satisfecho.

Estaba tumbada de espaldas sobre la cama, con las piernas separadas y dobladas, y su sexo expuesto a él.

Y así seguiría mientras las muñecas continuaran atadas a sus tobillos.

Deslizó el dedo índice sobre la humedad que se extendía por las braguitas. Ella jadeó, estremeciéndose.

—Por lo visto, no soy el único que está cachondo aquí —susurró. Apretó el dedo contra la tela mojada mientras amasaba con el pulgar el clítoris.

Ella soltó un gemido gutural por toda respuesta.

Adán se entretuvo jugando con las bragas, apretándoselas contra su vulva y enterrándolas entre los labios vaginales para luego apartarlas y soplar sobre la piel ardiente de su sexo. Y, mientras la torturaba con sus juegos, le mordisqueaba el interior de los muslos para después calmarlos con lentos lametones. Cuando ella comenzó a debatirse contra las ataduras, deslizó un dedo entre sus nalgas mientras le frotaba el clítoris con la nariz, todo esto por encima del suave algodón de las bragas, por supuesto. Aún no había pagado lo suficiente por la jugarreta que le había hecho en la calle.

—Adán, por favor...

—Por favor, ¿qué?

—Méteme los dedos...

—¿Dónde?

—En el coño.

—No.

Colocó las bragas en su sitio, cuidándose de ajustarlas bien, y se levantó de la cama. Se quitó la camiseta y los pantalones, pero se dejó el bóxer. No se sentía lo suficientemente fuerte como para resistirse a follarla si su polla la tocaba por accidente. Sacó el regalo de Paco del bolsillo de la chaqueta y lo abrió, dejándolo sobre la mesilla. A su alcance. Luego se arrodilló en la cama, frente a ella. Su pubis pegado al trasero de ella y, con libidinosa calma, comenzó a torturarle los pezones sin quitarle el sujetador. Los apretó y los acarició, hasta que se pusieron duros como guijarros, y luego bajó la cabeza y los chupó por encima de la tela, aprovechando para frotar su erección contra el sexo húmedo de ella.

—Quítame el sujetador, joder —le exigió Eva entre jadeos al sentir la tibia caricia de sus dientes sobre los pezones.

Adán decidió complacerla y, de paso, complacerse. Le apartó el sostén y,

aguantándose sobre los codos, se tumbó sobre ella y se meció, frotando su torso contra los llenos y pesados pechos femeninos mientras atacaba ese punto especial en su cuello.

Ella tembló al sentir su áspero vello rozándole los sensibles pezones. Intentó alzar las caderas o arquear la espalda para restregarse contra la erección que le torturaba el coño, pero seguía inmobilizada. Y eso la excitó todavía más.

—No lo intentes. No vas a poder escabullirte —le advirtió Adán, devorando su boca.

Se separó de ella, ahíto de placer. Volvió a arrodillarse y, tras recorrer con un dedo la hendidura que se marcaba en las braguitas, desde el clítoris hasta el trasero, las agarró y tiró con fuerza, rasgándolas.

—¡Eran mis bragas nuevas! —exclamó Eva con la voz enronquecida por el deseo.

—Te compraré otras. Unas abiertas por las que pueda follarte sin quitártelas.

Y, dicho esto, hundió el índice en el tarrito de aceite de coco, tomó un poco y se lo untó en el ano. Lo extendió despacio, dejando que se derritiera contra la piel antes de presionar con suavidad contra el estrecho agujero, sin penetrarlo, sólo tentándolo. Luego cogió otro poco de pomada y repitió el proceso, pero esta vez deslizó la boca por el vientre femenino. Atrapó los labios vaginales con los dientes y chupó, el dedo detenido sobre el ano, presionando para entrar. Lo hundió hasta la primera falange en el mismo momento en que rozaba el hinchado y tenso clítoris.

Eva tembló debajo de él, perdiendo parte de la tensión que la había dominado desde que él había comenzado a jugar con su culo.

Adán le lamió la vulva con lentas y suaves pasadas mientras ahondaba con el dedo hasta la segunda falange. Endureció la lengua y la enterró en su vagina. Entró y salió de ella, imitando los movimientos que hacía en su ano, adentrándose más a cada estocada. La sintió temblar bajo él, al borde del orgasmo. Se apartó.

Ella gruñó frustrada, estremeciéndose sin control.

Adán le apoyó la base de la mano en el pubis, instándola a calmarse, al

tiempo que hundía dos dedos en el tarro. Los sacó doblados, llevándose una buena cantidad de aceite. Lo extendió sobre el ano relajado y bajó la cabeza para besarle el ombligo. Descendió por su tripita con los labios mientras amasaba el fruncido agujero y, cuando llegó a donde ella más lo necesitaba, introdujo hasta el fondo uno de los dedos.

Eva se sobresaltó al sentirlo tan profundo en su interior, pero él estaba cerca de su clítoris, rondándolo pero sin tocarlo, lo que despistaba mucho su atención. Se removió contra su boca, instándolo a ir a donde más lo necesitaba, pero él, hombre cruel, hizo caso omiso de sus movimientos y siguió mordisqueándole los muslos sin importarle que necesitara más.

—Chúpame el clítoris, joder —suplicó.

Lo sintió sonreír contra su sexo antes de atrapar el dichoso botón entre los labios y hacer exactamente lo que le había pedido.

Eva se tensó, sintiendo el cosquilleante calor que precedía al orgasmo. Estaba tan cerca... E iba a ser tan bueno... Se removió intentando pegarse más a sus labios. Y en ese momento él le metió otro dedo. Gimió disgustada al notar un ardiente escozor en el recto por culpa de la invasión, pero, a pesar de sus protestas, él no desistió. Continuó moviendo los dos dedos dentro de ella, girándolos y abriéndolos, al tiempo que le comía el clítoris, hasta que el leve dolor se convirtió en placer.

Cuando Eva comenzó a estremecerse de nuevo, Adán le enterró el índice de la mano libre en la vagina y le acarició ese punto endurecido que acabó por lanzarla al orgasmo. Chupó y chupó mientras ella se corría entre gemidos y, cuando la sintió relajarse, se apartó. Se untó la polla con la pomada y la colocó en el lugar que habían relajado sus dedos. Empujó con insistencia, hasta que el glande pasó el anillo de músculos del tenso esfínter. Ella se quejó sin palabras, pero él siguió introduciéndose despacio y besándole el cuello, los pómulos, los labios, hasta que estuvo totalmente dentro.

Se detuvo, faltó de aire. Era una sensación increíble estar enterrado en ella sin ninguna barrera que los separara. Era la primera vez desde su divorcio que follaba sin condón. No debería haberlo hecho, pero sabía que Eva no tenía ninguna enfermedad, y por ahí tampoco había ningún peligro de dejarla embarazada. Así que había relajado sus reglas sobre el sexo seguro, y allí

estaba, dentro de ella, sin nada que lo privase de sentirla por completo. Y era maravilloso. Tanto, que temía correrse si se movía.

Cogió aire y lo retuvo en sus pulmones mientras apretaba con fuerza el ano, tal y como le había enseñado Paco. Enseguida notó que su erección bajaba. Sonrió; maldito hombre, siempre tenía razón en esos temas. Volvió a hacerlo otra vez, calmándose lo suficiente para durar al menos unos minutos y, tras desatar las manos de Eva, empezó a moverse.

Ella le rodeó las caderas con las piernas y extendió un brazo sobre la cama, aferrándose a las sábanas. Deslizó la otra mano por su cuerpo, pellizcándose los pezones al tiempo que él se movía sobre ella, saliendo despacio para luego metérsela otra vez hasta el fondo.

Adán se perdió por completo cuando vio que Eva se llevaba la mano al pubis y comenzaba a masturbarse. Se olvidó de contenerse, de respirar y hasta de su mismo nombre, y bombeó delirante hasta que las sacudidas provocadas por el orgasmo femenino lo precipitaron a su propio clímax. Se apretó con fuerza contra ella, disfrutando de su primer orgasmo sin barreras en casi veinte años. Y era espectacular. Lo mejor del mundo. Ninguna goma le apretaba la base de la polla cuando eyaculaba, nada le robaba sensibilidad y no tenía que apartarse antes de perder la erección por temor a que se descolocara el condón y el esperma escapara, causando un desastre.

Y, como no tenía que salirse, permaneció dentro de ella, saboreando la sensación de ablandarse en su interior.

Ojalá fuera siempre así. Habría dado lo que fuera por poder disfrutar de esa sensación más veces, y, a poder ser, en su vagina. Debía de ser increíblemente suave, perfecta para su polla. Tan perfecta como lo era ella para él.

—No es por echarte..., pero pesas bastante —comentó Eva, pellizcándole el trasero.

Él sonrió y se dejó caer a un lado.

Ella se volvió hasta reposar la cabeza sobre el pecho de él y jugó perezosa con el vello de su torso.

Adán cerró los ojos relajado. No le importaría pasar el resto de la noche con ella. Dio un respingo, sobresaltado al darse cuenta de que era la primera

vez tras su divorcio que se planteaba pasar la noche con una mujer.

—¿Te pasa algo? —Lo miró preocupada.

—No. Sólo estaba pensando que... —Se interrumpió, reacio a exponer sus pensamientos.

—Vamos, suéltalo, seguro que no es tan peligroso como crees —se burló ella.

Adán resopló. ¡Por supuesto que pasar la noche con una mujer era peligroso! ¡Podía dar lugar a malentendidos! Se volvió para mirarla. «Pero con Eva no hay ningún riesgo», pensó. Ella era como él, un alma libre a la que no le gustaban los compromisos.

—Es muy tarde —comentó—. Mi abuela lleva unos días buenos y no me necesita a su lado por la noche. Además, cuando nos despertemos será domingo, y no tendrás que ir a cuidar de los diablillos de Gala. Podría a quedarme hasta las once..., si te parece bien.

Eva lo miró sorprendida. ¿Estaba diciéndole que quería dormir con ella? Se obligó a mantener el gesto sereno y no dejar que su cara mostrara la emoción que sentía. Era la primera vez desde que lo conocía que no se vestía inmediatamente después de follar y se iba.

—Claro, si quieres quedarte, por mí estupendo. Hay sitio de sobra para los dos.

—Genial, estoy cansado y no me apetece irme —susurró él, besándole la frente.

Permanecieron en un tenso silencio unos minutos, mirándose sin saber qué hacer, hasta que Eva se volvió para tumbarse de lado, dándole pie a abrazarla al más puro estilo «cuchara». Él aprovechó la oportunidad al vuelo, adoptando dicha postura, y ella, que de tonta no tenía un pelo, se acurrucó contra él. Se quedaron así un instante, y luego él dejó resbalar la mano por el vientre femenino para jugar con la delgada línea de vello que adornaba el pubis. Poco después, sus dedos siguieron bajando con la intención de acariciarla de forma más íntima.

Eva impidió su avance.

—Ni se te ocurra seguir si antes no te has lavado —le advirtió—. ¿O no recuerdas dónde has tenido metida la polla antes?

Adán se echó a reír ante tan gráfica explicación y, sin perder más tiempo, fue al baño.

Eva se tumbó boca arriba. Ella también debería asearse, pero en ese momento no podía. No tenía fuerzas. O, mejor dicho, lo que le faltaba era contención. Estaba segura de que si salía de la cama empezaría a dar histéricos saltos de alegría. ¡Él quería quedarse a dormir! ¡Con ella! ¿Eso significaba que su relación había dado un paso hacia adelante? ¡Seguro que sí! Estaba convencida de que alguien tan ferozmente independiente como Adán no compartiría cama y sueño con ella si no sintiera algo especial.

Notó que el corazón le latía con tanta fuerza que se le iba a escapar del pecho. Se lo presionó con ambas manos intentando calmarlo.

—¿Te pasa algo? —inquirió Adán, preocupado al entrar en el dormitorio y verla masajearse el pecho.

—No, qué va. Es sólo..., nada —dijo Eva, incapaz de explicarle que estaba tan feliz y emocionada porque se quedara a dormir que temía que el corazón se le saliera del pecho. ¡La tomaría por loca! Una loca enamorada—. Voy a darme una ducha. —Saltó de la cama.

Los hombres se daban duchas frías para tranquilizarse, ¿no? Pues ella haría lo mismo.

Cuando regresó al dormitorio, estaba titiritando.

Adán se apresuró a arroparla y a abrazarla, envolviéndola con su calor.

—¿Qué ha pasado? ¿Se te ha quedado fría el agua?

—Algo así —dijo ella, castañeteando los dientes.

—Joder, vaya birria de calentador que tienes —masculló él, sintiéndose culpable por haber gastado toda el agua.

Fue una suerte que no cayera en la cuenta de que se habían duchado más de una vez juntos y habían tardado bastante sin que el agua se les quedara fría.

Le frotó los brazos y las piernas para hacerla entrar en calor. Luego continuó con el vientre y, de ahí, el siguiente paso lógico fue el pubis. Esta vez, nadie lo detuvo.

No tardaron mucho en jadear excitados. Adán, tal y como ella había temido, restregaba su erección por la vulva, logrando que ardiera de impaciencia. Tentó con el glande la entrada de la vagina, disfrutando de la

sensación de penetrarla sin condón, pero un segundo después se apartó, reaccionando. No iba a arriesgarse a que se le escapara alguna gota de líquido preseminal que provocara una catástrofe. Se jugaba demasiado.

Estiró la mano para coger un condón de la caja que guardaban en la mesilla.

—Eva... —murmuró haciendo girar el preservativo entre los dedos—. ¿No te has planteado tomar la píldora?

—¿La píldora? —Lo miró confundida.

—Sí. Ambos somos seguros sexualmente hablando. No tenemos enfermedades y no somos promiscuos. Podrías tomarte la píldora, nos ahorraría el incordio de tener que usar condones —propuso él.

—Ah... La verdad es que —farfulló sin saber qué decir.

Cruz le había aconsejado que asentara un poco más su relación antes de soltar la bomba, mientras que Gala y Vicenta la habían exhortado a sincerarse. Y ella no sabía qué hacer.

Adán la miró preocupado al notar su turbación.

—Era sólo una sugerencia, no tienes que tomarla si no quieres —se apresuró a decir.

—No, no es eso. Es que el mes que viene son los exámenes de las oposiciones.

—Lo sé, llevo todo el mes ayudándote a estudiar —replicó él sonriente, entendiendo su inquietud. Sabía lo mucho que se estaba esforzando—. Vas a aprobar, estoy seguro.

—Yo también. Y, cuando apruebe, tendré un trabajo fijo de día, y se acabará el trabajar por la noche...

—¿Por qué esa manía de no trabajar con Paco? —la interrumpió Adán.

Si había algo que no entendía era el empeño que tenía en dejar el ConSumo Placer. Se notaba que adoraba trabajar allí y, siendo como era la protegida del dueño, dudaba mucho que jamás la despidiera. Además, no cobraba mal sueldo por tres días a la semana. Desde luego, no menos que una ordenanza, que era el puesto al que podía presentarse dada su titulación.

—Ah... —Eva tragó saliva, la garganta de repente seca—. Pues porque no puedo trabajar de noche si quiero hacer realidad mi sueño.

Adán arqueó una ceja al oírla y una risueña sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Tu sueño? Y ¿puede saberse cuál es? ¿Tal vez necesitas un príncipe azul que lo haga realidad? —dijo burlón.

—En principio, no me hace falta, lo tengo todo controlado, pero, por supuesto, admito voluntarios —replicó ella, contagiándose del talante de él. Cogió aire y se tiró al río de cabeza—. La cuestión es que, en cuanto consiga mi trabajo de funcionaria, voy a intentar quedarme embarazada.

Adán la miró petrificado, perdiendo el color y también la movilidad.

No podía hablar en serio.

—Si me tomo la píldora —se apresuró a continuar Eva al percatarse de su repentina rigidez—, tendré que esperar tres meses desde que deje de tomármela hasta que vuelva a ser plenamente fértil. Y, ¿qué quieres que te diga?, dentro de dos meses cumpliré treinta y siete años. No tengo mucho tiempo para perder.

—Y... —Adán tosió para aclararse la garganta, la cual se le había cerrado, al igual que el estómago—. ¿Tienes algún candidato para padre en mente?

—Tengo elegida una clínica de fertilidad en la que compraré los soldaditos que necesito y me harán la inseminación —dijo ella con total tranquilidad—. Aunque, como he dicho antes, si alguien se ofrece voluntario, valoraré su currículum —bromeó.

Él la miró perplejo. ¿Cómo podía bromear con eso?

—¿Estás hablando en serio? —dijo con voz tirante.

—Sí.

Se apartó de ella, sentándose en la cama. Apoyó los codos en las rodillas y ocultó la cara entre las manos.

—Adán... —lo llamó ella tras esperar un par de minutos a que se moviera o dijera algo.

—Me tengo que ir —masculló, reaccionando al fin. Saltó de la cama nervioso.

—Claro —dijo Eva, por decir algo.

Adán se puso la ropa sin molestarse en abrocharse los botones de la camisa. Se guardó el bóxer y los calcetines en un bolsillo de la cazadora y se

puso las deportivas sin abrochar.

—Nos vemos mañana —murmuró ella, despidiéndose como hacía cada noche.

Él se detuvo, la mano agarrando con fuerza el pomo de la puerta. Se volvió despacio y la miró desolado.

—No lo sé, Eva. No quiero compromisos ni mantener ningún tipo de relación —afirmó.

—Lo sé. Y estoy segura de que no te he pedido ninguna de las dos cosas.

—No lo has hecho —aceptó Adán, sacudiendo la cabeza—. Pero esto... es demasiado. Me sobrepasa. Lo siento.

—En ese caso, siempre nos quedará París —dijo ella, fingiendo una burlona indiferencia—. Ha sido un verdadero placer conocerte... y follarte. — Lo despidió con una amplia sonrisa.

—Lo mismo digo —replicó Adán, mucho más serio.

Eva esperó hasta que lo oyó salir de casa y cerrar la puerta, y luego dejó que la forzada sonrisa que mantenía se desdibujara por fin. Exhaló un acongojado gemido y permitió que las lágrimas abandonaran sus ojos, estallando en sollozos incontenibles. Tenía esa noche para llorar. Ni una sola hora más. Cuando amaneciera, acabaría el plazo de la autocompasión y su vida continuaría.

Sin él.

Ha llegado el temido día. Hoy me examino. Mi futuro soñado da el primer paso para hacerse realidad. Todo el tiempo que he dedicado a estudiar, todo el esfuerzo, toda la ilusión y todo el tesón me han traído hasta aquí. Hasta las puertas de una sala en la que, junto a cientos de personas que no me conocen, seré examinada por otras personas que tampoco me conocen. Personas que no saben nada de mis sueños y mis esperanzas, y a las que tampoco les interesan, igual que a mí no me interesan los suyos.

Estoy aquí, al principio de todo. Hoy puedo empezar a hacer realidad mi sueño más antiguo, más deseado, más querido.

También estoy a un paso de que sea el final de todo, porque hoy puede ser el día en que todo se vaya a la mierda y mi sueño acabe hecho pedazos.

Pero no voy a pensar en eso.

Voy a pensar en cualquier otra cosa.

Y cualquier otra cosa, en estos días, es siempre Adán.

Hace veinte días que lo nuestro se acabó. Sí, los he contado. Es deprimente, ¿verdad? Nunca me acuerdo de cargar el móvil, tampoco de los cumpleaños de mis amigos, y siempre se me olvida cuándo echan las series que me gustan y me las pierdo... y, sin embargo, recuerdo perfectamente el día que Adán se fue de mi casa tan rápido como si huyera de la muerte. También sé con exactitud cuánto tiempo hace que no me besa. Veinte días y tres horas.

¡Menuda cosa para preocuparse a las ocho de la mañana de un viernes!

Casi prefiero pensar en que dentro de un rato tendré que examinarme. Aunque eso todavía es más deprimente.

¡Ya sé! Pensaré en tíos buenos. ¿Habéis visto la última de la saga Potter? Uf, me encanta Eddie Redmayne, clava el papel. Y es guapísimo. Claro que no lo es tanto como David Gandy, aunque, ¿qué queréis que os diga?, para mi gusto ese hombre es demasiado perfecto. Si me dierais a elegir, me quedaría sin dudar con Pedro Pascal. Por cierto, no sé si os lo he dicho, pero Adán se da un aire a él. Sólo que Adán es más moreno y mucho más guapo. También más maravilloso, más divertido, más cariñoso, más... todo.

Él sí que es perfecto para mí.

Lo sigo viendo de vez en cuando por la plaza, cuando acompaña a su abuela a la capilla del Obispo. Y, por supuesto, en cuanto lo veo salir del portal me río a carcajadas, sonrío, hago bromas y, en definitiva, le demuestro que continúo siendo la misma mujer divertida, dicharachera y un poco loca de siempre. Por nada del mundo voy a permitir que piense que me ha afectado dejar de follar con él. Porque no es verdad. No me siento sola ni abandonada ni deprimida. Estoy feliz como una perdiz.

Una perdiz enferma de amor y al borde de la muerte, eso sí.

Me he dado cuenta de que enamorarse es el error más grave que se puede cometer. Porque cuando todo acaba duele como el demonio.

Si llego a saber que se sufre tanto, no me habría enamorado de Adán.

¡Claro, como si hubiera podido evitarlo!

A veces me asombro de las tonterías tan tontas que soy capaz de llegar a pensar.

Maldito corazón, que nos juega estas malas pasadas.

¿Dolerá mucho extirpárselo? Tal vez así deje de dolerme.



Viernes, 9 de diciembre de 2016

Eva sacudió la cabeza y, tras dar su nombre en la entrada, accedió a una enorme sala. Se sentó en una de los cientos de mesas que allí había y miró a su alrededor. Estaba rodeada de gente que iba a examinarse, igual que ella. Eran

muchísimos. ¡Miles! En esa sala había por lo menos trescientas personas. Y ésta era tan sólo la primera hornada de aspirantes. Aún quedaban miles más que se examinarían a lo largo del día. Miles de aspirantes para las poquísimas plazas que habían salido. Y muchos estarían muy preparados. Habrían ido a academias, habrían dedicado ocho o más horas diarias a estudiar, se habrían puesto las pilas a base de bien con métodos supermodernos.

Igualito que ella, que había estudiado en sus horas libres y en casa.

Estaba bien jodida.

Por primera vez en tres años, vio tambalearse su sueño. No iba a conseguirlo ni de coña. Le había costado Dios y ayuda acabar COU,[11] y la universidad ni se le había ocurrido pisarla. Lo suyo no era estudiar. Ella era una cabeza hueca a la que le encantaba trabajar en pelotas en el ConSumo Placer, sirviendo cócteles afrodisíacos y echándose unas risas con los clientes. Nada que ver con ser una seria y eficaz ordenanza en una institución pública.

¿Por qué demonios se le había ocurrido pensar que podía presentarse y aprobar?

Porque tenía un sueño.

Y Gala siempre decía que, si querías la luna, te la tenías que bajar tú solita.

Y eso era lo que iba a hacer.

Bajarse la luna.

Sacó los bolígrafos del bolso y tomó aire despacio.

Iba a conseguirlo. No tenía otra opción. Porque había alguien esperando que aprobara. Alguien que todavía no había nacido, que, de hecho, ni siquiera había sido gestado, pero a quien ella ya quería más que a nada en el mundo. Alguien que nunca la abandonaría, que la querría siempre. Alguien a quien daría todo el amor que nadie quería tomar de ella.

★ ★ ★

—¿Hoy tampoco vas a afeitarte? —le reclamó Dolores a su nieto.

—Estoy bien así —dijo Adán sin levantar la mirada del ordenador.

—Pareces Bin Laden.

—Entonces reza para que la CIA no me confunda con él y me pegue un tiro pensando que ha resucitado —replicó Adán, empeñado en fingir que estaba concentrado en el monitor, a pesar de que llevaba veinte días sin ser capaz de concentrarse en nada.

En nada que no fuera lo mucho que le dolía la ausencia de *Ella*.

Dolores frunció el ceño preocupada. Su nieto había pasado de recortarse la barba todos los días a no afeitarse ni peinarse, porque pasarse los dedos por el pelo tras ducharse de ninguna de las maneras era peinarse.

—Son casi las cuatro y media. ¿No vamos a bajar a la capilla?

—Hace frío y parece que va a llover. Mejor lo dejamos para otro día.

—Me encuentro bien y quiero bajar; vístete —exigió ella, consciente de que si lo dejara hacer su voluntad, llevaría tres semanas encerrado en casa, sin comer, sin ducharse y sin hacer otra cosa más que mirar absorto el monitor.

Adán apartó la vista de la pantalla y observó a su abuela. Se había puesto el pañuelo y parecía decidida a salirse con la suya. De hecho, desde que le habían dado la última sesión de quimio del ciclo, parecía más decidida que nunca a hacer su santa voluntad. Por lo visto, saber que ya se había acabado, al menos por el momento, le daba fuerzas.

—Está bien —suspiró apático—. Voy a vestirme.

—Eso espero —masculló Dolores—. Estoy harta de que parezcas un indigente.

Adán puso los ojos en blanco por su comentario; no era más exagerada porque no podía. Se levantó y fue a su cuarto. Cuando regresó un minuto después, seguía llevando los vaqueros viejos y había añadido a su desastrado atuendo la cazadora y las deportivas. Sin calcetines, comprobó Dolores.

—Vas hecho un adán —lo acusó disgustada.

—Lo cual no es raro, al fin y al cabo, soy un Adán —replicó él intentando parecer chistoso pero sin conseguirlo. Enfiló el pasillo y abrió la puerta de entrada—. ¿Vienes o no?

Dolores resopló frustrada y lo siguió.

—Me ha dicho un pajarito que Eva se ha presentado hoy a los exámenes esos para las oposiciones —le comentó nada más entrar en el ascensor.

—¿Cómo lo sabes? —Alzó la cabeza con brusquedad para mirarla interrogante.

Dolores suspiró. Por primera vez en ese día, su nieto reaccionaba a algo. Y ese algo estaba relacionado con la Borrego. ¡Cómo no!

—Me lo ha dicho Mercedes, y a ella, Juan. Y ya sabes que Juan nunca se equivoca.

—Ya veo. Radio Portal en todo su apogeo —masculló Adán con mordacidad.

Recorrieron la entrada en silencio y, al salir, vieron al papá hindú apostado en la puerta de su tienda.

Adán observó la plaza con los ojos entornados. Las cosas habían cambiado mucho tras el incidente con los bombones. Había sido el más peligroso de todos, y también la gota que había colmado el vaso. Los perros ahora iban atados y con bozal, y los adultos vigilaban concienzudamente a sus hijos, como hacía el hindú. Y no era el único: Rodrigo y Calix también observaban con celo a Jimena y a Gadea por las tardes hasta que subían a sus clases particulares con el Ogro. Éste también solía estar en la plaza a esas horas, vigilando, sobre todo si no hacía mucho frío. En cambio, al Inspector apenas se lo veía; de hecho, sólo salía de su madriguera cuando había incidentes, como si sólo le interesara enterarse de cosas relacionadas con ellos. Claro que también era cierto que era entonces cuando más ardiente se volvía el debate entre vecinos, o, si no, que se lo dijeran al Mudo, que disfrutaba como un niño utilizando su cargo de presidente para poner orden en las reuniones. Se detuvo al darse cuenta de que hacía varios días que no lo veía. Era raro que el excelso presidente no bajara a la plaza para charlar con los vecinos antes de irse a trabajar.

—¿Por qué te paras? —preguntó Dolores, sospechando que tal vez fuera porque no quería pasar frente al banco en el que estaba la Borrego. Su nieto y ella se estaban comportando de una manera muy rara desde hacía un tiempo.

—¿Sabes si le pasa algo a Juan? Hace tiempo que no lo veo.

—Por lo visto, está con gripe en casa. El muy tonto no se vacunó en su día, y ha caído enfermo. Así aprenderá para la próxima.

—¿Lleva tres semanas con gripe? —masculló sorprendido. No sabía que

las gripes duraran tanto.

—Eso dice Mercedes, pero a mí me parece que se está haciendo el remolón, porque eso es mucho tiempo.

Adán asintió, coincidiendo con su abuela, y continuó andando.

Dolores, agarrada a él, lo observó preocupada. En lugar de caminar con pasos firmes y decididos, lo hacía desanimado y cabizbajo. Había pasado de estar impaciente por bajar a la plaza para ver a la Borrego, a resistirse a salir y pasar el día entero en casa, tan animado como un muerto en su ataúd. Buscó a la mujer que intuía era la culpable del deprimente estado de su nieto y, cómo no, la encontró en el banco del Lector, charlando con el mariquita y con Rodrigo. Dolores no pudo evitar fruncir el ceño ofendida al verlo. El muy traidor se había aliado con el enemigo. No muy lejos de ellos, en el banco contiguo, el guapito del primero vigilaba a los niños mientras fingía no interesarse por la conversación del resto de los vecinos.

Al pasar frente a ellos, Adán se paró para, con distante cordialidad, preguntar a Eva por los exámenes y desearle suerte. Ella le respondió con forzada alegría mientras el mariquita miraba a Adán como si quisiera matarlo. Luego se despidieron, él con tirante cortesía y ella, con una felicidad tan rígida que parecía que se le iba a romper la boca de tanto sonreír.

Dolores resopló. No sabía qué había sucedido entre ellos, pero lo que estaba claro era que ambos lo estaban pasando muy mal. La Borrego estaba tan empeñada en parecer feliz que no cabía duda de que no lo era en absoluto. Y su pobre niño se pasaba el día apático, mirando sin ver la pantalla de su ordenador, sufriendo cual alma en pena como un tonto enamorado.

¡De buena gana les daría un par de tortas a los dos para espabilarlos!

Sobre todo, a Eva. Seguro que ella era la culpable. No podía ser de otra manera.

★ ★ ★

Sábado, 17 de diciembre de 2016

—Yo haré el cordero asado —comentó Eva.

—¡No! —exclamaron Gala y Vicenta a la vez.

—¡Joder, ni que fuera a envenenaros!

Las dos mujeres se miraron una a la otra, evitando mirar a Eva.

—Cielo, la última vez se te quemó un poco —comentó Cruz con cariñoso cuidado.

—¿Un poco?! ¡Estaba carbonizado! —gritó Gadea poniendo cara de asco.

—¡Exagerada! —protestó Eva ofendida.

La niña le sacó la lengua y echó a correr hacia su dormitorio, donde estaba jugando con su hermana a la consola.

—Deja que Vicenta se ocupe del cordero y tú ponte con la lombarda con tocino, que te sale de miedo —señaló Cruz conciliador.

Eva asintió de mala gana.

—¿Le has encargado el fiambre a Juan, Vicenta? —le preguntó Gala, quien, como encargada de la logística en la cena de Nochebuena y la comida de Navidad, tomaba nota de todo lo que había que comprar.

—Sí, y he tenido que ponerme a la cola para hacerlo. Había varios vecinos en su puerta cuando he bajado. En estas fiestas, el Mudo está de lo más solicitado, así que se ha cansado de tanto trajín y ya no nos deja entrar en casa, por lo que nos toma nota desde la puerta.

—Pobre hombre —murmuró Cruz. Las mujeres lo miraron sin entender—. Ningún vecino le hace caso nunca, a no ser que quieran, o, mejor dicho, queramos algo de él. Entonces acudimos a él para encargarle el fiambre sin dudarle. No sé cómo no nos manda a la porra.

—No te voy a quitar la razón, porque la tienes —aceptó Vicenta—. Es más, yo diría que se está hartando de todos nosotros, porque hoy estaba de mal talante. Ni siquiera ha querido cotillear un poco. Parecía como si tuviera prisa por despacharnos.

—Sí que debe de estar harto para no querer cotillear —se burló Gala, echándole un último vistazo a la lista—. Prestad atención, a ver si no me he dejado nada —dijo con semblante serio—. Del consomé y la lombarda se encarga Eva. Del marisco y los aperitivos fríos me ocupo yo. También haré unas croquetas para las niñas. —Las apuntó—. Del cordero asado y la sopa de

almendras te encargas tú, Vicenta. Lo que sobre en Nochebuena nos servirá de comida de Navidad junto con las almejas a la marinera que haré yo, el pastel frío de pollo de Eva y la tarta de zanahoria de Vicenta. ¿Todo correcto?

—Perfecto —afirmó Eva, intentando parecer animada por la proximidad de las fiestas, pero era tan difícil sonreír...

Se suponía que el tiempo todo lo curaba, pero en su caso, cada día que pasaba era peor que el anterior. La tristeza le estaba ganando la batalla, y las fiestas no hacían más que empeorar su abatimiento. Su abuela hacía años que faltaba, su madre no tenía ni idea de por dónde andaría, y Adán... En fin, él ya no formaba parte de su vida. Daba gracias a Dios por tener consigo a Gala y a sus hijas, a Vicenta, a Paco y a Cruz, aunque éste fuera a faltar en Nochebuena y Navidad. Lo iba a echar mucho de menos.

—Me muerdo de envidia —suspiró Cruz en ese momento, como si le hubiera leído la mente—. Os voy a extrañar muchísimo esta Nochebuena. Estoy tentada de ponerme enferma y no ir.

—No digas tonterías, Cruz, todo va a ir de maravilla, ya lo verás —lo alentó Vicenta.

—Lo que sí es seguro es que van a ser unas fiestas inolvidables —resopló él—. Lo que no creo es que sea para bien...

—Vamos, Cruz, tienes que animarte —lo instó Eva—. Por fin vas a conseguir lo que tanto querías, no puedes estar tan abatido.

—Y eso es una muestra de que siempre tienes que tener cuidado con lo que deseas, porque puede ser que lo consigas —dijo él con un sollozo, apoyando la cara en la mesa y tapándose la cabeza con los brazos—. Dentro de una semana, toda mi vida se va a ir a la mierda. Perderé al hombre de mi vida y no volveré a ser feliz nunca. ¡No puedo ir! —exclamó, alzando la cabeza—. Le diré que estoy enferma. Mejor aún. Me pasaré la noche en la calle, sin chaqueta y descalza, así no podrá obligarme a ir a Málaga —gimió desesperado.

—¡Por supuesto que no vas a hacer eso! —lo increpó Gala, dándole un coscorrón—. ¡Basta ya, Cruz! ¡Eres un hombre, compórtate como tal!

—¡No lo soy! —gritó él, saltando de la silla—. Soy un maricón viejuno y emplumado. ¡No sé comportarme como un hombre!

—Tranquila, Cruz. —Eva lo abrazó, echándole una furiosa mirada a su amiga—. No hagas ni caso a Gala, ya sabemos que tiene la sensibilidad de una mosca cojonera.

La aludida resopló enfadada, pero se mantuvo en silencio, consciente de que Cruz no necesitaba mano dura, sino mimitos.

—Tienes que serenarte —lo instó Eva, empujándolo para que se sentara de nuevo—. Es la primera vez que Bruno te invita a Málaga y...

—Pero ¿por qué lo ha hecho? ¿Qué cables se le han cruzado para querer llevarme a casa de su madre? ¡Es horrible!

—Pero ¡si llevas todo el año quejándote porque siempre te deja de lado en lugar de llevarte! —saltó Gala.

—Gala lleva razón, cielín —apuntó Vicenta—. Incluso se lo reclamaste en Halloween. Él te ha tomado en cuenta y te ha hecho caso. Es un logro maravilloso.

—¡Oh, sí, maravilloso! Un desastre, eso es lo que es.

—No es ningún desastre, Cruz —intervino Eva—. Es algo estupendo. Vas a conocer a su madre y a sus hermanos. Es lo que siempre has querido.

—Pero ¡no así! —gritó él, levantándose de nuevo—. Les ha dicho que va a ir con un amigo. ¡Un amigo! —repitió histérico—. No su novio ni su pareja ni el maricón con el que folla cada noche. Sólo un amigo. Nada más.

—Y ¿qué hay de malo en eso? —dijo Vicenta, intentando apaciguarlo—. No es la mejor manera de presentarte, pero al menos vas a conocer a su familia. Es un paso adelante por su parte, aunque sea un paso a medias. Deberías estar contenta.

—¡Contenta! Pero ¿vosotras lo habéis pensado bien? —clamó Cruz, mesándose el pelo—. Me ha repetido hasta la saciedad que sólo voy en calidad de amigo. —Las miró esperando que lo hubieran entendido, pero ellas sólo atinaron a mirarlo confundidas—. Sólo. Su. Amigo —dijo muy despacio—. Y yo tengo muchísima pluma. Al agarrar la taza de café, el meñique se me dispara, meneo las caderas al andar, si algo me sobresalta, grito como un bebé, no puedo dejar quietas las manos y tengo esta manera de hablar que soy incapaz de disimular —acabó con un sollozo, señalándose la garganta con sus dedos largos y esbeltos—. ¡¿Cómo voy a fingir que soy un machote?!

—Y ¿para qué vas a fingirlo? Tú eres quien eres, una persona maravillosa. Y eso es lo que cuenta —afirmó Vicenta, sin entender adónde quería llegar.

—Vamos a ver, queridas —exclamó Cruz exasperado—. Bruno va a llevar por primera vez desde que se mudó a Madrid a un amigo a casa de su madre, y no en una fecha cualquiera, no, ¡va a llevarlo en Navidad! Y ese amigo resulta que es su vecino, aquél al que su hermano pilló en casa en septiembre —dijo en referencia a la semana que tuvo que pasar en casa de Eva para que el hermano de su novio no se enterara de que era gay y vivía con él—. ¡Menuda casualidad! Y, no contento con eso, resulta que ese amigo, además, es un maricón de los pies a la cabeza. Si su madre y sus hermanos no son tontos, atarán cabos y descubrirán el pastel.

—¿Y qué?! —exclamó Gala, dando voz a todas—. ¡Llevas años reclamándole que salga del armario!

—¡Sí, pero no así!

—Así, ¿cómo? —preguntó Eva perpleja.

—Así, por mi culpa. Porque no voy a saber disimular que lo quiero delante de su familia, a la que me va a presentar porque lo he puesto contra las cuerdas. Va a dar un paso que no quiere dar porque no le he dejado otra opción que darlo. ¿No os dais cuenta? Va a llevarme allí, exigiéndome que me comporte como el hombre que no soy, y cuando su familia descubra que somos amantes, me echará la culpa y me dejará —dijo rompiendo a llorar.

—Tienes que confiar un poco más en tu pareja, hijito —señaló Vicenta abrazándolo.

—Todo va a salir bien, Cruz; sólo tienes que ser tú mismo y los conquistarás —aseveró Eva, sumándose al abrazo.

—Además, puede que Bruno sea un capullo, como todos los hombres, pero no lo es tanto; se nota a la legua que te quiere —afirmó Gala, uniéndose a ellos—. Y, si resulta que no, dímelo y le machaco los huevos.

Cruz se echó a reír al oírla.

—Ay, mi niña, ¿de verdad harías eso por mí? —susurró, dándole un pico.

—Y con mucho gusto —replicó ella con una gran sonrisa.

Acabaron de hacer la lista de la compra y luego, para celebrar que habían conseguido crear un buen menú sin arruinarse por completo, Vicenta sacó una

botella de sidra y la repartió en cuatro copas. Una para cada amiga, porque, al tener poca graduación, no creían que pudiera afectarle mucho a Cruz. Y, qué narices, ¡necesitaba animarse!

Brindaron por la amistad, por las Navidades, porque estaban juntos y por la esquiva felicidad, momento en el que se acabó la botella.

—Y, hablando de felicidad —comentó Cruz mirando a Eva—. ¿Qué pasa con tu sonrisa? ¿Piensas recuperarla en Navidad o vas a seguir triste mucho tiempo más?

—Será que no sonrío —resopló ella huraña.

—Una sonrisa de verdad, no —dijo categórica Vicenta.

—Y todo por culpa de ese cabrón del tercero —masculló Gala—. Tantas balas que se disparan en los campos de tiro, con el buen blanco que sería él.

—No es culpa suya —afirmó Eva, poniendo los ojos en blanco al oírla—. Son estas fechas, que me ponen triste.

—Claro. Y llevas triste un mes, anticipándote a la Navidad y coincidiendo con el día que él te dejó —dijo Cruz mordaz.

—No me dejó —replicó ella—. No estábamos saliendo, sólo era sexo...

—Por supuesto, cielito. No lo llares *amor*, no vaya a ser que te oiga y se asuste más aún —dijo burlona Vicenta.

Eva se encogió de hombros, ignorando sus pullas.

—No estoy depre. Y mucho menos por él —aseveró cansada—. Estoy feliz, o lo estaré en cuanto salgan los resultados de las oposiciones y pueda ponerme manos a la obra con mi sueño.

—Estás a un paso de comenzar a hacerlo realidad —comentó Cruz, tomándole la mano.

Eva asintió con una sincera sonrisa en los labios. Pensar en su bebé era lo único que conseguía arrancarle sonrisas de verdad en esos días.

—Y, tú, Gala, ¿no tienes nada que contarnos de tus pretendientes? —susurró Eva, guiñándole un ojo—. Sé de buena tinta que te llueven las invitaciones.

—¿Esas traidoras que tengo por hijas ya te han ido con el cuento? —masculló ella envarada.

—¿Qué ha pasado? ¡Cuenta, cuenta! —exclamó Cruz encantado.

—No es nada importante. —Le quitó hierro al asunto—. Las niñas van a pasar Nochevieja y Año Nuevo con sus abuelos paternos. Y, como no quieren que esté sola en esas fechas, o al menos eso aseguran, porque yo no tengo tan claro que no sea una estrategia para ponerme en un compromiso, se lo han comentado a Calix y a Rodrigo, pidiéndoles que me saquen por ahí... ¡Como si yo fuera un perrito al que tienen que sacar de paseo! —estalló enfadada—. Y ellos, en lugar de comportarse como adultos y no hacerles caso, se han tomado en serio su sugerencia y el asunto se ha convertido en una competición entre Jimena y Gadea, en la que cada cual apuesta por su favorito. ¡Me están volviendo loca!

—¿Te han invitado a salir los dos? —preguntó Vicenta, deseando saber.

—¡Calix ha invitado a mamá a salir de fiesta en Nochevieja! —gritó Jimena, apareciendo de repente en el comedor, lo que significaba que no estaban jugando con la consola, sino espiando a los adultos.

—¡A una fiesta! ¡Qué maravilla! —Cruz se llevó las manos a la cara emocionado.

—Pero Rodrigo la ha invitado a dar una vuelta por Madrid y ver las iluminaciones de Navidad. ¡Y eso mola más! —intervino Gadea—. Mamá, tienes que ir con Rodrigo, ¡¡por favor!! Es mucho mejor que el musculitos.

—¡Y una porra! ¡Calix es más guapo y más simpático que Rodrigo, que es más serio que yo qué sé!

—Sí que se lo han tomado a pecho —comentó Vicenta, gritando para hacerse oír por encima de la discusión de las pequeñas.

—¡Es insoportable! —gimió Gala.

—Doy fe —coincidió Eva, que tenía que oír todos los días los pros y los contras de cada pretendiente.

—Y ¿con quién vas a salir? —indagó Vicenta.

Las niñas, como no podía ser de otra manera, se callaron, atentas a la contestación de su madre.

—Con nadie. Esta misma mañana he visto una oferta para pasar el fin de año en Canarias y he decidido ir. Ya tengo los billetes de avión. He pedido el viernes libre; me voy a las ocho de la mañana y vuelvo el lunes a las siete de la tarde.

—¡No! —gritaron Jimena y Gadea a la vez.

—Lo siento, ya está pagado, no puedo echarme atrás —dijo con una malévola sonrisa en los labios.



Lunes, 19 de diciembre 2016

Adán observaba ensimismado el monitor mientras escribía sin pausa en el cuaderno. No era un texto coherente, sólo frases que daban forma a los pensamientos que se le cruzaban por la cabeza y que descartaba tan pronto trasladaba al papel. Golpeó con la punta del Bic el bloc y arrancó la hoja. Todo lo que había escrito era una sarta de disparates desordenados que no tenían base ni fundamento. Se echó hacia atrás en la silla, hasta que ésta quedó en equilibrio sobre las patas traseras. Se balanceó, sus ojos volando de la pantalla del portátil a la del ordenador de sobremesa y, de ahí, a las libretas y los cuadernos que llenaban la mesa. Ahí estaba todo lo que sabía y había averiguado sobre los incidentes en el edificio y la plaza. Los informes de la científica que le habían pasado sus amigos bajo cuerda, las coincidencias que había encontrado, sus propios pensamientos y sospechas, también dónde estaba cada vecino antes, durante y después de los incidentes. Incluso cómo vestían y cuál había sido su reacción. Estaba todo ahí. Su instinto le decía que la solución estaba frente a él, que sólo tenía que hilar fino y la encontraría. Pero no daba con ella.

Dejó caer la silla hasta que las cuatro patas tocaron el suelo, centró la vista en la pantalla y comenzó a revisar por enésima vez en esa tarde, en esa semana, en ese mes, todo lo que sabía. Aunque era consciente de que no le iba a servir de nada.

Era incapaz de concentrarse. Daba vueltas a las mismas cosas, abstraído; repasaba el mismo párrafo una y otra vez sin entender lo que leía, y cometía errores de novato. Tan pronto creía que el agresor era alguien ajeno al edificio como estaba seguro de que eran el Inspector, el Mudo o el Cubano. También

sospechaba del Ogro, los morosos, Rodrigo y Calix en menor medida. Y, tal y como estaba de confundido, ¡hasta de sí mismo podría sospechar!

Era incapaz de razonar con claridad porque se sentía ofuscado. Desorientado.

Se frotó las sienes, intentando calmar el dolor de cabeza que latía tras ellas.

Debería dejarlo. Apagar los ordenadores, recoger los cuadernos y salir a la calle para que le diera un poco el aire. Y lo haría si creyera que le iba a servir para despejarse. Pero sabía que no le valdría de nada, que seguiría igual de atontado y amargado. Porque lo que tenía no se curaba con un poco de aire fresco, menos aún con unas cuantas cervezas. Ni siquiera con las suficientes como para acabar como una cuba.

Así que hizo lo que llevaba haciendo todo el mes: refugiarse en el trabajo.

Garabateó la fecha en la libreta, más por escribir algo que porque supiera exactamente lo que quería escribir. Miró los números, ocho en total. 19/12/2016. Y en ese momento se percató del día en que estaba.

Hacía un mes desde la última vez que había tenido a Eva entre sus brazos.

Agarró el bolígrafo y lo apretó hasta romperlo en dos. Luego, como no era suficiente, la emprendió contra el cuaderno en el que había anotado la maldita fecha. Clavó en él la mitad del bolígrafo que tenía punta, hundiéndola en las hojas para luego tirar, desgarrándolas. Y, no contento con eso, le arrancó las tapas con saña y arrojó el esqueleto anillado con las hojas grotescamente despedazadas contra la pared. Lo siguieron en su periplo contra el muro varias libretas, y acababa de agarrar el portátil con la intención de estrellarlo contra el suelo, cuando la puerta de la calle se abrió y Dolores entró en casa tras pasar toda la tarde en la de Mercedes.

La abuela, al pie del pasillo, observó asustada al nieto y, tras tragar saliva, se aferró con fuerza al bastón, irguió la espalda y se encaminó hacia el comedor, donde Adán sostenía en alto uno de sus amados cacharros con la clara intención de romperlo.

—Espero que eso no explote cuando lo tires al suelo —dijo recorriendo el corto trecho que la separaba del salón.

Adán bajó la mirada avergonzado y volvió a dejar el portátil sobre la

mesa.

—Mucho mejor. —La anciana cabeceó—. Ahora, si no es mucha molestia, recoge todos los papeles que hay en el suelo antes de que los pise y me caiga.

—Lo siento, abuela, yo...

—Creía que ya no eras un niño para montar una pataleta cuando te frustras, pero ya veo que me he equivocado —masculló dirigiéndose al sillón mientras Adán, avergonzado, se apresuraba a recoger los papeles para que no los pisara—. Ya he hablado con Mercedes. Sus hijos los han invitado en Navidad y Nochevieja, así que nosotros pasaremos con ellos la Nochebuena y el Año Nuevo. El resto de las fiestas estaremos solos.

—Por mí, estupendo. Incluso me alegraría si no quieres celebrarlas. Odio estas fiestas —masculló Adán, aplastando con furia los papeles entre los puños.

—De niño te encantaban.

—De niño era idiota —replicó él.

—Yo diría que aún lo eres.

—¿Sabes qué, yaya?, no voy a llevarte la contraria porque creo que tienes toda la razón —afirmó, saliendo del comedor.

Dolores lo oyó caminar furioso hasta la cocina para tirar con tanta rabia los papeles al cubo de la basura que lo hizo chocar contra la pared.

—Me voy a echar un rato —le dijo Adán instantes después, asomándose al salón—. Me mata la cabeza.

Dolores asintió preocupada. No le extrañaba que le doliera, llevaba todo el mes alterado, casi diría que enajenado. En lugar de dormir, pasaba las noches vagando por la casa como un alma en pena. Durante el día apenas si salía un rato a la calle, y sólo porque ella lo obligaba; el resto del tiempo lo pasaba frente a esos cacharros, mirando las pantallas sin ver, absorto en sus miserias. Había dejado de reír, de bromear y hasta de sonreír.

En definitiva, había vuelto a ser el de antes. Sólo que peor. Se lo veía apático, amargado, triste... Infeliz.

Y todo era por culpa de la Borrego. Había hecho que su niño fuera feliz para luego dejarlo hecho un guiñapo.

Dolores frunció el ceño enfadada. Esa historia había llegado ya demasiado

lejos.

Se levantó y fue a la habitación de su nieto, decidida a averiguar qué había pasado y ponerle fin al asunto. La iban a operar en poco más de dos semanas y no pensaba entrar en quirófano sin hablar antes con él y obligarlo a solucionar las cosas. Nadie sabía qué podía ocurrir en una operación, y desde luego que no se iba a ir a la tumba con el cargo de conciencia de no haber conseguido, o al menos intentado, que fuera feliz.

Y si para lograr eso tenía que juntarlo con una Borrego, ¡pues que así fuera! Cosas peores podían pasar, como, por ejemplo, que la odiara por haberle mentido durante toda su vida, algo que, decidió, también iba a solucionar esa misma tarde.

Se paró ante la puerta cerrada de la habitación de Adán y, tras dudar un instante entre abrir o llamar antes, se decidió por no pedir permiso y utilizar el factor sorpresa.

Agarró el pomo y, sin pensarlo dos veces, lo giró y entró en el dormitorio.

Su nieto ni siquiera se inmutó. Estaba tumbado en la cama, vestido como un pordiosero, peinado como un demente y tapándose la cara con un brazo.

—¿Qué pasa, yaya? —dijo sin apartar el brazo de su rostro.

—¿Por qué ya no bajas nunca a buscar a Eva? —le preguntó de sopetón, casi con furia.

—Porque no me apetece —gruñó él sin mirarla.

—¿Os habéis enfadado?

—No somos críos para enfadarnos —replicó con una amarga sonrisa en los labios.

—Entonces ¿por qué ya no sois novios?

—Nunca lo hemos sido.

—Jamás he oído una tontería más grande. Por supuesto que lo erais —resopló escéptica.

Adán apartó por fin el brazo de su cara y fijó en ella sus ojos enrojecidos por las horas frente al ordenador, el cansancio y las noches sin dormir.

—Follábamos de vez en cuando, abuela, eso no es ser novios —apuntó hiriente, tan frustrado y rabioso contra el mundo en general, y contra sí mismo en especial, que necesitaba soltar la rabia y discutir con alguien, aunque fuera

con su abuela.

—Puede que os acostaseis de vez en cuando, Adán —replicó Dolores con gran dignidad—, pero ibais más allá de eso. Os veíais a diario en la plaza, ibas a recogerla todos los fines de semana a ConSumo Placer, la buscabas cada segundo que tenías libre, y ese tiempo no lo pasabais retozando, sino hablando. ¡Y no se te ocurra negármelo! —exclamó cuando él fue a replicar—. Se te nota mucho cuando has estado ocupado en deportes de cama y cuando no. Tampoco cuesta tanto doblar la ropa antes de entrar en faena —gruñó entre dientes—. A mi parecer, y por desgracia, os une algo más profundo que un poco de sexo.

Adán negó con la cabeza.

—¿Tú qué sabrás? —espetó furioso por lo acertado de sus palabras.

—Sólo sé que, desde que la conociste, te he visto sonreír más que en toda tu vida... y que hace un mes que ya no te ríes. El mismo tiempo que llevas apartado de ella. Y no es que eso me guste. Al contrario. Me disgusta sobremanera que te enredes con una Borrego, hay mujeres mucho mejores que ella en el mundo —dijo con premeditado desdén—. Desde luego, no has podido elegir peor.

—¡No digas eso! —Adán saltó de la cama alterado—. ¡No se te ocurra juzgarla! No la conoces, no tienes ni idea de lo especial que es. Es fuerte, independiente, decidida. No tiene miedo a nada y lo afronta todo de cara. No necesita a nadie y es brutalmente sincera. Es una mujer excepcional y no voy a permitir que nadie diga lo contrario, ni siquiera tú —le advirtió desafiante.

—Y si piensas así, si tan especial y maravillosa es, ¿por qué no sigues saliendo con ella?

Adán la miró asombrado. ¿Acababa de tenderle una trampa? Sonrió cáustico.

—Porque las cosas no son tan fáciles, yaya. —Bajó la mirada, sintiéndose vulnerable. Su abuela sabía leer en sus ojos demasiado bien.

—Nunca lo son, cariño. —Fue hacia él—. ¿Por qué no haces nada para recuperarla?

Adán dio un paso atrás; no le gustaba que nadie, y mucho menos su abuela, viera lo inseguro que se sentía.

—¿Quieres que vuelva con ella? Creí que la odiabas —comentó mordaz.

—En absoluto. Estamos en guerra porque pensamos de manera muy diferente y porque ella ha seguido la estela de su abuela, que en paz descansa, pero a pesar de nuestras rencillas, nos respetamos. —Y no mentía. La guerra había sido con su abuela y, pese a la lucha encarnizada a la que se habían dedicado durante cinco décadas, el turbio asunto que la originó ni siquiera había sido culpa de Pilar, aunque eso, por supuesto, jamás pensaba reconocerlo—. Ve con ella y soluciona las cosas.

—No hay nada que solucionar, yaya. No hemos discutido ni nos hemos enfadado, tan sólo ya no me interesa seguir viéndola.

Adán se acercó a la ventana para observar la calle. No faltaba mucho para que llegaran los niños del colegio. Y Eva con ellos.

—¿Por qué? —exclamó la anciana asombrada. Que fuera su nieto, y no Eva, quien se empeñara en esa estúpida separación era lo último que se le había podido pasar por la cabeza.

—¿Sabías que desea ser madre? —Dolores lo miró sorprendida—. Si sus planes salen como quiere, estará embarazada antes de un año...

—¿Te ha pedido que seas el padre? —susurró atónita por el descaro de la Borrego.

—¡No, por Dios! —exclamó él con una mueca de terror. Dolores lo miró sin entender—. No me necesita en absoluto, pretende ir a una clínica, comprar esperma y hacerse una inseminación artificial —explicó furioso, sin saber por qué sentía tanta rabia.

Él no quería tener hijos ni formar una familia. No debería enfurecerlo que Eva le hubiera dejado claras sus prioridades antes de que acabara irremisiblemente enamorado de ella. Aunque tal vez el aviso había llegado tarde y por eso estaba tan rabioso.

—No puedes decirlo en serio. —Lo miró sorprendida. Él asintió. Ella se quedó un instante callada y luego sonrió ladina—. Pierde cuidado, cariño. Eva no lo dice en serio, es sólo una amenaza desesperada —aseveró, comprendiéndolo todo—. Quiere ser madre, bien sabe Dios que no puede esperar mucho más, tiene casi cuarenta años...

—Treinta y seis —la interrumpió Adán.

—Los que sean —chistó ella—. Se está haciendo mayor para tener niños. No puede dormirse en los laureles o se le pasará el arroz. Por eso te ha dicho eso, para ponerte entre la espada y la pared y obligarte a que te decidas de una vez a formalizar vuestra relación. Luego ya llegarán los bebés —afirmó enfadada. Maldita Borrego. ¡¿Cómo se le ocurría usar esa estratagema con su nieto?! Estaba claro que de tal palo tal astilla, y Eva era igual que su abuela.

—No digas tonterías, yaya. Eva no me ha amenazado con nada, sólo ha constatado un hecho. Quiere ser madre.

Dolores abrió la boca para replicar.

—Y yo no quiero ser padre —prosiguió Adán antes de que ella pudiera decir nada.

Ella lo miró sorprendida. Sabía que no era muy dado a mantener relaciones formales, de hecho, sólo había tenido una: con su mujer, y se había divorciado pocos años después de casarse. Pero de ahí a que no quisiera tener hijos iba un trecho.

—¿Por qué dices eso? Claro que quieres ser padre, te encantan los niños.

—Los de los demás, y sólo un rato —aseveró él—. No pienso tener hijos. Me niego. No voy a engendrar un crío para hacerle la vida imposible —gruñó golpeando la pared.

—¿Por qué ibas a hacerle la vida imposible? —inquirió Dolores confundida.

—Porque la genética manda y, por más que me pese e intente evitarlo, soy igual que él.

—¿Que quién?

—Que papá —masculló entre dientes.

—Adán...

—Arruinó la vida de mamá y a mí tampoco me lo puso fácil. Yo no pienso seguir sus pasos y arruinar la de Eva, menos aún la de un hijo que no quiero tener —afirmó apartándose de la ventana al ver que ella entraba en la plaza con las niñas. Era demasiado duro verla y saber que ya no podría tocarla, hacerla reír ni besarla—. Sé por qué me odia tanto.

—Tu padre no te odia, Adán, no digas tonterías.

—Por supuesto que lo hace. Tuvo la estúpida idea de acostarse con mamá

y dejarla encinta, por eso se vio obligado a casarse con ella, algo que no le sentó nada bien —dijo con desdén.

—No sé de dónde has sacado esa idiotez.

—Tal vez de que soy sietemesino y, por las fotos que he visto, estaba muy gordito para haber nacido prematuro —murmuró burlón—. Mamá estaba embarazada cuando se casó.

—Sí —confesó Dolores—, pero eso no significa que Gonzalo no quisiera tenerte. Al contrario, deseaba tener hijos más que nada en el mundo.

—Y por eso no intentó tener más —dijo burlón—. Porque, que yo sepa, soy hijo único. Si tanto le gustaban los niños, ¿por qué no tuvo más?

—Porque no pudo.

—Claro, yaya, seguro que fue por eso —ironizó él—. A mi padre ni le gustan los niños ni sabe quererlos, mucho menos educarlos. Y yo tengo su mismo carácter. Así que no voy a tener hijos para amargarles la vida.

—No tienes su carácter —rebatió ella con rotundidad.

—Soy igual que él.

—No lo eres. Aunque tampoco pasaría nada si lo fueras. Él, aunque no lo creas, apreciaba a tu madre y a ti te adora. Tanto deseaba tenerte que dejó de lado su orgullo, sacrificándolo por ti.

—¿Se sacrificó por mí? ¿En serio? ¿En qué vida?

—Dices que eres igual que él y, sin embargo, no puedes ser más diferente —musitó Dolores—. No os parecéis en nada. No tienes nada, absolutamente nada de él —insistió con énfasis—. Ni siquiera ese carácter que tanto aborreces lo has heredado de él, sino de tu abuelo.

—Mira qué bien —se burló desdeñoso—. El abuelo también era bastante cabroncete en cuanto a cómo educar a un niño. No usaba el cinturón, pero me daba buenas hostias cuando lo cabreaba. No sé a quién prefiero parecerme, la verdad.

—Eres tan inteligente y a la vez tan estúpido cuando te obcecas en todo lo relacionado con tu padre, que no eres capaz de comprender lo que te estoy diciendo —resopló Dolores. Adán arqueó una ceja, extrañado por sus palabras—. Tu padre se enfadará cuando sepa que te lo he contado, pero estoy harta de que siempre opines lo peor de él.

—¿Acaso puedo opinar de otra manera?

—Eres el único moreno en una familia de rubios y castaños —le soltó de sopetón—. El único que tiene los ojos negros y no marrones, y también el único que, en lugar de tener la nariz recta, la tiene aguileña.

—También soy el más alto y él menos rechoncho —afirmó Adán socarrón.

—En efecto. No compartes ningún parecido físico con Gonzalo.

—Porque me parezco a mamá.

—No puedes ser más distinto de ella.

—Entonces ¿a quién he salido? —resopló intrigado por saber adónde quería ir a parar.

—A tu padre. Almudena me dijo una vez que eras idéntico a él.

—Pero si acabas de decir que... —Se calló, palideciendo—. ¿Qué estás tratando de decirme exactamente?

—Que Gonzalo es estéril. No puede, ni pudo nunca, tener hijos. Perdió los testículos en un accidente durante el servicio militar.

Adán miró a su abuela petrificado. Eso no era posible. Aunque lo cierto era que siempre le había resultado chocante ser tan diferente físicamente de su padre, por eso había supuesto que tenían el mismo carácter, para tener algo en lo que parecerse a él.

—Y ¿quién es mi padre? —susurró con un nudo en la garganta.

—Un malnacido que engañó a tu madre y luego desapareció.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé. Nadie lo sabe, ni siquiera tu madre. No me di cuenta de lo que había ocurrido hasta que a Almudena se le retrasó el período. Cuando la interrogué, me dijo que su novio la había amado y que le había prometido volver, pero no lo había hecho. Ni siquiera era consciente de lo que había pasado.

—¿Cómo no iba a ser consciente de que había sido violada? —gruñó Adán.

—Porque no la había violado. La había conquistado y seducido, pues, aunque pensara como una niña, tenía todos sus instintos desarrollados, incluido el deseo sexual. ¿O acaso no recuerdas haber oído a tus padres cuando cerraban la puerta de su cuarto?

—Joder, abuela —siseó Adán. Por supuesto que los recordaba. Su madre era muy escandalosa—. ¿Por qué la casasteis con papá... con Gonzalo —se corrigió— si no era mi padre?

—Porque no sabíamos quién era tu padre y no podíamos dejar que Almudena fuera madre soltera; bastantes problemas tenía ya con su mente enferma. Así que, cuando tu abuelo se lo contó a Gonzalo preocupado, éste se ofreció a casarse. Era una buena solución. Él conseguía el heredero que tanto ansiaba y tu madre obtenía la protección de su apellido para ella y para ti.

—Pero no la quería.

—Por supuesto que sí la quería, no con una pasión arrebatada, pero le tenía mucho cariño. Y a ti te adora, para él eres su hijo. Te crio y te quiere como tal. Puede que no lo hiciera muy bien a la hora de educarte, pero lo hizo de la única manera que sabía hacerlo.

—Ya, no hace falta que lo jures —masculló con los dientes apretados—. Y ¿cómo pudo quedarse embarazada mamá? La vigilabais constantemente...

—Le gustaba pasear bajo la lluvia. Se nos escapó más de una noche para recorrer enajenada la ciudad. En una de esas noches, tu verdadero padre la sedujo.

Adán se volvió hacia la ventana, desbordado por los sentimientos confusos que chocaban en su interior.

—No eres como tu padre —susurró Dolores—. Y, aunque lo fueras, no es un hombre malo; sólo un hombre estricto que te quiere mucho y se preocupa por ti, aunque no sepa como demostrártelo. No te niegues la felicidad por culpa del rencor —afirmó abrazándolo.

«No es el rencor lo que me frena», pensó Adán acariciando las manos engarfiadas de su abuela. Llevaba toda su vida huyendo de las relaciones y las responsabilidades que éstas conllevaban. Hasta que había dado con Eva. Ella no le exigía ni le pedía nada, ni siquiera le hacía falta como donante de espermatozoides. Era lo que siempre había deseado. Una mujer que no lo necesitara para nada. Que fuera independiente y autosuficiente. Que no lo echara de menos si se iba o lo reclamara si tardaba en aparecer.

Era la mujer perfecta para él.

Entonces ¿qué problema había?

El problema era que él no era tan independiente ni autosuficiente como creía. Y se estaba dando cuenta de que lo quería todo de ella. Quería formar parte de su vida, de sus experiencias y, por desgracia, también de sus sueños. Y el sueño de Eva era tener un hijo. Y eso era lo único que Adán no se sentía capacitado para darle.

Si volvieran a estar juntos, no admitiría ser sólo un amigo con derecho a roce. Querría más. Querría, por mucho que lo aterrara, una relación seria. Y, si eso ocurriera, no podría aceptar que ella tuviera y criara un bebé que no fuera suyo, pero tampoco se atrevería a asumir la responsabilidad de tener un hijo.

Pegó la frente a la ventana y fijó la mirada más allá del cristal, al banco que compartían una estatua de bronce y una mujer excepcional. Qué no habría dado él por ser tan valiente como ella e ir a por lo que deseaba.

—Además, Eva no es tu madre —susurró su abuela de repente—. Si alguna vez se te pasara por la cabeza educar a tu hijo como tu padre intentó hacerlo contigo, ella no dudaría en pararte los pies.

—Como hiciste tú cuando te enteraste —musitó volviéndose para besarle la frente.

—No. Yo lo puse en conocimiento de tu abuelo y él paró a Gonzalo, aunque siguió siendo tan exigente contigo como él. No tuve el carácter ni el valor para oponerme a ellos. Eran otros tiempos y yo había sido educada para subordinarme a mi marido. —Expuso la realidad sin rastro de arrepentimiento—. Eva, en cambio, ha sido educada para rebelarse y valerse por sí misma. No tengo duda de que, si se te ocurriera hacer infeliz a su hijo, agarraría la sartén más pesada que tuviera y te golpearía con ella en la cabeza hasta que reconsiderases tu actitud.

Adán no pudo por menos que echarse a reír.

—Yo también tengo esa impresión —comentó abrazándola.

Su coronilla apenas le llegaba al hombro. De niño le había parecido tan grande, fuerte y segura que se sorprendió al darse cuenta de que en realidad era tan pequeña y frágil.



Jueves, 22 de diciembre de 2016

—Ya te dije que el de La Pajarita tocaría —dijo Dolores exultante.

Adán observó divertido a su abuela. Estaba entusiasmada con el décimo de Navidad premiado con la pedrea. Les habían tocado cien euros. No era mucho, pero menos daba una piedra. Y, para su abuela, que hubiera tocado el de La Pajarita, dándole la razón a la tradición familiar —y también de medio Madrid— de comprarlo allí, era lo mejor de todo el asunto.

—Mañana mismo te acercas a cobrarlo y, con lo que te den, vas al mercado y compras unos carabineros para Nochebuena.

—¿Carabineros, abuela? Vas a tirar la casa por la ventana —dijo él, y no bromeaba.

—Una noche al año no hace daño. Además, lo va a pagar La Pajarita —afirmó ilusionada, colocándose la peluca—. Vístete, ya es hora de bajar a la capilla —le reclamó mirando el reloj.

—Estoy vestido —replicó él, poniéndose la cazadora.

Dolores lo miró desdeñosa de arriba abajo. Además de la barba de varios días y el pelo despeinado, como siempre, llevaba unas deportivas viejas, pantalones vaqueros tan usados que tenían un roto en la rodilla y una camiseta con tantos lavados que en algunas partes se transparentaba.

—Te camuflarías bien entre los pordioseros de la plaza Mayor. ¡Haz el favor de adecentarte un poco! —lo exhortó enfadada—. No voy a ir contigo a ningún sitio mientras lles esas pintas de indigente.

—Pues entonces no bajarás. Porque para salir a la calle dos minutos no me voy a poner otra cosa —replicó él cruzándose de brazos.

Se miraron desafiantes un momento y luego Dolores mostró una taimada sonrisa.

—Está bien, ve así a la calle. Total, tampoco difiere mucho de las pintas que has llevado todo este mes. Seguro que a Eva le divierte mucho verte tan abatido y deshecho que ni siquiera te molestas en arreglarte un poco.

—No te metas donde no te llaman —gruñó él, abrochándose la cazadora para que no se le viera la camiseta. Pero nada más. No cambió ni una sola

prenda de su atuendo.

Dolores bufó disgustada y, agarrándose a su brazo, salieron al rellano. Tomaron el ascensor y, cuando salieron en el bajo, se encontraron con el mariquita del primero.

—¿De dónde te has escapado? Tienes una pinta horrible. —Cruz lo miró horripilado—. Aunque es una lástima que no la tengas peor. Es injusto que un tipo como tú parezca bueno y decente, cuando en realidad es un cobarde despreciable —masculló desdeñoso antes de salir del portal.

—¿Cómo se atreve?! —Dolores apresuró el paso, decidida a alcanzarlo y cantarle las cuarenta.

—Déjalo, abuela, está dolido por Eva. Sólo defiende a su amiga como mejor sabe. —«Y, además, no va desencaminado en sus apreciaciones. Soy un cobarde.»

—Y ¿por qué va a estar dolido por ella? ¡Eres tú quien sufre! —gruñó enfadada.

Adán la miró sorprendido.

—Yo no sufro.

—Y yo me chupo el dedo.

Él resopló al oírla. Si había algo que su abuela no hacía, era chuparse el dedo.

Salieron a la calle. La plaza vibraba de vida, los niños jugaban a atraparse mientras los adolescentes hacían corrillos y trasteaban con el móvil en lugar de hablar entre ellos. Los padres vigilaban a sus hijos y los pocos vecinos del portal que habían bajado se agrupaban en torno al banco del Lector. Un perro correteaba de un lado a otro, olisqueando farolas, árboles y papeleras, apenas contenido por una correa extensible que colgaba olvidada de la mano de su dueño, un adolescente más interesado en el móvil que en jugar con su cachorro.

Nieto y abuela enfilaron hacia la capilla del Obispo, el primero sumido en sus pensamientos y la segunda dando vueltas a lo que pensaba decirle al mariquita descarado. Su ofensa no iba a quedar impune. Además, le apetecía distraerse un poco con una buena discusión. Desde que Adán se había enredado con la Borrego, ésta no había vuelto a dejar regalitos en su buzón y

lo echaba de menos.

Cuando estaban a un par de metros del banco, se preparó para soltar una perlita muy adecuada que se le había ocurrido.

Abrió la boca y, en ese mismo momento, oyó un fuerte chispazo seguido del escalofriante lamento de un perro. Un instante después, un adolescente con una correa en la mano gritaba un nombre perruno a la vez que echaba a correr.

Rodrigo, que estaba cerca de la farola junto a la que había caído el can, tuvo la presencia de ánimo de detener al muchacho antes de que llegara a ella. Eva, Cruz y Calix impidieron el paso a los niños que corrían a ver la desagradable escena.

Adán, tras dejar a su abuela con el Ogro, fue presuroso hasta allí y se arrodilló junto al perro muerto. Tenía graves quemaduras en el morro, provocadas por la electricidad que lo había atravesado, y emanaba de él un nauseabundo olor a carne quemada.

—No dejéis que se acerque nadie —les ordenó a los adultos que contenían a los niños—. Creo que la farola tiene algún tipo de fallo y le ha dado una descarga al cachorro. —Sacó el móvil del bolsillo para llamar a la policía.

Horas después, cuando la noche había caído y los agentes hacía rato que se habían marchado, los vecinos seguían reunidos en el portal.

—Esta tarde ha sido un perro, pero bien podría haber sido un niño —proclamó el Ogro—. Hay que ponerle fin a esto.

—¡Tenemos que pedirle a la policía que nos dejen un par de agentes fijos en la plaza! —exclamó Vicenta asustada—. ¿Tú no podrías echarnos una manita con eso? —le preguntó en voz baja a Adán.

Éste esbozó una mueca de pesar y negó con la cabeza.

—La policía ha dicho que no creen que la farola haya sido modificada para dar calambre —declaró Cruz—. Tal vez sólo haya sido un fallo inoportuno.

—¡Inoportuno! ¡No hay nada de inoportuno aquí! Hace más de un mes que no nos ataca, y ha vuelto a las andadas. No hay más —exclamó Félix indignado.

—Deberíamos contratar seguridad privada —exigió la Morosa.

—Claro, para que nos suba el monto de la comunidad. ¡Como tú no la

pagas! —la acusó la vecina del primero interior centro.

—Haced lo que queráis, pero si se os electrocuta un niño, no os quejéis. Yo, por mi parte, voy a buscarme otro piso donde vivir —afirmó muy digna la Morosa.

—¿Qué pasa?, ¿ya se han cansado de que no pagues el alquiler y te van a echar? —dijo Vicenta mordaz.

La Morosa, como no podía ser de otra manera, replicó de malos modos, y Vicenta siguió su estela dando paso a una agria discusión.

—Así no conseguimos nada —intervino Rodrigo, poniendo fin a la disputa.

Calix, apartado en un rincón, tan cerca como para enterarse pero tan lejos y silencioso como para pasar desapercibido, suspiró agradecido. Si algo no soportaba, eran los gritos.

—Creo que deberíamos dejar trabajar a los cuerpos de seguridad antes de sacar ninguna conclusión —terció el Inspector, quien había aparecido como por ensalmo tras el suceso—. ¿No crees, Juan?

El Mudo, que había salido a la plaza al oír los gritos de los niños, apretó los labios disgustado y se encogió de hombros en silencio. No había abierto la boca en todo el tiempo que llevaba allí, tan impresionado estaba con lo que había pasado.

—¿Tú qué opinas, Adán? —le preguntó Rodrigo.

—Yo ya no sé ni qué pensar —dijo éste, observando preocupado a Eva.

La farola averiada era la contigua al banco del Lector, donde cada tarde se sentaba ella. Según la policía y los electricistas que habían acudido, estaba derivada y cualquiera que la hubiera tocado habría recibido una descarga. Se le encogió el estómago al pensar que podría haber sido ella quien en ese momento estuviera en el depósito, con los órganos quemados por la corriente eléctrica que los había atravesado, esperando sobre una fría camilla a que le hicieran la autopsia. Sin pensarlo dos veces, echó a andar, dejando a Rodrigo con la palabra, o, en este caso, la pregunta en la boca.

—Ten mucho cuidado —le suplicó preocupado a Eva al llegar junto a ella—. No sé si esto ha sido por casualidad o provocado, pero más nos vale estar atentos, sobre todo a ti. No es la primera vez que el ataque sucede en tu

entorno, acuérdate del suavizante —murmuró, cogiéndole las manos—. Todo esto me da muy mala espina. Presta mucha atención a lo que ocurre a tu alrededor y no te fíes de nadie. No soportaría que te pasara nada —susurró posando sus labios sobre los de ella durante un instante tan breve y etéreo que Eva dudó que la hubiera besado de verdad—. Ten cuidado —reiteró antes de girar sobre sus talones y caminar enfurecido hacia sus vecinos, a los que no había dejado de oír ni un segundo—. ¡Por supuesto que no vais a montar ninguna patrulla vecinal! —los increpó cabreado.

¡No le faltaba nada más que tener a una turba de nerviosos civiles buscabroncas rondando la plaza!

—Si ese hombre no está loco por ti, que venga Dios y lo vea —le susurró Vicenta a Eva mientras observaba a Adán alejarse.

Ella sonrió despacio, sin atreverse a sentir esperanza. Ojalá su amiga tuviera razón.



Se despidió de sus vecinos y se encaminó a su casa, esforzándose por fingir una calma que no sentía. Cerró la puerta despacio en lugar de dar el portazo que deseaba y se dirigió enfadado al comedor, donde sus queridos animalitos lo recibieron estallando en una algarabía de miedo y caos en sus jaulas. Metió la mano en una y sacó un pequeño hámster de pelaje tan blanco e inmaculado como la nieve recién caída en las montañas. Lo acarició enajenado, intentando calmarse con su suave tacto.

—Son unos pobres desgraciados que no merecen mi compasión —murmuró, apretando la suave panza del ratoncito con los pulgares. El animalito chilló, tanto debía de dolerle—. He ignorado sus afrentas y soportado su molesta presencia sin tomarme por la mano la justicia que tanto merezco. Y ellos, a cambio, ¡¿qué hacen?! —El ratoncillo cesó sus chillidos, un hilillo de sangre escapaba de su hocico entreabierto—. ¡Echarme la culpa de que una farola esté averiada! ¡Como si yo fuera el responsable de todos sus males!

Lanzó contra el mueble el algodonoso roedor y paseó alrededor de la mesa cubierta de cuerpecillos destripados. Llevaba más de un mes encerrado en

casa, obsesivamente ocupado con su nuevo hobby, ignorando a sus vecinos siempre que ellos se lo permitían y, de repente, lo acusaban de algo que no había hecho.

Esa afrenta no podía quedar impune.

¿Alguna vez habéis tenido un sueño?

¿Alguna vez habéis deseado algo tanto que sentís que, si no podéis hacerlo realidad, moriréis de pena?

Yo siempre he soñado con casarme y tener un hijo. Desde pequeña quise ser esposa y madre. Luego renuncié a una parte de mi sueño al darme cuenta de que no podía ser esposa, pero sí madre. Porque casarme no dependía exclusivamente de mí, sino que tenía que contar con la reciprocidad de mi futuro marido, algo nada fácil, ya que no sólo tienes que encontrar al hombre que te enamore, cosa que me ha costado treinta y seis años, sino que también necesitas que él se enamore de ti, y eso, queridas mías, no es sencillo. Al menos, para mí.

En cambio, para ser madre no necesitas la reciprocidad ni el consenso de nadie. Tener un hijo sí es posible porque sólo depende de mí. De nadie más. Bueno, también es imprescindible obtener un empleo que me permita darle de comer, claro. Y en eso he estado trabajando los últimos años, en prepararme para conseguir un trabajo que me permita mantener a mi hijo sin tener que dejarlo al cuidado de mis amigos las noches del fin de semana, cuando estoy en el ConSumo Placer.

Descarté mi sueño de ser esposa y me dediqué en cuerpo y alma a hacer realidad mi sueño de ser madre.

Pero rara vez los sueños se cumplen.



Viernes, 23 de diciembre de 2016

—No pienso abrir la tienda esta tarde, me quedo contigo —afirmó Cruz por enésima vez—. Ya recogerán los encargos el martes.

—No puedes dejar a la gente sin sus cuadros el día antes de Nochebuena —replicó Eva, también por enésima vez.

—Claro que puedo. Soy mi propio jefe.

—Un jefe muy irresponsable —masculló ella, terminando de montar los bocadillos de las niñas.

—Vete a la tienda, Cruz, yo me quedaré con ella. Ya tenemos casi todo el trabajo hecho en la asociación, de lo poco que falte se ocuparán los demás —intervino Vicenta, cogiendo los zumos del mueble.

—Dios te va a castigar por decir mentiras —le advirtió Eva burlona—. No puedes faltar dos días antes de Navidad a la asociación, sé de buena tinta que os quedan un montón de regalos por clasificar, preparar y envolver. Y mejor no hablamos del banco de alimentos. No puedes escaquearte.

—Pero...

—¡Ya está bien! —exclamó cansada de la obcecación de sus amigos—. Miradme las dos —exigió—. ¿Acaso me veis llorando por las esquinas o hundida en la miseria? —Ellos negaron remisos—. ¡Efectivamente, no lo estoy! Reconozco que tengo un pequeño bajón, pero vamos, lo normal. No podemos hacer un drama porque las cosas no hayan salido como quería. Y tampoco vamos a cambiar nuestra rutina por esta tontería.

—Pero es que no es ninguna tontería, reina —protestó Cruz.

—Sales mañana para Málaga y no vas a abrir, cariño, no puedes dejar tirados a tus clientes —dijo Eva—. Y tú, Vicenta, antes de que me protestes también, ¿te has parado a pensar en el caos que se va a organizar si no estás hoy, que es el último día, para prepararlo todo? Y no hablamos de algo baladí, sino de los regalos que Papá Noel llevará a niños que sólo van a recibir los vuestros. ¡Y además es que estoy bien, coño! —exclamó perdiendo la paciencia—. ¡Jimena, Gadea, coged la merienda y vámonos! A ver si les da un

poco el aire a estas dos y se les pasa la tontería.

Y, dicho y hecho, agarró el bolso y salió por la puerta.

Las niñas la siguieron sin pensarlo un instante. Era el primer día de las vacaciones de Navidad y no veían la hora de bajar a la calle con sus amigos.

Cruz y Vicenta se miraron durante un segundo y, tras encogerse de hombros, fueron tras ellas. Conocían de sobra a su amiga como para saber que, en ese momento, las muestras de cariño no eran bienvenidas.



—¿A cuánto dices que estaban los carabineros? —lo interrogó Dolores por enésima vez. Adán se lo dijo—. No me lo puedo creer. ¡Es una exageración! Vergüenza debería darles subir tanto el precio.

—Es la ley de la oferta y la demanda, yaya —replicó él, saliendo del ascensor.

—No me hagas decirte lo que pienso de esa ley —gruñó ella recorriendo el portal—. Esto con Franco no pasaba.

—Claro que no pasaba, yaya, con ese señor no había carabineros, ni comida para nadie —dijo burlón, sujetándole la puerta para que saliera.

—Si te oyeran tu padre o tu abuelo...

—Pero no me oyen —murmuró guiñándole un ojo a la vez que enfilaba hacia la capilla del Obispo. Era la víspera de Nochebuena y no pensaba enzarzarse con ella en una discusión sobre tiempos pretéritos que nunca fueron mejores.

Nada más pisar la calle, buscó a Eva con la mirada. Era más pronto que de costumbre, pero había visto a las niñas en la plaza, lo que significaba que estaría allí, vigilándolas. Centró la vista en el banco del Lector, donde siempre se sentaba, pero Vicenta y Cruz estaban delante, tapándola. Estiró el cuello intentando verla.

—Deja de hacer eso, pareces un avestruz —lo regañó Dolores. Adán resopló, pero obedeció—. Antes las Navidades se celebraban como Dios manda, con toda la familia reunida y yendo a la misa del gallo después de cenar —dijo enfadada.

—Mañana te llevaré a esa misa.

—Y te quedarás conmigo —insistió ella.

Adán suspiró. Llevaba todo el día con ese tema, y sólo por no seguir oyéndola estaba tentado de claudicar e ir.

—Llevo sin ir a misa desde niño, ya no me acuerdo ni de cómo transcurren —se excusó, mirando de refilón el banco del Lector, pues estaban ya muy cerca de él.

—Razón de más para...

—¡No pienso irme a Málaga y dejarte sola! —exclamó Cruz, sobresaltándolos—. Me niego. Pasaré la Nochebuena con vosotras como todos los años.

Adán y Dolores interrumpieron su conversación, intrigados por su inusual estallido.

—Estás de un pesado insoportable, Cruz —resopló Eva—. Irás, y no hay más que hablar.

—Buenas tardes —dijo Dolores, pasando frente a ellos sin pararse.

No así Adán, que se detuvo cuando Cruz y Vicenta se volvieron para saludarlos, dejándole ver a la mujer que habían mantenido oculta hasta ese momento.

Estaba sentada, como siempre, junto al Lector de bronce. Pero no había en su cara rastro de su habitual, aunque a veces fingida, alegría. Ninguna sonrisa taimada iluminaba sus labios, ningún brillo burlón animaba sus ojos, ni siquiera su pelo, agarrado sin cuidado en una coleta deshecha que colgaba de su nuca, era el peinado alto y desafiante de siempre. Toda ella parecía fundirse con el gris de la pared que tenía detrás, incluso su piel dorada había sido sustituida por una lividez marchita que robaba la alegría a quienes la rodeaban.

—¿Estás bien? —murmuró preocupado por lo triste que parecía.

—Por supuesto que sí. Estoy feliz como una perdiz. —Esbozó una falsa sonrisa que más parecía una mueca asesina que un signo de regocijo.

—Pues no lo parece —replicó Adán, frunciendo el ceño.

—Pues lo estoy, ¿vale? —estalló ella con voz temblorosa.

—Está bien, perdona por preocuparme —masculló él, continuando su

camino.

—No hagas caso de su mal genio —susurró Dolores poco después, cuando subieron la escalera de la capilla—. Algo muy grave debe de haberle pasado.

—¿Tú crees? —Adán se volvió para observarla.

Seguía sentada, abrazada a su estatua. O, más que abrazada, derrumbada sobre ella, como si estuviera tan derrotada que no pudiera mantenerse erguida.

—Ya lo has oído: el mariquita no quiere irse fuera con su novio por no dejarla sola. Y, a pesar de su naturaleza contra natura, hay que reconocerle que es un buen hombre que la quiere mucho y se preocupa por ella. Si no quiere dejarla sola, por algo será —aseveró.

—Sí... —musitó Adán, la mirada fija en Eva.

—Recógeme dentro de media hora —le pidió Dolores.

Luego entró en la capilla con una ladina sonrisa en los labios, consciente de que había sembrado la incertidumbre en él. Ojalá reaccionara y diera el tan necesario primer paso para solucionar las cosas entre ellos. No quería pasar las que tal vez fueran sus últimas Navidades con su nieto triste e infeliz.



Tras amenazarlos con montar en cólera y echarlos del banco de malos modos, Eva consiguió que Cruz se fuera a la tienda y Vícenta al Campo de la Cebada. También había conseguido arrancarle a su amigo la promesa de que viajaría sin protestar a Málaga. Esperaba que la cumpliera porque, si no, ¡ardería Troya!

Esperó a que torcieran la esquina, desapareciendo de su vista, y relajó la forzada sonrisa que se había obligado a esbozar desde hacía tres horas. Le dolía la mandíbula de tanto sonreír sin ganas. Miró el reloj, faltaban diez minutos para las cinco. Gala no tardaría en llegar. Estaba deseando que apareciera y se quedara con las niñas, y poder encerrarse en casa para llorar todo lo que le diera la gana sin testigos. Aunque, claro, para eso necesitaba que Gala la dejara tranquila, algo que no iba a ser fácil, como ya se había encargado de advertirle en la conversación telefónica que habían mantenido.

Resopló agobiada.

Sus amigas habían decidido que estaba depre y se negaban a dejarla sola. Y eso, estar sola, era justo lo que necesitaba. Era un asco tener que guardar las apariencias y fingir ser una tía dura delante de ellas, pero en ese momento lo último que le apetecía era que le dieran palmaditas en la espalda mientras le aseguraban que la próxima vez aprobaría. Porque no iba a haber una próxima vez. Y lo sabían tan bien como ella.

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y se apresuró a limpiárselas con disimulo. No pensaba dar el espectáculo en mitad de la plaza. No sólo estaban presentes las niñas, sino que además Rodrigo acababa de salir del portal y se dirigía al banco para charlar unos minutos antes de irse a la tienda. O, al menos, eso quería hacer creer, porque Eva sabía de sobra que los viernes se quedaba más tiempo para intentar ver a Gala.

Y, por si con él no tuviera suficiente, el portal volvió a abrirse de nuevo. En esta ocasión fue Calix quien traspasó la puerta, dirigiéndose hacia ellos para ocupar el banco contiguo con la misma intención que Rodrigo.

Se pellizcó las mejillas para darles color y se obligó a sonreír de nuevo.

—Eva, ¿qué te ocurre? —dijo Adán a su espalda, sobresaltándola.

Ella se volvió con brusquedad en su dirección. Entre la discusión con Cruz y Vicenta, vigilar a las niñas y la llegada de Rodrigo y Calix, se había olvidado de él, dejando que la pillara con la guardia baja.

—Nada —musitó tras tomar aire con fuerza para contener las lágrimas que de repente se acumulaban en sus ojos. ¿Qué tenía ese hombre que hacía tambalear su autodomínio?

—No mientas, dime qué te pasa —exigió él, cruzándose de brazos irritado.

—Es una tontería —murmuró—. Han salido hoy los resultados del primer examen de las oposiciones y no he aprobado —dijo, obligándose a mantener la mirada alta a pesar de que se sentía, en cierto modo, humillada. Tantas ilusiones, trabajo y esfuerzo para nada. Lo suyo no eran los estudios, lo sabía de siempre. Había sido una estupidez pretender acceder a algo para lo que jamás estaría capacitada.

—Lo siento —musitó él.

—Lo sé. La verdad es que es una putada —masculló ella—. A saber cuándo serán las siguientes, éstas han tardado más de cinco años en salir.

Cuando haya otras y las apruebe, si es que se diera ese milagro, ya seré vieja y no podré tener hijos. —Se encogió de hombros—. Pero no pasa nada. Tampoco hace falta esperar unas nuevas. Tengo trabajo, ¿no? Y, además, es un buen trabajo —dijo nerviosa y sin saber por qué. Había mantenido la boca dignamente cerrada desde que había visto los resultados, no entendía por qué ahora no podía contener su estúpida y bochornosa verborrea—. Quiero decir, sólo trabajo tres días a la semana y no cobro nada mal. Me da para mantenerme y para ahorrar. ¡Es un chollo! No debería quejarme por no haber aprobado; a fin de cuentas, soy muy afortunada y no necesito trabajo. Las oposiciones sólo eran un capricho tonto. Un deseo insensato e innecesario, porque, ¡vaya!, todos sabemos que no soy lo que se dice brillante —susurró casi sin voz, sintiendo el escozor en los ojos que presagiaba un caudal de lágrimas que se negaba a que nadie viera. Sorbió por la nariz y en ese momento se dio cuenta de las miradas compasivas que le dedicaban Rodrigo y Calix. Y también Adán—. ¿Puedes... —tomó aire con fuerza al ver que no le salían las palabras— puedes quedarte con las niñas hasta que llegue Gala? No creo que tarde mucho.

—Claro —murmuró él, asustado por el dolor que oía y veía en ella.

—Genial. Tengo... tengo que hacer cosas.

Saltó del banco y, sin despedirse de nadie, echó a correr hacia el portal.



Eva se hundió más aún en el sofá al oír el sonido del timbre. Aguardó inmóvil, con el clínex en la mano, esperando una nueva llamada. Ésta no tardó en llegar. Se puso un cojín sobre la cabeza y siguió acurrucada en el sofá, arrebujaada bajo una vieja manta. El timbre continuó sonando. Se esforzó en ignorarlo, hasta que cayó en la cuenta de que Gala tenía llaves de su casa y que cuando se cansara de llamar abriría sin pedir su consentimiento y la pillaría llorando como una magdalena.

Se limpió los ojos y se sonó con fuerza antes de tirar el pañuelo al rincón en el que ya se acumulaban unos cuantos. Luego cogió otro limpio, por si acaso, y saltó del sofá para dirigirse a la puerta hecha una furia.

Le había mandado un whatsapp nada más subir, cuando las lágrimas no eran tan abundantes como ahora y todavía podía ver la pantalla del móvil. Sólo dos frases sencillas: «No subas. Quiero estar sola». No tenía que ser muy lumbreras para entender que necesitaba estar sola. Pues no. No la iba a dejar en paz. Y ya estaba hasta las narices. ¡No quería más palmaditas en la espalda ni más «no te preocupes, en las próximas lo conseguirás»!

Sus amigas eran maravillosas y estupendas, pero no entendían que, a veces, la soledad era la mejor aliada para una mujer.

—¡Lárgate, joder! ¡Ya te he dicho que no quiero hablar con nadie! —gritó en el pasillo con la confianza que da la amistad verdadera, pues sólo a una amiga se le podía hablar con tanta brusquedad sin riesgo de provocar su enfado o perder su amistad.

La única respuesta fue un nuevo timbrazo.

—¡¿Qué parte no has entendido del puto whatsapp que te he mandado?! —vociferó furiosa al abrir la puerta—. Ah... ¿Qué haces tú aquí? —gimió dando un paso atrás a ver al hombre que estaba plantado sobre su felpudo, observándola compasivo.

No. Compasivo no, preocupado.

Había mucha diferencia entre la compasión y la preocupación. La primera no la aceptaría de nadie; la segunda la agradecía, y, al provenir de él, le daba cierta esperanza.

Adán observó asustado a la mujer que tenía delante. No se parecía en nada a la Eva que él conocía. Daba la impresión de ser tan pequeña e indefensa que todos sus instintos lo instaban a protegerla y consolarla. El pelo se le había soltado de la coleta y lo llevaba aplastado contra la cara, sus preciosas ondas deshechas. Se había puesto unos viejos calcetines de lana que se le arrugaban en los tobillos y una enorme y amorfa sudadera negra que le cubría hasta medio muslo y en la que no había ninguna frase, tampoco ningún dibujo. Parecía desamparada y muy triste. Tanto, que le dieron ganas de abrazarla y hacer lo que fuera necesario, cualquier cosa, incluso tirarse tartas a la cara, con tal de volver a verla sonreír.

—Me has dejado preocupado —musitó apartándole el pelo de la cara con tanta ternura que Eva sintió que toda su contención desaparecía.

Dejó escapar un sollozo desgarrador y se abrazó a él con fuerza, escondiendo la cara contra su hombro.

Adán se quedó petrificado, sin saber cómo confortarla. Hasta que dejó de pensar y su corazón actuó por él. La rodeó con los brazos, una mano masajeándole la nuca y la otra acariciándole la espalda. Luego entró en el piso y cerró la puerta con el talón, otorgándoles privacidad.

Desde la esquina de la escalera, Gala cerró los ojos, su inquietud apaciguada al ver que Eva había encontrado el mejor hombro sobre el que llorar.

Adán permaneció unos minutos de pie en el recibidor de la casa, abrazando a Eva con todo su corazón mientras ésta lloraba, hasta que se dio cuenta de que el asunto iba para largo y decidió que tampoco pasaría nada por estar un poco más cómodos.

Eva se agarró con fuerza a su cuello cuando sintió que la tomaba en brazos y echaba a andar. Sorbió por la nariz e intentó contener los sollozos, segura de que le estaba cansando con sus lloriqueos.

—Llora todo lo que quieras, Eva, sólo te llevo a un lugar más cómodo para afrontar la tempestad con un poco de confort —susurró él, sentándose en el sofá con ella en brazos, de manera que quedó acurrucada en su regazo.

Eva alzó la cabeza y lo miró sorprendida, sin saber si reír o llorar. Él deslizó un dedo por el óvalo de su cara, retirándole con cariño el pelo pegado a sus mejillas, y ella no pudo evitarlo y volvió a esconder la cabeza contra su hombro al tiempo que las lágrimas se derramaban de nuevo sobre su rostro.

Adán continuó en silencio mientras ella se libraba de todas las lágrimas, la tensión y la tristeza que había ido acumulando a lo largo de ese día. Tal vez también de ese mes. Le deslizó los dedos por la espalda, le acarició la nuca y la peinó con cariño sin pronunciar una palabra, dándole tiempo y espacio para que expulsara toda la pena en forma de tibias gotas saladas que acabaron empapándole la hombrera de la camiseta.

—Voy a ser una madre estupenda —la oyó musitar largo rato después.

—Claro que sí —susurró él. Y no lo decía por decir. Sabía que lo sería.

—Pero necesito un trabajo estable durante el día, para poder criarlo. Y se me está echando el tiempo encima sin conseguirlo. Me he presentado a cientos

de entrevistas sin ningún resultado. No tengo estudios y tampoco estoy especializada en nada. Mi única opción era aprobar las oposiciones... y ni siquiera eso he logrado —musitó bajando la cabeza, pues las lágrimas escapaban de nuevo de sus ojos.

—Eso es lo que no entiendo, Eva. —La tomó de la barbilla para obligarla a mirarlo. Le limpió las mejillas y los ojos con los pulgares y luego le dio un clínex para sonarse—. Ya tienes un trabajo estable. Uno bastante bueno, además. Paco jamás te despedirá del ConSumo Placer, no cobras nada mal, y sólo son tres días a la semana. ¿Por qué buscar otra cosa? No vas a encontrar nada mejor.

Ella lo miró perpleja. ¿Cómo era posible que no viera el problema?

—Seré madre soltera —dijo, como si eso lo explicara todo.

—¿Y qué?

—Estaré sola, no habrá un padre con el que pueda contar para que cuide del bebé cuando yo no esté, y tampoco tengo familia que pueda echarme una mano.

Él se encogió de hombros, sin comprender adónde quería llegar.

—¿De verdad no lo entiendes? —Adán negó con la cabeza—. ¿Qué sugieres que haga con mi bebé cuando esté trabajando por la noche en el ConSumo Placer? ¿Dejarlo solo en casa y rezar para que no le pase nada? No hay guarderías nocturnas que puedan cuidarlo. Y, aunque las hubiera, no soportaría tener que dejarlo allí cada viernes, sábado y domingo a las ocho de la tarde para recogerlo a las cinco de la madrugada, cuando más dormido y a gusto estuviera. Sería muy cruel —señaló estremeciéndose—. Necesito un trabajo de día con un horario normal, para que pueda quedarse en la guardería o en el colegio. Estoy sola, Adán —reiteró—, mi madre no va a renunciar a su vida para cuidar a su nieto, y no tengo más familia.

—Eso no es cierto. No estás en absoluto sola. Tus amigas te adoran. Puedes dejar a tu hijo con Gala, Cruz y Vicenta, estoy seguro de que estarían encantadas de ayudarte.

—Ya se han ofrecido varias veces —murmuró ella, acurrucándose contra él—. Y la verdad es que últimamente me estoy planteando aceptar su ayuda.

—No sería tan complicado como lo pintas —comentó él—, podrías poner

al bebé a dormir en casa de Gala, al cuidado de esos dos diablillos que tiene por hijas, y recogerlo a la mañana siguiente.

—Sí, pero no sería como en el sueño —susurró Eva, sorbiendo por la nariz.

—¿Como qué sueño? —preguntó intrigado mientras le pasaba otro pañuelo.

—El que tengo desde niña.

Él enarcó una ceja, instándola a continuar.

—Siempre he soñado con tener hijos y ser una madre maravillosa —dijo con un suspiro—. Soñaba que era la mejor madre del mundo, la que siempre tenía la casa arreglada y la comida preparada, la que ayudaba a su hijo a hacer los deberes, la que lo acompañaba al cine..., la que siempre estaba ahí, con él.

Usó el clínex de nuevo en su nariz y de paso aprovechó para limpiarse los ojos con disimulo. Los muy malditos debían de tener una fuga, porque no dejaban de soltar lágrimas.

—Todas las niñas tienen ese sueño —comentó Adán con afabilidad—. Es vuestro juego favorito. Siempre estabais haciendo comiditas de barro y cuidando de vuestros muñecos.

Eva sonrió al oírlo. No le faltaba razón.

—Pero, en mi caso, mi sueño se ha perpetuado en el tiempo. Lo único que siempre he tenido claro es que quiero ser madre y el tipo de madre que quiero ser. Una que cuida de su hijo y no se desentiende nunca de él, que le demuestra cada día que es lo más importante para ella, que siempre va a estar a su lado y que jamás va a desaparecer —afirmó—. Mi abuela decía que, como mi madre era tan... peculiar, yo estaba obsesionada con ser la perfecta madre normal. Sin ideas raras, trabajos raros ni amigos raros.

—Pues siento decirte que tus amigos muy normales no son. Pero, si yo fuera tu hijo, me encantaría tener una abuela con el pelo azul —afirmó arrancándole la sonrisa que pretendía.

—Si por mí fuera, habría tenido a mi bebé hace años —confesó Eva, recostando la cabeza contra el hombro de él. Se estaba tan bien así, rodeada por sus brazos. Se sentía tan segura, tan protegida. Cerró los ojos y frotó las mejillas contra la suave piel masculina—. Y no habría sido complicado. De

hecho, podría haberlo tenido hace años, hombres no han faltado en mi vida — comentó ensimismada con su olor; lo había echado tanto de menos...

Adán frunció el ceño al oírla. No le gustaba nada pensar que había habido otros antes que él. Y, de repente, cayó en la cuenta de que menos soportaba pensar que también los habría después. La abrazó con más fuerza contra sí.

—Y más de uno confesó sentirse enamorado de mí. —Frunció el ceño pensativa—. Bueno, en realidad, sólo fueron dos. Pero uno de ellos hasta me propuso matrimonio.

—¿Ah, sí? —se obligó a decir Adán. Pero la voz le salió como un graznido.

—Pues sí, aunque no lo creas, aún hay hombres valientes que creen en el matrimonio —replicó enfadada porque lo hubiera puesto en duda—. Y yo di con uno de ellos, un adiestrador de delfines que trabajaba en Conny-Land, en Suiza. A punto estuve de casarme con él.

—Y ¿por qué no lo hiciste? —le reclamó Adán, bastante molesto con el asunto.

Deslizó las manos bajo la enorme sudadera de ella, de manera que abrazó su cintura con la derecha mientras la izquierda recorría acariciante sus muslos.

Eva se estremeció al sentir sus mimos, había echado mucho de menos sus caricias.

—Porque mi sueño no era lo que él me ofrecía. —Adán la miró confundido—. No era sólo tener un hijo y ser la madre perfecta. Yo quería algo más complicado —confesó, escondiendo la cara contra el hombro de él.

—¿Cómo de complicado, exactamente? —le preguntó, obligándola a levantar la mirada.

—Bueno... Era requisito imprescindible que yo amara a mi marido, y la verdad es que sólo sentía por él un tibio afecto.

Adán sonrió ufano, reconciliado de nuevo con el mundo al saber que ese petimetre no había sido ni de lejos tan importante para ella como para casarse con él.

—No me malinterpretes, me gustaba estar con él, era un tío amable, divertido, cariñoso, y un amante excepcional —declaró Eva con una sonrisa, agriando el buen humor de Adán.

A pesar de tan ingrata confesión, o tal vez por culpa de ella, él fue más osado con sus caricias. Deslizó la mano con que le masajeaba la espalda por el costado, hasta que los dedos rozaron melosos el pecho, y movió la que le recorría las piernas hasta colarla entre sus muslos.

Eva, relajada por sus mimos, metió la mano bajo la camiseta de él para disfrutar del tacto de su vientre duro y de la áspera suavidad de su pecho cubierto de vello.

—Pero no lo quería —continuó diciendo, ganándose un dulce pellizco de placer en el pezón—. Así que, tras pensarlo un par de semanas, decidí que deseaba el sueño completo. Sólo tenía veintidós años, aún era joven, ingenua e idealista, por lo que me largué decidida a encontrar un hombre al que convertir en mi marido y padre de mis hijos. Huelga decir que no lo he encontrado. Aunque, si soy sincera, hace tiempo que ya no lo busco.

—¿Por qué? —susurró él, buscando con los labios ese punto en el cuello de Eva que la volvía loca.

Ella no dudo en inclinar la cabeza para ponérselo fácil. También separó las piernas cuando sintió sus dedos moverse entre ellas. Oportunidad que, por supuesto, Adán no desaprovechó. Deslizó la mano hasta frotar con el canto la tela de las braguitas.

—Porque tras años de búsqueda pensé que tenía algún tipo de defecto congénito en el corazón que me impedía enamorarme —explicó con voz ronca mientras le desabrochaba los pantalones—. Mi madre no se había enamorado nunca y mi abuela tampoco; ¿por qué iba a ser yo diferente? Así que dejé de buscar a mi domador de leones y decidí prepararme para tener a mi hijo yo sola.

—¿Tu domador de leones? —Adán la miró sorprendido. Tanto, que dejó los dedos suspendidos sobre el pezón y la mano izquierda paralizada, sin tocar aquello que tanto ardía.

Eva se removió en su regazo, rozando con toda la malicia del mundo la erección que sentía gruesa y dura contra su cadera.

Adán gimió excitado y sus dedos volvieron a la vida, pellizcando y frotando lo que debían estimular y masturbar.

Eva le correspondió metiendo la mano bajo los vaqueros hasta atrapar su

rígida polla y comenzar a meneársela con lasciva pericia.

Él le quitó la sudadera para poder contemplarla a placer. Luego apartó a un lado las braguitas y deslizó los dedos por la hinchada vulva.

—Explícame eso del domador —jadeó antes de bajar la cabeza y dedicarse a los sonrosados y erguidos pezones que lo estaban llamando a gritos.

—Es parte del sueño. —Eva dejó caer la cabeza hacia atrás, vencida por el placer, cuando él atrapó un pezón entre los labios y lo chupó embriagado—. De niña soñaba con casarme con un domador de leones y tener hijos que jugaran con las fieras.

—No cabe duda de que ya desde niña eras una mujer muy original —bromeó Adán, penetrándola con un dedo. Estaba dúctil y mojada, preparada para él.

—El sueño evolucionó cuando crecí —lo informó con fingida seriedad, su mano apretándole la polla mientras subía y bajaba por ella, poniéndosela tan dura que los huevos comenzaron a dolerle—. Soñé con casarme con un cantante de rock, y, de hecho, conseguí enrollarme con un bajista de jazz que...

Adán la silenció con un tórrido beso. No quería saber nada de sus otros amantes, no quería que los recordara ni pensara en ellos, porque sólo podía haber un amante para ella: él.

Hundió dos dedos en su vagina y le frotó el clítoris con la base de la mano mientras la besaba con un inusitado ardor. Sólo iba a guardar recuerdo de un amante. De él. De nadie más.

—Luego me empeñé en casarme con un profesor de arte que diera clases en alguna universidad —continuó ella cuando él liberó su boca. Como no podía ser de otro modo, Adán volvió a silenciarla con otro beso. Pero como ella era una bruja piruja, en cuanto él se apartó, siguió hablando—: Y así fue como acabé liada con un estudiante de Derecho que se ganaba la vida como mimo...

—Domadores de leones, adiestradores de delfines, mimos, cantantes de rock, bajistas de jazz —masculló él, interrumpiéndola de nuevo, enfadado sin saber bien por qué—. Y, entre todo ese elenco de profesiones disparatadas, ¿no soñaste alguna vez con casarte con un policía?

—Pues la verdad es que no. ¿Te estás ofreciendo voluntario? —preguntó maliciosa.

—Si lo hago, ¿te callarás? —La tumbó en el sofá, se bajó los vaqueros hasta medio muslo y se colocó entre sus piernas, separándoselas.

—También estuve saliendo un tiempo con un... Oh, joder —Se calló cuando él la penetró, silenciándola, pues sus labios estaban ocupados en gemir, lamer, morder y besar. Y no necesariamente por ese orden.

Adán se detuvo un instante cuando estuvo dentro de ella. Por fin se sentía... completo.

Tras un mes horrible en el que nada parecía calmarlo, en el que se había sentido perdido, furioso y, en algunos momentos, hasta acobardado, por fin se sentía en paz. A gusto consigo mismo y con lo que lo rodeaba, lleno de energía y de... ¿esperanza?

Gimió asustado. ¿Cómo era posible que sintiera todo eso a la vez, sólo por estar dentro de ella? Pero no era por estar haciéndole el amor, comprendió de repente, sino porque estaba con ella. Se había sentido así desde que había llamado a su puerta y ella lo había mirado como si él fuera lo más importante de su mundo. Desde que se había lanzado a sus brazos como si sólo él pudiera calmar su tristeza, como si lo necesitara para volver a sonreír.

La observó embriagado. Eva lo miraba con los párpados entornados y los labios curvados en una mágica sonrisa. Salió de ella para luego hundirse hasta el fondo, decidido a escuchar la música de sus gemidos. No le costó mucho conseguirlo. Pronto le hizo coro con los suyos. La sensación de estar dentro de ella era sublime. Tanto, que por un instante creyó que iba a llorar por el placer.

Y en ese momento se dio cuenta de que había olvidado ponerse un preservativo.

Se detuvo sobrecogido, decidido a remediar la situación, pero ella le rodeó las caderas con las piernas y le pasó las manos por la nuca, instándolo a bajar la cabeza y besarla.

Y lo hizo. La besó como si fuera el único beso que valiera la pena de todos los que había dado alguna vez en su vida. Porque así era. Los únicos besos que merecían llamarse así eran los que ella le daba y a los que él

respondía.

Se movió despacio, penetrándola en una erótica cadencia, sus ojos fijos en los de ella mientras le daba placer, embriagándose con sus gemidos y el erótico aroma que desprendía su cuerpo. Enloqueciendo con el sedoso tacto de su vagina, con la lubricidad que acariciaba su verga y el calor con que lo estrechaba.

Quería sentir eso más veces. Siempre. Quería tenerla así, envolviéndolo húmeda y febril cada noche. Quería oír el sonido de sus cuerpos sudorosos chocando mientras los gemidos escapaban de sus labios en una sinfonía carnal.

Cerró los ojos y aumentó el ritmo de sus embestidas. Eva contrajo la vagina contra su polla palpitante, ciñéndolo con fuerza, convirtiendo el placer en delirio.

¿Tan malo era complacerla y hacer realidad su sueño?, pensó mientras se mecía arrebatado sobre ella. ¿Por qué no podía ser él el hombre de quien ella se enamorara? Pero eso no era lo que él quería. No quería que nadie lo amara. No quería ninguna responsabilidad. No quería enamorarse de nadie. ¿Por qué no? ¿Tan malo sería amarla? No, sería magnífico. Pero ella quería hijos. Tendría que formar una familia. Tendría que educarlos. Y no sería un buen padre. No sabría serlo. Igual que su padre y su abuelo no habían sabido serlo con él. Convertiría sus vidas en un infierno. Y no se lo podría perdonar nunca.

Se detuvo, decidido a salir de ella y ponerse un condón. Y ella se removió perezosa bajo él, arqueándose para frotar los pechos contra su torso a la vez que hundía los dedos en su pelo, obligándolo a bajar la cabeza para besarlos de nuevo.

Adán se perdió en el sabor de su lengua y el tacto de su paladar. En la dulzura de su beso y la pasión de sus manos arañándole la espalda. En la posesividad de sus piernas rodeándolo y el abandono agitado de los gemidos que bebía de su boca.

Ella era perfecta para él. La mujer que quería en su vida. Sin ella, todo perdía sentido. Sin ella, no había magia ni risas ni brillo que lo deslumbrara.

La penetró de nuevo, follándola más rápido y brusco.

¿Por qué no podía ser el domador de leones que hiciera su sueño realidad? Ella sería su mujer, estaría a su lado cada día, cada noche, cada momento de

su vida.

La oyó gemir al borde del orgasmo, las paredes vaginales lo ciñeron, palpitando contra su verga, haciéndole gemir a su vez.

Aumentó el ritmo y la fuerza de sus embestidas.

¿Por qué no hacerlo? Sería suya. Sus risas sinceras, sus miradas acariciantes, sus sonrisas ladinas, sus pullas y sus locuras serían sólo para él. Para siempre.

La sintió estremecerse bajo él, el éxtasis atravesándola, haciéndola jadear en busca de aire.

Si fuera valiente podría tenerla así cada noche, llegando al orgasmo por él. Cada noche temblaría delirante debajo de él, gimiendo hasta quedar ronca.

¿Por qué no podía ser suya? Era la mujer de su vida. ¿Por qué no ser valiente? ¿Por qué no arriesgarse a quererla? ¿Por qué no formar una familia con ella?

Se hundió con fuerza en su interior, la respiración acelerada y el corazón disparado. El cosquilleo en los testículos lo avisó de que estaba a punto de correrse. Se apretó contra ella, la polla latiendo en su interior, lista para descargar.

¿Por qué no atreverse a ir a por ella? La quería a su lado, bajo él, contra él, sobre él, en todas las posturas.

Pero la vida no sólo consistía en follar a menudo y llevarse bien. También había que ceder, que sacrificarse, que ser un padre afectuoso y firme y un amante apasionado, atento y cariñoso. Y él no estaba seguro de poder ser todo eso.

Dio un empujón más y salió de ella, derramándose sobre su vientre con un rugido de rabia y placer.

—¡La que hemos estado a punto de liar! —murmuró Eva poco después, deslizando los dedos sobre la crema densa y blanquecina que le manchaba la tripa.

—No te preocupes, me he salido antes de correrme —dijo él con voz ronca, restándole importancia.

—Espero que tus soldaditos no hayan enviado exploradores de reconocimiento antes de caer en tromba sobre mi tripa —replicó burlona,

intentando no parecer preocupada.

Adán sonrió de medio lado, aunque no pudo evitar pensar que no estaría mal que algún soldadito explorador fuera más valiente que él y forzara las cosas. Se incorporó, apartándose de ella para sentarse de nuevo.

—No he estado en toda mi vida en un sofá más incómodo, joder — masculló, sintiendo crujir su espalda.

—El sofá no es incómodo, eres tú, que ya eres viejo para follar en otro sitio que no sea una cama —se burló ella, reculando para sentarse también.

Adán la miró con una ceja arqueada y luego se levantó de un salto. Se quitó la ropa, dejándola tirada en el suelo, y tomó en brazos a su chica.

—¿Qué haces?!

—Llévate a la cama. Como bien dices, estoy viejo para follar en el sofá, y aún tengo ganas de ti.

—Menos lobos, Adán, no se te va a levantar tan pronto —dijo ella maliciosa.

—¿Después de más de un mes sin follar? Te aseguro que sí.

—¿Llevas un mes sin follar? ¿En serio? —Lo miró con fingida sorpresa, pues la verdad era que no dudaba de su afirmación. Ese mes lo había visto demasiado hecho polvo, igual que ella, como para creer que hubiera estado con ligues de una noche.

—Claro —dijo Adán, sin percatarse de que estaba simulando sorpresa. Una sospecha comenzó a dibujarse en su cabeza—. ¿Y tú? —indagó acusador.

—¿Yo qué? —Eva puso su carita más inocente e inofensiva.

—¿Has follado con alguien durante este mes? —inquirió entrecerrando los ojos.

—¿Yo? —Eva abrió mucho los ojos y la boca en una fingidísima expresión de sorpresa que no era nada creíble.

—No me jodas, Eva —masculló él, soltándola sobre la cama.

No iba a caer en su trampa. Estaba seguro de que sólo era una broma cruel para hacérselo pasar mal. La conocía y sabía que no era una mujer que se fuera a la cama con cualquiera. Aunque no es que hubiera tardado mucho en acostarse con él.

—Joder... —Sabía que iba a hacer el ridículo, pero no podía evitar sentir

el doloroso agujonazo de los celos taladrándole el corazón—. Dime que no te has acostado con otro.

—¿Con otro? ¿En singular? —remarcó Eva—. Vale: no me he acostado con otro.

—¡Eva! —gruñó él, sentándose a horcajadas sobre ella—. No seas mala...

—¿Yo? Si soy una santa —replicó con cara de diablilla.

—Dime que no, no me hagas sufrir.

—Claro que no me he acostado con nadie, tonto —susurró besándolo.

—Un día de éstos me vas a llevar a la tumba de un disgusto —masculló, una de las frases favoritas de su abuela, antes de tumbarse a su lado.

—¿Tanto te afecta lo que hago o dejo de hacer? —replicó divertida.

—Sabes que sí —dijo él con rotunda seriedad—. Últimamente, todo mi mundo gira alrededor de ti, de lo que haces, de lo que sientes, de lo que me haces sentir... —confesó.

Eva lo miró sorprendida por la vehemencia de su afirmación. Se volvió en silencio hasta quedar de lado, enfrentada a él, los dedos jugando con el vello de su torso, mientras los de él jugaban con sus pechos, las miradas trabadas y las piernas entrelazadas.

Estuvieron así unos instantes, en embelesado silencio, sumergidos en la mirada del otro, en el tacto del otro, en el latir del corazón del otro.

—¿Por qué estás tan decidida a ser madre ya? —preguntó de repente Adán—. Podrías esperar un poco.

—¿Por qué tendría que prolongar la espera? —Eva lo observó con tanta intensidad que él sintió una figurada espada de Damocles sobre su cabeza.

—No lo sé. —Tragó saliva. Sabía que se estaba metiendo en algo que no lo concernía, pero no podía evitarlo—. No entiendo por qué tienes tanta prisa —comentó casi sin voz—. Tienes todo el tiempo del mundo para serlo. No te apresures —suplicó.

—Ya no soy una jovencita soñadora, Adán. —Eva entornó los ojos, intrigada por saber adónde quería llegar él—. He aprendido que los sueños no se cumplen sólo por desearlos. Hay que luchar y esforzarse para conseguir que se hagan realidad. Y es lo que voy a hacer: obligar a mi sueño a cumplirse —afirmó rotunda—. Tengo casi treinta y siete años, no puedo esperar mucho más

tiempo o se me pasará el arroz. Quiero un bebé y lo voy a tener ya, en cuanto me replantee cómo conciliar el trabajo con sus necesidades.

—Todo sería más fácil si hubiera un padre —insistió él, consciente de que estaba siendo incoherente.

Él no quería ser padre y, desde luego, no se iba a ofrecer voluntario. Pero tampoco quería que ella fuera madre soltera. No porque no estuviera capacitada para serlo, sino porque... ¡porque entonces él no pintaría nada en su vida! Sacudió la cabeza. ¡Eso que acababa de pensar era una jodida locura, además de una completa insensatez!

—No voy a perder el tiempo buscando un padre. Yo no lo tuve y soy feliz. Y mi hijo también lo será. Además, tengo amigos que serán figuras paternas.

—¿Como Cruz, por ejemplo? ¿O tal vez estás pensando en Paco? Unas figuras paternas de lo más apropiadas, no cabe duda. Un marica y un hippy medio trastornado —masculló él enfadado, consciente de que estaba siendo ofensivo e irracional, pero sin poder evitarlo.

—Había pensado en ti —replicó ella, apartándose para sentarse al estilo indio en la cama—. Pero, en vista de lo que piensas de mis amigos, casi prefiero que no te acerques a mi hijo ni a mí.

—Lo siento, joder —farfulló él, incorporándose hasta quedar sentado contra el cabecero—. No sé por qué he dicho eso, ha estado fuera de lugar, y además no lo pienso —aseveró, envolviéndole la cara con las manos—. Aprecio a Cruz y considero a Paco un buen amigo, aunque debes reconocer que está un poco tarado.

—Eso lo hace todavía más especial —repuso ella, esbozando una suave sonrisa.

Adán la besó con calma, deleitándose en sus labios, dejando resbalar su lengua sobre la de ella para después lamerla y chuparla hasta oírla gemir, momento en el que se separó, curvando la boca en una pícaro sonrisa. La recostó contra él y se quedó en silencio unos segundos, hasta que la inquietud le ganó la partida y no pudo evitar volver a hablar.

—¿Lo has pensado bien, Eva? ¿Estás segura de lo que vas a hacer? —musitó, besándole la sien—. Vas a renunciar a tu libertad por ser madre.

—En absoluto. Voy a cambiar la libertad de la que ahora disfruto por otro

tipo de libertad mucho mejor. —Él la miró con incredulidad—. No voy a dejar de hacer lo que hago ahora, sólo voy a cambiar la manera de hacerlo —señaló sonriente—. En lugar de ir al cine, a comer, a comprar o a pasear sola, iré con mi hijo. Y seré mucho más feliz haciéndolo.

—Seguro —replicó escéptico—. Todo va a cambiar para ti, Eva, no te engañes. Vas a tener que renunciar a muchas cosas por tener un hijo...

—Y valdrá la pena renunciar a ellas —sentenció Eva, arrodillándose frente a él—. No temas, Adán, seguiré saliendo con mis amigos y acostándome con hombres guapos, simpáticos, ardientes y maravillosos. —Fijó la mirada en él, indicándole a las claras a quién se estaba refiriendo—. Sólo que, en vez de hacerlo en mitad del comedor, lo haré encerrada en mi cuarto y sin alborotar demasiado. —Le guiñó un ojo con complicidad.

—Siempre puedes insonorizar tu habitación —apuntó él fingiendo un tono burlón, porque en realidad toda esa conversación le estaba sentando fatal.

—Es una opción —aceptó ella sonriente, tumbándose de nuevo en la cama, relajada al haber dejado las cosas claras... y también porque intuía que había mucho más detrás de lo que él acababa de decir.

Adán se acopló a su lado, mirándola. Parecía feliz y satisfecha como una gatita que acabara de atrapar a un enorme ratón que se le había escapado durante mucho tiempo.

Y lo malo era que él se sentía como si fuera el ratón atrapado entre sus garras. Sin querer dar marcha atrás y huir ni atreverse a dar un paso adelante y caer del todo en la trampa.

Quería que todo fuera como antes de que ella soltara la bomba, cuando pensaba que no había más futuro entre ambos que aquel que creaban día a día. Sin obligaciones ni responsabilidades. Sin bebés amenazando su felicidad.

—¿Qué estamos haciendo, Eva? —musitó apretando los puños.

—¿A qué te refieres?

—Follamos y somos amigos, estamos a gusto el uno con el otro. ¿Por qué no podemos seguir como hasta ahora?

—Claro que podemos seguir así. No he sido yo quien ha desaparecido del mapa sin decir nada —lo acusó.

—No, tú eres quien quiere más de lo que puedo dar —contraatacó él.

—Quiero tener un hijo, pero en ningún momento te he pedido que seas el padre —replicó ella cortante.

—No. No lo has hecho. —Adán apretó los labios para que no salieran más estupideces de su boca. Pero no pudo evitarlo, escaparon—. No estoy preparado para salir en serio con nadie, ni siquiera contigo —afirmó con la respiración agitada—. No quiero necesitar a nadie, ni que nadie me necesite. Sólo quiero disfrutar contigo, sin ninguna relación que nos lastre, como hemos hecho hasta ahora —declaró frustrado, cerniéndose sobre ella.

—No te preocupes, seguiremos siendo amigos y follaremos cuando nos apetezca —aceptó ella. Las cosas eran como eran. Si él no la quería, no iba a rasgarse las vestiduras—. Libertad total para los dos, sin cadenas, ataduras ni lastres —apostilló, decidida a no dejar que él fuera el único en reclamar su libertad.

Adán asintió, notando cómo la rabia bullía en su interior por lo que implicaba esa respuesta. Se mantuvo en decidido silencio hasta que las palabras volvieron a escapar de su garganta.

—No quiero que estés con otros hombres —masculló con la mandíbula tensa.

Eva lo miró perpleja. ¿Estaba celoso? Mostró una sonrisa ladina, dispuesta a averiguar si la sospecha que acababa de aparecer en su cabeza era real o sólo fruto del anhelo.

—En realidad, el sexo no intervendrá en mi embarazo. Compraré el esperma y lo haré por inseminación artificial, así que no puede decirse que vaya a haber otro hombre a corto plazo —dijo fingiendo haber entendido mal lo que él quería decir.

—Pero los habrá, acabas de decirme que te acostarás con otros —señaló él obcecado.

—Y tú me has respondido que insonorice la habitación para no molestar —replicó burlona.

Adán sacudió la cabeza, consciente de que estaba siendo irracional. Se habían gastado una broma, y él estaba fingiendo tomársela en serio sólo para tener la excusa de enfurruñarse. Era de locos. Pero quería discutir. Exponer su punto de vista. Reclamar la relación que deseaba.

—A lo que me refiero es a que... Joder, ¡vas a ser madre! —estalló—. Y cuando eso ocurra, no sé si podré afrontarlo. No quiero tener hijos, no me siento preparado para ser padre. ¡Mucho menos para ejercer de padre de un hijo que no será mío!

—Nadie te pide que hagas de padre —exclamó ella, enfadándose. ¿Cómo se atrevía a inmiscuirse donde nadie lo había llamado?

—Pero, si no soy tu pareja ni tampoco el padre, entonces ¿qué seré para ti? ¿Qué lugar ocuparé en tu vida? —exclamó, mirándola como un animal acorralado.

Eva lo observó acongojada, por fin comprendía lo que le pasaba. Tenía miedo. Pero ¿miedo de qué? ¿De perderla? ¿De que le pidiera más? ¡¿De qué?!

—Serás mi amigo, igual que ahora. —Le acarició el rostro con cariño—. No tiene por qué cambiar nada entre nosotros.

—¿Un amigo? ¿Eso soy para ti? —masculló él, golpeando el colchón con los puños.

—Eso es lo que quieres ser —replicó ella con certera puntería.

Adán cerró los ojos atormentado. Eso era lo que quería ser. O, más exactamente, lo que se obligaba a querer ser. Pero no era así.

La quería a ella. En su vida. Pero con sus condiciones.

—Mira, Adán, la realidad es que yo te quiero —confesó de repente Eva con brutal sinceridad, jugándose su última carta a la desesperada.

—Dios, Eva, no me pidas que...

—No te pido nada —lo interrumpió—. Nunca lo he hecho y nunca lo voy a hacer. No te necesito, Adán, tenlo claro. Simplemente te quiero, sin más. Sin condiciones ni obligaciones. No te pido que me quieras ni que me dejes preñada ni nada por el estilo. No me hace falta. Si quiero la luna, me la bajo yo solita —afirmó rotunda, intentando dejárselo todo muy clarito—. Pero a ti eso no te basta. Lo quieres todo sin dar nada —lo acusó.

—Eso no es cierto.

—Por supuesto que lo es. No quieres quererme ni quieres formar parte de mi vida más allá de follarme con cierta asiduidad, pero tampoco quieres que haga mi vida sin contar contigo. No quieres tener hijos y pretendes que yo no

los tenga. No quieres tener una relación conmigo, pero tampoco quieres que salga con otros hombres, algo que, por cierto, ya te he dicho que no pensaba hacer.

—¡Que no pensabas hacer a corto plazo! —especificó él con rabia—. ¡No has dicho que no lo fueras a hacer, sólo que no sería pronto! —dijo agarrándose a un clavo ardiendo que sabía que ni siquiera existía, porque si algo tenía claro era que, mientras estuviera con él, Eva no tontearía con otros.

Estaba siendo irracional, lo sabía, pero no podía evitarlo. Su maldito carácter irascible, contradictorio, egoísta e incoherente había estallado y no era capaz de contenerlo.

Saltó de la cama para caminar frenético por el dormitorio.

Eva lo miró pasmada. ¿Cómo era posible que un hombre que se había comportado con tanta dulzura y delicadeza hacía un momento se hubiera convertido en el energúmeno que tenía delante?

—Sé sincero, Adán. Este berrinche que te ha dado no es porque te preocupe que pueda haber otros hombres en un futuro lejano. Sabes de sobra que no habrá nadie más mientras esté contigo.

—¡Joder! —rugió él golpeando la pared, furioso porque ella lo había descubierto. No eran otros hombres lo que lo preocupaba. Era un bebé aún no engendrado.

No quería que nadie dependiera de él ni lo necesitara. Y Eva jamás haría ninguna de las dos cosas. Era la mujer perfecta. Pero estaba decidida a ser madre, y a él lo aterraba ser padre.

Pero ella no lo quería como padre. Sólo como amante y amigo.

Debería dejar de darle vueltas al tema y conformarse con lo que le ofrecía. Pero no podía. Quería más. En realidad, ella tenía razón. Lo quería todo sin tener que dar nada a cambio.

Sabía que estaba siendo egoísta y cruel, pero era incapaz de renunciar a tenerlo todo de ella. Todo, excepto lo que ella más deseaba.

Si le pedía que lo eligiera a él y dejara a un lado su sueño, la perdería.

Y no podía perderla.

No ahora que acababa de recuperarla.

Había pasado un mes horroroso, añorándola y deseándola a cada segundo.

Echando de menos sus sonrisas y sus miradas. Sus coletas que parecían fuentes y sus camisetas disparatadas. Sus conversaciones sobre todo y sobre nada, sus comentarios maliciosos y sus gemidos guturales cuando se estremecía entre sus brazos. Sus caricias y sus pellizcos, sus besos y sus mordiscos.

Soñaba con ella con la misma intensidad con que se desgarraba al no tenerla a su lado.

No iba a renunciar a ella. No sin luchar.

—¡No puedes hacerme esto! —gritó enfrentándose a ella—. ¡No puedes pedirme que me resigne a ser sólo un amigo para ti. No puedo. Te quiero junto a mí, en mi cama y en mi vida! —rugió para luego calmarse de golpe y mirarla como lo haría un cachorro apaleado—. Pero no puedo ofrecerte más de lo que te he dado hasta ahora. Aún no estoy preparado para más. Menos aún para ser padre.

—Pues entonces estamos abocados al fracaso, porque yo no voy a renunciar a mi sueño. Ni siquiera por ti —replicó Eva más seria que nunca en su vida.

—Necesito tiempo —le exigió Adán desesperado—. No puedo alejarme de ti, lo he intentado y ya ves que no ha dado resultado —dijo mordaz. Ella abrió la boca para replicar, pero él continuó hablando—: Dame tiempo, Eva. Me lo debes.

—No te debo nada.

Adán apretó los puños enfadado. Y de repente esbozó una ladina sonrisa.

—¿Qué prisa tienes? Tú misma has dicho que no vas a hacer nada hasta conseguir un trabajo estable y seguro, y eso no es algo que abunde hoy en día —dijo obviando a propósito lo que habían hablado acerca de que sus amigas cuidaran al bebé—. No te pido que no te presentes a más oposiciones, pero hasta que salgan unas nuevas y apruebes, ¿cuánto tiempo puede pasar?

—Años —musitó ella, cayendo de forma consciente en su treta, intrigada por saber hasta dónde iba a llegar. Cuánto iba a ofrecerle. También cuánto iba a pedirle.

—Dame ese tiempo, Eva. Permíteme estar a tu lado sin exigirme nada.

—Eso sería muy injusto para mí...

—Lo sé, pero es todo lo que puedo ofrecerte ahora mismo. Por favor, Eva,

dame una oportunidad —suplicó arrodillándose en la cama frente a ella—. Te prometo que no te arrepentirás.

—Está bien. Tienes hasta que apruebe unas oposiciones o consiga un trabajo fijo de día.

Adán cerró los ojos aliviado. No iba a perderla. Al menos, no a corto plazo. Y, quién sabía, tal vez con el tiempo ella se olvidara de su sueño... o él de sus miedos.

La abrazó, aplacado su terror ahora que sabía que todo volvía a ser como antes.

Eva se dejó abrazar y cuando él comenzó a besarla lo correspondió. Dejó que le hiciera el amor e incluso sonrió cuando una hora más tarde se despidió y subió a casa de su abuela como siempre hacía cuando acababan de follar.

No iba a pasar la noche con ella. Ni ahora ni nunca.

Tampoco habría desayunos juntos. Ni cajones con su ropa. Ni dos cepillos de dientes en el vaso del lavabo. Ni una maquinilla de afeitarse en el cajón.

Pensó en el rincón del salón en el que siempre había imaginado que pondría un puzle de gomaespuma de colores para jugar con su hijo en el suelo. Tampoco lo habría nunca. Ni la cuna entre la cama y la pared. Ni la pequeña bañerita para bebés encajada en la ducha.

Porque nunca habría un bebé.

Le había dicho que no renunciaría a su sueño por él. Pero era mentira.

Pasarían años antes de que se convocaran unas nuevas oposiciones a las que pudiera acceder con su titulación, y con la crisis que había y sus reducidos estudios le iba a resultar muy difícil conseguir un trabajo bien remunerado con horario de mañana.

Aunque tampoco pensaba buscarlo.

Porque estaba enamorada. Y su sueño era incompatible con el hombre al que amaba.

Un hombre que le había pedido tiempo sin ofrecerle nada a cambio. Ni siquiera las dos palabras que conformaban un «te quiero».

Y ella, como la tonta enamorada que era, a pesar de eso había decidido confiar en él.

Confiar en que algún día la querría tanto como ella lo quería a él. Tal vez

incluso tanto como para tener un hijo juntos.

Se tumbó en la cama, acurrucada sobre sí misma, y comenzó a llorar con sollozos desgarradores. Iba a verter todas las lágrimas que tenía durante esa noche, porque no pensaba volver a llorar nunca más por el sueño que jamás se cumpliría.

Se había arriesgado a elegir otro sueño. Uno en el que estaba toda la vida junto al hombre que amaba. E iba a luchar por hacerlo realidad.

«Navidad, Navidad, dulce Navidad, la alegría en este día hay que festejar...»

Me gusta ese villancico, es muy sencillo, pero a la vez es alegre y me trae buenos recuerdos. Me lo cantaba mi abuela todas las Navidades. O, mejor dicho, yo se lo cantaba a ella para que me diera el aguinaldo.

Me encantan las Navidades, aunque reconozco que son días en los que la melancolía hace que, en ocasiones, me sienta triste. Mi madre está desaparecida Dios sabe dónde, y mi abuela partió al cielo hace años, y yo a veces no puedo evitar sentirme sola y en cierto modo desamparada. Pero esa desesperanzadora sensación se me pasa en cuanto veo a Jimena y a Gadea y siento su eufórico y excitado regocijo. No sé qué haría sin ellas, pues son las que nos contagian su alegría e ilusión. También Cruz contribuye en buena medida al júbilo en estas fiestas. Él se encarga, de forma voluntaria, de engalanar nuestras casas. Se lo pasa bomba adornándolas, es su vocación frustrada. La especialidad de Gala, en cambio, es la organización; no sé cómo se las apaña, pero siempre consigue sobrevivir a las cenas y a las comidas navideñas sin que nada salga mal, sin pasarse del presupuesto y sin estresarse demasiado. ¡Un verdadero milagro! Y luego está Vicenta, una mamá gallina muy peculiar que nos acoge bajo sus alas y nos mantiene unidos y protegidos contra la adversidad.

No sé qué haría sin mis amigos.



Sábado, 24 de diciembre de 2016

—¿Estás seguro de que quieres que te acompañe? Porque de verdad de la buena que no me importa quedarme como todos los años y pasar la Nochebuena con mis chicas —dijo Cruz de corrido, sin pararse a respirar.

—Déjate de gilipolleces y dame la maleta antes de que aparezcan los municipales y me pongan una multa —gruñó Bruno, mirando a su alrededor.

Había aparcado el coche en doble fila frente a la plaza para cargar las maletas y largarse cagando leches, sin recordar que Cruz tenía docenas de paquetes para llevar a Málaga. Los miró con los ojos entornados, intentando averiguar el modo de cuadrarlos en el pequeño maletero de su Seat Ibiza. Sería un poco más complicado que jugar al Tetris.

—¿Por qué narices llevamos tantos trastos?

—Son los regalos para tu familia. —Cruz observó pensativo el poco espacio disponible y la cantidad de paquetes que había—. Son los mismos de siempre, dos para tus hermanos y sus mujeres, dos para tus hermanas y sus maridos, uno para tu madre y siete para tus sobrinos. Lo que pasa es que mi maleta ocupa mucho espacio y por eso no caben —musitó, bajando la mirada—. Tal vez deberías replantearte...

—Como vuelvas a decir otra vez que te deje en Madrid, te juro que te amordazo —lo interrumpió Bruno enfadado—. No hay quien te comprenda, joder; hace dos meses me echaste en cara que todavía no te había presentado a mi familia y, ahora que voy a hacerlo, no quieres.

—Tal vez éste no sea el mejor momento —comentó Cruz acobardado. Por supuesto que no era el mejor momento. Bruno lo hacía obligado, porque lo había puesto entre la espada y la pared—. Las Navidades son una fiesta familiar y...

—Tú también eres mi familia —lo interrumpió Bruno.

—Y, sin embargo, me presentas como tu amigo —replicó Cruz, incapaz de contenerse—. Lo siento, eso ha estado fuera de lugar —murmuró mirando al suelo—. Son los nervios, que me están volviendo loco. Mejor me meto en el coche y te dejo a ti la logística del viaje.

Bruno observó cómo su amante se metía en el coche intentando hacerse lo más pequeño e invisible posible. Negó con la cabeza. Su chispeante y descarado novio estaba angustiado y asustado, y era por su culpa. Si alguien estaba nervioso por el viaje, era él. Más que nervioso, se sentía aterrorizado. No se atrevía a pensar lo que dirían su madre, sus hermanos y sus hermanas cuando descubrieran que era gay, porque si algo tenía claro era que lo iban a descubrir. Él, por supuesto, no se lo iba a contar. Era demasiado cobarde para hacerlo. Pero llevar a Cruz como acompañante era una declaración de intenciones que nadie de su familia ignoraría.

Suspiró y, decidido a dejar de dar vueltas al asunto, se centró en los paquetes. Los había de todos los tamaños, formas y envoltorios. Dieciséis en total, catorce para su familia y dos para ellos. Y, al igual que había sucedido en las cuatro últimas Navidades, todos los había buscado, comprado y envuelto Cruz. Arrugó el ceño al percatarse de que todos los miembros de su familia, él incluido, tenían una sorpresa reservada. Todos menos Cruz, quien, como siempre, también se había comprado el suyo. Se quedó inmóvil al recordar la ilusión que le había hecho a su chico cuando se presentó en casa de improviso con las entradas para el musical y comida del japonés. En ese momento, su reacción le había parecido exagerada y encantadora. Ahora comprendió que lo tenía tan poco acostumbrado a recibir sorpresas que no era extraño que se hubiera mostrado tan turbado y perplejo.

Acabó de colocar todos los bultos, algunos en el asiento trasero, y se puso al volante. Metió la llave en el arranque, pero no llegó a girarla. En lugar de eso, se volvió hacia Cruz y lo atrajo hacia sí. Lo besó. Al principio le costó abrirse camino entre sus labios tensos, pero poco a poco se fue relajando con sus caricias y mordiscos, hasta que sus lenguas se trabaron en un sensual abrazo.

—Todo va a salir bien, te lo prometo —le aseguró, acariciándole los labios húmedos e hinchados con el pulgar—. No te preocupes por nada.

—No lo haré —aceptó él, esbozando una tímida sonrisa que no le llegó a los ojos.

—¿Qué música has preparado para el viaje? —inquirió Bruno, arrancando el coche.

—Una selección de las mejores canciones de Queen, Lady Gaga y Aretha Franklin.

—Menuda mezcla... —musitó Bruno, pisando el acelerador.

Tenían más de quinientos kilómetros por delante; o se ponían en marcha ya o no llegarían a comer.



—¡Virgen santísima del Amor Hermoso de los Ángeles Concebidos! — jadeó Cruz cuando Bruno tomó el desvío que los condujo a una enorme casa estructurada alrededor de un patio—. ¿Ahí vivías de niño?

Él asintió, divertido por la sorpresa de su amante.

—¡Madre mía! ¡Si más que una casa de campo es un cortijo!

—No llega a tanto, pero se le acerca —apuntó Bruno.

Detuvo el coche frente a un antiguo abrevadero de caballos junto al que había otros cinco vehículos. Hizo sonar el claxon varias veces y se bajó.

Cruz lo siguió perplejo. ¿A qué venía ese alboroto? Lo descubrió cinco segundos después, cuando siete niños de distintas edades salieron en tromba de la casa y echaron a correr hacia ellos, llamando a gritos a su tío Bruno.

Dio un paso a un lado asustado. Los veía muy capaces de derribarlo si se interponía en su camino. Observó con envidia sana cómo los infantes se lanzaban felices sobre Bruno, acribillándolo a preguntas. Siempre le habían gustado las familias alegres y alborotadoras, tal vez porque la suya nunca lo había sido.

—Tú debes de ser Cruz —oyó que decía una voz femenina tras él.

Se volvió intrigado y se encontró frente a cuatro parejas de entre veintimuchos y treinta y pocos años y una elegante mujer que debía de superar los sesenta y a la que ni en sueños se le ocurriría llamar *anciana*, a pesar de que ya era abuela.

Supuso que era ella quien había hablado, pues era la que con más intensidad lo examinaba.

Tragó saliva, repentinamente aterrorizado. Sabía que Bruno tenía dos hermanas y dos hermanos con sus respectivos cónyuges y una madre viuda,

pero no se le había ocurrido pensar que eso hacían un total de nueve personas que fijarían sus dieciocho ojos en él.

—¡Mamá! —gritó en ese momento Bruno, salvándolo de la vergüenza horrorizada que lo paralizaba.

Envolvió a la mujer mayor en un abrazo de oso y, levantándola del suelo, giró con ella hasta que ésta protestó entre risas porque se estaba mareando. La dejó y fue a por sus hermanas y cuñadas, con quienes repitió el mismo saludo. Luego chocó pecho con pecho con sus hermanos y cuñados, y comenzó una ficticia pelea de bienvenida en la que unos y otros se agarraban por el cuello y se empujaban como luchadores de *pressing catch*.

Cruz los miró asombrado. También embelesado. Había una unión increíble entre ellos. Se abrazaban, peleaban y reían a voz en grito, derrochando alegría y cariño. Eran la familia que siempre había deseado, y que gracias a Dios había encontrado en Eva, Gala, Jimena, Gadea y Vícenta, aunque con bienvenidas menos violentas, claro. A no ser que Gala bebiera y le diera por comportarse como una rompepelotas, pero eso no solía suceder muy a menudo.

Sintió una punzada de melancolía al pensar que esa noche no estaría con ellas.

—¿No vas a presentarnos a tu amigo? —le reclamó la mujer mayor a Bruno, observándolo con manifiesta curiosidad.

—Claro que sí, mamá. Éste es Cruz, mi mejor amigo —dijo. Al ver que se quedaba petrificado en el sitio, lo tomó de la mano, obligándolo a acercarse a su familia—. Cruz, te presento a mi madre, Rocío, y ellas son mis hermanas Lucía y Candela, y mis cuñadas, Carmen y Macarena. Mis hermanos, José y Manuel, y mis cuñados Antonio y David. —Señaló a cada uno, pero Cruz fue incapaz de retener los nombres.

—Encantada de... —se interrumpió, apretando la boca avergonzado—, quiero decir, encantado de conoceros. Los nervios, ya sabéis —masculló, intentando poner voz varonil.

Bruno, en lugar de enfadarse por su metedura de pata, lo sorprendió esbozando una cariñosa y alentadora sonrisa dedicada sólo a él.

—Un placer volver a verte —dijo el hermano mayor de Bruno, que lo recordaba de Madrid. Lo saludó con una cariñosa palmada en la espalda que a

punto estuvo de tirarlo al suelo—. Vaya, hombre, lo siento, ¿te he hecho daño? —musitó al ver que trastabillaba varios pasos.

—No, qué va —dijo Cruz, casi sin voz—. Es que me has pillado desprevenida. ¡Desprevenido! —se corrigió con un angustiado jadeo.

—Hablas como Mario Vaquerizo, ¡qué guachi! —dijo uno de los sobrinos de Bruno—. Soy Sergio, pero todos me llaman Yoyo. Tengo siete años y soy el mayor de todos, así que aquí mando yo.

—Que te lo has creído —masculló una niña tras él—. Yo soy Maca, y también tengo siete años.

—Pero yo nací cuatro minutos antes que tú, así que soy el mayor —se empecinó el niño.

—La eterna pelea —dijo una de las hermanas de Bruno, suspirando—. No les hagás caso, son cosas de mellizos —afirmó antes de mirar a los hombres—. Bruno y Cruz deben de estar cansados tras el largo viaje, así que dejad de hacer el vago y vaciad el coche mientras nosotras los acompañamos.

—¡Ja! Acompañarlos, dice. Lo que vais es a interrogarlos —se burló uno de ellos, comenzando a sacar las maletas del maletero—. ¡Madre mía! ¿Para cuántos días venís?

—¡Cuidado! —exclamó Cruz cuando lo vio sacar los paquetes sin ninguna consideración—. Algunos son frágiles, hay que tratarlos con cariño.

—¡Hala! ¡Son los regalos de Papá Noel! —dijo uno de los pequeños, que no debía de tener más de seis años—. ¿Cómo es que te los han dejado antes de tiempo?

—Porque le puse en la carta que iba a venir hoy a Málaga y que si me los dejaba en Madrid la noche del 25 no os los podría traer —mintió Cruz con toda naturalidad.

—¿En serio?! ¿Y te ha hecho caso?

—Ya ves que sí.

—Jo, para la próxima, yo también lo voy a hacer. Le diré que no estaré y que me los traiga el 20 o así...

—Pero entonces será mentira y, si Papá Noel se entera, que se enterará, te quedarás sin regalos.

—Jopetas —masculló el niño, uniéndose a sus primos y hermanos para

observar con ojos desorbitados los regalos que sacaban del coche y que no podrían abrir hasta el día siguiente—. La vida es injusta.

—No sabes cuánto —suspiró Cruz—. Yo también odio tener que esperar para abrirlos. No sé por qué ese viejecito barbudo no puede hacer la vista gorda con los que se portan bien y son tan buenos como nosotros —masculló impaciente.

El niño asintió con la cabeza, totalmente de acuerdo con sus palabras.

Bruno sonrió embelesado al ver que Cruz hacía tan buenas migas con su sobrino. Se acercó y, sin pensar en lo que hacía, le dio un cariñoso azotito en el culo.

—Vamos, Cruz, estoy deseando que veas la casa. —Le dio la mano y tiró de él—. Te va a encantar la cocina, seguro que en cuanto la veas vas a querer hacer alguna de tus recetas.

—¿Una tarta de zanahoria, por ejemplo? —dijo Cruz con sorna, viéndolo venir.

—Por ejemplo —murmuró Bruno, revolviéndole el pelo—. O las magdalenas aquellas...

Varios metros por detrás de ellos, nueve adultos los observaban sin perder detalle.

—Parece encantador —comentó la mayor de las hermanas.

—Por supuesto que sí, ¿acaso esperabas otra cosa del mejor amigo de tu hermano? —replicó Rocío, entrecomillando con los dedos las palabras «mejor amigo».

Bruno le enseñó a Cruz el patio, el huerto y el salón mientras los demás se ocupaban de llevar a la casa los paquetes y las maletas. Luego lo condujo a la cocina, donde se encontraron con su madre y sus hermanas, atareadas con la comida y la cena.

—Dormiréis los dos en tu habitación, Bruno —dijo Rocío, limpiándose las manos en el delantal—. Espero que no te importe, Cruz; con todos mis hijos y nietos aquí, andamos algo escasos de habitaciones —comentó sonriente.

—Por nosotros, estupendo —exclamó Bruno encantado.

Tiró de Cruz para llevarlo a su antiguo cuarto, deseando enseñárselo. Se

sentía eufórico, estar allí con él era maravilloso. No entendía por qué había tardado tanto en llevarlo. Le enseñó y explicó cada diploma que había colgado en las paredes y los pocos trofeos de fútbol que había ganado con su equipo en la liga juvenil.

—¿Por qué son todos al equipo con el juego más limpio? —preguntó Cruz intrigado.

—Porque éramos unos mantas, pero, eso sí, jamás dábamos una patada de más —replicó Bruno con evidente diversión.

Cruz se echó a reír, relajándose poco a poco, y cuando se hubieron cambiado la ropa del viaje por otra limpia y sin arrugas, se dirigieron al salón.

La comida transcurrió entre bromas y risas, mientras la familia torturaba a Bruno con el sencillo método de contarle a Cruz todas sus aventuras y travesuras infantiles.

Al principio, Cruz intentó no reírse, consciente de que tenía una risa muy escandalosa, al más puro estilo *drag queen*. También tuvo cuidado al comer, intentando cortar la carne en trozos grandes, como hacían los hermanos de Bruno, que eran muy machos todos. Pero, tras atragantarse un par de veces, decidió que entre morir ahogado por un trozo de carne o cortarla en diminutos y amariconados trocitos como tenía por costumbre, lo mejor era dejar de comer. Y eso hizo.

—¿No te gusta el entrecot?

—Al contrario. Es un plato magnífico. La acertada combinación del sabor de la brasa con la cebolla caramelizada y la salsa con base de miel convierten este plato succulento en una deliciosa exquisitez —replicó él, sorprendiéndolos a todos con sus palabras.

—Cruz es todo un gourmet —comentó Bruno, orgulloso de él—. Y todavía es mejor cocinero; lo he convencido de que nos haga una tarta de zanahoria. Ya veréis qué rica le sale —afirmó deslizándose con disimulo la mano bajo la mesa para darle un cariñoso apretón en el muslo.

Cruz saltó como si le hubiera dado un calambrazo.

—Relájate —le susurró Bruno al oído, esbozando una cálida sonrisa dirigida sólo a él—. Mamá se va a sentir ofendida si no te acabas tu entrecot

—dijo en voz alta, señalando a Rocío con la mirada.

—Y tanto que sí.

Cruz suspiró y, a pesar de tener el estómago cerrado por los nervios, atacó de nuevo su plato, aunque en esta ocasión redujo el tamaño de los trozos que cortaba. Mejor hacer el ridículo que morir atragantado.

Poco a poco, se fue relajando, gracias en gran parte a los chistes y las anécdotas que contaba la familia de Bruno. Los hombres eran campechanos y muy guasones, con el carácter fresco y afable del sur, mientras que las mujeres hacían gala de un humor sutil e inteligente, más dado a las dobles interpretaciones y el juego de palabras. Cuando llegaron al postre, Cruz se había relajado por completo y se había lanzado a contar alguna de sus anécdotas.

—Y la muy loca me dice ¡que quiere colgar el cuadro del techo! O sea, quería suspenderlo en mitad de la sala, a medio camino entre el techo y el suelo. Y yo me quedé... *Oh, my god!* —exclamó con la boca muy abierta—. ¡Era una idea novedosa, *fantabulosa y folgorosa!* Así que, dicho y hecho, entre las dos colgamos del techo un cuadro de más de cuatro metros de largo y uno de alto. Y en ese momento nos dimos cuenta de que ¡el cuadro era casi tan ancho como la sala y, por tanto, impedía el acceso a ésta! Si lo dejábamos así, el público tendría que arrodillarse para pasar por debajo y acceder a la sala como suplicantes. ¡Me llevé el disgusto de mi vida!

—Ya lo recuerdo, me llamaste hecha una magdalena, llorando a lágrima viva —musitó Bruno, acariciándole la nuca.

—Y tú diste con la solución perfecta —replicó Cruz, dedicándole una preciosa sonrisa.

—¿Qué hicisteis? —indagó Manuel.

—Le dimos la vuelta al cuadro. En vez de ponerlo a lo largo, lo colgamos a lo alto.

—¿Y la gente no se dio cuenta de que estaba al revés? —murmuró Macarena.

—No. Era una acuarela de una serpiente alada china y, como el techo era muy alto, quedó estupendo. Parecía que la serpiente volara hacia el cielo. Lo vendimos en un pispás —afirmó Cruz, tomando la taza de café que le tendía

Rocío.

Sopló con suavidad y dio un breve sorbo. Y en ese momento se dio cuenta de que el meñique se le había disparado, mostrando a los allí reunidos toda su pluma. Se apresuró a bajarlo sofocado, pues por culpa de la tonta historia todos tenían los ojos puestos en él, y su gesto afeminado no debía de haberles pasado desapercibido. Sintió la mano de Bruno acariciándole la pierna bajo el mantel, instándolo a relajarse.

—¿Te apetece una copa? —le preguntó en ese momento José.

—Sí, ponme algo con sabor a hombre, me vendrá de maravilla para calmar los nervios —dijo sin pensar, más pendiente de las caricias de su amante que de las palabras que escapaban de su boca. Era alentador saber que Bruno no estaba molesto por todas sus meteduras de pata—. ¿Qué ocurre? —musitó al ver que todos lo miraban divertidos.

—¿Te parece bien un whisky? ¿O no sabe suficiente a hombre? —bromeó Manuel.

—Oh, Dios mío, qué vergüenza. —Se llevó las manos a la cara—. Dime que no he dicho eso —murmuró abochornado, la mirada fija en el mantel.

—¿Y qué si lo has dicho?! —estalló Bruno, sintiéndose fatal al verlo tan asustado y tenso.

Sabía que Cruz no conseguía relajarse y disfrutar del ambiente familiar que tanto adoraba porque tenía miedo de decepcionarlo. Y eso era sólo culpa suya, por empeñarse en mantenerlo oculto a su familia, dándole a entender que se avergonzaba de él, cuando no era así. Podía sentir vergüenza de muchas cosas, pero jamás de él. Era lo mejor que le había pasado nunca.

—No pasa nada, Cruz, relájate y deja de intentar ser quien no eres —susurró, tomándole la cara entre sus manos de dedos largos y delgados. Le acarició las mejillas con los pulgares antes de soltarlo y volverse hacia su hermano menor—. Whisky estará bien, Manu, pero sólo uno. A Cruz no le sienta bien la bebida...

—Me da llorera —gimió éste—. A la segunda copa, me convenzo de que nadie me quiere.

—Y a la tercera entras en modo diluvio universal y te vuelves inconsolable —apuntó burlón Bruno.

—Eso es mentira. Lo que pasa es que, aquí, don Sensible no tiene un gramo de empatía en el cuerpo y, en lugar de intentar consolarme, se ríe de mí y, claro, empeoro —suspiró Cruz.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —dijo Candela—. Mi hermano no tiene un ápice de sensibilidad. De pequeños se dedicaba a...

Y de este modo continuaron explicando anécdotas y travesuras, hasta que Rocío anunció que había llegado la hora de ponerse a preparar la cena.

Cruz aprovechó que la cocina era enorme, casi tan grande como el comedor, para acoplarse en un rinconcito y elaborar los cupcakes Karol, unos cupcakes especiales, hechos con tarta de zanahorias y manzana, crema de queso y dulce de nueces, cuya receta había copiado de *My trendy party*, un maravilloso blog lleno de apetitosas y riquísimas recetas.

—No sé yo si Bruno va a dejar que lleguen intactos a la mesa —comentó Rocío cuando los vio montados.

—Todo es cuestión de guardarlos bien —replicó Cruz, centrado en decorarlos—. En casa los meto en unas cajas especiales y los cierro con candado, es la única manera de que no se los coma todos de un atracón —comentó burlón.

—Así que vivís juntos... —repuso Macarena como si tal cosa.

Cruz se quedó petrificado, con la manga pastelera goteando crema de queso sobre la encimera. Giró despacio la cabeza y la miró sin saber qué responder. ¡Había vuelto a meter la pata! ¿Cuántas veces iban ya? No le extrañaba que Bruno no quisiera presentarle a su familia. Era una nulidad guardando secretos y disimulando.

—¡Eh! Se te está saliendo la crema —exclamó Bruno entrando en la cocina. Recogió con los dedos la que se había derramado en la encimera y se los chupó goloso—. ¿Has acabado con las magdalenas?

—Son cupcakes —espetó picado Cruz. No había modo de que las llamara por su nombre.

—Lo que sean. ¿Has terminado? —Cruz asintió, y Bruno se apresuró a quitarle la manga pastelera y apretarla sobre su boca.

—¡Bruno, no seas cerdo! —exclamó su hermana pequeña al verlo chupar la boquilla.

—Es de usar y tirar, no pasa nada —dijo él, abriendo la manga para meter los dedos y rebañarla por completo.

—Por favor, eres asqueroso.

—Envidia cochina que tienes por no poder probarlo —replicó él, lamiéndose los dedos—. Estamos poniendo la mesa —le dijo a Cruz entre lametón y lametón—. ¿Nos echas una mano?

Un buen rato después, cuando las mujeres salieron de la cocina, se encontraron a los hombres y a los niños divididos en equipos, mientras Cruz los dirigía cual director de orquesta. José, Manuel y Bruno habían montado un árbol de Navidad hecho sólo con libros, y en ese momento estaban colocando las flores rojas que uno de los equipos infantiles estaba haciendo con las servilletas de papel. El otro grupo de niños estaba ocupado formando alas de algodón que Antonio ataba a las sillas con sedal de pescar. Mientras tanto, David, siguiendo las órdenes de Cruz, había dispuesto velas y ramitas sobre la repisa de la chimenea creando un precioso cuadro. Y, por último, Cruz estaba poniendo la mesa. Había combinado los platos blancos de diario con los que tenían el filo rojo de Navidad, colocando alternadas sobre ellos las flores confeccionadas con servilletas, rojas unas, blancas otras. También había hecho un centro de mesa con las ramitas y las piñas secas que usaban para encender la chimenea, creando entre ellas un pasillo de velas de distintos grosores y alturas.

—¡Falta rojo! —dijo con un jadeo angustiado, tal parecía que se le fuera a acabar el mundo si no encontraba algo de ese color—. ¿No tenemos acebo?

—¿Te valen estos bombones? —le preguntó uno de los niños, enseñándole unos envueltos en brillante rojo.

—¡Son perfectos! —exclamó, colocándolos con buen tino en el exquisito centro.

—No he visto este comedor tan bonito en mi vida —musitó Rocío, recorriéndolo todo con la mirada—. Eres un genio.

—Cruz es un magnífico decorador —afirmó Bruno orgulloso, dando un abrazo a su chico—. Tendríais que ver los montajes y las exposiciones que hace. Son fantásticos. ¿Cuándo cenamos? Con tanto trabajo, me ha entrado hambre...

—Dentro de un ratito.

—¡Tan pronto! ¡Voy a cambiarme ahora mismo, no pienso celebrar la Nochebuena con estas pintas de bruja que tengo! —exclamó Cruz, yendo a la carrera a su cuarto.

—Jo, tío Bruno, tu amigo es genial —exclamó el mayor de los niños.

—Sí, deberías haberlo traído antes, tiene unas ideas superchulas —dijo entusiasmada una de las niñas, pues se lo había pasado genial haciendo manualidades para decorar la casa.

—La verdad es que tu amigo tiene un gusto exquisito —aseveró Rocío, acercándose a su hijo—. Y también es un encanto.

—Sí —coincidió una de sus cuñadas—. Tiene ese punto de timidez que dan ganas de abrazarlo fuerte y comérselo a besos.

—Ten cuidado, Carmen, no vaya a ser que tu marido se ponga celoso —se burló Bruno, irguiéndose orgulloso como un pavo real—. Voy a cambiarme.

—Y un cuerno va a cambiarse ése... —susurró Candela, mirando maliciosa a su madre—. ¿Les has puesto las camas cantarinas?

Rocío asintió, sonriendo con burlona perversidad.



—¿¿Qué haces?! —jadeó Cruz, empujando a Bruno cuando éste lo dejó respirar de nuevo.

Había entrado en el dormitorio de repente y, tras cerrar la puerta, lo había empotrado contra la pared para darle un tórrido beso.

—Alguien puede vernos —susurró atemorizado, intentando apartarlo.

—He cerrado la puerta.

Le mordió la oreja a la vez que lo acariciaba por encima del bóxer. Llevaba todo el día con él, muriéndose por besarlo y abrazarlo, pero sin poder hacerlo porque su familia no los había dejado solos ni un instante. Y ahora pensaba resarcirse.

—Pero ¡no tiene llave! ¡Cualquiera podría abrirla! —gimió Cruz, rendido al sensual ataque de su pareja.

—No lo harán —aseveró Bruno antes de volver a besarlo. Lo había

pillado medio desnudo, con la camisa desabrochada y los pantalones preparados sobre la cama.

Le agarró el culo, pegándolo a él para mecerse uno contra otro, frotándose las ingles.

—Para ya, no voy a cenar con tu familia con una erección de narices y oliendo a sexo —lo increpó Cruz enfadado. ¡No le faltaba más que eso!

—Está bien —aceptó Bruno entrando en razón—. Pero ten por seguro que esta noche tú vas a ser mi regalo de Navidad, y pienso disfrutarte como nunca —le advirtió antes de besarlo de nuevo.

—Me temo que vas a tener que contenerme —replicó Cruz contra sus labios—. Me he tumbado antes en mi cama y chirría.

Bruno entornó los ojos, sospechando que... Se sentó en su cama. Un fuerte chirrido le taladró los oídos.

—¡Genial! —masculló enfadado—. Nos han dado las camas cantarinas. ¡Serán cabrones!

—Tal vez hayan pensado que, como somos sólo amigos, no vamos a hacer nada que precise de unas camas silenciosas —comentó Cruz, encogiéndose de hombros.

—Siempre ves lo mejor de los demás, ¿verdad? —dijo Bruno de repente, acercándose a él—. Por eso me soportas, porque no ves lo mal que me he portado contigo y lo egoísta que he sido —musitó.

—Claro que lo veo; si te soporto es porque te quiero. —Cruz esbozó una ladina sonrisa.

Bruno lo observó embelesado. Su amado tenía una sonrisa especial. Una que le aceleraba el corazón y le hacía sentirse el hombre más afortunado del mundo.

—Has conquistado a mi madre y a mis hermanos con tu sonrisa —susurró, acariciándole los labios.

—Tienes una familia maravillosa. No me extraña que los quieras tanto y te niegues a defraudarlos. Se merecen lo mejor —musitó Cruz emocionado.

Pasar esas horas con ellos le había hecho conocerlos y adorarlos. Entendía que Bruno no deseara arriesgarse a perderlos. Porque eso era algo que pasaba. De hecho, a él le había pasado. Hacía décadas que no veía a sus padres, desde

que les había hablado de sus preferencias. Sólo su abuela había seguido queriéndolo tras soltar la bomba. Gracias a ella no había acabado en la calle, malviviendo, cuando sus padres lo habían echado de casa. Ella lo había acogido y cuidado, dejándole su casa en herencia para que jamás estuviera desamparado.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó Bruno al ver que sus ojos brillaban por lágrimas no derramadas.

—Nada —mintió—. Son estas fechas, que me ponen tonta. Me acuerdo de las Navidades con mi abuela y me da llorera. También echo de menos a mis amigas —suspiró.

—¿A esas tres locas? Seguro que las Navidades con ellas son algo grandioso.

—No te lo puedes imaginar —musitó Cruz, recordando el amor que reinaba en casa de Vicenta esa noche... y siempre.

—¿Qué estaríais haciendo ahora? —le preguntó Bruno, pues a pesar de llevar tantos años como pareja nunca habían pasado la Navidad juntos.

—Ahora estaríamos cenando, y luego, sobre las once y media, nos prepararíamos para bajar a la misa del gallo con Vicenta.

Bruno enarcó una ceja sorprendido. Que él supiera, Cruz no era creyente, mucho menos practicante.

—No sabes lo insistente que puede llegar a ser Vicenta —se burló él al ver su gesto.



—No sé cómo me dejo convencer para esto —masculló Gala enfurruñada.

Gadea y Jimena miraron a su madre un instante y luego la ignoraron. Todos los años montaba la misma escena, y todos los años acababa claudicando y yendo a misa con Vicenta.

—No seas así, sólo es una vez al año —insistió la anciana, quien se había puesto sus mejores galas para la cena y la misa posterior—. Y ya sabes el dicho...

—Una vez al año no hace daño —recitó Eva, atusándose el moño estilo

María Antonieta que Gala le había hecho esa tarde.

Había ganado por lo menos quince centímetros de altura. Aunque, eso sí, habían estado a punto de morir asfixiadas por la nube de laca que habían necesitado para que el pelo se mantuviera en su sitio. No obstante, había merecido la pena. El resultado era maravilloso, y ella se sentía más alta que nunca.

—Madre mía, Eva, no sé si vas a pasar por la puerta sin chocar con el dintel —farfulló Vicenta asombrada al verla.

—Si dobla un poco las rodillas, pasará sin problemas —afirmó Paco con seriedad.

Había cenado con ellas, como todas las Nochebuenas desde que Eva se mudó a Madrid. E incluso se había vestido para la ocasión con un batín rojo de lo más navideño. Por supuesto, fiel a su personalidad, no llevaba más ropa que ésa.

—¿No vienes con nosotras a misa? —lo instó Vicenta.

—No estoy de acuerdo con los matrimonios poligámicos —replicó él, haciendo que todas lo miraran extrañadas—. Creo firmemente en la monogamia en serie.

—¿Qué es monogamia en serie? —masculló Jimena, sin entender.

—Mantener relaciones cortas, con una sola persona cada vez, una detrás de otra —explicó Paco para mayor disgusto de Gala, que pensaba que su hija no tendría que estar al corriente de esas cosas.

—Ah... —masculló la niña—. ¿Y la poligamia?

—Tener varias parejas, un hombre con varias mujeres, por ejemplo —explicó Vicenta con toda tranquilidad, antes de que Gala pudiera pararla.

—Como papá —señaló Gadea, frunciendo el ceño—. A mí tampoco me gusta la poligamia. Es de muy mal gusto, además de una falta de respeto.

—Eso mismo opino yo —coincidió Paco—. Por eso no me gusta la Iglesia.

—¡Por el amor de Dios, ¿qué tendrán que ver las churras con las merinas?! —exclamó Vicenta, sorprendida por tan tremenda tontería.

—Todas las monjitas son esposas de Cristo, ¿no? —replicó Paco con afabilidad.

Vicenta abrió unos ojos como platos ante tamaña estupidez.

—Acabad de vestiros y vámonos, que no llegamos —dijo ignorando al jefe de Eva en beneficio de su salud mental. ¡Ese hombre estaba loco!

—¿No te vas a pintar un poco, mamá? —insistió Gadea cuando estaban a punto de salir.

Gala miró a su hija inquisitiva. No sabía qué mosca le había picado; primero le había pedido que se pusiera el vestido negro, demasiado corto y ajustado para la iglesia, y ahora quería que se maquillara. Se pintó un poco los labios para complacerla y, sin perder un instante más, salieron de casa.

Las cinco recorrieron las calles en dirección a la catedral de la Almudena, donde, a las doce de la noche, asistirían a la misa que conmemoraba el nacimiento de Cristo. Se encontraron en su paseo con jóvenes, y no tan jóvenes, ataviados con vestidos de noche y trajes modernos que se dirigían a la Cava Baja o la calle Mayor en grupitos alborotados que tan pronto cantaban como reían animados. Estaban de fiesta y habían tomado las calles al asalto. Pero no eran los únicos que recorrían Madrid esa noche. Compartían las calles con personas solitarias, matrimonios y familias enteras que, vestidas con sus mejores galas, acudían al culto para celebrar el nacimiento de aquel que cambió el mundo.

A Eva le encantaba pasear por Madrid en esa noche, a esa hora exacta, cuando tradición y fiesta se daban la mano bajo el cielo iluminado por las luces de colores de la capital. La noche tenía un halo sobrenatural que rodeaba a las personas y los edificios, que caía sobre ellos como gotas de rocío, iluminándolos y convirtiéndolos en seres mágicos.

Llegaron por fin a la catedral y, allí, se encontraron con Adán y Dolores, acompañados de Félix y Mercedes. Estaban en uno de los últimos bancos, sentados muy tiesos, al menos los ancianos, porque Adán parecía más aburrido que tenso. Eva caminó hacia él.

Él compuso una gran sonrisa al verla. Esa tarde, cuando había bajado a desearle una feliz Navidad —y de paso «celebrar» que estaban en fiestas y juntos—, ella le había dicho que acudiría a la catedral. Lo que no se imaginaba era que lo haría ataviada así. Bajo el sobrio abrigo negro, llevaba un elegante vestido palabra de honor que le quedaba un poco por encima de

las rodillas y se ceñía a su cuerpo de curvas perfectas. El resultado era una sensual mezcla de erotismo y refinamiento que a Adán se la había puesto dura con sólo mirarla.

Se acercó a ella, encantado de poder estar a su lado.

—Dios santo, Eva, debería estar prohibido vestir así en la iglesia —murmuró, conteniéndose para no apretarla contra él y demostrarle lo mucho que la deseaba.

—Eso mismo le he dicho yo, pero no me ha hecho caso —resopló Vicenta tras ellos—. Veo que hay sitio junto a tu abuela.

Y, dicho y hecho, se dirigió resuelta hacia allí.

Adán abrió unos ojos como platos, ¿no irían a sentarse juntas! ¡Se odiaban! Eran muy capaces de comenzar a discutir allí mismo, sin importarles el escándalo que pudieran armar.

—No pongas esa cara de pánico —lo regañó Eva—. Hace años que acordaron que la iglesia es terreno neutral.

Adán observó con incredulidad cómo la anciana de pelo azul se sentaba junto a su abuela y, tras saludarla, comenzaban a hablar como si fueran viejas amigas.

—Ya veo que incluso se comportan como personas normales —murmuró perplejo.

Centró la atención de nuevo en Eva, observando con curiosidad el moño que lucía. Era tan alto y elaborado que ni siquiera el de Marge Simpson estaba a su altura. De hecho, con ese moño era al menos cinco centímetros más alta que él.

—¿Cómo logras que se sostenga sin derrumbarse? —indagó intrigado.

—Con kilos de laca —señaló Eva.

Adán lo tocó con la yema del índice. El moño no se hundió ni un milímetro bajo él.

—Madre mía, está duro como el cemento...

—Ya ves. Además de quedarme de maravilla, me sirve de arma si alguien me ataca.

Él enarcó una ceja confundido.

—Si embisto con él, le haré un boquete en el estómago a mi atacante.

Adán no pudo evitarlo y estalló en carcajadas al imaginarla de esa guisa.

—¡Adán! ¡Un respeto, estamos en la iglesia! —Le llegó la reprimenda de su abuela, seguida al instante por la de Vicenta, que regañaba a Eva.

—Será mejor que guardemos las apariencias. —Adán colocó la mano en la espalda de Eva y la guio hacia el banco en el que los esperaban Dolores, Vicenta, Mercedes y Félix.

—Gala, hay sitio para todas —llamó Eva a su amiga, quien se había quedado parada en el pasillo central.

—Me parece que Gadea ya ha elegido otro banco —musitó ella, observando pasmada a su hija. Pequeña intrigante..., ahora entendía su empeño en que se arreglara—. Nos vemos a la salida —se despidió, cogiendo la mano de Jimena para dirigirse a donde las esperaba Gadea.

Eva se encogió de hombros y acompañó a su amante hasta el banco. Saludó a los demás y se sentó junto a Dolores, Adán cerró la fila.

La anciana observó con el ceño fruncido a la mujer que tenía al lado. Su traje no era adecuado para el lugar y el momento en el que se encontraban, pero tampoco podía negar que estaba preciosa, y que su nieto, a pesar del monstruoso moño que lucía, se la comía con la mirada.

—No creáis que porque no esté mirándoos no os veo —comentó con voz severa cuando él pasó el brazo por el hombro de ella y se inclinó para besarle el cuello fingiendo que le susurraba algo al oído.

—No lo dudamos, abuela. De hecho, yo siempre he pensado que tienes ojos hasta en la nuca —replicó Adán con sorna, apartándose de Eva lo justo para no levantar suspicacias.

—No seas insolente —lo reprendió Dolores, aunque su sonrisa estropeó la regañina.

Era reconfortante verlo sonreír de nuevo. El día anterior se había obrado el milagro. Había desaparecido tras volver de la capilla y había tardado sus buenas cuatro horas en regresar. Y, cuando lo había hecho, llevaba la ropa arrugada, apestaba a sexo y lucía una descarada sonrisa. Desde entonces tenía un brillo en los ojos que hacía más de un mes que no le veía.

Suspiró aliviada. Ahora que los veía juntos de nuevo, charlando y riendo como dos adolescentes enamorados, estaba segura de que había hecho bien

empujándolo, o más bien enredándolo para que diera el primer paso y se reconciliara con la Borrego.

Los dejó cuchichear un rato, encantada de verlos tan felices.

—¿Sabes ya cuándo te van a operar, Dolores? —le preguntó de repente Eva con sincero interés. Era algo en lo que no había dejado de pensar en el mes que llevaba separada de Adán.

—El 3 de enero —respondió ella, intentando no estremecerse. La aterrizzaba esa fecha, pero también estaba deseando que llegara para que todo acabara de una vez.

—Vaya, es inminente —musitó Eva—. Estoy segura de que todo va a ir bien. —Se inclinó para mirar a los ojos a la anciana—. Iré a verte cada tarde, en cuanto Gala llegue y se quede con las niñas —dijo. No era una pregunta, y tampoco pedía permiso.

—Y yo te lo agradeceré, así harás compañía a mi nieto. No le gustan mucho los hospitales —replicó Dolores, aliviada al saber que esa mujer cabezota y cariñosa estaría con Adán, de modo que el trago no sería tan amargo para él. Tampoco para ella misma.

—¿Os han explicado cómo será el proceso? —indagó Eva interesada.

Adán, con Dolores muy pendiente de sus palabras, le resumió lo que sabían.

Varias filas de bancos delante de ellos, una enfurruñada Jimena cavilaba sobre la mejor manera de librarse de su hermana pequeña. Para siempre.

—Te odio, siempre tienes que salirte con la tuya. —Le dio un disimulado pellizco.

Gadea la miró con una altanera sonrisa y, previendo que se arriesgaba a pasar una misa llena de pellizcos y pisotones si no le ponía remedio, se levantó del banco y miró al hombre que estaba sentado junto a su madre.

—Rodrigo, ¿te importa si me siento a tu lado? —Esbozó su sonrisa más inocente.

El albino, incapaz de negarle nada a esa pequeña diablilla, asintió con un gesto y se apretó de buen grado contra la hermosa mujer que estaba sentada a su lado para hacer hueco a la niña.

—¿Qué te traes entre manos, Gadea? —inquirió Gala, mirando suspicaz a

su hija.

—Nada, mamá, sólo sobrevivir a la misa con las piernas intactas.

Gala sacudió la cabeza con incredulidad, haciendo que algunos mechones escaparan del suelto recogido que se había hecho y resbalaran por su cuello.

Rodrigo tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para luchar contra el deseo de inclinarse sobre ella y acariciar ese preciso cuello de cisne con la nariz. Deseaba inhalar su aroma, degustar su tacto, paladear el sabor de su piel. Pero eso no era algo que pudiera hacer en una iglesia. Y tampoco en otro lado, pensó, frunciendo el ceño.

Esa mujer no era para él. No tenía nada para ofrecerle. Ni siquiera podía mantenerse a sí mismo, mucho menos a ella y a sus hijas. Y, tal y como su padre se había encargado de inculcarle, ningún hombre merecía tener una mujer, mucho menos una familia, a la que no pudiera sustentar y proteger, además de amar.

Apretó los labios, enfadado consigo mismo por ser tan obcecadamente anticuado.

Cualquier otro hombre intentaría mantener algún tipo de relación sin compromiso con ella, de hecho, el segoviano del primero estaba en ello. Pero no él. Era incapaz de hacer las cosas a medias. Había sido educado en el respeto a la familia y el trabajo, y sabía por experiencia que no era de los que se conformaban con breves e insatisfactorias aventurillas. Cuando deseaba algo, lo deseaba por completo, y se estaba dando cuenta de que deseaba a Gala más allá de la razón y la lógica. Lo cual era una grandísima complicación; una más en su vida, que ya estaba llena de ellas.

Estaba sumergido en esos pensamientos cuando el cardenal arzobispo de Madrid entró en el presbiterio, situándose tras el altar mayor. Los fieles se pusieron en pie, guardando un respetuoso silencio que sólo se rompió cuando don Carlos Osoro dio comienzo a la celebración de la misa de medianoche.



Domingo, 25 de diciembre de 2016

—Bruno, despierta. He oído a los niños trastear en el salón —susurró Cruz, zarandeándolo.

La cama, tal y como llevaba haciendo toda la noche, chirrió como si una orquesta de grillos estuviera tocando *Thunderstruck*[12] en ella.

—Estarán abriendo los regalos, no te preocupes —masculló Bruno, abrazándose a la almohada.

Se habían acostado a las cinco de la madrugada, tras haber colocado los regalos y apartado la mesa del comedor para que los niños tuvieran espacio para abrir los paquetes y jugar. Dudaba que llevaran siquiera tres horas durmiendo.

—No me preocupo, ¡quiero verlo! —exclamó Cruz, sacudiéndolo de nuevo—. Vamos, perezoso, ¡en pie!

Bruno resopló y, de un bote que provocó un nuevo lamento chirriante, se dio la vuelta ofreciéndole la espalda.

—Está bien, tú te lo pierdes —masculló Cruz, dándole un último empujón para luego salir enfadado del dormitorio.

Por nada del mundo pensaba perderse el mágico espectáculo de unos niños abriendo los regalos de Navidad. Lo vivía cada año en casa de Gala, y pensaba vivirlo también allí. ¡Papá Noel y los Reyes Magos eran lo mejor de la Navidad!

Bruno se tumbó boca arriba, miró al techo mientras se rascaba la tripa y las joyas de la familia y, a continuación, emitió un lastimero gemido y abandonó la acogedora calidez de la cama. Se paró en el servicio para dar cumplida cuenta de sus necesidades más básicas y, ya de paso, aprovechó para lavarse la cara y peinarse.

Cuando llegó al salón, se detuvo en la puerta, embelesado por la escena que se presentaba ante él.

Su madre y todos sus hermanos y cuñados estaban repartidos por la estancia, algunos sentados y otros de pie, mientras observaban sonrientes a los niños, quienes habían tomado el lugar por asalto y desenvolvían alterados sus regalos de Navidad.

Cruz estaba arrodillado en el suelo junto a ellos, aplaudiendo y lanzando

emocionados grititos con cada regalo que abrían. Armaba aún más alboroto que los niños.

Sonrió de medio lado al verlo tan ilusionado y feliz. Sabía que le encantaban los regalos, sobre todo planearlos y hacerlos, pero no imaginaba que pudiera llegar a disfrutar tanto en Navidad. Aunque era algo que debería haber intuido a tenor de cómo se comportaba en Reyes cuando ellos intercambiaban sus presentes.

—Tu amigo es todo un espectáculo —comentó burlón José, situándose a su lado.

Bruno se volvió con brusquedad, dirigiéndole una fiera mirada.

—¿Algún problema con eso? —desafió a su hermano mayor.

—En absoluto. La verdad es que me cae genial, es un tío estupendo —afirmó, dándole una cómplice palmada en la espalda—. Relájate, hermanito, nadie va a juzgaros. Tu vida es sólo tuya y tienes derecho a vivirla como te dé la gana. Además, tu... amigo —dijo con retintín— se ha hecho un hueco en el corazón de todos, y mamá y las chicas lo adoran.

Bruno miró a su hermano, el corazón latiéndole con tanta fuerza que parecía que se le iba a escapar del pecho. Tragó saliva y asintió en silencio, agradeciéndole sus palabras.

—¡Oh, Dios mío! ¡Si es el *Halcón Milenario*! —exclamó en ese momento Cruz, tan excitado que cualquiera habría pensado que no lo había comprado él mismo.

—¡Hala! —soltó el mayor de los mellizos, tan alterado como su nuevo mejor amigo—. ¡Qué chulo!

—¡Y para mí un disfraz de momia! —gritó agitada su hermana, estirando ante sí unos pantalones y una camiseta blancos—. ¡Cómo mola!

—¡De momia! —aulló Cruz, llevándose la mano al corazón como si estuviera herido de muerte—. ¡Herejía! ¡Sacrilegio! ¡Es el traje de batalla de la Reina Amidala! Con su capa, su pistolera, sus botas...

—¿Tiene pistolas?! —exclamó la niña excitada.

—¡Por supuesto que sí! Pistolas láser.

—¿Y disparan? —preguntó excitada, buscándolas en la caja.

—¡Pues claro! Lanzan rayos rojos que... ¡No, espera! —gritó Cruz al ver

que, tras haberlas encontrado, apuntaba con ellas a su hermano.

Se puso ante ella en el mismo momento en el que dos balas rojas acabadas en sendas ventosas salían disparadas del cañón. Impactaron en su pecho.

—¡Me has matado! —gimió.

Se tiró al suelo con los ojos cerrados y aspecto desmayado. Y el pequeño de tres años aprovechó para atropellarlo con el triciclo nuevo.

Bruno se echó a reír al oír su alarido.

—Tal vez deberías defenderme en lugar de reírte —masculló Cruz, abrazándose la tripa. Para ser tan pequeñajo, el crío pesaba lo suyo.

—¡Tío Cruz, deja que te pinte! —chilló de repente una de las niñas, corriendo en su dirección con un estuche de maquillaje infantil.

Se sentó frente a él y procedió a ponerle la cara hecha un cristo. Bruno se colocó tras su sobrina y, como el ser malévolo que era, le fue indicando a la pequeña los lugares en los que debía añadir un poco más de pintura.

Cuando todos los adultos de la casa, Bruno incluido —aunque Cruz dudaba que a éste se lo pudiera considerar como tal—, fueron convenientemente maquillados, todos los castillos montados, todos los ruedines acoplados a las bicicletas, todos los juegos abiertos, todos los trenes encarrilados en sus raíles y todas las muñecas vestidas y desvestidas varias veces, por fin les llegó el turno a los mayores de abrir sus regalos.

Haciendo gala de gran fuerza de voluntad, Cruz consiguió ser comedido los primeros minutos, pero pronto lo venció su naturaleza entusiasta y acabó comportándose como la loca ilusionada que realmente era.

—¡No, no, no! —gimió, tapándose los ojos cuando Macarena se colocó el fular que acababa de regalarle de la manera más sosa del mundo—. Deja que te enseñe. Tienes que enrollarlo así, luego pasas este extremo por aquí y lo giras así y después lo sueltas un poco para que quede holgado, dándole un toque de sutil y descuidada elegancia... *Et voilà!* —exclamó, aplaudiendo entusiasmado—. ¡Bellísima!

Macarena rio encantada, girando sobre sus talones para que todos pudieran admirar lo bonita que estaba, a pesar del estrambótico maquillaje que le había puesto su sobrina.

—Confíesalo, Cruz —dijo de repente Candela—. Todos los regalos que

este gandul —señaló a Bruno— nos ha hecho en las últimas Navidades han sido cosa tuya.

Él la miró aturullado, negando con la cabeza.

—No, en absoluto. Han sido sólo cosa suya. ¡¿Cómo iba yo a buscar vuestros regalos si no os conocía?! —exclamó rojo como la grana, alternando su horrorizada mirada entre Bruno y ella. Lo último que quería era poner en evidencia a Bruno delante de su familia.

—No seas mentiroso —intervino Lucía—. Bruno no tiene ni una pizca de buen gusto en todo el cuerpo. Es imposible que haya encontrado estas sorpresas tan estilosas.

—¡Por supuesto que sí! Tiene un gusto estupendo —afirmó Cruz, llevándose una mano al pecho cual dama virginal de la Regencia que está a punto de desmayarse—. Además, yo nunca metería mis enormes narices donde nadie me llama —gimió—. ¡Qué tonterías se os ocurren!

—Y luego está el tiempo que habrás dedicado a buscarlos. Bruno es incapaz de perder más de diez minutos buscando un regalo para nadie —se burló José, ignorando los argumentos desesperados de Cruz.

—No es así... Os estáis equivocando —musitó él, ahogado por la angustia al ver que nadie le hacía caso. Se encogió en la silla, tratando de hacerse invisible.

—Sí, claro, estamos muy equivocados —ironizó Manuel—. Y también nos chupamos el dedo —afirmó, fijando una suspicaz mirada en Cruz.

—Vamos, chicos, cortaos un poco y dejadlo en paz —intervino Bruno de repente, colocándose tras la silla en la que estaba sentado su amante. Apoyó las manos en sus hombros encogidos y los masajeó con cariño—. Tranquilo, sólo están bromeando. No te lo tomes como algo importante cuando no lo es —susurró en su oído antes de erguirse y mirar a su familia—. Sí, es Cruz quien busca vuestros regalos todas las Navidades desde hace algunos años —dijo desafiante.

—Imagino que desde que empezaron a ser interesantes —apuntó maliciosa Rocío, quien se había mantenido al margen hasta ese momento—. Menos mal que al menos tu amigo se preocupa por nosotros y se molesta en perder su tiempo buscando algo que nos guste, no como tú.

—No seas mala, mamá —protestó Bruno.

—En realidad, no es ninguna molestia —apuntó Cruz—. Me encanta recorrer los centros comerciales y adoro visitar mercadillos de viejo en busca de objetos interesantes que pueda restaurar. Es mi pasión.

—Ya lo ves, nos compenetramos a la perfección. Yo lo dejo buscar vuestros regalos y él disfruta haciéndolo. —Bruno le guiñó un ojo a su madre.

—Tendrás cara... —masculló Rocío.

—No tienes ni idea de cuánta —suspiró Cruz.

—¡Eh, serás traidor! —se quejó Bruno, revolviéndole el pelo.

Cruz, por supuesto, trató de zafarse de él, y Bruno le hizo una llave que como poco era de kárate o algo similar. Acabaron enzarzándose en una risueña pelea que terminó siendo multitudinaria cuando José tomó partido por su hermano y Macarena por Cruz, haciendo que el resto de los hermanos y los cuñados tomaran parte por uno u otro. Al final fueron los niños los que pusieron orden, pues, al unirse a la pelea, ellos no tuvieron el cuidado de los mayores, y cuando mordían y pellizcaban lo hacían a conciencia. Y, claro, ante eso no hubo más remedio que parar si no querían salir lesionados.

Los supuestos adultos se estiraron la ropa, se peinaron el pelo, se frotaron los pellizcos y después se sentaron de nuevo en el sofá, las sillas y el suelo para seguir abriendo regalos.

Cruz se quedó petrificado cuando vio que tenía dos, el de Bruno, un antiguo soldadito de plomo que él mismo había comprado y restaurado, y otro, totalmente inesperado, de la familia que lo rodeaba y que en ese momento lo miraba expectante.

Lo sostuvo sobre sus piernas nervioso y comenzó a desenvolverlo.

Se quedó patidifuso al ver que era un pequeño baúl de madera pintado de verde musgo. Pero no podía ser lo que imaginaba, porque nadie sabía qué era lo que tanto deseaba tener. Tomó aire despacio y abrió la tapa. Se le saltaron las lágrimas cuando vio la diminuta estampa navideña, con sus casitas de tejados nevados, sus pinos cubiertos de nieve y su lago helado con varios patinadores tallados en madera dando vueltas en él al son de *Jingle Bells*.

—¡Vaya sorpresa! Ésta no la tienes, ¿verdad? —murmuró Bruno arrodillándose a su lado.

Cruz negó con la cabeza al tiempo que se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Cómo sabíais que la estaba buscando? —Miró sorprendido a la familia.

—Nos lo chivó Bruno.

Cruz abrió unos ojos como platos y se volvió hacia él.

—De vez en cuando me fijo en lo que miras cuando te paras ante las tiendas, sobre todo si un mes antes me has dado un buen tirón de orejas, y con toda la razón —susurró Bruno, besándole la frente—. ¿Dónde la vas a poner? —Se irguió guardando las distancias, consciente de que estaba mostrando ante su familia mucho más de lo que pretendía.

—En el comedor, en la balda superior de la estantería de cristal, junto a la que representa el ballet de *El lago de los cisnes* —musitó Cruz, acariciando reverente la preciosa escena.

—¿Tienes otra más? —inquirió Rocío, quien se había enamorado de esa pequeña maravilla en el momento en que sus hijos la compraron aconsejados por Bruno.

—Tiene por lo menos diez —intervino José, que recordaba haberlas visto en Madrid.

—Y ¿tú cómo lo sabes? —inquirió Macarena con evidente curiosidad.

—Las vi cuando estuve de visita en casa de Bruno —comentó antes de callarse de golpe al darse cuenta de lo que eso significaba. Ya le había extrañado en su momento que su hermano tuviera una casa tan cuidada y bonita, con tantos detalles y tan exquisitos, cuando era tan desastroso para todo.

—Ah... —musitó Macarena, atando cabos.

Y no fue la única que los ató, pues todos centraron la mirada en Cruz y Bruno.

Éste se la devolvió desafiante, sin dejar de acariciar la espalda de su amado, quien estaba tan ensimismado con su nuevo juguete que se había abstraído de todo; lo cual era una suerte, pensó Bruno, pues Cruz era muy capaz de desmayarse si se daba cuenta de que el secreto que tanto se había esforzado en ayudarle a guardar acababa de salir a la luz.

—¿Por qué no vais colocando las mesas y recogiendo el salón mientras Candela y yo hacemos la comida? —les propuso Rocío, acabando así con el silencio que reinaba en la estancia.

Todos a una, se pusieron manos a la obra. Todos, menos Cruz, que continuó mirando su cajita, y Bruno, que se mantuvo a su lado, observándolo arrobado.

—Éstas son las mejores Navidades que he tenido nunca —susurró Cruz, mirándolo emocionado.

Desde la puerta, Rocío apartó la mirada cuando vio que Bruno se inclinaba para besar con disimulo a su novio en los labios. Había cosas a las que le costaría un poco acostumbrarse, y ese tipo de demostraciones físicas sería una de ellas. Pero tampoco pensaba darle demasiada importancia; al fin y al cabo, hacía años que sospechaba que su hijo mediano era de *la otra acera*. Y una vez pasada la sorpresa inicial al conocer a su histriónico novio, sólo podía alegrarse de que hubiera encontrado a alguien tan encantador como compañero de vida.



Lunes, 26 de diciembre de 2016

Cruz observó a Bruno mientras metía de mala gana la ropa en la maleta. No mostraba el mismo entusiasmo ahora que cuando la había hecho tres días atrás. Se notaba que no tenía ganas de regresar a Madrid. Y no le extrañaba en absoluto, la verdad.

Su familia era maravillosa. Si él tuviera unos padres la mitad de cariñosos y amables que Rocío, jamás querría alejarse de ellos. Y eso por no hablar de sus hermanos, sus cuñados y sus sobrinos. Eran entrañables. Los iba a echar mucho de menos, y eso que apenas había estado con ellos tres días; no quería ni pensar en cómo se sentiría Bruno, viviendo alejado de ellos la mayor parte del año.

Apretó los labios, sintiéndose culpable, pues siempre se enfadaba cuando Bruno lo dejaba de lado por ellos. Ahora lo entendía. Cogió aire con fuerza,

decidiendo que nunca más se quejaría cuando abandonara Madrid para ir a Málaga. No volvería a ser tan egoísta.

—¿Estás bien? —le preguntó Bruno, sobresaltándolo.

—Oh, sí, claro. Sólo estoy melancólica. Echaré de menos a tu familia, son maravillosos.

—Un fin de semana son maravillosos, pero prueba a vivir con ellos un mes: son terribles, te lo aseguro —bromeó.

—Aun así, los echaré de menos —reiteró Cruz, cogiendo la maleta.

—En ese caso, tendrás que acompañarme cuando vuelva.

—¿Volverás a traerme?

—Por supuesto. Siempre que venga. Me he dado cuenta de que no me gusta nada estar separado de ti, aunque sólo sea por unos pocos días —afirmó, besándolo en los labios—. Vámonos o se nos echará la noche encima —dijo, abriendo la puerta.

Se encontraron al resto de la familia, menos a Rocío, en el salón, acabando de prepararse para regresar a sus ciudades. Se despidieron entre abrazos y besos y salieron de casa. Solos. Algo que extrañó a Cruz, pues, aunque los niños intentaron acompañarlos fuera, sus padres no se lo permitieron.

—¿Por qué no les habrán dejado? —musitó preocupado.

—Imagino que mi madre querrá hablar conmigo sin testigos —contestó Bruno señalando a Rocío, quien los esperaba junto al coche—. ¿Algún problema, mamá?

—Sí —replicó ella.

Cruz sintió que todo el color abandonaba su cara al oír el tono rotundo de la mujer. Los había descubierto, estaba seguro. Era un desastre fingiendo ser quien no era, y por su culpa habían descubierto el secreto de Bruno. Ahora él se enfadaría y lo mandaría a freír espárragos y perdería al amor de su vida. Se esforzó en respirar despacio y tranquilizarse para al menos ser capaz de oír lo que ella les estaba diciendo.

—... El matrimonio es el estado natural del hombre —afirmaba Rocío en ese momento—. El ser humano no ha sido creado para vivir en soledad, sino en pareja.

Cruz hundió los hombros y bajó la mirada al suelo, deseando hacerse

invisible.

—... Bien sabes que no me gustan estas costumbres modernas de que las parejas vivan juntas sin casarse. No se lo he consentido a tus hermanos y no voy a consentírtelo a ti. Por mucho que vivas en otra ciudad, sigues siendo mi hijo y tienes que acatar mis normas.

«Ya está, hasta aquí hemos llegado —pensó Cruz, sintiendo que le faltaba el aire—. Ahora Rocío le dirá que nuestra relación va contra natura y Bruno le asegurará que no somos más que amigos. Y en cuanto lleguemos a Madrid recogerá sus cosas y me dejará, porque soy un viejo maricón emplumado que no ha sabido comportarse como un hombre durante tres malditos días.»

—... He sido la madrina de todos mis hijos menos de ti, que te resistes a casarte —continuó ella, erguida cual reina ante Bruno, dejándole bien claro quién mandaba allí—. Y me estoy cansando de esperar.

Cruz observó a madre e hijo. Ambos se miraban a los ojos, inmersos en una silenciosa batalla de voluntades. Una batalla de la que sólo saldría un ganador y, desde luego, no sería él.

Dio un paso atrás, decidido a esconderse en algún lugar y así ponerle las cosas fáciles a Bruno, seguro de que le sería más sencillo decirle a su madre que no era nadie para él si no estaba presente.

—¿Adónde crees que vas? —lo reclamó Bruno al ver que hacía ademán de irse.

—Me he dejado unas cosas en la habitación y...

—Ni se te ocurra moverte de aquí, Cruz —le ordenó con fiereza.

Lo agarró de la mano, entrelazando los dedos con los de él, y se volvió, esclavizando con su mirada la de él.

—Te quiero —susurró Bruno en voz tan baja que sólo él pudo oírlo. Luego tomó una gran bocanada de aire y miró a su madre—. Tendrás que discutir con Cruz el puesto de madrina: tiene tres amigas que también querrán serlo —afirmó muy serio.

A Cruz se le escapó un jadeo ahogado al oírlo. Pero ¿qué estaba diciendo ese loco?! Se llevó la mano libre a la garganta, que se le había cerrado de repente, impidiéndole respirar.

—¿En serio? —Rocío miró de arriba abajo a Cruz, esperando a que dijera

algo. Pero éste no fue capaz de articular palabra—. Me niego rotundamente . La madrina seré yo, igual que lo he sido de todos mis hijos —afirmó categórica—. Ellas pueden ser las damas de honor —apuntó mirando a Cruz, en espera de una respuesta que en esta ocasión tampoco llegó—. Imagino que no te importa, ¿verdad? —insistió, comenzando a preocuparse por la inmóvil palidez del novio de su hijo.

Cruz abrió la boca tratando de decir algo, pero sólo consiguió boquear como un pez, por lo que negó con la cabeza para evitar que Rocío se ofendiera por su falta de respuesta. Luego intentó enfocar la vista en un punto fijo, pues sentía que el suelo se movía bajo sus pies y que los árboles, los arbustos y hasta la casa y el coche, daban vueltas frente a él, como si estuviera montado en un tiovivo.

—Estupendo, ahora que todo ha quedado aclarado, confío en que no os demoréis mucho en poner fecha para la boda. Eres el último que me falta por casar, y estoy harta de esperar —resopló—. Iré buscando un sitio bonito en Málaga para celebrar una boda civil...

—¡No! —gritó Cruz con voz estrangulada.

—¿No?! —jadeó Bruno, mirándolo aterrorizado.

Lo único que en lo que era capaz de pensar era que había sido un cobarde durante demasiado tiempo y había dado el paso obligado por su madre, en vez de tener el valor para hacerlo por sí mismo. Lo había decepcionado y ahora Cruz no quería casarse con él para hacerle sufrir tanto como había sufrido él.

Sacudió la cabeza. No. Eso era imposible. Era un argumento propio de una telenovela, y Cruz no era tan retorcido. Al contrario. Era dulce, atento, cariñoso, paciente...

—No habrá boda en Málaga —dijo Cruz con un hilo de voz, ajeno a los temores de Bruno. Carraspeó para aclararse la garganta y siguió hablando—: Las bodas se celebran en la ciudad de la novia. Y yo soy la novia. Y quiero casarme en la Casa de la Panadería. En Madrid —afirmó, temblando de pies a cabeza.

Bruno lo miró asombrado a la vez que una radiante sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Por supuesto. Nos casaremos donde tú quieras, cariño —susurró,

admirado por que su tímido y dócil amante hubiera sacado las garras.

—Es un lugar precioso para casarse —accedió Rocío tras pensarlo un instante.

—Estupendo —musitó Cruz casi sin voz—. Ahora, si me disculpáis...

Bruno apenas tuvo el tiempo y los reflejos suficientes para agarrarlo en el momento en que empezó a tambalearse y cayó desmayado.



—No me digas que me he desvanecido delante de tu madre —gimió Cruz un rato después, tumbado en la cama chirriante que había ocupado esos días.

—No te lo diré —se burló Bruno, acariciándole el torso.

—¿Me has desnudado? —murmuró al sentir los dedos de su amante resbalando por su piel desde el pecho hasta el pubis.

—Sólo te he desabrochado la camisa y el pantalón, para que pudieras respirar sin impedimentos. Me has dado un buen susto ahí fuera, ¿sabes?

—No tanto como el que me he llevado yo...

—Lo dudo —replicó Bruno, colando la mano bajo el bóxer a la vez que le mordía el lóbulo de la oreja.

—Deberíamos irnos —jadeó Cruz, sintiendo que se excitaba por sus caricias.

—No tenemos prisa.

—Se nos va a hacer tarde.

—No me molesta conducir de noche.

—Estas camas chirrían muchísimo.

—He cerrado la puerta y mis sobrinos tienen la tele puesta a un volumen brutal.

—No he traído lubricante —gimió Cruz, separando las piernas.

—Usaré la lengua —afirmó Bruno mientras se deslizaba sobre el cuerpo de su amante.

A falta de tres días para que acabe el año, me doy cuenta de que mi vida ha cambiado un montón en algunos aspectos, mientras que en otros sigue igual. Por ejemplo, como no me tocó la lotería de Navidad —la única a la que juego—, continúo siendo pobre como las ratas. Tampoco mido más del metro sesenta y cinco con el que comencé el año, a pesar de que he seguido al pie de la letra aquel artículo de Facebook que aseguraba que haciendo unos ejercicios específicos cada día crecería diez centímetros en un año. Eso sí, ahora estoy muy ágil y he aprendido a estirar todos los músculos de mi cuerpo, y no sólo los del cerebro. Por otro lado, este año ha sucedido lo impensable. Me he enamorado. Por primera vez en mi vida. Hasta las trancas. De un hombre que, me da la impresión, no se atreve a amarme y que además se niega a ser padre.

Desde luego, no he podido ser más oportuna. Estoy en modo ironía, *of course*.

Repasando estos últimos meses, puedo decir sin temor a equivocarme que he aprendido cinco cosas importantes.

La primera: que no debo hacer caso de todo lo que leo en internet.

La segunda: que el amor es imprevisible, puñetero e inoportuno. Pero también maravilloso y alocado.

La tercera: que, por mucho que te esfuerces, los sueños no siempre se cumplen.

La cuarta: que cuando un sueño se acaba siempre hay otro que lo sustituye.

La quinta: que quien no se arriesga nunca tiene posibilidades de ganar.



Miércoles, 28 de diciembre de 2016

La resonante, aberrante, zumbante y en definitiva horripilante alarma del móvil estalló en el silencio de la noche, despertando a la pobre mujer, que en ese momento estaba en el séptimo cielo, soñando con silenciosos angelitos.

Eva soltó un gruñido gutural, más propio de un demonio del averno que de una fémica sensual y seductora, y sacó el brazo de debajo del edredón. Tanteó la mesilla y agarró el móvil, momento en el que abrió un ojo para buscar el circulito rojo de la pantalla que debía apretar para que el asqueroso trasto se callara. Hecho esto, volvió a esconderse bajo el edredón para disfrutar de los diez minutos que le quedaban antes de levantarse con la hora pegada al culo y bajar a casa de Gala para cuidar de las niñas.

Cerró los ojos, arrebujiándose en el amoroso edredón, y en ese momento sintió un cálido cuerpo que se pegaba a su espalda. Un cuerpo que gozaba de una magnífica salud sexual, a tenor de la erección que le rozaba el trasero.

—¿Adán? —susurró.

—¿Quién iba a ser, si no? —Le llegó la voz, ronca por el sueño, de su vecino y amante.

—No sé. ¿El hombre del saco? Por aquello de que viene a buscar por la noche a las niñas malas..., y yo muy buena no soy, la verdad —musitó ella.

—En eso estoy totalmente de acuerdo —susurró divertido, deslizándole la mano por el costado para acariciarle los pechos.

Eva cerró los ojos al sentir el agradable roce. Una soñadora sonrisa se dibujó en sus labios. Era la primera vez que él se quedaba a pasar la noche. Además, no habían sido unas pocas horas tras acompañarla desde el ConSumo Placer. No. Había pasado toda la noche. Entera. Desde las once, que había bajado tras dejar a su abuela en la cama, hasta ese momento, que eran casi las siete de la mañana. Y lo había hecho sin que lo amenazara con una pistola. Aunque tampoco era que ella tuviera pistolas, aparte de las de agua, para

hacer eso.

Se había quedado porque le había dado la gana. Sin más.

Habían hecho el amor y luego habían charlado un rato para después caer en un relajado silencio, y como él no había mostrado intención de irse, ella tampoco había sido tan tonta de echarlo. Tan sólo se había quedado dormida pensando que ya se largaría cuando le apeteciera.

Pero no se había marchado.

Y ella estaba feliz como una perdiz.

Se acurrucó melosa contra él, haciendo caso omiso de la erección que se empeñaba en restregarle por el culo y, acompañada por las caricias de sus dedos sobre sus pezones, cayó en un cómodo duermevela.

—¿Te has vuelto a quedar dormida? —susurró Adán perplejo al oír el suave ronquido que salía, sin ninguna duda, de la garganta de Eva.

—Sólo un poquito —murmuró ella, frotando la mejilla contra la mullida almohada.

—No sé si te has dado cuenta, pero te estoy metiendo mano —masculló él ofendido.

—Sí..., sigue así, estoy muy a gustito.

—No pretendo que estés a gustito, sino excitada —gruñó, atrapando el pezón entre sus dedos y tirando de él hasta que la oyó gemir.

—Déjame un poquito más. Todavía me quedan unos minutos. —Se volvió remolona hasta quedar boca abajo, de manera que se libró de esas inoportunas caricias que la estaban desvelando, cuando lo que quería era dormir.

—El despertador ha sonado hace rato.

Adán la observó entre divertido y enternecido, ¡su chica era única! Se cernió sobre ella y comenzó a besarle la espalda.

—Ay, jolines, que me haces cosquillas —gruñó, removiéndose para apartarse de él.

—Vamos, perezosa, que vas a llegar tarde. —Deslizó los dedos por la raja de su trasero, haciéndola estremecer.

—No llego tarde. Siempre pongo el despertador diez minutos antes para ir preparándome para despertar —señaló Eva, dándole un manotazo para que dejara de tocarla. ¡Así no había modo de dormir!—. Hasta que suene otra vez

no tengo que levantarme.

—Pero no has contado con el polvo mañanero —musitó él.

Apartó el edredón y la hizo girar hasta que quedó tumbada de espaldas.

—¡Qué frío! —gimió sobresaltada cuando su cuerpo desnudo quedó expuesto.

—Yo te calentaré —afirmó Adán, dándole un tórrido beso.

Y, como el hombre de palabra que era, cumplió lo prometido. Y eso, a pesar de que la alarma eligió para sonar el preciso momento en que, tras ponerse un preservativo, estaba penetrándola.

—Es de lo más oportuno, el puñetero —masculló Adán, inmóvil por el sobresalto.

Eva tanteó la mesilla en busca del móvil y, cuando dio con él, miró la hora y lo apagó.

—Ya puedes darte prisa, machote —gimió arqueando la espalda con voluptuosidad.

Él había vuelto a ponerse en movimiento y en ese instante estaba total y absolutamente encajado en ella. Hasta el fondo. Con su enorme polla llenándola por completo y rozando ese punto que la hacía estremecer. Le dio un azote en el culo, instándolo a moverse.

—¿Cuándo tienes que bajar a donde Gala? —gruñó Adán. Salió para luego entrar en ella con perezosa lascivia.

—Dentro de tres o cuatro minutos. —Eva alzó las caderas al tranquilo ritmo que él imponía.

Adán se hundió en ella hasta el fondo y se quedó ahí, mirándola atónito.

—¿Tres o cuatro minutos? —siseó.

Eva asintió a la vez que se removía bajo él, intentando frotar contra su polla ese punto mágico con nombre de letra que tanto placer le daba.

—¡¿Cómo puedes levantarte sólo unos minutos antes de tener que salir?! —exclamó él pasmado.

—Porque Gala vive justo debajo de mí.

—Pero no puede darte tiempo ni a lavarte la cara.

—Me la lavo en su casa —dijo agarrándole el culo. Clavó las uñas y tiró de él, instándolo a moverse—. No pierdas más el tiempo...

Adán abrió la boca para protestar, pero lo pensó mejor. No tenía tiempo para otra cosa que no fuera hacerle el amor.

Lo hicieron en un tiempo récord, aunque no lo suficientemente rápido como para que Eva no se retrasara demasiado en bajar.

—La próxima vez que te quedas, tengo que acordarme de poner la alarma cinco minutos antes —susurró, saliendo a la carrera del dormitorio para ir al baño.

—¡Cinco minutos! —exclamó Adán, relajado en la cama con los tobillos cruzados y las manos detrás de la nuca. Al fin y al cabo, él no tenía prisa, y si se metía en el baño con ella acabaría comiéndosela a besos y retrasándola más—. Tienes que ponerla por lo menos veinte minutos antes.

—¡Ni loca! —jadeó ella, entrando a la carrera en el dormitorio. Se puso unas braguitas y metió otras en el bolsillo de la sudadera. Se había limpiado con toallitas húmedas, ya se ducharía en casa de Gala con más tranquilidad—. ¡No pienso dormir tanto tiempo menos!

—Entonces llegarás tarde todos los días a casa de tu amiga —afirmó Adán, fingiendo una serenidad que no sentía, pues por dentro estaba hecho un flan.

Le había pedido tiempo, y ella se lo había dado sin condiciones. Lo mínimo que podía hacer era ser valiente y poner un poco de su parte.

Eva se detuvo con la camiseta a medio poner. Sacó la cabeza por la estrecha abertura y miró al hombre que estaba tumbado tan tranquilo en la cama.

¿Estaba insinuando que pretendía quedarse a dormir todos los días? ¿Como si fueran una pareja real con un compromiso más o menos firme?

Abrió la boca para preguntarle, pero lo pensó mejor. Lo conocía lo suficiente como para saber que no decía nada por decir o, como diría su abuela, que no daba puntada sin hilo. Así que decidió no pedirle confirmación y confiar en su palabra.

—En ese caso, la pondré a menos cuarto, con quince minutos tienes de sobra —afirmó mientras se contoneaba para ponerse los leggins.

—¡Quince minutos...! ¡Si me ha costado diez despertarte! —se quejó él—. ¡Necesito como mínimo media hora!

—¡Media hora! —Eva se llevó las manos al pecho, herida de muerte—. ¡Jamás! Antes prefiero guardar celibato mañanero.

—¡Eso sí que no! —aulló él, saltando de la cama—. ¡Exijo que se respeten mis derechos conyugales!

—Ah, se siente, pero no estamos casados. Así que ajo y agua —replicó burlona cuando él la atrapó entre sus brazos.

—Que te has creído tú eso. —La besó de tal manera que la dejó temblando—. Luego lo discutiremos, pero ten por seguro que no aceptaré menos de veinte minutos —afirmó dándole un azotito antes de dejarla ir, consciente de que era tardísimo.

—Ya veremos —replicó Eva—. En la entrada hay unas llaves, cógelas y cierra la puerta cuando salgas —le pidió mientras se calzaba las zapatillas. Luego echó a correr hacia la puerta.

Adán asintió y comenzó a vestirse para subir con su abuela. Esperaba que no estuviera muy enfadada por faltar de casa durante toda la noche. No era algo que hubiera planeado, simplemente había sucedido. Y estaba encantado con ello.

Acababa de ponerse los vaqueros cuando un alarido de puro terror surcó el silencio.

Echó a correr más rápido que nunca, convencido de que era Eva quien gritaba. La encontró en el umbral de la puerta de la calle, con la espalda aplastada contra la pared y la mirada fija en el plafón del techo, de donde colgaba un gatito degollado y abierto en canal. En el suelo del rellano estaban esparcidas sus entrañas.

—Joder —siseó Adán ante la dantesca escena—. Tranquila, estoy aquí —susurró, arrodillándose junto a ella—. Vamos a entrar en...

Otro grito surcó entonces el silencio, esta vez provenía del segundo exterior. Acto seguido se oyó otro más, de Cruz, si no le engañaban sus oídos.

—Entra en casa, cierra la puerta y llama a la policía —le ordenó a Eva antes de salir al rellano sin importarle pisar con los pies descalzos las tripas y la sangre que allí había.

—Adán, ¡las niñas! —exclamó ella.

Él asintió sin pararse. Estaba a punto de llegar a la escalera cuando oyó el

chillido aterrorizado de una anciana. Se quedó inmóvil una milésima de segundo.

—¡Ve con Lola! —le gritó Eva, pasando por su lado para bajar a casa de su amiga.

Adán echó a correr al descansillo general y luego subió la escalera de tres en tres, haciendo caso omiso de los gritos que oía en los pisos inferiores. Cuando llegó al tercero exterior se encontró otro gatito destripado colgado del plafón y a Félix haciendo guardia en la puerta de la casa de su abuela.

—Mi mujer está dentro, con Dolores. Están las dos bien, alteradas, pero bien —lo tranquilizó—. ¿Hay más gatos en los otros pisos? —indagó, pues él también había oído el caos de gritos que subía por la escalera. De hecho, por eso había salido al descansillo a una hora tan temprana.

—Eso me temo. Meteos en casa, cerrad con llave y llamad a la policía —ordenó Adán, consciente de que Eva tal vez no lo hubiera hecho—. Subiré en cuanto pueda.

Dio media vuelta y bajó la escalera, esta vez despacio, parándose en cada piso para tranquilizar a los vecinos y ordenarles que se quedaran en casa y procuraran no pisar el rellano ni tocar nada. Tal vez en esa ocasión la científica encontrara algo.

Eva estaba en casa de Gala; Rodrigo, Calix, Cruz y Bruno las acompañaban y trataban de distraer a las niñas, quienes, gracias a la rápida intervención de Cruz, no habían llegado a salir al rellano al oír los gritos de los vecinos. De hecho, Jimena y Gadea eran las únicas personas en todo el edificio que no habían visto la macabra inocentada.



Horas después, cuando la policía se había marchado tras haber recogido muestras, buscado huellas y tomado fotografías de todos los descansillos, la mayoría de los vecinos seguían reunidos en el vestíbulo del portal, discutiendo alterados sobre lo que había ocurrido.

Adán estaba apoyado en la pared, observándolos con atención, buscando algo que sabía que se le escapaba.

—Cuando he llegado a las seis y media no había nada en el portal ni en el primero —le comentó Calix, apoyándose en la pared junto a él.

—Lo que no significa que no lo hubiera en el resto de los pisos —señaló Adán.

El segoviano asintió cabizbajo.

—¿Siempre llegas a esa hora? —pregunto Adán para cerciorarse; las sospechas daban vueltas por su cabeza, y lo confundían en lugar de orientarlo.

—Menos los domingos y los lunes —señaló—. Trabajo de noche de martes a sábado y suelo salir a las seis, no tardo más de media hora en llegar.

Adán asintió, manteniéndose en silencio.

Calix esperó unos minutos para ver si comentaba algo más, y al ver que no era así, se marchó a su casa. Al fin y al cabo, no le había dado tiempo a dormir ni diez minutos antes de que comenzaran los gritos.

Adán lo observó marcharse, dándole vueltas a lo que le había dicho. Si él llegaba a las seis y media y Eva bajaba a las siete cada mañana, el agresor sólo había contado con media hora para colgar los gatitos del portal y del primero interior. Entornó los ojos al darse cuenta de algo..., sólo que no podía comprobarlo porque el personal de limpieza que había mandado el ayuntamiento ya estaba haciendo su trabajo. O tal vez sí. Se apartó de la pared y se acercó presuroso a Cruz, quien no había abierto la tienda esa mañana.

—Cruz, ven conmigo —le pidió, agarrándolo del codo.

No paró hasta llevarlo al solitario rincón de la pared que había ocupado antes.

—¿Qué pasa?

—Haz memoria: cuando has salido de casa, ¿había sangre en el suelo?

—Estaba lleno de tripas, ¡claro que había sangre! —exclamó asqueado.

—¿Seguro? Ibas descalzo; ¿recuerdas haber pisado la sangre, tal vez haber resbalado con ella? —insistió Adán.

Cruz asintió con la cabeza un par de veces y luego se detuvo y comenzó a negar.

—Ahora que lo dices... No lo sé. Estaba asustada, no me he fijado. Pero no recuerdo haber sentido la sensación viscosa de la sangre en los pies —musitó, observando al novio de Eva con los ojos entornados—. ¿Sospechas de

alguien?

—Sospecho de todo el mundo —siseó Adán. Y no mentía.

—¿Quieres interrogarme más? —dijo Cruz, algo molesto por su brusquedad. Adán negó con un gesto—. Estupendo. Entonces me parece que me subo a casa con Eva y las niñas. Estoy harta de ver cómo todos discuten sin llegar a ninguna parte —masculló, enfilando la escalera.

—Créeme cuando te digo que te envidio —dijo Adán, frunciendo el ceño ante el caótico alboroto que se había montado en el vestíbulo.

Todos los allí reunidos hablaban a la vez, pisándose las palabras y alzando la voz cuando no obtenían la atención que querían. La que más gritaba era la Morosa, como siempre, aunque el Ogro, con su potente tono de profesor jubilado, no se quedaba atrás a la hora de imponer sus opiniones y ser escuchado. La voz aguda y chillona de las abuelas asiáticas se elevaba chirriante, silenciando el soliloquio alterado y a la vez musical del Cubano. Un poco apartado, el papá hindú hablaba en su extraño idioma con su mujer. Junto a ellos, las estudiantes murmuraban entre sí asustadas, aunque de vez en cuando alzaban la voz para hacer saber al resto de los vecinos que pensaban alquilar un piso en otro edificio donde no ocurrieran esas cosas tan macabras. Incluso los matrimonios del primero interior y del primero exterior, que jamás se molestaban en asistir a las improvisadas reuniones del portal, estaban allí, poniendo su granito de arena con sus exclamaciones e imprecaciones. Y, en el centro del meollo, Rodrigo, tratando de imponer un poco de calma a sus vecinos. Entretanto, el Inspector alzaba la voz, levantando las sospechas de todos al afirmar que tenían a un lobo disfrazado de cordero en el edificio, mientras que el Mudo, insigne presidente de la comunidad, miraba a sus vecinos con una inesperada expresión de furia en la cara, como si no soportara verse allí, en mitad de la altisonante y desagradable algarabía.

Adán suspiró, empatizando con él. Sabía exactamente cómo se sentía. Él tampoco soportaba ya los gritos, las acusaciones y las suspicacias de sus vecinos.

¡Era inaguantable!

Bien podrían irse todos a freír espárragos. Era imposible pensar con tanta gente despotricando. Necesitaba un poco de silencio para centrarse e intentar

descubrir por qué su instinto le hacía sentir como si hubiera una luz roja girando sobre su cabeza, acompañada por una estruendosa sirena de peligro inminente.

Miró a un lado y a otro, apabullado por la cantidad de gente que se había reunido en el estrecho portal, y de repente se dio cuenta de qué era lo que fallaba en esa escena.

Había demasiada gente allí.

Era la una y media, una hora en la que casi todos los trabajadores tendrían que estar en su trabajo, y allí había unos cuantos haciendo novillos.

Examinó con atención una vez más a todos los allí reunidos.

Los matrimonios de los primeros eran jubilados, por tanto, quedaban descartados, al igual que el Ogro y las abuelas asiáticas. Las estudiantes estaban de vacaciones; la Morosa era ama de casa, y Rodrigo y el papá hindú estaban allí porque no habían abierto sus negocios. Hasta ahí, todo correcto. Pero el Cubano no tenía excusa para no estar con la cámara en Guadalix de la Sierra; que él supiera, «Gran Hermano» se seguía grabando. Lo mismo ocurría con el Inspector: dudaba mucho que el Estado le hubiera dado vacaciones. Igual que al Mudo, que debería haber pasado la mañana trabajando como un negro en la charcutería, más aún en esas fechas tan buenas para ese tipo de negocio. Y, si no recordaba mal lo que tenía apuntado en sus fichas, no era la primera vez que faltaba al trabajo para asistir a una reunión. Entornó los ojos. Debía de tener mucha mano con su jefe para faltar sin causa justificada cada vez que le apetecía.

Tomó nota mental de eso mientras observaba con atención a esos tres hombres. El Cubano vivía en el segundo, un piso demasiado alto para estar al tanto de los movimientos del resto de los vecinos. Pero el Inspector y el Mudo vivían el primero en el bajo interior y el segundo en el bajo exterior. Sólo tenían que estar un poco pendientes para saber las idas y venidas de todos los vecinos.

Sacudió la cabeza, descartando la sospecha que cada vez se hacía más fuerte en su mente.

No podía ser. Era del todo inconcebible.



Insatisfacción. Ésa era la palabra que mejor podía describir lo que había sentido en el portal esa mañana.

Insatisfacción, decepción, frustración.

Todo cuanto había ocurrido desde que había salido tras oír el primer grito hasta que había regresado a casa ya entrada la tarde había sido total y absolutamente insatisfactorio, decepcionante y frustrante.

Esperaba asistir a lo que debería haber sido su obra maestra y, sin embargo, sólo había sido testigo de un insustancial sainete interpretado por unos personajes patéticos e insulsos. Ni siquiera para eso servían sus estúpidos vecinos.

Tanto esfuerzo, tantos planes, tanta ilusión, sólo para ver su gran proyecto convertido en una sucesión de gritos sin pasión y discusiones reiterativas.

¡Malditos fueran!

Había esperado demasiado de ellos.

Había imaginado que sentirían un profundo y paralizante horror. Que caerían de rodillas aterrorizados. Tal vez que alguno de los viejos sufriría un ataque al corazón o una apoplejía. No era mucho pedir para todo el tiempo que le había llevado planear y preparar su inocentada.

Pero, en lugar de eso, lo único que había conseguido habían sido unos cuantos gritos aderezados con una pizca de miedo, en los que, a tenor de lo flojos que habían sonado algunos, ni siquiera habían puesto toda su alma.

Aunque debía hacer acto de contrición y reconocer que el fiasco había sido, en cierto modo, culpa suya.

Se había equivocado.

Había creído que un poco de miedo lo satisfaría, cuando lo que en realidad necesitaba era sentir su sufrimiento. Recrearse en su angustia. Gozar con el latido aterrorizado de su corazón mientras la vida los abandonaba lentamente, con un insoportable dolor.



Viernes, 30 de diciembre de 2016

—Perteneían a dos camadas —aseveró el amigo de Adán al otro lado de la línea—. Al contrario que los ratoncillos congelados de los bancos, éstos estaban bien vivos cuando los mató.

—¿Quién coño puede degollar a un gatito, a ocho, y colgarlos en un edificio en el que hay niños como inocentada? —masculló Adán con rabia.

—Un sádico muy tarado —apuntó el calvo.

—De eso no tengo dudas. ¿Qué más han averiguado? —lo instó a continuar.

—A los mininos de los terceros, los segundos, el bajo interior y el primero exterior los degollaron en el descansillo, un instante antes de colgarlos, y luego los abrieron en canal, de ahí toda la sangre que había en el suelo y las señales que viste en las barandillas de la escalera. Probablemente se manchó y, al agarrarse, dejó sus huellas en ellas.

—¿Coinciden con alguna que esté en el registro? —lo interrumpió Adán.

—No.

—Joder.

—¿Acaso esperabas otra cosa? Si no está fichado, no hay huellas registradas, ya lo sabes. Y el cabrón que os está jodiendo tiene toda la pinta de estar aprendiendo a ser un sádico competente sobre la marcha. Dudo que haya cometido ningún delito destacable antes de tomarla con vosotros.

Adán asintió al otro lado del teléfono. No le faltaba razón a su amigo. La mierda en las barandillas no había sido más que una desagradable travesura; de hecho, todos habían pensado que se trataba de algún adolescente cabroncete. Hasta que se habían encontrado con la casquería en los rellanos, que no es que fuera algo mortal, pero sobrepasaba el límite de lo desagradable para entrar de lleno en lo macabro. Y a partir de ahí todo había ido *in crescendo*: los ratones reventados en los bancos de la plaza, los bombones con alfileres dentro, la farola averiada y, ahora, los gatitos degollados y destripados.

¿Qué sería lo siguiente? Le aterraba pensarlo.

—Sin embargo, los animales del primero interior y del bajo exterior ya estaban muertos cuando los colgaron —continuó diciendo su compañero.

—¿Estás seguro de eso? —reclamó Adán, apretando con fuerza el auricular, satisfecho de comprobar que era como había imaginado.

—Es lo que pone en el informe. Y, de todas maneras, basta con mirar con un poco de atención las fotografías para darse cuenta de ello. No hay apenas sangre en esos descansillos, y la situación de los órganos en el suelo indica que fueron colocados así, al contrario que los de los otros pisos, que se acumularon bajo los animales. ¿No te fijaste en ello? —preguntó extrañado el calvo—. Es lo primero que aprenden los novatos.

—Sí me fijé —replicó Adán—, pero estaba un poco alterado con todo el asunto y prefería confirmarlo contigo.

Continuaron charlando un instante más, se desearon felices fiestas y colgaron.

Adán se quedó inmóvil, observando las fichas que había abierto en las pantallas del ordenador y del portátil. Debía añadir sus comentarios en ellas. Comentarios que, por desgracia y debido a la falta de pruebas, serían más subjetivos que objetivos.

Se echó hacia atrás en la silla y leyó de nuevo todo lo que había anotado desde que encontró la mierda en las barandillas y hasta ese momento. Ahí estaba todo lo que sabía. Y era suficiente para dejarle bien claro que quien hubiera matado a los gatitos sabía de sobra el tiempo que tenía y en qué orden debía hacerlo para evitar que pudieran descubrirlo.

Había cometido el crimen en dos tiempos. Durante la noche, entre las tres y media de la madrugada, hora en la que habían llegado las estudiantes de fiesta, y las seis y media, momento en el que había regresado Calix, había creado las macabras escenas de todas las plantas menos las del primero interior y el bajo exterior, los dos únicos pisos por los que pasaría el segoviano. Después, entre las siete menos veinticinco y las siete menos cinco, había colocado los cadáveres y las entrañas de los gatitos ya asesinados en ellos.

¿Por qué lo había hecho así?

¿Por qué no matar y colocar a todos los gatitos antes de la llegada de Calix

y dejar que fuera él quien los encontrara y diera la voz de alarma?

Tal vez porque quien lo hubiera hecho intuía, al igual que él, que el segoviano no gritaría, alertando y asustando a los demás, sino que llamaría a la policía sin armar alboroto.

Y no era eso lo que quería.

Quería a alguien que gritara aterrorizado y de paso aterrorizara a los vecinos. Y quién mejor que una mujer adormilada y confiada que saldría medio dormida al descansillo, como todas las mañanas, para cuidar a las hijas de su amiga.

Se estremeció. Si de verdad era eso lo que había planeado el agresor, significaba que conocía muy bien a sus vecinos. Tanto como para prever lo que harían.

Luego estaba la otra opción. Una en la que prefería no pensar, porque implicaba que se la tenía jurada a Eva y quería que fuera la primera en contemplar su macabra obra. Algo que tampoco podía descartar, pues, si contaba como un ataque el incidente del suavizante en la escalera, no sería la primera vez que ella fuera la destinataria de los asaltos.

Tomó una gran bocanada de aire y la soltó despacio. Luego escribió sus impresiones en las fichas de tres vecinos.

Estaba a punto de apagar los ordenadores cuando cayó en la cuenta de algo que se le había pasado por alto. Algo muy importante.

Algo que tal vez también se le había pasado por alto al sádico.

La noche del 27 al 28 de diciembre era la primera que Adán había pasado en casa de Eva.

Ni siquiera él sabía que iba a quedarse. Había sido sólo cuestión de suerte que no se hubiera ido después de echar el polvo. Si lo hubiera hecho, habría sido él quien habría encontrado a los gatitos, frustrando los planes del sádico. Tal vez incluso se habría dado de bruces con él.

Balanceó la silla mientras le daba vueltas a una idea que acababa de aparecer en su cabeza.

Estaba seguro de que el atacante no habría montado esa escena si hubiera sospechado que podía encontrarse con él en la escalera. Porque, ¿para qué molestarse en dejar el descansillo del segoviano y el vestíbulo del portal para

el último instante, si no?

De repente, una sospecha comenzó a filtrarse en su mente.

Revisó los archivos en busca de las fechas en las que habían sucedido los incidentes.

Viernes, 23 de septiembre, mierda en las barandillas.

Jueves, 29 de septiembre, suavizante en la escalera.

Martes, 4 de octubre, casquería en los descansillos.

Lunes, 31 de octubre, ratones muertos en la plaza.

Miércoles, 16 de noviembre, bombones con alfileres en la plaza.

Jueves, 22 de diciembre, farola averiada, aunque todo apuntaba a que no había sido un ataque, sino un accidente casual que nada tenía que ver con el resto.

Y miércoles, 28 de diciembre, gatitos muertos.

Revisó cada fecha: los períodos entre travesuras eran aleatorios, igual que los días en los que las realizaba. Salvo que jamás habían ocurrido en fin de semana, lo que tal vez significaba que quien fuera contaba con que él salía de madrugada para ir a buscar a Eva los viernes, sábados y domingos.

Su mirada se centró en una de las fechas.

Lunes, 31 de octubre.

Esa mañana, Rodrigo había encontrado los ratones destripados en la plaza.

Era algo a lo que había dado muchas vueltas. ¿Por qué dejarlos en la plaza?

Comprendía que hubiera puesto allí los bombones con los alfileres, era más fácil que pasaran desapercibidos a los adultos si estaban escondidos en los alcorques[13] de los árboles que a la vista en la escalera. Pero, en cambio, los roedores destripados sin duda habrían sido mucho más impactantes de haberse encontrado sobre los felpudos, por ejemplo, que sobre los bancos.

Claro que, para hacer eso, el sádico tendría que haberlos colocado durante la noche.

Y él esa noche había ido a buscar a Eva, como todos los domingos, para regresar a una hora indefinida, pues ella no tenía un horario fijo.

Las patas de la silla chocaron contra el suelo cuando saltó de ella para caminar agitado por el comedor.

—¿Ocurre algo, Adán? —inquirió Dolores, preocupada al verlo tan nervioso.

—No quería arriesgarse, por eso los puso en la plaza —dijo como si eso lo aclarara todo.

Dolores lo miró extrañada pero guardó silencio. Su difunto marido también solía levantarse y caminar cuando algo lo ofuscaba.

Adán dirigió sus pasos a la terraza, pero antes de llegar dio media vuelta y regresó a la mesa. Se detuvo un instante frente al ordenador, cambió de dirección y enfiló hacia el pasillo, tan alterado que era incapaz de detenerse.

Por fin entendía a qué se debía el cambio de escenario.

Lunes, 31 de octubre. Halloween.

Y el hijo de puta había querido hacer algo significativo ese día, igual que lo había hecho en el de los Inocentes.

Pero el 31 de octubre, a diferencia del día de los Inocentes, era lunes, y sabía que esa madrugada él iría a buscar a Eva. Lo que no podía saber, porque ni siquiera ellos lo sabían, era a qué hora regresarían.

Por eso no había llenado el edificio de ratones destripados.

Porque no quería arriesgarse a encontrarse de cara con él.

Había preferido salir después de que Gala se hubiera ido y llenar los bancos de ratones destripados antes de que fueran las nueve menos cuarto y los niños bajaran a la plaza en su periplo al colegio. Sólo que era festivo y no había colegio. Pero eso el cabronazo no lo sabía.

¿Quién no tenía hijos ni contacto con los niños para no saber que tenían fiesta?

Regresó a los ordenadores y miró sus notas, seguro de que lo había apuntado.

Y así era. Había escrito cuatro nombres que coincidían con esa hipótesis.

Tres de ellos los tenía siempre en mente, pues eran en los que empezaban y acababan todas sus sospechas. El cuarto lo tenía casi descartado.

Tras pensarlo un segundo, borró el del matrimonio de ancianos del primero. Puede que no tuvieran nietos y no supieran cuándo tenían fiesta en el colegio, pero también eran demasiado mayores; el hombre incluso caminaba con andador, imposible que pasara horas colocando la casquería en los

descansillos, la mierda en las barandillas o escondiendo los bombones entre los árboles de la plaza.

Se levantó y volvió a caminar por el comedor.

De los tres que quedaban, ¿quién podía saber que cada noche del fin de semana iba al Consumo Placer sobre las cuatro de la madrugada? No era una hora en la que fuera fácil coincidir con nadie en el portal, tampoco una hora en la que los vecinos estuvieran atentos a quienes subían y bajaban la escalera.

Y aunque así fuera...

Se detuvo entornando los ojos, intentando recordar con la máxima exactitud posible los sonidos que le llegaban del exterior cuando estaba en casa de Eva.

Ninguno.

Nunca oía nada, a no ser que ocurriera en el propio descansillo interior o que se armara un gran escándalo, como la sinfonía de gritos de unos días atrás.

Era la única bendición de esas viviendas, el aislamiento que sufrían y que las libraba de los ruidos que tanto molestaban a los vecinos de las casas exteriores. Los pisos interiores, como su nombre indicaba, estaban en las entrañas del edificio. Para llegar hasta ellos había que recorrer un largo y estrecho pasillo que los aislaba de las otras plantas y luego subir un tramo de escalera. Era casi imposible que los vecinos que vivían allí supieran lo que pasaba en el portal o en los descansillos de los pisos exteriores.

Regresó a los ordenadores, leyó de nuevo los nombres y, tras pensarlo un instante, trazó una línea continua sobre dos de ellos, tachándolos sin borrarlos, para seguir teniéndolos presentes.

Eso le dejaba un solo nombre en la lista.

Pero era imposible que fuera esa persona. No cuadraba con su personalidad ni con lo que sabía, lo que todos sabían, de él.

Sacudió la cabeza y, tras grabar los nuevos datos, apagó el ordenador.

No podía acusar a un hombre sólo con suposiciones y corazonadas. Nadie admitiría eso. Ni siquiera él mismo.

★ ★ ★

Sábado, 31 de diciembre de 2016

Gala observó los fuegos artificiales que marcaban el final de 2016 y el inicio de 2017. Levantó la copa de champán y brindó con el viento, si es que a agitar la copa en el aire se lo podía llamar brindar.

Muchos pensarían que había algo intrínsecamente romántico en estar en una isla paradisíaca la última noche del año, tumbada junto a la orilla del mar, eróticamente desnuda, con el horizonte iluminado por el resplandor de los fuegos artificiales y las olas lamiéndole los pies. Con una copa en la mano y la luminosa sonrisa de la luna visible entre los alargados retazos de nubes que otorgaban al firmamento un halo de misterio.

Sí. Muchas personas pensarían que ese escenario era el *summum* del romanticismo. Pero Gala no.

Gala pensaba que echaba mucho de menos a sus hijas y a sus amigas, que el champán estaba caliente y sabía a pis de camello, y que la puñetera arena le estaba irritando el chichi.

¿Por qué demonios se le había ocurrido celebrar el fin de año bañándose desnuda en una playa perdida de la mano de Dios?

Porque se lo había oído decir a una pareja que estaba de luna de miel en el hotel y, en ese momento, le había parecido una idea maravillosa. Claro que no se le había ocurrido pensar que la parejita de marras debía de estar gozando en ese mismo instante de un apasionado interludio sexual, con toda probabilidad sobre una toalla para no acabar con arena hasta en los ovarios, mientras que ella estaba con el culo desnudo sobre un pareo de chichinabo, más sola que la una y aburrida como una ostra.

Había llegado la hora de dejar de hacer el tonto, regresar al hotel, darse una ducha y meterse en la cama.

Vació la copa, que por cierto era de plástico, sobre la arena y la metió en la bolsa de playa, junto con la botella de champán individual que había comprado en el hotel y que le había costado un ojo de la cara y parte del otro. Luego buscó su ropa, convencida de que eso del nudismo playero no iba con ella. Dio a la primera con los pantaloncitos y la camiseta y, mientras buscaba

las braguitas, sus dedos se toparon con el móvil. Lo sacó, tentada de llamar a sus hijas y a sus amigas y felicitarles el Año Nuevo, pero había hablado con ellas hacía menos de media hora, no era plan de que notaran lo amargada y desesperada que estaba. Así que volvió a soltarlo en la bolsa y agarró las braguitas.

Había acabado de vestirse cuando el móvil sonó, sobresaltándola.

—Feliz Año Nuevo —le dijo una voz masculina, serena y sobria, al responder la llamada.

—Gracias, igualmente. ¿Con quién hablo? —indagó. Sabía que conocía esa voz, pero no conseguía ponerle cara.

—Disculpa, soy Rodrigo.

—¿Mi vecino? ¿Cómo sabes mi número? —inquirió Gala intrigada, visualizando su piel pálida, sus penetrantes ojos violeta y sus labios, el inferior más grueso que el superior. Le dieron unas ganas tremendas de tenerlo frente a ella para poder mordisqueárselo.

—Me lo dio... —Se interrumpió, como si no quisiera delatar a su soplón.

—Ya. No hace falta que digas quién, me lo imagino. Al menos dime que no te lo dio por las buenas, que esperó a que se lo pidieses. —Él no contestó—. Voy a matar a esa pequeña conspiradora —siseó abochornada. ¡Tenía que hablar muy seriamente con su hija menor!

—No se lo pedí, pero quería hacerlo. Y lo habría hecho si no me lo hubiera dado, así que no puedes castigarla por algo que de todas maneras habría sucedido —la defendió Rodrigo.

—¿Eso que oigo es una confesión? —comentó ella burlona, animada por primera vez en toda la noche—. Dime, ¿para qué querías mi teléfono? —preguntó con voz sensual.

—Para felicitarte el año.

—¿Sólo para eso? Qué decepción —dijo con un tono coqueto que no sabía de dónde narices se había sacado.

—También pensé que quizá te apeteciera conversar.

—Estoy en una isla paradisíaca, con una temperatura ideal, desnuda en la playa —murmuró con voz ronca, sin saber bien por qué le decía todo eso, más aún cuando era mentira—. ¿Qué te hace pensar que quiero charlar un rato

contigo?

—¿Estás desnuda en la playa?

Gala sonrió al oír su pregunta.

—Así es.

—Y ¿por qué estás sola? —exigió saber él con voz grave, casi enfadado.

—¿Cómo sabes que estoy sola? —preguntó atónita.

—Porque eres una mujer hermosa, Gala, la más hermosa de todas. Y si un hombre que se precie estuviera contigo, no te dejaría coger el teléfono. Al contrario, te tendría tan ocupada gozando que ni siquiera lo oirías sonar.

Gala sintió que algo se derretía dentro de ella al oír su tono resuelto y rotundo.

—¿Vas a colgarme? —inquirió Rodrigo al ver que ella se había quedado muda.

—¿Quieres que lo haga?

—No.

Permanecieron en silencio sin saber qué decir.

—Describeme la playa en la que estás —susurró él.

—Es una playa preciosa, de fina arena dorada y dunas interminables. Las olas lamen con suavidad la orilla, deslizándose despacio sobre ella como lo harían los dedos de un hombre sobre el cuerpo una mujer —musitó con voz ronca, sintiendo un intenso calor derramarse en su interior, probablemente por la vergüenza. ¿Qué mosca le había picado para decir eso?—. Vaya tontería acabo de soltar —exclamó incómoda, intentando restar importancia a lo que había dicho.

—¿Estás en la orilla?

—A unos pocos metros.

—Camina hasta el agua.

Gala, sin saber por qué, lo obedeció.

—Ya estoy.

—¿Las olas te lamen los pies?

—Sí.

—Siéntate en la orilla —ordenó él con voz ronca—. Hazlo con las rodillas dobladas y las piernas separadas.

Gala dudó un instante, apenas un segundo, y después se deshizo con rapidez de los shorts, lanzándolos hacia la bolsa, y se sentó como le había ordenado.

—Ya está. Se me acaba de llenar el chirri de arena —comentó entre molesta y excitada. Oyó la risa grave de él, y sintió que una sonrisa afloraba a sus labios.

—No te voy a preguntar qué es el *chirri* —dijo Rodrigo con evidente diversión—. Creo que lo sé. Aunque debo hacerte notar que llamarlo así, durante un interludio obviamente erótico como el que estábamos manteniendo, le quita toda la sensualidad al asunto.

Gala estalló en carcajadas al oír su acusatorio razonamiento.

Al otro lado de la línea, Rodrigo esbozó una enorme sonrisa. Lo más probable era que su erección no hallara consuelo esa noche, pero merecía la pena sufrir ese pequeño inconveniente si a cambio la oía reír de esa manera tan sincera y animada.



Domingo, 22 de enero de 2017

—¿Quieres hacer el favor de tener cuidado, yaya? El médico te ha dicho que no puedes mover el brazo —la regañó Adán, entrando en el dormitorio al oír su quejido.

—No hace falta que te pongas así, lo sé de sobra. —Dolores le lanzó una mirada asesina.

—Entonces ¿por qué no me has llamado para que te colocara la ropa? —le recriminó enfadado. Estaba harto de que se hiciera la fuerte sólo para impresionarlo.

Dolores apretó los labios enfurruñada.

—No me pongas esa cara, abuela. Sabes de sobra que tengo razón —continuó él.

—No seas pesado, Adán —intervino Eva, entrando también en el cuarto

—. Seguramente se le habrá olvidado y ha subido el brazo para guardar la ropa en el estante por inercia.

—Ni se te ocurra ponerte de su parte —jadeó él ofendido.

—No seas niño, esto no es una pelea de recreo en la que hay que tomar partido por uno u otro. —Eva puso los ojos en blanco—. Tengo que irme, se me ha echado el tiempo encima y voy con el tiempo justo al trabajo. Tienes en el fuego el guiso de mañana, espera media hora y apágalo. El puré de calabacín está hecho, sólo tienes que comértelo. —Le guiñó un ojo.

—Seguro que le has echado quesitos —masculló Dolores.

—Por supuesto.

—Le quitan el sabor al calabacín —gruñó la anciana—. Odio que los añadas al puré.

—Lo sé, por eso los echo —afirmó Eva, poniéndose de puntillas para darle un casto beso en la boca a su chico—. Te veo luego.

—Eres una desvergonzada —la acusó Dolores, intentando por todos los medios disimular la sonrisa que asomaba a sus labios—. Besar así a mi nieto delante de mí...

—Y ¿de qué ibas a quejarte si no lo hiciera? —replicó Eva, enfilando el pasillo.

—No dirás que no tiene razón, yaya —se burló Adán, siguiéndola.

La atrapó junto a la puerta de la calle, la envolvió entre sus brazos y le dio un beso como Dios mandaba. Con lengua, largo, apasionado y con un puntito salvaje. Lo justo para dejarla con las rodillas temblando y ganas de más. De mucho más.

—Paso a recogerte luego —susurró antes de volver a besarla.

Cuando por fin la dejó ir, ella echó a correr porque se le había hecho realmente tarde.

—Vas a conseguir que la despidan por no llegar nunca a su hora —gruñó Dolores tras él.

—¿Es preocupación por Eva eso que oigo?

La anciana entornó los ojos y lo miró enfurruñada.

—Me gustabas más cuando no eras tan guasón —afirmó, caminando despacio hacia el salón.

Adán esbozó una sonrisa ladina y, atrapándola antes de que se sentara, le llenó la cara de besos.

—Voy a ponerte el puré para que cenes... ¿O prefieres otra cosa que no tenga quesitos? —dijo malicioso.

—Quítate de mi vista antes de que diga una insensatez, malandrín —masculló ella.

En esa ocasión, Dolores sí lo oyó reír antes de que desapareciera en la cocina.

Sonrió y, mirando al cielo, susurró una oración de agradecimiento al Señor por escuchar sus ruegos.

Su nieto era feliz de nuevo, sonreía a menudo y estaba locamente enamorado de una mujer que le correspondía. No era la mujer que ella habría elegido para él, pero también era cierto que no era ella quien iba a casarse con ella. Si es que Adán se casaba, por supuesto, porque su nieto se empeñaba en decir que no lo tenía nada claro.

Todo se andaría.

Se acomodó los cojines de la espalda con un brazo, manteniendo el otro quieto. Eva había dado en el clavo antes. No había subido el brazo para colocar la ropa e impresionar a nadie, sino porque se le había olvidado que no podía hacerlo. Se encontraba tan bien que parecía que hiciera un par de meses de la operación en lugar de veinte días.

La primera semana había sido complicada, estaba aterrorizada a pesar de que la operación había salido bien. No hacía más que pensar en que no le habían quitado todo lo que tenían que quitarle y que todavía quedaba algún tumor en su cuerpo. Un tumor que tendrían que matar con más quimioterapia. Y no había nada peor que eso. Dudaba que pudiera soportarlo de nuevo. Pero el viernes, dos días atrás, habían ido al médico para ver los resultados de la biopsia y todo estaba bien, por lo que no tendría que soportar más quimio. Al cabo de un par de meses comenzaría un tratamiento de veinticinco sesiones de radioterapia, y tras éste seguramente se acabaría el tormento, aunque eso era algo que sólo Dios sabía.

—¿Quieres cenar en la cocina o prefieres que te acople la mesita auxiliar al sillón? —le preguntó Adán, asomándose a la puerta.

—Prefiero aquí, así veo el telediario.

—Estupendo, te monto el chiringuito en un momento.

Dolores sonrió al oír la expresión de su nieto, luego su sonrisa se transformó en lágrimas de emoción. No sabía qué habría hecho sin él, sin su apoyo y su cariño. Había sido el hombro en el que apoyarse, la voz de la razón cuando el miedo la vencía y los brazos en los que acurrucarse y sentirse protegida.

Se había quedado a dormir cada noche con ella en el hospital, descansando por la mañana cuando Mercedes le hacía el turno. Y Eva, tal y como había prometido, la había acompañado cada tarde. Tampoco sabía qué habría hecho sin ella.

—Tienes una nieta excepcional, Pilar —dijo mirando al cielo.

—¿Con quién hablas, yaya? —preguntó intrigado Adán al entrar en el salón con la cena.

—Con nadie.

—Si tú lo dices... —masculló, abriendo la mesita auxiliar para encajarla en el sillón.

—Quiero que le compres algo a Eva de mi parte. Se ha portado muy bien con nosotros y quiero corresponderle —dijo antes de probar el puré. Estaba exquisito. Aunque eso, por supuesto, no pensaba confesárselo a su nieto.

—Buscaré alguna cosa bonita para ella de tu parte —aceptó Adán, mirándola extrañado. ¿De verdad su abuela acababa de decirle que comprara algo para su enemiga? ¡Ver para creer!

—¿Le has comprado algo ya? —inquirió Dolores cuando él se sentó a su lado con una bandeja para cenar también.

—Me lo acabas de decir, ¿cómo quieres que lo haya comprado ya? ¡No tengo supervelocidad como Superman! —La miró atónito. ¿Acaso estaba perdiendo la chaveta?

—No me refiero a mi regalo para ella, sino al tuyo —bufó Dolores.

—¿Por qué iba a regalarle nada?

—¿Porque es su cumpleaños y se lo merece con creces? —resopló ella socarrona.

—¿Es su cumpleaños? ¿Cuándo? —jadeó sorprendido Adán.

—El viernes que viene.

—Cojonudo. Y ¿qué narices voy a comprarle? —masculló, hundiéndose en la miseria.

No había nada más complicado de complacer que una mujer que esperara el regalo de su amante.

18

Ya está. Ya llegó el día. Ya es 27 de enero.

Qué alegría. Ja, ja, ja.

De verdad, me hace una ilusión bárbara.

Ya veis la sonrisa que tengo. ¿No la veis?

Yo tampoco.

Eso es porque no me hace ni puñetera gracia.

En días como éste, es decir, en mi cumpleaños, entiendo cómo se sentía Bella en la saga Crepúsculo. Me pasa igual que a ella, no me apetece un carajo cumplir años. Ella tuvo suerte y dejó de cumplirlos a los dieciocho.

Yo tengo unos poquitos más. Diecinueve más, exactamente.

Eso hacen treinta y siete.

Qué maravilla.

Ay, esperad, que se me ha olvidado decirlo con énfasis y sonriendo.

¡Qué maravilla!

¿Se me ven todos los dientes en la sonrisa? ¿Parece verdadera? Espero que sí.

Llevo toda la mañana ensayando la sonrisa que esbozaré cuando mis amigas se presenten por sorpresa en casa mañana, a eso de las doce, calculo, con su tarta sorpresa y sus regalos sorpresa para cantarme el *Cumpleaños feliz*.



Viernes, 27 de enero de 2017

—No tardaré mucho, yaya. Elegí mi regalo el martes, pero no tenían talla. Me han llamado para que vaya a recogerlo hoy —le explicó Adán a Dolores al dejarla en la puerta de la capilla.

—No tengas prisa, estaré bien acompañada por las Hermanitas del Cordero y por el Señor —replicó ella, tomando el brazo que le tendía una monjita.

Adán esperó hasta que estuvo acomodada en un banco y luego se dirigió a Tirso de Molina. Allí era donde había encontrado el regalo perfecto para Eva. Un conjunto de picardías y tanga con perlitas en la entrepierna que iban a disfrutar como locos. Sobre todo, ella, por aquello de las perlitas acariciándole el clítoris. O tal vez lo disfrutara más él, porque sólo con imaginársela con ese picardías transparente se ponía a mil.

Estaba deseando que llegara la noche, o, mejor dicho, la madrugada, para vérselo puesto. Le haría el amor durante toda la noche y parte de la mañana, hasta dejarla agotada.

Se recolocó con disimulo la erección que comenzaba a molestarle y entró en la tienda. Cuando salió, lucía una enorme sonrisa en los labios. Caminó apresurado de regreso, estaba deseando ver a Eva, quien estaría a punto de llegar a la plaza tras recoger a las niñas del colegio. Acababa de pasar frente al teatro La Latina cuando alguien lo llamó.

—¡Adán! ¡Menos mal que te encuentro! ¡Va a suceder una desgracia! —exclamó Paco, corriendo hacia él.

—Tranquilo, hombre —dijo Adán parándolo cuando se le echó encima—. ¿Qué pasa?

—¡He encontrado tu colgante en el vestuario! —jadeó alterado.

—¿Qué?

—¡Tu colgante! ¡El de la tapa de mermelada Eva! ¡Estaba en el vestuario! —aulló, tirando de Adán para que siguiera andando.

—Bueno, ¿y qué? Me lo dejaría el domingo allí —señaló él sin darle importancia.

—¡No lo entiendes! Hace un rato he sentido que algo maligno se cernía sobre vosotros. Y luego he encontrado el colgante. ¡Si no lo llevas, ni Eva ni tú estaréis protegidos!

—No pasa nada, Paco, dámelo y me lo pongo —dijo él intentando tranquilizarlo.

Paco detuvo su frenético forcejeo, mirándolo nervioso, y acto seguido hundió la mano en el bolsillo del batín y sacó el colgante. Se lo pasó a Adán por la cabeza con manos temblorosas y se lo quedó contemplando absorto.

—No ha pasado nada —susurró tras unos segundos con los ojos desorbitados.

—Claro que no, ya te lo he dicho. ¿Qué coño te has fumado, Paco? —bromeó Adán.

—No lo entiendes. No ha pasado nada —gimió, tirándose del pelo—. ¡Nada! Sigo sintiendo el mismo peligro sobre vosotros. ¡Tenemos que buscar a Eva y protegerla!

—Está bien. Sé dónde está, iremos con ella —aceptó Adán, esperando que eso lo tranquilizara un poco.

Pensaba hablar con Eva muy seriamente sobre los bebedizos que su jefe consumía.



—¡No es justo! No hace ni veinte días que hemos vuelto al cole y ya nos han puesto un examen —se quejó Jimena, entrando en la plaza.

—Claro que no, tendrían que haberos dejado descansar un par de semanas más para recuperaros de las vacaciones de Navidad —se burló Eva, sentándose en el banco del Lector.

Ignoró las airadas protestas de Gadea y Jimena y sacó los bocadillos del bolso. Las niñas soltaron las mochilas junto a la papelera cercana al banco, agarraron la merienda y echaron a correr.

—«Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseo, amiga Eva, cumpleaños feliz» —cantó Cruz, llegando junto a ella. Sacó la mano que tenía escondida a la espalda y le tendió un cupcake coronado con crema de queso—.

¡Felicidades, reina!

—¡Un cupcake Karol! ¡Gracias, Cruz! —exclamó ella encantada de la vida. ¡No había nada más rico que esos cupcakes!

—¡Hala! ¿Y para mí no hay nada? —exclamó Gadea, acercándose a ellos a ver si pillaba un mordisco.

—¡No! ¡Es mío! ¡Mi tesoro! —Eva se encogió sobre el pastel en una de las mejores imitaciones de Gollum que nadie había hecho nunca.

—¡Egoísta! —gruñó la niña enfadada, dando media vuelta para regresar con sus amigos junto al árbol que había en mitad de la plaza.

—¿Por qué está Gadea tan enfadada? —preguntó Rodrigo, caminando hacia Cruz y Eva. Calix lo seguía pocos pasos por detrás.



—¿La ves? Está bien, charlando tranquilamente con sus amigos —le dijo Adán a Paco en el momento en que doblaron la esquina de la capilla del Obispo y pudieron ver la plaza.

—No la veo —jadeó éste nervioso, recorriendo el lugar con una frenética mirada.

Vio a los niños reunidos bajo un árbol, al papá hindú en la puerta de su tienda, a algunos adultos paseando por la costanilla de San Andrés y a un par de ancianas sentadas en un banco frente a la escalera de la capilla, pero no encontró a Eva.

—Ahí, en el banco de la estatua, el que está cerca del portal. —Adán se lo señaló.

—¡Va a pasar algo horrible! —gimió Paco de repente, aún más alterado que antes.

—¡Claro que no! Eva está bien, no le ocurre nada —gruñó Adán—. Además, ya me he puesto el colgante con la tapa de mermelada —dijo a la desesperada—. Está protegida.

—¡No lo está! —sollozó Paco, tirándose del pelo enajenado.



—Felicidades. ¿Cuántos te caen? —preguntó Rodrigo.

—Treinta y siete.

—Pero ¡no seas torpe y apunta bien! —le gritó en ese momento Gadea a Jimena.

—Ya están discutiendo otra vez —suspiró Cruz cuando vio que las niñas se enzarzaban en una de sus peleas.

—Mientras no se maten... —murmuró Eva, comiéndose el último trocito de su cupcake mientras las observaba intrigada—. ¿Qué se supone que están haciendo?

—Yo diría que tirar piedras al árbol —comentó Rodrigo frunciendo el ceño.

—Se les habrá colado alguna pelota en las ramas —apuntó Calix.

—Genial, será mejor que vaya antes de que acaben descalabrándose. —Eva echó a andar hacia el árbol que estaba paralelo al portal—. ¡Soltad las piedras ahora mismo! —gritó cuando vio que uno de los trillizos hacía ademán de lanzar una.



—Vamos con Eva, ya verás cómo está bien —masculló Adán, la paciencia perdida.

—Ya no está en el banco —gimió Paco.

Adán se volvió, buscándola, y cuando la encontró agarró a Paco y echó a andar hacia el árbol al que ella se dirigía. Eva conocía bien a su jefe, tal vez supiera cómo calmarlo.

—Está con los niños —dijo, tirando de Paco—. Habrán encontrado algo entre las ramas y quieren bajarlo a pedradas. Una pelota o algo así.

—No es una pelota. ¡Es el diablo, que está escondido allí! —jadeó aterrado.



—¿Se puede saber qué estáis haciendo? —Eva se paró bajo el árbol en el que estaban los niños.

—Nada... —mascullaron éstos con sus caritas más inocentes.

Alzó la mirada, intrigada por saber qué los tenía tan entretenidos. Arrugó la nariz al ver una botella de cristal llena de agua en equilibrio sobre las ramas desnudas.

—¿Quién la ha subido ahí? —preguntó atónita.

—Ni idea —dijo Gadea, empuñando de nuevo la piedra.



—No digas tonterías, Paco —resopló Adán—. ¡Qué diablo ni que ocho cuartos, joder!

Entornó los párpados cuando el sol se reflejó en algo que había entre las ramas desnudas del árbol, molestándolo. ¿Qué era eso? ¿Una botella? ¿Quién narices la había puesto ahí?

—¡El demonio está entre nosotros! —gritó Paco con toda la fuerza de sus pulmones, sobresaltando a todos los que estaban en la plaza—. ¡Xaphan, con su aliento de fuego, está en el árbol! —aulló asustado—. ¡La quemará! ¡Escupiré sobre Eva y su saliva le derretirá la piel!

Adán sintió que un escalofrío de terror líquido lo recorría al oír las palabras de Paco. Observó de nuevo el brillo de la botella y, sin saber bien por qué, excepto que era lo que le dictaba su instinto, echó a correr hacia el árbol a la vez que les gritaba a Eva y a los niños que se apartaran.

Ella se volvió al oír los alaridos de Paco y Adán y ordenó a los niños que se largaran de allí. Tuvo que empujar a un par de ellos que se quedaron mirando como pasmarotes a los hombres que gritaban y corrían como si estuvieran locos.

Adán, llevado por una acuciante sensación de urgencia que no sabía de dónde llegaba y que nunca sería capaz de explicar racionalmente, tomó impulso y se arrojó sobre ella, envolviéndola con su cuerpo.

En el mismo momento en que caían al suelo oyó un fuerte estallido seguido de un intenso olor a pólvora. Tuvo tiempo de ver un resplandor anaranjado

acompañado por una nube de humo gris que parecía salir del portal antes de que la botella se hiciera añicos y los cristales llovieran sobre ellos mezclados con un líquido que no era agua.

—¡Me quemo! —aulló Eva, revolviéndose bajo él.

Adán se apartó, intentando localizar qué la estaba quemando, y lo que vio lo llenó de terror. Le había caído un poco de líquido en los leggins y estaba corroyendo la tela y la piel que había bajo ésta.

Agarró la pernera de las mallas y la desgarró, apartándola de la piel.

—¡Traed agua! —gritó mientras Eva se retorció de dolor.

—¡Se te está derritiendo la cazadora! —oyó decir a Gadea demasiado cerca de él.

—¡Apártate! —La detuvo antes de que la tocara—. ¡Cruz, llévate a los niños de aquí! —le ordenó al verlo correr hacia ellos—. ¡Es ácido, joder! ¡Nos han tirado ácido encima! ¡No lo toquéis! ¡Traed agua de una puta vez! —Sujetó las manos de Eva para que no pudiera tocar la quemadura que tenía en la pantorrilla, abrasándose las manos al hacerlo y extendiéndola más aún—. Tranquila, cariño. Ya se pasa, te lo prometo —dijo al ver que Calix y el papá hindú salían de la tienda cargados de botellas de agua—. Echádsela en la quema... ¡Dios! —aulló al sentir que algo le abrasaba la espalda. Un dolor tan intenso como no había sentido jamás.

—¡Lo tienes por toda la cazadora! —le dijo Rodrigo, arrodillándose junto a él.

—¡Sujétala, no dejes que se toque! —jadeó Adán, soltando a Eva para librarse de la chaqueta. Pero, al intentar quitársela, un dolor desgarrador le recorrió la espalda, frenándolo.

—¡No tires! ¡Tienes la tela adherida a la piel! —gimió Calix, sujetándole las manos para que se estuviera quieto—. No sé cómo quitártela sin arrancarte parte de la espalda.

—Tranquilo, yo lo haré. Soy un Guardián, mi trabajo es cuidarlo —dijo Paco con pasmosa tranquilidad, arrodillándose junto a él.

Adán soltó un alarido de puro sufrimiento cuando tiró de la tela que seguía disolviéndose, desgarrándola de la que estaba todavía intacta para poder quitársela sin arrancarle la piel. Volvió a gritar al sentir el tibio roce del agua

sobre la quemadura, y un segundo después gimió aliviado cuando el dolor se hizo casi soportable.

—Eva... Seguid echándole agua..., tiene que diluirse el ácido —dijo, apretando los dientes mientras la miraba preocupado.

No dejaba de removerse bajo la sujeción de Rodrigo. Temblaba de dolor, tenía las mejillas mojadas por las lágrimas y un gruñido gutural escapaba de sus labios mientras Calix vertía agua sobre su pierna quemada.

—El Samur y la policía están a punto de llegar —dijo el Ogro, yendo junto a Adán para mirar su espalda—. Ánimo, muchacho, ya no tardarán —afirmó con voz trémula y los ojos desorbitados.

Él, tendido boca abajo en el suelo, asintió mientras se estremecía sin control. Sólo el flujo constante del agua conseguía aliviarlo. Cerró los ojos e inspiró despacio, obligándose a calmarse. No podía seguir así, gimiendo como un niño aterrorizado. Necesitaba tener la cabeza despejada y observar cuanto lo rodeaba, memorizar la escena y quienes la componían para examinarla después. Tal vez ésa fuera su única oportunidad de mirar al diablo a la cara y reconocerlo.

Apretó los puños y, soportando el dolor agónico que le derretía la espalda, alzó la cabeza y se concentró en lo que lo rodeaba.

El ácido que les había caído encima eran sólo salpicaduras provocadas por el estallido de la botella. Gracias a Dios, habían conseguido alejarse lo suficiente para evitar el grueso del líquido, que estaba esparcido en un círculo bajo las ramas del árbol. En el otro extremo de la plaza, el Inspector y Cruz mantenían alejados a los niños. Frente a él, Rodrigo y Calix estaban con Eva, sujetándola y echándole agua en la lesión. Junto a él, Paco estaba arrodillado, ¿rezando?, mientras el papá hindú le vertía agua en la espalda. Cerca de ellos se encontraba el Mudo, parado en mitad del caos, observándolo todo con serena tranquilidad, mientras el Ogro daba vueltas alrededor gritándole al móvil y apartando a las personas que se acercaban.

Adán apretó los dientes. El incapacitante dolor lo agotaba, pero se esforzó en permanecer atento mientras contemplaba cómo la costanilla de San Andrés se llenaba con las luces estroboscópicas de los coches de policía y las ambulancias. Las sirenas se alzaron sobre los gritos y los llantos de los niños,

mientras que las luces rojas y azules de los vehículos convirtieron la plaza en un funesto tiiovivo.

Un instante después, los técnicos del Samur saltaban de las ambulancias y corrían hacia ellos, pasando en su carrera junto al Mudo, al que esquivaron cuando no se apartó.

—Ella tiene una quemadura en la pierna y él, en la espalda —oyó decir al Ogro—. Nos ha dicho que es ácido y que les echáramos agua..., y eso hemos hecho.

Adán no hizo caso de la respuesta del técnico, pues toda su atención estaba puesta en Eva, a quien habían colocado en una camilla y llevaban a la ambulancia. Luego hicieron lo mismo con él.

—¡Rodrigo! —gritó. El albino se colocó a su lado, caminando junto a los operarios del Samur que lo trasladaban a la ambulancia—. Mi abuela está en la capilla. Está enferma, no puede bajar la escalera.

—Me ocuparé de ella, no te preocupes.

Se relajó al oírlo, tanto, que apenas se dio cuenta de que lo metían en la ambulancia. Notó que se ponía en marcha y oyó las sirenas mientras le limpiaban la quemadura de la espalda. Apretó los dientes, mareado por el dolor que le causaban a pesar del cuidado con el que actuaban, e intentó concentrarse en recordar y memorizar todo lo que había ocurrido. No obstante, su mente volvía una y otra vez a los gritos de Eva. Se había quemado la pierna, pero no había podido ver la gravedad de la lesión. Había sido todo tan rápido y caótico que no se había dado cuenta de que el ácido podría haberle salpicado en más sitios. No, eso era imposible. La había cubierto con su cuerpo al estallar la botella. Pero ¿y si no lo había hecho bien? ¿Y si tenía más quemaduras que no había visto?

¡Era ácido, joder! Podría haberla dejado ciega, quemarle la piel, derretírsela como si fuera helado, necrosarle los tejidos, provocarle un shock circulatorio...

Gimió angustiado, el dolor que le ocasionaban al hurgarle en la quemadura no era nada comparado con la angustia que le provocaba la incertidumbre y la preocupación por Eva.

Apretó los puños, decidido a autoconvencerse de que ella estaba bien, de

que sólo tenía la quemadura que había visto. Cerró los ojos intentando relajarse y vio de nuevo la secuencia. El estallido, el olor a pólvora, el resplandor anaranjado y el humo. Los cristales lloviendo sobre ellos y el ácido salpicándolos. La cara de Eva y su grito agónico al quemarse.

Se estremeció al sentir que el corazón se le encogía de angustia por no saber si estaba bien.

Golpeó la camilla y dejó salir su desesperación en un bramido de puro dolor.

—Lo siento, pero tenemos que limpiar todo el ácido que podamos antes de que siga corroyéndole la piel —musitó el técnico del Samur al oírlo, confundiendo su dolor.



—Su amiga está bien, tiene algunos cortes sin importancia y una quemadura de segundo grado en la pantorrilla —lo informó la enfermera al regresar. Adán había discutido con ella hasta arrancarle la promesa de que iría a ver a Eva para decirle cómo se encontraba—. Y se lo debe a usted: si no le hubieran vertido agua en la quemadura, diluyendo el ácido, la abrasión habría sido mucho peor. ¿Cómo sabía lo que tenía que hacer?

—Un amigo se quemó las manos con ácido de batería cuando éramos jóvenes y estúpidos —explicó Adán—. Cuando llegamos al hospital nos dijeron que si le hubiera echado agua para diluir el ácido las quemaduras no habrían sido tan profundas.

—Pues ha sido una suerte que lo supiera, ha impedido que la quemadura fuera más grave de lo que ya es —señaló la enfermera—. ¿Puedo ponerle ahora el calmante? —Se acercó al gotero del que colgaba el suero.

—¿Me va a atontar? —Adán la miró, tendido boca abajo en la cama.

—Lo relajará, algo que necesita urgentemente.

—Lo que significa que me atontará —masculló con voz áspera—. No quiero ningún calmante, no me duele tanto —afirmó con un gruñido—. Sólo necesito que haga lo que le he pedido y consiga que un maldito médico firme mi alta...

—Para ir a ver a la Borrego —apuntó enfadado Gonzalo, entrando en la habitación—. Déjenos solos, por favor —le pidió a la enfermera.

—¡No puede estar aquí! —jadeó ella enfadada.

—He hablado con el doctor Onandía y no ha puesto impedimento —dijo con voz firme, mostrándole la placa.

La enfermera lo miró de arriba abajo, dudosa. Ese hombre era demasiado mayor para ser policía.

—Por favor, señorita, es mi hijo —dijo con suavidad—. Déjenos un instante a solas. Lo convenceré de que pare de hacer el idiota y acepte el calmante —aseveró, sentándose en una silla junto a la cama.

La mujer bufó enfadada, pero aceptó irse.

—¿Ya estás tirando de placa para colarte donde no debes? —Adán giró despacio la cabeza para mirar a su padre. Ahora que la tensión había pasado y sus músculos estaban fríos, cada movimiento que hacía se reflejaba en la quemadura, torturándolo.

—Por supuesto, ¿de qué vale haber sido policía, si no? —Gonzalo lo observó preocupado. Estaba pálido y sudoroso; tenía cortes en la cara y en las manos y respiraba de forma superficial, como si hasta tomar aire le doliera. La quemadura, que empezaba entre los omóplatos y se extendía por la columna hasta dejar atrás las costillas, estaba cubierta por un apósito—. Imagino que no has podido resistirte a comportarte como un estúpido héroe y proteger a la Borrego con tu cuerpo —masculló con un brillo de orgullo en la mirada.

—Ya ves, es lo que tiene ser poli, no podemos evitar hacer heroicidades —gruñó Adán.

—Te va a quedar una buena cicatriz.

—Genial. Así presumiré de ella. ¿De qué sirve sobrevivir a que un vecino sádico te eche ácido si no puedes vacilar de ello? —dijo con desdeñoso sarcasmo.

—¿Sabes quién lo ha hecho? —inquirió Gonzalo al oírlo, inclinándose para que su cara quedara a la altura de la de él.

—Sospecho de un par de personas. Pero no tengo pruebas —dijo entre dientes.

—Entonces no tienes nada. Debes...

Se interrumpió cuando el doctor Onandía, con quien, a pesar de lo que había afirmado, no había hablado, entró enfadado en la habitación.

—¿Qué hace usted aquí? —le reclamó a Gonzalo. Éste sacó su placa por toda explicación—. Eso no le da derecho a nada, aquí mando yo.

—Es mi hijo —afirmó Gonzalo, aguantándole la mirada.

El médico observó con los ojos entornados al viejo. Aparentaba unos setenta años, pero no dudaba que tenía al menos diez más.

—Puede quedarse diez minutos, ni uno más. El paciente tiene que descansar —aseveró antes de mirar a Adán—. La enfermera me ha comentado que se niega a que le administren calmantes y que ha pedido el alta voluntaria —dijo enfadado.

—Me encuentro bien y quiero irme —señaló Adán.

—¿Lo han informado de que las lesiones por quemaduras tienen un alto riesgo de infección, que aumentará de forma exponencial si abandona el hospital antes de tiempo?

—Me han informado.

—En quemaduras como las que usted tiene, una infección es muy peligrosa —insistió el doctor—. Debe permanecer bajo vigilancia hasta que comprobemos que el tejido adyacente reacciona bien y comienza a cicatrizar correctamente. Si no fuera así, habría que...

—Cicatrizará —lo interrumpió Adán. Ya había oído antes eso—. Me encuentro bien y quiero irme —reiteró, haciendo ademán de levantarse. Los brazos le fallaron cuando trató de impulsarse.

—Me temo que el dolor agota las fuerzas hasta del hombre más terco —masculló el doctor—. Le diré a la enfermera que le administre un calmante suave.

—He dicho que no —masculló Adán.

—Déjeme un momento con mi hijo —pidió Gonzalo—. Haré que entre en razón.

El médico miró a ambos hombres antes de asentir con brusquedad.

—Diez minutos —les advirtió, saliendo enfadado.

—Le he pedido a Gómez que uno de sus agentes vigile el pasillo esta noche —comentó Gonzalo. Adán lo miró con los ojos entornados—. Si se te

ocurre marcharte, le diré que lo mande a casa —afirmó con mirada fiera—. Así que tú verás qué prefieres: pasar la noche aquí mientras un agente cuida de que no le pase nada a tu amiga o actuar como un idiota y pedir el alta sin estar en condiciones para seguir haciéndote el jodido héroe y pasar la noche sentado junto a su cama, inútil y enfebrecido —espetó furioso.

—Aceptaré el calmante —masculló Adán, aliviado al saber que alguien vigilaba. No era que esperara que el psicópata fuera a buscar a Eva, pero tampoco lo descartaba por completo.

—Eso me parecía que debías hacer —declaró Gonzalo—. Cuando el doctor estime que estás en condiciones de irte, la vigilarás como mejor te parezca. Mientras tanto, permite que te cuiden.

Adán cerró los ojos y dejó que su cabeza cayera hasta que la mejilla reposó sobre el colchón, tan cansado que, si no hubiera sido por el dolor, ya habría caído inconsciente.

—Le han dado el caso a Merino. ¿Lo conoces? —dijo, abriendo los ojos de nuevo. Gonzalo negó con un gesto—. Yo tampoco lo conocía hasta hace un rato, cuando ha venido a hablar conmigo sobre el ataque —comentó, apretando los puños al sentir una fuerte punzada de dolor en la espalda—. Le he contado mis sospechas y me ha dicho que tomaba nota. Joder. ¡Que tomaba nota! ¡No tiene que tomar nota, tiene que actuar y atrapar al sádico!

—No puede hacerlo sin pruebas ni indicios, y no los hay.

—No. No puede. —Adán permaneció un instante en silencio, ordenando sus ideas—. No creo que fuera a por Eva —musitó—. Quería hacer el mayor daño posible, sin importarle a quién. La botella estaba entre las ramas peladas, no muy alta. Cuando estalló, regó todo lo que tenía debajo. A nosotros sólo nos salpicó. ¡Por Dios, papá, los niños estaban allí! —gimió con un estrangulado sollozo—. Si Paco hubiera gritado diez segundos más tarde, el ácido habría caído sobre ellos.

—Pero no sucedió —susurró Gonzalo, agarrándole consolador la mano por primera vez en muchos años. Tantos como llevaba muerta su madre—. Los niños están bien, igual que la Borrego. No pienses en ello.

—Va a volver a intentarlo. Se le ocurrirá otra cosa, algo todavía peor —gruñó Adán, apretándole la mano—. Desde que empezó a hacer daño, su

crueldad ha ido en aumento...

—¿Crees que está relacionado con los incidentes del portal?

—Estoy seguro. En cuanto pueda moverme, iré a la plaza y revisaré el escenario —dijo sin darse cuenta de que estaba confesando su debilidad—. Tengo que deshacer mis pasos de esta tarde y rehacerlos para dar con él. Sé que se me escapa algo importante, joder. Algo que no puedo recordar, por mucho que lo intento. Cierro los ojos y sólo consigo ver a Eva gritando —gimió frustrado—. Vaya poli de mierda que soy.

—Estás bajo una gran tensión, hijo. Es normal que estés confuso. Deja de pensar en ello y descansa, sólo entonces podrás examinar lo que ha ocurrido de forma racional y exhaustiva.

—No voy a descansar.

—Entonces no podrás pensar con claridad. —Adán abrió la boca para protestar, pero Gonzalo no lo dejó hablar—. ¡No seas testarudo! Sé por experiencia qué es lo que te está pasando, así que más te vale hacerme caso si no quieres perder el tiempo.

—¡No puedo, joder! —estalló él—. Sé que lo he visto, pero no he podido darme cuenta de que era él —dijo sin ser capaz de explicarse—. Sé quién es, o lo sabré cuando sea capaz de pensar. Y cuando sepa quién es, iré a por él —afirmó con un gruñido.

—No sin pruebas —le advirtió Gonzalo. Muchos casos se habían ido al garete por eso.

—Las conseguiré.

—Dejarás que las consigan otros. No es tu caso, no debes inmiscuirte.

—No estoy en activo, así que puedo emplear mi tiempo como me dé la gana.

Gonzalo cabeceó, accediendo. En realidad, él haría lo mismo si tuviera su edad y su fuerza.

—El doctor Onandía ha dicho que aceptará el calmante, espero que no lo haya engañado también a él —dijo acusadora la enfermera, entrando en la estancia.

—Adelante, atónteme —pidió Adán con un gruñido.

La enfermera lo añadió al gotero y, tras comprobar que todo estuviera

correcto, se marchó, no sin antes advertirle a Gonzalo que su tiempo se había agotado.

—Parece que me echan. Mañana vendré a verte.

—Mañana me iré a casa —declaró Adán, sintiendo los párpados pesados. Ese calmante de suave no tenía nada, pensó a la vez que intentaba mantenerlos abiertos.

Gonzalo resopló al oírlo. Su hijo era tan testarudo como su abuelo, no dudaba ni un segundo de que se iría a casa antes de lo que sería recomendable.

Se dirigió a la puerta para salir, pero antes de hacerlo se volvió y lo miró. Aún estaba despierto, aunque por poco tiempo.

—Tu abuela me ha dicho que sabes que no soy tu padre biológico — señaló con una serenidad que no sentía—. No debería habértelo contado. Eres mi hijo. Un poco de sangre no cambiará eso —afirmó con rotundidad. Adán asintió con la cabeza—. También quiero que sepas que estoy orgulloso del hombre en el que te has convertido... Aunque no me haga gracia tu trabajo ni tus compañeras sentimentales.

—Papá —lo llamó, deteniéndolo antes de que saliera—. ¿Por qué nunca nos descubríais a mamá y a mí cuando comíamos galletas los sábados por la noche en la cocina?

Adán se quedó sorprendido al ver la cariñosa sonrisa que su padre le dirigió.

—Por el mismo motivo por el que no os atrapaba en el jardín del Príncipe de Anglona cuando os ocultabais tras la fuente, porque tú te lo pasabas en grande escondiéndote y creyéndote más listo que yo..., y yo disfrutaba aún más que tú al verte tan feliz —contestó—. Descansa tranquilo, hijo, mañana será otro día.

Salió al pasillo, pero al ver que el control de enfermeras estaba vacío, decidió aprovechar la oportunidad. Se dirigió a la habitación del final del pasillo. Entró en ella con sigilo y observó a la mujer que dormía en ella.

Aun con el pelo revuelto y la cara llena de cortes y magulladuras, era hermosa. Mucho. Tenía los ojos rasgados y la nariz respingona de su abuela. Y, a tenor de lo que Dolores le había contado, también adolecía de su mismo carácter orgulloso y rebelde.

Y su hijo estaba loco por ella.

Igual que Alonso lo estuvo por Pilar.

No sabía qué tenían las Borrego para volver locos a los Vega-Sombría, pero así era. Tanto nieto como abuelo habían caído en su hechizo.

Y si Adán se comportaba como el hombre que sabía que era y se quedaba con ella, se haría en cierto modo justicia.

No siempre iban a conseguir las Borrego escapar de los Vega-Sombría.



Adán entró en la habitación de Eva con paso firme y tranquilo, como si no fueran las cinco de la madrugada ni acabara de fugarse, escabulléndose por el pasillo en un despiste de la enfermera, vestido únicamente con un ridículo camisón que le dejaba el culo al aire. ¡Gracias a Dios que el policía destinado a vigilarla estaba fuera, guardando la puerta de planta! Si lo hubiera visto de esa guisa, habría tenido que soportar las bromitas de sus compañeros el resto de su vida.

Caminó despacio hasta la cama y se sentó con cuidado en la silla, ahogando un gruñido cuando su quemadura protestó por el trato que le estaba dando.

Estuvo un rato mirando a la mujer que dormía como si nada hubiera pasado. Y en realidad nada grave había pasado. La quemadura acabaría cicatrizando por sí sola, así se lo había dicho la enfermera la tarde anterior, y la había creído, pero el alivio que sentía en ese momento, al estar a su lado, era incommensurable.

Bajó la cabeza y la besó con cariño en la frente.

—¿Adán? —susurró ella, parpadeando—. ¿Qué haces aquí? ¿Te han dejado levantarte?

—En realidad, me he escapado. Necesitaba verte —murmuró, acariciándole la cara—. Tenía que decirte que te quiero. —Eva jadeó sorprendida al oírlo—. Ayer, cuando... —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza—. No podía dejar de pensar en ti, en si te había pasado algo. Sentía una angustia insoportable cada vez que preguntaba por ti y nadie me

contestaba. Fueron las peores horas de mi vida, sin saber si estabas bien.

Ella esbozó una triste sonrisa al oírlo, pero no dijo nada.

—Te quiero, Eva. No puedo vivir sin ti. Te daré todo lo que me pidas, pero no me dejes nunca —suplicó.

Ella giró la cabeza, apartando la mirada de él.

—Te quiero —repitió Adán, preocupado por su reacción—. ¿No vas a decir nada?

—Voy a fingir que no te he oído. Creo que es lo mejor —señaló después de tragar saliva.

—¿Por qué?

—Porque estás aterrado por lo que pasó ayer y no piensas lo que dices —declaró con una seguridad que no sentía—. Cuando se te pase el susto, recapacitarás y te darás cuenta de que has exagerado un pelín lo que sientes por mí —afirmó burlona—. Te asustarás por haber sido tan imprudente y darás marcha atrás, y me romperás el corazón cuando lo hagas. Así que prefiero no oírte ahora.

—No digas tonterías, Eva, sé lo que siento —gruñó él, enfadado porque lo creyera tan voluble e impresionable—. No he hablado más en serio en mi vida, Eva. Te quiero sin condiciones.

—¿Sin condiciones? ¿De verdad?

—Sin condiciones —reiteró él.

—Genial. En cuanto nos den el alta, echaremos un polvo sin condón a ver si consigo quedarme embarazada rapidito...

Adán palideció.

—No puedes pedirme eso.

—Has dicho que me darías lo que quisiera, sin condiciones.

—No puedo...

—Lo sé —lo interrumpió ella—. Y ahora también lo sabes tú —dijo, esbozando una cariñosa sonrisa—. Te quiero, Adán. —Le acarició los labios con los suyos—, y me encantaría que tú me correspondieras, pero no permitiré que me digas que me quieres sólo porque estás asustado. Necesito que lo sientas de verdad para que nunca te arrepientas. Y ahora no lo sientes.

Él asintió en silencio, comprendiendo lo que le exigía y lo bien que lo

conocía. También fue consciente de hasta qué punto ella era especial.

—No te merezco —musitó.

—Claro que no. Pero follas muy bien, así que te aceptaré como regalo de cumpleaños atrasado —replicó ella antes de besarlo.



Domingo, 29 de enero de 2017

Adán caminó alrededor del árbol mientras observaba la arena limpia que cubría el suelo y que había reemplazado aquélla en la que había caído el ácido. Luego se situó bajo la rama a la que habían atado la botella. Estaba a unos dos metros y medio, tal vez tres, del suelo. Y, tal y como le había dicho el inspector Merino esa misma mañana, era una rama demasiado delgada como para soportar el peso de una persona. Lo que significaba que el hijo de puta la había atado allí usando una escalera.

¿Cómo era posible que un tipo se hubiera subido a una escalera en mitad de la plaza sin que nadie lo viera?!

Dio una patada a una piedra del suelo, haciendo caso omiso del dolor en la espalda que el brusco movimiento le provocó.

Debía de haberlo hecho entre las dos y las cinco de la madrugada, cuando no había nadie en la calle y todos los vecinos dormían. Tampoco era inaudito que nadie hubiera visto la botella hasta la tarde, pues estaba sobre la rama, no colgada de ella. Y, además, la gente no caminaba mirando al cielo, sino al suelo. No era raro que hubiera pasado desapercibida hasta la llegada de los niños.

Dio un par de vueltas alrededor del árbol, observando toda la plaza, y luego volvió a detenerse bajo la rama. Se preguntó por enésima vez con qué tipo de bala habrían roto la botella. El estallido y el olor a pólvora anteriores a que se hiciera añicos le indicaban que había sido con un arma de fuego, pero no tenía idea de con cuál. Él tenía un arma y practicaba a menudo, y no tenía duda de que ese sonido, ese destello y ese humo no los provocaba una pistola

moderna. Y lo peor era que, cuando le había preguntado al inspector Merino, éste se había negado a comentarle nada sobre el caso. Era un grandísimo gilipollas. Aducía que estaba demasiado implicado y no pensaba con claridad, que incluso podía llegar a ser irracional. Y lo cierto era que no le faltaba razón. Si averiguaba quién era el cabrón, no dudaría un instante en romperle el cuello.

Giró sobre sus talones hasta quedar enfrentado al portal. El destello anaranjado había salido de allí, junto con una nube de humo. Y, aunque no se lo hubieran confirmado, estaba seguro de que la científica había encontrado restos de pólvora en las inmediaciones de la puerta.

Habían disparado desde allí.

¿Por qué? Había mil sitios desde los que disparar. ¿Por qué elegir el portal?

Porque se sentía cómodo y seguro en él.

Porque lo conocía y sabía dónde esconderse para no ser descubierto.

Porque desde allí tenía acceso visual a toda la plaza.

Dio un paso atrás, sobresaltado al recordar de repente el único nombre de sus múltiples listas que nunca había tenido excusas para tachar.

Quizá el agresor había elegido el portal porque ni siquiera tenía que asomarse a la puerta. Tal vez sólo se había asomado a su ventana para disparar. Incluso podría ser que sólo hubiera sacado el brazo.

Negó con brusquedad con la cabeza, ¡pensar eso era una locura! ¡No podía sospechar de nadie sólo por sufrir un momento de iluminación mística! ¡Él no era Paco, no hacía caso de estúpidas corazonadas!

Se quedó petrificado al darse cuenta de que, gracias a que Paco sí hacía caso de sus presentimientos, los niños y Eva se habían salvado de un destino horrible.

Cerró los ojos. Cuando los abrió, había tomado una decisión. Se sentó en el banco del Lector para intentar relajarse y calmar el dolor y sacó su teléfono móvil. Buscó en la agenda un número al que nunca llamaba y lo marcó.

—¿Puedes acercarte a casa? Necesito que me eches una mano.

Tres cuartos de hora después, el tiempo que se tardaba en llegar a Madrid desde Sevilla la Nueva, un taxi paró frente a la plaza. De él se bajó un anciano

de porte recio y orgulloso, que aparentaba algunos años menos de los que tenía, que eran dos más que ocho décadas. Atravesó la plaza con pasos firmes y Adán salió a su encuentro.

—El doctor te ha ordenado guardar reposo unos días. —Gonzalo miró disgustado a su hijo, que tenía la piel pálida, profundas ojeras y los labios apretados en un rictus de dolor.

—No me hace falta —replicó él—. Gracias por venir tan rápido. —Le tendió la mano. Gonzalo se la estrechó aturdido. No era propio de su hijo agradecerle nada—. Acompáñame, quiero que veas dónde ocurrió todo.

Caminó hacia el árbol y le señaló la rama en la que había estado atada la botella, luego le mostró el lugar donde había caído el ácido y, por último, dónde cayeron Eva y él.

—Os librateis por los pelos —murmuró Gonzalo, estremecido al darse cuenta de lo justo que les había ido.

—No hace falta que lo jures. ¿Sabes qué arma utilizó para romper la botella?

—Han encontrado una bola de plomo del calibre 44, sin marcas de estrías.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Adán, mirándolo confundido.

—Que están barajando la posibilidad de que usara un arma de avancarga antigua...

—¿Me estás diciendo que alguien con el trabuco de su tatarabuelo ha atado una jodida botella de ácido en un árbol bajo el que juegan los niños para reventarla con una bola plomo? —exclamó Adán asombrado.

—Más o menos, sí. Aunque no creen que fuera un trabuco, se inclinan más por una antigua pistola militar de chispa.

—Joder —siseó Adán.

—Va a ser complicado localizar el arma —apuntó Gonzalo—, en España hay miles sin licencia, tan antiguas que no hay constancia de ellas en el registro: el trabuco del tatarabuelo, la pistola del abuelo de la guerra civil, la vieja escopeta de caza del bisabuelo...

—Noté un fuerte olor a pólvora tras la detonación —murmuró Adán, repitiéndole lo que le había dicho a Merino.

—Lo sé, consta en el informe que me pasó Gómez.

—Cómo te gusta que te deban favores —masculló Adán.

—Debes reconocer que en este momento no te va a venir mal que tenga mis contactos.

Él esbozó una torcida sonrisa ante tan cierta afirmación.

—Si tuvieras que disparar a la botella con una vieja arma de poco alcance y menos puntería, ¿desde dónde lo harías? —preguntó con mirada acerada.

Gonzalo revisó la plaza desde todas las perspectivas y después fijó los ojos en el portal.

—Por el lugar en el que encontraron la bola, sabemos que dispararon desde allí. Encontraron restos de pólvora en la acera, cerca de la puerta —dijo—. Fue una buena elección, ofrece una línea limpia hasta la botella.

—También un buen escondite. Podría haberse ocultado en el portal, esperando el momento propicio —musitó Adán—. Al fin y al cabo, no creo que nuestro amigo sea tan estúpido de pasearse por la calle con una enorme pistola de avancarga.

—En el portal se arriesgaría a que lo viera algún vecino —rebató Gonzalo.

—No demasiado. —Adán bajó la voz hasta convertirla en un quedo susurro sólo audible para su padre—. Él sabe perfectamente cuándo salimos y entramos, cada paso que damos. Repetimos rutinas cada día, poniéndoselo muy fácil. —Miró a su alrededor con los ojos entornados—. Cada tarde, Eva vuelve del colegio a las cinco menos veinticinco, con Jimena y Gadea, y se sienta en el banco del Lector —lo señaló—, donde Cruz ya está esperándola. A los pocos minutos, Rodrigo sale del portal y se acerca a hablar con ella; casi a la vez sale Calix, que ocupa el banco contiguo. Yo bajo a la abuela a la capilla sobre menos cuarto y luego voy con ellos. —Se volvió hacia la tienda—. El hindú vigila a los críos desde la puerta y, si no hace mucho frío, el Ogro sale a charlar con nosotros. Mientras tanto, los niños corren por la plaza y, antes o después, acaban en este árbol, ya sea para usarlo como base cuando juegan al rescate, para atar una goma a su tronco o simplemente para sentarse en el bordillo. —Golpeó con el pie el bloque curvo de hormigón de diez centímetros de alto y otros tantos de ancho sobre el que los críos se sentaban a charlar cada tarde—. Se lo ponemos tan fácil que sólo tiene que mirar por la

ventana de su casa para comprobar que estamos todos en la plaza y los niños bajo el árbol. Luego sólo tiene que disparar la pistola de su abuelo —dijo con una calma que no sentía al recordar lo que había olvidado, la tranquila sonrisa de un hombre en mitad del caos y el miedo—. Sé quién es. Pero no puedo demostrarlo.

—¿No puedes demostrarlo? Entonces ¿cómo sabes quién es? ¿Porque te lo dice tu instinto? Eso no vale nada en un juicio.

—Lo sé. Necesito que me consigas un permiso judicial para meter un troyano en su ordenador, tal vez así obtenga alguna prueba.

Gonzalo parpadeó ante el término utilizado por su hijo. No entendía lo que quería hacer, pero sí sabía las complicaciones que tendría para conseguir ese permiso.

—Si no tienes ningún indicio, y por lo que he leído en el informe no lo hay, ningún juez te lo dará. Además, no estás de servicio, ¿recuerdas? Jamás darán un permiso a un civil.

Adán asintió, consciente de que ése sería un escollo imposible de salvar.

—No seré yo quien lo haga, sino uno de mis compañeros —accedió, la mirada fija en la ventana del bajo. Lo único importante era atrapar a ese hijo de puta, quién lo hiciera era irrelevante—. Hablaremos con Gómez y Merino —dijo, trazando un plan en su mente.

—¿«Hablaremos»? —Gonzalo miró sorprendido a su hijo. Era la segunda vez en su vida que contaba con él para algo, y la primera había sido esa misma mañana, hacía menos de media hora.

—Es preciso que Merino me escuche, y sólo lo hará si me avala alguien con el poder y la fuerza de Gómez dentro del cuerpo. Y Gómez te debe muchos favores. Necesito que me ayudes en esto —afirmó, mirándolo a los ojos.

—Haré todo lo que esté en mi mano.

—Con eso será suficiente —afirmó Adán, sorprendiendo a Gonzalo con su fe—. Hablaremos con ellos. Tenemos que conseguir que pidan...



—... un permiso judicial para instalar un troyano en el ordenador de Juan

Contreras, inquilino del bajo exterior izquierda.

—Eso no es tan fácil como lo pintas —replicó Merino, interesado muy a su pesar. A los argumentos del joven Vega-Sombría no les faltaba fundamento—. Hay que cumplir al menos uno de los requisitos, sin los cuales la ley no autoriza instalar troyanos...

—Que el delito que se investiga conlleve más de tres años de prisión, que lo cometa un grupo u organización criminal o que esté relacionado con el terrorismo —dijo Adán de corrido—. Lo sé. Y lo cumplimos. Si no hubiéramos apartado a los niños del árbol, el ácido habría caído sobre ellos —declaró, mirando a sus superiores— y había tanto ácido en la botella que los habría desfigurado o incluso matado. Hubo un delito de agresión contra menores.

—Eso sería suficiente —aceptó Gómez, tomando las riendas—. Está penado con más de tres años de prisión.

—Podrías hablar con el juez Salazar —apuntó Gonzalo—. Suele ser muy razonable.

Gómez sonrió de medio lado, como si Gonzalo acabara de hacer una broma. Una que sólo entendían ellos dos. Ellos dos, y el juez Salazar.



Sábado, 11 de febrero 2017

—Una puta bomba de aluminio —murmuró Cruz atónito—. ¿Cómo lo supiste?

Adán observó a los amigos de Eva, dudando sobre cuánto contar. Estaba en el comedor, rodeado, o tal vez debería decir «asediado», por Cruz, Gala y Vicenta. Lo habían pillado in fraganti cuando había bajado a verla y ahora no veía la manera de escapar a su interrogatorio. En su descargo sólo podía decir que, tras pasar dos días frenéticos, cuando por fin había terminado todo sólo había pensado en lo mucho que necesitaba ver a su chica.

Ni se le había pasado por la cabeza pensar que era sábado y que justo ese

día Eva y sus amigas comían juntas. Simplemente había tocado el timbre y, cuando ella había abierto, la había besado con ganas, empujándola hacia el dormitorio para hacerle el amor, con más ganas aún. Pero antes de llegar allí lo habían rodeado, y un segundo después estaba en el comedor, a punto de contar una historia que no debería contar.

—El Mudo lleva desde principios de mes bajo vigilancia —confesó, irguiéndose para no tocar el respaldo del sofá, pues aún le dolía la quemadura—. Le instalamos un troyano en el ordenador, y el compañero que lo vigilaba me contó que llevaba toda la semana buscando por internet cómo hacer una bomba —señaló—. Así que, cuando lo vi aparecer en la plaza agitando una botella de refresco que contenía un líquido amarillo y bolas de papel de aluminio, imaginé qué era lo que se traía entre manos.

—¿Se puede hacer una bomba con papel de aluminio? —exclamó Gala perpleja.

—Si lo mezclas con ácido muriático, sí.

—Y ¿de dónde narices pudo sacar ese ácido? —gimió Eva, estremeciéndose al oír esa palabra.

—De cualquier droguería o supermercado. Es sulfamán y se usa como limpiador —explicó Adán, abrazándola para acercarla a él.

A pesar de la serenidad con la que hablaba, lo cierto era que se había llevado un susto tremendo al salir del portal y ver al Mudo sacudiendo la botella con disimulo a su espalda mientras caminaba. Había pasado frente al banco del Lector, donde Eva y las niñas hablaban con Cruz, los había saludado, dejado con disimulo la botella en la papelera cercana al banco y seguido su camino.

Y él no lo había pensado dos veces. Había echado a correr por instinto, sin importarle seguir una corazonada sin pruebas.

Y había acertado.

Había agarrado la botella cuando ésta empezaba a deformarse y se había alejado con ella unos metros para luego lanzarla lejos, a la esquina del edificio. Un instante después, el líquido de la botella se había tornado en un denso humo blanquecino, transformándola hasta hacerle perder toda forma para luego reventar con un fuerte estallido.

Había sido una suerte que las bombas de aluminio tuvieran poca potencia destructiva y un alcance muy limitado. Pero, aun así, podían producir graves quemaduras con sus salpicaduras e intoxicar a quien inhalara el vapor tóxico que soltaban, además del daño que causaban con la explosión, más aún si, como ésa, contenían metralla en forma de balines.

—¿Por qué no lo detuvisteis antes si sospechabais de él? —dijo Gala enfadada.

—Porque todo lo que teníamos eran pruebas circunstanciales, poco más que humo, a todas luces insuficientes para acusar a nadie de nada.

Tras instalar el troyano, habían rastreado el historial de internet y encontrado las compras de docenas de kilos de casquería a distintas empresas, hámsteres congelados y liendres, algo que los sorprendió en la misma medida que los divirtió, al menos hasta que vieron que las últimas compras consistían en canarios, gatitos, cobayas, conejos y cualquier animal barato y pequeño que no hiciera mucho ruido.

Pero todo eso no significaba nada, no podían pedir una orden de registro ni detener a nadie sólo por comprar animales. La ley no le prohibía a nadie convertir su casa en un zoo. Necesitaban algo más, y no lo habían tenido hasta que había aparecido con la bomba de aluminio.

—Entiendo que no pudierais detenerlo —aceptó Gala—, pero ¿por qué no nos advertiste de que sospechabas de él? Mis hijas han corrido peligro y yo no tenía ni idea —lo acusó.

—No podía correr el riesgo de que se lo dijerais a alguien y este alguien a otro alguien, hasta que él acabara enterándose. Todo se habría ido a la mierda.

—¿Y ¿a quién se lo íbamos a decir?! —exclamó enfadada.

—A tus hijas, para que no se acercaran a él —replicó Adán. Gala negó con la cabeza—. Sí, lo habrías hecho. No habrías entrado en detalles, pero les habrías ordenado que no se acercaran a él, y ellas se lo habrían comentado a sus amigos, y éstos a sus padres, y en menos de veinticuatro horas él estaría enterado.

Gala empezó a negar con la cabeza para, de repente, parar y asentir despacio.

—Lo que no entiendo —intervino Vicenta— es cómo, con el cuidado que

ha tenido siempre para que no lo pillaran, se le ocurrió aparecer en la plaza con eso en la mano.

—¡Y montar la escena que montó luego! —exclamó Cruz, recordando el enfado del Mudo mientras acusaba a Adán de interferir en un asunto de justicia divina para luego culparlos a ellos por ser unos vecinos pésimos que le habían amargado la vida.

—Está desequilibrado —siseó Gala.

—No. Está enfermo —afirmó Adán—. Sufre un trastorno de personalidad antisocial. O, lo que viene a ser lo mismo, es un sociópata —explicó, sin querer entrar en muchos detalles.

Tendría pesadillas por culpa de las fotografías que Merino le había enseñado cuando había ido a la comisaria a declarar.

El Mudo tenía la casa llena de animales destripados, algunos incluso desollados.

—¿Es cierto lo que dicen? —murmuró Gala—. Que su casa era peor que un matadero...

Adán asintió con la cabeza.

—Por eso ya no nos abría la puerta ni nos dejaba entrar a hacerle encargos de fiambre —dijo Vicenta, atando cabos—. Quién lo iba a decir..., con lo cuerdo que parecía.

—Las apariencias engañan —masculló Adán.

Cruz, Gala y Vicenta continuaron hablando un rato más, hasta que se dieron cuenta de que Adán se mantenía en un meditabundo silencio, momento en el que se despidieron y abandonaron el piso.

—¿En qué piensas? —le preguntó Eva, jugando con su pelo.

—En Paco.

Ella lo miró sorprendida. Esa respuesta era la última que había esperado.

—Se quemó las manos quitándome la chaqueta —susurró Adán con reverencia. Si su quemadura no había sido peor era gracias a la rápida reacción del jefe de Eva.

—Ya las tiene casi curadas.

—Te salvó del ácido.

—Creo recordar que fuiste tú quien se me tiró encima —replicó ella.

—Sólo porque él comenzó a gritar como un loco y consiguió asustarme. Antes de eso, no le había hecho ningún caso a pesar de lo alterado que se mostraba.

—Es normal. Paco a veces puede ser un poco... extraño.

—¿Cómo sabía lo que iba a pasar?

—No lo sé. —Le besó con cariño la sien—. A mí también me advirtió de que teníamos el demonio viviendo en el edificio y lo ignoré. Imagino que es como cuando dice que me va a hacer una visita astral. Nunca le hago mucho caso, a pesar de que más de una vez me lo he encontrado en sueños.

—Yo también —masculló Adán, mirándola—. Pensé que era el único.

—En absoluto; también les pasa a varios compañeros de trabajo, a mi madre, e incluso a mi abuela... Ella me decía durante sus últimos días que la aliviaba verlo en sus sueños porque le contaba lo bonito que era el cielo y lo feliz que iba a ser allí.

—Es un hombre muy peculiar, tu jefe.

—No lo pongo en duda.

—Y creo que he aprendido algo muy importante de él.

—¿A hacer cócteles afrodisíacos? —bromeó ella.

—Además de eso —le siguió la broma—. He aprendido que no es malo dejarse guiar por el instinto y hacer caso de lo que nos dicta el corazón —musitó, fijando los ojos en ella.

—Ni se te ocurra decírmelo si no estás completamente seguro de ello —le advirtió Eva, frenando sus palabras.

Adán asintió y luego la besó. Fue un beso apasionado e intenso con el que le dijo sin palabras algo de lo que creía estar completamente seguro.

Sólo le faltaba eliminar ese «creía» de la frase para poder verbalizarlo.

19

«La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida...»[14] Así reza la canción de Rubén Blades, y no puedo estar más de acuerdo con él. ¿Quién me iba a decir a mí hace un año o dos o diez que acabaría compartiendo mi vida con un hombre? Y, además, no con un hombre cualquiera, sino con el nieto de mi enemiga acérrima.

O, mejor dicho, de mi exenemiga acérrima.

Porque ya no somos enemigas. Es complicado serlo cuando las dos estamos empeñadas en hacer feliz a Adán.

Además —esto os lo cuento en secreto, así que, por favor, que no salga de aquí—, lo cierto es que Lola me cae bastante bien. Es una mujer agradable (cuando no se empeña en ser una bruja), con una lengua afilada (aunque no tanto como la mía) y posee una inteligencia artera que hace las delicias de su oponente (ésa, por supuesto, soy yo).

Se puede decir que no nos aburrimos cuando estamos juntas. Y lo estamos a diario.

¡No! No penséis que ahora vivo con Adán en casa de Dolores.

¡Ni por asomo! Lola tiene un oído muy fino y yo soy un pelín escandalosa cuando hago el amor, sobre todo si Adán se esfuerza, algo que hace siempre. Además, grito cuando me corro.

Así que yo vivo en mi casa, Lola en la suya y Adán en la de las dos. Aunque en honor a la verdad tengo que decir que pasa más tiempo en la mía que en la de su abuela. Ya sabéis el dicho: tiran más dos tetas que dos carretas.

Cenamos cada noche con su abuela, y los sábados, con la excusa de que tengan unas horas exclusivas para su relación nieto-abuela, los dejo solos y me escaqueo para comer con mis amigas. Porque, seamos sinceras, a las mujeres —Cruz, por supuesto, cuenta como una más de nosotras— nos gusta hablar de nuestros chicos cuando nos juntamos. Y para eso necesitamos que nuestros hombres no estén. Porque si están no podemos ponerlos verdes. Y eso es algo imprescindible para la buena salud de nuestras relaciones.

¡Hay que liberar estrés y mala baba! ¿O no estáis de acuerdo?

Ya me parecía a mí.

Como iba diciendo antes de irme por los cerros de Úbeda, mi vida ha cambiado muchísimo. La comparto con un hombre del que estoy locamente enamorada y, aunque a veces me acuerdo de aquel sueño que no pude realizar y siento que la tristeza me aprieta el corazón impidiéndolo latir, pronto se me pasa y me doy cuenta de que hice bien en seguir mi instinto y dejar a un lado mi sueño para caminar de la mano del amor de mi vida.

★ ★ ★

Jueves, 7 de septiembre de 2017

—¡Spiderman está en el bando de Iron Man! —exclamó Eva, dando un bote en el sillón.

—Qué maravilla, no quepo en mí de gozo —dijo Adán con evidente ironía.

Eva le dedicó una mirada inquisitiva antes de volver a fijar la vista en el televisor.

Él exhaló un exagerado suspiro y luego bostezó de manera aún más exagerada.

—Son más de las once, ¿nos vamos a la cama?

—Ant-Man se ha convertido en un gigante —señaló ella, obviando su pregunta—. ¡Ya verás cuando se caiga!

—Ya lo he visto caerse unas diez veces; vez arriba, vez abajo —masculló

Adán. Era la enésima vez que veían esa película, se la sabía de memoria.

—¿Por qué no te vas a la cama y me esperas allí? Voy enseguida —dijo Eva, tratando de quitárselo de encima.

—Porque me aburro si estoy solo en la cama.

—Hazte una paja, verás cómo así te entretienes —señaló burlona.

—Estupendo, ahora me toca satisfacerme solo. ¡La noche mejora por momentos!

Eva esperó a que continuara quejándose y, al ver que no lo hacía, se volvió para mirarlo.

Estaba sentado junto a ella, observándola con una rara expresión que últimamente veía mucho en él. Era una mirada intensa pero a la vez abstraída, como si estuviera absorto en algo que fuera de vital importancia desentrañar.

—¿Qué estás pensando? —susurró.

Él parpadeó como si lo hubiera arrancado de sus pensamientos y esbozó una ladina sonrisa.

—Que me aburro.

—Pues cómprate un burro —replicó ella, volviendo la vista de nuevo a la tele.

De repente sintió la mano de él acariciándole las piernas.

—Estate quieto —lo regañó, apartándosela.

—¿Por qué? Para ver la tele sólo te hacen falta los ojos, el resto del cuerpo no lo necesitas para nada —musitó él, separándole las piernas para luego dejarse caer al suelo.

—¿Qué haces?

—Entretenerme. Tú sigue a lo tuyo —susurró.

Se arrodilló entre sus muslos y, tras separárselos un poco más, comenzó a pasar el pulgar por la entrepierna de las braguitas.

—Así no puedo ver la película —protestó ella, arqueando la espalda ante el erótico roce.

—Claro que sí, tú concéntrate en la tele, que yo me concentraré en pasármelo bien.

Frotó la yema del pulgar contra la vulva y sonrió al ver que la tela se humedecía. Subió despacio, hasta dar con un pequeño y duro bulto. Lo

acarició.

Eva gimió, alzando las caderas.

—Vaya, ¿eso era el clítoris? Lo siento, no pretendía distraerte —susurró Adán sin dejar de trazar suaves círculos sobre el endurecido botón.

—Eres un capullo —jadeó Eva, agarrándose con fuerza a un cojín.

Adán, por toda respuesta, le recorrió el sexo con el índice, tentando malicioso la entrada de la vagina sin apartar las braguitas. Continuó torturándola hasta que la sintió temblar bajo sus dedos, y en ese momento le agarró las piernas y tiró, dejándola al borde del asiento. Luego le quitó las bragas y se dio un festín mientras la penetraba con dos dedos.

—¿Ha acabado ya? —le preguntó un rato después.

Eva lo miró confusa. Por supuesto que había acabado ya. Joder, aún estaba temblando por culpa del demoledor orgasmo.

—¿Quién ha ganado? —volvió a preguntarle él al ver que no contestaba.

—¿Cómo que quién ha ganado? —masculló confusa.

—¿El Capitán América o Iron Man?

Eva abrió unos ojos como platos y miró la tele, en la que estaban saliendo los créditos finales. ¡Se había perdido el final de su película favorita!

—Eres un...

No llegó a acabar la frase. O sí. Sí la acabó. Con un grito alborozado. Porque él acababa de tomarla en brazos cual amante fogoso y deseoso de hacerle el amor, a ser posible en un lugar cómodo, como por ejemplo un mullido colchón

Atravesó el pasillo con ella muerta de la risa y la tiró —con delicadeza, por supuesto— en la cama. Se desvistió con rapidez, pese a las protestas de Eva por no poder disfrutar del estriptis, y se tumbó con ella. Pero no hizo nada, excepto mirarla. No la besó ni la acarició ni se puso sobre ella para entrar en materia. Simplemente se quedó mirándola abstraído. Otra vez.

—Adán, ¿pasa algo? —murmuró preocupada.

—No, claro que no. —Sacudió la cabeza como si acabara de despertar de un sueño.

Se inclinó sobre ella y la besó. Como si no hubiera un mañana. Como si todo pudiera acabarse en el mismo instante en que se separaran. Como si su

aliento fuera el aire que necesitaba para respirar.

Deslizó las manos por su piel, aprendiendo cada valle de su cuerpo. Se demoró en sus pechos y su vientre antes de continuar viaje por sus piernas, para luego hundir las manos entre sus muslos y acariciar ese lugar cálido y mojado en el que se moría por entrar.

Continuó besándola cuando se colocó sobre ella, separándole las piernas con una de las suyas. También cuando la penetró poco a poco, casi con reverencia, hasta estar por completo en su interior. Comenzó a moverse despacio mientras volvía a mirarla de esa extraña manera.

—¿Sabes qué día es hoy? —musitó, sus ojos fijos en los de ella.

—7 de septiembre. —Eva lo miró preocupada; cada vez se comportaba más raro.

—No. Ya son más de las doce. Hoy es 8 de septiembre —dijo él, como si ésa fuera la fecha más importante del mundo.

—Ah..., qué bien —murmuró Eva sin saber qué decir.

—Hoy hace un año que bajé a esta casa a reclamarte que dejarás de meter cosas en el buzón de mi abuela.

—¿Sí? —Eva lo miró sorprendida—. No tenía ni idea. Sabía que había sido en septiembre, pero de la fecha ni me acordaba.

—Yo sí. Fue el día que me cambiaste la vida —susurró él, inmóvil sobre ella, dentro de ella, alrededor de ella—. Llamé al timbre y apareciste tú, con tu moño imposible, tus pies descalzos y una camiseta en la que ponía que tu fantasía textual era que te comiera y punto. Y yo deseé comerte. Y punto. —Eva sonrió y él continuó hablando—: Ese día comencé a enamorarme de ti. Te me metiste dentro con tus bromas, tus desafíos, tus pullas. Con tu sinceridad aplastante y tu lealtad infinita. Con tu paciencia y tu fuerza. Dios santo, Eva, no sé qué haría sin ti. Eres toda mi vida. Te quiero.

Ella lo miró petrificada. No había esperado eso. Ni siquiera en sueños lo había imaginado. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿No vas a decir nada? —le reclamó Adán, esbozando una sonrisa.

Ella negó con la cabeza, apretando los labios para no echarse a llorar como una idiota.

—Te quiero —repitió él—. Tanto, que me muero cuando no te tengo y

revivo cuando vuelves a estar a mi lado.

Comenzó a mecerse sobre ella, haciéndole el amor despacio mientras las lágrimas le corrían por la cara. Se las limpió a besos.

—Pensé que no me lo dirías nunca —hipó Eva, recuperando poco a poco la serenidad, también la excitación.

—Lo sé, y me odio por eso —murmuró él, saliendo de ella para después volver a hundirse hasta la empuñadura.

—Cuando acabemos de hacer el amor, te voy a dar un par de sartenazos para que aprendas a no hacerme sufrir —gimió ella, agarrándole el culo para que se moviera con más brío.

—Tú sabrás —la retó—. Si me dejas tonto no podré hacerte el amor como te gusta.

—Deja de hablar y muévete —lo exhortó ella.

Y Adán, como el buen chico que era, obedeció con celeridad y complacencia. Hasta que ella gritó, síntoma inequívoco de que no lo había hecho nada mal. Casi al instante, como no podía ser de otra manera, gritó él.

—Ah, por cierto, se me ha olvidado comentarte que tenemos que casarnos —musitó él, apoyándose en los codos para no aplastarla.

—¿«Tenemos»? —inquirió Eva con los ojos entornados.

—Sí, eso dice mi abuela. Tengo que hacer de ti una mujer decente, sólo así dejará de darme la tabarra.

—Así que vas a casarte conmigo sólo por no oír a tu abuela.

—En realidad, no —dijo con un peligroso brillo en la mirada—. La verdad es que, aunque no lo parezca, soy un tipo bastante anticuado para ciertos asuntos, y no me hace ninguna gracia que mi hijo nazca fuera del matrimonio.

Eva lo miró pasmada.

—¿Qué...? —Se interrumpió para tomar aire e intentó hablar de nuevo—: ¿Qué quieres decir con eso?

—Que me encantaría ser el padre de tus hijos, si a ti te parece bien, claro.

En esta ocasión, ella rompió a llorar sin contenerse.

—¿Eso es un «sí»? —murmuró Adán, abrazándola.

Ella asintió con la cabeza. Repetidas veces. Sólo por si no le había

quedado claro.

—Menos mal. —Él esbozó una enorme y pícara sonrisa que disparó todas las alarmas de Eva.

Entrecerró los ojos recelosa.

Él curvó aún más los labios y se levantó despacio, saliendo de ella para tumbarse a su lado en la cama.

Eva abrió unos ojos como platos al sentir que un líquido denso salía de su interior, manchándole el trasero y la cama.

—No te has puesto condón... —jadeó perpleja.

—Difícilmente vamos a ser padres si pongo barreras, ¿no crees?

—Pero... hay que planificarlo —dijo nerviosa—. Tengo que buscar un trabajo de día y...

—No quiero que renuncies al ConSumo Placer ni busques otro trabajo, Eva. No será necesario —dijo, sus ojos fijos en los de ella—. No estarás sola en esto, seremos dos. Por siempre —afirmó abrazándola.

Y Eva, por tercera vez en esa noche, rompió a llorar escondida entre sus brazos.



Martes, 27 de marzo de 2018

—No te lo vas a creer —exclamó Adán, entrando en casa—. Mi padre y su mujer van a pasar un fin de semana romántico en París, como si fueran una parejita de recién casados.

—En realidad, lo son: sólo llevan un año casados —replicó ella desde el comedor.

—¿Y qué? No creo que mi padre tenga muchas fuerzas para... ser romántico. ¡Los ochenta ya no los cumple! —gimió, entrando en el dormitorio para quitarse la ropa.

—Llevará una maleta de pastillitas azules...

Se hizo el silencio en la casa durante unos segundos y, de repente, Adán

entró en el comedor, descalzo y con la camisa y el cinturón desabrochados.

—¿Crees que mi padre toma Viagra? —musitó.

—Va a cumplir ochenta y cuatro años —dijo ella por toda respuesta, volviéndose hacia él.

Adán no pudo evitar sonreír al ver que llevaba una camiseta nueva. No había nada que le gustara más a su mujer que las camisetas con lemas. Tenía cientos.

—Aun así —replicó, leyendo la frase que rezaba la camiseta—. No tienen por qué... —Se calló de repente, palideciendo.

—Adán... ¿Estás bien? —murmuró Eva preocupada al ver que él no reaccionaba.

—No lo sé. Sí. Creo que sí. Estoy bien —farfulló—. Me siento... feliz. Muy feliz. Aterrada y horrorizadamente feliz —dijo, leyendo otra vez el lema de la camiseta, sólo por si se había equivocado. Pero no. Seguía poniendo lo mismo: ESTA CHICA VA A SER MAMÁ. Caminó hacia ella—. ¿Cuánto tiempo tengo para asimilarlo? —susurró abrazándola.

—Algo más de siete meses. —Lo rodeó con los brazos, envolviéndolo en la seguridad que necesitaba.

—Aún no se te nota —susurró él reverente, acariciándole la tripita.

—Es muy pronto para eso —replicó divertida.

Adán la miró como si fuera el regalo máspreciado de todos y se dejó caer de rodillas en el suelo para, acto seguido, levantarle la camiseta y besar su vientre liso.

—Dios santo, Eva, no te puedes hacer una idea de cuánto te quiero...

★ ★ ★

Viernes, 2 de noviembre de 2018

—Su mujer y su hijo están bien, pero han surgido complicaciones y vamos a tener que realizar una cesárea de urgencia —le explicó la ginecóloga a Adán, que estaba junto a la puerta del paritorio, justo donde le habían

ordenado que permaneciese diez minutos atrás, cuando todo empezó a complicarse, para que no los molestara—. Vaya a la sala de espera, por favor, lo llamarán en cuanto todo esté estabilizado.

Él la observó confundido antes de volver la mirada hacia la extraña camilla con estribos en la que estaba su mujer.

—Soy policía, no puede echarme —murmuró aturdido.

—Ni siquiera la policía puede entrar en quirófano —dijo la mujer, esbozando una comprensiva sonrisa—. No se preocupe, su esposa y su hijo están en las mejores manos. Por favor, tiene que regresar a la sala de espera —añadió con voz firme, empujándolo—. Aquí sólo molesta, y eso perjudica a su mujer.

Adán asintió despacio antes de salir. Pero no se fue. Se quedó frente a la puerta, mirando por las ventanas redondas mientras cambiaban a su mujer de camilla para llevarla a quirófano.

—Por favor, acompáñeme a la sala de espera —le reclamó una enfermera, saliendo del paritorio.

Él la acompañó con docilidad, casi como si estuviera dormido, y cuando la puerta de la sala de espera se cerró a su espalda, sintió que su corazón dejaba de latir.

—¿Adán? —oyó que decía una voz conocida junto a él. Se volvió—. Me ha llamado tu abuela, avisándome de que estabais... ¿Qué te pasa, hijo? —murmuró preocupado Gonzalo al ver la expresión de su cara.

—El parto se ha complicado —musitó él sin apenas voz—. Me han echado porque van a hacerle una cesárea —declaró como un autómata.

—No te preocupes, los médicos saben lo que se hacen.

—Los he oído decir que el niño estaba sufriendo —dijo con lágrimas en los ojos—. Que había sufrimiento fetal, y Eva...

—Tranquilo, Adán. —Le pasó un brazo por el hombro, llevándolo a unos asientos libres apartados del resto de la gente—. Enjúgate esas lágrimas, los hombres no lloran.

—No sé qué les va a pasar... Eva...

—No les va a pasar nada, ya lo verás —lo interrumpió Gonzalo, mirando a su alrededor—. ¿Dónde están vuestros amigos? El mariquita, la loca del

pelo azul y la morena. —Ellos sabrían qué hacer para animar y tranquilizar a su hijo.

—El bebé se ha adelantado un par de semanas —musitó Adán—. No lo esperábamos, así que se han ido de puente. Cruz está en Málaga, Vicenta en Benidorm y Gala de luna de miel.

—Estupendo —masculló Gonzalo disgustado. A él no se le daban bien esas cosas. Consolar e infundir ánimos era cosa de mujeres, no de hombres. Y no lo había hecho en su vida. Pero siempre había una primera vez para todo—. Tú también le diste un parto complicado a tu madre —comentó. Adán lo miró parpadeando—. Te pasaste todo el embarazo con la cabeza orientada a su pelvis, dándole las pataditas suficientes para hacerte notar pero sin molestarle demasiado y, en definitiva, portándote como un angelito. Y, de repente, tres días antes del parto pegaste un salto mortal y te colocaste de culo. No pudiste ser más inoportuno. A tu madre le costó Dios y ayuda sacarte. Y antes no había las modernidades de ahora, así que, si tú conseguiste salir, tu hijo no va a ser menos. Y, teniendo los padres que tiene, dudo que se quede tranquilito sin dar guerra.

Adán parpadeó perplejo. ¿Estaba tratando de animarlo o de hundirlo en la miseria?

—¿Cómo tenéis pensado llamarlo? —dijo Gonzalo, decidido a seguir hablando de estupideces si con eso distraía un poco a su hijo.

—No lo hemos decidido. Eva quiere llamarlo Abel o Caín, pero yo me niego.

—¿Por qué?

Adán miró a su padre como si éste fuera tonto.

—Porque yo me llamo Adán y ella, Eva. No podemos llamar a nuestro hijo Abel o Caín.

—Visto así, tienes razón.

—No hay otra manera de verlo.

—¡Por supuesto que no! —estalló Gonzalo, atrapando la oportunidad al vuelo. Puede que no fuera bueno consolando a nadie, pero sabía exactamente cómo hacer que su hijo se distrajera de sus preocupaciones—. Tienes que dejar de ser tan blandengue e imponerte, Adán, demostrarle quién manda. No

puedes permitir que lo llame así. Bastante desgracia tenemos con que nuestro heredero vaya a tener de segundo apellido Borrego como para, encima, llamarlo igual que el hijo díscolo que desafió a Dios. ¡Ver para creer! Caín Vega-Sombría Borrego, ¡hasta suena a pitorreo!

—¡¿Cómo te atreves?! ¡Lo llamaremos como nos dé la gana, es nuestro hijo! —replicó Adán revolviéndose, al oírlo hablar así.

Gonzalo sonrió. Discutir y hacerle perder los nervios se le daba muchísimo mejor que consolarlo.



—La doctora dice que están bien los dos —exclamó Adán un buen rato después, tras haber hablado con la ginecóloga en la puerta de la sala de espera—. Eva está en reanimación, tardarán un par de horas en subirla a planta. Mi hijo está en la *nursery*... —dijo emocionado—. Ven a verlo.

—Eso no lo dudes —declaró Gonzalo, palmeándole la espalda.

Después del ratito que había pasado distrayéndolo y, al final también animándolo y consolándolo, no pensaba esperar un segundo más para ver a su nieto. ¡Se lo había ganado con creces!



—Es ese morenito. —Gonzalo señaló una de las cunas que había tras el cristal—. Es igualito a ti.

Adán arqueó una ceja dudoso, pues no le veía el parecido por ninguna parte. Entró en la *nursery* y un instante después una enfermera le ponía en los brazos el bebé morenito que su padre había señalado.



Eva observó embelesada a su marido y a su hijo. Estaban junto a la cama, sentados en una de las incómodas butacas azules del hospital, mientras ella tomaba su primera comida sólida en dos días. Adán acunaba al bebé entre sus

brazos al tiempo que tarareaba una antigua nana. Estaba totalmente absorto en él; le acariciaba las manitas, contándole los deditos una y otra vez para después inclinarse y acariciarle la frente con los labios, como si no pudiera dejar de tocarlo.

Eva sonrió maravillada; ¿cómo había podido ser tan tonto de pensar, siquiera una vez, que no iba a ser un padre maravilloso?



Martes, 25 de diciembre de 2018

—Vaya bisnieto tan guapo tengo —murmuró Dolores, haciéndole carantoñas al bebé—. El más guapo de todos, ¿a que sí?! Y mira qué chiquititos tiene los deditos, y las uñitas, y los piececitos. Es todo chiquitito, chiquitito, como él.

—¿Quieres que te ponga un babero, yaya? —le preguntó Adán con evidente guasa.

—A ver si te voy a dar un bastonazo —masculló Dolores antes de volver a mirar a su bisnieto—. Y tu papá es un tontorrón, ¿a que sí, mi cosita bonita?

—Y, hablando de papás tontorrones, ¿qué tal se porta Adán? —inquirió Cruz con sorna—. ¿Cambia pañales o es de los que se escaquean?

—Cambio pañales —afirmó él muy digno.

—Y vomita cuando están cagados —apuntó Eva.

—Sólo cuando apestan. Y no vomito, sólo me dan arcadas.

—Y ¿cuándo le vais a dar una hermanita a Diego?

—Nunca —sentenció Adán.

—En cuanto pasen dos años y mi ginecóloga me deje —dijo Eva, hablando a la vez que su marido.

Él se volvió despacio hasta encararla.

—No vamos a tener más bebés.

—Ya lo veremos.

—No, no lo veremos —replicó él.

—Se admiten apuestas —comentó Vicenta burlona.

—Mi bisnieto y yo apostamos diez euros a que habrá una hermanita —dijo Dolores, sorprendiéndolos a todos—. ¿A que sí, mi vida? Una hermanita pequeñita para que puedas jugar con ella y cuidarla y hacerla rabiar...



Miércoles, 7 de julio de 2021

—No vamos a llamarla Fermina —protestó Adán, sujetando la mano de su mujer.

—¡Soy su madre y quiero que se llame Fermina! —gritó Eva.

—Y yo soy su padre y no voy a permitir que la llames así —gimió Adán al sentir cómo su mujer le espachurraba la mano. ¡Qué fuerza tenía, la condenada!

—¡Soy yo quien la está pariendo! —aulló ella.

—Y yo quien se va a quedar sin dedos —replicó Adán—. Además, ni siquiera te habías planteado ese nombre hasta que te has puesto de parto hace media hora.

—Porque no me acordaba de que hoy era San Fermín —jadeó Eva cuando la contracción comenzó a decaer.

—Habíamos decidido llamarla Natalia, ¿recuerdas? Es un nombre muy bonito —argumentó él, aprovechando que la contracción había pasado y volvía a mostrarse razonable.

Ese parto estaba siendo todo lo contrario del anterior. Eva se había sentido mal a las dos de la tarde, a las tres habían llegado al hospital y, según les habían dicho, estaba dilatada por completo, por lo que no daba tiempo a que la epidural hiciera efecto y, por tanto, no se la pusieron. Algo que a ella no le hizo ni pizca de gracia.

—Ya asoma —dijo la matrona.

Adán, conteniendo la respiración, se inclinó un poco para poder ver qué era exactamente lo que asomaba. Un instante después, Eva le apretó con fuerza

la mano a la vez que la matrona le ordenaba empujar.

Una cabecita cubierta de grasa blanca salió de repente de entre las piernas de su mujer; un segundo después, la matrona tiraba de la niña, sacándola del todo, para ponerla sobre el pecho de su madre.

Adán no pudo hacer otra cosa más que dar un paso atrás, tan mareado como emocionado.

—Vaya poli más «tierno» has resultado ser —comentó burlona la ginecóloga, la misma que lo había echado del paritorio tres años atrás y a la que había intentado asustar con su placa—. ¿Quieres coger a tu hija?

Adán asintió sonriendo a la vez que extendía los brazos.

Epílogo

Estoy seguro de que estáis esperando a que salga Eva y os suelte alguno de sus discursos... Pues lo siento mucho, pero ahora me toca a mí. Como dicen los famosos que tanto le gustan a mi abuela, «éste es mi momento».

¿Qué os puedo contar?

Eva sigue trabajando en el ConSumo Placer y Paco sigue abasteciéndonos de sus bebedizos y aceites (para gran disfrute nuestro, no vamos a negarlo).

Mi abuela superó su enfermedad y, cumpliendo el dicho de «a la vejez, viruelas», está disfrutando de la vida más que nunca, es feliz como una perdiz con sus dos nietos y, por supuesto, sigue chinchando a Eva —y Eva a ella— en cuanto tiene la más mínima oportunidad.

Mi padre se casó y, aunque todavía me cuesta creerlo, su esposa —maravillosa, paciente y cariñosa mujer— ha suavizado un poco su carácter. No demasiado, tampoco voy a engañaros, pero entre ella y Eva han conseguido que él y yo hablemos por teléfono con cierta asiduidad, y hasta que nos veamos media docena de veces al año sin discutir (o, en todo caso, sin discutir demasiado, lo cual ya es un logro).

¿Qué más puedo contaros...?

Cruz y Bruno se casaron en la Casa de la Panadería, asistió toda la familia de Bruno y también el «trío calavera» (sí, me refiero a Eva, a Gala y a Vicenta, quienes, por cierto, lloraron como unas Magdalenas de la emoción, igual que Cruz). ¡Poco les faltó para inundar la plaza Mayor!

En 2017, Gala se vio inmersa en una conspiración maternofilial que tuvo como resultado un cambio radical en su vida. Ya no quiere cortarles los

huevos a los hombres. Bueno, en realidad, ya no se los quiere cortar a uno en concreto. ¿A quién? No os lo pienso decir. Soy así de cabrito.

Y, en cuanto a mí, sólo puedo deciros que sigo siendo policía, que gozo de una estupenda y maravillosa vida sexual, que estoy total y absolutamente enamorado de mi mujer, que mis hijos son lo que más quiero en el mundo y que soy tan feliz que a veces no me lo creo.

Por cierto, según Eva, he resultado ser un padre muy blandito.



Jueves, 7 de julio de 2022

—No sé cómo me has convencido para ponerme esto —masculló Gonzalo, estirando la camiseta que llevaba para leer la frase escrita en ella: HAY QUE SER UN TÍO DURO PARA SER UN BUEN ABUELO.

—Porque es el cumpleaños de tu nieta, lo van a celebrar con una fiesta de camisetas y no queremos desentonar —replicó su mujer con santa paciencia.

—Lo hacen por fastidiarme, lo sé —masculló él, observando lo que ponía en la camiseta que había escogido su nuera para su mujer. Estaba seguro de que su lema tenía un doble sentido dirigido a él: SI LA ABUELA NO PUEDE ARREGLARLO, NADIE PUEDE.

—No seas tan gruñón y vamos —dijo, tocando el timbre de la casa de Dolores.

Cuando ésta abrió, Gonzalo comprobó perplejo que también llevaba una camiseta; en ella decía: ¡SI MAMÁ TE DICE «NO», PÍDESELO A LA BISABUELA!

¡Su nuera no tenía vergüenza, ¿cómo osaba obligar a Dolores a llevar eso?!

—¿Te gusta? La he elegido yo —dijo orgullosa—. Deberías haber visto la cara de Eva cuando la vio. No se me olvidará en la vida —afirmó malévolamente, guiándolos al comedor.

—¡Abuelo, aparta, que te pillo! —gritó su nieto, circulando a toda velocidad con un triciclo por el pasillo. Su camiseta rezaba: FUTURO PILOTO

DE FÓRMULA 1 EN PRÁCTICAS.

Tras él corría su alterado padre.

A Gonzalo le dio tiempo a meterse en el cuarto de baño antes de que el niño le pasara por encima y Adán chocara con él en sus prisas por detenerlo.

—¡Diego! ¿Qué te ha dicho mamá sobre hacer carreras en casa? —gruñó Adán, atrapándolo antes de que se estrellara contra la puerta.

—Que no se puede —murmuró el niño, bajando la mirada—. Pero se lo he preguntado a la bisabuela y me ha dicho que sí.

—¡Abuela! ¡No puedes dejarlo hacer todo lo que quiere sólo por llevarle la contraria a Eva! —la acusó Adán. Dolores se encogió de hombros, sonriendo maliciosa—. Papá, habla con ella, a ver si puedes hacerle entrar en razón —suplicó—. ¡Me van a volver loco entre las dos!

—Cariño —Eva salió del comedor con la pequeña Natalia en brazos, llorando—, toda tuya —dijo tendiéndosela. La camiseta de la niña rezaba: SI LLORO, DEVUÉLVEME A MI PAPÁ.

En el mismo momento que cogió a su hija, ésta cesó su llanto, convirtiéndolo en un tierno puchero. Adán sonrió orgulloso y miró desafiante a su mujer.

—¿Algún problema, Maestra Eva? —dijo socarrón, en referencia al lema de su camiseta: SOY MAMÁ. QUE LA FUERZA ME ACOMPAÑE.

—Ninguno, papá... —replicó Eva, la mirada fija en la camiseta de él: ALGUNAS PERSONAS ME LLAMAN POR MI NOMBRE, PERO LAS MÁS IMPORTANTES ME LLAMAN PAPÁ.

Nota de la autora

Ha sido un verdadero placer escribir esta historia. He disfrutado muchísimo con las conversaciones entre Eva y sus amigas, y también con los cortes que Eva le daba al pobre Adán. Hacía tiempo que quería crear un personaje como ella, desenfadado y con mucha mala leche, pero también con un fondo muy tierno, leal y responsable. Me apetecía idear una historia muy divertida que se fuera oscureciendo poco a poco, casi a fuego lento, hasta acabar convertida en una pesadilla espeluznante. No sé si lo he conseguido..., espero que sí.

Tal vez os preguntéis por las camisetas que lleva Eva durante todo el libro. Debo confesar que muchos de los lemas los he encontrado por internet, aunque hay unos cuantos de mi propia cosecha.

Por otro lado, también quiero comentaros que, excepto el ConSumo Placer, todos los lugares a los que hago referencia en esta novela existen.

El barrio de La Latina (ojo, no el distrito, sino el barrio) está ubicado en el Madrid de los Austrias, en lo que antiguamente era el centro de Madrid. Es un lugar precioso, con jardines de ensueño, como el del Príncipe de Anglona o Las Vistillas, en los que yo jugaba de pequeña cuando iba a visitar a mis abuelas. También encontramos aquí lugares emblemáticos como el mercado de San Miguel, Casa Lucio, el teatro de La Latina, el mercado de la Cebada, la Cava Baja, el Rastro, el colegio de San Ildefonso (cuyos niños tanta ilusión reparten en Navidad), el Corral de la Morería, templo del flamenco en Madrid; la iglesia de San Andrés y, a su espalda, la capilla del Obispo (en realidad, su nombre auténtico es la capilla de Nuestra Señora y San Juan de Letrán), por mencionar los más conocidos.

¿Por qué he ambientado la novela en este barrio? Porque aquí nacieron mis padres, porque guardo preciosos recuerdos de la plaza de la Paja, de la calle del Ángel, de Las Vistillas... Porque mis abuelas ya no están conmigo y me gusta pensar que disfrutarían mucho viendo su barrio reflejado en esta historia.

Un apunte: de todos los personajes de esta historia, sólo hay uno que está inspirado en una persona real. Y ni os imagináis cuál es.

Sólo os diré que a este hombre real que me inspiró el personaje lo conocí hace años, cuando yo tenía diecisiete. El primer día que entré en su bar (que era de lo más normalito, nada que ver con el ConSumo Placer), le pedí un refresco, y él, tras servírmelo, me sacó la lengua. Os juro que me quedé a cuadros. «¿Por qué me sacas la lengua?», le pregunté un poco enfadada, la verdad. Y él me contestó que no me la estaba sacando, sino que estiraba los músculos del cerebro. Meses después, al que hoy es mi marido y que por aquel entonces sólo era un ligue con posibles, le echó la bronca por haber aparecido en Andrómeda sin avisar, asustándolo.

Imagino que comprenderéis por qué no he podido evitar convertirlo en secundario. Es justo el tipo de personaje que me apasiona: peculiar, extravagante, diferente, único.

Por último, y no menos importante, la elección de la película que Eva quiere ver la noche en la que Adán pretende declararse no es casual. Cuando escribí esa escena estaba pensando en una gran amiga, Noe Casado, y en lo mucho que le gustan (irónicamente hablando) las películas de superhéroes con hombres vestidos con mallas y los calzoncillos por fuera... Noe, querida, algún día, cuando menos te lo esperes, te volveré a engañar (con premeditación y alevosía) para que vengas con nosotras a ver una. Ya lo verás.

Espero de todo corazón que hayáis disfrutado muchísimo con esta novela, que os haya hecho reír a carcajadas, pero también que os haya cabreado e incluso asustado (aunque sólo sea un poquito).

Nací en Madrid la noche de Halloween de 1972 y resido en Alcorcón con mi marido y mis hijas, con quienes convivo democráticamente (yo sugiero/ordeno y ellos hacen lo que les viene en gana). Nos acompañan en esta locura que es la vida dos tortugas, dos periquitos y una gata callejera que me ha arrebatado el título de Reina de la casa. Trabajo como secretaria/chica para todo en la empresa familiar, disfruto de mi tiempo libre con mi familia y amigas y lo que más me gusta en el mundo es leer y escribir novelas románticas.

Encontrarás más información sobre mí, mi obra y mis proyectos en:
<<https://noelia-amarillo.com>>.

Notas

[1] Familias rivales en la obra *Romeo y Julieta*, de Shakespeare.

[2] Bandas rivales en *West Side Story*.

[3] Cita de Álex de la Iglesia, director de cine español.

[4] Los garbanzos del cocido madrileño.

[5] La carne del cocido: tocino, chorizo, morcilla, espinazo, costilla, morcillo, pollo, etcétera.

[6] Protagonista de *El mago de Oz*.

[7] Llaves de combate de *pressing catch*.

[8] *Ain't Your Mama*, Epic Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Jennifer Lopez. (*N. de la E.*)

[9] *I Wanna Be Loved by You*, A & R Production, interpretada por Marilyn Monroe. (N. de la E.)

[10] De la película *Amélie*.

[11] Curso de Orientación Universitaria, equivale al último curso de Bachillerato en la LOGSE.

[12] *Thunderstruck*, Leidseplein Presse B.V., interpretada por AC/DC. (*N. de la E.*)

[13] El arcor que es un hoyo que se hace al pie de las plantas para detener el agua en los riegos. (*N. de la E.*)

[14] *Pedro Navaja*, Codigo Music, LLC, interpretada por Rubén Blades. (*N. de la E.*)

No lo llames amor
Noelia Amarillo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Halay Alex – Shutterstock

© Noelia Amarillo, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2017

ISBN: 978-84-08-17522-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!

